

SERMONES DE MISION,

ESCRITOS UNOS

Y ESCOGIDOS OTROS POR EL MISIONERO APOSTÓLICO

ANTONIO MARÍA CLARET Y CLARÁ,

ARZOBISPO DE SANTIAGO DE CUBA,

PRIMADO DE LAS INDIAS, ETC.

TOMO I.



Con aprobacion del Ordinario.

BARCELONA:

LIBRERÍA RELIGIOSA.— IMPRENTA DE PABLO RIERA,
calle de Robador, núm. 24 y 26.

1858.

CARTA DEDICATORIA

AL MISIONERO TEÓFILO.

CAPÍTULO I.

Excelencia de la mision, y mérito del misionero.

Mi apreciadísimo Teófilo : Mis muchas y gravísimas ocupaciones no me han permitido satisfacer tus deseos tan pronto como yo queria y tú merecias ; y si bien es verdad que ni aun ahora me hallo muy desocupado para escribir lo que me pides , con todo haré un esfuerzo á fin de aprovechar tus bellas cualidades y disposiciones , reanimándolas para que no se malogren. Digo pues :

1. Que el mayor sacrificio que puedes hacer á tu Dios y Señor , es dedicarte á las misiones y á la conversion de los pecadores. Segun san Gregorio , es tan grande el honor del hombre que se hace coadjutor de Dios en la conversion de las almas , que su dignidad no solo es angélica , sino divina , dice san Dionisio. ¡ Oh , y cuán hermosos son los piés de los que evangelizan la paz , y los bienes de la otra vida ! exclama san Pablo con Isaías. Son especiosos por su velocidad en discurrir por los pueblos como si fueran espíritus celestiales , y como Ángeles se ocupan en la salvacion de las almas , sin llamarles la atencion otra cosa que la mayor gloria de Dios y bien de sus semejantes : son especiosos tambien por su virtud y fortaleza en sobrellevar las asperezas , espinas y dificultades del ministerio : especiosos por su pureza con que andan sin llamarles la atencion ni intereses temporales , ni aplausos , ni ho-

nores, ni comodidades : especiosos en fin por la hermosura de su vida ejemplarísima, y por la suavidad y santidad de su doctrina con que convierten, atraen y enamoran las almas.

2. En ninguna cosa manifestó Dios nuestro Señor su amor para con nosotros miserables desterrados en este valle de lágrimas tanto como en enviarnos á su unigénito Hijo para que nos redimiera y salvara, y para que fuera cabeza y modelo de los demás misioneros. *Sic Deus dilexit mundum, ut Filium suum unigenitum daret.* Ni la divina Majestad de Nuestro Señor Jesucristo tuvo en el mundo empleo mas aceptable á su eterno Padre, ni mas glorioso, que el de Salvador del mundo. Pues bien, este ministerio tan sublime, tan santo y tan divino, Jesucristo se ha dignado confiarlo á los Apóstoles y á los misioneros apostólicos, diciéndoles : *Sicut me misit Pater, et ego mitto vos.* Y ha querido, dice san Jerónimo, que fuésemos tambien salvadores del mundo. Mira, amado Teófilo, si hay honor semejante al que nos dispensa Jesucristo con admitirnos en su apostolado y en compartir con nosotros el título de Salvador del mundo. Debemos, pues, animarnos muchísimo en seguir sus pisadas, en trabajar dia y noche en nuestra mision, en derramar la sangre de nuestras venas, y en prodigar nuestra vida en la flor de sus años, como hizo Jesús, si tal fuere su santísima voluntad. Quiero decirte, que por ninguna cosa has de arredrarte, ni espantarte, sino siempre continuar adelante.

3. Y para que no desmayes á la vista de las dificultades y obstáculos que se te presentarán en este ministerio, alegaré algunos motivos que te estimularán : 1.º La preciosidad del alma : ella es imágen de la santísima Trinidad, y redimida con la sangre de Jesucristo ; es hija de Dios y destinada para el cielo ; su valor es infinito, pues dió Jesucristo, por ella, toda su sangre ; su destino es eterno para alabar á Dios eternamente ; y esta alma tan noble y tan preciosa se halla caida en pecado, esclava del demonio, condenada á la muer-

te eterna, y cada paso que va dando al suplicio se va acercando... Dime, si tuvieses una hermana, y te dijeran que por ciertas faltas que cometió está condenada á muerte, y que va marchando al suplicio, y tú supieras que practicando alguna diligencia la podrias librar, ¿no lo harias?... ¡Ay amadísimo Teófilo! aviva la fe, y con esta santa antorcha en la mano verás no una mera suposicion, sino una grande verdad, verás á muchas almas, hermanas tuyas, en pecado, y que van marchando á los infiernos; andan con los ojos vendados, y por esto no ven las infelices el precipicio á donde van á caer, el suplicio á donde van á parar. Pues ya que tú lo ves, ya que las puedes ayudar y sacar de tan desgraciado estado, lo debes hacer. ¡Oh, qué obra tan grande de caridad harás! mas que si, siendo tú muy rico, dieras á los pobres todas tus riquezas : *Etsi immensas pecunias pauperibus eroges, plus tamen effeceris si unam converteris animam* ¹. Este dicho de san Juan Crisóstomo es cierto y evidente. Nada le costó á Dios criar las riquezas del cielo y de la tierra. Con sola una palabra, *hágase*, se hizo todo. Pero ¡cuánto le costó salvar las almas! Por ellas se hizo hombre, nació en un establo, predicó y se fatigó; sufrió calumnias, azotes y espinas; deramó su sangre y murió en una cruz. Una alma, pues, vale mas que todas las riquezas del mundo; mas que todas las coronas de la tierra; mas que todos los astros del cielo. El salvarla, por consiguiente, es mas meritorio delante de Dios que cuantos sacrificios se pueden hacer. Te diré, en una palabra, con san Dionisio Areopagita : De las cosas divinas, la mas divina es cooperar á la salvacion de las almas : *Omnium divinorum divinissimum est cooperari Deo in salutem animarum* ². Por esto el Espíritu Santo no se contenta con decir que los que enseñan el camino de la salvacion á los hombres tendrán la vida eterna : *Qui elucidant me, vitam æternam habebunt* ³; sino que añade que serán llamados grandes en el rei-

¹ Chrysost. hom. III ad Cor. 1. — ² De coelest. h. c. 3. — ³ Eccli. xxiv, 31.

no de los cielos ¹, y que resplandecerán como estrellas por toda la eternidad ². Era tan grande la estima en que tenia santa Catalina de Sena á los sacerdotes que se dedicaban con celo á la salvacion de las almas, que besaba sus huellas, ó el lugar en que habian puesto los piés. Santa Teresa de Jesús dice francamente que mas devocion le causan y mas amor tiene á aquellos Santos que se dedicaron á la salvacion de las almas, que á los mismos Mártires. ¿Qué te diré, amado Teófilo, del grande san Ignacio, fundador de la Compañía de Jesús? Era tan grande el deseo que tenia de convertir almas, que todos los trabajos, calumnias, cadenas y persecuciones de esta vida le parecian cosa poca á trueque de ganarlas para Cristo: este celo le obligó á decir, que si estuviera en su mano y albedrío, antes escogeria quedarse en esta vida incierto de su salvacion por convertir á las almas, que morir luego con el seguro de salvarse. Y el venerable Luis de la Puente hizo al Señor este sacrificio: *Si para convertir los pecadores, ó Dios mio, fuere necesario que yo vaya á arder en las llamas del infierno sin culpa mia, desde luego me ofrezco á ellas* ³.

4. El segundo motivo que te alego, querido Teófilo, para animarte á esta santa tarea, es que de ninguna manera darás mejor á entender si amas de veras á Dios ó no: el amor á Dios no consiste únicamente en lengua y palabras, sino tambien y principalmente en obra y en verdad, esto es, en hacer y sufrir; por esto Jesucristo dijo á san Pedro: *Pasce oves meas*. El amor se conoce por el celo, dice san Agustin: *Qui non zelat non amat, et qui non diligit manet in morte. Non sibi soli vivere, sed aliis proficere, vult Dei zelo ductus*. El tercer motivo es una señal de predestinacion: *Animam proximi salvasti? tuam prædestinasti*, dice san Agustin; es la razon porque abrazándose el misionero con los trabajos, peligros y privaciones por amor de Dios, empeña su proteccion y obliga su amorosa providencia á defenderle como á otro Daniel

¹ Matth. v, 9. — ² Dan. xii, 3. — ³ En su Vida, lib. II, c. 5.

de caer en las garras de los leones, que son los espíritus infernales. 4.º No solo se salva, sino que entra en el cielo el misionero acompañado de los que se salvaron por su celo; así dice san Gregorio : *Ibi Petrus cum Judæa conversa, quam post se traxit, apparebit; ibi Paulus conversum, ut ita dicam, mundum ducens* : y á mas ¿qué elogios tan grandes se merecerá en el dia del juicio final? pues que si las obras corporales serán tan celebradas del Señor, ¿qué tal deberán ser las obras espirituales de misericordia que ejercita el misionero? ¿Qué contraste tan grande hará un misionero perfecto con los sacerdotes flojos y sin celo! Tal vez algunos se tienen por buenos, porque no les remuerda la conciencia ninguna cosa mala; pero ellos deben saber que en el tribunal de Dios no solo se ha de rendir cuenta de las obras malas, sino tambien de la omision de las obras buenas. ¡Ay del que haya escondido el talento! ¡ay del que no haya negociado con él! El pecado de omision es el pecado que hace condenar mas sacerdotes. En el dia del juicio, dice san Bernardo, se levantará un grande clamoreo que dirá : Señor, somos condenados, lo conocemos; pero los sacerdotes tienen la culpa, ellos no nos avisaron, no nos corrigieron. Pero la voz mas imponente, las palabras mas aterradoras serán las del mismo Jesucristo, quien les dirá que no han distribuido el pan de la divina palabra, que no han vestido al desnudo con la estola nupcial de la gracia por medio de los santos Sacramentos, y finalmente fulminará aquella terrible sentencia : *Discedite à me, maledicti, in ignem æternum, qui paratus est diabolo, et angelis ejus* ¹. El que en tiempo de necesidad esconde el trigo ó el dinero, es reo de los que mueren de miseria : el que ve á un niño caido en el fuego, y pudiéndole sacar fácilmente, lo deja morir, es reo de su muerte : el que ve á otro con una arteria abierta, y si pudo fácilmente cerrarla no lo hace, es reo de su muerte. ¡Cuántos sacerdotes que podrian, catequizando, predican—

¹ Math. xxv, 41.

do, confesando, misionando, socorrer las necesidades espirituales de sus prójimos, no lo hacen, y los dejan perecer y condenar! ¡ay de ellos! *Tot parvuli in oppidulis petunt panem, et non est qui frangat eis. Væ, væ, Prælati dormientibus!... væ Præsbyteris otiosis.* (Contenson). Ya ves, amadísimo Teófilo, que para librarte de una eternidad de penas y conseguir una grande gloria, que nunca jamás tendrá fin, debes dedicarte á las santas misiones, segun tu vocacion, y ser perseverante en tu sagrado ministerio. Escucha por bien tuyo las palabras del mismo Dios que te dice: *Ecce venio cito: tene quod habes, ut nemo accipiat coronam tuam.* (Apocalypsis, III, 11).

CAPÍTULO II.

Avisos importantes al misionero.

Te he hablado hasta aquí, amadísimo Teófilo, de las excelencias de la mision, y del beneficio tan grande y honor tan singular que te ha dispensado el Señor en llamarte á este magisterio; ahora te daré algunos avisos que la experiencia me ha enseñado, y que te servirán de grande provecho, si los prácticas.

1. Has de ser muy amigo de la oracion, á imitacion de Jesús que *erat pernoctans in oratione Dei*, y encargaba muy mucho la oracion á los Apóstoles. Todos los misioneros de nombradía han sido hombres de oracion. El que pide, alcanza...

2. Has de procurar siempre el retiro, por manera que no te han de ver mas que en el altar, en el púlpito y en el confesonario. Al entrar y salir de la poblacion andarás tan recogido, que cuantos te vean queden edificados.

3. Tendrás mortificados todos tus sentidos: hablarás muy poco, y cuando haya necesidad, y entonces lo harás con gravedad y afabilidad. La vista la tendrás muy recogida, y

nunca jamás la dejarás escapar á donde haya alguna mujer, porque serias muy notado y criticado; apártate de hablar con ellas, y si alguna vez te es preciso, te diré : *Sermo rigidus et brevis cum muliere est habendus, et oculos humi dejectos habe*. Nunca comerás ni beberás sino en la casa de tu posada; tu comida será sencilla y parca, y cuanto mas escondido mejor : los italianos dicen que *no se da crédito á los santos que comen*. En todo serás mortificado, y mientras que no sea muy nocivo á la salud, cuanto mas sufras y calles, mas edificarás.

4. Una de las cosas que mas has de aborrecer ha de ser el interés : has de ser amiguísimo de la pobreza, y en todas las cosas procurarás siempre para tí lo mas pobre, lo mas abyecto y despreciable.

5. Has de saber que los vicios principales que has de combatir son, el amor á los placeres, el amor á las riquezas y el amor á los honores; y estos se han de combatir con las virtudes opuestas; y ~~man~~harás con el ejemplo que con las palabras.

6. Has de mirar é imitar continuamente la humildad y mansedumbre de Jesús : la humildad es el fundamento de todas las virtudes, y así como un edificio alto sin fundamento se cae, tambien caerás tú si no eres humilde, y te sucederá lo mismo que á Lucifer, á Tertuliano y á otros, que por falta de humildad cayeron miserablemente.

7. La humildad es el fundamento, pero la mansedumbre es el escudo que siempre debe tener embrazado el soldado de Jesucristo, quiero decir, el misionero : porque le esperan persecuciones, y grandes persecuciones, y solo con la paciencia es como se vencen. Son tan ciertas y seguras las persecuciones y calumnias á los misioneros, que en esto conocerás si eres enviado ó no; porque hasta al presente ninguno ha sido exceptuado. Moisés fue enviado; pero tambien fue contrariado de Faraon, de los magos y de los suyos propios. To-

dos los Profetas que fueron enviados de Dios, fueron perseguidos : *Quem Prophetarum non sunt persecuti patres vestri?* (Act. vii, 52). San Juan Bautista *erat lucerna ardens, et lucens* (Joan. v, 35); lucia con el buen ejemplo, y ardia en celo y predicacion. *Fuit homo missus à Deo cui nomen erat Joannes*. En un principio los judíos le alababan y admiraban mucho; pero luego que le oyeron reprender sus vicios, descubrir sus hipocresías y falsa justicia, y sobre todo dar testimonio de Jesús, comenzaron á menospreciarle y aun á aborrecerle; y por último Herodes le quitó la vida. Y ¿qué te diré de Jesús, nuestro divino Maestro?... Escucha el Evangelista que dice : *Lux venit in mundum, et dilexerunt homines magis tenebras quam lucem, erant enim eorum opera mala... Omnis enim qui male agit odit lucem; et non venit ad lucem, ut non arguantur opera ejus*. (Joan. iii, 19, 20). Esta luz es Jesucristo, que con su ejemplo, doctrina y gracia alumbrá á todo hombre que viene á este mundo. Mas á todo esto han cerrado los hombres los ojos, prefiriendo permanecer ciegos en medio de las tinieblas y de sus pasiones, al goce de los beneficios de esta divina luz : y no queriéndose apartar de sus malas costumbres, tampoco quieren acercarse á esta luz que pone á descubierto las viciosas inclinaciones y corrupcion de su corazon. No puede el mundo aborreceros á vosotros como á mí me aborrece, porque vosotros os conformais con él, y yo con mi doctrina y con mis obras manifiesto que las suyas son malas. (Joan. vii, 7). Los Pontífices y los Fariseos dijeron á los ministros ó alguaciles : ¿Cómo no le habeis traído? — Respondieron estos : Jamás hombre alguno ha hablado tan divinamente como este hombre. — Dijéronles los Fariseos : ¿Qué, tambien vosotros habeis sido embaucados? ¿Acaso alguno de los Príncipes, ó de los Fariseos ha creído en él? Solo este populacho, que no entiende la luz, es el maldito. (*Joannis*, vii, 45, etc.). — Ya no debe extrañar nada el misionero viendo lo que pasó en Jesús que fue puesto en signo de con-

tradiccion, sufrió contradiccion en la doctrina... en la reputacion... en la sabiduría... fue tratado de profeta falso, de endemoniado y hechicero, de loco, de borracho, gloton, amigo de malos, y seductor de la gente incauta, en una palabra, fue tenido por tan público malhechor, que no se necesitaba de proceso para condenarle á muerte, y finalmente murió en un infame patíbulo en medio de dos ladrones.

8. No pienses, amadísimo Teófilo, que en Jesús terminaron las persecuciones, como terminaron las figuras de la antigua ley; la oposicion continúa su choque, y seguirá la contradiccion y persecucion. Así lo vemos en san Estéban, que lo echan fuera de la ciudad, y le matan á pedradas. *Y se levantó en aquellos dias una grande persecucion contra la Iglesia de Jesucristo*, dice la santa Escritura. Todos los Apóstoles fueron perseguidos, y murieron en cumplimiento de su ministerio, y en especial el apóstol san Pablo hace una clara descripcion de sus persecuciones en estos términos: Me he visto, dice, en muchísimos trabajos, en las cárceles, en azotes sin medida, en riesgos de muerte frecuentemente. Cinco veces recibí de los judíos cuarenta azotes menos uno. Tres veces fuí azotado con varas, una vez apedreado, tres veces naufragué, estuve una noche y un dia como hundido en alta mar, á punto de sumergirme: me he hallado en penosos viajes muchas veces, en peligros de rios, peligros de ladrones, peligros de los de mi nacion, peligros de los gentiles, peligros en poblado, peligros en despoblado, peligros en la mar, peligros entre falsos hermanos: en toda suerte de trabajos y miserias, en muchas vigiliass y desvelos, en hambre y sed, en muchos ayunos, en frio y desnudez: fuera de estas cosas, ó males exteriores, cargan sobre mí las ocurrencias de cada dia, por la solicitud y cuidado de todas las iglesias. ¿Quién enferma, que no enferme yo con él? ¿Quién es escandalizando, ó cae en pecado, que yo no me requeme? (II Cor. II).

9. ¿Quién hará caso; amadísimo Teófilo, de persecucio-

nes, calumnias y otros obstáculos que se presentarán á un misionero, viendo que Jesucristo, san Pablo, los demás Apóstoles y todos los misioneros verdaderos han tenido que pasar por ese camino? Por esto te debes acordar de lo que dice el profeta Jeremías : *In silentio et spe erit fortitudo vestra*. Tú procura callar, trabajar y esperar, que el Señor hará desaparecer aquella tempestad. Y si tan récia es la persecucion, te huirás á otra ciudad, pero nunca desampararás ni abandonarás tu ministerio ó mision, pues lo que pretende el enemigo es espantarte como niño tímido. ¡Dichoso tú si sufres hasta la muerte!

CAPÍTULO III.

Qué es el hombre, ó sea el conocimiento que el misionero debe tener de la naturaleza humana.

1. Muy amado Teófilo, á la manera que un médico que quiere curar á un enfermo debe enterarse primero de la complexion del enfermo y de la clase de enfermedad que le aflige, lo propio debe hacer un misionero, médico de las enfermedades morales; ha de conocer en primer lugar la naturaleza del hombre, y luego las enfermedades morales y sus causas, aplicando en seguida los remedios oportunos.

2. El hombre es criado por Dios á su imágen y semejanza para que le conozca, ame y sirva aquí en la tierra, y despues sea eternamente feliz allá en el cielo con el mismo Dios que le crió.

3. El hombre es un compuesto de alma y cuerpo. El alma es espíritu inmortal como Dios : es una en esencia y trina en potencias, que se llaman entendimiento, memoria y voluntad, como imágen que es de la santísima Trinidad. Con el entendimiento conoce la verdad, conoce al mismo Dios : con la voluntad ama lo bueno, ama á Dios : de modo que Dios, como verdad infalible y como bondad increada, es el objeto

adecuado del entendimiento y de la voluntad del hombre, y solamente Dios puede satisfacer uno y otra. Además la memoria sirve para recordar los objetos pasados y hacerlos presentes, formando el tesoro del hombre sábio; pues que el hombre que no recordara nada de cuanto ha visto, oído y leído, sería un necio.

4. Dios ha criado al alma para que anime al cuerpo, y cuerpo y alma formen un ser completo y acabado.

El alma, mientras mora en este mundo; necesita del cuerpo para conocer y funcionar, á la manera de una segur cuyo acero necesita de un mango de madera para cortar, ó como el anciano cuya mala vista necesita de anteojos para ver. Á su vez el cuerpo necesita del alma para vivir.

5. Esta es la naturaleza del hombre. Las causas de las enfermedades morales, ó de los pecados y condenacion de tantas almas al infierno, son principalmente cuatro: el pecado original; el amor á la independencía, sobreponiéndose á los demás; el amor á las cosas sensibles que le rodean, y la distancia de la otra vida.

6. El pecado original contaminó la naturaleza humana, y por eso se halla como un enfermo lleno de malos humores, cargado de llagas, que cuando se le cierra una, luego se le abre otra. Apenas puede andar, y si anda, anda poco y aun cojeando. Así se halla actualmente la naturaleza humana, y por esto vemos tales y tantas monstruosidades en el hombre, que serian enteramente inexplicables sin la verdad de fe, que nos revela el pecado original.

7. No es el pecado original la primera causa de las enfermedades morales ó pecados, pues que antes del original que contraemos, ya hubo el personal en nuestros padres. La causa primera es el amor á la independencía, es el abuso del señorío que Dios dió al hombre sobre todos los animales de la tierra, peces del mar y aves del aire. Abusando, pues, de esta soberanía, quiso y quiere el hombre extenderse y domi-

nar á los demás hombres; no quiere estar sujeto á nadie ni al mismo Dios, y en esto consiste la soberbia, causa principal de los pecados de los ángeles, de nuestros padres y de los hombres todos, quienes, para fomentar esta tendencia y como efecto de aquella misma causa, buscan riquezas y honores á fin de sobreponerse á los demás. Hé aquí la raíz y causa de muchísimos pecados de toda especie.

Ya hemos dicho que Dios crió al hombre para conocerle, para amarle, y en esto se goza el hombre y descansa; á la manera de los graves que descansan en su centro, y están inquietos mientras no descansan en él. Este mismo Dios ha criado todas las demás cosas como medios para que el hombre consiga mas fácilmente su último fin; por consiguiente quiere que el hombre conozca y ame estas cosas como medios útiles para conseguir aquel, dirigiéndolo todo á su mayor gloria, y valiéndose de todo para mas conocer, amar y servir á Dios, que es su Criador, su Padre y su único fin.

9. Para que el hombre conozca y ame á Dios y los medios que le ha dado, que son todas las demás cosas criadas, le ha dotado de sentidos para conocer lo presente, y de fe para lo ausente ó invisible. Cuando el hombre conoce, ama; y cuando conoce y ama, siente un placer y gozo especial. Este gozo es una participacion del que tendríamos en el cielo cuando veríamos y amaríamos á Dios con toda perfeccion. Así como la luz del divino rostro refleja en nuestro entendimiento y nos da inteligencia, así tambien el calor del amor ó caridad de Dios se comunica á nuestra voluntad, nos da amor y nos causa placer. Este placer hace en el hombre lo que el aceite que unta las ruedas de una máquina para que anden mas ligeras y suaves. Tal ha hecho Dios para que el hombre cumpla la voluntad divina que es la misma ley eterna, y se define: *Ratio divina ordinem naturalem conservari jubens, perturbari vetans.*

10. Dios ha dado al hombre este placer que siente en conocer y amar, no solo como una muestra y señal del placer

y gozo que experimentará cuando en el cielo le verá cara á cara y le amará con toda perfeccion, sino tambien para que le sirva de aliciente al bien, y se aplique á su consecucion con la continuacion de estos medios, ó sino, díme : ¿cómo se aplicaria el hombre á las ciencias, si no hallara ningun placer en saber? ¿cómo se procuraria la comida, y cómo, despues de haberla hallado, la tomaria, si no hallase ningun placer en comer? Á buen seguro que se abandonaria, se debilitaria y moriria de inanicion, y así se perderia el individuo. Y ¿cómo se conservaria la especie, si el hombre no experimentase algun goce en su propagacion? ¿Cómo se casaria, cómo se sufririan mutuamente los genios marido y mujer? ¿Cómo tomaria sobre sí los gastos, molestias y trabajos de la familia, si en estas mismas cosas no hubiera algunos goces que sirvieran como de contrapeso y facilitaran la marcha? ¡Ah! querido Teófilo; Dios todo lo ha hecho bien; todo lo ha dispuesto en número, peso y medida. Quien lo hace mal es el hombre que todo lo trastorna, que de todo abusa.

11. El hombre se aplica á las ciencias y artes, siente un placer grande en saber, y en lugar de dirigirse á Dios, autor de la inteligencia que tiene el hombre, de la luz con que ve y de las cosas que ve, se pone, dice san Agustin, de espaldas á la luz; mira las cosas criadas y se olvida de su Creador, y refleja á sí toda la luz de ciencia que arrojan aquellas cosas que estudia y descubre; esta misma luz le deslumbra, le ciega y le ensoberbece cual otro Lucifer. Del propio modo que abusa de la inteligencia, abusa tambien de la comida. Se la procura y come no para vivir, sino que vive para comer y beber, haciendo un Dios de su vientre y olvidándose del verdadero Dios. Lo propio hace en la propagacion. *Sicut equus et mulus, quibus non est intellectus. Omnis quippe caro corrumpit viam suam.* (Hé aquí por qué tantas torpezas). *Et animalis homo non percipit ea quæ sunt spiritus Dei.* (Hé aquí por qué tantas impiedades y herejías, pues que no hay hereje sin mujer).

12. Degradado el hombre por este abuso y casi reducido á la clase de bruto, vive mas para sí que para Dios, quejándose de ello amargamente el Apóstol. Sí; su vida es mas para el cuerpo que para Dios; él mismo se alucina y se deja fascinar de todas las cosas que le rodean. Ya te he dicho que mientras el hombre vive en este mundo, su espíritu está unido al cuerpo; este transmite sin cesar las impresiones de todo cuanto le rodea, á la manera de un espejo que representa todo cuanto se le pone delante. Á la verdad posee el alma del hombre algunas facultades que, naturalmente elevadas sobre todo lo corpóreo y sensible, se rigen por otros principios, versan sobre mas altos objetos, y habitan, por decirlo así, en una region que de suyo nada tiene que ver con todo cuanto existe material y terreno. Sin desconocer, empero, la dignidad de estas facultades, ni la altura de la region en que moran, menester es confesar que es tal la influencia que sobre las mismas ejercen las otras que son de un órden inferior, que á menudo las hacen descender de su elevacion, y en vez de obedecerlas como á señoras, las reducen á la clase de esclavas. Cuando las cosas no llegan á este extremo, resulta al menos con demasiada frecuencia que las facultades superiores están sin funcionar, como adormecidas; de suerte que el entendimiento apenas columbra como en oscura y larga distancia las verdades que forman su mas noble y principal objeto, y la voluntad no se dirige tampoco al suyo, sino con el mayor descuido y flojedad, si algo hace.

13. La otra causa que anda adjunta á la anterior es la distancia de la otra vida. Hay un infierno que temer, un cielo que esperar; pero todo esto está en la otra vida, se reserva para una época mas distante; son cosas que pertenecen á un órden enteramente distinto, á un mundo nuevo, en el cual creemos firmemente, pero del que no recibimos impresiones directas de momento; y así es que necesitamos hacernos un esfuerzo de concentracion, de reflexion, de meditacion

para penetrarnos del inmenso interés que para nosotros tienen, y de que en su comparacion es nada todo cuanto nos rodea. Supongo que el hombre acaba esta reflexion, y que dice como el sábio Salomon que todo el oro de este mundo en comparacion de los bienes celestiales es como menuda arena. Aun mas; supongo que el buen cristiano, despues de su oracion mental, dirá como san Pablo que las cosas de este mundo las reputa todas como estiércol. No obstante y entre tanto viene á herir su imaginacion, á excitar su sentimiento algun objeto de la tierra, ora inspirándole algun temor, ora halagándole con algun placer;... hé aquí que el otro mundo va desapareciendo de sus ojos, y no pensando ni en el cielo, ni en el infierno, ya no espera lo uno, ni teme lo otro, como si nunca hubieran existido para él. El entendimiento vuelve á su ordinario entorpecimiento, la voluntad á su languidez, respecto de las cosas pasadas, y uno y otra se ocupan únicamente de las presentes.

14. La experiencia enseña que el hombre cási siempre se guia por las impresiones del momento; sacrifica lo venidero á lo presente; y cuando pesa en la balanza de su juicio las ventajas y los inconvenientes que una accion puede acarrearle, la distancia ó la proximidad de la realizacion de estos inconvenientes y ventajas es una de las circunstancias mas influyentes en su eleccion. Y ¿cómo no ha de suceder esto en los negocios de la otra vida, si se verifica lo mismo con respecto á los de la presente? ¿Cuántos y cuántos hay que sacrifican las riquezas, el honor, la salud, la vida á un placer de momento? Y esto ¿por qué? porque el objeto que halaga está presente, y los males que se han de seguir están distantes; y el hombre se hace la ilusion de evitarlos ó bien se resigna á sufrirlos. Si esto pasa en lo corporal y temporal, mucho mas se verifica en lo espiritual y eterno; de aquí proviene la causa de la queja del Profeta que se exclama: *Filii hominum usquequo gravi corde, ut quid diligitis vanitatem, et queritis mendacium?* (Psalm. iv, 3).

15. Así es como se explica el enigma que propone san Agustín cuando, hablando con Dios, dice : «Amando todos la vida bienaventurada, que no es otra cosa sino la alegría que se tiene de la verdad, ¿por qué causa la verdad engendra odio en los hombres, y aun vuestro Hijo Jesucristo se hizo enemigo de ellos porque se la predicaba? La causa de esto no puede ser otra, sino que de tal modo se ama la verdad, que aun aquellos que aman otra cosa muy distinta quisieran que fuese la verdad aquello que aman; y como por otra parte no quieren ser engañados, tampoco quieren verse convencidos de que lo son. Así, pues, aquella misma cosa que tienen por verdad y como á tal la aman, es el motivo de que aborrezcan la verdad. Aman la verdad en cuanto resplandece ó ilumina, pero la aborrecen en cuanto les acusa y reprende; y como ellos no quieren ser engañados, pero quieren engañar á otros, aman la verdad cuando ella se descubre ó manifiesta á sí misma; pero la aborrecen cuando los descubre ó los manifiesta á ellos. Así, pues, la correspondencia que tendrán de la verdad, será que á los que no quieren que los descubra y manifieste, los manifestará y descubrirá, aunque ellos no quieran, sin que la misma verdad se descubra y manifieste á ellos. Así es también puntualmente el espíritu del hombre, que quiere ocultar su ceguedad, sus achaques, su fealdad, sus indecencias, y no quiere que á él se le oculte cosa alguna; pero sucede al contrario, que él queda descubierto para la verdad, y la verdad queda oculta para él : no obstante este estado de miseria en que se halla, mas quiere gozar y alegrarse de bienes sólidos y verdaderos, que de aparentes y falsos. Luego será verdaderamente bienaventurado, si libre de toda molestia, no hallare ya alegría sino en la Verdad suprema, de quien participaron su verdad todas las otras cosas verdaderas.» (San Agustín, *Confesiones*, lib. X, c. 23).

CAPÍTULO IV.

Materias que se deben tratar en la mision, cómo se deben proponer, y qué máximas deben inculcarse con frecuencia.

Aquí tienes, amadísimo Teófilo, los sermones que tanto tiempo há me estás pidiendo ; como puedes conocer por la fisonomía del estilo, algunos son escritos por mí, y otros no ; solo los he escogido entre los muchos autores que he tenido ocasion de ver, y que me han parecido mas á propósito, ya por su composicion, ya por la materia que contienen. De cada materia he puesto mas de uno para que puedas escoger el que mas te guste, y sea mas adecuado al auditorio.

Al principio de cada sermon hallarás su esqueleto que te servirá muchísimo, ya para enterarte luego del sermon y escogerle ó desecharle, ya tambien para recordar el orden y materia del sermon é improvisarlo, despues que te hayas hecho bien dueño de la materia. Al último de algunos sermones he puesto como un almacen de materias y ejemplos escogidos, para que puedas hacer de ellos el uso que corresponda, segun las circunstancias.

Te encargo sobremanera que antes de subir al púlpito estés bien penetrado de lo que vas á decir ; esta viva penetracion que tendrás de la materia que vas á proponer, te hará formar ideas claras y te sugerirá el modo de expresarlas con gracia y energía, y aun con símiles y con comparaciones naturales. De concebir bien las ideas y expresarlas así con perfeccion, resulta aquel estilo mágico que despierta los sentidos, toca al corazon y aviva al alma, por la feliz combinacion de lo moral y de lo natural, y tal vez convencerás mas con una comparacion que con una autoridad, aunque sea de la santa Escritura.

El hombre siente mas placer en los emblemas, alegorías y comparaciones de cosas sensibles que en la verdad desnuda

da, porque esta es rígida, y aquellas risueñas. No hubiera agrado Esopo á sus lectores por espacio de veinte y cinco siglos, si en lugar de fábulas hubiera escrito verdades austeras. Ni nuestro divino Salvador hubiera instruido al pueblo con discursos tan eficazmente como con sus parábolas; por esta razon te aprontaré varias comparaciones, semejanzas y ejemplos, á fin de que escojas las mas oportunas, segun las circunstancias del lugar, del auditorio y del tiempo á que te has de acomodar, como se acomoda el agua al tubo á que la echan, y el profeta Eliseo al niño que resucitó.

Cuando tengas el auditorio ganado y convencido, procurarás reducirlo á la práctica; que se aparte de lo malo y que practique lo bueno. Porque¹, como dice san Ligorio, la moralidad es el fruto del sermón al pueblo, y así cuidarás siempre de arrancar los vicios y plantar las virtudes, lo que irás haciendo segun la materia que irás tratando, que será como la tela en que irás bordando las virtudes.

1. Las cosas que mas has de inculcar y que con frecuencia has de repetir, son la observancia de los Mandamientos, individualizándolos y explicándolos con claridad.

2. Las verdades que todo cristiano debe saber y creer, las cosas que ha de esperar y pedir, y le enseñarás el modo de hacer oración mental y vocal, y las obras buenas en que cada uno debe ejercitarse segun su estado y oportunidad, ofreciéndolo todo á Dios.

3. Los Sacramentos que debe recibir; cómo los ha de recibir; cómo ha de prepararse para recibirlos, y el modo de dar gracias despues¹.

¹ El sumo pontífice Clemente XI, con fecha 17 de octubre de 1688, encarga al cardenal Durazzo, nuncio de España, entre otras cosas que promueva lo siguiente:

1. Que en los púlpitos haya la imagen del Señor crucificado.
2. Que en los sermones de Cuaresma no dejen de predicar de los cuatro Novisimos.
3. Que en todos los sermones, ya sean de Santo, ya de Misterio, en todos

4. La devocion que ha de tener á la beatísima Trinidad, al santísimo Sacramento, la devocion á la Pasion de Nuestro Señor Jesucristo y el modo de hacer el *Via Crucis*. La devocion á María santísima, el modo de rezar el Rosario, y el modo de llevar el escapulario, medallas, etc. La devocion á su santo Patron, al Ángel custodio y á las benditas almas del purgatorio.

5. Le inculcarás mucho la lectura de libros buenos, y que se abstenga de los malos.

6. Que se aparten todos de malas compañías, de los peligros y ocasiones de ofender á Dios. En los peligros involuntarios, que invoquen á Dios.

7. Les inculcarás mucho la paciencia en las penas, trabajos y adversidades, á conformarse en todo con la voluntad de Dios, y que cumplan bien sus obligaciones.

8. Que se ejerciten en las obras de misericordia, que tengan paz y union, que no haya pleitos ni disensiones entre ellos; que traten á los otros como ellos quisieran ser tratados, y que no hagan á los otros lo que no quisieran se les hiciese á ellos. Siempre debes acordarte que toda la Ley y los Profetas estriban en estos dos puntos, en amar á Dios y al prójimo, y por esto se deben inculcar mucho.

9. Debes tener presente : que la palabra de Dios es viva y eficaz, y mas penetrante que cualquier espada de dos filos, y que entra y penetra hasta los pliegues del alma y del espíritu, hasta las junturas de los huesos y tuétanos, y discierne y califica los pensamientos y las intenciones mas ocultas del corazon, como dice san Pablo (*Hebr. iv, 12*). Sobre esta doctrina del Apóstol voy á darte una semejanza. Así como una espada para cortar debe estar sin vaina y bien afilada,

se haga particular ponderacion contra los que se descuidan en confesar sus pecados.

4. Que exciten y conmuevan al pueblo á hacer el acto de contricion al último del sermon.

pues que la vaina aunque fuera de oro y guarnecida de piedras preciosas impediría el corte; así la espada de la divina palabra para cortar con ambos filos lo que se opone al amor de Dios y al amor del prójimo debe estar bien afilada con la pureza y rectitud de intencion; sin la vaina, aunque hermosa, de la elocuencia humana y flores de retórica: y así es como te la entrego yo.

Además, el Verbo eterno se debe considerar en tres estados, *encarnado*, *consagrado* y *predicado*: para encarnarse escogió la madre mas humilde, pero la mas casta y mas fervorosa, cual es María santísima, y así como María santísima es madre del *Verbo encarnado*, así el sacerdote, dice san Bernardo, es como padre y madre del Verbo consagrado y predicado. Por lo tanto ha de procurar ser humilde como María, casto como María, y fervoroso como María. El *Verbo consagrado* existe y persevera en el Sacramento, mientras existen y perseveran las especies humildes de pan y vino del Sacramento; por manera que si estas desaparecen, desaparece la realidad tambien. Otro tanto pasa en el *Verbo predicado*; mientras se conservan las especies humildes de Jesús, produce su efecto; pero apenas desaparecen estas y se predica con estilo arrogante y retumbante, pierde al instante su virtud; ya es palabra humana, no divina, y como humana se la mira, se admira la composicion, el artificio, y nadie se convierte.

10. La Virgen santísima, que *castitate placuit, et humilitate concepit*, como dice santo Tomás de Villanueva, por su castidad agradó á Dios, y por la humildad le concibió en sus virginales entrañas, apenas lo dió á luz en medio de la noche, cuando le envolvió en pobres pañales, le reclinó en un pesebre y en el portal de Belen, donde fue adorado de los Ángeles, de los pastores y de los Reyes. Aprende, Teófilo, de María; con la castidad has de agradar á Dios, y por la humildad con que estudiarás en los Libros santos y con que ora-

rás á Dios, concebirás lo que has de decir, ó el Verbo que has de predicar. La Virgen lo envolvió en pobres pañales; tú lo envolverás en un estilo sencillo y natural. La Virgen lo colocó en el pesebre con toda reverencia; tú, sin faltar al sagrado decoro que exige tu ministerio, ni á la reverencia que se debe á la divina palabra que predicas, la colocarás de manera que aun aquellos hombres mas rudos y estúpidos la puedan alcanzar y entender, como las bestias alcanzan al pesebre, que cabalmente es para ellas. Igual práctica sigue el Verbo predicado : *Cum simplicibus sermocinatio ejus... Spiritus Domini super me, evangelizare pauperibus misit me Dominus...* Y el mismo Jesucristo da gracias á su eterno Padre, porque la divina palabra se revela ó se predica á los párvulos, esto es, á los humildes. El pesebre estaba cerca del portal por donde pasaban las gentes, los de la ciudad y los forasteros, los sábios y los ignorantes, los grandes y los chicos, los hombres y las mujeres, para que entiendas que el predicador á todos es deudor : *Sapientibus et insipientibus*, como dice el Apóstol. Hé aquí por qué su estilo debe ser popular, como enseñan san Ligorio y Muratori. Los Ángeles y la estrella atrajeron á los pastores y á los Reyes; los Ángeles tambien y otras cosas te atraerán las gentes á la santa mision. ¡ Con qué fervor y devocion oirán la divina palabra!... porque Dios les inspirará y enseñará aquella doctrina que inspiró á Orígenes y á san Agustin cuando decian : *Non est minus verbum Dei quam corpus Christi* (Hom. XXIII) : ellos oirán el sermon, se confesarán y recibirán la Comunion.

Además de esta expresion de Orígenes y de san Agustin en que hacen ver la reverencia y devocion con que los fieles deben recibir la divina palabra, yo ahora me valdré de una comparacion que apunta Quintiliano, lib. I, y ella te servirá mucho para tu gobierno, prudencia y discrecion. Dice así : *Utendum est verbo, ut nummo, cui publica forma sit*. Por lo tanto, querido Teófilo, usarás de la palabra como se usa de

la moneda : 1.º Debe ser moneda del país; así tambien debes usar el idioma que usa el país, á fin de que todos te entiendan bien. 2.º La moneda que se da á los pobres, á los criados, y que mas uso tiene cada dia son los cuartos y menudos de plata; y entre los ricos las monedas de plata y oro : así tambien tú usarás con los pobres y gente sencilla y ordinaria de palabras y expresiones que todos comprendan bien, y, si alguna vez has de hablar con sábios, hablarás con palabras propias á sus riquezas literarias. 3.º La moneda tambien se usa en papel; lo propio harás por medio de papeles volantes, libritos, etc., etc., y así harás un grande comercio para el cielo.

11. Finalmente María, madre del Verbo encarnado, es la madre del amor hermoso : *Ego mater pulchræ dilectionis*. Hé aquí, Teófilo, la última y principal prenda que debes tener para ser un buen misionero, ser devoto de María y amar mucho á Dios. Así predicarás bien, como dice el venerable Ávila, y harás bien todas las cosas, porque todo lo que se hace por amor es amor, dice san Francisco de Sales. — *Vale*.

SERMONES DE MISION.

INTRODUCCION I Á LA MISION.

Ecco nunc tempus acceptabile, ecce nunc dies salutis. (II Cor. vi, 2).

Hé aquí que ahora es el tiempo aceptable, hé aquí que ahora es el día de la salud.

Exordio.

Grande es, amadísimos hermanos en Jesucristo, grande es la gracia que os ha hecho el Señor con mandaros esta santa mision, gracia no concedida á tantos otros pueblos que tendrán tanta necesidad de ella como vosotros, y quizás mayor que vosotros. Es esta una gracia tan grande, que contiene en sí una muchedumbre de otras gracias, todas de inestimable precio. ¡Oh mision santa, qué rica de gracias eres!... Pero, ¿qué cosa es mision? quizás pensará alguno. —Yo se lo diré. Mision no es otra cosa que una embajada que os dirige Dios, por medio de sus ministros, que somos nosotros, aunque indignos. —Y ¿por qué nos dirige esta embajada, esta mision? ¿qué objeto tiene? ¿qué fin se propone?—¡Ay, carísimos! no es otro que el tratar con vosotros del mas grande, del mas importante, mejor diré, del único necesario negocio que teneis, ó podais tener en este mundo; esto es vuestra eterna felicidad.

En estos dias de la santa mision os prepara y ofrece los medios mas oportunos para asegurar y llevar á cabo ese gran negocio de la felicidad eterna. El mismo Dios por medio de nosotros hablará á vuestro oido, y nos dará á nosotros voz de virtud y eficacia; palabras de vida eterna, á fin de que os manifestemos cosas que tal vez jamás habeis oido, y si algunas habeis oido, no las habeis meditado ni entendido. El mismo Dios con rayos de luz celestial iluminará vuestro entendimiento, moverá vuestra voluntad con sus santas inspiraciones, y su divina gracia se hará sentir en el interior de cada uno, por manera que con suaves y amorosos atractivos llamará y atraerá á sí vuestros corazones. Ese buen Dios á todos llama á sí. *Venite ad me omnes.* Venid á mí todos: los que sois justos y fervorosos, os

llama para comunicaros un nuevo espíritu y nuevas fuerzas para continuar y no aflojar en el camino de la virtud que habeis emprendido con tan generosa resolucion : los que sois flojos y tibios en su servicio , tambien os llama para encender en vuestros corazones el fuego de la santísima caridad : los que estais en pecado mortal , tambien os llama , y de un modo particular os llama y dice : Venid á mí , vosotros pecadores , que trabajais como desterrados ó presidiarios con la cadena del pecado con que os tiene el diablo amarrados : venid á mí todos vosotros , pecadores que cargados de pecados marchais hácia los infiernos , y veréis como yo os aligero y quito estas cargas , esas trabas y penas en que os hallais. *Venite ad me omnes , qui laboratis et onerati estis , et ego reficiam vos.* (Matth. xi).

Predicando Jesucristo á los judíos , que se tenían por libres , por ser hijos del noble y rico patriarca Abrahan , les dijo : No sois vosotros libres , sino esclavos ; porque el que hace pecado , esclavo es del pecado ó del demonio. (*Joan. viii , 34*). Y como vosotros habeis cometido pecados , esclavos sois del pecado y del demonio , y solamente yo os puedo dar libertad ; ¿ oyes , pecador ? Esto mismo te dice á tí Jesucristo ; tú estás en pecado , tú eres esclavo del demonio , y solo Jesús , por medio de sus ministros , te sacará de ese estado tan vil y miserable. ¡ Con qué alegría escucha la voz del rescate el cautivo ó esclavo deseoso de la libertad ! ¡ Con qué alegría , pecador , debes oír la voz que te dice que ha llegado la hora del rescate y de tu libertad , que se te dará en esta mision por medio de los sermones que oirás y de la buena confesion que harás , con la ayuda del Señor ! Ánimate , pues , consuélate , ven todos los días , y verás como Dios te concede cuanto puedes desear .

Si se hallara esta poblacion enteramente apestada , sin haber hallado remedio ni modo alguno para atajar el contagio , envueltos todos los vecinos en penas , lástimas , desdichas y lágrimas , y viniera un gran médico , sábio y caritativo , que costeando las medicinas , ofreciera á todos la salud cumplida , ¿ habria quien se excusara de llegarse á este médico ? Es claro que no . Pues apestados están , dice san Basilio , cuantos se hallan en pecado mortal , esperando por instantes la muerte eterna ; Jesucristo nuestro Señor viene , por medio de esta santa mision , ofreciendo á todos la salud del alma ; por tanto nadie debe excusarse de recibirla .

¡ Ay pecador , qué lástima me das ! Díme , si hubiera un grande incendio en la poblacion , que abrasase muchas de las casas de tus vecinos , y llegando ya el fuego á destruir la tuya , viniese un hom-

bre á despertarte, caso de estar dormido, para que no te redujera el fuego á cenizas, ¿en qué obligacion quedarás á este hombre? ¿Te atrevieras á ofenderle? No es posible. Pues sabe que el fuego del infierno ha abrasado á cuantos pecadores arden y arderán en él eternamente, porque dormidos en el cumplimiento de sus obligaciones, los halló la muerte en pecado mortal; y estando tú, pecador, con mas pecados que muchos que están en el infierno, dormido y olvidado enteramente de tu salvacion y de peligro tan manifesto, viene Jesucristo, por medio de la santa mision, á despertarte, y te dice : Alma cristiana, á quien amenaza el fuego del infierno, *surge qui dormis* : levántate, pecador, despierta, cristiano, mira que llega el fuego á tu casa, á tu alma, huye de tan inminente peligro. Seguro estoy de que nadie se hará sordo á estas voces, nadie querrá quedarse en pecado y en peligro de condenarse... Ea pues, advierte, cristiano, advierte la misericordia que hoy entra por tus puertas. Cautivo estabas del pecado y del demonio, y Jesucristo por medio de esta santa mision viene á rescatarte, á darte entera libertad y hacerte hijo suyo : enfermo estabas, y viene á darte la mejor salud : dormido has estado, á la vista y al borde de un precipicio eterno, y viene con tanto amor y misericordia á despertarte y sacarte de allí : pobre te hallabas y deudor de eternas penas, y su piedad te presenta un caudal inagotable en el sacramento de la Penitencia para pagarlas : muerta tenias el alma por la culpa, y Jesucristo viene á resucitarte cual otro Lázaro, y vivirás la vida de la gracia y amistad de Dios. Todavía mas; estando en pecado mortal, te hallabas condenado por la presente justicia de Dios á arder eternamente en el infierno; y con infinita clemencia viene su divina Majestad, por medio de la santa mision, á rescatarte revocando la sentencia que tienes tan merecida de tu condenacion, y dice : No quiero la muerte eterna del pecador, sino que se convierta y viva en gracia, y despues en gloria allá en el cielo.

¡Oh Señor, cuán bueno sois!... ¡Alaben todas las criaturas vuestra bondad y misericordia!... que por cierto ha sido bien grande la que habeis tenido con el pecador. En efecto, pecador, grande ha sido la bondad y misericordia que el Señor ha tenido de tí. Grande fue la piedad que Dios tuvo de Noé y su familia, pues los salvó de la inundacion del diluvio por medio del arca; pero mayor ha sido la piedad y misericordia que Dios ha tenido de tí, que te quiere salvar de la inundacion del fuego eterno del infierno por medio de la buena confesion que no dudo harás en esta santa mision. Grande fue la

piedad que Dios tuvo de Lot, de su esposa y familia, cuando por medio de unos Ángeles los libró del incendio de las ciudades de Sodomá y Gomorra; mayor es, sin embargo, la misericordia que tiene de tí, pues que por medio de los misioneros quiere librarte del incendio del infierno. Grande fue la piedad que Dios tuvo de Daniel librándole del lago de los leones; mayor es, no obstante, la bondad y misericordia que usa contigo, pues te libra por medio de esta santa mision del lago de los remordimientos, y de los demonios, que no esperaban otra orden que la de Dios para atormentarte eternamente.

Ea pues, pecador, aprovéchate de esta misericordia con que el Señor te regala. Esta mision que el Señor te envia, tal vez sea la última con que te favorezca. ¡Dichoso tú si sabes aprovecharte de ella! ¡Oh, si los que están en el infierno hubieran tenido la oportunidad que tú tienes, la habrian aprovechado sin duda, se habrian confesado bien, y se habrian salvado! ¡oh, si ellos pudieran salir, cómo te dirian que hicieras penitencia para no ir con ellos á aquel lugar de tormentos! ¡Ay, Señor mio! yo conozco que todos se aprovecharán. Dadnos vuestra santísima gracia, y Vos, Virgen santísima, ya que sois madre de gracia y de misericordia, alcanzadnos á todos aquellos socorros que necesitamos; esta es la gracia que esperamos mientras que todos os saludamos con el Ángel diciendo:

AVE MARÍA.

INTRODUCCION II Á LA MISION

Y AL

SERMON

DE LA IMPORTANCIA DE LA SALVACION.

Salva animam tuam. (Genes. xix, 17).

Ecce nunc dies salutis. (II Cor. vi, 2).

Sicut misit me Pater, et ego mitto vos. (Joannis, xx, 21).

1. Amadísimos hermanos en Jesucristo: Grande y admirable es el poder de Dios, grande y admirable su sabiduría, grande y admirable su bondad. En prueba de esta verdad no teneis mas que levantar vuestros ojos al cielo, y al momento se os presentarán un sinnúmero de astros, planetas y cometas, que al contemplarlos quedaréis pasmados. ¡Qué magnitud tan grande es la suya! ¡qué distancia la suya! ¡qué velocidad! ¡qué movimiento tan bien concertado! ¡qué armonía tan encantadora hay entre ellos!... Si en medio de vuestro pasmo y admiración queda por un momento libre vuestro agudo entendimiento, bajad, os diré, esos vuestros mismos ojos; extendedlos sobre el globo terráqueo, y al momento seréis testigos de la conservación y propagación de una infinidad de peces, de animales volátiles y terrestres, de árboles, plantas, mares, ríos, fuentes y de minerales de todas cualidades. Todas estas cosas tan grandes y encantadoras, todas han salido de la nada, ninguna de ellas se ha hecho á sí misma, ninguna de ellas tiene en sí la razón suficiente de existir, como lo evidencian los metafísicos. Todo su ser lo han recibido del supremo Hacedor, como lo confiesan todos los seres criados por boca del Profeta: *Ipse fecit nos, et non ipsi nos.* (Psalm. xcix, 3). Él nos ha hecho á nosotros, y no nosotros á nosotros mismos. ¡Qué poder tan grande y admirable!

2. Pero si los cielos y las obras de sus manos anuncian su glorioso poder, no anuncian menos su admirable sabiduría las adecuadísimas leyes que ha dictado á esa gran máquina del universo. Pregunto yo ahora, amadísimos hermanos míos: todas estas cosas tan poderosamente sacadas de la nada, tan perfectas y tan sabiamente dispuestas, ¿para quién las ha criado el Señor? Me parece que adoc-

trinados por el santo Profeta y enseñados por la larga experiencia de los siglos, me respondeis que el Señor ha hecho todas estas cosas para el hombre, y que todas las ha puesto á su disposicion. *Omnia subjecisti sub pedibus ejus.* (Psalm. VIII, 8). ¡Oh bondad admirable del Criador!... ¡Oh fiel y exacta obediencia de las criaturas! Mirad con qué puntualidad observan la ley del Criador, sin olvidarse jamás de su puntual cumplimiento, de suerte que el fuego no se olvida de quemar, el agua de mojar, y los graves de ir á su centro, ni el sol, príncipe entre los astros, se tiene por eximido de las leyes del Criador. Mirad sino como cumple con la mayor puntualidad las leyes del movimiento, de lucir y calentar, segun Aquel le tiene señalado y prefijado. El hombre, sin embargo, es el mas favorecido de los seres criados; es el dueño y señor de todos ellos sin tener sobre sí otro superior que el mismo Criador, y está sujeto á la ley mas noble que se puede dar, que es de servir únicamente á su Criador y Señor en este mundo, y despues ser eternamente feliz en la patria del cielo que le está preparada con una inmensidad de bienes, si es fiel servidor de su Señor.

3. Pero ¡ay de mí! hermanos mios, que al ver el maligno espíritu al hombre en medio de tantas felicidades, y que despues de las dulzuras en que estaba habia de ir á disfrutar de las felicidades eternas de la gloria, ocupando aquellas sillas de que él por su infidelidad se habia hecho indigno; envidioso trata de hacerle ser infiel á los preceptos de su Criador, y por consiguiente merecedor, como él, de penas temporales en este mundo y eternas en el infierno. ¡Qué lástima, hermanos mios, qué lástima al ver al hombre que al octavo dia de su creacion cae miserablemente en el lazo que el demonio le tenia parado! Peca él, infiel é ingrato, y por tanto se hace indigno de todas las felicidades de este y del otro mundo, y merecedor de todos los males temporales y eternos!... Y lo peor es que unos daños tan grandes no solo recayeron sobre nuestros padres Adan y Eva, sino que se extienden hasta á nosotros, y nos comprenden tambien. Sucedió en esto con nosotros lo mismo que sucede con aquellos hijos cuyos padres, nobles y ricos, por sus caprichos y antojos han malversado su pingüe patrimonio y se han precipitado á todas las miserias y desgracias; sus hijos corren la misma suerte. Adan y Eva, nuestros padres, los mas nobles y ricos, de señores que eran de todo el mundo, se hicieron por su antojo esclavos del demonio; y de ricos é inmortales, se hicieron pobres é infelices, sujetos á todas las enfermedades y aun á la misma muerte, cuyas miserias y desgracias

hemos nosotros heredado. Sin embargo, como el Señor se apiada de quien quiere como dice el Apóstol; *Deus cujus vult miseretur, et quem vult indurat* (Rom. ix, 18), no castigó inmediatamente con penas eternas á nuestros padres segun lo tenían merecido, y como lo habia hecho con los ángeles rebeldes, sino que les dió lugar de penitencia y les prometió un Redentor. Y para que no desmayara la humanidad, envióles entre tanto profetas, y estos con el mayor celo y entereza no solo animaron y confortaron á los descendientes de Adan, si que tambien les enseñaron qué es lo que debian hacer y practicar para agradar al Señor, hasta que aquel Dios, fiel en sus promesas y rico en misericordias, se dignó darnos á su propio Hijo. ¡Tan grande es el amor que nos ha profesado! Y este Hijo del Altísimo ha venido gustoso para ser nuestro redentor, nuestro maestro... nuestro pastor y nuestro todo, á fin de que las almas ú ovejas de la casa de su Padre no perezcan, antes bien para que recobren la vida las que se hallan privadas de ella, y se perfeccionen las que viven. Á este mismo fin envía y enviará, hasta la consumacion de los siglos, á sus apóstoles y discípulos como él mismo dice *Sicut misit me Pater, et ego mitto vos*.

4. Cada vez que me considero, amados hermanos, uno de los enviados del Señor en estos últimos tiempos para salvar las almas, viendo mi insuficiencia me avergüenzo, y no puedo menos de exclamar con mayor propiedad que Jeremías al decir al Señor, que le enseñaba: *Ecce nescio loqui, quia puer ego sum*: ¿No veis, Señor, que aun no sé hablar, que soy como un tierno infante balbuciente?... Mas ¡ay de mí! que, en lugar de ser admitida mi excusa, se me inlima esta orden: *Ad omnia quæ mittam te ibis, et universa quæcumque mandavero tibi loqueris* (Jerem. i, 6): Irás á todos los lugares á donde te enviaré, y hablarás lo que te mandaré. Decidme, hermanos míos, ¿qué haré hallándome en tan crítica situacion, impelido de una orden tan expresa y terminante? Si trato de hacer como Jonás que enviado por el Señor á predicar á Nínive, ciudad grande y llena de vicios, no dirige su marcha á Nínive sino á Tarso, temiendo las burlas, mofas, persecuciones y quizás la muerte, castigándole el Señor con una horrenda tempestad á él y á todos los de la embarcacion, temiendo estoy que si por algunos respetos humanos yo no os predico, vendrá sobre mí y quizás aun sobre vosotros el castigo. Este mismo temor tenia el apóstol san Pablo, cuando exclamaba diciendo: Si yo evangelizo, no tengo de qué gloriarme, es un deber mio, ¡ay de mí si no lo hiciere! ya me contaria por perdido ente-

ramente. De ahí es que, impelido de este temor y del amor de Cristo, como él dice, y del prójimo, predicaba el santo Evangelio en las plazas y calles, en las sinagogas y casas particulares, y aun en los tribunales y cárceles, no temiendo los azotes ni suplicios de muerte, como nos lo asegura él mismo: *Nihil horum vereor, nec facio animam meam pretiosiore[m] quam me*: Ninguna de estas cosas temo, porque aprecio mas mi alma que la vida del cuerpo; la cual alma sin duda habria perdido si por temor de estos males corporales no hubiese predicado el santo Evangelio que el Señor le habia confiado. Lo mismo os digo yo, hermanos míos, no temo las sátiras, sarcasmos, calumnias, persecuciones, ni la muerte misma, porque el Señor como á otro Ezequiel me ha puesto por atalaya en el pueblo cristiano con la condicion que si yo no predico y el pecador muere en su pecado, yo con él seré condenado; pero si yo predico y él no obstante muere en su pecado, porque se hace sordo á mis amonestaciones, él se perderá, pero yo me salvaré.

5. Me ha sucedido á mí, amados hermanos míos, lo que sucedió con Moisés, que, estando ocupado en apacentar el ganado de su suegro Jetró, le mandó Dios nuestro Señor que fuese á dar libertad á los hijos de Israel, los que desgraciadamente estaban esclavizados bajo la tiranía de Faraon; pero hallándose Moisés tan tartamudo que apenas sabia hablar, constándole además la obstinacion de Faraon por la ganancia que sacaba de aquellos infelices, y sabiendo sobre todo que aquel pueblo era de dura cerviz, se excusaba de ir á rescatarle; pero Dios le mandó que fuese, diciéndole que si le preguntaban quién le enviaba, respondiese que le enviaba *aquel que es*. De un modo semejante me envia á mí el mismo Dios, para dar libertad á tantas almas amadas tuyas, que están bajo la tiranía del infernal Faraon, quiero decir, del demonio, quien las tiene atadas con las dobles cadenas de los vicios y pecados; á las unas tiene atadas con la cadena de las blasfemias, á las otras con la de la impureza; unos están atados con el grillo de poseer lo que no es suyo, otros porque están enemistados, y á muchísimos otros los tiene atados por el cuello, porque no confiesan sus pecados, y de todos saca gran ganancia para el infierno. Á todos me envia el Señor para que los ponga en libertad; pero viendo yo mi insuficiencia, no puedo menos que excusarme considerando al propio tiempo lo fuerte de las cadenas y la obstinacion del esclavizador; sin embargo, me siento de Dios impelido á acometer tan grande empresa, y me anima no poco vuestra laudable docilidad. Á mas de que, si Moisés emprendió tan

grande obra para hacer la voluntad de Dios, aunque debia tratar con gente de dura cerviz, ¿con cuánta mayor prontitud y ánimo debo emprender el rescatar á los infelices pecadores, no solo por ser esta la voluntad de Dios, sino tambien porque he de tratar con vosotros, no gente de dura cerviz como los judíos, sino muy dóciles á las palabras que Dios os dirigirá por mi boca?

6. Por tanto, ánimo, pueblo cristiano; anímate te digo de parte de Dios, consuélate en medio de las penas que te acarrea la esclavitud. *Consolamini, consolamini, popule meus*. Sí, consuélate, consuélate, pueblo mio, te dice el mismo Dios, porque ha llegado el tiempo del rescate. Sí, pecadores amadísimos de mi alma, ha rayado ya la aurora del dia de nueva redencion: *Illuxit nobis dies redemptionis novæ*. Sí, pecador que me escuchas, hoy amanece para tí un dia de nueva redencion, consuélate, alégrate, porque se dará fin á aquellos remordimientos que de continuo te devoran. *Solve vincula colli tui, captiva filia Sion*. Haz trozos de aquellas cadenas con que el demonio, Faraon infernal, te tenia amarrado por el cuello, á fin de que nunca jamás hicieses una buena confesion: ven, no temas, hija de Sion, y para bien tuyo te diré que el Señor me ha dado mas poder que no dió á la vara taumaturga de Moisés, pues bastará que yo diga sobre tu causa un *Ego te absolvo*, para que al momento de esclavo del demonio pases á ser hijo de Dios y heredero del cielo. No lo dudes, el mismo Dios, á quien tienes ofendido, me envia; ¡mira, pues, si te quiere perdonar!

7. Sí, el mismo Dios me envia á tí para salvarte, para librarte del infierno, como en otro tiempo envió el Ángel para librar á Lot del incendio de Sodoma, porque cansado Dios de sus pecados la queria castigar, y efectivamente llovió fuego del cielo y la convirtió en cenizas. Por esto el Ángel, viendo próximo el castigo, instábale y decíale: *Salva animam tuam*. Lo mismo te digo yo, pecador, *salva animam tuam*: mira que Dios está cansado de tus iniquidades y va á acabar contigo por medio de una muerte repentina, ú otra desgracia imprevista: mira no te rias y burles de las amenazas, para que no te suceda lo que á los yernos de Lot, que riéndose y burlándose de los avisos que este les daba, y no creyendo á quien bien les queria, viéronse sin pensarlo víctimas del castigo mas terrible que jamás se ha leido en las historias.

8. Dejémonos, sin embargo, de temores, y volvamos á la confianza que es camino mas placentero. Si hubiéseis oido decir que el Señor me enviaba á vosotros con el poder de obrar milagros, con el

don de curaciones de toda suerte de enfermedades, y con la virtud de resucitar muertos: si yo me presentara entre vosotros para enseñaros un secreto de conservar la salud á los que ya disfrutaban de ella, y para mostraros un medio seguro y honesto de hacer fructificar vuestros patrimonios al centuplicado, y haceros enriquecer en poco tiempo... ¿qué alegría tan grande no causaria entre vosotros mi llegada? Por cierto que tendríais por los días mas felices los días que permanecería entre vosotros; me miraríais como un hombre enviado de Dios que os trae su santa bendición, como un Ángel bajado del cielo para procurar vuestra felicidad.

9. Animados de estas esperanzas, ¡con qué ansia y solicitud vendríais todos y todos los días á oír los sermones!... Ninguna cosa seria bastante para deteneros, ni el frio, ni el calor, ni la lluvia, ni el viento, ni la distancia, ni el mal camino, ni la oscuridad de la noche, ni vuestras muchas ocupaciones; en una palabra, nada seria bastante para deteneros. Además, si oyéseis decir que en otras parroquias el Señor ha obrado por mi medio estas maravillas que acabo de referir, ¿seria esto un fuerte estímulo para haceros venir á todos con mayor puntualidad y fervor?

¡Ah! si supiéseis, amados hermanos, que las utilidades que os traigo son incomparablemente mayores que las que acabo de insinuar!... Os traigo el remedio para los males de vuestras almas, males infinitamente mas funestos que todos los del cuerpo, y aun el remedio de los males corporales y temporales, si así conviene para el bien de vuestras almas; os traigo la resurrección de aquellas almas muertas á la vida de la gracia; os traigo el modo fácil de enriqueceros en bienes sólidos y permanentes; finalmente os vengo á demostrar el camino recto, breve y seguro para llegar á la felicidad temporal y eterna. Y lo que os digo y prometo lo han experimentado ya otras poblaciones, quienes rebosando de júbilo y satisfacción no cesan de alabar las misericordias del Altísimo. Lo mismo espero sucederá en vosotros; solamente falta que correspondais con vuestra asistencia, con vuestra atención, devoción y práctica de lo que se os enseñará; lo demás ya lo hará el Señor, y lo suplicará la Virgen santísima, Ángeles y patronos vuestros. La misma santísima Virgen os enseñará con su buen ejemplo cómo habeis de cooperar y corresponder á la santa misión, ya que la primera misión de que nos habla el Evangelio de san Lucas está expresada en estas palabras: *Missus est angelus Gabriel à Deo*. Misión que fue hecha expresamente para Vos, ó Virgen santísima. Los hombres son enviados á los hombres;

los hombres frágiles son enviados á los hombres pecadores : Moisés fue enviado á Faraon, Natan á David, Daniel á Nabucodonosor, y yo á vosotros, amadísimos hermanos míos ; pero á la santísima Virgen María, por sus virtudes angelicales, le fue enviado un Ángel. Dios confió esta gran mision al arcángel san Gabriel, y ¡ con qué humildad, fervor y devocion la desempeñó ! ¡ Ojalá que yo desempeñe como él la mision que el mismo Dios me ha confiado respecto de vosotros, ó devotos de María ! ¡ Ojalá que vosotros, á imitacion de María, escuchéis mis palabras y les deis crédito, como María escuchó y dió crédito al Ángel, y fue constituida Madre de Dios ! Si vosotros dais crédito á las palabras que vengo á deciros de parte de Dios, quedaréis purificados por medio de la penitencia y absolucion sacramental, y el mismo Dios que se encarnó en las virginales entrañas de María santísima por medio de aquella mision del Ángel ; el mismo Dios, hecho hombre, vendrá á vuestro interior al recibir la Comunión en esta santa mision ! ¡ Qué dicha, qué felicidad la vuestra, amados hermanos ! Hoy por ser el primer día, os propondré la importancia de la salvacion de vuestra alma ; asunto que á todos interesa. Para el acierto necesito de los auxilios de la gracia ; ayudadme á alcanzarlos del Señor por intercesion de María saludándola con el Ángel, diciendo :

AVE MARÍA.

ESQUELETO DEL SERMON I

DE LA IMPORTANCIA DE LA SALVACION.

Quid enim prodest homini, si mundum universum lucretur, animæ vero suæ detrimentum patiatur? (Matth. xvi, 26).

Porque ¿de qué le sirve al hombre el ganar todo el mundo, si pierde su alma?

1. ¿Qué te aprovecharán las riquezas de Crespo, dominio de Alejandro, placeres de Sardanápalo, Neron?...
 2. Hoy ya no se piensa sino con indiferencia; se vive para la tierra; vivir bestial...
 3. Los primeros cristianos querian salvarse, por esto...
 4. Es el negocio único; pero ¡qué contradiccion!...
 5. Algunos quieren salvarse, pero no tratan de salvarse. No hablo de esos mónstruos, ni de los engolfados; nada hacen.
 6. Otros hay que no tratan de veras de salvarse, quieren sus vicios, y no practican virtudes.
 7. Quieren salvarse, y hacen las obras para condenarse.
 8. Quieren salvarse, pero con una voluntad flaca, inconstante.
 9. Quieren salvarse con voluntad de futuro. Cuando viejos, concluidos los negocios...
 10. Quieren salvarse, pero con voluntad improporcionada, porque no se pone mas cuidado en este que en los demás negocios.
 11. Debemos obrar nuestra salvacion con temor y temblor.
 12. Exhortacion... *Attende tibi.*
 13. Deprecacion y arrepentimiento.
-

SERMON I

SOBRE LA SALVACION.

Quid enim prodest homini, si mundum universum lucretur, anima vero suae detrimentum patiatur? (Matth. xvi, 26).

1. Sí, Dios mio, Vos lo habeis dicho. ¿Qué aprovecha, pues, al hombre ganar todo el mundo, si pierde su alma? En efecto, cristianos, ¿qué aprovechará al hombre haber poseído mas riquezas que Creso, dominado mas naciones y reinos que Alejandro, y disfrutado mas placeres y delicias que Neron ó Sardanápalo, si pierde su alma? *Quid prodest?* ¿De qué le aprovechará haber salvado sus bienes, su estimacion y su honor, si no ha salvado su alma? *Quid prodest?*

2. Esta verdad, que deberia estar grabada con punzon de hierro en láminas de bronce, ó esculpida á cincel en pedernal, segun la expresion de Job; esta verdad fundamental de las buenas costumbres apenas merece en el dia atencion á los Cristianos. Por desgracia nos ha cabido vivir en unos tiempos tan inmorales, que ya la salvacion del hombre, hablando generalmente, es uno de los cuidados mas indiferentes del hombre. Ya los Cristianos no viven para el cielo, sino para la tierra. Ya no piensan en prepararse para la eternidad que por momentos les espera, sino en disfrutar del tiempo que tan rápidamente pasa, y semejantes á aquellos insensatos de que nos habla la sagrada Escritura en el libro de Isaías, se convidan á pasar dias alegres, diciéndose mutuamente: Comamos y bebamos, que mañana moriremos: *Comedamus et vivamus, cras enim moriemur*. Pintemos nuestros rostros, coronémonos de rosas, corramos de diversion en diversion, demos satisfaccion á nuestras pasiones y apetitos, disfrutemos las delicias y placeres de la vida, esto hemos de sacar de este mundo, porque mañana moriremos. *Cras enim moriemur*.

Discursos mentirosos, pues nada menos que eso habrán de sacar de este mundo. Discursos brutales, pues no manifestarian otros deseos, ni pedirian otra cosa las bestias si ellas pudieran hablar. Discursos detestables de los siglos mas corrompidos. Discursos tan aje-

nos de un cristiano como propios de un gentil, y de un gentil atea y epicúreo.

3. En los hermosos siglos del Cristianismo, el cuidado de la salvacion ocupaba todo el cristiano. De aquí nacia aquella diligencia con que procuraban huir las ocasiones peligrosas, aquel destierro perpétuo de los teatros y concursos mundanos, aquellos ayunos casi continuos, aquellas ingeniosas mortificaciones, aquellas asombrosas penitencias, aquella vida tan ajustada á la ley que les habia de salvar, aquellas asombrosas virtudes que les habian de valer un reino en el cielo; en una palabra, de aquí nacia la santidad del Cristianismo en sus primeros siglos. Pero ahora, en estos últimos siglos, últimos en la virtud y primeros en el vicio; ahora el cuidado de la salvacion es el que menos ocupa á la mayor parte de los cristianos. Es verdad que quieren salvarse, ¡y cómo podrian no quererlo sin abandonar la fe! Quieren salvarse, es verdad; pero quieren salvarse dulce y cómodamente, porque este es el espíritu de nuestro siglo. Quieren salvarse, pero no quieren poner los medios necesarios para salvarse. Y ved aquí ya la materia de mi discurso. Haré ver que el Cristianismo en el día se compone, hablando generalmente, *de almas que al parecer quieren salvarse, pero que en realidad no quieren salvarse*; porque no quieren su salvacion como deben quererla para conseguirla; y esto es lo mismo que no querer salvarse. Tengo propuesto.

¡Dios piadoso, bondad sin límites, centro de todas las luces y fuente de todas las gracias! alumbrad mi entendimiento, inflamad mi voluntad y dad eficacia á mis palabras para que yo desempeñe con acierto y con fruto un asunto tan interesante. Así os lo suplicamos por la intercesion de vuestra querida Madre la santísima Virgen: *Ave María.*

Quid prodest homini...

4. Que la salvacion es el primero, el grande, ó por decirlo mejor, el único negocio del hombre, ningun cristiano puede dudarlo sin ir contra su fe. Todos los demás negocios de nuestra vida en tanto merecen nuestra atencion, en cuanto contribuyen al gran negocio de salvarnos. Pero ¡qué contradiccion tan lastimosa no se advierte entre esta verdad eterna y nuestra conducta! ¡Todos queremos salvarnos, pero son pocas las almas que quieren su salvacion como debe ser querida! Unas quieren salvarse, mas no tratan de salvarse. Otras quieren y tratan de salvarse, pero no tratan de ve-

ras de salvarse. Otras en fin quieren y tratan de veras de salvarse, pero aun muchas de estas no tratan el negocio de su salvacion como debe ser tratado para conseguirle; esto es, como el primero, el mayor y el mas interesante de todos los negocios de su vida y de todos los del mundo. Oid las pruebas de estas tres verdades, y ¡Dios quiera que no os halleis retratados en alguna de las pinturas que voy á hacer de estas tres clases!

5. Diré primeramente que hay unas almas que quieren salvarse, pero que no tratan de salvarse; porque, sin hablar ahora de esas almas, de esos mónstruos del Cristianismo, que, entregadas enteramente á sus pasiones, y sumergidas en el abismo de sus vicios, han renunciado ya al reino de los cielos, y miran sin horrorizarse el infierno abierto á sus piés; sin hablar tampoco de esas otras que, sin haber renunciado á su salvacion, viven, no obstante, como si efectivamente la hubieran renunciado; sin hablar, digo, de estas almas perdidas, ¿cuántas otras hay que, engolfadas en los cuidados del mundo, apenas se acuerdan que tienen que salvarse? Veréis una multitud de almas de esta clase que pasan toda su vida en una continua accion sin hacer nada para el cielo. No han concluido unos negocios, y ya se hallan ocupadas de otros. Con estos cuidados se acuestan, con ellos sueñan, y con ellos se levantan. El nuevo dia las trae nuevas ocupaciones, y las mele en nuevos empeños. Su vida viene á ser una cadena, cuyos eslabones son cuidados continuos que nunca se desprenden, y esta fatal cadena las arrastra á la eternidad, sin que apenas hayan pensado que habia eternidad para ellas. ¡Almas infelices que, trabajando siempre, al fin no han hecho nada! Almas lastimosamente engañadas, que nada encontrarán entre sus manos en aquel terrible momento en que se acabará para ellas todo este mundo que tanto las ocupa, y principiará para ellas toda la eternidad, de la que han vivido tan olvidadas! *Et nihil invenerunt in manibus suis*. Ved, pues, aquí ya una multitud de almas que quieren salvarse, pero que no tratan de salvarse. Y esta es la primera clase.

6. Hay otras, y esta es la segunda, que no pudiendo dejar de dar oidos al asombroso negocio de su salvacion, tratan de salvarse; pero no tratan de veras de salvarse. ¿Y por qué así? Porque tratan de salvarse sin incomodar sus pasiones, sin dejar sus vicios, sin practicar las virtudes y sin hacer obras dignas del cielo. Yo quiero salvarme, dicen. Pero yo no veo que traten de mudar de vida, de vencer sus pasiones, ni de privarse de sus desordenados apetitos: yo no veo que traten de apartarse de las ocasiones, de huir de los peli-

gros y de entregarse á las seguridades de la virtud. Yo quiero salvarme, dicen. Pero yo no veo que traten de arreglar su conciencia y de examinar de una vez el caos de sus iniquidades, poniendo en claro aquellos delitos que nunca confesaron bien, y aquellas circunstancias, á veces mas pecaminosas que los mismos delitos : yo no veo que traten de llamar á cuentas tantas confesiones sin enmienda y tantas comuniones sin fruto. Yo quiero salvarme, dicen. Pero yo no veo que emprendan una vida edificativa; que borre con buenos ejemplos los malos que han dado y los escándalos que han causado : yo no veo que traten de lavar sus pecados con sus lágrimas, ni de enjugar las del pobre con sus limosnas para redimirlos. Yo quiero salvarme, dicen. Pero yo no veo que pongan orden en el tiempo de su vida, dando á Dios lo que es de Dios, y al César lo que es del César : yo no veo que de las veinte y cuatro horas que componen el día y la noche, destinen algunos ratos al negocio de su salvacion, ya meditando la brevedad de esta vida para desprenderse ó no pegarse á ella, y la eternidad de la otra para prepararse á entrar en ella, ya ocupándose en la lectura de los buenos libros para aprender en ellos á salvarse, y ya asistiendo al divino sacrificio para ofrecer con el sacerdote al eterno Padre la preciosísima víctima de su querido Hijo, á fin de conseguir por sus méritos infinitos el perdon de sus pecados y las gracias necesarias para vivir sin perderse en un mundo tan perdido. Yo quiero salvarme, dicen...

7. Pero ¡á dónde voy, ni por qué me canso ! Vosotras quereis salvaros, almas ignorantes en la ciencia de la salvacion. Vosotras quereis salvaros, y haceis lo que es á propósito para condenaros, ó al menos no haceis lo que es necesario para salvaros. Vosotras quereis salvaros, pero no quereis andar por el camino que abrió Jesucristo para ir al cielo, camino que han andado y han de andar todos los que han entrado y han de entrar en sus moradas eternas. En suma, vosotras quereis salvaros, pero no quereis hacer lo que es necesario para salvaros ; y esto no es querer salvarse. Esto es querer condenarse. ¡Oh cristianos ! ¡Y qué crecido es el número de esta segunda clase de almas que con sus palabras dicen que quieren salvarse, y con sus obras manifiestan que quieren condenarse !

8. Últimamente hay otras, y esta es la tercera clase, que al parecer quieren de veras salvarse ; pero ó lo quieren con una voluntad inconstante, flaca y desanimada, ó con una voluntad de futuro, ó con una voluntad desproporcionada á la grandeza del negocio de salvarse.

Las que quieren salvarse con una voluntad flaca, inconstante y desanimada, son aquellas que forman continuamente planes de conversion, pero que no los ejecutan. Hacen muchos propósitos de entregarse á la virtud, pero se quedan en propósitos. Principian á dar algunos pasos en el camino del cielo, pero la continua lucha que es necesario sostener contra las pasiones para seguirle, la firmeza que es preciso conservar para no dejarse vencer, la grandeza de ánimo que es indispensable tener para sobreponerse á las censuras y burlas de un mundo enemigo declarado de la virtud... Todo esto forma un monte de dificultades que su flaca voluntad nunca llega á superar. Hacen algunos esfuerzos, y luego se desaniman; vuelven de nuevo á esforzarse, y á desanimarse de nuevo, de modo que su vida es un principiar á dar pasos, y volverse piés atrás, un andar y desandar sin adelantar nada. Y esto es lo que se llama querer salvarse con una voluntad flaca, inconstante y desmayada, y esto no es querer salvarse.

9. Las que quieren salvarse con una voluntad de futuro, son aquellas que dejan la obra de su salvacion para el tiempo venidero. Yo quiero salvarme, dicen; yo conozco que es una desgracia inmensa perder para siempre el cielo y sepultarse para siempre en el infierno. Yo quiero salvarme, y pienso entrar antes de mi muerte en el camino de mi salvacion; pero... ¿cuándo, amado mio? Cuándo se apacigüen, responde, estas pasiones que ahora me dominan y tienen cautivo; cuando pase esta edad robusta en que me hallo; cuando se hayan concluido estos negocios que tanto me ocupan; cuando se hayan finalizado ciertos asuntos de consideracion que traigo entre manos; al momento que tenga un tiempo mas libre; verémos en otra Cuaresma... ¡Insensato! Bien podrá ser que algun dia quieras tu salvacion, pero ahora seguramente no la quieres. Y... ¡quién sabe si tendrás tiempo de quererla! Una caida, un accidente repentino, un no sé qué, pondrá fin á tu carrera antes que lleguen esos dias con que cuentas. La justicia divina, que no querrá permitir por mas tiempo la ingratitud con que abusas de su asombrosa paciencia, será la terrible voz que te dirá, cuando estés mas descuidado: ¡Necio! no hay para tí esos tiempos con que cuentas, porque esta noche te piden tu alma. *Stulte! hac nocte repetunt animam tuam.*

10. Finalmente, las almas que quieren salvarse con una voluntad improporcionada son aquellas que quieren su salvacion con una voluntad que no corresponde á la grandeza de su salvacion. No permite el cielo, dice esta clase de almas, que yo deje para adelante la

asombrosa obra de mi salvacion eterna; ni que la quiera con una voluntad inconstante, flaca y desanimada. Yo he puesto á mis inclinaciones límites que no las permito pasar. Mi tenor de vida es: en primer lugar, el cumplimiento de mis obligaciones para con Dios y para con los hombres; y en segundo, los ejercicios de piedad. Misa diaria, frecuencia de Sacramentos, lectura espiritual, oracion y otros ejercicios piadosos...

Todo esto me parece muy bien, almas cristianas, y deseo que así sea; pero aun dudo si con todo eso quereis vuestra salvacion como debe ser querida, esto es, como un bien incomparablemente mas importante que todos los demás de vuestra vida. Cuando yo veo que poneis medios y diligencias mas eficaces para conseguir los bienes de la tierra que vuestra salvacion; por mas que me pondereis vuestro deseo de salvaros, no puedo dejar de inferir que no quereis vuestra salvacion como el primer bien de vuestra vida. Yo veo que para adquirir los bienes del mundo no se omite diligencia. Entre los medios convenientes se escogen los mas convenientes, y entre los seguros los mas seguros. ¡Qué diligencias no practica y qué empeños no busca un pretendiente para conseguir un empleo! ¡Qué seguridades no procura un comerciante para conservar sus capitales y aumentar sus intereses! ¡Qué paciencia, qué constancia no se ve en un labrador hasta conseguir y recoger sus frutos! Pero trátase de salvacion; aquí ya cesaron las vivas diligencias, los grandes cuidados, la firmeza y la constancia.

11. Que el Espíritu Santo diga que es infinito el número de los necios que se pierden, y corto el de los prudentes que se salvan; que Jesucristo asegure que son muchos los llamados y pocos los escogidos; que es ancho el camino que lleva á la muerte y muchos los que van por él, y estrecho el que lleva á la vida, y pocos los que le frecuentan; que toda la sagrada Escritura no tenga, por decirlo así, otro objeto que la salvacion del hombre y el cuidado de repetirle que se salve... todo esto no importa. Si se trata de perder grandes intereses y quedar arruinado, aquí el hombre se estremece, tiembla... Pero trátase de la salvacion, y á pesar de encargarnos san Pablo que obremos nuestra salvacion con temor y con temblor, nadie se estremece, nadie tiembla. Y ved aquí, católicos, como aun las almas que quieren de veras salvarse, todavía no quieren su salvacion como debe ser querida, porque no la quieren como un bien incomparablemente mayor que todos los de su vida y que todos los del mundo. Y ved aquí tambien probada, demasiadamente por des-

gracia, la proposicion de mi discurso : esto es, que el Cristianismo en el dia se compone, hablando generalmente, de almas que quieren salvarse, pero que no quieren su salvacion como debe ser querida para conseguirla, y por consiguiente de almas que efectivamente no quieren salvarse. ¡Verdad terrible que nos debe llenar de sobresalto! porque nos hace ver que la mayor parte de los cristianos adultos se condena, como dicen comunmente los santos Padres; pero verdad provechosa, porque debe despertarnos del profundo sueño en que vivimos sepultados en orden á nuestra salvacion eterna.

12. ¡Quién se hallara ahora ¡oh Dios mio! con la elocuencia de vuestro siervo Ambrosio, para llenar á este piadoso auditorio de un terror santo y saludable en orden á su salvacion eterna! Comunicad, Señor, á mi voz aquella vehemencia que animaba la suya, cuando llenaba de espanto á una ciudad populosa, repitiendo estas breves palabras de Tobias: *Attende tibi*. Mira por tí. Alma hechizada del mundo, digo yo tambien ahora con este varon admirable. Alma hechizada del mundo, vuelve ya en tí, mira por tí. *Attende tibi*. No emplees en cosas que no te importan un tiempo y unos cuidados que solo á tí misma debes. No pases el momento de tu vida engolfada en quiméricos proyectos. Las honras, las riquezas, las dignidades, los deleites, los empleos, la reputacion, la fama... sueños son que todos se disipan al ruido de la muerte; mas tú vivirás despues eternamente en el cielo ó el infierno. Mira tú misma por tí. *Attende tibi*. Amadores del mundo, cuando la tierra haya recibido los despojos de vuestra mortalidad, ¿qué os importará haber disfrutado los placeres ó haber carecido de ellos? Cuando os halleis reducidos á polvo en el sepulcro, ¿qué interés podréis tener en que se aumenten ó disminuyan vuestras riquezas, ni en que se conserve ó borre vuestro nombre de la memoria de los hombres? ¿Pensais acaso que el cuidado de vuestra fortuna ó vuestra fama ocupa ya en el dia á vuestros padres? Id á consultar con sus cenizas entre las sombras del sepulcro, donde esperan las vuestras; que frias y yertas como están, se animarán para deciros: Mirad, hijos, por vosotros. *Attende tibi*. El tiempo corre, hijo mio, dirá un padre, y con su veloz carrera te arrojará dentro de un momento en este sepulcro que me encierra. Ya ves que nada me ha quedado de lo que fui en otro tiempo. Tú posees ahora mis bienes, como yo los poseí entonces, prestados y con la condicion de dejarlos. Presto los dejarás tambien tú, y tú vivirás despues eternamente en el cielo ó el infierno. Mira, hijo mio, por tí. *Attende tibi*. ¿Para qué tantos cuidados y adornos, tanta vanidad y

devaneos? dirá una madre á esa hija envanecida con sus gracias y hermosura. Ya ves, hija mia, que mis gracias, mi hermosura, mis encantos, mis locuras... todo se ha enterrado en el sepulcro; tambien se enterrarán las tuyas, y tú vivirás despues eternamente en el cielo ó el infierno. Mira, hija mia, por tí. *Attende tibi*. Insensato pecador que, cubiertos tus ojos con la venda que forman tus pasiones, caminas acelerado al precipicio; detente. Óyeme una palabra. Dime ¿quién durará mas, tú ó tus placeres? ¡Ah! tus placeres aun no llegarán al sepulcro, y tú vivirás despues eternamente en el infierno; si mueres en tus pecados. Mira, pecador, por tí. *Attende tibi*. ¡Amados de mi alma! nuestra salvacion es nuestro único negocio: todo lo demás perece. De aquí á un momento (porque un momento es la vida) entraremos en el curso de los años eternos; y todos los que hemos nacido podemos decir que estamos ya á las puertas de esos años, y que no nos resta mas que un paso para entrar en su duracion inmensa. ¡Paso terrible!

13. ¡Dios mio! ¡Dios de las misericordias! Nuestra eternidad dichosa ó desdichada está para principiar, y no tenemos sino motivos para temer y temblar. Compadeceos, Señor, de nuestro inmenso peligro. ¡Qué! ¡Perderemos el reino de los cielos para el que nos habeis criado! En tal caso, Señor, mejor seria que la nada nos hubiera poseído eternamente. Pero yo espero; Dios mio, que aun nos concederéis nuevos plazos y nuevas gracias para obrar nuestra salvacion y merecer veros y gozaros eternamente en la gloria. *Amen*.

ESQUELETO DEL SERMON II

DE LA SALVACION, Ó FIN DE LA CREACION.

Notum fac mihi, Domine, finem meum. (Ps. xxxviii, 5).

Señor, hazme conocer mi fin.

1. Hace llorar el ver en qué cosas se ocupan los hombres.
 2. En qué se ocupan los Cristianos.
 3. Todas las cosas tienen su fin, su destino... ¿Y el hombre?...
 4. El fin del hombre no son las cosas criadas. Solo Dios.
 5. ¿Qué os dice vuestra conciencia?... Las cosas son medios, Dios, fin.
 6. Todo se pasa, v. g. Alejandro.
 7. El fin del hombre es la santificacion y la salvacion.
 8. ¡Qué fin tan noble! como el de los Ángeles y de María santísima.
 9. La razon nos enseña cuál es nuestro fin. Licurgo.
 10. La fe nos enseña cuál es nuestro fin. Ejemplo de san Clemente.
 11. Muchos cristianos dan á entender que no conocen su fin, ni con la razon, ni con la fe.
 12. El fin es amar á Dios, y se aman las riquezas, placeres y...
 13. Todas las cosas aman su fin, menos el hombre.
 14. El fin del hombre es gozar de Dios: cotejo de las miserias de la tierra con las riquezas del cielo. Símil, hijo de un rey...
 15. ¿Qué será ver á Dios, que contiene todas las perfecciones?
 16. ¿Cuál es el fin? ¿cuál es el premio? *Ego ero merces tua magna nimis*. No nos engañe el mundo, la tierra.
 17. Reflexion y arrepentimiento.
-

SERMON II

DEL FIN PARA QUE DIOS NOS CRIÓ.

Notum fac mihi, Domine, finem meum. (Ps. xxxviii, 5).

1. Siempre que movido de la gracia de Dios, decia santo Tomás de Villanueva, me pongo atentamente á considerar los inútiles trabajos é infructuosas fatigas de los hombres; siempre que miro sus vanos pensamientos, sus ciegos discursos y corrompidas obras, no puedo contener las lágrimas que corren apresuradamente de mis ojos. ¿Quién, prosigue diciendo el mismo Santo ¹, no se llenará del mas profundo sentimiento al mirar tanta multitud de hombres tan lastimosamente engañados, amando la vanidad, y buscando la mentira? ¿Qué corazon de bronce no se rompe, qué entrañas de diamante no se parten al considerar que una tan noble criatura como es el hombre, por quien los cielos, la tierra, los mares, y todos los demás cuerpos de este mundo fueron hechos, viva envuelta entre las mas densas tinieblas de la ignorancia, sin saber el fin para que Dios la crió?

2. No penseis, católico auditorio mio, que hablaba el Santo de la innumerable multitud de infieles, turcos, moros, judíos, herejes y cismáticos, á quienes está esperando la condenacion eterna, á los que podemos decir lo que Jesucristo á Judas, que mejor les fuera no haber nacido, que hallarse en un tan infeliz estado ²; hablaba el Santo de nosotros que hemos recibido la fe; hablaba de tantos cristianos que lo son solo en el nombre, pues viven como si no lo fueran; hablaba de tantos como suspiran por las riquezas aparentes de este mundo, de tantos como se ceban en los inmundos deleites de la carne, de tantos como suspiran por los empleos superiores á sus méritos, de tantos como buscan la vanidad; como si la vanidad, los empleos, la carne y las riquezas fueran el fin para que Dios los crió. *O curas hominum!* exclamaba, *ó quantum est in rebus inane* ³! Así se la-

¹ Santo Tomás de Villanueva en el sermon de la *Asuncion de Nuestra Señora*.

² Bonum erat ei, si natus non fuisset. (*Math. xxvi, 24*).

³ Id. S. Thom. in eod. Sermon.

mentaba en su tiempo aquel célebre predicador y santísimo Prelado, al ver innumerables cristianos malgastar la vida en ocupaciones ajenas del santo fin para que los crió el Señor. Y siendo cierto, como vosotros mismos confesais, que el mundo va cada vez á peor, ¿qué nos restaría añadir, cuando vivimos en un siglo en que está la tierra, como dice la Escritura ¹, no solo llena, sino repleta de maldades? La falta de instruccion en los niños, la desenvoltura en los jóvenes, el lujo y libertinaje en las mujeres, la avaricia en los ancianos, los falsos testimonios, los pleitos injustos, las murmuraciones malignas, los adulterios, los hurtos, las maldiciones, los escándalos que por todas partes se oyen, y á cada paso se presentan, no dejan libertad para mas que para suspirar, llorar y gemir, y decir á Dios con el santo profeta David : *Notum fac mihi, Domine, finem meum* : Dadme, Señor, á conocer mi fin, porque yo veo al mundo de suerte que no sé para qué nací. Ved aquí, señores, lo que determino mostraros esta tarde : ¿Cuál es el fin para que Dios os crió? ¡Oh si yo acertara á explicarme como deseo! ¡Oh si yo pusiera tan á vuestra vista la alteza y santidad de vuestro fin, y lo poco que habeis trabajado hasta ahora por conseguirle, que saliérais de este sermon avergonzadísimos de vosotros mismos y de vuestra ceguedad, y con las mas firmes resoluciones de mejorar vuestras costumbres, para conseguir el fin para que Dios os crió!

Así lo espero, Señor, con los auxilios de vuestra divina gracia. Alcanzádmela, Madre mia dulcísima, pastora vigilante de las almas, y abogada de los pecadores : enviad desde el cielo uno de los muchos Angeles que os veneran y ejecutan vuestras órdenes, que dirija, mueva y encamine mi lengua, para que solamente hable lo que sabeis ha de ceder á mayor honra y gloria de Dios, y salvacion de las almas. Estadme atentos.

3. Nada hay en el mundo que esté ocioso, y que no se halle destinado para algun fin. Giran los cielos en continuos y rápidos movimientos, lucen los planetas, brilla, alumbra y resplandece el sol, produce frutos la tierra, crecen las plantas, fructifican los árboles, y todos los entes naturales obran con arreglo al fin de su creacion. Sirven los brutos al hombre en varios y distintos ministerios : unos le llevan las cargas, otros le cultivan los campos; estos guardan las casas, aquellos le conducen sobre sí á diferentes lugares; unos le visten, otros le alimentan, y todos cumplen con el oficio y ministerio que se les

¹ Repleta est terra iniquitate. (*Genes. vi, 13*).

encomendó. *Numquid homo solus sine officio erit?* ¿Será solamente el hombre, decia santo Tomás de Villanueva ¹, quien no tenga oficio, y viva ocioso en el mundo? Hallándose todas las cosas criadas para algun fin, ¿el hombre solo, decia David, ha de ser criado vanamente? *Numquid enim vane constituisti omnes filios hominum* ²? No por cierto, cristiano auditorio mio. Fin santo y altísimo tenemos. No nos hizo Dios acaso, ni nos puso en el mundo para que empleemos tan mal la vida, como comunmente la empleamos. Pues ¿cuál es el fin para que Dios crió al hombre? Ved aquí una pregunta la mas fácil de responder de cuantas tiene la religion cristiana; pero una verdad en la que menos se piensa, y que menos impresion hace, cuando se pone el pensamiento en ella. Cási desde la cuna estamos instruidos de esta verdad : Que el hombre solo ha sido criado para servir á Dios en esta vida, y verle y gozarle en la eterna : *Habetis fructum vestrum in sanctificationem, finem vero vitam æternam* ³. Así nos lo enseña el grande apóstol san Pablo, y lo aprendimos en el Catecismo que en nuestra niñez nos pusieron en las manos. Pero tan léjos estamos de haber penetrado bien su sentido, ni previsto sus consecuencias, que estoy para afirmar que no entendemos el significado y sentido de estas palabras. Porque si ello es verdad que yo no estoy en el mundo sino para servir á aquel gran Dios que en él me puso; si esta es una de las verdades fundamentales de nuestra fe, ¿cómo no se conforman con ella nuestras costumbres? Si esta es ciertamente la máxima capital del Evangelio, si todo él se mueve sobre este polo, si todo se apoya sobre esta basa, ¿cómo, haciendo reflexion sobre la mayor parte de las acciones de los hombres, nada menos hallamos en ellas que tener á Dios por fin? En hecho de verdad, amados mios, los proyectos de la soberbia, los deleites de la lujuria, los ardides de la avaricia, que inundan todo el universo, ¿son ocupaciones de hombres que tratan de servir á Dios en esta vida, para verle y gozarle en la eterna? La vida ociosa de tantas mujeres de distincion; la vida criminal y escandalosa de tantas otras de la ínfima clase; sus maldiciones, sus pendencias, sus murmuraciones, sus amancebamientos, ¿son acciones de personas que saben han nacido para conocer y amar á Dios en la tierra, y gozarle despues por todos los siglos en el cielo? ¡Ah! Seguramente no entendéis esta verdad, ó vivís como si no la creyérais. Venid conmigo, y en compañía del gran Padre san Agustin, de quien es el pensamien-

¹ S. Thom. in eod. Serm. — ² Psalm. LXXXVIII, 48. — ³ Rom. VI, 22.

to, haremos un viaje por todas las criaturas, para ver si en alguna de ellas, ó en todas juntas, se halla el fin para que Dios nos crió.

4. Yo, Señor (decia á Dios aquel grande hombre, doliéndose de sus pasados desórdenes), dí una vuelta por todos los lugares de esta grande plaza del mundo, buscándoos, y no os hallé, porque yo buscaba mal : *Circuivi per omnes vicos et plateas magnæ civitatis hujus mundi, quærens te, et non inveniens, quia male quærebam*. Pregunté á la tierra con todas sus riquezas, plantas y animales, ¿si eran el fin para que Dios nos crió? Y me respondieron todas, que no eran : *Non sumus* : no te ha criado Dios para poner tu último fin en las cosas de la tierra. Pregunté al mar, á sus islas, á sus senos y á sus playas, ¿si eran mi fin? Y luego me respondieron : *Non sumus; quære super nos eum* : no somos nosotras el fin que buscas; pregunta mas arriba. Pregunté con efecto, dice el Santo, al cielo, al sol, á la luna, á los planetas, ¿si en el conocimiento de su magnitud, su distancia, sus movimientos, sus revoluciones, hallaria el fin para que Dios me crió? Y dando una grande voz me respondieron : *Non sumus* : este conocimiento podrá solamente contribuir para que el hombre suha por él al conocimiento y amor del Criador de todas ellas; pero no para que descanse en él como en su fin. Volvíme entonces, dice el Santo, á mis sentidos exteriores; y les pregunté ¿si le habian visto por el mundo? *Dicite sensus mei, num quem diligit anima mea vidistis?* Los ojos me respondieron : Si lo que buscas no es poseer hoy, y abandonar mañana, unos palacios magníficos, unos jardines amenos, ó unos minerales fecundos; si eso que solicitas saber no consiste en una hermosura frágil y aparente, á quien el tiempo injuria, la enfermedad debilita, y la muerte destruye y acaba, no lo hemos visto. Decidme vosotros, oídos míos, ¿ha llegado á vuestra noticia el fin para que Dios me crió? Algo hemos oido de su fama, dijeron; y sabemos con certidumbre, que no consiste en la suave armonía de la música, en palabras lisonjeras, en canciones amatorias, en perniciosas adulaciones, ni en murmuraciones malignas: en nada de esto, que con tanta frecuencia percibimos, está el fin de vuestra creacion. *Dicite nunc sensus mei*. Contadme, sentidos míos, prosigue el Santo, ¿si hallaré en vuestras satisfacciones el fin para que Dios me crió? Si no consiste, dijo el gusto, en los destemples de la gula, en los excesos de la intemperancia, no lo hemos visto: si no constituyes tu fin en acciones indecentes, en tactos impuros, ó en maltratamientos de los prójimos, tampoco hemos sabido de él. En suma, todos los sentidos me respondieron : En vano te fatigas buscando en la posesion

de las criaturas tu felicidad y tu descanso ; porque toda su hermosura, sus riquezas, sus empleos, sus delicias no son mas que un encanto de los ojos, una ilusion del corazon y un perjudicial hechizo de la voluntad : *Vanitas vanitatum, et omnia vanitas* ¹ : todo es una vanidad, todo una verdadera perspectiva sin solidez. Pregunta, si no quieres creernos, por la felicidad de cuantos habitan la redondez de la tierra : pregunta á los Pontífices, Cardenales y Obispos, ¿si han conseguido el fin para que Dios los crió? ¿si nada tienen ya que apetecer? Y verás como te responden, que las mitras, capelos y tiaras no son mas que unos medios para llegar al fin ; y unos medios á la verdad bien trabajosos, bien llenos de amarguras y de penas por la grandeza del ministerio, y la terribilidad de la cuenta que han de dar de las almas que se les encomendaron. Pregunta á los Príncipes, á los Reyes y á los Emperadores, ¿si viven contentos con su suerte, si lograron el fin de su creacion? Y oirás que unos suspiran por la quietud y vida pacífica de los pobres ; otros por el silencio y seguridad de los claustros ; y que cási todos se quejan abrumados del peso de los negocios. ¿Qué es esto? No hallarse nadie en su fin, no hallarse en su centro, y vivir todos en un estado de violencia, aun cuando posean los mayores bienes de la tierra.

5. Sed vosotros mismos testigos de esta verdad. Aquel natural instinto que os hace suspirar por vuestra verdadera felicidad, ¿no os está siempre acordando, aun entre el mayor bullicio de vuestros desórdenes, que no estais para otra cosa en el mundo, sino para procurar la felicidad eterna del cielo? Aquel interior consejero del remordimiento de vuestra conciencia, que jamás se aquieta ni sosiega, ¿no os dice bien claro, que es en vano buscar vuestro fin en este mundo? El temor del infierno y de los terribles juicios de Dios, que á pesar vuestro se hizo sentir de vosotros en medio de aquel honroso puesto á que ascendisteis, de aquella impureza á que os abandonásteis, y de aquella venganza que concebisteis, ¿no es una voz bien sonora que os está predicando continuamente, que no estais en el mundo sino para la felicidad eterna? Sin duda alguna. Quedemos, pues, en esto, amados míos : que todas las cosas de la tierra, usando bien de ellas, no tienen ni deben tener otro carácter que el de puros medios para conseguir nuestro fin. Sí, señores. No estamos en el mundo precisamente para conseguir aquel empleo, para subir á aquella dignidad, para entregarse á las diversiones del siglo, para dejarse arrastrar de los

¹ Eccles. 1, 2.

deleites de la carne, ni para adquirir fama por algun medio que no sea el de la virtud. No hemos sido criados para estas cosas, sino para salvarnos. Sin los bienes del mundo, por preciosos y necesarios que parezcan, se puede el hombre pasar, pero ¿cómo se podrá pasar sin la vida eterna, que es su fin? Un pobre desnudo de todos los bienes, olvidado de todos, abandonado de todos, y arrojado como Job en un muladar, si se salva, es un objeto agradable á toda la inmensidad de Dios, es un hombre feliz por toda la eternidad, y no tiene necesidad de otra cosa por los siglos de los siglos. Ninguna falta le harán las ciencias, ninguna el no haber cursado las universidades, ninguna el no haber viajado reinos, fundado mayorazgos, obtenido empleos, ganado batallas, conquistado reinos, ni hecho famoso su nombre por las armas ó las letras. Por el contrario un rico afortunado, elevado al mayor auge de la felicidad temporal, respetado y aplaudido de todos, si se condena es un hombre infeliz y desventurado para siempre. ¿Qué les aprovechó, decidme, á aquellos hombres grandes de los pasados siglos, á aquellos héroes que llenaron el mundo de la fama de sus acciones; qué les aprovechó, pregunto, haberse hecho aplaudir de los presentes y de los venideros, haber tenido la fortuna como encadenada debajo de sus piés, si despues se condenaron?

6. Pongamos á los ojos un hombre que haya tenido inmensas riquezas, que haya gozado todos los placeres imaginables, y llegado á la cumbre de la estimacion y grandeza, y que saliendo con felicidad de todo cuanto ha intentado, solo haya sido descuidado en el negocio de su salvacion. Figuremonos un Alejandro Magno, aquel domador de reyes, aquel conquistador de provincias, de reinos y de imperios; aquel en cuya presencia enmudeció la tierra, como dice la Escritura; figuremosle en el momento de su muerte, y preguntémosle: *Quid prodest?* ¿Qué os aprovechan ahora todos vuestros bienes, vuestros placeres y grandezas? Todo va á desaparecer delante de vuestros ojos, como si jamás hubiera existido. Dividirás tus reinos entre tus capitanes, arrojarás entre angustias el último suspiro; se ceñirá tu orgullo, que no cabia en el mundo, á siete palmos de tierra; comerán tu cuerpo los gusanos en el sepulcro; y el alma... ¡ay qué horror! ¡qué espanto! ¡qué confusion! y el alma, ¿donde estará por toda la eternidad?

7. ¿Lo habeis oido, amados míos? ¿Teneis alguna duda sobre que las cosas de la tierra no son el fin para que Dios os crió? ¿Estais ya persuadidos que las riquezas, los empleos, las artes, las cien-

cias, no son, usando bien de ellas, mas que unos medios para conseguir el fin? ¿y que el que abusa de ellas para fines indebidos, ó coloca en ellas su último fin, invierte y trastorna el bello orden que la eterna Sabiduría ha dispuesto en todas las cosas? Pues si estais persuadidos de esta verdad importantísima, levantad la consideracion á esos hermosos cielos; y ya que no encontrais con vuestro fin en la tierra, preguntad á aquellos santos y bienaventurados ¿cuál es vuestro fin? ¿para qué habeis nacido en el mundo? *Habetis fructum vestrum in sanctificationem, finem vero vitam æternam*. Hombres, ¿qué me preguntais? responde el grande apóstol san Pablo: toda vuestra felicidad consiste en santificaros en la vida presente, para conseguir despues vuestro fin en la vida venidera. Ya estábamos nosotros convencidos de esta verdad por la razon; mas ahora nos confirmamos en ella por la autoridad. Pero escuchad, no obstante, á santo Tomás de Villanueva, que con san Agustin os dice de esta suerte: *Confiteri compellimur quod homo creatus sit, ut summum bonum intelligeret, intelligendo amaret, et amando frueretur*: Somos compelidos á confesar, dicen estos Santos, que el hombre fue criado para entender y conocer el sumo Bien; entendiéndole y conociéndole amarle, y amándole gozarle, con que se consigue la bienaventuranza eterna, que es el fin para que fue criado el hombre, como acabais de oir al grande apóstol san Pablo.

8. ¿Lo habeis oido, cristianos, que no habeis nacido para otra cosa sino para conocer y amar á Dios en esta vida, y gozarle despues eternamente en la otra, en premio de vuestras buenas obras? Fin verdaderamente alto y excelente sobre cuanto se puede pensar; fin que iguala al que tuvieron los Santos y los espíritus angélicos; fin que no le excede el que tuvo María santísima, reina y señora de todo lo criado. Aun todo esto es poco decir. Tan excelente es el fin para que Dios te crió, ¡oh hombre! que el mismo Dios no te excede, ni tiene fin mas noble que el tuyo. Dios es tu fin; ya lo has oido: para conocerle, amarle y gozarle te ha criado el Señor; pues este mismo Dios es fin de sí mismo, y en conocerse, amarse y gozarse consiste su bienaventuranza. Este mismo Dios, desde antes de todos los siglos, formó los designios para glorificarse en tiempo por las criaturas: ocupó los espacios inmensos de su eternidad antes de criar el mundo; y despues de criado todo, lo dirigió para la consecucion de este fin: *Universa propter semetipsum operatus est Dominus*¹. Por

¹ Prov. xvi, 4.

eso te crió á su imágen y semejanza ; por eso te dió un entendimiento capaz de conocerle, una voluntad libre para amarle, y un cuerpo y un alma para gozarle y glorificarle. ¡ Oh Señor ! exclamaba el santo Job lleno de admiracion, ¿quién es el hombre, que así le magnificas y le elevas? Conoce, pues, ¡oh alma! tu dignidad, no para que te ensoberbezcas con ella, sino para que adorando la misericordia del Señor con la mas profunda veneracion, cumplas con la obligacion de conocerle, amarle y gozarle, que es el fin para que te crió. Desmenucemos para vuestra edificacion una verdad tan maravillosa é importante.

9. Fue criado el hombre para conocer á Dios, dice el gran Padre san Agustin : *Ut summum bonum intelligeret*. No puede darse ocupacion mas dulce, que conocer en el Criador el sumo bien. Tan fuertemente somos llevados á este conocimiento, si atendemos á la luz de la razon y de la fe, que en nada podemos poner los ojos del cuerpo y del espíritu, que no distingamos luego aquel sumo y eterno bien de nuestro Dios. Mira la tierra llena de flores, adornada de plantas, frutos y animales; mira el mar poblado de innumerables peces de diversos tamaños y figuras; mira el aire poblado con tanta variedad de aves con diferentes cantos y hermosas plumas; mira los cielos adornados de estrellas, y verás como te cuentan la gloria de Dios, y todos á una voz te confiesan que son obras de sus manos : *Cœli enarrant gloriam Dei, et opera manuum ejus annuntiat firmamentum* ¹. Es tan evidente y clara esta razon, que nos vemos precisados á confesar en fuerza de ella, ó que los cielos y la tierra se hicieron á sí mismos, existiendo antes de ser, lo que aun es imposible concebir; ó que hay un primer Ser eterno y soberano, que dió á todas las demás cosas existencia, orden, perfeccion y hermosura. Pues este primer Ser, ó este gran Dios, así naturalmente conocido, es forzoso que prohiba lo malo y disonante á la razon, y que mande lo bueno y conforme á ella; porque, ó no ha de ser Dios perfecto, sino un Dios abominable como los de la gentilidad; ó ha de mandar lo bueno, y prohibir lo malo. Ved aquí otra razon que naturalmente se sigue de la primera, y que ningun entendimiento humano puede negar, si voluntariamente no se ciega. Conociéronla los mas sábios gentiles; y de este principio procedian aquellas virtudes morales que en muchos admiramos, y aquel no querer cometer un pecado por todos los bienes del mundo. Sirva de comprobacion este maravilloso caso de Licurgo. Fue

¹ Psalm. xvm, 2.

elegido este famoso legislador por rey de los lacedemonios, en caso de que la mujer de su hermano el rey difunto no hubiera quedado con sucesion. Esta pérfida reina, llevada del amor que profesaba á Licurgo, le dijo un dia estas palabras: «Yo me hallo embarazada de «mi difunto marido; segun la ley del reino, el fruto de mis entra-
«ñas os quita de la mano el cetro, y la corona de la cabeza, que te-
«neis tan merecida. Si quereis atender á vuestra conveniencia, yo
«con una bebida quitaré la vida al fruto de mi vientre, y quedará
«incontrastable el derecho que teneis á la corona. Solo os suplico no
«olvideis á la que á costa de su misma sangre os hace este sacrifi-
«cio.» Licurgo, detestando en su corazon la crueldad de esta bár-
bara mujer, respondió por aquietarla: «Dejad, señora, venir á luz
«esa criatura, que en caso de incomodaros, medios habrá para des-
«prenderos de ella.» Parió con efecto la reina un hermoso infante: convocó inmediatamente Licurgo á los magistrados y al pueblo; y vistiendo al niño con la púrpura real, le tomó en sus brazos, le presentó á la multitud, y dijo en alta voz: «Viva, señores, la justicia
«y fidelidad; aquí teneis á vuestro rey; que no soy yo mas que uno
«de sus vasallos.» ¡Accion verdaderamente admirable! Un gentil por un reino entero no quiso cometer un pecado, ni tener parte en el aborto, conducido solamente de la luz de la razon que le enseñaba á huir el mal y obrar el bien; y á tí, infeliz mujer, que hiciste tantas maldades para acabar con esa pobre criatura que tenias en tu seno; á tí, bárbara y cruel, que efectivamente le quitaste la vida porque no se supiera tu deslíz, ¿de qué te ha servido la razon? Un gentil no ofende á Dios por un reino entero, ¿y tú por una nada vendes tu honor y tu alma? Un gentil no comete un pecado por un reino entero, ¿y tú juras, maldices, blasfemas, y te abrazas con el infierno por no restituir lo que injustamente posees?

10. ¡Oh ceguedad del entendimiento humano: ¡oh lumbre de la razon! ¿en dónde estás? Tan apagada se halla en tí como tu fe. Con esta se conoce á Dios sin comparacion alguna mucho mas que con la razon natural. La fe es aquella virtud sobrenatural que nos infundieron graciosamente en el santo Bautismo, para que con ella nos empleásemos en conocer el sumo Bien, que es el fin para que Dios nos crió. Elévanse con ella nuestros entendimientos á la clase de sobrenaturales, y corroborados de las divinas Escrituras y tradiciones santas llegamos de un modo maravilloso á conocer que Dios es un ser eterno, infinito, inmenso, omnipotente, incomparable, divino y soberano; un ser fuerte, independiente, principio de todos los seres;

un ser trino en personas, y uno en esencia; un ser por quien subsiste toda esta hermosa máquina del orbe; un ser infinitamente bueno, sábio, justo y misericordioso, en quien vivimos, nos movemos y somos, y que dará á cada uno de los mortales el premio ó castigo eterno, como lo mereciesen sus obras. Armados de esta fe, y ocupados continuamente en su fin de conocer á Dios, se hicieron los Santos invencibles contra todos los poderes del mundo, del demonio y de la carne; alegrábanse y regocijábanse de que se les presentasen ocasiones de padecer contumelias por el nombre de Jesús; ellos reputaban por delicias á las bestias mas feroces, á los instrumentos mas crueles, á los tormentos mas terribles en consideracion de la posesion del sumo Bien que esperaban; serrábanlos, despedazábanlos, y deshechos repetidas veces sus cuerpos entre los martirios mas crueles, bendecian con serenidad de espíritu al Dios que conocian y adoraban. Veinte y ocho años de continuos tormentos estuvo padeciendo por Jesucristo el ínclito é invencible mártir san Clemente, obispo de Ancira, sin que todos los tiranos pudieran lograr que cometiera un pecado con tantos años de martirio. ¿Y esto por qué? Porque ocupado en el fin para que Dios le crió, conocia con la luz de la razon y la fe que servia á un Dios remunerador justísimo, que le tenia prometida la gloria, siempre que él obrase conforme á la razon y la fe.

11. ¡Oh santo Dios! ¿dónde está ahora la fe de los Cristianos? Esta les enseña que tienen un Dios celosísimo del honor de su templo santo, y que tomando con su mano omnipotente el azote, supo castigar á los que le profanaban: sin embargo de esta fe vemos hoy á los Cristianos venir al santo templo, y traer á él la abominacion y el escándalo, y cometer muchos pecados con miradas libres, con palabras y acciones indecentes en el mismo sitio donde se debieran limpiar de sus culpas. La fe les enseña que tienen un Dios que inquiere, visita y busca la maldad de los padres en los hijos, hasta la tercera y cuarta generacion; y no obstante esta fe, cada dia los padres mas descuidados en instruir á sus hijos, pasando tan adelante la locura de las madres, que ellas mismas engalanan ó mandar ataviar á sus hijas para que se presenten en el baile, en la comedia, en la visita ó en el paseo con un cortejo al lado, que es causa de su condeñacion, y escándalo de los demás. La fe les enseña que tienen un Dios que mide con la misma vara que medimos, y que no perdonará en la muerte al que no perdonare á su enemigo en la vida; y sin embargo de esta fe arden los odios, las enemistades, las venganzas,

hasta perpetuarse en las familias el odio y contrariedad. ¿Es esto, señores, ocuparse en el fin para que Dios nos crió? ¿Es esto conocer á Dios con la razon y la fe? ¡Ah! infelices de vosotros, que esta misma fe y esta misma razon que ahora os alumbran y llevan hácia Dios, esas mismas os apartarán de él convenciéndoos en su tremendo tribunal por toda la eternidad.

12. Pero no solo fue criado el hombre para emplearse en el conocimiento del sumo Bien, sino para amar el Bien sumo que conoce: *Intelligendo amaret*. Para que amase á Dios mas que á todas las cosas fue criado el hombre, no para que amase todas las cosas mas que á Dios. Mas ¡oh dolor! que naciendo el hombre para un fin tan noble y excelente, no ama á Dios sino al pecado; no á la bondad sino á la vanidad. De esto se quejaba el santo rey Dávid diciendo sentidísimamente á los mortales: *Ut quid diligitis vanitatem*¹? Hombres, ¿por qué amais la vanidad del mundo, y no la bondad de Dios? ¿Por qué, insensatos, invertís el orden precioso y admirable que el Ser supremo ha puesto en todas las cosas? ¿No sabeis, os dice san Agustin, que el que á Jesucristo no ama está mas muerto que enfermo? ¿Ignorais acaso que el amado Evangelista habia ya pronunciado siglos antes esta misma verdad? *Qui non diligit, manet in morte*². Pues si esto sabeis, y creéis esto, ¿qué es, decidme, lo que amais? ¿Por ventura las cosas de la tierra? Y ¿qué son éstas, dice Salomon, sino vanidad de vanidades, y todo vanidad? *Vanitas vanitatum, et omnia vanitas*³. ¿Amais las riquezas por que tanto se afanan y sudan los hombre? Pues sabed, dice san Gregorio, que ellas se llaman riquezas, pero son verdaderas espinas: *Et tamen spinæ sunt*⁴. Preguntádselo á los que las poseen, y veréis ¡qué punzadas tan penetrantes sufren! ¡qué fatigas al adquirirlas! ¡qué desvelo al conservarlas! y ¡qué disgusto al perderlas! ¿Amais la nobleza? David afirma que es corrupcion: *Quæ utilitas in sanguine meo, dum descendo in corruptionem*⁵? ¿Amais la hermosura? Salomon asegura que es vana y aparente: *Vana est pulchritudo*⁶. Si no quereis creerme, abrid esos sepulcros, revolved esos fétidos cadáveres, haced anatomía de esos envejecidos difuntos, y veréis que la blancura y delicadeza de la carne es pasto de los mas inmundos gusanos; y si no quereis ir tan adelante para conocer que la carne es como el heno, que con un soplo se marchita y acaba, mirad al tiempo consumidor universal de todas las cosas, y le veréis dejar antes de los setenta años hechas unos vivientes es-

¹ Psalm. iv, 3. — ² I Joan. iii, 14. — ³ Eccles. i, 2. — ⁴ S. Greg. Pap. homil XV in Evang. — ⁵ Psalm. xxix, 10. — ⁶ Prov. xxxi, 30.

queletos, llenas de arrugas y asquerosidad, á las que poco antes se llevaban las atenciones de los miserables hijos de Adán. Pues ¿qué es esto, almas? ¿En qué engaño viven los hombres? ¿En qué razon cabe que habiendo nacido para amar á Dios, en quien se halla la riqueza suma, la hermosura perfecta, la nobleza infinita, ameis en las criaturas las espinas, la corrupcion y vanidad, pues no son en ellas otra cosa las riquezas, la nobleza y la hermosura?

13. Hombre, dice santo Tomás de Villanueva, mira á los brutos, que ellos te enseñarán á amar : *Docebunt te amorem* ¹. Díles á los peces, ¿por qué aman las aguas, y no hay quien sin violencia los pueda sacar de ellas? Pregunta á las aves, ¿por qué aman el aire, sin que haya quien las pueda arrojar de sus senos? Díles á los ganados, ¿por qué pastan con tanto gusto las yerbas de los campos? Pregunta hasta á los insensibles : dile al fuego, ¿por qué sube, á la piedra por qué baja, al agua por qué corre, al árbol por qué florece, á la tierra por qué produce? Todos te responderán que aman estas cosas como á fin para que Dios las crió : pues ¿cómo tú, criado para andar en las llamas del amor divino como el pez en las aguas, como la ave en los vientos, como el fuego en su esfera, y como el agua en su centro, no amas esta bondad para que te crió? *Obstupescite cæli super hoc, et portæ ejus desolamini vehementer, dicit Dominus* ². Asombraos, cielos, y despedazaos, puertas eternas, dice el Señor, porque mi pueblo tan querido, por quien bajé del cielo á la tierra, por quien padecí la muerte en una afrentosa cruz entre exquisitos tormentos, este, este mismo pueblo tan favorecido me ha dejado ; y siendo yo la fuente de las aguas vivas, él se anda buscando las cisternas rotas y disipadas que no pueden contener el agua de consolacion y refrigerio de su espíritu, que solo puede encontrarla en conocerme y amarme : *Intelligendo amaret*.

14. Mas no solo crió Dios al hombre, como habeis visto, para que le conociese, y conociéndole le amase, sino tambien para que amando le gozase : *Et amando fruere* ³. Si alguna vez llegasen los hombres á conocer las miserias de la vida, lo breve de su duracion, lo contingente de su salud, lo infalible y necesario de su muerte, seria imposible que se detuvieran á gozar los bienes de la tierra : usarian de este mundo, como dice san Pablo, como si de él no usaran, y se verian precisados á confesar que no tenian aquí ciudad permanente ni segura : *Non enim habemus hic manentem civitatem, sed futuram*

¹ S. Thom. à Villan. — ² Jerem. II, 12.

inquirimus ¹. Buscamos, dirían con san Pablo, la ciudad eterna de la gloria, en la cual pensamos gozar de Dios para siempre. Así precisamente discurrirían los que obrasen según la razón y la fe; pero siendo, como dice la Escritura, infinito el número de los necios, no debemos admirarnos que tantos como hay en el mundo desatinen en su ignorancia. Yo me alegraría poder convencerlos de ello con este símil verdaderamente significativo de mi pensamiento: Si viéramos á un niño, hijo de un rey muy poderoso, estar empleado con otros de su edad en coger puñados de tierra, y con mucho gusto entreteñerse haciendo casitas con pequeños palos, débiles cañas y denegrido lodo, ¿qué diríamos? Que era falta de capacidad y conocimiento, pues habiendo nacido para habitar en un palacio magnífico, para mandar los pueblos, ceñirse la corona, y gozarse con el rey su padre, estaba simplemente alegrándose con el cieno y con el polvo. Pues ¿qué otra cosa hace el hombre, habiendo sido criado para gozarse en los palacios eternos de la gloria, para mandar á todos los apetitos y pasiones, y ver cara á cara al Rey de los siglos su Padre, su Dios, su Criador? ¿Qué otra cosa hace cuando se goza en los aparentes bienes de la tierra, sino á manera de niño estarse entretenido con puñados de tierra, y con débiles y frágiles cañas de apoyos humanos, que las consume el tiempo, y las acaba la muerte? ¿Quién no admirará más la ignorancia del hombre que la del niño? Díme, hombre, ¿qué puedes gozar en este mundo donde todo es miseria en comparacion de lo que Dios te ha prometido en el otro que todo es gloria? Aquí tienes un cuerpo corruptible, allí será incorruptible; aquí tienes un cuerpo sujeto á enfermedades, penas, dolores y muerte, lleno de inmundicia, pesado y débil, allí tendrás un cuerpo resplandeciente como el sol, exento de dolencias, libre de achaques, de dolores y de muerte, y mas ligero que el viento; aquí tienes un cuerpo á quien el calor le abrasa, el frio le hiela, el tiempo le consume, y la enfermedad le acaba, un cuerpo capaz de ser herido y molestado por los mas despreciables gusanillos é inmundas sabandijas de la tierra; allí será tu cuerpo incapaz de ser herido por todas las espadas y lanzas del mundo; será un cuerpo inmortal, un cuerpo para quien se pasaron los hielos, las nieves, las escarchas; un cuerpo que no necesitará comida por toda la eternidad, manteniéndose en toda ella hermoso, robusto y sano; allí estará el cuerpo adornado de los cuatro dotes de gloria, sutileza, agilidad, impasibili-

¹ Hebr. XIII, 14.

dad y claridad, con los que brillará majestuosamente mas que el sol; la vista se recreará mirando la ciudad del Omnipotente en el esplendor de sus príncipes y vistosisimas libreas de sus cortesanos; verá las puras Vírgenes, los celosos Confesores, los fuertes Mártires con sus lauréolas y coronas diferentes; verá á María santísima, hermosura de los cielos, alegría de los Ángeles, y gozo admirable de todos los bienaventurados; verá á Jesucristo en la majestad de su gloria con tan inexplicable belleza que excede al alcance de los mas encumbrados Serafines; allí el oído, que aquí se mortificó por amor de Dios, se gozará en una suspension ternísima con las músicas, cánticos y aleluyas eternas, siempre nuevas, siempre admirables y siempre gustosísimas. El olfato se apacentará con las azucenas, bálsamos, perfumes y fragancias que produce aquel paraíso, que respiran los cuerpos gloriosos, y en que están inundados todos los cortesanos del cielo. El gusto se paladeará y saboreará, saciándose sin fastidio con otro maná, que nadie le sabe conocer ni estimar, sino quien le gusta. El tacto y todo el cuerpo se anegará en un mar de suavidades inefables, que penetrando hasta lo íntimo de los huesos, los recreará en delicias cuanto los afligieron las penalidades y mortificaciones.

15. Pues ¿qué será ver á Dios, conocerle, gozarle y poseerle como es en sí? ¿Qué será ver aquella dulcísima hermosura, que infinitamente bella encierra en sí todas las perfecciones que exceden al sentido y al deseo? ¿Aquella hermosura, digo, de mi Dios, que es perfecta sin deformidad, agradable sin sospecha, deleitable sin igual? ¿Qué será ver á un Dios inestimable en sabiduría, en bondad sin medida, en potencia sin término, en ser eterno, infinito, inmenso; en la grandeza incomparable, en majestad inaccesible, en consejos inescrutables, en pensamientos secretísimo, en palabras verdadero, en promesas fidelísimo, en obras santo, en misericordias rico, y en justicia recto? ¿Qué será ver á un Dios hermosísimo y poderosísimo, á quien ni lo triste turba, ni lo alegre altera, ni la abundancia llena, ni la necesidad mengua, ni lo que fue le pasó, ni lo futuro le sucede, ni en la sabiduría se engaña, ni en la voluntad se muda? ¿Qué será ver á este Dios uno en esencia, trino en personas, y verle cara á cara, conocerle como él es, y gozarle para siempre, para siempre, para siempre? Será quedar el alma mas unida con su Dios, que la luz con el aire, que el fuego con el hierro ardiendo, y que el alma con el cuerpo. Será quedar el alma endiosada, saciada, embriagada en la fruición de su último fin y bienaventuranza eterna.

16. Este es, cristianos míos muy amados, el último fin para que Dios nos crió : este es el grande premio que nos tiene guardado , si ahora cumplimos con su santa y divina ley. Si nos empleamos en conocerle y amarle sobre todas las cosas, aquí en la tierra, como á nuestro criador, como á nuestro conservador, y como á nuestro salvador ; el mismo Dios será despues nuestro glorificador allá en el cielo. Al cielo, pues, amados míos, al cielo con nuestros pensamientos, con nuestros deseos, nuestras palabras y nuestras obras ; al cielo con nuestros suspiros, nuestras lágrimas y nuestras peticiones ; al cielo con todo nuestro corazon y nuestra alma. Pero ¡ay! que esta ciencia de Dios no se conoce en la tierra ; esta continua ocupacion de los justos es poco practicada de nosotros. La tierra, hijos míos, la tierra con sus bienes momentáneos nos arrastra ; la tierra con sus deleites emponzoñados nos atosiga ; la tierra con sus encantos nos alucina, y hace perder la justa atencion á aquellos bienes eternos, á aquellos deleites puros y á aquella vida verdadera : *Egredere ergo de terra tua, et de cognatione tua* ¹. Es necesario, señores, abandonar para siempre esta tierra ; es preciso separarnos de sus máximas, de sus costumbres y estilos ; es forzoso velar y orar ; dejar todos los vicios, ser humildes, modestos, mansos, obedientes, oficiosos y caritativos ; es necesario frecuentar los santos Sacramentos, mortificar las pasiones, domar los apetitos y llevar sobre nuestros hombros el suave yugo de la ley santísima de Dios. Entonces sí, entonces tendréis seguro vuestro premio. Venid, este es el camino para conseguirle.

17. Este Hombre-Dios, muerto en una cruz, nos enseña que por medio de muchas tribulaciones nos conviene entrar en el reino de los cielos. Miradle bien, cristianos míos, y le veréis nacer en un establo con la mayor incomodidad, ser reclinado en un pesebre con la mayor pobreza, ser circuncidado como si fuera pecador, y ser desterrado en su infancia con la mas grande crueldad. Miradle siempre humilde, siempre obediente á sus padres, y siempre clamando al cielo por la redencion del mundo. Miradle en la edad perfecta, predicando por el mundo, haciendo bien á todos, sanando enfermos, dando vista á ciegos, oido á sordos, piés á los baldados, habla á los mudos y vida á los muertos. Miradle arrojar los demonios, mandar á los elementos, y enseñar una doctrina toda pura, toda santa, toda divina ; y sin embargo vedle calumniado, injuriado, perseguido, cobrando en ingratitudes los beneficios que sembraba entre los hom-

¹ Genes. XII, 1.

bres. Miradle, en fin, azotado, coronado de espinas, y muerto en una cruz entre dos ladrones, como si fuera un inicuo. ¡Qué es esto, amable Jesús mio! ¿Hasta dónde os conduce el amor que teneis á vuestras criaturas? ¿Cómo no se nos parte el corazon de dolor y sentimiento al ver muerto á Jesús por nuestras culpas? ¡Oh Jesús de mi alma y de mi corazon! ¿hasta cuándo ha de durar mi endurecimiento? ¿hasta cuándo? Ríndase nuestra rebeldía, y digamos todos : *Señor mio Jesucristo*, etc.

ESQUELETO DEL SERMON III

DE LA IMPORTANCIA DE LA SALVACION DEL ALMA.

Salva animam tuam. (Genes. xix, 17).

Salva tu alma.

1. *Exordio.* Excelencia del alma, por su origen, por su precio y por su fin.
2. *Proposicion.* Necesidad de trabajar para salvarla.

Punto primero.

3. Necesidad, urgente obligacion; se debe empezar luego.
4. Brevedad del tiempo, cómo se pasa. ¡Ay cómo!...
5. Pecados que expiar, y tantos ¡y tantos!...
6. Malas costumbres que se han de desarraigar...
7. Virtudes que se deben adquirir.
8. Debemos trabajar para salvar el alma, siempre.
9. Debeis trabajar, jóvenes, en la juventud.
10. Debeis trabajar en la edad viril, fuera excusas.
11. Débeis trabajar en edad provecta, y en la vejez.
12. No debeis desconfiar. Debeis trabajar, y hasta al fin.
13. El salvarse es difícil. — Violencia, camino estrecho, ojo de la aguja, banquete y convidados. Conquista, viña, tesoro escondido.
14. El salvarse es el único negocio : lo demás juego de niños.
15. El salvarse es el negocio de todos...
16. El salvarse es el único fin para que fuisteis criados.
17. No debeis abandonar vuestros negocios, pero sí dirigirlos bien.
18. El negocio de la salvacion es personal.
19. Ejemplo de la Cananea; no hemos de fiar en los demás.
20. Es indispensable salvarse, por el bien que trae, y el mal de que libra; eternidad, feliz ó desgraciada.

Punto segundo.

21. Extrema negligencia con que se mira este negocio. Teneis obligacion urgente; ahora se os da gracia, tiempo.

22. Obligacion continua. Toda la vida se os da únicamente para eso.
23. Obligacion dificil. ¿Qué ha hecho Jesucristo? ¿qué los Santos? ¿qué vosotros?
24. Obligacion única: y vosotros ¿qué respondeis?...
25. Obligacion personal: y vosotros os ocupais en negocios de...
26. Si yo no pienso, ya otros procurarán en que me salve.
27. Obligacion indispensable; se trata de cielo ó de infierno. Para libraros de un peligro, de un incendio, ¿qué haceis?...
28. Decís: Ya pensaremos en ello: pero ¿cuándo?...
29. Deprecacion.
-

SERMON III

SOBRE LA SALVACION.

Salva animam tuam. (Genes. xix, 17).

Salva tu alma.

1. Si, hermanos mios, salvad vuestra alma, esa alma tan querida, tan noble, tan preciosa, cuya excelencia y dignidad son sobre todo discurso. En efecto ¿qué cosa hay mas digna de vuestro amor, de vuestro celo y de todo vuestro conato? ¿Qué cosa mas grande, mas divina que esta alma si la considerais con respecto á su origen? Es como salida del seno del mismo Dios, el cual, segun dice san Gregorio, no la sacó de la nada por una voz de imperio como á las otras criaturas, ni del barro como nuestros cuerpos materiales y terrenos, sino que la crió por espiracion sacándola como de su propia sustancia: *Non per vocem jussionis factus est; sed respiratione creatus*. Si considerais el alma con respecto á su naturaleza, ¿qué cosa mas noble que ella? Es una sustancia espiritual, invisible, inmortal, que formó el supremo Criador no para que fuese un débil rastro de su poder como son las criaturas irracionales, sino una imagen perfecta y una viva expresion de sus perfecciones y grandezas. ¿Qué cosa mas preciosa que esta alma si la considerais respecto del precio dado por su rescate? Ella ha costado todos los trabajos, toda la sangre y hasta la vida de un Dios. Habiéndose perdido esta alma, dice san Pablo, no habia cabrios, ni toros, ni holocaustos, ni sacrificios que pudiesen reparar su pérdida: se necesitaba toda la sangre de un Dios para rescatarla del infierno que habia merecido. ¿Qué cosa mas augusta y magnifica que el fin para que fue destinada esta alma? Ella aspira nada menos que á ver un dia á su Criador y su Dios en el cielo, glorificarle, poseerle, entrar en su gozo y unirse íntimamente á él por toda la eternidad. En fin no hay nada mas dichoso que esta alma si la considerais respecto de lo que hizo todo un Dios por salvarla, ya en el orden de la naturaleza, ya en el de la gracia. ¡Ah! cristianos, ¡en cuánta estima debéis tener esta alma! ¡Y cuán obligados estais á cuidar de ella para hacerla eternamente dichosa!

2. Esta obligacion tan importante de trabajar en la salvacion de

vuestra alma es la que intento daros á conocer ; y este es todo el fundamento de mi discurso. Prestadme atencion, mis amados oyentes, pues tan interesados estais en ello. Os haré ver en la primera parte que es una obligacion urgente, continua, dificil, única, personal, indispensable ; materia inagotable de moral y de instruccion para nosotros. En la segunda mostraré cuán negligentes y abandonados son los mas de los cristianos en el cumplimiento de esta obligacion importantísima ; motivo muy justo de confusion y de vergüenza. Pero no pasemos adelante sin pedir las luces del Espiritu Santo por la mediacion de la santa Virgen : *Ave Maria*.

Punto primero.

3. Es urgente, hermanos mios, la obligacion que teneis de trabajar en vuestra salvacion. Desde hoy, desde este mismo instante debéis poner manos á la obra : el dilatarla ó dejarla para otro tiempo es correr evidentemente el riesgo de no trabajar nunca y de perderos sin remedio. Voy á demostrároslo en dos breves reflexiones : la primera, que el tiempo es breve ; y la segunda, que la obra de la salvacion es larga.

4. El tiempo es breve, y no creo que haya nadie en mi auditorio que quiera negar esta verdad. En efecto ¿ qué es la vida del hombre ? ¡ Ah ! no es mas que un soplo, dice el santo Job, como una imagen que pasa y una nube que se disipa. El hombre vive poquísimos tiempo : sus dias son contados y están llenos de miserias : nace como una flor que apenas se abre es pisada. Huye como la sombra : apenas parece sobre la tierra, se desvanece como una fantasma y como un sueño. Pero si no quereis ateneros al testimonio de los Santos, que os declaran expresamente que el tiempo es breve, creed á lo menos vuestra propia experiencia. ¿ Á dónde se han ido, os pregunto yo, todos los años que contaís de vida ? ¿ Qué idea teneis de su duracion ? ¿ No se borran de vuestra memoria con mas prontitud que se presentan ? ¡ Ah ! si estos primeros años os parecen tan breves, ¿ acaso serán mas largos y durables los que os prometeis vivir todavía y que tal vez no veréis ? ¡ Cuántos jóvenes habeis conocido y tratado con intimidad, que creyendo vivir dias largos y dichosos, han visto cortado el hilo de su vida con mas prontitud que corta un tejedor el de su tela, para valerme de la expresion de la Escritura ! Yo los ví, dice el Profeta ; no hice mas que pasar ; volví atrás, los busqué, y no los encontré : *Quæsi eum, et non est inventus locus*

ejus ¹. Desengaños, mis amados hermanos, no hay cosa mas corta ni mas frívola que la vida del hombre. Pero si el tiempo destinado á obrar la salud es tan breve, nos dice san Pablo; ¡con qué empeño, con qué ardimiento debeis aprovechar todos los instantes que os concede Dios! *Ergo dum tempus habemus, operemur bonum* ²; sobre todo si comparais con la brevedad del tiempo que os queda, la larga obra que hay que hacer. ¡Cuántos pecados teneis que expiar! ¡cuántas malas costumbres que desarraigar! ¡cuántas virtudes que adquirir! Porque en eso consiste (propiamente hablando) toda la obra de la salvacion, toda la santificacion de vuestra alma.

5. 1.º ¡Cuántos pecados que expiar! Tended la vista, pecadores, por esa vida pasada toda en el olvido de Dios: recorred todos esos años de disipacion y de extravío: recordad todas las diferentes especies de prevaricacion y de crimen que habeis cometido, impurezas, iras, enemistades, murmuraciones, injusticias, ¿quién sabe? ¿No ha sido toda vuestra vida una série continua de pecados? Sin embargo á ellos hay que proporcionar por necesidad vuestra penitencia si quereis obrar vuestra salud eterna, porque solo acumulando las reparaciones se pueden expiar los pecados acumulados, como dice san Gregorio. Y ¿cómo ha de bastar para esta exacta compensacion un tan breve espacio de tiempo como el que os queda, si no os apresurais á reparar tan innumerable muchedumbre de pecados con una pronta penitencia y un fervoroso arrepentimiento?

6. 2.º ¡Cuántas malas costumbres que desarraigar! En efecto se trata para la salvacion nada menos que de mudar de pensamientos, de deseos, de afectos, de inclinaciones, de conducta, de reformar y renovar vuestro corazon, de arrancar de él esa muchedumbre de vicios y malas inclinaciones arraigadas en él tantos años hace. El sumo trabajo que os cuesta libraros de ellas, no obstante vuestras buenas resoluciones diarias, ¿no basta para probar que la vida mas larga no guarda, por decirlo así, ninguna proporcion con una empresa tan ardua, y que seguramente no le daréis cima si no poneis toda vuestra diligencia?

7. 3.º ¡Cuántas virtudes que adquirir! La humildad, la paciencia, la castidad, la templanza, la caridad. ¿Quién duda que todas estas virtudes, de que careceis, os son absolutamente necesarias para la obra de vuestra salvacion? Pues ¡cuán prolijos y generosos esfuerzos habréis de hacer para plantar en vuestra alma unas virtudes

¹ Psalm. xxxvi, 36. — ² Galat. vi, 10.

que tan poco conoceis! ¿Cómo todas esas virtudes han de echar sólidas raíces en tan mal terreno, si no acelerais la obra en el breve espacio que os queda? ¡Cuánto, pues, no debeis apresuraros á trabajar si habeis de acabar en tan poco tiempo una obra tan larga! Y á esta consecuencia os queria traer. *Ergo dum tempus habemus, operemur bonum.*

8. Digo una obra larga, porque la obligacion de trabajar en la salvacion de vuestra alma no es de unos dias solamente, ni aun de algunos años, sino de todos los dias, de la vida entera, pues para eso solo os puso Dios en el mundo. Indudablemente os ha dicho á vosotros lo que decia á sus siervos antes de partirse aquel rey de quien habla el Evangelio: Ahí os entrego diez talentos: negociad con ellos hasta que vuelva: *Negotiamini dum venio*¹. Así Jesucristo antes de ir á tomar posesion de su reino celestial os dejó á todos el caudal y los medios necesarios para negociar en la tierra durante su ausencia, y os dijo: Ahí teneis, cristianos, vuestra alma, vuestra eternidad, vuestra salvacion; ese es el negocio esencial que os encargo hasta mi vuelta: nada os faltará para darle feliz cima, ni mi gracia, ni mi palabra, ni mis Sacramentos. Trabajad, pues, sin descansar; traficad, negociad, lucradlo todo hasta que venga á pedir os cuenta del depósito que os he entregado: *negotiamini dum venio*. Y ¿qué se sigue, hermanos míos, de esta parábola sino que el negocio de la salvacion es de todos tiempos, y que por consiguiente debeis consagrar á él todas las épocas de vuestra vida sin interrupcion?

9. En él debeis trabajar durante la juventud: *Negotiamini dum venio*. Sí, jóvenes, á la salud de vuestra alma debeis consagrar únicamente las preciosas primicias de vuestra vida, esa amable juventud, esa edad tan tierna, tan pura y tan á propósito para la virtud, esos años de candor, de pudor, de modestia, de inocencia, que tanto codicia Dios, que os pide en términos tan afectuosos en casi todas las páginas de los sagrados Libros, y que no podeis negarle sin delito y sin exponeros á las mayores calamidades. Hijos de los hombres, exclama el Profeta, ¡ah! si entendiérais cuán útil os es llevar desde temprano el yugo del Señor y practicar la virtud desde la edad mas tierna; ¡con qué conato no emplearíais todos los instantes de una edad tan preciosa para la salvacion! Porque no lo dudes, hijo mio, dice el Sábio, segun hubierdes sido en tus primeros años, así sin contradiccion serás en la vejez. Y por aquí conoceréis, ama-

¹ Luc. xix, 13.

dos míos, de cuánta trascendencia es para vosotros no pensar ahora mas que en vuestra salvacion, porque de este principio de la vida depende, por decirlo así, toda vuestra eternidad.

10. Mas no basta esto : debeis trabajar tambien en la edad vigorosa : *Negotiamini dum venio*. Bien sé, hermanos míos, que no dejaréis de alegar aquí los cuidados domésticos, los negocios que os abruman, las arduas y continuas ocupaciones que no os dejan ni tiempo ni gusto para pensar en otra cosa ; pero ¿no sabéis que lo primero que se ha de buscar es el reino de Dios y su justicia ; que propiamente hablando no teneis mas negocio que el de vuestra salvacion , y que todos los demás no se pueden lograr sino en tanto que se subordinen á aquel y que los refirais á ese único fin ? No, no, el profeta Oseas os lo dice, mientras descuideis vuestra salvacion por llenaros de honores y riquezas, pobres ciegos, sembraréis viento y cogeréis tempestades : *Ventum seminabunt et turbinem metent* ¹.

11. Últimamente debeis trabajar tambien en esta obra al declinar la edad y hasta en la extrema vejez : *Negotiamini dum venio*. Y á la verdad, mis amados oyentes, esta es la edad de pensar en su salvacion ó de desistir para siempre de pensar en ella, porque si entonces no se piensa, ¿en dónde pueden ponerse las miras ? ¿En qué objeto puede cifrar sus deseos un mundano ó un pecador viejo, que ve que se le escapa el mundo y que todo va á acabarse para él ? ¿En qué puede pensar en los últimos dias de su vida sino en la eternidad terrible donde no tardará en entrar ? ¡ Ah ! ¿Lo oís vosotros, amados hermanos míos, que agobiados y encorvados con el peso de los años os veis ya á las puertas del sepulcro ? ¿Lo entendéis bien ? Ya es tarde para vosotros : ya se ha pasado casi toda vuestra vida : el dia está muy adelantado, viene la noche, se acerca la muerte, la eternidad : todavía queda un poco de tiempo ; todavía brilla un resto de luz para alumbrar vuestros pasos. ¡ Oh colmo de la desesperacion si viene á sorprenderos esa noche espantosa de la eternidad, en que ya no se puede trabajar para la salvacion ! *Adhuc modicum lumen in vobis est. Ambulate dum lucem habetis, ut non vos tenebræ comprehendant* ².

12. Y no me digais aquí que sois ya demasiado viejos y que no es tiempo de pensar en vuestra salvacion, pues aunque tuviérais mas años y hubiérais envejecido en todo género de pecados, no solo está Dios pronto á perdonaros, sino que podeis en lo poco que os

¹ Osee, viii, 7. — ² Joan. xii, 35.

resta de vida conseguir el mismo grado de gloria que otros que hubiesen vivido siempre en la inocencia. Hermanos, nunca es tarde para convertirse : no hay edad por avanzada que sea en que no pueda uno darse al Señor, ni hora del día, aunque fuere la última, en que no sea convidado uno al trabajo para tener parte en el salario como los que fueron llamados los primeros. Los obreros del Evangelio que fueron llamados á trabajar á la última hora, ¿no recibieron el mismo salario que los que habian acudido en la primera? Debeis, pues, trabajar en vuestra salvacion en todas las edades de la vida y hasta el instante mismo de vuestra muerte. ¡Ay de vosotros, dice Jesucristo, si despues de haber echado manó al arado, es decir, á la obra de la salvacion, sois infieles y mirais atrás! Porque si en el fatal instante en que hayais cesado de trabajar, viene el Hijo del Hombre á pedirlos cuenta de vuestro trabajo, ¿qué diréis, qué responderéis, siervos flojos y perezosos? ¡Ah! Desde luego no sois á propósito para el reino de Dios, y no podeis esperar mas que ser arrojados á las tinieblas exteriores. Ya veis, hermanos, que la obligacion en que estais de vacar al importante negocio de la salud es tal, que si no habeis de exponeros á perderla por una eternidad, no podeis menos de trabajar sin descanso ni interrupcion, y eso por mas difícil que pueda pareceros y que en efecto sea tal obligacion.

13. 3.º No debo de ocultároslo, el negocio de la salvacion es difícil. Vosotros mismos lo decís, lo sentís y lo experimentais todos los días, y Jesucristo no solo no nos lo ocultó en su Evangelio, sino que se explicó clara y terminantemente respecto de esta verdad, declarándonos desde luego y repetidas veces que este negocio requiere los mayores esfuerzos y la mas prolija violencia. En efecto si habla del camino de la salud, no se contenta con decir simplemente que es estrecho, sino que valiéndose de una exclamacion en señal de su admiracion dice: ¡Oh! ¡cuán estrecho es este camino y cuán terribles esfuerzos son necesarios para entrar por él! Si quiere dar á entender á los ricos y poderosos del mundo cuán difícil les es salvarse en medio de la abundancia y de los placeres, se vale de una hipérbole terrible diciéndoles que es mas fácil pase un camello por el ojo de una aguja, que el que un rico entre en el reino de los cielos. ¡De cuántas figuras é imágenes asombrosas se vale en casi todos los textos del Evangelio para darnos á conocer todas las dificultades de la salvacion! Unas veces es un magnífico banquete al que convida el Salvador á todo el mundo; pero hay que dejarlo todo para asistir á él, sin que puedan servir de legítima excusa los negocios, ni los

pasatiempos, ni el bien parecer, ni el deber. Otras veces es una guerra en que se trata de conquistar un reino eterno y alcanzar una corona inmortal ; pero para eso ¡cuántas batallas hay que presentar, cuántos asaltos que dar, cuántos combates que sostener ! ¡Qué ardimiento y qué valor no necesitamos contra los artificios malignos y los esfuerzos violentos de una muchedumbre de enemigos poderosos y astutos, á quienes es preciso vencer siempre ! Por último, otras veces nos hace considerar la obra de la salvacion como una viña escogida, pero donde el padre de familia no quiere obreros ociosos ; como un suntuoso edificio, pero que cuesta cuantiosísimas sumas su construccion ; como un tesoro escondido, que solo se halla á fuerza de cavar y remover la tierra ; como una piedra preciosa, que solo se compra vendiendo cuanto se posee ; como un pingüe salario, que solo se recibe á la noche y despues de haber llevado todo el peso del dia y del calor ; finalmente como una recompensa abundante, magnifica, infinita, eterna, pero que solo puede merecerse por una pureza de alma y una inocencia de costumbres exenta de la mas leve mancha, por una penitencia austera y la mas rigurosa privacion de todas las comodidades y placeres de la vida, por una constante perseverancia en la práctica de todas las virtudes cristianas. Vé aquí, hermanos mios, el resúmen de los documentos que nos dejó en el Evangelio Jesucristo, nuestro maestro y nuestra guia, para mostrarnos el camino de la salvacion : vé aquí el camino que nos abrió y en el que debemos entrar ; en una palabra, vé aquí el camino del cielo. Discurrid, disputad, reflexionad y buscad cuanto querais mitigaciones y lenitivos de las austeras verdades evangélicas ; vuelvo á decir que este es el único camino del cielo, que no hay otro ni le habrá jamás. En vano exclamaréis : Pues ¿quién se salvará ? Os confieso que por mi parte no lo sé : lo único que sé es que serán muy pocos. Sin embargo os responderé con Jesucristo que lo que es imposible para los hombres no es imposible para Dios : os responderé que se salvarán aquellos que por una voluntad firme é incontrastable ayudada de la gracia se hayan determinado resueltamente á practicar todas las obras de salud, por muy dificiles que puedan parecer. Digo por muy dificiles que puedan parecer, porque debo advertir para vuestra instruccion y consuelo que el camino de la salvacion, aunque dificil y espinoso, se hace mucho mas suave y fácil para una alma cuando esta se determina á superar todas las dificultades y cuanto menos espera encontrar facilidad y suavidad en él. ¿Quién, pues, podrá salvarse ? Os responderé que vosotros, con tal

que por medio de sólidas y frecuentes reflexiones os penetreis bien de esta idea : que el negocio de la salvacion es capital y decisivo, el único que teneis en el mundo, el único en que os importa trabajar y salir con acierto, porque estoy persuadido que esta idea será como un muelle que indefectiblemente ponga en movimiento todas las potencias de vuestra alma y os lo haga acometer todo desde luego.

14. Y que esta obligacion de trabajar en la salvacion sea la única que teneis en el mundo, y la única que requiere toda vuestra aplicacion y conato, es una verdad indudable. Sí, hermanos mios, la salud de vuestra alma, este es el único objeto que debeis proponeros y el único necesario, como nos dice Jesucristo : *Porro unum est necessarium* ¹. Todo lo demás, añade san Bernardo, es un frívolo pasatiempo ; y el dar otro nombre á lo que se llama en el mundo grandes negocios, es abusar de los términos. Gobierno de los Estados, mando de los ejércitos, asedio de plazas, victorias alcanzadas, administracion de las rentas públicas, negociaciones importantes, intrigas y política de las cortes, edificios soberbios, obras del ingenio, negociaciones florecientes, proyectos de grandeza y de fortuna, ¿qué es todo esto, pregunta san Agustin, cuando se considera la salvacion y se pone en paralelo con la eternidad? ¡ Ah! responde el santo Doctor, todas esas cosas no son mas que juegos de niños, que llamamos negocios por ilusion y error : *Nugæ puerorum negotia vocantur*. Y ¿qué son todos los que sériamente se ocupan en esos pretendidos negocios con preferencia á su salvacion, esos ingenios raros y profundos, esas grandes cabezas, esos hombres tan ponderados y famosos? Son unos verdaderos niños que se divierten con naderías, y se inquietan, se agitan y se consumen por cosas de levísimo momento.

15. La salud espiritual, oyentes mios, la salud espiritual, esa es la ocupacion en que deben pensar todos los pueblos de todas las regiones y de todos los siglos : así la llaman algunos santos Padres : *Negotium omnium sæculorum*. Este es el único negocio de todos los hombres ; del rey en el gobierno de su reino, del prelado en la gobernacion de su diócesis, del sacerdote en las funciones de su ministerio, del religioso en la observancia de su regla, del magistrado en la administracion de la justicia, del padre de familia en la educacion de sus hijos, del militar en medio del estrépito de las armas, del literato en sus estudios, del comerciante en sus tráficos y nego-

¹ Luc. x, 42.

ciaciones, del artesano en su oficio, del noble en el seno de la grandeza y de la abundancia, del plebeyo y del pobre en su oscuridad é indigencia, en una palabra, de todo cristiano en el estado y condicion en que le ha colocado la divina Providencia. La salud de vuestra alma es el único fin para que habeis sido criados, porque no era necesario que Dios os criase y os diese la existencia: el mundo ha subsistido mucho tiempo sin vosotros, y no dejaria de subsistir aunque no existiéseis.

16. No, no era necesario que Dios os criase; pero al criaros debia daros un fin, y fin único, y no podia daros otro que el de honrarle y servirle, y honrándole y sirviéndole salvaros. Así todo cuanto haceis debe enderezarse y venir á parar á ese punto capital y esencial; de suerte que no es necesario que seais grandes, ricos, poderosos y felices en la tierra, ni que goceis de todos los honores y placeres de la vida; pero es única y absolutamente necesario que obreis vuestra salvacion y seais santos, como dice san Pablo: *Elegit nos ante constitutionem mundi, ut essemus sancti*¹. Con esta sola mira fuisteis elegidos en la eternidad y criados en el tiempo. En una palabra, hermanos, consumada la obra de vuestra salvacion, ya no os queda nada que hacer en este mundo: todo está cumplido y acabado para vosotros, porque ese es el único fin para que os crió el supremo Hacedor:

17. Pero (me diréis) ¿debemos por eso abandonar todos los demás negocios de que estamos encargados por deber y por estado? No lo permita Dios, hermanos míos; no es ese mi pensamiento: eso seria salirse del orden de Dios, trastornar toda la economía del mundo y oponeros formalmente á los designios de la Providencia, porque Dios es el que estableció todas las condiciones y estados como otros tantos caminos diferentes para salvarnos y guiarnos á él. Solamente intento daros á entender que la salvacion debe siempre preferirse á todos los demás negocios del siglo, y debe ser la regla de toda vuestra conducta, el centro de todas vuestras acciones y el principal motivo que las anime, dirija y santifique. Eso es lo que os digo ó mas bien lo que os pide Dios; y así se reputará que no trabajais mas que en el único importante negocio de vuestra salud, negocio tan peculiar y personal vuestro, que solo vosotros podeis hacerle con acierto.

18. 5.º Vosotros solos podeis desempeñar con fruto la importan-

¹ Ephes. I, 4.

te obligacion que os incumbe de trabajar en la salvacion de vuestra alma, y nadie puede cumplirla por vosotros, porque esencialmente es peculiar y personal vuestra. En efecto, declarándonos san Pablo que cada uno llevará su carga, que cada uno cogerá lo que haya sembrado, que cada uno será presentado en el tribunal de Jesucristo para recibir ó el castigo de sus delitos, ó el premio de sus buenas obras, ¿quién duda que la obligacion de obrar la salvacion nos concierne únicamente á cada cual en persona? Desengañaos, dice san Agustin, Dios que os ha criado sin vosotros, no os salvará sin vosotros. Si en el negocio de vuestra salvacion no poneis mano á la obra, persuadios á que no os salvaréis.

19. Ved una prueba en la Cananea. Mientras se contenta con encomendarse á los ruegos y buenos oficios de los Apóstoles para que Jesucristo cure á su hija, no consigue nada del Señor; pero en cuanto va á buscarle personalmente, se echa á sus piés, llora, se humilla en su presencia y clama: Señor, apiádate de mí, al instante son oidas sus súplicas y sana su hija. ¿Qué significa esta conducta de Jesucristo? pregunta san Juan Crisóstomo. No otorga nada á la petition de los Apóstoles, y lo otorga á los ruegos de una mujer idólatra. Por este medio quiere Dios manifestarnos (responde el santo Doctor) que en el negocio de la salvacion es absolutamente necesario que pongamos de nuestra parte y que trabajemos en persona, y quiere mas vernos á nosotros humillados á sus piés, aunque seamos culpables, que si viera humillada á toda la corte celestial intercediendo por nosotros. Contad, pues, con vuestro trabajo y vuestras obras en el negocio de la salvacion, sin lo cual os declaro que os serán inútiles cualesquier medios que empleeis para lograrlo. Con vuestras dádivas y larguezas empeñaréis, si se quiere, en vuestro favor á todos los pobres de una ciudad: os encomendaréis á las oraciones de vuestros confesores y padres espirituales: interesaréis á todas las personas piadosas de la tierra para que presenten al Altísimo vuestros votos y peticiones: mandaréis ofrecerle mil veces el sacrificio de su Hijo que no puede menos de recibir en olor de suavidad; y de ahí ¡qué muchedumbre de dones y bendiciones celestiales sobrevenirá! Sí, pero si al paso que otros piden por vosotros, no pedís vosotros mismos; si mientras abre Dios su corazon, no abris el vuestro; si al paso que todo el mundo se interesa por vuestra salvacion, vosotros creéis que podedis descuidarla; en una palabra, si á la abundancia de gracias que se consigan para salvaros, no procurais agregar una abundancia de buenas obras y virtudes que os aseguren la sal-

vacacion ; ¡ah! temblad , hermanos mios , que todo esto redunde en vuestra perdicion y venga á ser motivo de mayor condenacion para vosotros. Ved aquí la razon por que el Apóstol de las gentes nos exhorta y conjura en términos tan expresivos á trabajar incesantemente y por nosotros mismos en nuestro negocio , es decir , en nuestra salvacion , porque este es nuestro negocio esencial y personal , y nadie puede hacerle sin nosotros : *Rogamus vos , fratres , ut vestrum negotium agatis* ¹. Añádase que esta obligacion á mas de personal es tambien indispensable.

20. 6.º En efecto ¿de qué se trata aquí , amados mios? Juzgado por la grandeza de los bienes que os proporciona la salvacion , si teneis la dicha de lograrla , y por la calidad de los males que os granjea , si teneis la desgracia de descuidarla y perderla. ¿Qué es lo que ganais , cristianos , si con vuestro trabajo y esfuerzos salis con bien en la importante obra de vuestra salvacion ? ¡Ah! Ganais unos bienes eternos , inmensos , infinitos , tales , dice el Apóstol , que ni el ojo vió , ni el oido oyó , ni cabe en el entendimiento humano cosa que los iguale ; unos bienes , dice san Agustin , que sobrepujan todos los deseos y esperanzas del hombre , que son todo el precio de la sangre de Jesucristo y el último término de su poder y su amor , y que son toda la felicidad de un Dios. Pero tambien ¡qué terribles males os amenazan , hermanos mios , si desgraciadamente llegais á malograr esta obra por falta de trabajo , de vigilancia y de celo ! Males innumerables por su asombrosa muchedumbre , males crueles é insoportables por su extremado rigor , males continuos y sin fin por su eterna duracion. ¡Ah! mis queridos oyentes , os veo caminar entre dos eternidades , por decirlo así , durante el curso de esta vida mortal. Si , decia san Ambrosio embebecido en estas reflexiones y lleno todo de espanto y terror , cada vez que me considero sobre la tierra me veo como en un camino real terminado por dos abismos inmensos , de una parte una eternidad de dicha , de la otra una eternidad de desgracia. Es necesario que yo caiga en uno ú otro de estos dos abismos , en una ú otra de estas dos eternidades : *In hanc vel in illam æternitatem cadam necesse est*. Dichosa eternidad si salvo mi alma , si la preservo de los lazos y del furor del enemigo que trata de arrebatármela ; desgraciada eternidad por el contrario si me es arrebatada mi querida alma y llego á condenarla y perderla. Tomad , pues , hoy vuestra resolucion , y determinaos. Aquí no se os

¹ I Thes. iv , 10 , 11.

permite manteneros neutrales como en otros muchos negocios. En el de la salvacion no hay medio ni efugio : es preciso ó ser coronado eternamente en el cielo, ó eternamente reprobado en el infierno ; ó tener un Dios por eterno amigo, ó tenerle por un enemigo formidable é inmortal ; ó entrar para siempre en el gozo del Señor, ó ser precipitado para siempre en un lugar de horror, de tormentos y de suplicios.

Despues de todas estas consideraciones ¿ no tengo razon de concluir , hermanos mios, que vuestra mas indispensable obligacion en esta vida es sin disputa trabajar en la obra importante de la salvacion ? Pero al mismo tiempo ¿ no tengo bastante fundamento para preguntaros cuál puede ser la causa de la espantosa indiferencia con que mirais vuestra salvacion eterna ? Porque confesadlo de buena fe, de todos los negocios que teneis entre manos, el de vuestra eternidad es el que descuidais con mas escándalo. Si no quereis convenir en ello, os convenceré entrando en algunas particularidades de moral ; para lo cual no os pido mas que un cuarto de hora de atencion.

Punto segundo.

21. Para convenceros de la extrema negligencia con que trabajais en vuestra salvacion, os ruego recorrais conmigo todas las diferentes especies de obligacion que teneis de procurarla segun os he manifestado, y seguramente os veréis retratados en la pintura que voy á hacer.

Obligacion urgente. Desde hoy, desde este mismo instante debeis poner mano á la obra ; y sin embargo descuidais y dilatais de un tiempo para otro esta obligacion sin querer emprender nada para cumplirla. ¡ Cuán ciegos y presuntuosos sois ! Contais con la gracia, y no veis que os será como indefectiblemente rehusada ; contais con el tiempo, y no atendeis á la voz terrible del Ángel que os grita que pronto ya no será tiempo para vosotros : *Et tempus non erit amplius*¹. Contais con vuestra buena voluntad, y no echais de ver que esta voluntad enflaquece cada dia mas á medida que se van fortificando vuestros hábitos pecaminosos. Contais con tener en lo sucesivo auxilios mas abundantes, menos negocios y menos obstáculos, y no conocéis que cuanto mas avanceis en edad, menos os hallaréis en estado de aprovechar estos auxilios, y tantos mas obstáculos habréis de vencer, cuantos mas negocios tengais entre manos. Por último

¹ Apoc. x, 6.

siempre contaís con lo futuro y nunca con lo presente, siendo así que según el oráculo de san Pablo únicamente sobre lo presente se ha de sentar la salud eterna : *Ecce nunc tempus acceptabile* ¹ ; y que en el estado en que os ha puesto Dios, en la edad en que os halláis, en la situación y fortuna en que os encontraís, hoy mismo, en este mismo instante debéis empezar á trabajar con todas vuestras fuerzas : *Ecce, nunc dies salutis* ². Vosotros decís : mañana, mañana. Pobres insensatos, ese mañana no es vuestro, dice san Agustín. ¿ Quién sabe si el día de mañana, á que remitís la obra de vuestra salvación, no será el día terrible de vuestra eternidad ?

22. *Obligacion continua.* Toda la vida se os ha dado solamente para pensar y trabajar en vuestra salvación ; y sin embargo ¿ qué años, cuántos meses, cuántas horas siquiera de vuestra vida habeis empleado en este negocio importantísimo ? ¿ No es cosa muy singular ver que cada edad de la vida mira como una ocupación particular el no pensar en el cuidado de su salvación ? En efecto ¿ en qué se piensa en la juventud ? ¿ No es en sus pasatiempos y diversiones ? ¿ En qué piensa la edad madura ? ¿ No es en sus negocios y en los cuidados domésticos ? ¿ Y la vejez ? ¿ Á qué aliende sino á sus achaques y á los medios de alargar una vida miserable ? ¿ No nos dicen diariamente los jóvenes que no es tiempo aun de pensar en la salvación, las personas de edad madura que no tienen tiempo de pensar en ella, y los viejos que ya no es tiempo ?

23. *Obligacion difícil.* Hermanos, es preciso que os cueste el salir con bien en el importante negocio de vuestra salvación, en el que se trata de la conquista del cielo, de la posesión del reino eterno y de la adquisición de un tesoro inestimable ; y sin embargo ¿ qué esfuerzos generosos habeis hecho jamás para un negocio de tanta trascendencia ? ¡ Ah ! mis amados fieles, yo veo á un Dios que pasa treinta y tres años en la pobreza y las privaciones, que emplea su vida y su sangre, que no omite medio ni diligencia alguna, predicaciones, milagros, preceptos y consejos para merecernos la salvación. Veo á los Santos que lo abandonan todo, lo emprenden todo y lo sufren todo, se condenan al retiro, al ayuno, á las lágrimas y á la penitencia para procurársela. Pero ¿ qué digo ? ¿ No os veo á vosotros todo el día en movimiento por negocios temporales, por nada, por encumbraros á una dignidad, por ascender en vuestra carrera, por enriqueceros en el comercio, por medrar en todos es-

¹ II Cor. vi, 2. — ² Ibid.

tados y condiciones? No desperdiciáis ninguna de las ocasiones que pueden aseguraros el buen suceso de vuestras empresas, hablais de ellas con calor, y sacrificais hasta el sueño y el descanso: vigiliáis, viajes, sudores, peligros, fatigas, afanes y á veces hasta humillaciones y bajezas, nada os arredra ni se os hace cuesta arriba. Pero cuando se trata del negocio importante y decisivo de la eternidad, ¡ah! entonces os falta el valor, os abandonan las fuerzas, no teneis diligencia ni ardimiento para emprender nada; el menor obstáculo os detiene, y os quedais parados y en la inaccion. Á la verdad, mis hermanos, es preciso que sea una de dos cosas; ó que Jesucristo y los Santos se equivocaron singularmente cuando juzgaron que era tan difícil el negocio de la salvacion, ó que vosotros padezcáis el error mas funesto y criminal creyendo que no debe costaros nada su consecucion.

24. *Obligacion única.* No teneis mas que esta sola obligacion que desempeñar en la vida; y sin embargo abrumados de negocios y cuidados de otra clase, lo único que mirais con negligencia en el mundo es el cuidado de vuestra alma. En efecto ¿qué nos respondeis cuando os exhortamos é instamos vivamente á que trabajéis en vuestra salvacion? Que os distraen mil negocios y ocupaciones de diversas clases: que teneis que mantener vuestra familia y cuidar de la educacion de vuestros hijos; y que el amor que les profesais no os deja pensar mas que en su fortuna y engrandecimiento. ¿No alegais además por excusa que teneis no sé cuántas obligaciones que cumplir, las cuales no os dejan tiempo de respirar y aun apenas podeis llenarlas; que estais encargados de un empleo, de un ministerio, de un negocio, cuyos deberes son incompatibles con la aplicacion y los cuidados requeridos por la salvacion? Pues, hermanos, así respondieron aquellos desgraciados convidados del Evangelio que fueron rogados para que asistieran al magnífico banquete, en que se figura la salvacion segun el sentir de los santos Padres. El uno dijo: Yo me caso y tengo que celebrar mi boda. El otro respondió: He comprado una hacienda y no puedo menos de ir á verla. Otro alegó: Me han vendido cinco pares de bueyes, y es preciso que vaya á probarlos cuanto antes. En fin todos concluyeron que tenian negocios mas urgentes y que otra vez irian. Pero así como el amo de la casa que daba el convite se indignó justamente de todas aquellas repulsas, y declaró en el acto que ninguno de dichos convidados se sentaria jamás á su mesa; no dudeis que Jesucristo os tratará de la misma manera en el dia del juicio, y os excluirá para siempre de su reino

celestial por haberos negado á trabajar en la salvacion , única cosa para la cual os habia criado.

25. *Obligacion personal.* Este es un negocio peculiar vuestro y en el que debeis trabajar personalmente; y sin embargo desde la mañana á la noche no os ocupais mas que en una multitud de negocios que propiamente hablando no os corresponden, y casi nunca en vuestra salvacion que os interesa tan de cerca como si fuérais solos en el mundo. Convengo con vosotros en que desempeñais muy bien los negocios de otro, los del estado, los del foro, los de la milicia, los del comercio, los negocios de vuestra condicion, de vuestra familia, de vuestros hijos y amigos, de todas las personas que están á vuestro cargo; pero si todo, como sucede muy comunmente, no se hace con sola la mira de la salvacion, ¿no debeis convenir tambien conmigo en que al paso que haceis tan bien los negocios de los demás, no podeis hacer peor los vuestros? ¡Ah! ¡qué hombre tan hábil! (se dirá de muchos de vosotros despues de muertos): en vida ejecutó acciones gloriosísimas: dejó á la posteridad monumentos eternos de su saber y su valor: amontonó grandes tesoros para su familia: dejó muchísimas riquezas á sus hijos. ¡Qué hombre tan hábil! dirán: ¡qué bien hizo sus negocios! Y yo si vivo todavía, exclamaré con mucha mas razon, si no habeis referido todo eso á vuestra salvacion: ¡Qué insensato! ¡qué loco! pues no pensó nunca mas que en los otros y se olvidó enteramente de sí mismo.

26. Pero si yo no pienso en mi salvacion (me dirá alguno de vosotros), otros piensan por mí. ¿Qué tengo que temer con la ayuda de tantas almas santas, que no cesan de solicitar la misericordia divina en mi favor? ¡Ah! desengañaos, hermanos míos, nunca ha debido depender vuestra salvacion del cuidado ajeno. Bien puede el predicador aterrarnos, el director espiritual instruirnos, el confesor ayudarnos con sus consejos, el hombre de bien pedir por nosotros, el amigo edificarnos, el pobre alcanzarnos gracias; eso está bueno, pero, hermanos míos, eso no es lo que nos ha de hacer santos ni salvarnos; nadie se salva sino por sus buenas obras, y si no trabajais en practicarlas, os perderéis indefectiblemente.

27. Por último es una obligacion indispensable, pues se trata nada menos que de la gloria ó del infierno. Y sin embargo ¿qué haceis por conseguir una cosa de que depende la eterna perdicion ó la bienaventuranza eterna? ¡Ay de mí! Por el mundo lo haceis todo, y nada por Dios; todo por el tiempo, nada por la eternidad; todo por adquirir algunos bienes y cierta categoría en la tierra, y nada por

merecer los sólidos honores y las verdaderas riquezas del cielo; todo por contentar una pasión torpe, y nada por poseer torrentes de delicias; todo en fin por evitar una desgracia pasajera, y nada por preservaros de una eterna. En efecto, ¿qué no haríais por libraros de un gran peligro? Si se prendiera fuego en vuestra casa y cundiendo el incendio y haciéndose general os amenazase una pérdida inevitable, ¿qué no haríais entonces por preservaros de este riesgo inminente? ¡Ah! sin duda os dejaríais arrebatar del primer movimiento, y sin dar lugar á la reflexión, aunque hubiese que encaramarse por una tapia, saltar de un lugar elevado, atravesar las llamas, pasar de un peligro á otro y exponeros á mil muertes, todo lo tentaríais por salvar la vida huyendo del fuego que corría en pos de vosotros. ¡Y qué! hermanos, un fuego eterno, torrentes de llamas inextinguibles, el rechino de dientes, una horrible desesperación, unos suplicios espantosos que os están preparados si despreciáis vuestra salvación; un reino de gloria, una vida inmortal, un paraíso que es el conjunto de todos los bienes y os está destinado si os aplicáis con todo vuestro conato á conseguirla; todo esto ¿no hará la menor mella en vosotros y no os moverá á trabajar con todas vuestras fuerzas? Pero ¿cómo habeis de trabajar en obra tan importante con todas vuestras fuerzas, si habeis llegado á tal extremo de empedernimiento que ni siquiera pensáis en ella y aun teméis pensar? *Et nemo est qui recogitet*¹. ¡Cuán justamente se afligen las puertas del cielo de un escándalo tan horrendo!

28. Pero, Padre (me diréis), todavía no es cosa desesperada; bien sabemos que es preciso salvarse; ya pensaremos en ello. ¡Con qué sabéis que es preciso salvaros! Pues ¿por qué no os salváis? ¿por qué haceis todo lo contrario de lo que debíais para la salvación? Ya pensaremos en ello, ya pensaremos. ¡Pensaréis en ello! ¿Y cómo concordáis con la preciosa máxima de que es preciso salvarse esas usurpaciones violentas, esas iras furiosas, esos odios irreconciliables, esa ambición desmedida de medrar, esas pláticas licenciosas que insultan el pudor y la Religión, esas injusticias y murmuraciones, esas pasiones infames, esa sensualidad, esa vida reglada, ociosa é inútil, esa conducta depravada y criminal, con otros muchos pecados que no pueden conducirnos mas que á la eterna condenación? Decís que pensaréis en ello. Pero ¿cuándo? Ya lo sé y os lo voy á decir: si no es desde ahora mismo y como conviene por una

¹ Jerem. xii, 11.

completa renovacion de vuestra vida y una perfecta conversion del corazon, pensaréis en ello cuando hallándose próxima á separarse el alma del cuerpo no tengais ya delante mas que estos dos términos, la condenacion ó la salvacion, cuando los veais de cerca y no podais apartar ya la vista de estos dos objetos terribles. Pensaréis en ello. Pero ¿cuándo? Cuando presentados delante del tribunal de Dios espereis de él vuestra suerte eterna, sus bendiciones ó sus anatemas, sus premios ó sus castigos, el cielo ó el infierno, y cuando ya no sea tiempo de merecer el uno ni de libraros del otro. ¡Ah! pensaréis en ello cuando precipitados en el abismo os veais privados de todos los bienes y abrumados de todos los males, y cuando sepais por una tristisima experiencia que ya no hay salvacion para vosotros. ¿Y será entonces tiempo de pensar en ella, hermanos mios? ¡Ah! ¡Qué desconsuelo, qué desesperacion no haber pensado antes! Ya no hay salvacion, ya no hay salvacion; ved ahí el grito horrible que os arrancará la desesperacion de día y de noche, y que resonará eternamente en los profundos abismos.

29. ¡Ah! Señor, preservadnos de esta desgracia espantosa y dignaos de bendecir y auxiliar la resolucion que tomamos de no trabajar de aquí adelante mas que en nuestra salvacion. Mas digo, salvadnos Vos mismo por vuestra infinita misericordia. *Salva nos, Domine*, decian en otro tiempo los Apóstoles viéndose á riesgo de perecer en una tempestad. ¡Oh Dios de nuestra salud, vednos aquí en peligros aun mucho mayores que los de aquellos fieles discípulos, en este mar borrascoso del mundo, donde tropezamos en tantos y tan temibles escollos, donde soplan de continuo contra nosotros tantos vientos furiosos, donde es inevitable nuestra perdicion si no acudís en nuestro socorro y no aplacais el mar y los vientos: *Domine, salva nos; perimus*. Señor, perecemos irremisiblemente si no os dignais de apiadaros de nosotros. Á pesar de estar resueltos á salvarnos, el mundo nos arrastra, el torrente nos arrebatá, la costumbre nos domina, nuestras pasiones nos amenazan con un naufragio cierto, y todo conspira á perdernos. Acordaos, adorable Jesús, de los prodigios que obrásteis para salvarnos, de vuestros trabajos, fatigas y sudores, de la sangre que derramásteis, de la muerte infame y cruel que padecisteis, y dignaos de acabar con vuestra gracia la obra de nuestra salvacion que os ha costado tan caro, coronándola un día de una gloria inmortal que de corazon os deseo á todos, etc.

FRAGMENTOS SOBRE EL MISMO ASUNTO.

Pág. 72, lín. 39, y su suavidad en él. Señor, exclamaba un Santo á este propósito : Vos me habeis engañado felizmente al engancharme en vuestra milicia : yo no esperaba mas que asaltos, combates y una guerra en que temia quedar postrado y vencido : me figuraba pasar en vuestro servicio una vida triste, fastidiosa, áspera, sin sosiego ni gusto; y nunca he disfrutado tanta suavidad, ni mi corazón ha estado mas contento, ni mi espíritu mas libre y tranquilo. ¿Quién, pues, podrá salvarse, etc.?

Pág. 74, lín. 22 y 23, el supremo Hacedor. ¡Oh! ¡qué bien penetrado estaba de esta verdad el gran apóstol Pablo cuando decia á los primeros fieles que miraba como lodo y estiércol todo cuanto mas precioso habia en el mundo en comparacion del conocimiento de Jesucristo y de la dicha que habia en servirle y salvarse por este medio! ¡Cuán convencido estaba tambien de ella el glorioso san Eucherio cuando exclamaba : Dios mio, perezca todo á mis ojos y desaparezca de mi presencia, con tal que salga bien del único negocio que tengo y fuera del cual no me curo de nada! *Unum mihi negotium est, et præter illud nihil curo*. Así es como pensaron todos los Santos, hermanos míos; así discurrieron todos, y así obraron en consecuencia. Ved, pues, aquí cómo deberíais pensar, discurrir y obrar vosotros tocante á esta única cosa necesaria, poniéndoos en la feliz disposicion de sacrificar mil veces vuestras riquezas, vuestra fama y vuestra vida antes que hacer ni emprender nunca nada en perjuicio de la salud de vuestra alma, sin tener de aquí adelante otra mira que la de salvarla, cueste lo que costare, por la razon de que eso solo es lo únicamente necesario en esta vida. Pero ¿debemos, etc.?

Pág. 75, lín. 3, y personal vuestra. Dice el Sábio que Dios al criar al hombre le encargó particularmente de temer al Señor, obedecer su voluntad, guardar su ley, huir del pecado, practicar la virtud y asegurar así la salvacion eterna : ese es el resúmen y compendio de la vida del hombre, y en eso consiste todo el hombre. *Hoc est omnis homo*. De suerte, mis amados hermanos, que todos los demás negocios que os traen atrafagados é inquietos son como otros tantos negocios extraños para vosotros : solo la salud de vuestras almas es la que os toca, y en ella sola debeis poner toda vuestra aplicacion y vuestro conato. En efecto, pues que san Pablo, etc.

Pág. 76, lín. 8, *agatis*. Vé ahí la razon por que san Ambrosio

nos insta con tanta viveza á que no pensemos mas que en nosotros y en nuestra salvacion, en la santificacion propia, en la que estamos obligados todos á trabajar personalmente. *Attende tibi*, piensa en tí (nos dice) y no en el dinero y los tesoros que consumen los gusanos y el orin y que ha de arrebatarte la muerte : *tibi, inquam, et non pecuniæ tuæ*; en tí y no en la salud del cuerpo ni en las comodidades de la vida sujeta á los accidentes y vicisitudes de la frágil condicion humana : *tibi, inquam, non viribus corporis*. Piensa en tí y no en los honores y dignidades que apetece con tanta ambicion, y de que con suma facilidad te puede despojar la calumnia : *tibi, inquam, et non possessionibus tuis*. Piensa en tí, esto es, en tu alma, que es tan noble, tan preciosa, que es imagen inmortal de un Dios, y que solo puede salvarse eternamente por tus desvelos y afanes en proporcionarle una dicha perdurable con una vida santa : *Attende tibi, hoc est animæ tuæ*. Debeis, pues, etc.

Pág. 77, lín. 7, y de suplicios. Permitidme, pues, exclamar aquí con Jesucristo : ¿De qué sirve al hombre ganar todo el mundo si pierde su alma? *Quid prodest homini si mundum universum lucretur, animæ vero suæ detrimentum patiatur* ¹? ¡Cuán sólida es esta reflexion! ¡cuán interesante y capaz de hacernos mella! ¡Que no pueda yo repetirla mil veces y grabarla de tal suerte en vuestro entendimiento y vuestro corazon, que viniese á ser siempre la norma de vuestra conducta! ¿Qué mas se necesitaria para santificar toda vuestra vida? En efecto, amados oyentes, ¿de qué os serviria haber poseido aunque fuese el imperio del universo, conquistado el mundo entero y gozado de todas las riquezas, de todos los talentos, de todas las grandezas, de todas las delicias y deleites de la vida, si llegábais á arriesgar vuestra salvacion, á perder vuestra alma? ¡Ah! ¿de qué os serviria todo eso si os condenábais por toda una eternidad? *Quid prodest*, etc.

¹ Matth. xvi, 26.

ESQUELETO DEL SERMON IV

DE LA IMPORTANCIA DE LA SALVACION.

Salva animam tuam. (Genes. xix, 17).

Salva tu alma.

1. *Exordio.* Lo que dijo Jesucristo á Marta... mundanos...
 2. Engaño en que viven los mortales.
 3. Lo que debo hacer yo para su desengaño.
 4. Conocerse el hombre á sí mismo ; necesidad.
 5. Qué es el hombre : cuerpo y alma.
 6. Creacion del alma.
 7. Continuacion de la creacion del cuerpo y del alma.
 8. El alma del hombre es una imagen de Dios en el orden natural.
 9. El alma es imagen de Dios en el orden sobrenatural.
 10. Caída del hombre.
 11. Por quién fue levantado el hombre caído.
 12. Lo que han hecho para nuestra alma, Dios, Jesucristo y María santísima.
 13. Locura del pecador. Lo que hace el diablo para el alma.
 14. Lo que se hace para el cuerpo ; para el alma nada.
 15. Lo que se hace para una bestia ; y para el alma nada.
 16. Parábola del mayordomo que no cuidó bien.
 17. El salvar el alma es el único negocio del hombre.
 18. Es negocio personal que no se puede confiar á nadie.
 19. No tenemos mas que un alma.
 20. Dificultad de salvarse : porque no se coopera á la gracia.
 21. Porque no se ponen los medios.
 22. Por la multitud de enemigos, y ninguna vigilancia.
 23. Porque depende de un momento.
 24. Es irreparable su pérdida.
 25. No tiene compensacion.
 26. Confusion y desengaño de los difuntos.
 27. *Conclusion* : ejemplo de Oton III ; acto de arrepentimiento.
- Nota.* Por el esqueleto del sermon se puede ver que las materias están de tal manera eslabonadas, que se puede quitar, añadir, y variar cualquier eslabon, y al efecto sirve el almacen de materias y ejemplos que en seguida se pone aquí, y podrá aumentar á su gusto el predicador.

SERMON IV

DE LA IMPORTANCIA DE LA SALVACION.

Salva animam tuam. (Genes. xix, 17).

Salva tu alma.

1. Amadísimos hermanos en Jesucristo : Se lee en el santo Evangelio que nuestro divino Redentor, deseoso de la salvacion de las almas, cumpliendo con la santa mision que le habia confiado su Padre, iba predicando el santo Evangelio por las ciudades, pueblos y lugares, deteniéndose en las casas particulares; y, ya con sermones, ya con conversaciones familiares, enseñaba continuamente la celestial doctrina. Un dia entró en una casa de campo cerca de Jerusalem, cuyo dueño se llamaba Lázaro; este tenia dos hermanas, Marta y María. Á cargo de la mayor, llamada Marta, corria el cuidado de la casa, y viéndose honrada con tan noble y celestial huésped, empezó á atarearse para prepararle comida, y poner la correspondiente mesa. Al efecto andaba con mucha solicitud y afan disponiendo allá todas las cosas de la casa, dando acullá órdenes á los criados y criadas para que todo anduviera bien. María, la hermana menor, hizo todo lo contrario, cogió una pequeña silla y se sentó muy cerca de los pies del Salvador, y allí tranquila y contenta escuchaba con muchísima atencion y devocion las palabras de vida eterna que salian de aquella divina y celestial boca. Pero Marta viendo que su hermana no se tomaba ningun cuidado, y que la dejaba sola en la tarea de la casa, picada un poco de envidia y de incomodidad, se presentó á Jesucristo y le dijo : Señor, ¿no reparais que mi hermana me ha dejado sola en las faenas de la casa? decidle, pues, que me ayude. Pero el Señor le respondió : ¡ Ah ! Marta, Marta, tú te afanas y acongojas distraida en muchas cosas, y á la verdad que una sola cosa es necesaria, que es la salvacion eterna. María ha escogido la mejor parte de que jamás será privada ¹. Amadísimos hermanos, sobre este ejemplo que nos refiere el santo Evangelio, discurro yo de esta manera : Si Marta fue reprendida de Jesucristo, porque con demasiado afan se ocupaba en una cosa tan justa y tan santa como era el preparar la comida

¹ Luc. x.

al mismo Jesucristo recién llegado, ¿qué reprensión no merecerán aquellos cristianos que se fatigan, se agitan, y pasan no un solo día, sino toda su vida en un continuo vórtice de asuntos, de negocios y de afanes por las vanas y miserables cosas de este mundo, mientras que el negocio de su salvación eterna no les llama la atención, y lo miran con la mayor indiferencia? ¡Como si fuera cosa que no les valiera la pena!... como si fuera un negocio que á ellos no les atañera!.. Y en efecto veréis que todo su cuidado se reduce á las cosas de la tierra; en estas se ocupan todos sus pensamientos, afectos y diligencias; á estas sacrifican sus talentos, sus fuerzas y sudores, y en las cosas de la tierra consumen sus días, meses y años, y toda su vida la pierden miserablemente para adquirir riquezas, obtener honores y gozar placeres, que todo es de la tierra y nada tienen del cielo. Para estas cosas viles, fugaces é inciertas no perdonan fatigas, no economizan gastos, no reparan en peligros, todo lo hacen, todo lo sufren para conseguir tierra y gozar de ella como viles gusanos...

2. Y para su alma ¿qué es lo que hacen? ¿qué es lo que sufren?... Nada, absolutamente nada, como si su alma fuera el alma de un perro, ó de un puerco; como si su alma nada tuviera que esperar ni que temer fuera de esta miserable vida, ó bien como si el salvar el alma fuera el último de los negocios en que debemos ocuparnos, ó un negocio tan frívolo que para él siempre hay sobrado tiempo. Á su modo de ver fácilmente se compone y se arregla todo, y finalmente aunque todo se perdiera, facilísimamente se pudiera remediar. ¡Oh! amadísimos hermanos, en qué error tan grande viven los mas de los mortales! ¡Oh, en qué engaño tan perjudicial los ha metido el demonio, enemigo acérrimo de sus almas, que no reposa, ni perdona medio ni diligencia para hacerlos perder y condenar por toda la eternidad! Pues, á mí me toca, amadísimos hermanos, quitar la máscara al enemigo malo, y haceros conocer sus engaños, para que no os dejéis fascinar; es un deber mío sacar del error á los que andan extraviados por las sugerencias de Satanás y arrastrados por sus mismas pasiones, poniéndolos en camino de salvación.

3. Para cumplir, pues, con tan sagrado deber, y desempeñar la sagrada misión que Dios me ha confiado, os haré ver con la mayor claridad posible lo preciosa que es vuestra alma, lo que Dios ha hecho para ella, y lo que debeis hacer vosotros para salvarla: os haré ver como este es vuestro único negocio, las dificultades que tiene para conseguirse, é imposibilidad de remediarse si una vez se pierde. El asunto no puede ser de mayor importancia, mas que si se

tratará de librar á uno de vosotros de ir al suplicio, pues se trata no menos que de libraros á todos del suplicio y pena eterna del infierno. ¡Dichosos los que se aprovecharán de lo que diré en este sermón! que se pondrán en camino de salvacion. Para poderme explicar como conviene, y vosotros sacar el fruto que yo deseo, necesitamos todos de los auxilios de la gracia; acudamos, pues, á la Madre de la divina gracia, á la Madre del Salvador de nuestras almas, á la Virgen María. ¡Oh Virgen santísima, madre y abogada de los pobres pecadores!... tanto que Jesús vuestro Hijo y Vos habeis hecho para salvarlas, no permitais que se pierdan unas almas que son rescatadas á tan grande precio; no permitais que se malogren los frutos de una redencion tan copiosa; haced que se salven todos, y á buen seguro que se salvarán si ponen en práctica lo que les diré en este sermón. Echadnos, Señora, echadnos primero á todos vuestra santa bendicion; y así yo, á imitacion del arcángel san Gabriel, que fue enviado de Dios á Vos, cumpliré la mision que me ha confiado el mismo Dios, que me ha enviado á este pueblo (ó ciudad), y este pueblo devoto vuestro á imitacion vuestra creerá, se conformará á la voluntad de Dios. Para alcanzar esta gracia y mas obligar vuestro corazon á concedérmola, os saludamos con toda devocion diciéndoos con el mismo Ángel: *Ave María*.

Salva animam tuam. (Genes. xix, 17).

Salva tu alma.

4. Amadísimos hermanos en Jesucristo: El primer paso que el hombre debe dar para alcanzar la verdadera sabiduría, es conocerse á sí mismo, *lo que es y cuáles son sus deberes*. Al que no sabe esto, de poco ó nada le sirve lo demás, y quizás su mismo saber y aplicacion, fuera de esto, será su ruina y perdicion, como sucedió á aquel filósofo tan aplicado á la ciencia de astronomía, que un dia al anochecer andaba de camino, y andaba tan distraido mirando los astros que iban apareciendo, que no miraba el camino, ni menos en dónde ponía los piés; de aquí es que dió un mal paso, se cayó, y rodó hasta el profundo de un barranco, moviendo á risa y á compasion á sus compañeros y á cuantos lo presenciaron ó supieron, causándonos aun á nosotros igual ó parecido efecto el leerlo ú oirlo referir. Hé aquí, pues, amadísimos hermanos, una figura de aquel que á todo se aplica, menos á lo que debería aplicarse. No conoce, no mira el camino que debe seguir, que es Jesucristo: *Ego sum via*;

da malos pasos, cae en pecado, cae rodando al barranco de los infiernos, siendo la risa de los demonios, y causando lástima á las almas buenas. Así pues, para no incurrir en el error y miseria de aquel filósofo, nos detendremos en estudiarnos y en conocernos á nosotros mismos, y hallaremos que el hombre es un compuesto de alma y cuerpo : que en cuanto al cuerpo es semejante á las bestias, pero en cuanto al alma se asemeja á la Divinidad ; en cuanto al cuerpo tiene sensibilidad como las bestias, vegeta como las plantas, y existe como la tierra : en cuanto al cuerpo tiene necesidad de comer, beber, dormir y descansar, como las bestias ; está sujeto á mil enfermedades y á la muerte, á la corrupcion, á la tierra, al polvo, porque debe recordar, cómo se lo dice el mismo Dios, que es polvo, y en polvo se convertirá.

5. San Isidoro, en el lib. XI, cap. 1, de las *Etimologías*, dice que el hombre se llama hombre *quia ex humo factus est*, porque es hecho de tierra ; lo mismo que Adan significa : *hecho de barro*. Tambien se llama hombre *ab humo*, porque de la tierra levanta su cuerpo y su cabeza, y se dirige física y naturalmente al cielo, como la brújula que se dirige al Norte, para que entienda el hombre que si bien es verdad que en cuanto al cuerpo es tierra, en ese cuerpo no obstante hay algo mas que tierra, hay un alma que le da vida, hay un alma que no es tierra, un alma que es superior á la tierra, que tiene la tierra bajo las plantas de los piés de su cuerpo, que todas las cosas de la tierra no pueden satisfacer sus apetitos. Por eso se dirige á Dios, que es su centro y el único objeto de sus potencias. Levanta y lleva el cuerpo para arriba, y anda recto, á diferencia del cuerpo de las bestias que está inclinado á la tierra, porque es de tierra y para la tierra, y en la tierra termina y acaba. El hombre, empero, tiene por objeto á Dios, y por fin la gloria del cielo. En prueba de esta tan grande é importante verdad, no hay mas que leer las santas Escrituras.

6. En el sagrado libro del Génesis se lee que Dios crió al hombre, que lo hizo del lodo de la tierra, y que inspiró en su rostro un soplo de vida, de cuyas resultas quedó el hombre con ánima viviente. Algunos santos Padres, entre ellos san Juan Crisóstomo, afirman que primero formó Dios el cuerpo de Adan, y que un poco despues crió su alma, para que de esta suerte se conociese mucho mejor lo que tenia el cuerpo de suyo, la necesidad que tenia del alma, y los grandes bienes que por ella le venian, pues sin el alma no podia tener vida, como lo vemos todos los dias en un cuerpo que, separado del alma, queda muerto. Dios crió el cuerpo del hombre

de una materia vil y grosera, cual es el barro; pero el alma la crió de la nada, que por eso dice la sagrada Escritura, que Dios inspiró en su rostro un espíritu ó sople de vida, para significar que el alma y la vida que le daba no procedían de la tierra, de donde fue formado el cuerpo, sino que le venían de fuera por la omnipotencia de Dios. El sople que procede del hombre es un aire que sale de su interior por la boca, y así es como nuestra alma procede de Dios, y sale de él con grande amor, como quien lo saca de sus entrañas, y sale por la boca, esto es, por su imperio, queriendo que tenga ser, sin haber quien le resista. En esto se descubre su nobleza, y su semejanza con la divina sabiduría, pues, como ella, procedió de la boca del Altísimo: *Ego ex ore Altissimi prodivi*. (Eccli. xxiv, 5).

7. Decían allá los filósofos, y lo dice también santo Tomás, que la conservación es una continuada creación; y así como para criar de la nada se requiere una potencia infinita, así también se requiere una potencia infinita para la conservación. Dios en un principio crió el cielo y la tierra y cuantas cosas en ellos hay, disponiéndolo todo en número, peso y medida. Para sacar de la nada y dar ser á tantas y tan bien ordenadas cosas, empleó un solo *fiat*, esto es, un solo acto de su omnipotente voluntad; esta voluntad de Dios omnipotente es aquella santa ley que manda conservar y seguir el orden natural que él ha marcado, prohibiendo perturbarlo. Este orden natural es una exacta continuación de aquel primer *fiat* omnipotente, y se llama *natural* de naturaleza, porque hace nacer. *Natura dicta est ab eo, quod nasci aliquid faciat. Gignendi enim, et faciendi potens est. Hanc quidam Deum esse dixerunt à quo omnia creata sunt, et existunt*. (San Isidoro, lib. XI, cap. 11, de las *Etimologías*). Dios, en un principio, formó de barro, como ya dijimos, el cuerpo de Adán; del cuerpo de este formó el cuerpo de la primera mujer, Eva; los casó, y casados que fueron (y no antes) les dijo: *Creced y multiplicaos* en cuanto al cuerpo; pero el alma, que anima al cuerpo, salió inmediatamente del mismo Dios, no solo para animar el cuerpo de Adán, sino también el de Eva y de todos sus hijos que somos nosotros. Esta es la marcha que ha marcado el Criador á la naturaleza humana para su propagación y conservación. Todavía hacen eco, y lo harán hasta á la fin del mundo, aquellas palabras que dijo Dios en el principio: *Faciamus hominem ad imaginem et similitudinem nostram*.

8. Las tres divinas Personas son las que han hablado así; las que, parece en alguna manera, haberse entendido entre sí; las que han conferido al espíritu humano ó al alma del hombre, cada una de ellas,

lo que le es propio, habiéndose dibujado en él y como reproducido ellas mismas: el Padre dándole el entendimiento, el Hijo la razon, y el Espíritu Santo la voluntad. De suerte que el hombre desde el primer instante de su creacion fue fiel imágen de la Trinidad de Dios, acabado retrato de su Criador. Y en efecto; sabemos que Dios es uno en esencia y trino en personas, que se llaman Padre, Hijo, y Espíritu Santo: el alma del hombre es una en esencia y trina en potencias, que se llaman entendimiento, memoria y voluntad. Dios es espíritu invisible, y no obstante dirige todas las cosas visibles é invisibles: el alma del hombre tambien es invisible, y dirige el cuerpo visible. Dios es eterno, siempre ha sido, es y será; el alma del hombre, es verdad que tuvo principio, pues fue criada, pero jamás tendrá fin, eternamente será feliz ó infeliz, segun sus obras. Dios es inmenso, está en todo lugar: el alma del hombre está en todo lugar del cuerpo que anima, y fuera de su cuerpo con la imaginacion se pasea desde los astros mas elevados del cielo á los minerales mas profundos de la tierra. Dios se conoce y se ama á sí mismo: el alma del hombre se conoce y se ama á sí misma. Santo Tomás dice que el alma del hombre es imágen de Dios, porque es la criatura que mas participa de las perfecciones de Dios. Dios tiene ser, vida, é inteligencia: del ser participan los cielos y elementos, de la vida participan los animales y plantas, y de la inteligencia los Ángeles: mas solo el alma del hombre participa del ser de Dios, de la vida de Dios, y de la inteligencia de Dios. Dios tiene su imperio sobre todas las criaturas visibles é invisibles, y el alma del hombre tiene el suyo sobre todas las cosas materiales y sensibles, pues todas le están subordinadas reconociendo su dignidad, su imperio y su poder, y todas le ayudan á amar y servir á su Criador.

9. Mas no para en esto la imágen y semejanza del alma del hombre con Dios, pues entonces solo seria imágen de Dios segun la naturaleza: es tambien imágen viva de Dios en el orden sobrenatural y de la gracia. Crió Dios al hombre, y las obras de Dios son perfectas, y conformes al fin á que las destina; y como Adán, por ser hecho á imágen de Dios, era capaz de su gracia y amistad, quiso criarle con esta perfeccion, dice santo Tomás, comenzando á llenar este vacío y capacidad que tenia para los fines sobrenaturales; que por eso dice la Escritura que Dios crió al hombre con rectitud. Así resulta que el hombre es imágen semejante á Dios por razon de los dones naturales, para vivir esta vida comun, y que es igualmente imágen y semejanza de Dios por la gracia y virtudes sobrenaturales que

en su primera creacion recibió, para vivir vida sobrenatural y merecedora de vida eterna.

10. Pero el hombre no supo guardar largo tiempo la alta nobleza de su origen, la inefable dignidad del ser, que Dios le habia concedido de una manera exclusiva, como dice san Agustin. *Deus nulli alii creaturæ dedit quod sit ad imaginem suam, nisi homini*. Entregándose al pecado, su entendimiento se hizo impotente para concebir pensamientos santos y elevados, y ya no representó al Dios Padre. Su razon, abusando de su luz contra del que se la habia concedido, en vez de complacerse en Dios se contrajo á complacerse y enorgullecerse en sí misma, y ya no representó al Dios Hijo. La voluntad, corrompida y degradada por la perversidad con que se dirigió al mal, no representó ya al Dios Espíritu Santo. El hombre era fortaleza, sabiduría y amor, y se convirtió en debilidad, sinrazon y egoismo. La augusta imagen de la Trinidad, aun conservando sus facciones esenciales, quedó en él alterada, descolorida, deteriorada. El Dios trino y uno ya no pudo reconocerse en el hombre, dice el Profeta. En lugar de representar á Dios, de unirse á Dios y de vivir de la vida, de la inteligencia y del amor de Dios, no representó mas que al bruto, se asoció al bruto, participó de la vida, de la condicion del bruto, se apreció y se convirtió él mismo en bruto : *Homo cum in honore esset non intellexit; comparatus est jumentis insipientibus, et similis factus est illis*. (Psalm. XLVIII, 13, 21). Y esto debe entenderse no solo del alma de Adan, sino tambien de la nuestra, aunque criada por el mismo Dios. El alma sale pura de sus divinas manos, pero á la manera que aquella cristalina agua que sale limpia de su manantial, entrando, sin embargo, en un estanque ó balsa de agua turbia, que tiene revuelta el cieno, y mezclándose con él, toda el agua que sale por la llave ó ventanita es tambien turbia; así, antes del pecado, el limo, cieno ó barro del hombre estaba tan posado que la parte superior, como agua cristalina, descansaba en sí misma sin enturbiarse, ni mancharse; pero despues del pecado todo es desórden y confusion.

11. Y esta imagen augusta así desfigurada no podia ser restaurada sino por el mismo divino Artífice que la habia formado. Nada podia ninguna fuerza, ninguna sabiduría creada para reformar la obra de la fuerza de la Sabiduría increada. Mirad, amadísimos hermanos, á esta santísima Trinidad que se compadece del hombre, que descende hasta al hombre, y por medio del Bautismo, en el que, revelando su naturaleza, manifiesta su obra, renueva su propia imá-

gen en el hombre, borra la parte envejecida y extraña que había en él, y restaura la obra que una mano enemiga había alterado. El Bautismo, administrado de la manera que Jesucristo lo ha ordenado, esto es, en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo, nos dice bastante que en nuestra regeneracion, llamada por san Pablo *creacion nueva*, las tres divinas Personas nos devuelven lo que habíamos perdido, y aun con ventaja. ¡Oh, cuán grande, cuán sublime, cuán bello, cuán tierno es el misterio de bondad de Dios en la restauracion del hombre! ¡Oh si se considerase, cómo seríamos mas agradecidos á tantas finezas, cómo amaríamos mas á nuestras almas, cómo trabajaríamos mucho mas de lo que hacemos para salvarlas!

12. Cuando deseamos saber el valor de un reloj, de una alhaja... lo preguntamos á un relojero, á un platero, porque ninguno lo puede conocer mejor que el artífice que la fabricó. Si deseamos, pues, saber el valor de nuestra alma, lo hemos de preguntar á su Criador, que es Dios, y Dios por medio de las santas Escrituras nos hará saber que con una caridad perpétua ha amado á nuestra alma. Tambien nos dirá que por amor á nuestra alma ha criado todas las cosas, y que todas las ha puesto bajo sus piés para que se sirva de ellas y sea feliz en este y en el otro mundo. Por la santa Escritura tambien nos consta que de tal manera ha amado Dios á nuestra alma, que por ella no ha reparado en entregar á su santísimo Hijo; y este benditísimo Hijo de Dios, por nuestra causa y por nuestra salud bajó de los cielos: *Qui propter nos homines, et propter nostram salutem descendit de cælis*, como canta la Iglesia en la santa misa. Se encarnó por obra del Espíritu Santo; se hizo hombre y nació de María Virgen; fue crucificado para salvar al hombre, despues de haber vivido treinta y tres años sobre la tierra, sufriendo penas y trabajos sin cuento, y enseñando su celestial doctrina. Instituyó además los santos Sacramentos, por medio de los cuales se nos aplican sus merecimientos, que son de infinito valor. Para ello es menester recibirlos, ó *in re*, ó *in voto*, porque ellos obran en nosotros á la manera de una medicina, que por eficaz que en sí sea, no produce efecto ninguno si no se aplica ó toma; por esto Jesucristo los instituyó tan fáciles de aplicar ó recibir. Finalmente, despues de haber hecho Jesucristo todo cuanto se podia desear para salvar nuestra alma; despues de haber padecido cuanto se podia imaginar; despues de haber entregado á sus Apóstoles su cuerpo en comida y su sangre en bebida, el amor que tiene á nuestra alma le ha obligado á quedarse

entre nosotros todos los días hasta la consumacion de los siglos, á fin de que le pudiéramos recibir todos los días por medio de la sagrada Comunión, y le ofreciéramos también todos los días, como víctima, á su eterno Padre en el santo sacrificio de la misa. ¡Oh, qué amor! qué caridad! Y, como si todo esto fuera poco, hallándose en la cruz despues de haber derramado toda la sangre de sus venas, consumado ya cuanto de él habian dicho los Profetas, ya de sí no podia entregarnos mas, porque ya lo habia entregado todo, el grande amor que tiene á nuestra alma le hizo acudir á María su dulce y querida madre, y quiso que fuese nuestra madre; encargándole por testamento y última voluntad, que tomase á nuestras almas por hijas suyas. De ahí es que san Agustin, viendo lo mucho que Jesucristo ha dado para rescatar y salvar á nuestras almas, lleno de un santo entusiasmo exclama: El cristiano que por un pequeño placer da aquello por lo cual Jesucristo se ha entregado á sí mismo, trata al mismo Jesucristo de necio mercader: *Qui dat pro modica delectatione illud pro quo Christus se tradidit, Christum reputat stultum mercatorem*. Como si dijera á Cristo: Vos sois la sabiduría increada que conoceis el valor de todas las cosas; conoceis el valor de mi alma, y por ella os dais á Vos mismo; dais á vuestra misma Madre y los Ángeles del cielo, para que esta mi alma se salve. Pues Vos sois un tonto mercader en comprar una cosa que yo la doy por un vil deleite, por una nonada. ¡Oh Señor, ¿y por qué tanto empeño para que se salve mi alma? Á Vos, Señor, no se os aumentará ni un ápice vuestra gloria esencial con salvar mi alma, ni tampoco se disminuirá con que se condene; y, sin embargo, por el bien que le quereis, la deseais ver en la gloria participante de vuestras eternas felicidades: pues bien, á mí que en ello me va todo, el ser eternamente feliz, ó el ser eternamente desgraciado, no me da cuidado...

13. ¿Puede darse, amadísimos hermanos, mayor locura que la que acabais de oír? No, no puede darse; y, sin embargo, es la locura general de los hombres. Tan crecido es, por desgracia, el número de estos tontos y locos, que el Espíritu Santo dice que es infinito: *Stultorum infinitus est numerus*; y si quereis ver comprobada esta verdad, no teneis mas que observar sus obras. Ellas os darán testimonio de lo que son los hombres en materia de salvacion de su alma, unos locos rematados. Para ver si esos hombres distraídos se pondrán un poco en razon, voy á probar otro medio. No quiero presentarles el alma como imágen de la santísima Trinidad, ni como salida del corazon de Dios, por decirlo así, ni como destinada para

el cielo; tampoco diré lo mucho que Dios la quiere, ni lo mucho que ha hecho por ella. Omitiré igualmente cuanto han hecho Jesucristo, María santísima, los Ángeles y los sacerdotes, ministros todos de Dios. No, nada de esto te quiero recordar, ó pecador, para que conozcas el valor de tu alma, y cuánto debes apreciarla. Ven acá, cristiano, quiero que aprendas del diablo. Este enemigo infernal desea tener tu alma por esclava suya allá en los infiernos, y para conseguirlo no perdona medios ni diligencias. Él anda día y noche dando vueltas como un león rugiente, dice san Pedro, para ver si te puede coger desprevenido; él se vale de todas las tentaciones y halagos para ver si podrá seducirte; él es como un astuto mercader que si halla bueno y barato, nunca compra caro. Así lo hace el demonio; para que el hombre consienta á la tentacion y peque, ya le promete un placer, ya un interés, ya otras cosas, y para lograr un consentimiento va aumentando las promesas hasta que llega á: «Todas las cosas te daré por un solo pecado: *Hæc omnia tibi dabo si cædens adoraveris me*, » como se lee en el santo Evangelio. En vista de esto ya no extrañaréis, hermanos míos, que el célebre Salviano dirija sus invectivas á los pecadores y les diga: ¿Qué furor es el vuestro? ¿Tendréis vosotros por viles á vuestras almas, que el diablo tiene por tan preciosas? *Qui furor est, viles à vobis vestras animas haberi, quas etiam diabolus putat esse pretiosas?*

14. Si á lo menos se hiciera, amadísimos hermanos, para el alma lo que se hace para el cuerpo... Ya recordaréis que he dicho cuán preciosa es el alma, y cuán vil es el cuerpo, pues es polvo y en polvo se ha de convertir. No obstante, ¡cuán diferentemente es tratado uno y otro! Si enferma el cuerpo, al momento se acude al médico sin mirar si es de mañana ó de tarde, de día ó de noche: pero si enferma el alma por el pecado, no se acude por cierto al médico espiritual, que es el confesor, con tanta prontitud; al contrario, siempre se alegan excusas y dificultades, y ordinariamente se mira esto como la última diligencia. Si el médico dice, es preciso sangrar, el enfermo alarga el brazo, sufre la picada y derrama la sangre de sus venas; pero si el médico espiritual dice, es preciso sacar el rencor del corazón, alega mil pretextos. Si el médico receta un vomitivo, se manda por él á la botica, se compra la medicina y se toma por amarga que sea; pero si el médico espiritual dice, es preciso restituir tal cantidad, todo son dificultades é imposibles. Si el médico dice al enfermo, es preciso que V. esté recogido, que no salga á la calle, que guarde dieta, que hable poco, todo lo cumplirá con la mayor escru-

pulosidad; pero si el médico espiritual, si el confesor dice al penitente, V. ha de hacer dieta, se ha de abstener de esas comilonas, de esos excesos en la bebida; V. ha de estar-recogido, no puede ir á la casa de la mujer tal, á la casa del juego, del baile, de la mala compañía; V. ha de guardar silencio, y no puede decir aquellas palabras torpes, atrevidas, aquellas maldiciones, murmuraciones y otras maldades que acostumbra... Esto no puede ser, dice; en efecto, si fuera para el cuerpo, entonces todo se haria; pero para el alma, no, nada ó muy poco; para el cuerpo lo mas seguro, pero para el alma ni lo probable; para el cuerpo lo útil y aun lo supérfluo, pero para el alma ni lo necesario; para el cuerpo aun las mas pequeñas indisposiciones se remedian para no empeorar, y las que se temen, se precaven para que no sucedan; pero para el alma aun las enfermedades graves acaecidas no se curan luego, sino que se dejan aumentar y precipitar de abismo en abismo. Muy oportunamente exclama san Agustin diciendo: Si con tanto afan se procura que ese cuerpo viva un poco mas, que al cabo y al fin siempre morirá por cuidado que tengais de él; ¿por qué no procuraréis que viva eternamente vuestra alma? *Si tanto labore agitur ut aliquanto plus vivatur, quanto agendum est ut semper vivatur?* Para que el cuerpo se conserve sano y robusto, se come todos los dias; y para que el alma se conserve sana y robusta, ¿se procura acaso recibir los santos Sacramentos, hacer oracion y lectura espiritual que son su pan colidiano? — Eso no. — Para que el cuerpo sea bonito, se peina, se lava, se afeita, se viste con elegancia, aunque se haya de ocupar tiempo, sufrir algunas molestias, y gastar mucho dinero; y para que el alma sea hermosa y agrade á Dios y á los Ángeles, ¿se procura acaso la limpieza del corazon y el atavío de las virtudes? Eso no; si fuera para el cuerpo, sí; pero para el alma, ... de ningun modo.

15. No solo es mas cuidado el cuerpo que el alma, sino tambien una bestia. Mirad allá un arriero á quien se le cae la bestia en un atolladero, al momento le quita la carga y la levanta sin pérdida de tiempo, y la saca del mal punto. ¡Cosa extraña! Ese mismo arriero, tan solícito con su bestia, tiene un alma que se cayó hace tiempo en el atolladero del pecado, y en el borde del precipicio del infierno; pues bien, ¿pensais por ventura que le quitará la carga del pecado por medio de una buena confesion? ¿Pensais que por medio de los Sacramentos que debe recibir la levantará y la apartará del borde de la condenacion eterna del infierno? Si fuera su bestia, sí; pero su alma, no; demasiado será que la levante ó que se confiese por

Navidad, ó por la Pascua. Y ¿qué diríais de aquel mismo arriero si esperase un mes, un año ó mas á levantar su bestia? ¿Qué diréis de aquel cristiano que tiene su alma caida en pecado, y espera un mes, un año ó mas á levantarla por medio de la confesion?...

16. Y este modo de proceder de algunos cristianos tan injusto, tan inicuo y tan cruel con su alma, que, no obstante de ser tan noble, es postergada al cuerpo, á una bestia, y tratada como el trasto mas despreciable de la casa, como la cosa mas vil del mundo, ¿no lo castigará Dios?... No lo dudeis, Dios lo castigará, como lo conoceréis claramente con esa parábola: En esa misma parroquia habia un señor muy rico, casado con una señorita muy linda y bella, hija de padres muy nobles. El esposo, que era muy bueno, la amaba y queria como la niña de sus ojos, como su alma y su vida. Pasando estos dos finos esposos una vida la mas feliz, hé aquí que el marido recibe una orden de su rey para que con la brevedad posible vaya á su corte porque quiere valerse de su saber y prudencia en asuntos muy graves del gobierno de su reino. Este buen casado comunica á su esposa la real orden, se la da á leer; y al paso que se complace en el honor que el rey le dispensa, siente en el alma el tener que ausentarse de su querida esposa; y para que nada le falte mientras dure su ausencia, llama á su mayordomo, y en presencia de su misma esposa le habla en estos términos: «Has de saber, mayordomo, que yo tengo que salir por una temporada; lo que mas siento es dejar á mi querida esposa; pero espero de tu honradez y del precepto que te intimo, que cuidarás bien de ella durante mi ausencia; todos mis bienes son suyos tambien; tú le darás cuanto necesite y quiera, pues sentiria en el alma que le faltara cosa alguna.» Á lo que contestó el mayordomo que se podia ir descansado, que cumpliria con toda escrupulosidad y exactitud todos los encargos que le acababa de hacer. Se fué el señor, y luego el mayordomo se enamoró de una criada, esclava de la misma casa; á ella amaba y queria, á ella regalaba y obsequiaba, y con ella gastaba las pingües rentas del patrimonio de su señor; á la criada la trataba como si fuera la señora, y á la pobre señora como si fuera una vil esclava; á la criada le pagaba riquísimos vestidos, la acompañaba á bailes, teatros, y á cuantas diversiones se presentaban, proporcionándola cuantos placeres, regalos y deleites se podian imaginar; al paso que la infelizísima señora se veia aborrecida, abandonada, sin un bocado para matar el hambre, y sin un pobre vestido con que cubrir su cuerpo flaco y macilento por la miseria y pesares; la desgraciada señora tenia que

presenciar el lujo de la esclava, y callarse para que no le aumentara los insultos con que continuamente la trataba; la infeliz, para colmo de su pena y dolor, recordaba siempre las palabras de su querido esposo, los tan sagrados encargos que este habia hecho á su mayordomo antes de partirse; pero la infeliz, para que no se le aumentaran los malos tratos, no se atrevia á quejarse, y ahogaba allá en su corazon los suspiros y gemidos; ella, solita y cuando nadie la podia oir, exclamaba y desahogaba su corazon oprimido, diciendo, mas con lágrimas que con palabras: ¡Ay, esposo mio!... ¡ay, si me vieras!... ¡qué trabajos!... ¡qué penas!... ¡qué dolores!... ¡qué martirio!... ¿Cuándo vendrás, esposo mio, y me sacarás de?... Finalmente viene el esposo; ¿qué hará cuando oiga de la boca de su querida esposa los grandes trabajos que ha pasado? ¿qué dirá al mayordomo que tan mal ha cumplido sus encargos? ¿qué castigo correspondiente dará al mayordomo y á la esclava? ¿Os parece, amadísimos hermanos, qué pena señalaríais vosotros?... Á mí me parece que estais deseosos de conocer á ese malvado mayordomo para echarle en cara su inicuo procedimiento, ¿no es verdad? Pues bien, yo os diré quién es. ¡Atencion!... Eres tú, cristiano, *tu es ille vir*... Jesús es el esposo de tu alma nobilísima y hermosísima, 'es hija de Dios, y le llama Padre; Jesucristo ha tenido que ausentarse porque su Padre el Rey del cielo le ha llamado; tú eres el mayordomo á que te ha confiado esa alma, esposa suya, para que la tratases bien; ha dejado á tu disposicion los santos Sacramentos que son de infinito valor; te ha confiado las demás gracias naturales y sobrenaturales, y las ha puesto á tu alcance para que nada faltara á tu alma; pero tú ¿qué has hecho? Te has enamorado de la esclava, esto es, de la carne; con ella te has amancebado; á ella has regalado y le has proporcionado todos los gustos y deleites que ha apetecido, mientras que has tenido en un continuo abandono la pobre alma, su señora; ¡ay! qué juicio tan severo te espera, como dice el Evangelio: *Malos male perdet*.

17. Ya veis, pues, amadísimos hermanos, el cuidado que debemos tener con nuestra alma para que se salve. Dice el gran Tertuliano que el negocio de mas importancia que tuvo Dios desde el principio del mundo fue el criar el alma del hombre; y al propio tiempo enseñó al hombre que su mayor é importante negocio era el salvar á esta misma alma. *Cum condidit hominem Deus, fecit sibi et aliis negotium*. Continúa el mismo Tertuliano diciendo: Mira, hombre, á todo un Dios ocupado en criar y en enriquecer á tu alma, á fin de

que aprendas del mismo Dios el cuidado que de ella debes tener y cómo te debes ocupar en salvarla. *Recogita totum illi Deum occupatum, ac deditum manu, sensu, opere, consilio, et sapientia.* El apóstol san Pablo nos exhorta, pide y suplica por lo mas santo, por el mismo Jesucristo, que no descuidemos nuestro negocio, que es el salvar nuestra alma; este es el que se llama propiamente negocio y único negocio nuestro: *Fratres, rogamus vos, et obsecramus, in Domino Jesu, ut negotium vestrum agatis.* (I Thess. iv). En efecto, amadísimos hermanos, este es el único negocio, ya que para esto somos criados; no para las riquezas, no para los honores: estas cosas son del mundo y para el mundano, y no para el cristiano; estas cosas pueden ocupar al hombre, pero no le pueden llenar; estas cosas tendrán al mundano ocupado y embozado mientras viva, pero en la hora de la muerte le abandonarán y pasarán á otros tal vez tan ingratos, que ni dirán *Dios le haya perdonado*, y será conducido á la sepultura desnudo, ó á lo mas con una pobre y miserable mortaja. Esta será la única paga que te dará el mundo, ó pecador; las únicas cosas que te llevarás serán las obras buenas, si las haces para salvar tu alma. Estas, sí, que te las llevarás, y aun ellas mismas te seguirán gustosas, como dice san Juan en el Apocalipsis: *Opera enim illorum sequuntur illos.* Las otras cosas, empero, no te seguirán; serán para otros, y así el negocio de procurarlas no es negocio tuyo, sino ajeno. Mas aunque estas cosas fuesen tuyas, y te siguiesen y acompañasen hasta la muerte y mas allá de la tumba, ¿de qué te aprovecharian si perdieses tu alma? ¿Podrás, por ventura, rescatar tu alma perdida, con el importe de todas las cosas que has adquirido en ese mundo? No por cierto; así te lo asegura el mismo Jesucristo: *Quam dabit homo commutationem pro anima sua?*

18. Es este un negocio, amadísimos hermanos, propio y personal de cada uno; es propio y personal del monarca, del magistrado, del militar, del eclesiástico y del secular, del comerciante y del labrador, del hombre y de la mujer. Un rey ó reina puede tener generales de grandes ejércitos que defenderán sus derechos; podrá tener jueces que en su nombre administren justicia; podrá tener embajadores que aun en los reinos extranjeros harán respetar su autoridad; podrá tener criados á millares que harán todas las cosas imaginables, menos esta, menos la salvacion del alma, porque es cosa propia de cada uno. Ni Dios quiere salvarla sin la cooperacion personal de cada uno, como dice san Agustín: *Qui creavit te sine te, non salvabit te sine te.* Aquel gran Dios que te ha criado á tí sin tí, no te

salvará sin tí, sin tu cooperacion. Hay cosas que son propias y personales de cada individuo; que nadie las puede confiar á otro, por muchos sirvientes que tenga. Si un señor, si una señora dijera á su criado ó criada, que por él comiese, durmiese, y así de las demás precisiones corporales y personales, porque él personalmente no quiere hacer nada, se moriría en cuanto al cuerpo; así tambien se morirá en cuanto al alma el que personalmente y por sí mismo no hace lo que debe para salvarla.

19. Lo que hace subir de punto la importancia de ese negocio de salvar el alma es que no tenemos mas que una. Si perdemos un ojo, como afortunadamente tenemos dos, nos queda uno todavía; si perdemos una mano, nos queda otra; si perdemos un pié, nos queda otro; pero si tenemos la desgracia de perder el alma, como es única, quedamos sin ninguna, y con ella lo hemos perdido todo. ¡Cuánto cuidado debe, pues, guardarse! Ya que se presenta la oportunidad os referiré la sabia y discreta respuesta que dió Benedicto XII á un rey que le envió á pedir una cosa injusta por medio de su embajador. Contestó á este el Sumo Pontífice: *Si tuviera dos almas, daría una para aquel soberano, pero como no tengo mas que una sola, no conviene que la pierda.* ¡Oh sabia respuesta, oh prudente resolucion! ¡Ojalá que todos respondiéramos lo mismo cuando Beelzebub, *rex muscarum*, nos enviará el embajador de las riquezas, el embajador de los honores, el embajador de los placeres, y nos pedirá de parte de su rey alguna cosa injusta é ilícita! Sí, hemos de contestarle con la mayor resolucion y prontitud: No tengo mas que un alma, y por lo mismo no conviene que la pierda; la quiero salvar, cueste lo que costare.

20. Esta resolucion que acabais de oir, amadísimos hermanos, *cueste lo que costare*, es de absoluta necesidad para conseguir lo que se pretende. Como este es un negocio de tanta trascendencia, aunque en sí fuera facilísimo, merecería toda nuestra atencion, y serian por él bien empleados todos nuestros sacrificios. Pero á mas de ser asunto de tan gran momento, es de difícil consecucion, y de hecho pocos lo consiguen, como dice el mismo Jesucristo: *Multi sunt vocati, pauci vero electi.* Esta grande dificultad de salvarse proviene de dos causas: la primera es porque la salvacion del hombre depende de dos voluntades, esto es, de la voluntad de Dios, que ayuda con su gracia, y de la voluntad del hombre, que corresponda y coopere á la gracia de Dios. En cuanto á la voluntad de Dios, no se puede dudar que da siempre los auxilios suficientes para salvarse, y que esta es

su santísima voluntad, como dice san Pablo: *Deus vult omnes homines salvos fieri*; y el que se pierde, no se pierde por parte de Dios, sino de sí mismo, como se lo echa en cara el mismo Dios por el profeta Oseas: *Perditio tua ex te*, porque muchas veces el hombre rechaza las gracias que Dios le da, se hace sordo á las inspiraciones y llamamientos de Dios, é indigno de que Dios le dispense gracias mayores cuando está despreciando las que le comunica de presente. Dice san Bernardo: «Así como es cosa cierta que Dios no dejará de darle los auxilios suficientes; así tambien es cosa incierta que quiera Dios repetir otros auxilios poderosos y fuertes.» Y concluye así: *Unde scis quod Deus tibi subvenire velit, quem tu interim repellis?* Si ahora, actualmente, que Dios te está llamando por esta mision, por este sermón, por estas palabras y reflexiones, por estas gracias extraordinarias no te conviertes, ¿cómo puedes esperar que te dé otra semejante á esta? ¡Ah, no!... estas gracias no las hace Dios cada dia!... ¡ay de tí si las abandonas!...

21. No pocas veces sucede en el hombre que su entendimiento queda convencido, pero su voluntad no tiene bastante resolucion para hacer lo que conoce ha de practicar, como dice el Espíritu Santo: *Vult, et non vult piger*. El perezoso quiere y no quiere; quiere, pero su querer es una mera veleidad, que nunca se viene á practicar, y por lo mismo es no querer, porque el que no quiere practicar los medios no tiene una voluntad verdadera de conseguir el fin, como se ve en la práctica. Si un labrador no cultiva sus tierras, ni siembra, ni planta, nada cogerá. Si un estudiante no se aplica al estudio, no adquirirá la ciencia, se quedará un necio; si un comerciante no se dedicara al comercio, si en lugar de agenciar y practicar las diligencias necesarias se ocupase todo el dia en divertirse, en bailes, teatros, juegos, comilonas, bebidas y mujeres, estaria tan léjos de hacer fortuna, que, aunque hubiese empezado á hacerla, la perderia al momento. Con estos ejemplos podeis, pues, conocer muy bien, amadísimos hermanos, que sin medios no se consigue el fin; que sin obras buenas no hay por qué esperar la salvacion del alma; y á mas que no basta empezar, sino que es preciso perseverar. ¡La perseverancia! ¡Ah! hé aquí otra de las dificultades que, por razon de su inconstancia, encuentra el hombre en el negocio de su salvacion...

22. Otra causa por que es tan difícil la salvacion del alma es la multitud de enemigos que tiene internos y externos, y que todos están conjurados para hacerla perder. Once pasiones tiene formadas en dos alas, cinco de una parte y seis de otra, que como enemigos in-



ternos están siempre maquinando traiciones. Tiene tambien enemigos externos, que son los demonios y los mundanos. Ya hemos dicho las diligencias continuas que hacen los demonios para hacer perder á nuestra alma ; dia y noche trabajan, y nunca jamás hacen treguas. No son menos temibles los mundanos, que son de la misma naturaleza nuestra, que viven entre nosotros, y quizás en nuestra misma casa, como dice Jesucristo : *Et inimici hominis domestici ejus*. Los mundanos, pues, son muy perjudiciales enemigos. Algunos criticarán vuestras devociones, oraciones y demás obras buenas so pretexto de mirar por vuestro bien, y con otros aparentes motivos de caridad, de modo que se cumplirá tambien en vosotros lo que decia Jesucristo á sus discipulos, que los que les perseguirian, se pensarian hacer un servicio á Dios : *Arbitrentur obsequium se præstare Deo*. (Joan. xv). Otros mas impíos y osados ridiculizarán vuestra piedad y religion, os llenarán de oprobios, apodos, burlas y sarcasmos ; no solo procurarán apartaros de lo bueno, sino tambien con sus sugestiones, tentaciones, promesas, amenazas y aun con sus escándalos arrastraros á lo malo. Ahora, pues, decidme, amadísimos hermanos : con tantos enemigos ¿no hay motivos bien fundados y poderosos para temer que se pierda nuestra alma ? Y lo que hace subir de punto mi temor, es el ver que no obstante tantos y tan poderosos enemigos, quien ha de vigilar y guardar el alma vive con la mayor indiferencia y con el mas criminal descuido y abandono. Decidme por vida vuestra, amadísimos hermanos : si ahora viérais una ciudad sitiada por sus enemigos, que esperan la oportunidad para asaltarla, que dia y noche están maquinando y preparándose para el asalto, que están observando el punto mas flaco para atacar ; y que mientras los enemigos de fuera se preparan, los de dentro dan traza para el asalto, y maquinan y tratan del modo de entregarla ; finalmente, si mientras estais observando las maniobras de los enemigos externos y las traiciones de los internos, viérais al señor gobernador de la ciudad que, en lugar de vigilar y dar las oportunas disposiciones, nada de esto hace, sino que pasa el tiempo con la mayor indiferencia, come bien, bebe bien, y duerme mejor, se levanta tarde, se pasea en su jardin, se divierte en juegos, en bailes, en teatros y en otras bagatelas y pasatiempos, sin pensar siquiera en la ciudad, ni en el estado en que se halla ; ¿no diríais, y con razon, que es una ciudad perdida ? Ven acá, pues, cristiano ; ese es un retrato de tu alma. Sitiada la infeliz de enemigos externos, que son los demonios y los mundanos, tiene á mas los enemigos internos, que son las pasiones, y tú eres el go-

bernador. Y ¿qué haces? Comer, beber, jugar, divertirse, por manera que en cualquier cosa piensas mas que en tu alma. ¡Ay infeliz!... Sin embargo, la dificultad de salvar el alma no proviene de la multitud de enemigos, sino del poco ó ningun cuidado del hombre. Por lo regular el gobernador de una ciudad desea salvarla, pero algunas veces no puede por mas que haga. No sucede así en el hombre, pues si quiere siempre la salvará, porque tiene á Jesucristo con todos sus merecimientos, que son de infinito valor, depositados en los Sacramentos y en la oracion. Tiene además á María santísima, Ángeles y Santos, que todos están de su parte. Tiene sobre todo la promesa que le hace Dios por san Pablo, que la tentacion no será mayor que la gracia y auxilio que Dios le dará, y hará que salga victorioso de ella, como así se ha cumplido en tantos Mártires y Santos, y se cumplirá en todos los que de su parte hagan lo que deben. De manera que el que se pierde, se pierde siempre por su culpa, como lo dice el mismo Dios: *Perditio tua ex te*. Así lo conocen muy bien todos los condenados del infierno. Conocen y reconocen que la condenacion es obra de sus manos; que son condenados porque han querido cometer la maldad; que son condenados porque han querido omitir el bien; que son condenados porque no han querido aplicar los medios que debian; que son condenados porque no se han querido aprovechar de los auxilios de Dios, ni de los méritos de Jesucristo, recibiendo con disposicion y frecuencia los santos Sacramentos; que son condenados porque no se han querido valer de la intercesion de María santísima, Ángeles y Santos; en fin, conocen y reconocen que son condenados por no haber pensado ni meditado que tienen un alma que debian salvar, y cuando vienen á advertirlo ya se hallan sin remedio.

23. Otro de los motivos ó causas por que es tan difícil la salvacion del alma, es porque depende de un solo momento. ¡Oh momento terrible, que tanto hacia estremecer á los Santos! Momento que con mucha frecuencia revolvian en su memoria, y manifestaban en sus escritos exclamando: *Oh momentum à quo pendet æternitas!*... El último momento de la vida es la puerta de la eternidad á que va el hombre. *Ibit homo in domum æternitatis suæ*. Por esto se hace del todo necesario que el hombre se acostumbre á vivir en la práctica de las virtudes en que desea morir, y debe tener para salvar su alma; porque si espera enmendar su vida en el momento de la muerte; si espera confesar sus pecados para allá en la hora de la muerte; si espera practicar las virtudes de fe, esperanza, caridad, etc., allá en

el momento de la muerte, es muy temible que no lo hará, ó si lo hace, no lo hará bien, y se condenará. No es esta una opinion mia, amadisimos hermanos; es la doctrina que han enseñado los santos Padres y Doctores de la Iglesia. Solo os citaré las palabras de san Jerónimo que dice: *Vix de centum millibus hominum, quorum mala fuit semper vita, meretur habere à Deo indulgentiam unus*. De cien mil hombres que siempre han llevado mala vida, apenas uno alcanza de Dios el perdon de sus pecados. Para probar esta verdad no se necesitan autoridades, basta la sola luz de la razon. ¿Cómo se convertirá á Dios, en el momento de la muerte, aquel pecador que ha hecho callos en el vicio? Quien habitualmente y siempre ha amado la maldad, ¿cómo la podrá aborrecer ahora de todo su corazon? ¿Cómo ha de arrepentirse de sus pecados aquel pecador que nunca en su vida ha hecho actos de dolor? ¿Cómo ha de practicar las virtudes necesarias aquel pecador que por la proximidad de la muerte tiene los sentidos entorpecidos y las potencias como dormidas, si antes cuando tenia salud y despejo nunca se ejercitó en tales virtudes, sino por el contrario siempre vivió sumido en los vicios opuestos? Para que se vea mas clara esta verdad tan importante, me valdré de esta semejanza: Si ahora uno de vosotros se hallara enfermo y se le presentara el juez al lado de la cama y le dijese: Si no escribes por tí mismo un memorial bien dictado, bien trazado y con buena letra, aquí mismo te mando quitar la vida. ¡Ay qué espantado quedaria ese enfermo, porque él no sabe escribir, pues si bien es verdad que, cuando muchacho, sus padres le mandaron á la escuela, él fue tan travieso, tan malo, que en lugar de aplicarse no hacia mas que enredar con los demás muchachos, y muchísimas veces ni iba á la escuela, se escapaba y se iba con otros compañeros que seducia al juego, á bañarse, á robar frutas, y á otras maldades; y á proporcion que crecia este muchacho se aumentaban sus travèsuras y maldades, y hé aquí que por eso no sabe escribir! Y ¿cómo escribiria, por otra parte, estando enfermo el que no sabe escribir, cuando al que sabe no le seria muy fácil?... Ahora no hay mas que hacer la aplicacion de esta semejanza. Si el justo apenas se salvará, el pecador ¿á dónde irá á parar? dice san Pedro, *Si vix justus salvabitur*. Si el cristiano que en toda su vida se ha ejercitado en el bien, tendrá sus trabajos en aquel momento, ¿qué será de aquel pecador que nunca se ha ejercitado en el bien sino en el mal; que desde pequeño ha sido malo; que no ha hecho caso de sus padres, de sus maestros, de los sacerdotes? ¡Ay de él!!!...

24. Ya acabais de oir, amadísimos hermanos, las poderosas razones por que es tan difícil el conseguir el negocio de la salvacion del alma : mas ahora debo deciros que ese mismo negocio es de tal condicion, que si una vez se pierde, no hay absolutamente modo de repararlo, por manera que su pérdida es enteramente irreparable. Esto es lo peor que tiene ese negocio, que una vez errado, ya no se puede enmendar : En donde caiga el madero, allí estará : *In quocumque loco ceciderit (lignum), ibi erit*, dice Dios. Es la eternidad un pozo tan profundo y de tal construccion, que tiene entrada, pero no tiene salida, dice san Euquerio : *Descensus erit, reditus non erit*. No hay cosa, amadísimos hermanos, que se pueda comparar con la pérdida del alma. El perder un pleito, no hay duda, es un mal, pero os queda la esperanza y podeis apelar al tribunal superior. Si perdeis las riquezas, teneis esperanzas de ganar mas con vuestras diligencias y economías. Si perdeis la salud, teneis esperanza de alcanzarla otra vez por medio de buenos médicos y eficaces medicamentos ; pero si teneis la desgracia de perder á vuestra alma, la pérdida es eterna é irreparable, tanto de parte de Dios, como de parte del hombre que la perdió. De parte de Dios es irreparable, porque el decreto que ha fulminado de condenacion es eterno é irrevocable. Á mas de esto, Dios quiere que los frutos de su redencion ayuden á los vivos que son viadores en la tierra, pero no á los difuntos que ya están en su término. Por esto se nos dice : *In inferno nulla es redemptio*. De parte del hombre es tambien irreparable la pérdida del alma ; porque el hombre, solo mientras vive se halla en estado de merecer ó desmerecer, y por consiguiente, de satisfacer á la divina justicia, de modo que tan pronto como murió, si espiró en pecado, ya se le acabó el tiempo de satisfacer : *Tempus non erit amplius*. Padecerá terribles tormentos en el infierno, pero no satisfará nada por sus reatos. De ahí es que los teólogos dicen que en el infierno hay para los condenados *satispassio*, pero no *satisfactio* : mucho padecer, pero ningun satisfacer. ¡ Oh ! si bien se considerase eso como lo consideraba santa Teresa de Jesús, á buen seguro que la lágrima viva saltaria de nuestros ojos ! Viendo las monjas que la Santa lloraba, le preguntaban la causa, y ella respondió : Lloro por tres grandes pensamientos que, como espinas clavadas en la cabeza, me punzan continuamente el entendimiento, y son un Dios, una muerte, un alma. Un Dios que, disgustado que sea, no hay otro á quien recurrir. Una muerte que, hecha mal una vez, no se puede remediar en segunda ; y un alma que, perdida una vez, no se puede reconquistar. ¡ Ay, hermanos, un

Dios, una muerte, un alma! ¿no tengo, por ventura, razon para llorar?...

25. Si perdida el alma, se pudiese al menos dar á Dios alguna compensacion equivalente por su rescate... pero ¡oh Dios! *Quam commutationem dabit homo pro anima sua?* Es verdad, Señor, lo conozco, soy polvo y ceniza, os diré con el patriarca Abrahan; sin embargo, permitidme que os haga esta propuesta: ¿Veis allá aquella alma cristiana condenada en los infiernos? Cabalmente se condenó porque calló sus pecados en la confesion; por rubor no se atrevió á decirlos al confesor. A hora conoce su yerro, y si la dejais salir de allá, no solo dirá todos sus pecados al oido del confesor, sino que á son de pregon los publicará y hará saber á toda la ciudad y á todo el mundo; ¿será, Señor, bastante conmutacion esta para sacarla de tantas penas? No; *tempus non erit amplius*. Permitidme, Señor, que otra vez os pregunte. Allí hay otra alma condenada, que cual otro Epulon, antes pasaba los dias vistiendo con lujo, comiendo regaladamente, entregándose á los gustos y placeres de la carne, y vino la muerte y fue sepultada en los infiernos... Ahora está sufriendo terribles tormentos en aquellos lagos de fuego, y trata de mejorar su suerte; pide algun refrigerio, desea ser librada de aquel lugar de tormentos; si le dais permiso de salir de allá, no solo se abstendrá de todo lo que ha sido causa de su condenacion, sino que hará rigurosísima penitencia, y exhortará á sus prójimos y hermanos á que la hagan tambien; ¿qué me decís, Señor? ¿la dejaréis salir, á lo menos por un poquito de tiempo? No; *tempus non erit amplius*. No os enojeis, Señor, si todavía os vuelvo á hablar. Allá veo otra alma, que antes con sus injusticias y contratos usurarios robó lo ajeno; ahora en los infiernos conoce su error, quisiera escapar de tantos dolores, y os ofrece como Zaqueo, no solo cuatro veces mas de lo que ha robado, sino muchísimo mas todavía. ¿Qué decís, Señor? ¿le daréis tiempo para hacer tan generosa restitucion? No; *tempus non erit amplius*. No hay por qué tantear, amadísimos hermanos; si se pierde el alma, esta pérdida no se puede recompensar ni de parte de Dios, ni de parte del hombre.

Ya habeis, pues, oido, amadísimos hermanos, lo que es nuestra alma, lo mucho que la ama Dios, lo mucho que han hecho y sufrido por ella Jesucristo, la Virgen, los Ángeles y los Santos, y lo que debemos hacer nosotros, por ser este nuestro único negocio. Tambien recordaréis que he dicho que este negocio de salvar el alma es difícil de conseguir, porque no se aplican los medios necesarios; por la

multitud de enemigos internos y externos que se oponen, y que depende de un momento. Finalmente habeis oido que si se pierde una vez, no hay modo de recuperarla, ni hay compensacion equivalente que se pueda dar. ¿Qué harémos, pues, amadísimos hermanos? ¿Qué? Aplicarnos á ese nuestro único negocio con todas las potencias y sentidos, sin perdonar ni ahorrar medio ni diligencia, sufriendo, si es menester, todas las penas y trabajos hasta las agonías de muerte. *Agnizare pro anima et usque ad mortem certa pro justitia.* (Eccli. iv, 33). No queramos exponernos á un eterno é inútil arrepentimiento cuando el mal no tendrá ya remedio.

26. ¡Oh, si Dios me diera la voz de la trompeta con que clamará el Ángel del Señor y dirá: *Surgite mortui, venite ad judicium!* ¡Oh, si tuviera yo tal virtud! Desde este lugar sagrado gritaria y diria: *Surgite mortui*, levantaos, muertos, venid y decidnos cuál es vuestra suerte!... ¡Cómo lo pasais!... Yo no dudo que oiríamos como exclaman y dicen: *Nos insensati*... ¡Hola! ¿vosotros insensatos? ¿vosotros mentecatos? ¿No sois vosotros cabalmente aquellos sábios filósofos que con vuestro saber teníais admirado al mundo entero? — Sí. — Pues si tan sábios, ¿por qué vosotros mismos os llamais necios? Quizás lo diréis por humildad; tal vez ahora habeis dado con esa virtud que os estaba oculta... ¡Ah! no lo decimos por humildad, sino por conviccion; ahora conocemos que hemos sido los mas ignorantes, pues no hemos sabido salvarnos! — *Nos insensati*. ¡Oh, qué necios hemos sido! exclaman otros; pero, ¿no sois vosotros aquellos hombres despiertos y listos, que con vuestros cálculos y economías habeis hecho fortunas colosales? — Sí, nosotros somos; pero ¿qué hemos sacado de acopiar tantas riquezas, si al fin hemos perdido nuestra alma? — *Nos insensati*... Oigo una voz que grita, y esta es la voz de los Alejandro, Césares y Augustos. — ¿Cómo es posible que digais que habeis sido unos necios, mentecatos y menguados? ¿No sois cabalmente vosotros los que hacíais callar la tierra con vuestra presencia? ¿No sois vosotros los que habeis conquistado el mundo? — Sí, es verdad, supimos conquistar el mundo, y no supimos conquistar el cielo. Nada nos han aprovechado nuestras conquistas terrenas, porque hemos perdido el cielo. Todos á la vez, sábios, ricos y conquistadores, á una voz claman y dicen: *Nos insensati*, todos nosotros hemos sido muy tontos. Cabalmente nosotros despreciábamos á los sencillos y modestos cristianos, á los pobres y humillados los teníamos por unos mentecatos; pero ahora nosotros vemos que ellos han sido los verdaderos sábios, pues que han sabido hacerse lugar entre los santos é

hijos de Dios, y nosotros nos hallamos entre los demonios y condenados del infierno por toda una eternidad.

Concluyo, amadísimos hermanos, rogándoos á todos, con las lágrimas en los ojos, con aquella misma súplica que hizo san Nilo á Oton III, emperador de Alemania. Este grande señor, como refiere Baronio en sus *Anales*, movido de la fama de la gran santidad en que vivia en aquellos tiempos san Nilo, fué un dia á visitarle en su misma pobre y miserable cueva, y despues de haberle venerado como santo é implorado el auxilio de sus oraciones, le presentó muchos y grandes dones; pero el humilde siervo de Dios con la mayor constancia los rehusó todos. Viendo el Emperador que nada aceptaba, le instó que le pidiese una gracia, sea cual fuese, ó para sí ó para otro. — Á lo que respondió san Nilo: Esto sí que lo haré con mucho gusto, y si V. M. se digna atender á mi peticion, le quedaré agradecido eternamente. — Pedid, le contestó el Emperador, lo que gustéis, que por lo que soy, os prometo no he de negaros gracia ninguna. — Entonces el Santo extendió la mano, y con un santo atrevimiento le cogió por su púrpura, y le dijo: *Señor, la gracia que con todo fervor os pido, es esta: que salveis vuestra alma. Salva animam tuam; salva animam tuam; salva animam tuam.* Lo mismo os digo yo á todos vosotros, amadísimos hermanos. Yo de vosotros no espero ni quiero oro, ni plata, ni regalo alguno; lo que deseo y quiero de todos es que cada uno procure salvar su alma. *Salva animam tuam.* Esto es lo único que te pido, cristiano, que salves tu alma; si no quieres dispensarme esta gracia por respeto y atencion, te lo pido por el amor y devocion que profesas á María santísima, este es el obsequio mayor y mejor que le puedes hacer: si no te mueve el amor á María santísima, muévate á lo menos el amor á Jesús.

(*Aquí toma el misionero con reverencia el Crucifijo*). Mira, cristiano, á este Jesús clavado en esa cruz, para redimir y salvar tu alma! ¡Cuánto ha padecido! Azotes en las espaldas, espinas en la cabeza, clavos en las manos y piés, su pecho abierto con una lanza, y con estas santísimas llagas ha querido subir al cielo para ser allá nuestro abogado; y con esas mismas llagas como bocas las mas elocuentes pide á su eterno Padre perdon de tus pecados; y con las mismas llagas llama á tu corazon y te dice: *Miserere animæ tuæ placens Deo.* ¡Oh pecador, oh pecadora! ten lástima y compasion de tu alma, y así agradarás á Dios. — ¿Qué es lo que quiere de tí? La salvacion de tu alma. Atiende bien, pecador, que Dios no quiere nada por fuerza, quiere que voluntariamente te salves. Él está pronto á alargarte

la mano , pero debes saber lo que dice san Agustin : *Qui creavit te sine te , non salvabit te nisi mediante te*. El que te ha criado á tí sin tí, no te salvará á tí sin mediar tu cooperacion. — Y ¿no lo harás, cristiano ? ¿No procurarás salvar tu alma ? En salvar tu alma nada pierdes, antes bien ganas mucho, lo ganas todo, y para tí es la ganancia. ¿No procurarás salvar tu alma ? Mira el eterno Padre que lo desea , el Hijo santísimo Jesucristo lo procura , la Virgen santísima intercede, y los Ángeles del cielo lo esperan para celebrar con gran gozo y alegría la fiesta de tu conversion, y yo desempeñando el oficio de enviado del Señor , te digo lo mismo que otros enviados decían á Lot: *Salva animam tuam* ; húyete al monte, sal de esa Sodoma y Gomorra. Si, pecador, salva tu alma, sal de esa Sodoma y Gomorra del vicio y del pecado, húyete al monte del Calvario ; híncale á los piés de ese Señor, y díle con el mayor sentimiento que te sea posible: Señor mio Jesucristo, Dios y hombre verdadero, Criador, Padre y Redentor mio, en quien creo, en quien espero y á quien amo sobre todas las cosas, me pesa de todo mi corazon de haberos ofendido por ser Vos quien sois bondad infinita ; y tambien me pesa porque me podeis echar á los infiernos. Ayudado de vuestra divina gracia propongo firmísimamente nunca mas pecar, confesarme y cumplir con la penitencia que me fuere impuesta por el Padre confesor. Os ofrezco, Señor, mi vida, obras y trabajos en satisfaccion de mis culpas y pecados ; y así como os lo suplico, así confío me los perdonaréis, y me daréis gracia para enmendarme, y perseverar en vuestro santo servicio hasta al fin de mi vida. Amen.

Rezaremos tres *Ave Marías* á la Virgen santísima : la primera por la conversion de los pecadores ; la segunda por la perseverancia de los justos, y la tercera por el alivio de las benditas almas del purgatorio.

¡Oh Virgen y Madre de Dios! yo me ofrezco por hijo vuestro, y en honor y gloria de vuestra pureza os ofrezco mi alma y mi cuerpo, y os suplico me alcanceis la gracia de no cometer jamás pecado alguno. Amen, Jesús.

Advertencias.

1.ª Con mucha modestia y recogimiento bajará el misionero del púlpito, entrará en la sacristía á dejar la sobrepelliz, y luego saldrá y se hincará de rodillas delante del altar en que rezará la estacion al santísimo Sacramento, suplicando al Señor se digne bende-

cir la divina palabra que ha predicado, á fin de que fructifique. Entre tanto la gente va saliendo del templo.

2.ª No hablará despues de haber predicado; y, si alguno le da la enhorabuena, refiéralo todo á Dios, diciendo: *Sea todo á la mayor gloria de Dios*. Y no dirá nada mas.

ALMACEN DE MATERIAS.

Preciosidad del alma.

Dios uno y trino, al criar todas las cosas que existen, hizo lo que vemos hacen en el dia aquellos fabricantes que ponen el sello, que contiene su nombre y marca, en todos los artefactos que salen de su fábrica. Vemos en todas las cosas que existen en el grande universo el sello del Dios trino, ó *per modum vestigií*, ó *per modum imaginis*, como dice santo Tomás.

Las procedencias de las personas divinas en Dios se refieren al acto de su entendimiento y de su voluntad: porque el Hijo procede, como *Verbo* del entendimiento divino; y el Espíritu Santo, como *amor* de la divina voluntad. En las criaturas racionales, pues, que tienen un entendimiento y una voluntad, la representacion de la divina Trinidad se encuentra por manera de *imagen*, porque ellas tienen tambien un *verbo concebido* y un *amor que se deriva de él*. Pero en las demás criaturas la representacion de la Trinidad se ve en ellas por manera de *vestigio*, en cuanto en cada criatura se encuentran cosas que se refieren á cada una de las personas divinas, y que la representan ó la recuerdan; porque cada criatura, 1.ª *subsiste* en su ser; 2.ª tiene una *forma* que le es propia y que la clasifica en una especie particular entre los seres; 3.ª en fin, cada criatura está *subordinada* á alguna otra cosa.

En tanto, pues, que cada criatura tiene una *sustancia* criada, representa una causa y un principio, y por esto indica la persona del *Padre*, que es un principio que no tiene principio. En cuanto cada criatura tiene una *forma* y pertenece á una especie cualquiera, representa al *Verbo divino*, por el que el grande Artífice concibe la *forma* de la cosa *artefacta*. En cuanto, por último, cada criatura tiene un orden cualquiera, representa el *Espíritu Santo* como amor, porque una cosa no está subordinada á otra sino por la *voluntad* del que la ha criado. (*S. Thom. 1 part. quest. 44, art. 7*).

Á esto hacen referencia tambien las tres grandes palabras de la

santa Escritura : *número*, *peso* y *medida*, porque la *medida* indica la sustancia de la cosa, limitada por sus propios principios; el *número* su relacion á la especie, y el *peso* al órden.

Queda por tanto entendido que, segun santo Tomás, en las criaturas irracionales este emblema de la santísima Trinidad se encuentra solamente por modo de vestigio, *per modum vestigii*, como la huella de los pasos de Dios; y en las criaturas racionales es donde el sello de Dios trino y uno se encuentra por modo de imágen y semejanza, *per modum imaginis*, como reflejo del semblante de Dios, habiendo dicho el Profeta : *Signatum est super nos lumen vultus tui, Domine.* (Psalm. iv, 7).

Esta imágen no se encuentra en nosotros porque nuestra alma está unida á un cuerpo. En cuanto somos un compuesto de alma y cuerpo, esto mira á otros grandes misterios, que principalmente son : 1.º *El poder de Dios que mira á la hermosura y perfeccion del universo*; porque el hombre es como el anillo de las dos naturalezas, espiritual y corpórea. 2.º *La bondad y misericordia de Dios*: por lo que quiso que la criatura corpórea fuese participante de su bienaventuranza; lo que no era posible sino estando unida la naturaleza corpórea á la espiritual. Por esta misma razon Dios se hizo hombre, porque cuanto Dios ha criado se divide en espiritual y en corporal; y cabalmente en el hombre se unen como en un punto ó vértice estas dos grandes líneas ó séries, y así es que, en haciéndose Dios hombre, enaltece en el hombre todas sus obras ó criaturas, y las glorifica, glorificando su humanidad santísima, y las salva despues del pecado: de modo que haciéndose hombre despues del pecado, hace dos oficios especiales, el uno de Redentor, y el otro de Glorificador. 3.º (Estos dos últimos miran inmediatamente al hombre). *Por el aumento del mérito que el hombre puede contraer* por las aflicciones y mortificaciones del cuerpo en que vive el alma. 4.º *Por el mayor amor y servicio que el hombre presta á Dios*: porque tanto es mas grato á Dios el servicio que el hombre le tributa, cuanto es mayor la ocasion que el cuerpo le proporciona; ya para manifestar á Dios el amor que le tiene, ya tambien para excitar á los prójimos á amar á Dios con las palabras, obras, sufrimientos y buen ejemplo.

Fili, serva animam tuam, et da illi honorem secundum meritum suum. (*Eccli. x, 31*).

Finis est causa causarum, et optimum cujusque rei. (*Aristot.*).

Ego sum principium et finis. (*Apoc. i, 8*).

Finis semper est melior et dignior ordinatis in finem. (*Aristot.*).

Si hic (en el mundo) esset finis tuus, quid amplius haberes iumento? (*S. Aug.*).

(El pecador). Accepit in vano animam suam. (*Psalm.* II, 3).

Frustra vivit, vel omnino non vivit, dum non vivit ea vita propter quam, ut in ea viveret, accepit animam suam. (*S. Bern.*).

Ut quid terram occupat? (*Luc.* XIII, 7).

Universa propter semetipsum operatus est Dominus. (*Prov.* XVI, 4).

Ut agens, primum se ipsum, tamquam ultimum finem suorum operum intendit, ita eundem finem secundaria agentia spectant. (*S. Thom. contra gentes*).

Velis, et poteris... Ecce dum loquor, muta cor, et fiet tibi. (*S. August.*).

Si autem vis ad vitam ingredi, serva mandata. (*Matth.* XIX, 17).

Si vis perfectus esse, vade, vende, etc. (*Id. ibid.* 21).

Sive manducatis, sive bibitis, sive aliud quid facitis, omnia in gloriam Dei facite. (*I Cor.* X).

Ordinatione tua perseverat dies, quoniam omnia serviunt tibi. (*Psalm.* CXVIII).

Cuando el hombre no sirve á Dios, todos los elementos parecen resistirse al servicio que le prestan, y quieren acabar con él, que ofende á su Criador. (*S. Bonav.*).

Quid est quod debui ultra facere vineæ meæ, et non feci ei? (*Isai.* V, 4).

Omnia subiecisti sub pedibus ejus. (*Psalm.* VIII, 7).

Así como la preciosidad del sello é imagen se colige del objeto representado; así siendo el alma del hombre imagen de Dios, de Dios mismo se ha de colegir su dignidad y estimacion. (*Lonner*).

Las nueces, almendras y otras frutas de corteza no se aprecian por su corteza, sino por su meollo; así tambien el hombre no se ha de apreciar por el cuerpo, que es como su corteza, sino por el alma, que es como su meollo: las cáscaras sin meollo no son buenas sino para echar, así igualmente el cuerpo sin alma. (*Granada*).

Dios ha provisto á los animales de pico, dientes, uñas, etc., y al hombre Dios le ha dado inteligencia y poder. *Omnia possum in eo qui me confortat.* (San Pablo y san Juan Crisóstomo).

Anima magis est ubi amat, quam ubi animat.

Omnia si perdas, animam servare memento.

Salus animæ in sanctitate justitiæ, et melior est omni auro et argento.

Respecto del hombre, se han de inculcar con grande instancia tres cosas:

- 1.^a La nobleza y dignidad del hombre por su alma ;
- 2.^a En qué consiste su felicidad y perfeccion ;
- 3.^a Cómo se consigue esta perfeccion y felicidad.

Semejanza : Un reloj que siempre anda , que no adelanta ni atrasa , aunque sea sencillo , será mas apreciado que otro de oro , que no anda , ó anda mal . Se llama bueno un reloj por su buen andar y no por su metal ; un hombre se llama bueno no por su figura corporal , sino por sus obras .

Salvar el alma.

1. Decian las leyes romanas : *Salus populi suprema lex esto*. Y todos los Católicos debemos decir : *Salus animæ suprema lex esto*. Con esta ley , con esta regla en la mano debe el hombre medir y dirigir todos sus pensamientos , palabras , obras , negocios , etc. Á la manera de un albañil que todos los ladrillos que va poniendo en el muro ó en el suelo los va midiendo con su regla . *Aplicacion á...*

2. Primas apud nos curas salus , quæ summa est , sibi vindicet ; iam non plane prima , sed sola . (*San Euquerio*).

3. Quærite ergo primum regnum Dei , et iustitiam ejus , et hæc omnia adjicientur vobis . (*Matth.* vi , 33).

4. Exteriora cuncta pro corpore creasti , corpus pro anima , animam pro te , ut tibi soli vacaret . (*S. Aug.*).

5. ¿Qué diriais de un hombre que fuese mandado á la capital por un negocio de grande importancia , y solo se cuidase de comer , beber , teatros , bailes ? etc... *ita* el cristiano es enviado para que salve su alma , y si no lo hace...

Semejanza : El mundo es un mar , los hombres son los peces ¹ , el diablo es el pescador , las riquezas son la comida y cebo que les echa , el pecado es el anzuelo . — Así como los peces grandes ahuyentan á los pequeños con las alitas y abanico de la cola , y tal vez los devoran para quedar ellos solos y comer mejor el cebo ; así pasa en el mundo , los peces grandes , los ricazos persiguen á los pobrecitos con mil vejaciones é injusticias , y tal vez los derrocan ; para quedar ellos solos con mucho afan se tragan el anzuelo cubierto , y el diablo se los lleva á freir en los infiernos , como sucedió con el rico Epulon .

6. Anni nostri sicut aranea meditabuntur (*Psal.* lxxxix , 9) , esto es , serán considerados . Han pasado nuestros años como los de las arañas en meditar y en trabajar ; la araña se desentraña , y no

¹ *Homines quasi pisces maris.* (Habacuc , iii , 14).

medita otra cosa mas que trabajar su tela para coger moscas ; pero, ¿qué sucede? que va allá la criada, y con la escoba echa al suelo tela, araña y mosca, y con el pié la aplasta, ó echa al fuego. Así sucede á los hombres, dice san Jerónimo. (*Vide Tirino in Psalm.*).

7. Ad altiora natus sum, quam ut sim corporis mancipium mei. (*Seneca*).

Dios, luego de haber criado las cosas, las alabó ; pero al hombre no, porque no está perfecto como ellas que lo son por ser obras de Dios ; pero el hombre se hace perfecto por sus obras, y entonces, y no antes, le dirá Jesucristo : *Euge serve bone et fidelis*, etc. El cuerpo es el lastre de la nave ; es la caja de la joya. Es el criado de la señora. *Dominamini*, dijo Dios á Adán y Eva. Y á Cain le dijo : *Sub te erit appetitus ejus*. (Genes. iv, 7). Y Cornelio Alápide dice : *Honor animæ debitus, ut illa quasi Regina imperet corpori, et sensibus, quasi subditis, et ancillis*.

Domina est ratio, ancilla est sensualitas, quam terra sustinere non potest, cum sibi ipsi dominationem usurpat rationis. (*San Antonio de Padua*).

La lujuria es la señora del alma del sensual. (*Eccles. x, 7*):

La vanidad es la señora del alma del soberbio.

El interés es la señora del alma del avaro.

Semejanza : Si al entrar en una casa vemos á muchas mujeres que todas sirven á una, bien diremos que esta es la señora : hé aquí, pues, que todas las potencias y sentidos, y todas las cosas que tienen sirven á la pasión de... de... de...

Dice san Agustín : Dios crió al hombre para que conociera al sumo Bien ; conociéndolo, lo amara ; amándolo, lo poseyera ; y poseyéndolo, lo gozara eternamente.

No para poseer honras, riquezas y gozar deleites ; pues que todas estas cosas las puso bajo sus piés, y no sobre su cabeza, ni sobre su corazón.

Hemos de amar mas á nuestra alma que la salud y la hermosura. *Super salutem et speciem dilexi eam*. (Sap. vii, 10).

Mas que los honores y dignidades : *Præposui illam regnis et sedibus*. (Ibid. 8).

Mas que las riquezas é intereses : *Et divitias nihil esse duxi in comparatione illius*. (Ibid.).

Mas que el honor : Mejor, decia la casta Susana, mejor me es caer en vuestras manos, que no pecar á la vista y presencia del Señor. (*Dan. xiii, 23*).

En el infierno dicen los condenados : ¿Qué nos importa la soberbia de nuestra vida, ó qué nos aprovechó la gloria de nuestras riquezas? (*Sap. v, 8*).

¡Qué contraste con los del cielo! ¡Qué felicidad!...

No hay cosa deseable en esta vida que pueda compararse con la salvacion eterna. (*Prov. viii, 11*).

Tribuam tibi terram desiderabilem. (*Jerem. iiii, 19*).

Status omnium bonorum aggregatione perfectus.

El reino de los cielos padece fuerza, y lo arrebatan los que se violentan. (*Matth. xi, 12*). El pescado vivo sube contra la corriente; el muerto no sube, se lo lleva la corriente.

Qui in agone contendit, ab omnibus se abstinet. (*I Cor. ix, 25*). Y el cristiano ¿no querrá abstenerse de nada para alcanzar la corona de la gloria?

Él allá se forja su moral, pero Dios no está obligado á conformarse con sus sistemas. Sale perdido el infeliz mortal. *Est via quæ videtur homini justa : novissima autem ejus deducunt ad mortem*. (*Proverb. xiv, 12*).

Arcta via est, quæ ducit ad vitam. (*Matth. vii, 14*).

Quam angusta porta, et arcta via quæ ducit ad vitam, et pauci sunt qui inveniunt eam. (*Id.*).

Contendite intrare per angustam portam : quia multi, dico vobis, quærent intrare, et non poterunt. (*Luc. xiii, 23*).

Humana mens aquæ more circumclusa, ad superiora colligitur. (*S. Greg., Pastor. lib. 3, admon. 15*). El agua bombando, ó tirando, sube arriba, ó por medio de paredes se forma la acequia; de otra manera no sirve : así son los hombres : *Quasi aquæ dilabimur in terram*. (*II Reg. xiv, 14*).

Nullus est qui agat pœnitentiam super peccato suo. (*Jerem. viii, 6*).

Et nunc Antichristi multi facti sunt. (*Juan. ii, 18*).

Quos præscivit, et prædestinavit conformes fieri imaginis Filii sui. (*Rom. viii, 29*).

Toto corde universus Israel sequitur Absalom. (*II Reg. xv, 13*).

¿No sabéis que los inícuos no poseerán el reino de Dios? (*I Cor. vi, 9*).

Anima mea in manibus meis semper. (*Psalm. cxviii, 109*). Así como el que trae en las manos alguna cosa, no puede olvidarla, así hemos de tener nuestra alma para salvarla, y no olvidaremos la obligacion que tenemos de salvarla.

Spectaculum facti sumus mundo, et angelis et hominibus...

(I *Cor.* iv, 9). Este mundo es un gran teatro; los espectadores son Dios y los Ángeles: los actores los hombres buenos y malos. Y cada uno de nosotros ha de representar su papel. En un teatro no consiste el mérito del artista en representar el papel de rey, sino en representar bien el papel, aunque sea de lacayo; entonces se llevará los aplausos si representa bien el papel de rey, etc., si no lo hace bien lo silbarán. Aplicacion: En el teatro espiritual, poco importa que uno sea pobre ó rico, honrado ó humillado, sano ó enfermo. ¡Dichoso el que representa bien su papel!

Moisés decia á los de su pueblo: Custodite igitur sollicite animas vestras. (*Deut.* iv, 15). No estamos nosotros en menores peligros internos y externos, manifestos y ocultos. Nos vero in periculo æternitatis versamur. (*Tert.*). El que por un camino peligroso anda con mucho cuidado y bien armado y prevenido para defenderse, anda seguro. Esto es lo que debe hacer todo cristiano; cuidado, y armarse de virtudes...

El tiempo pasa, y es ya muy breve; la muerte toca á la puerta, y el Señor viene luego á juzgarnos. Ecce venio cito; tene quod habes, ut nemo accipiat coronam tuam. (*Apoc.* iii, 11).

Militia est vita hominis super terram. (*Job*, vii, 1).

Qui certat in agone, non coronatur nisi legitime certaverit. (II *Tim.* ii, 5).

Satagite ut per bona opera certam vestram vocationem, et electionem faciatis. (II *Petr.* i).

La diferencia que va del camino ancho al camino estrecho está, dice san Juan Crisóstomo, en que el que anda por el camino ancho, anda por doquiera, por un lado ú otro, ó por el medio; pero el que anda por un camino estrecho, va por donde le lleva el camino mismo. Sáquese la moralidad que encierra el camino estrecho.

Deum time, et mandata ejus observa; hoc est enim omnis homo. (*Eccles.* xii).

Omnes declinaverunt, simul inutiles facti sunt; non est qui faciat bonum; non est usque ad unum. (*Psal.* lxi).

Ecce nunc tempus acceptabile, ecce nunc dies salutis. (II *Cor.* vi).

Cum metu et tremore vestram salutem operamini. (*Philip.* ii).

Quo præstantior est causa, eo debet esse attentior cura. (*S. Ambrosius*).

Quid te pro salute tua facere oportet, quando pro te Christus in oratione pernoctat? Species tibi datur, forma præscribitur, quam debeas æmulari. (*S. Ambr.*).

Summa amentia est, ut cum diabolus animarum nostrarum perditioni tantopere invigilet, nos contra, pro nostra ipsorum salute non eandem adhibeamus diligentiam. (*S. Joan. Chrysost.*).

In vanum accipit animam, qui sola præsentia cogitat, et quæ sequuntur in perpetuum non attendit. (*S. Greg.*).

Pereat mundi lucrum, ne fiat animæ detrimentum. (*S. Euquer.*).

O insania ægroti! anima tua languet in peccatis usque ad mortem æternam, et non quæris médela. (*S. Bonav.*).

Custodi animam tuam, semel pro illa Christus mortuus est; si illam amiseris, non poteris habere Christum alium qui pro te moriatur, vel ejusdem Christi aliam mortem. (*Hugo à S. Vict.*).

Sequar te quocumque ieris. (*Matth. VIII, 19*).

Perfice gressus meos in semitis tuis. (*Psal. XVI, 5*).

De la indiferencia con que se mira el negocio de la salvacion, de la ignorancia en materias de Religion, y de la corrupcion de costumbres, proviene la incredulidad.

Cuando el hombre no vive bien, naturalmente le remuerde la conciencia, naturalmente teme. Ese remordimiento es independiente de la voluntad del hombre, y por mas que se esfuerce, no puede acallararlo.

Quien teme una grande calamidad, se esfuerza á ponerla en duda; y si puede, aun la quita de su memoria. *Puede que no sea cierto*, es la primera expresion que nos ocurre, quando queremos consolar á un amigo á quien ha sobrecogido la noticia de alguna grande desgracia. Y ¿por qué le decimos esto? Porque conocemos, que si logramos que suspenda el juicio acerca de la certeza del accidente funesto, que es la causa de su pena y afliccion, se suspenderá el efecto, esto es, la afliccion en que se halla.

No pocos usan para su propio daño y perjuicio de esta lógica, que con frecuencia empleamos en provecho ajeno.

Á imitacion del antiguo impio Lucrecio, esperan muchos pecadores acallar los remordimientos de su conciencia esforzándose á dudar de las verdades eternas: *No porque no las conozcán, sino porque no las quisieran* (dice san Agustin).

Si los preceptos evangélicos se limitasen á combatir tan solo los errores del entendimiento, tiempo hace que serian acatados y observados de todo el mundo; pero como al mismo tiempo se oponen á los impulsos desarreglados de la voluntad, estos producen la rebelión en la razon, y la lucha contra la doctrina evangélica. Esta lucha empezó allá en un principio, continúa en nuestros dias, y proseguirá hasta al fin del mundo.

Por esto dice Calatayud, que algunos son católicos del Credo, y herejes de los Mandamientos.

No tengais amistad con los deshonestos, decia san Pablo. (I Cor. v, 9).

EJEMPLOS.

1. Los mundanos piensan siempre en lo presente, y jamás en lo que ha de venir, que es la salvacion ó condenacion de su alma. Hallándose san Felipe Neri en Roma, y hablando un dia con un jóven de mucho talento, llamado Francisco Zazzora, que acababa una larga y lucida carrera literaria, le decia: Hijo mio, V. ahora ha terminado su carrera; luego hará V. una brillante fortuna, porque V. será un buen abogado; quizás mitrado, ó cardenal, ó tal vez papa, quién sabe... Estas cosas le iba diciendo en un tono natural, cuando al llegar aquí se le acercó al oido, y con mucho énfasis y reticencia le dijo: y *¿despues?*... y *¿despues?*... Al fin le dijo: Vaya V. por su casa, y medite bien ese *despues*. En efecto, el jóven meditó muy detenidamente ese *despues*, abandonó el mundo, y se entregó enteramente al negocio de la salvacion de su alma.

(*Aquí la aplicacion segun las circunstancias*).

2. El beato Egidio, religioso de san Francisco, con una aguda ironía corrigió á dos personajes algo divertidos y bastante olvidados de su salvacion. Estos dos personajes fueron, pues, á visitar al beato Egidio, y quedaron muy edificados de sus virtudes. Al despedirse le suplicaron ambos que les encomendase á Dios: á lo que respondió Egidio con mucha gracia: ¿Qué necesidad tienen VV. SS. de mis pobres oraciones, cuando VV. SS. pueden rogar mejor por sí mismos que yo; cuando VV. SS. tienen mas fe y mas esperanza que yo, virtudes necesarias para orar y alcanzar? Ellos replicaron: ¿Cómo es posible que se hallen mejor en nosotros esas virtudes, que en V. religioso?—Á lo que contestó: Yo se lo explicaré: VV. SS. que viven en medio de tantas riquezas, de tantos honores y de tantos placeres creen y esperan salvarse; y yo no obstante que vivo en tanta pobreza, en tanta mortificacion y penitencia, temo muchísimo el condenarme. Y con esta respuesta, que los confundió, anduvieron con mas cautela y temor, y se aplicaron al negocio de la salvacion de su alma.

(*Aplicacion...*

3. Hallábase moribunda en la cama santa María Magdalena de Pazzis, religiosa del Cármén, y moria como una santa, como habia vivido, pues que es un proverbio: *Talis vita, finis ita*; será la muerte

segun habrá sido la vida. Tenia el semblante tan alegre, un ánimo tan tranquilo y desahogaba su corazón con tantos afectos y jaculatorias á Jesús, que cuantos la miraban envidiaban su preciosa muerte. Hé aquí, sin embargo, que de improviso se pone triste y desfavorida, y dirigiéndose al confesor que tenia allá cerca, con voz trémula y palpitante le dice: *Padre... Padre... ¿me salvaré?*—Á lo que contestó el Padre: Sí, señora, no lo dude V. ¿Cómo puede V. dudar de su salvacion en la hora de la muerte, despues de haber llevado una vida tan inocente y penitente al mismo tiempo? Aquel buen Dios que durante la vida la ha enriquecido con tan singulares favores, es de esperar que en la muerte se la lleve á la patria del cielo.—Es verdad, dijo la Santa temblando, que el Señor me ha favorecido mucho en vida; es verdad, mas yo no por esto estoy segura; ¿qué le parece, Padre, me salvaré?...—¿Qué dirán á la vista de este ejemplo aquellas mujeres regalonas, voluntariosas, cuya vida ha sido una cadena de pecados, á quienes en la hora de la muerte Dios les pedirá cuenta no solo de sus pecados propios y personales, sino tambien de los pecados que han ocasionado con sus trajes indecentes, con sus coqueterías y otras cosas de que se ha valido Satanás para coger muchísimas almas para el infierno? ¿qué dirán en la hora de la muerte cuando verán tantas maldades, tantos pecados y ninguna penitencia? ¡Ah! las santas temen, ¡y las pecadoras no hacen caso!... ¿Que pensais, por ventura, que nunca vendrá la muerte? Sí, vendrá y muy pronto; y entonces ¿qué?...

(Pueden hacerse á propósito de esto muchas aplicaciones y explicaciones, segun el auditorio).

Ejemplo del mismo Jesucristo: ¿Qué hizo para salvar nuestras almas?... Venit... dare animam suam redemptionem pro multis. (Matth. xx, 28).

Ejemplo de san Pablo: ¿Qué hizo para salvar su alma y las de sus prójimos? En medio de todo decia: Castigo corpus meum, et in servitutem redigo, ne forte cum aliis prædicaverim, ipse reprobus efficiar. (I Cor. ix, 27).

Ejemplo de Dositeo que decia: Volo salvare animam meam. (Síniscal. pág. 48).

4. Otro ejemplo sacado del capítulo xii del Evangelio de san Lucas: Estando Jesús predicando, dijo: Estad alerta, y guardaos de toda avaricia; que no depende la vida del hombre de la abundancia de los bienes que él posee. Propúsoles en seguida esta semejanza: Un hombre rico tuvo una extraordinaria cosecha de frutos en su here-

dad, y discurría para consigo, diciendo : ¿Qué haré, que no tengo sitio capaz para encerrar mis granos? Al fin dijo: Haré esto, derribaré mis graneros, y construiré otros mayores, donde almacenaré todos mis productos y mis bienes, con lo que diré á mi alma : ¡Oh alma mía! ya tienes muchos bienes de repuesto para muchísimos años; descansa, come y bebe, y date buena vida. Pero al punto le dijo Dios : *Stulte* : ¡Insensato! esta misma noche han de exigir de-ti la entrega de tu alma, ¿de quién será cuanto has almacenado? Esto es lo que sucede, concluyó Jesucristo, al que alesora para sí, y no es rico á los ojos de Dios.

Aplicacion...

Cuántos hay que imiten á este...

Stulte... necio, tonto... te dice Dios.

Hac nocte... repentent à te, es una palabra de derecho que significa que tu alma no es tuya, sino que se te ha confiado como en depósito para que la guardes y la salves; y tú ¿qué has hecho?... *animam tuam*. ¡Ay! tú guardas tu dinero, tu honor... Y ¡tu alma!...

5. Francisco Javier, estudiante y despues profesor en la Universidad de París, estaba muy pegado á las cosas del mundo, y tenia muchas esperanzas de subir y valer en el mundo, fundadas en su nobleza, ingenio, letras y otras buenas prendas. San Ignacio le dijo aquellas palabras del santo Evangelio de san Mateo, xvi, 26 y 27: Porque, ¿de qué le sirve al hombre el ganar todo el mundo, si pierde su alma? Ó ¿con qué cambio podrá el hombre rescatarla, una vez perdida? Ello es que el Hijo del Hombre ha de venir revestido de la gloria de su Padre, acompañado de sus Ángeles, á juzgar á los hombres, y entonces dará el pago á cada cual conforme á sus obras. Estas palabras dichas por san Ignacio, y acompañadas de su buen ejemplo, le movieron tanto, que hizo los ejercicios espirituales que le dirigió san Ignacio. Hizo en ellos una confesion general de toda su vida; hizo grandes penitencias, y trocóse de manera en sus deseos, quereres é intentos, que él mismo despues no se conocia.

Aplicacion...

6. *Otro ejemplo*: En diferentes autores se lee que un secretario del rey de Francia llamado Francisco I se hallaba enfermo, y temia morir de aquella enfermedad. Discurriendo, pues, sobre su vida pasada y temiendo la cuenta que tendria que dar á Dios de lo poco que habia hecho para la salvacion de su alma, exclamó con los ojos bañados en lágrimas: ¡Ay, infeliz y desgraciado de mí!... Yo, durante mi vida, he hecho escribir cuatro mil resmas de papel por el

servicio de mi Rey, y no sé ni estoy seguro si he empleado una media hora por la salvacion de mi alma.

Aplicacion...

¿Habrá alguno entre vosotros semejante á este secretario? Á veces se hallan algunos que son muy vigilantes para los asuntos y negocios de sus señores, está bien ; pero tambien será bueno que no se olviden de su negocio, que es la salvacion de su propia alma, recordando aquel consejo que da el sábio Salomon en el libro de los Proverbios, ix, 12: *Si sapiens fueris, tibi metipsi eris*. Si fueres sábio, para tí mismo lo serás, aprovechándote de las luces y sabiduría que Dios te ha dado, aplicándola á tu propio bien.

¡Qué lástima ! tan solícitos para los otros, y tan descuidados para sí mismos!...

7. Otro ejemplo se puede sacar de la santa Escritura : el cristiano debe decir al mundo lo que dijo Jacob á Laban su suegro : Tú sabes cuáles han sido mis servicios para contigo. (*Genes. xxx, 26*). Dia y noche andaba tostado del calor y del hielo, y el sueño huía de mis ojos. (*Ibid. xxxi, 40*). De esta suerte por espacio de veinte años te he servido en tu casa. (*Ibid. 41*).

Es justo, pues, que algun dia mire yo tambien por mi casa (*Ibid. xxx, 30*), (que mire por mi alma).

Y sobre todo diciéndole el Señor : Vuélvete á la tierra de tus padres y á tu familia, que yo seré contigo. (*Ibid. xxxi, 3*).

Aplicacion : Laban es el mundo ; Jacob es el cristiano á quien Dios llama para que se aparte del mundo, y mire por la salvacion de su alma, ofreciéndole Dios su proteccion y auxilio.

ESQUELETO DEL SERMON I

DEL PECADO MORTAL.

Nullus est qui agat poenitentiam super peccato suo dicens: quid feci? (Jerem. viii, 6).

Ninguno hay que haga penitencia de su pecado, diciendo: ¿qué hice?

1. Los hombres huyen de todos los males, y no del pecado.

2. Y es porque no piensan lo que es el pecado mortal.

Por esto lo cometen tan fácilmente; por esto están días, semanas, meses y años en pecado.

Primera parte: Lo que es el pecado en si mismo.

3. Conocer el pecado: ¿qué es el pecado?

4. Es el atrevimiento de un hombre, es una maldad, una rebelion, una inobediencia contra Dios.

5. Ya no es de admirar que Dios lo castigue con penas...

6. Ya no extrañaréis el castigo de Datan, de los sodomitas.

7. Quien conoce su gravedad no lo comete, como José, la casta Susana. Y lo detesta tan pronto como lo conoce, como David, Pedro, primitivos cristianos, etc.

8. El apetito pide..., la razon responde..., el hombre dice: yo quiero... lo atropella todo... Todos los entendimientos juntos no conocen... porque es infinito el pecado mortal.

Segunda parte: Los males que causa el pecado son innumerables.

9. ¿Qué es un alma en gracia?... es...

10. Cuando peca mortalmente, pierde la gracia, las virtudes, los dones del Espíritu Santo; pierde la amistad de Dios... antes Dios la amaba, y ahora la aborrece.

11. Ya no es hija de Dios, sino del diablo; ya...

12. Sin embargo, ¿cómo viven los mas de los cristianos?

13. Dichosos niños. ¡Ojalá tuviérais por madre á la reina Blanca!

14. ¡Oh tierna juventud! cuidado, que os rodean peligros!...

15. Juventud robusta, ama y teme á Dios; huye como José...

16. Pecadores que os hallais oprimidos, temblad...

17. ¡Oh, si conociéramos y viéramos á un alma en pecado mortal! ¡qué horror! ¡qué espanto!

Si los pecadores se conocieran, se convertirian...

Deprecacion; arrepentimiento.

SERMON I

SOBRE EL PECADO MORTAL.

Nullus est qui agat pœnitentiam super peccato suo dicens : quid feci? (Jerem. viii, 6).

Ninguno hay que haga penitencia de su pecado, diciendo : ¿qué hice?

1. Tal es, cristianos, la causa por que, siendo el pecado mortal un mal mayor que todos los males del mundo, temen los hombres mas otros males que el pecado mortal. Vemos como huyen de un tigre, de un oso ó de un leon ; pero no vemos que huyan así del pecado mortal, que es una fiera sin comparacion mas terrible que los tigres, los osos y los leones. Vemos como procuran prevenirse contra la pobreza, las enfermedades y la muerte del cuerpo ; mas no vemos que procuren prevenirse así contra la pobreza, las enfermedades y la muerte del alma. Vemos cuánto se afligen y desconsuelan en la pérdida de sus intereses, de su estimacion y de su fama, que son bienes perecederos ; y no vemos que se aflijan y desconsuelen, cuando por el pecado mortal pierden la gracia santificante, que es un bien eterno. Todas las desgracias de esta vida causan sentimiento. Muchas hacen correr las lágrimas, y algunas llegan á quitar el apetito y el sueño, y tambien á privar de la salud y aun de la vida ; mas la horrorosa desgracia de caer en pecado mortal pocas veces causa semejantes sentimientos. Pero ¡qué digo! Se comete muchas veces con ansia, con alegría y hasta con algazara. Como por risa, dice el Espíritu Santo, comete el necio la maldad. *Quasi per risum stultus operatur scelus.*

2. Pues ¿de qué proviene, católicos, este trastorno de la razon del hombre, que le cause gran sentimiento lo que apenas nada vale, y casi ninguno lo que lo vale todo? ¿Sabeis de qué? De que no piensa lo que es el pecado mortal. De que no considera lo que hace cuando peca. *Nullus est qui agat pœnitentiam super peccato suo, dicens : quid feci?*

Siendo, pues, esta la causa por que se arrojan los hombres á cometer el pecado mortal, y se están sin salir de él los dias, los meses y aun los años, vengo determinado á manifestaros hoy sus horrores y sus terribles efectos. Mas claro : intento manifestaros lo que es el

pecado mortal en sí mismo ; y esta será la primera parte de mi discurso. Intento manifestaros los estragos que causa en el alma que le comete ; y esta será la segunda. Conociendo la enormidad del pecado mortal, no os determinaréis á cometerle por cuanto hay en el mundo, y conociendo los estragos que causa en el alma no podréis dejar de procurar salir de él al momento por una verdadera penitencia. Sí, cristianos. Quiero que conozcais bien el pecado mortal y los estragos que causa. Quiero que conozcais bien este mónstruo, á fin de que huyais de él horrorizados. Quiero que jamás cometais un pecado mortal, y que si, por la mayor desgracia que puede sucederos en esta vida, llegais á cometerle, salgais de él horrorizados ; conociendo vuestra enorme desgracia ; porque, como dice san Gregorio, no se infunde en el entendimiento la gracia de la compuncion, si no se le muestra primero la magnitud del pecado. *Compunctionis gratia menti non infunditur, nisi prius ei peccati magnitudo monstretur.* Mas para que yo predique con acierto, y vosotros me oigais con fruto, imploremos los auxilios de la divina gracia, poniendo por intercesora á la que fue concebida sin pecado: *Ave María.*

Nullus est...

Primera parte.

3. Para amar ó aborrecer las cosas es necesario conocerlas primero. Esto no admite duda. Procuremos nosotros conocer el pecado mortal, pues conociéndole, no podremos dejar de aborrecerle. Y no solo aborrecerle, sino temblar al querer cometerle. Porque ¿qué os parece, católicos, que es el pecado mortal? Si lo preguntais á san Agustin, os dirá: que es un dicho, un hecho, un pensamiento ó un deseo, no precisamente contra las leyes temporales de los hombres, sino contra la ley eterna de Dios ; y si haceis la misma pregunta á san Ambrosio, exclamará : que el pecado mortal es una transgresion arrogante de la voluntad del Altísimo.

4. Sí, cristianos. El pecado mortal es el atrevimiento de un hombre despreciable que atropella la ley de un Dios omnipotente. Es la maldad de una criatura que se huye de su Criador. Es la rebellion de un hijo perverso que declara la guerra á su buen Padre. Es, en fin, la inobediencia mas digna de castigo, puesto que consiste en que Dios manda, y el hombre no quiere hacer lo que Dios manda. Inobediencia la mas temeraria, y la mas injusta. La mas temeraria, porque contradice á una voluntad omnipotente ; y la mas in-

justa, porque atropella unos derechos soberanos. Todo lo debemos los hombres á Dios, y así para con Dios no debemos ser sino agradecimiento y obediencia. Como á nuestro Criador, le debemos el ser que tenemos: como á nuestro Conservador, la vida que vivimos: como á nuestro Dueño y Señor, todos nuestros servicios: como á nuestro Rey celestial, el mas humilde homenaje: como á nuestro Redentor, el mas tierno agradecimiento: como á Esposo de nuestra alma, el mas entrañable amor; y como á nuestro Padre amantísimo, la mas acendrada piedad, y el mas amoroso y profundo respeto. Pues bien ahora. Todos estos soberanos derechos atropella de un modo soberanamente injurioso el hombre que peca mortalmente. Rompe todos estos lazos sagrados, y se rebela contra el Amigo mas fiel, contra el Esposo mas amable, contra el Padre mas tierno, contra el Redentor mas generoso, contra su Dios.

¡Santos cielos! Si á tanto se determina el temerario pecador, ya no me admira que este Dios omnipotente entre á babérselas con tan despreciable criatura; que haga ostentacion de su poder contra la hoja que arrebata el viento, como dice asombrado el santo Job; y que persiga la paja seca, que son las semejanzas del miserable pecador. Ya no me admira, repito, que este Dios omnipotente, tan bajamente ultrajado, castigue con los tormentos eternos de un infierno la gravedad de un pecado mortal, y solo no puedo concebir cómo no sepulla en ellos al insolente pecador en el momento mismo en que peca mortalmente, como lo ejecutó con los ángeles rebeldes, sin darles tiempo, ni para cometer un segundo pecado, ni para arrepentirse del primero.

6. ¡Amados de mi alma! En vista de la gravedad del pecado mortal no es extraño que se abriese la tierra y se tragase vivos á un Datan y á un Abiron en el instante mismo en que cometian su delito, ni que el infame israelita acabase su torpe vida al golpe de un puñal que le atraviesa el corazon cuando se halla en los brazos de la des-envuelta madianita, que espira cosida con la tierra, del mismo golpe y con el mismo acero. No es extraño que cegasen los sodomitas cuando cercaban la casa de Lot para ultrajar á la naturaleza; que en vez de los hermosos rayos del sol que esperaban para ir á ejecutar su pésimo crimen, cayesen sobre ellos rayos de fuego, encendidos en el furor de la ira del Señor, que les consumiesen y redujesen á ceniza en un momento, y que cuando todos los hombres del mundo, exceptuando ocho personas, se hicieron criminales, todos los criminales pereciesen en un diluvio. Lo extraño, lo que seria increi-

ble si no se viera todos los dias, es, que el Señor no castigue al temerario pecador en el momento en que peca mortalmente, y que, teniéndole entre las manos de su justicia omnipotente, no le sepulte entonces mismo en los tormentos del infierno. Tal es la gravedad del pecado mortal: tanta es la maldad de esos pecados que vosotros cometéis sin temor, que continuáis cometiendo sin remordimiento, que multiplicáis sin espanto, y en los que permanecéis con una serenidad que á los ojos de la fe asombra á los cielos, estremece á la tierra, aflige á los justos, y obliga á la Iglesia á llorar y exclamar como en otro tiempo á un Profeta: Ví á los pecadores, y me consumía. *Vidi prævaricantes, et tabescebam.*

7. Es sin duda, cristianos, que cuantos llegasen á conocer bien toda la maldad que encierra el pecado mortal, si fuese antes de cometerle, nada habria en el mundo que pudiese determinar su voluntad á cometerle; y si fuese despues de cometido, juzgarian siglos los instantes que pasasen sin borrarle de su alma con la penitencia. ¿Quién pensais, sino, que obligó al castísimo jóven José á preferir la cárcel y las cadenas á cometer un pecado mortal, consintiendo con los deseos de su torpe dueña que le incitaba á cometerle? ¿Quién sino el horror al pecado mortal? ¿Y cómo puedo yo, la dijo, hacer este mal y pecar contra mi Dios? *Quomodo ergo possum hoc malum facere, et peccare in Deum meum?*

¿Quién obligó á la honestísima Susana á elegir antes la muerte que cometer un pecado mortal? Angustias me rodean por todas partes, dijo gimiendo al verse acometida de los dos viejos lujuriosos; porque si esto hiciere, muerte es para mí, y si no lo hiciere, no escaparé de vuestras manos; pero mejor me es, sin hacerlo, caer en vuestras manos que pecar en la presencia del Señor. *Sed melius est mihi absque opere incidere in manus vestras, quam peccare in conspectu Domini.* ¿Quién hizo que un David pecador detestase su pecado en el momento en que Natan le hizo presente su maldad? ¿Quién sino el horror que le causó el pecado mortal que habia cometido? Yo he pecado, dijo, ahogado de sentimiento. Yo he pecado contra el Señor. *Peccavi Domino.* ¿Quién hizo que un Pedro saliese llorando amargamente del pretorio de Pilato, luego que su divino Maestro le dirigió una mirada que iluminó su conciencia y le manifestó la maldad de su negacion? ¿Quién sino el horror de su delito? Salió del pretorio, dice el texto sagrado, y lloró amargamente. *Et egressus foras, flevit amare.* Y para decirlo de una vez, ¿quién sostuvo á los mártires en sus terribles y repetidos tormentos, y á los confesores,

las vírgenes, las casadas y las viudas en sus duras y largas penitencias? ¿Quién sino el horror al pecado mortal? ¿Á ese pecado, que separa al hombre de la amistad de su Dios, que le deshereda del cielo y le condena al infierno? Ellos creían, y así es verdad, que el infierno mismo era un mal menor que el pecado mortal; y así escribió Tertuliano, que era este un sentimiento y dicho comun entre los primeros cristianos: Queremos ser condenados, no solo á los mayores tormentos de esta vida, sino tambien á los eternos de la otra, antes que cometer un solo pecado mortal. ¡Qué horror! mis amados, pero no lo extrañéis. Penetraos bien de lo que es un pecado mortal, y sentiréis y hablaréis como ellos.

8. He dicho en el principio de mi sermón lo que es el pecado mortal; lo habeis oido; pero acaso no os habeis penetrado bastante de toda la maldad que encierra. Pues vedla aquí en dos palabras. Llega el apetito desordenado á la puerta del corazón del hombre, y le dice: dame satisfaccion. El hombre escucha, oye, atiende y se inclina á satisfacerle; pero aquí su razón sale al encuentro y le dice: no hagas eso. Mira que Dios lo prohíbe, y hacer la voluntad de Dios es primero que todo. No quieras hacer tu voluntad contra la voluntad de Dios. Detente. Espera... Sin embargo, el hombre atropella y dice, si no con sus palabras á lo menos con su porte: nadie se me oponga. Soy libre y quiero hacer mi gusto. ¡Mira, ingrato, repite la razón, mira que es la ley de Dios quien lo prohíbe! No importa, responde insolente. Póstrase la ley de Dios: yo quiero pasar por cima de ella para satisfacer mi apetito: póstrase su divina voluntad, yo quiero saltar por cima de ella para hacer mi voluntad, y en efecto salta; ¡puede darse mayor atrevimiento! ¡puede hacerse mayor ultraje á la voluntad de Dios!!! Pues ved aquí, católicos, lo que hace el hombre cuando peca mortalmente. Ved aquí lo que es el pecado mortal. Pero yo me equivoco, pues cuanto acabo de decir no es el pecado mortal; no es sino un débil bosquejo, una desmayada pintura, una sombra del pecado mortal; porque, estremeceos, cristianos, al oír la idea que me ocupa. Supongamos que se formase un entendimiento de todos los entendimientos que ha habido, hay y habrá en el mundo, sin exceptuar el de la Madre de Dios, ni el de su santísimo Hijo en cuanto hombre. Supongamos tambien que entrasen á componerle todos los entendimientos angélicos... pues vuelvo á decir ¡qué asombro! que el entendimiento, formado de todos estos entendimientos, aunque seria como inmenso, no seria bastante para conocer todo lo que es el pecado mortal. ¿Sabeis por qué? Por-

que el pecado mortal toca en lo infinito y se hace en cierto modo infinito. El hombre que peca mortalmente, ofende mortalmente á un Dios infinito, se opone á la voluntad de un Dios infinito, desprecia y ultraja la majestad de un Dios infinito, se hace en su maldad infinito; y así solo Dios, cuyo entendimiento es infinito, puede conocer todo lo que es el pecado mortal. En vista de esto, ya no extrañaréis, mis amados, que los primeros cristianos, que habian meditado tan detenidamente sobre la gravedad del pecado mortal, y se habian penetrado de su infinita maldad, quisiesen ser condenados, no solo á los mayores tormentos de esta vida, sino á los eternos de la otra antes que cometer un pecado mortal. Pero si el pecado mortal es de una gravedad como infinita en sí mismo, tambien los males que causa en el alma que le comete son como inmensos. Esto lo veréis en la segunda parte, si me continuais vuestra piadosa atencion.

Segunda parte.

9. Para conocer desde luego los males espantosos que el pecado mortal causa en el alma que le comete, representémonos primero el estado de un alma que está en la gracia de Dios, y despues el estado á que la reduce el pecado mortal. Porque, católicos, segun los principios de la fe, ¿qué viene á ser un alma que está en la gracia de Dios? ¡Ah! un alma en tan dichoso estado es la criatura mas hermosa, la mas amable y la mas preciosa del mundo. Es en la tierra la que mas se parece á las almas del cielo, es la que mas se asemeja á los Ángeles, y á la que mas aman los Ángeles, es la mas hermosa imágen de Dios que hay bajo del sol, y con la que en expresion de la sagrada Escritura tiene Dios sus delicias. Un alma en la gracia de Dios es una hija querida de Dios, y Dios es su querido Padre. Ella ama tiernamente á Dios, y Dios la ama tiernamente. Dios la mira con ojos cariñosos, y ella dirige á Dios sus cariñosas miradas. Un alma en la gracia de Dios es un hermoso miembro de la Iglesia, una heredera del cielo, un templo del Espíritu Santo... En una palabra, es un santuario á donde ha venido la santísima y beatísima Trinidad, y donde ha hecho su mansion. *Ad eum veniemos, et mansionem apud eum faciemus.*

10. ¡Mis amados! ¡Qué estado tan feliz el de un alma que está en la gracia de Dios! Nada, nada mas hermoso, nada mas feliz á los ojos de la fe. Pues ahora avivad vuestra atencion y vuestra fe para contemplar otro cuadro enteramente diverso. Suponed que esta alma tan hermosa y feliz, por la mayor desdicha que puede sucederla, come-

te un pecado mortal ; en el momento mismo en que esta alma tan preciosa en la tierra, tan amable para el cielo y tan querida de Dios le comete, pierde toda su gracia y hermosura, y se convierte en la mas fea y abominable á los ojos de Dios y de los Ángeles, porque pierde la gracia santificante, pierde las virtudes y dones del Espíritu Santo, pierde la amistad de Dios, pierde á Dios. ¡ Oh cristianos ! ¡ Y qué bien vendrían aquí los lamentos y las lágrimas del profeta Jeremías para lamentar y llorar la desdicha de esta alma ! Dios la amaba tiernamente, y ya la aborrece de muerte. Dios era para ella el Padre mas cariñoso, y ya es un Juez irritado contra ella. Los Ángeles la miraban con placer, y ya no pueden volver sus purísimos ojos á mirar un alma tan abominable. Era antes un templo del Espíritu Santo, y ya es, segun la expresion de la sagrada Escritura, una cueva de dragones. En ella habitaba la beatísima Trinidad, y ya habita el tirano mas cruel, habita Lucifer. Este príncipe del infierno ha entrado en ella con el pecado y ha sentado en ella su horrible trono. *Et ingressus habitat ibi.*

11. ¡ Alma indeciblemente desdichada y digna de lágrimas de sangre ! Desde el momento en que se cubrió con el horrible manto del pecado mortal, ya no se descubre allí la hija de Dios, sino la hija del diablo. Ya esta infeliz criatura no pertenece al número de los justos, sino al de los criminales. Su nombre no está ya escrito en el libro celestial, sino en el libro terreno. Ya fue tachada en el libro de la vida, y apuntada en el libro de la muerte. Por su delito esta alma renunció la herencia del cielo y eligió la del infierno. Se huyó vilmente de Dios, y se pasó á su enemigo el demonio. Dejó la compañía de los escogidos, y se incorporó con la de los réprobos. Renunció la sociedad de los bienaventurados, y escogió la de los condenados... Con su delito arrojó y pisó la sangre de Jesucristo, despreció su valor infinito, ultrajó al Hijo de la Virgen en el camino del Calvario, y volvió á crucificarle de nuevo, dice san Pablo. ¿ Qué mas diré ? ¡ Diré que esta alma desdichada, desde que cometió el pecado mortal, principió á dar pasos acelerados para el infierno ! ¡ Diré que no dejará su funesto camino hasta sepultarse en sus calabozos eternos ! ¡ Diré que este es ya su espantoso destino y su horrible paradero, si la misericordia infinita del Señor no la sale al encuentro, la detiene, la toma por la mano y la saca de aquella vereda infernal ! ¡ Qué horror !!! ¡ Qué desdicha !!! ¡ Oh !!! su mal es como inmenso. Pero acaso pensaréis que exagero. ¡ Oh cristianos ! si así juzgais, permitidme que os diga que ignorais las primeras verdades de la religion que profesais.

Habeis oido en la primera parte de mi discurso que el pecado mortal es en sí mismo un mal casi infinito; y acabais de oir en la segunda que los estragos y males que causa en el alma que le comete, son como inmensos, que es lo que me propuse haceros ver en la segunda.

12. ¿Y cómo, pregunto yo ahora, cómo componer con estas verdades terribles el porte de un gran número, por no decir de la mayor parte de los cristianos? ¿Creen estos que el pecado mortal es el mayor mal del mundo, ó para decirlo mejor, el único mal del mundo? Y si lo creen, ¿cómo es ese abandono de vida? Y si no lo creen, ¿dónde está su fe? ¡Amados de mi alma! ¡Quién no tiembla al cometer un solo pecado mortal! ¡Quién no se estremece á solo el peligro de cometerle! ¡Dios piadoso! ¡Dios querido! ¡Padre amado! Vengan sobre mí todos los males del mundo. Venga el fuego, la cruz, las bestias, el quebrantamiento de huesos, la separacion de miembros, la destruccion de todo el cuerpo y todos los tormentos del diablo antes que yo peque, y con tal que posea á Jesucristo, como decia el gran mártir san Ignacio. *Ignis, cruz, bestiae, confractio ossium, membrorum divisio, et totius corporis contritio et tota tormenta diaboli in me veniant, tantum ut Christo fruatur.*

13. ¡Oh vosotros, niñez amable, á quienes la falta de conocimiento no ha permitido todavía que podais perder la gracia del Bautismo! ¡Qué dichosos sois! ¡Y cuánto mas lo seréis, si creciendo á la sombra de unos padres virtuosos, ellos os enseñan y vosotros aprendeis á perder todas las cosas antes que perder esa joya incomparable, esa preciosa margarita del Evangelio, la gracia del Bautismo! ¡Y cuán felices, si sabeis morir por conservarla! ¡Oh encantadora niñez! ¡Quién pudiera daros por padre á un Tobías, que os dijera como este verdadero israelita á su numerosa descendencia: Servid, hijos míos, al Señor en verdad, y aprended á hacer lo que le agrada. *Servite Domino in veritate, et inquirete ut faciatis quæ placita sunt illi.* ¡Quién pudiera daros por madre á una Blanca, que os repitiera tan continuamente como esta piadosísima española á su hijo san Luis, rey de Francia: Hijo mio, le decia, aunque os amo con la mayor ternura, quisiera mas veros muerto, que ver manchada vuestra alma con un pecado mortal! *Mallet mortem, quam fædilitatem animæ vestræ.*

14. ¡Oh tierna juventud, cuyos albores están rodeados de tan malignos vapores y espesas sombras, y cuya brillante aurora corre tantos peligros de oscurecerse! Nada temas tanto como perder ese felicísimo estado de la gracia bautismal que aun conservas, porque si

llegas á perderla, ¡ay de tí! ó no volverás á recobrarla, ó será á costa de amargas lágrimas y de duras penitencias. Por estas pruebas tuvieron que pasar los Davides, los Pedros y los Agustinos; las Magdalenas, las Pelagias y las Egipcíacas, y todas las almas penitentes.

15. Y tú, juventud robusta, ¡cuánto temo el abuso de tu robustez! Ama y teme á Dios. Cumple su santísima ley, guarda sus mandamientos, y emplea esa robustez, que te ha concedido el Señor, en defenderlos. Si tu edad, tu situación ó tus circunstancias te expusiesen á la dura prueba de perder tu pureza y con ella la gracia y amistad de Dios, huye como otro José, dejando la capa en las manos de la tentación, y clamando: ¡Cómo puedo yo hacer esto y pecar contra mi Dios! *Quomodo possum hoc facere, et peccare in Deum meum!*

16. Pecadores que me escuchais. Vosotros los que os hallais oprimidos bajo el terrible peso del pecado mortal y abismados en las sombras de su horrenda muerte, temblad al considerar vuestro espantoso y lastimoso estado. Temblad y no dejéis de temblar hasta haber salido de él. Considerad que vuestra alma en ese estado, aunque parece que vive, está muerta, como os lo dice san Pablo. *Vivens, mortua est*. Sí, desdichados pecadores. En ese cuerpo, que ostenta tanta vida, está muerta vuestra alma; y podría fijarse en vuestra frente el triste epitafio de Séneca, que decia: En este cuerpo tan robusto está muerta y sepultada un alma infeliz. Sí, cristianos, infeliz, infelicísima porque está aborrecida de Dios, y tambien del cielo y de la tierra, de los Ángeles y de los hombres, y de todas las criaturas; porque todas las criaturas aborrecen al que injuria á su Creador. El Señor se ha retirado de ella ofendido y ultrajado, la aborrece de muerte, y está preparando las saetas de su terrible justicia para bañarlas en su sangre, si no las embota su penitencia. ¡Infelices pecadores! ¡En qué estado tan deplorable no se encuentra vuestra preciosa alma! Yo quisiera infundir en vuestro entendimiento todo el conocimiento que pide tan lastimoso estado, y en vuestra voluntad todo el aborrecimiento que merece, y no sé cómo. Os veo sepultados en él sin temor, sin sentimiento, si ya no es con placer y alegría, y yo me aflijo y consumo. Os veo permanecer en él dias, meses y acaso años sin horror y aun sin cuidado, y yo me estremezco. Veo esta desgracia tan digna de lágrimas de sangre, y aunque soy de un corazon poco sensible, no puedo dejar de llorarla.

17. ¡Gran Dios! Si en este momento os dignáseis poner á nuestra vista un alma en pecado mortal, ¡cuál seria nuestro espanto al verla! Caerian como en desmayo nuestros brazos, segun la temerosa

pintura que nos hace el profeta Ezequiel de un alma en pecado mortal. Nos poseería el horror y nos cubriría la confusión. *Et in omni facie confusio*. ¡Ojalá, Dios piadoso, que bajase ahora mismo un rayo de esa inmensa luz en que habitais, y penetrando hasta lo mas escondido de las conciencias de los pecadores que me oyen, les manifestase el lastimoso y horroroso estado de su alma! ¡Ah! ellos no podrian permanecer en él ni un solo momento. Sus ojos serian dos fuentes de lágrimas, gemirian y clamarian al cielo, pidiendo que sacase su alma de tan horrible estado, y sus gemidos y sus clamores penitentes llegarían al trono de vuestra infinita misericordia, y vuestra infinita misericordia sacaría sus almas de tan lastimoso estado y las volvería á vuestra amistad y vuestra gracia. ¡Qué dicha, Señor, para estas almas pecadoras! ¡Qué alegría para las almas justas! ¡Qué consuelo para el ministro de vuestro Evangelio eterno! ¡Qué honor para vuestra divina palabra! ¡Qué gloria para Vos, Dios piadoso, que no quereis la muerte del pecador, sino que se convierta y viva! ¡Qué alegría para todo el cielo, donde hay mayor gozo por un pecador que hace penitencia, que por noventa y nueve justos que no la necesitan! ¡Ojalá, Dios amable, Padre tierno y cariñoso, que el rayo de luz que bajase de vuestro brillante trono manifestase tambien á los justos que me escuchan el dichosísimo estado de sus almas! Esto sería para ellos un cielo anticipado, les infundiría un valor incomparable, y ya nada habria en el mundo que fuese capaz de hacerles caer de tan dichoso estado. Así el conocimiento del pecado mortal y de sus terribles consecuencias haría que los justos perseverasen en gracia y los pecadores la adquiriesen por la penitencia, para merecer entrar unos y otros en el reino de los cielos que á todos os deseo. *Amen*.

ESQUELETO DEL SERMON II

DEL PECADO MORTAL.

Cum videritis abominationem desolationis in loco sancto... erit enim tunc tribulatio magna. (Matth. xxiv, 13, 21).

Cuando viéreis la abominacion de la desolacion en el lugar santo... entonces será la gran tribulacion.

1. Esto es el pecado... lo que dijo Jesucristo de Jerusalem es una pintura. Los santos Padres dicen que el pecado es semilla de Satanás : es una privacion de :... Execrable preferencia ; robo ; crucifixion de Jesucristo ; es el solo único mal.

2. Para comprender algun tanto la abominacion del pecado, pensad quién es Dios, Padre y Señor, el ofendido.

Punto primero : El pecador desprecia á Dios.

3. Los Libros santos dicen que el pecado es un desprecio de Dios.

4. Grandeza del Dios despreciado, y vileza del hombre.

5. Los pecadores imitan á Pilatos ; posponen á Jesús al Barabás.

6. ¿Por qué cosa ofenden á Dios? por una nonada.

7. Ofenden á Dios en su misma presencia.

Punto segundo : El pecador es ingrato á su Padre.

8. Lo que ha hecho Dios en el orden de la naturaleza, gracia y gloria para el hombre.

9. Ha criado el universo, lo conserva, y para nosotros...

10. En el orden de la gracia ¡ay!... Redencion, vocacion...

11. En el orden de la gloria ¡ay! El mismo por paga.

12. ¡Con qué ingratitud no se ha correspondido!...

13. Cabalmente de sus amigos, de sus mismos hijos!...

Punto tercero : El pecador es rebelde á su Señor.

14. Dios es el único Señor ; los que se rebelan sienten el peso de su castigo ; v. g. el ángel, el hombre, todos...

Y sin embargo dice el pecador : *Non serviam*. Obedeceis á las autoridades... Quereis que los hijos os obedezcan.

15. Los pecadores imitan á Absalon y á los judíos.
 16. El pecador es el verdugo de Jesucristo, y sus sentidos y potencias son la cruz y clavos de que se sirve.
 17. Epílogo... ¿Con qué el pecado no es nada? Castigos...
 18. ¿Con qué el pecado no es nada? Castigos...
 19. ¿Con qué el pecado no es nada? Satisfacción de Jesucristo.
 20. ¿Con qué el pecado no es nada? Cómo lo han combatido y llorado los Santos.
 21. Mejor haríais en arrepentiros, que en disculparos.
 22. Decid : *peccavi* contra un Padre...
 23. Decid : *peccavi* contra un Señor...
- Arrepentimiento y acto de contrición.
-

SERMON II

SOBRE EL PECADO MORTAL.

Cum videritis abominationem desolationis in loco sancto... erit enim tunc tribulatio magna. (Matth. xxiv, 15, 21).

Cuando viéreis la abominacion de la desolacion en el lugar santo... entonces será la gran tribulacion.

1. Cristianos, ¿qué es esta abominacion del lugar santo á que se debe seguir la mas terrible venganza del Señor y la mayor tribulacion que hubo jamás? ¡Ah! es el pecado. En efecto, no hay cosa mas horrible ni mas abominable que el pecado en una alma criada por Dios á su imágen, formada por sus divinas manos, redimida con su sangre, consagrada por su presencia y mil veces santificada por su gracia, en un alma destinada á ser el templo, el trono y el santuario del mismo Dios. ¿Qué abominacion mas monstruosa que el pecado? Pero ¿qué desolacion mas funesta y terrible que la que causa el contagio del pecado en el alma culpable? No, hermanos mios, todas las espantosas calamidades que anuncia nuestro divino Salvador á los judíos ingratos y pérfidos, todos los terribles castigos que desolaron á la infiel Jerusalem, no fueron otra cosa que una débil pintura de las desgracias de una alma manchada y corrompida por el pecado. De ahí proviene que los Santos que juzgaron siempre del pecado por los ojos de la fe, no hallaron nunca términos bastante enérgicos para expresar todo el horror de él. Unos dicen que el pecado es una semilla maldita de Satanás que nos transforma en otros tantos demonios: así habla san Ignacio mártir. Otros aseguran que el pecado mortal en una alma cristiana es una privacion de hermosura, de vida, de mérito y de razon, y como un trastorno general de todo el hombre: esto dice san Agustin. Tertuliano sienta que es una execrable preferencia del demonio á la majestad soberana del Criador: san Anselmo no tiene dificultad en decir que es un robo sacrílego del cetro y de la corona del mismo Dios: san Pablo nos dice en términos formales que es una nueva crucifixion de Jesucristo: en fin todos convienen en que el pecado mortal es la extincion entera de la gracia, la muerte del alma, la corrupcion de la naturaleza humana, el oprobio de los Ángeles, el horror del cie-

lo, la desolacion de toda la tierra, un mal infinito, el solo y único mal, la fuente de todos los males del mundo, y por decirlo en dos palabras el sumo mal de Dios, el sumo mal del hombre, una abominacion y una desolacion juntamente: *Cum videritis abominationem desolationis in loco sancto, erit tunc tribulatio magna*. Es una abominacion á los ojos de Dios por la infinita injuria que le hace y por la guerra abierta que le declara; esto es lo que me propongo demostraros en este discurso. Ved, pues, lo que es el pecado que tan poco temeis y que es lo único que deberiais temer en la vida. No por eso intento borrarle y extinguirle enteramente entre vosotros; sé que los Profetas no pudieron jamás abatir este mónstruo con la fuerza de su celestial elocuencia: que los Apóstoles no pudieron destruirle con su ferviente celo: que los Mártires no pudieron jamás con él derramando sangre: que Jesucristo no le exterminó totalmente con la virtud de su cruz; y que Dios mismo con ser omnipotente no le ha aniquilado en seis mil años con las gracias de su Religion, la virtud de sus Sacramentos, sus terribles amenazas y la santidad de sus milagros. En una palabra, sé que por mas que sea mi celo en clamar contra el pecado, siempre habrá pecadores entre vosotros. Pero aun cuando no os moviera mas que á llorar y detestar los que habeis cometido, y preservaros de los que esteis tentados de cometer; digo mas, aun cuando no os hiciese evitar sino un solo pecado en el discurso de vuestra vida; ¿no seria abundantemente recompensado de todos mis afanes y fatigas? Á Vos, Espíritu divino, os pedimos esta gracia poniendo por intercesora á la Inmaculada Virgen María, á quien decimos con el Ángel: *Ave Maria*.

2. Para comprender bien todo el horror y abominacion que encierra el pecado con respecto á Dios, pensad primeramente, hermanos, que es Dios: *cogita Deum*; que es Padre, y Padre infinitamente benéfico: *cogita Patrem*; y que es Señor y Legislador: *cogita Dominum*. Bajo estos tres diferentes respectos nos dice san Bernardo que debemos considerar la enormidad del pecado, y bajo esos mismos se hacen los pecadores infinitamente culpables delante de Dios cuando en lugar de amarle, servirle y permanecer eternamente unidos á él por la caridad, le ofenden, le ultrajan y se separan de él por el pecado. Examinemos los tres pensamientos del santo Doctor, y ellos nos darán á conocer perfectamente toda la injusticia y abominacion del hombre pecador. En primer lugar este es tan abominable é injusto, porque prefiere á la inesfable hermosura de su Creador una criatura vil y despreciable: en segundo, porque niega á la

bondad de su Padre el amor y la gratitud que le debe por sus continuos y multiplicados beneficios; y en tercero, porque se sustrae del soberano dominio de su Señor y le disputa la légitima obediencia que le es debida : *cogita Deum, cogita Patrem, cogita Dominum*: tres caractéres horribles del pecado que hacen al pecador tan criminal y abominable delante del Señor, y que formarán las tres partes de mi discurso : carácter de desprecio á su Dios, carácter de ingratitud á su Padre, carácter de rebelion y atentado contra su soberano Señor. Prestadme atencion, porque sin ir á buscar muy léjos los preservativos del pecado podemos sacar la medicina del mal mismo: bástame para infundiros un justo horror al pecado descubriros bien la índole de él.

Punto primero.

3. Digo, pues, en primer lugar que el pecado mortal encierra un horrible desprecio de la Divinidad, y bajo este carácter odioso nos le pinta el Señor en muchos lugares de la Escritura. Vemos en el libro I de los Reyes que los pecadores son mirados como unos hombres infames, porque despreciaron la suprema majestad del Omnipotente : *Qui contemnunt me, erunt ignobiles* ¹. Dios mismo, hablando por boca de Isaías, no se contenta con decir que le han desobedecido sus hijos, que le han abandonado y se han rebelado contra él, sino que añade en términos mucho mas enérgicos que ha sido despreciado del modo mas indigno. *Filios enutriví et exaltavi*, dice el Señor : Crié hijos y les eduqué con mucho cuidado y ternura : *ipsi autem spreverunt me*, mas ellos ingratos é insensibles me despreciaron ². Aquí teneis, pues, expresada en los sagrados Libros la gravedad del pecado por el término desprecio, y no sin fundamento, porque como dicen los teólogos, nadie puede pecar sino desviándose de Dios por convertirse á la criatura : *Aversio à Deo conversio ad creaturam*. Pues esta aversion, este disgusto, este desvío de Dios y esta aficion desordenada á la criatura, dice santo Tomás, contiene un desprecio infinito de la Divinidad.

4. Pero si quereis conocer todavía mejor toda la indignidad del pecado y todo el desprecio que hace de nuestro adorable Dios, juzgad por la asombrosa oposicion y la desproporcion infinita que hay entre la grandeza del Señor y la bajeza del hombre. ¿Qué es Dios? ¿Qué es el hombre? ¿Qué es Dios que es ofendido por el hombre?

¹ I Reg. II, 30. — ² Isai. I, 2.

¿Y qué es el hombre que ofende á Dios? Cristianos, Dios es tan grande y el hombre es tan poca cosa, que san Pablo se admiraba de que Dios quisiese llamarse nuestro Dios y no se confundiese de que le diéramos semejante nombre : *Non confunditur vocari Deus eorum* ¹. Dios es un ser soberano é independiente que lo encierra todo en sí y no necesita de nada : un ser eterno, inmutable, infinito, el Rey de todos los siglos, que como dice el mismo Apóstol tiene en sus manos las llaves de la vida y de la muerte y posee la inmortalidad. El hombre por el contrario es una ruin criatura, un vil esclavo que no tiene nada de suyo, una débil caña que el menor viento derriba, un leve vapor que se desvanece y disipa cási tan pronto como aparece. ¿Qué es Dios? ¿Qué es el hombre? Dios es la misma ciencia y sabiduría : todo está patente y manifiesto á sus ojos : conoce hasta los mas recónditos pensamientos dél hombre; por el contrario este está lleno de miseria, de tinieblas, de dudas, de error, de ilusion y de ignorancia. Dios es el señor absoluto de todo el universo : lo puede todo y no hay nada capaz de resistirle : con una sola mirada, dice la Escritura, puede conmover la tierra, hacer desaparecer de su vista los montes y collados, aniquilar á todos los hombres, trastornar el mundo entero, sin que ninguna criatura se atreva á contradecirle; al contrario el hombre no puede nada, no es bueno ni á propósito para nada : no es mas que un gusano de la tierra, un poco de polvo y ceniza : es tan débil é impotente, dice el Evangelio, que no puede volver blanco ó negro ni un solo cabello de su cabeza. Sin embargo este gusano, este vil polvo, esta flaca é indigna criatura, que por sí no es nada ni puede nada, este hombre tan pequeño, vil y despreciable se atreve á ofender é insultar al Dios de majestad y de gloria, al Dios infinitamente grande, santo, sábio; poderoso, temible y amable, á un Dios que por la excelencia de su ser, por sus infinitas perfecciones y por los derechos que tiene sobre todas las criaturas, merece ser amado, servido, temido y adorado de todo el universo. ¡Oh inaudita ceguedad del hombre! ¡Oh locura sin ejemplo! ¿Cómo un poco de polvo y ceniza es osado á ultrajar y despreciar á aquel ante quien tiemblan el cielo y la tierra, el único digno de todos los respetos y adoraciones de los Ángeles y los hombres? Este desprecio es tanto mas injurioso á la Majestad divina, cuanto que preferimos á ella los objetos mas viles y las mas despreciables criaturas. ¡Ah! comprended, cristianos, si podeis, toda la

¹ Hebr. xi, 16.

indignidad de esta injusta y criminal preferencia, que consiste en que hallándoos necesitados de abandonar vuestro deleite ó perder la gracia de Dios, quereis mas perder la gracia de Dios que abandonar el criminal deleite á que os impele vuestra pasion. Consiste en que haceis mas caso de un vano honor, de un placer insipido, del goce de un bien criado que de la voluntad de vuestro Dios y el deseo de glorificarle y agradarle. Consiste en que abandonais el servicio de vuestro verdadero Rey y legítimo Soberano por someteros á la tiranía del demonio vuestro mas cruel enemigo. Consiste en fin, como dice el profeta Oseas, en que poniendo por decirlo así en la misma balanza al Criador con la criatura, mostrais sensiblemente, al pecar, que la criatura y el pecado son objetos mas caros y estimables para vosotros que el mismo Dios. Bien sé que desaprobais estos horrendos principios en la especulativa; pero no por eso es menos cierto que los seguís en la práctica, siendo por lo tanto mas criminales. Ahora pregunto yo: ¿ha habido jamás una insensatez mas monstruosa y un desprecio mas injurioso de la Divinidad?

5. Os indignais, cristianos, siempre que en la triste historia de la Pasion de Jesucristo oís que Pilato compara á nuestro divino Salvador con el insigne ladron Barrabás; pero sobre todo cuando oís gritar á los judíos que sea crucificado Jesús y perdonado Barrabás: *Non hunc, sed Barabbam*¹; entonces no sois dueños de vosotros y os dejais arrebatado de la mas justa ira contra aquel pueblo insensato. ¡Ah! pecador, detente, suspende tu cólera ó mas bien vuelve contra tí mismo tu indignacion, porque siempre que pecas cometes el mismo atentado y renuevas la misma preferencia, aunque es tan atroz, en favor de la criatura y con desprecio de tu Dios y Criador. Oye, oye cómo se queja el Señor amargamente por su Profeta: ¿Á qué objeto no me habeis sacrificado, siendo yo vuestro Dios, vuestro único amparo, vuestro solo refugio? Me habeis sacrificado á una vana satisfaccion que pasa, á un nuevo placer que os divierte, á un falso brillo que os deslumbra, á una fantasma de honor que se burla de vosotros, á la pasion que os arrebató, al ídolo que os encanta, al objeto que os embelesa, á las riquezas que os pierden. ¿Á quién me habeis comparado, pecadores? ¿Á quién me habeis igualado? dice el Santo de los Santos: *Cui assimilastis me et adæquastis? dicit Sanctus*². Considerad todas las naciones de la tierra: delante de mí no son sino como una gota de agua que cae de un cubo, ó como un

¹ Joan. XVIII, 40. — ² Isai. XL, 25.

átomo de polvo que se lleva el menor viento, ó mas bien como si no fueran. Levantad los ojos arriba, dice el Señor, y considerad que yo he criado los cielos, que hago girar en un tan gran orden esa muchedumbre sin número de estrellas, y las llamo todas por su nombre sin que falte nada á su armonía. Consideraos á vosotros mismos que sois la obra maestra de mis manos: tended la vista, si quereis, por todas las demás obras magníficas esparcidas en el universo, y ved cuál es mi grandeza, mi virtud, mi majestad y mi poderío. Sin embargo ¿á quién me has comparado é igualado, hombre temerario? *Cui assimilastis me?* Ó mas bien, hombre ciego é insensato, ¿qué objeto no me has preferido? ¡Ah! aun cuando fuera el imperio del mundo entero, ¿no habríais hecho un horrible desprecio de mi Majestad infinita?

6. Mas la grandeza del precio disminuiría en cierto modo la enormidad del crimen ó á lo menos le haría mas disculpable á mis ojos; pero ofender á tu Dios, abandonar á tu Criador y Padre, conculcar las leyes de tu Soberano, rasgar y borrar en tí su imágen, desechar con desprecio todos los dones de su gracia por un puñado de cebada y un pedazo de pan, *propter pugillum hordei et fragmen panis*¹, es decir, por un placer vil y torpe que dura un instante, por contentar una indigna pasión, por no disgustar á una vil criatura, por el humo del honor, por un interés despreciable, por una cosa de ninguna transcendencia, por una friolera, una nada, *propter pugillum hordei et fragmen panis!* Cielos, asombraos, llorad, puertas del cielo, y no os consoleis, dice el profeta Jeremías, á vista de la espantosa malicia de los hombres y de la ceguedad horrible de los pecadores. Estos ciegos, estos desgraciados han cometido dos delitos que casi no merecen perdon: han abandonado á su Dios, á su Soberano, á su Señor por aficionarse á la nada; han dejado el Océano de todos los bienes por sumergirse en un abismo de males, una fuente de agua viva por correr tras de aguas muertas mas capaces de envenenarlos que de apagar su sed, en una palabra al que es el conjunto de todas las perfecciones por sujetarse á una vil criatura que no tiene otro patrimonio que la nada y la miseria: *Obstupescite, cæli, super hoc, et portæ ejus desolamini vehementer*². Gran Dios, ¿qué hallan en Vos esos pecadores que los obliga á despreciaros así? ¿No sois el Dios de majestad á quien se debe todo honor, toda alabanza, toda bendición, toda respeto y homenaje? ¿No sois

¹ Ezech. XIII, 19. — ² Jerem. II, 14.

Vos la soberana potenciá que por solo su mandato hace todo lo que quiere, la suprema hermosura que con sus maravillosos atractivos arrebató el cielo, la bondad, la sabiduría, la santidad, la justicia y la perfección misma en quien no hay ningún defecto? Pues ¿qué razón pueden tener de despreciaros y de hacer menos caso de Vos que de la mas ruin criatura?

7. Pero lo que llena la medida del horrible desprecio que contiene el pecado con respecto á Dios, es que todos estos desórdenes pasan en su misma presencia. ¡Qué afrenta tan indigna! ¡Qué atroz desprecio de la Majestad divina! En efecto buscad, pecadores, como dice san Agustín, buscad un lugar donde no os vea Dios, y peccad allí si le encontrais: *Si peccare vis, quære ubi non te videat Deus, ac fac quod vis*. Pero en vano le buscariais, dice el Profeta, porque por mas cuidado que tengais de ocultaros de su vista, os es imposible evitar sus miradas y sustraeros de su luz infinita que todo lo penetra, todo lo alumbra, y se deja ver hasta en las mas densas tinieblas. Ese Ser adorable, eterno, inmenso, infinito, ¿no está siempre cerca de nosotros en cualquier parte que nos hallemos, como dice san Pablo? *Quamvis non longe sit ab unoquoque nostrum*¹. Mas digo; ¿no está en cierto modo mas dentro de nosotros que nosotros mismos? ¿No vivimos, nos movemos y somos en él? ¿Pensais en esto, pecadores, cuando teneis la audacia y temeridad de ofenderle? Á su vista, ante sus ojos que siempre están abiertos para miraros, entre sus brazos, en el seno mismo de su adorable providencia osais cometer vuestro pecado, os dejais arrebatar de la impaciencia y de la ira, vomitais imprecaciones y blasfemias, alimentais el odio y el rencor, formais proyectos de venganza, y concebís y producís todas vuestras abominaciones. ¿Qué cosa mas horrible y monstruosa puede discurrirse? David, que tenia tan razonables motivos de enojo contra Saul, hallándole un dia dormido en una cueva, donde fácilmente podia vengarse de él, no se atrevió sin embargo á tocar á este Principe, cuya presencia sola, aunque sepultado en el sueño, le desarma y le detiene. Pero vosotros, pecadores, menos recatados y contenidos contra Dios que David contra su rey, os entregais á los pecados mas infames, sin que la presencia del Señor santísimo y omnipotente á quien adorais sea capaz, no digo de sofocar, pero ni aun de moderar el menor movimiento de vuestras desenfrenadas pasiones. ¡Qué vergüenza y qué audacia hacer todos los dias delante

¹ Act. xvii, 27, 28.

de Dios lo que no os atreveríais á hacer jamás delante de un hombre, ni aun delante de un niño de diez años! Pero ¿cómo no os sonrojais de pecar ante sus ojos tan puros y santos, que hallan manchas hasta en el sol y los Ángeles segun la expresion de la Escritura, ante aquel de quien una sola mirada hace inclinarse á todas las supremas inteligencias y temblar á todo el universo? ¿Cómo no teméis que ese brazo omnipotente que os sostiene, no os deje caer en el polvo y la nada de donde os ha sacado? ¿Cómo no teméis que irritado de vuestras ofensas dispare contra vosotros un rayo ú os extermine con solo el soplo de su ira?

Pero si el pecado contiene un carácter de desprecio contra Dios, *cogita Deum*; lleva además el de una odiosa ingratitud al Padre mejor de todos los padres, *cogita Patrem*; segundo carácter que debe infundiros tanto mayor horror al pecado, cuanto que os preciais de tener buen corazon; y el cargo mas sensible que se os pudiera hacer, es haber faltado á los deberes de la amistad y del reconocimiento, y pagado un servicio insigne con la mas negra perfidia. Pero cuando se trata de Dios, ¡cuán diferentes sois de vosotros mismos, y cómo abandonais vuestro carácter, pues que no hay una criatura mas ingrata y pérfida que el hombre para con este Padre bondadoso! *Cogita Patrem*.

Punto segundo.

8. Lo repito, cristianos, no hay criatura mas ingrata, ni mas monstruosa, ni mas pérfida para con Dios que el hombre pecador, como os vais á convencer con mis reflexiones. Decidme en efecto, hermanos mios, ¿qué sois y qué teneis que no debais á la bondad enteramente graciosa de Dios? ¿Qué es lo que ha podido hacer el Señor ya en el órden de la naturaleza, ya en el de la gracia, ya en el de la gloria, que no lo haya hecho con un amor y una ternura sin límites? *Quid est quod ultra debui facere et non feci* ¹?

9. En el órden de la naturaleza ¿no ha criado para nosotros el cielo y la tierra, este mundo magnífico, ese vasto universo? ¿No le conserva para nosotros en todo su esplendor, le adorna de tantas bellezas y le colma de flores y frutos preciosísimos? Este Dios de bondad ¿no es el que no contento con haber criado este mundo para nosotros nos sacó de la nada á fin de que gozásemos todas las ventajas de él, nos dió el ser, el movimiento y la vida, y nos dotó de to-

¹ Isai. v, 4.

dos los dones mas preciosos de la naturaleza aun antes que nos hallásemos en estado de reconocer tan singulares beneficios? ¿No es este Padre comun de todos los hombres quien nos mantiene todos los dias con tanta ternura y bondad, nos ama, nos protege, nos conserva como las niñas de sus ojos, nos enriquece con las mas abundantes bendiciones de la tierra, y por decirlo todo en una palabra nos ha hecho tantos servicios, nos ha preservado de tantos peligros y colmado de tantos favores como instantes contamos de vida? Pero si todavía no basta esto, á tantos beneficios añade otros mucho mas grandes y preciosos : *et si parva sunt ista, adjiciam tibi multo majora* ¹.

10. Pues en el orden de la gracia ¡cuántos bienes no nos ha dispensado! Cristianos, dice san Pedro, vosotros sois el linaje escogido, el orden del sacerdocio real, la nacion santa, el pueblo conquistado que ha destinado el cielo para publicar las grandezas y misericordias del que os llamó de las tinieblas á su admirable luz. Vosotros sois del número de aquellos hombres distinguidos entre mil y escogidos del Señor vuestro Dios, á quienes ha dado el conocimiento de su nombre, la inteligencia de su Ley, la luz de su Evangelio, la esperanza de su reino, Jesucristo su adorable Hijo para servirlos de guia, de redentor, de rey, de maestro y de modelo. ¿Qué gracia mas señalada podia concederos que adoptaros por sus hermanos, sus amigos, sus coherederos, sus miembros, sus hijos, haberos hecho nacer y educar en el seno de la luz, haberos sustentado mil veces con sus santos Sacramentos y su divina palabra, haberos puesto con tanto amor y distincion en su Iglesia, mientras que millones de otros sepultados en las tinieblas del error y de la infidelidad perecen desgraciadamente? Contad luego si podeis otras muchas ruevas gracias que habeis recibido de sus manos liberales, tantas peligrosas tentaciones de que os ha librado, tantos innumerables pecados que os ha perdonado, tantas señales de bondad que os ha dado de continuo en el discurso de vuestra vida y que solos vosotros conoceis. Antes contarais las arenas del mar, dice el Profeta, que el número de los beneficios recibidos de Dios. Para convenceros apelo al testimonio de vuestro corazon. Consultadle, y él os dirá que todos vosotros no sois, hablando con propiedad, mas que un compuesto de sus gracias y misericordias : *et si parva sunt ista, adjiciam tibi multo majora*.

11. Por último, si no basta aun todo esto para haceros comprender la bondad paternal de nuestro Dios, ved lo que ha hecho en el

¹ II Reg. XIII, 8.

escogido para santuario y templo de mi espíritu, á quienes habia destinado para ser coherederos de mi Hijo en la gloria, con quienes queria vivir en mi casa como amigos, y de quienes debia ser yo mismo un día la felicidad y la recompensa; que vosotros á quienes no he cesado de colmar de bienes y gracias sigais como las naciones bárbaras la vanidad de vuestros pensamientos, los deseos desordenados de vuestro corazón, la licencia de vuestros sentidos, y me deshonreis y os degradeis con toda la conducta de vuestra vida; que cometais unos pecados de que se horrorizan igualmente la Religión y la razón, y no os sirvais de mis gracias, de mis Sacramentos y de todos mis beneficios sino como de armas para ultrajarme y combatirme; en fin que vivais como si no conociérais á Jesucristo vuestro Salvador y como si no hubiera Dios en el mundo... ¡Ah! hijos ingratos y desnaturalizados, monstruos de la creación, ¡así tratáis á vuestro Padre, el mejor de todos los padres! ¿Es este el amor que le mostráis, el reconocimiento que le manifestáis, las gracias que le dais por todos los bienes de que le sois deudores? *Numquid non ipse est Pater tuus?* Pueblo necio é insensato, decia Moisés á los hebreos, ¿así pagas á tu Señor y tu Dios? *Hæcine reddis Domino, popule stulte et insipiens* ¹? ¿Es este el premio de sus bondades, el fruto de sus gracias, la recompensa de sus trabajos y de su Pasion? ¡Ah! no extrañemos que arrebatado de una santa ira busque en toda la naturaleza castigos y venganzas, mientras llega el día grande de la venganza final que tiene preparada para confundiros y castigaros. Pero dejemos este punto que puede dar materia para otro discurso, y acabemos de hacer patente toda la abominacion y horror del pecado respecto del Señor, mostrando que á mas del carácter de desprecio é ingratitud que contiene para con nuestro Dios y nuestro Padre, lleva el de una rebellion y atentado horrendo contra el supremo Legislador: *cogita Dominum*.

Punto tercero.

14. Es oráculo del Apóstol que no hay en el universo mas que un solo Señor, *unus Dominus*, y este Señor es Dios, de quien depende todo y á quien todo debe obedecer y estar sometido en el cielo, en la tierra y en los infiernos. Él es el único Soberano, el único Árbitro de las naciones, el único Dominador del mundo. Toda grandeza

¹ Deut. xxxii, 6.

y autoridad emana de la suya : de él viene toda la soberanía de los reyes, todo el poder de los grandes, toda la autoridad de los magistrados, toda la fuerza de las leyes que se nos intiman. Sin su dominio todo estaria confundido en el mundo, porque no habria soberano ni señor legítimo en el universo : dominio infinitamente glorioso á Dios y de que es infinitamente celoso. En efecto, apenas es formado el Ángel, siente todo el peso del brazo de su Dios en castigo de su rebeldía. Apenas es criado el hombre, reconoce en su desgracia toda la injusticia de su desobediencia. El hombre, pues, debe obedecer ; esta es su suerte y su deber, y seria su dicha si fuese bastante fiel para cumplir semejante deber. Sin embargo ¿ qué haceis cuando os entregais á vuestras pasiones y pecais ? Os resistís á la voluntad adorable de vuestro divino Señor, quebrantais las leyes de este soberano Legislador, las rechazais y conculcáis y en cierta manera las destruíis : *dissipaverunt legem tuam* ¹. Bien sé, dice el vengativo, que la ley de Dios me prohíbe la venganza ; pero he sido cruelmente ofendido y he de llevar á efecto mi resentimiento : *non serviam* ². Bien sé, dice el lascivo, que la ley de Dios me prohíbe la menor liviandad ; pero la costumbre domina ya demasiado mi corazon para que pueda desprenderme de ella : la vida seria muy insípida para mí sin esas vistas, esas amistades, ese comercio : es necesario que yo continúe satisfaciendo mi apetito : *non serviam*. Bien sé, dice el avaro, que la ley de Dios desapruueba el amor desordenado de los bienes perecederos de esta vida, y proscribe y condena lo injustamente adquirido y los contratos usurarios ; pero tengo hijos que criar y familia que mantener : quiero enriquecerme y allegar tesoros, pues se presenta la ocasion : *non serviam*. Por último dicen los mundanos : la ley de Dios nos obliga á penitencias severas y ayunos rigurosos ; convenimos en ello ; pero el yugo es muy pesado y no podemos resolvernos á llevarle, ni sujetarnos á unos deberes tan arduos y onerosos : *non serviam*. No harémos nada de eso. ¡ Con qué no haréis nada ! ¡ Con qué el Soberano manda, y vosotros no quereis obedecer ! ¡ Con qué el Omnipotente amenaza, truena, fulmina, y vosotros no le respetais ! Con solo que os indiquen su voluntad las potestades de este mundo, ya estais obedientes y cumplís sus órdenes antes que hablen : vosotros mismos, si teneis hijos y criados, pretendéis ser obedecidos sin réplica ni resistencia. Digo mas, si amais locamente á una vil criatura, antes quisiérais perder-

¹ Psalm. cxviii, 126. — ² Jerem. ii, 20.

lo y sacrificarlo todo que desobedecerla y disgustarla ; y cuando vuestro Dios y Señor, que es el Señor de los señores y el Rey de los reyes, manda, ordena y dicta leyes las mas santas, justas y razonables bajo penas terribilísimas, ¡ni siquiera os curais de escucharle! Cielos, ¿se ha visto jamás una rebelion mas declarada y al mismo tiempo mas digna de la venganza divina? Ó adorable Majestad, que teneis soberana potestad en el cielo y en la tierra y á quien corresponde el imperio de todas las cosas, ¿cómo se atreve el pecador á negaros la debida obediencia? Delante de Vos tiembla todo el universo; ¡y el hombre tiene la audacia de resistiros y oponerse á vuestra voluntad! Todas las criaturas obedecen puntualmente las leyes que les habeis prescrito, y no se dispensan jamás de ellas; ¡y ese temerario no quiere hacer nada de lo que le mandais! Los Ángeles del cielo vuelan con mas celeridad que el rayo para cumplir vuestras órdenes; ¡y ese gusano de la tierra ni siquiera se ha de mover para ejecutarlas! Todos los Santos que habitan con Vos en la gloria querrian mil veces mas ser anonadados que causaros el menor disgusto con la mas leve desobediencia; ¡y todos esos infelices pecadores no tienen ningun escrúpulo de ultrajar vuestra suprema autoridad, irritar vuestra justicia y encender vuestra ira quebrantando todos vuestros sagrados preceptos! ¡Qué indignidad! qué crimen! qué atentado!

15. Pero aun pasa mas adelante el atentado de los pecadores. No contentos con infringir y conculcar la ley se las apuestan al mismo Legislador, á quien quisieran destruir y aniquilar, y en efecto le destruirian si tuviesen tanto poder como malicia. Cuando vemos en la sagrada Escritura á un Absalon conjurarse y armarse para destronar á su propio padre y usurparle la corona; cuando leemos en el Evangelio que un pueblo deicida se atreve á poner sus sacrílegas manos en su Redentor y Rey, nos indignamos y exclamamos: traidores, rebeldes, deicidas. Pero esperad, oyentes: no vayais á buscar tan léjos los reos para condenarlos, que los teneis bien cerca de vosotros. En efecto, ¿qué creéis hacer cuando pecáis? Escuchadme y temblad: habeis tomado las armas contra vuestro Rey, vuestro Señor y vuestro Dios; le habeis hecho tantas heridas como delitos habeis cometido en vuestra vida; habeis levantado la mano contra él, como dice el santo Job; os habeis rebelado contra su potestad; habeis corrido á embestir á vuestro Dios como si fuera vuestro enemigo; habeis peleado contra él todo el dia armándoos de una soberbia indomable, y habeis procurado destruirle y aniquilarle, se-

gun dice santo Tomás; pues el reinado del pecado que habeis tratado de establecer en vosotros, no es otra cosa que la destruccion y aniquilamiento del reinado de Jesucristo en vuestros corazones: *peccatum est annihilatio Dei*. En efecto, como dice san Agustin, ¿no es querer destruirle el desear que no hubiese Dios, ó en la suposicion de que le hubiese, que fuera ó injusto, ó ciego, ó insensible, ó impotente, sin sabiduria para descubrir vuestros delitos, sin justicia para condenarlos y sin poder para castigarlos? ¿Y no lo habeis merecido muchas veces en el frenesí de vuestras pasiones y en medio de vuestros desórdenes y escándalos? Confesadlo, pecadores, ingenuamente y de buena fe. Bien sé que no sois tan insensatos que lo hayais dicho expresamente; pero vuestra criminal y detestable conducta da bien á entender que lo hubiérais querido y lo querriais en lo íntimo de vuestro corrompido corazon: *Dixit insipiens in corde suo: Non est Deus*¹. De ahí proviene, cristianos, que la sola idea de Dios no hace mas que confundir al pecador en esta vida; que Dios le es insufrible; que no puede tolerar su presencia; que aparta de él su pensamiento; que oye hablar de él con disgusto, y él solamente habla de Dios para atenuar la idea y envilecer la majestad del soberano Señor de cielo y tierra. De ahí proviene que el pecador no puede sufrir y en cierto modo aborrece la santidad de Dios, el cual no puede amar mas que la virtud ni aborrecer mas que el vicio; no puede sufrir la luz de Dios que le rodea por todas partes y le muestra á sí mismo, aun quando quisiera esconderse en las tinieblas ú ocultarse á sus propios ojos, ni la misericordia divina que acibara todos sus placeres quitándole unas veces el objeto de su pasion y otras el recurso de sus pecados, ni la justicia de Dios que á pesar suyo se ejercita desde ahora en lo íntimo de una conciencia desordenada y se ejercitará de un modo aun mas terrible en la eternidad. De ahí proviene que el pecador quisiera un Dios favorable á sus deleites, indulgente con sus flaquezas, bajo cuyo imperio los vicios fuesen virtudes, ó por lo menos quedasen impunes los delitos: y por decirlo todo de una vez, de ahí proviene que el pecador quisiera un Dios semejante á él ó mas bien que no le hubiese: *Dixit insipiens in corde suo: Non est Deus*. ¡Qué ceguedad tan inaudita, Dios mio! ó mas bien ¡qué furor y qué desesperacion! ¿Cómo puede haber en el mundo hombres tan frenéticos que deseen fuese destruido y aniquilado el Dios que con una sola palabra crió el universo? Sin embar-

¹ Psalm. xiii, 1.

go los pecadores lo intentaron por medio del atentado mas bárbaro. Siendo invulnerable la divina esencia á todos los tiros que ellos le asestaban, y no pudiendo serle arrebatada la vida que posee dentro de sí misma, se la arrebataron á su adorable Hijo que se habia hecho hombre por nosotros, sacrificándole en la cruz del modo mas ignominioso. Detengámonos un rato en esta reflexion, y no dudo con san Bernardo que os partirá el alma de dolor, os causará una santa confusion y os hará morir de pesar de haber pecado.

16. Si, cristianos, el pecado fue el único y verdadero autor de la muerte de Jesucristo: el pecado le hizo derramar toda la sangre de sus venas: el pecado le inmoló cruelmente en la cruz, no solo porque las atrocidades de sus verdugos contribuyeron todas eficazmente á este detestable deicidio, y porque el Salvador quiso morir por expiar y borrar con su muerte todos los pecados del mundo: *dedit semetipsum pro nobis ut nos mundaret*¹; sino tambien porque segun la expresion del Apóstol no pecamos nunca sin renovar en nuestros corazones su muerte y Pasion con ser impasible é inmortal en el estado de su gloria: *ursum crucifigentes sibi metipsis Filium Dei*². ¡Ah! pecadores, dice san Bernardo, ¿qué pensariais si condenado un reo á muerte y llegado al lugar de la justicia no hubiese horca ni rueda para quitarle la vida, y se ofreciese un hombre entonces mismo á ser el instrumento del suplicio y de la muerte de aquel infeliz? Diriais que no habia en el mundo una crueldad semejante á esta. Pues yo os declaro que tal es la vuestra, y que eso haceis siempre que pecais y ofendeis á Dios mortalmente. Desgraciados, ¿lo habeis pensado bien alguna vez? Hace treinta ó cuarenta años que vivís, que pecais, que crucificais al Hijo de Dios, y prestais los ojos, las manos, los brazos y el corazon para que le sirvan de cruz: todas las facultades del alma y todos los sentidos corporales los empleais solamente en la iniquidad y la injusticia, y son como otros tantos patibulos donde enclavais al Rey de la gloria. ¡Qué inaudita crueldad! ¡Qué horrible deicidio! ¿Cómo no se arma para vengarle la naturaleza entera? Ahora no lo veis, pecadores, porque las pasiones os ocultan toda la infamia de vuestro atentado; pero lo veréis el dia de la eterna venganza: *videbunt in quem transfixerunt*³.

17. Ved, pecadores, lo que es el pecado, y comprended; si es posible, toda la malicia y enormidad de él. Es un horrible desprecio de la Majestad suprema, una ingratitud espantosa hácia Dios,

¹ Tit. II, 14. — ² Hebr. VI, 6. — ³ Joan. XIX, 37.

el mejor Padre y el mas tierno de todos ; es un atentado inaudito contra el soberano Señor de toda la naturaleza. Decid despues que el pecado no vale nada y que no es un gran mal cometerle : que vuestras impurezas no son mas que fragilidades excusables, vuestros iratos criminales diversiones y pasatiempos, vuestros ímpetus é iras malos hábitos, vuestras maledicencias ocurrencias ingeniosas y de buen humor.

¡Con qué el pecado no es nada ! ¡Ah ! desgraciados, preciso es que sea una cosa bien horrible y monstruosa, pues á consecuencia del horror y abominacion que encierra y de la injuria infinita que hace al Todopoderoso, Dios, que es la misma bondad, la misma sabiduría y la misma equidad, le aborrece, le detesta y le castiga terriblemente. Preciso es que sea una cosa espantosa, pues que á un Dios tan bueno le causa la mayor indignacion, le aflige, le hace arrepentirse de haber criado al hombre y olvidarse de que es nuestro Padre para acordarse únicamente de su tremenda calidad de juez, y transforma esta Divinidad amable y benéfica en un Dios airado que lleva por todas partes el furor, en un Dios inexorable que castiga con toda severidad á los hombres.

18. ¡Con qué el pecado no es nada ! Preciso es que sea una cosa bien horrible, cuando por un pecado de soberbia fueron precipitados en el abismo los Ángeles, esas nobles inteligencias ; cuando por un pecado de desobediencia fue echado del paraíso terrenal el primer hombre, despojado de todos sus privilegios y condenado á muerte con toda su posteridad ; cuando por pecados de impureza las ciudades nefandas Sodoma y Gomorra fueron consumidas con fuego del cielo y reducidas á cenizas ; en fin cuando por vengarse Dios del pecado levanta á todo el universo y arma á la naturaleza entera contra los pecadores. En efecto, ¿quién ignora que las enfermedades, las desgracias, la pérdida de los bienes, las tempestades, las guerras, las pestes y las hambres, todas las plagas y calamidades de esta vida y el infierno mismo con todos sus horrores y tormentos están destinados solamente para castigar el pecado ya en el tiempo, ya en la eternidad ?

19. ¡Con qué el pecado no es nada ! Preciso es que sea una cosa bien enorme cuando fue necesaria toda la sangre de Jesucristo para repararle. No, todos los holocaustos y todas las víctimas mas preciosas de la antigua Ley no hubieran podido jamás borrarle ni expiarle : la sangre de todos los hombres derramada por el pecado hubiera sido á los ojos de Dios como la sangre impura é inútil de un

animal degollado ; todavía no es bastante , aun cuando todos los espíritus celestiales hubieran sido inmolados y sacrificados por el pecado , el pecado hubiera clamado venganza ante el Altísimo. Fueron necesarias nada menos que las humillaciones , la pasión y muerte y la sangre de un Dios para satisfacer á la majestad ultrajada de Dios , aplacar su ira , apaciguar su bondad ofendida , y reparar todos los males que habia causado el pecado en el hombre y en el mundo. Ó cruz , ó sangre , ó muerte de Jesucristo , ¡ qué sorprendente instruccion dais al mundo ! ¡ y qué vivo horror del pecado no debeis infundir á todos los hombres !

20. ¡ Con qué el pecado no es nada ! Preciso es que sea bien espantoso cuando los Santos ilustrados por la fe no cesaron de combatirle y declararle una guerra implacable , huyeron de él ; le lloraron y le expiaron con las mas austeras penitencias. Mas digo , la apariencia sola del pecado los sobresaltaba , los contristaba , los hacia desfallecer de dolor , turbaba y horrorizaba su alma y los llenaba de extrema afliccion. No ha habido uno siquiera que no hubiese dado mil vidas antes que pecar : ¡ cuántos hubieran preferido precipitarse vivos en el infierno antes que cometer un solo pecado !

21. Venid diciendo luego , hermanos míos , que el pecado no es nada y que no hay gran mal en cometerle. Tratad , como haceis diariamente , de disculparle , de justificarle , de ocultaros á vosotros mismos toda su infamia. Mejor haríais , en vez de disimular así vuestros delitos ó de disminuir su muchedumbre , excusar su enormidad ó atenuar su malicia ; mejor haríais , repito , en reconocer con una santa confusion que son mas enormes y en mayor número que podeis explicar ni comprender y que no merecen ningun perdon ; mejor haríais en deducir que despues de tales desórdenes no os queda ya para aplacar la ira divina mas que echaros á los piés de esa Majestad infinita y clamar con las lágrimas en los ojos y el dolor en el corazon : Señor , pequé : *peccavi*. Sí , lo sé , lo conozco , lo confieso , he pecado contra el cielo y delante de Vos despreciando vuestra infinita majestad ; pues no contento con haberos ultrajado en vuestra presencia os he abandonado á Vos , fuente de todos los bienes , por unirme á la criatura , que no es sino miseria y nada. ¡ Ah ! que mis ojos viertan dia y noche torrentes de lágrimas para lavar tan indignos ultrajes ; que con la abundancia de ellas dén á conocer á todo el mundo mi extremada injusticia , mi insolencia , mi temeridad , mi malicia y la magnitud de mi afliccion ; que formen una especie de diluvio , si es posible , para sepultar en él todas mis iniquidades y apagar

con él el fuego de vuestra ira : *Deducant oculi mei lacrymam per noctem et diem, et non taceant* ¹.

22. *Peccavi*, he pecado contra Vos, Padre celestial, Padre santo, Padre adorable : permitid á este infeliz hijo que se humille á vuestros piés, se eche en vuestros brazos y os confiese ingénuamente sus extravíos y locuras como el hijo pródigo. He pecado contra el cielo y contra Vos ; ya no soy digno de llamarme vuestro hijo despues de haber hecho unas acciones tan indignas de ese título glorioso. ¡ Qué horrible ingratitud haber osado desagradar al Padre mejor de todos los padres y aun haber convertido contra él todos sus beneficios, haber abandonado á un Dios tan benéfico y liberal, que me habia criado, sustentado y cuidado con mas anhelo y cariño que la madre mas tierna á su hijo único ! ¡ Ah ! derrítase mi corazón de dolor despues de tan negra perfidia, pártase de sentimiento, séquese de tristeza y afliccion, muera de confusion y vergüenza por tan espantosos atentados. ¿ Acaso podré yo jamás llorar bastantemente haber pagado los beneficios de mi amable Dueño con tan negra ingratitud y con una malicia tan refinada ?

23. *Peccavi* ; sí, mi Dios, he pecado contra el cielo y delante de Vos por el mas horrendo atentado. ¡ Haberme rebelado yo contra Vos, poderoso Señor del cielo y de la tierra, haber atentado hasta contra vuestra vida y aun haber crucificado vuestro adorable Hijo ! ¿ Qué haré para llorar una conducta tan abominable ? Señor, penetrado yo de pesar y confusion permaneceré con el rostro pegado al suelo sin atreverme á levantar los ojos ni á mirar á los hombres. Daré gritos y me revolcaré como un gusano en el polvo por el extremo de mi dolor y mi afliccion para moveros á piedad. Gran Dios, siento tanto todo lo que he hecho contra Vos, que me anonadaria gustoso mil y mil veces si pudiera reparar así todos los delitos de mi vida, y si creyera que habia de tener la desgracia de cometer uno solo en lo sucesivo. Estas son, Dios mio, las disposiciones de mi corazón : grabadlas en él profundamente, para que despues de conseguir el perdon de los pecados y preservarme en adelante de ellos por vuestra misericordia, pueda morir en vuestra santa paz y gozar un día de vuestra gloria, que os deseo á todos, etc.

¹ Jerem. xiv, 17.

FRAGMENTOS SOBRE EL MISMO ASUNTO.

Pág. 139, lín. 20 : con el insigne ladron Barrabás. Cada vez, digo, que oís á este impío magistrado preguntar á los judíos : ¿ Á quién de estos dos quereis que suelte , á Barrabás ó á Jesús ? *Quem vultis dimittam vobis, Barabbam an Jesum* ¹ ? Ya sabeis que Barrabás es un homicida , un salteador , un malvado reconocido por tal ; al contrario Jesús es un santo hombre , cuya inocencia reconozco ; él ha curado á vuestros enfermos , os ha sustentado en el desierto , ha resucitado á vuestros muertos , y ha dejado muestras de su ternura y de su omnipotencia en los lugares por donde ha pasado. Trátase de salvar la vida al uno ó al otro ; ¿ en favor de quién os decidís ? *Quem vultis dimittam vobis, Barabbam an Jesum* ? ¿ No es verdad , hermanos míos , que semejante proposicion os indigna y horroriza , y que no podeis soportar el horrendo espectáculo de ver así á vuestro Dios puesto en paralelo con un salteador ? Pero cuando , etc.

Pág. 139, lín. 34 : y á las riquezas que os pierden. En efecto , ¡ cuántas veces ha querido Jesucristo venir á establecer su reino en vosotros , pecadores , ya por las impresiones de su gracia , ya por la voz de sus ministros , ya por la virtud de sus Sacramentos , ya en fin por otros muchos medios de que no ha cesado de valerse para triunfar de vuestros corazones ! Pero ¡ cuántas veces tambien habeis cerrado los oídos á su voz , conculcado los sellos de su gracia , infringido sus divinas leyes , violado todos sus mandamientos , sacudido el yugo de su Evangelio , despreciado y desechado su reino ! No (habeis dicho siempre con los obcecados judíos cuando se ha tratado de entregaros á vuestras pasiones) , no queremos ese Rey , ese Señor , ese Soberano ; que vaya á reinar á otra parte : sus leyes son demasiado difíciles y duras. Nosotros preferimos someternos á la tiranía del demonio y á las pasiones que nos dominan , antes que sujetarnos á su imperio : *Nolumus hunc regnare super nos* ² . ¡ Qué insolencia en un hombre mortal ! Pecadores , etc.

Pág. 142, lín. 10 : su ira ? En vista de esto ¿ no he tenido razon para decir que el pecado encierra un desprecio de Dios de los mas injuriosos y marcados ? Porque no se necesitan muchos discursos para persuadiros que un hombre desprecia los peligros y la muerte , cuando viendo la espada que le va á atravesar hace un movimiento

¹ Matth. xxvii, 27. — ² Luc. xix, 14.

para clavarla en su pecho en vez de apartarla. Pues no ignorais que en pos del pecado vienen la venganza y la muerte : que Dios os amenaza, os mira, os persigue y no os pierde jamás de vista : que descargarán sobre vosotras las plagas mas terribles de su ira ; ¡ y á pesar de todo amais el pecado, caéis y recaéis, perseverais y os obstináis indignamente en él ! Impíos, ¿ qué queréis que os diga sino que despues de haber ultrajado la presencia de vuestro Dios, sus grandezas y perfecciones, despreciais audazmente su justicia y os burláis de su venganza ? Pero olvidad, si es preciso, cuanto acabo de deciros del ultraje y desprecio hecho á la Majestad divina por el pecado, que voy á mostrárosle con mucho mas negros colores. Si el pecado encierra, etc.

Pág. 145, lin. 29 : *in peccatis tuis*. ¡ Oh ingratitud la mas monstruosa ! ¡ Oh malicia que tiene algo de la de los demonios, pues que solo un demonio es capaz de observar tal conducta ! Yo te hago aquí, hombre ingrato, la misma pregunta que hace el Salvador en el Evangelio á sus enemigos. ¿ Convienes conmigo en que el Señor te ha colmado de toda suerte de bienes y te ha preservado de infinitos males ? *Multa bona opera ostendi vobis ; propter quod eorum opus me lapidatis* ¹ ? ¿ Por cuál de sus beneficios te has levantado contra él y le has ofendido ? *Propter quod* ? ¿ Has querido con tus pecados quitarle la vida porque él te ha conservado la tuya ? Porque te ha dado bienes y salud, ¿ querrias emplear los unos y la otra en declararle una guerra implacable ? Porque te ha redimido con su sangre, te ha hecho tantas gracias y ha instituido para tu salvacion tantos y tan diferentes Sacramentos en la Iglesia, ¿ querrias con tus profanaciones y sacrilegios renovar su muerte y pasion en tu corazon ? Porque te ha hecho heredero de su reino, ¿ querrias con tus desórdenes conjurar su perdicion y ruina ? *Multa bona opera ostendi vobis ; propter quod eorum opus me lapidatis* ? ¡ Ah ! hermanos, etc.

Pág. 145, lin. 36 y 37 : *sustinuissent utique*. En fin, que todos esos hombres desdichados que no tienen fe manchen su cuerpo con abominaciones ; que su alma no medite sino malicias y su corazon no respire sino el crimen ; que sus ojos rebosen adulterios y sus manos sean crueles é injustas, su lengua lengua de áspid ó espada de dos filos, su boca un sepulcro abierto ; que sus piés caminen por la iniquidad y estén siempre prontos á correr por las sendas extraviadas del pecado ; que abusen de todas las gracias concedidas por Dios y

¹ Joan. x, 33.

levanten á todas las criaturas contra el Criador, no me maravilla. Pero que vosotros, cristianos, dice el Señor, á quienes yo habia no solo criado á mi imagen y redimido con mi sangre como á los demás hombres, sino formado con mis ejemplos, prevenido con mi gracia, revestido de mi justicia, alimentado con mi carne y purificado con mi sangre! *tu vero*; vosotros á quienes habia hecho partícipes, etc.

Pág. 146, lín. 24 y 25: y castigaros. ¿Dónde están, dónde están? exclama este Dios, este Padre justamente enojado. *Ubinam sunt? Ubinam sunt*? ¿Dónde están esos hijos á quienes he criado con tanto cuidado, prevenido con tantas gracias, colmado de tantas mercedes y beneficios y que sin embargo se han apartado de mí su Criador, su Salvador y su Padre, para sustituir en mi lugar dioses extraños? ¿Dónde están esos ingratos para exterminarlos, confundirlos, destruirlos á todos y extinguir su memoria entre los hombres? *Dixi: Ubinam sunt? Cessare faciam ex hominibus memoriam eorum*. Pero dejemos aquí, etc.

Pág. 147, lín. 34: y vosotros no le respetais! Respondedme: ¿es así como os portais con aquellos que tienen alguna autoridad sobre vosotros y de quienes dependeis? Al contrario, ¡qué no hacéis todos los días para manifestarles vuestra sumision y servidumbre! Perder el sosiego, la libertad y los bienes, sacrificar todos sus intereses, exponer su vida, extenuarse de trabajo y de fatiga, sofocar los mas justos resentimientos, reprimirse en todo y moderarse, vencerse y abnegarse, todo esto no cuesta nada y parece suave respecto de un amo á quien se sirve, ó de una criatura á quien se quiere agradar; pero no se quiere sufrir nada ni sacrificar nada por nuestro gran Dios, que es el Rey de los reyes y el Señor de los señores. ¡Qué atentado! ¡qué indignidad! ¡qué crimen! Escuchad, señores del mundo, vosotros que sois tan celosos de vuestra autoridad, tan ardientes en defenderla, tan sensibles á la menor injuria, tan prontos para la venganza y tan lentos para perdonar, ¿cómo mirais las faltas que cometen vuestros inferiores con vosotros? Si un hijo se resiste á vuestra voluntad, ¿no os olvidais al punto de quién es para acordaros tan solamente de lo que os debe? Si ese criado, á quien manteneis y pagais, se burla de vuestros mandatos, ¿podeis contener entonces vuestra ira? ¿Y por qué? Porque sois los amos, decís, y quereis ser obedecidos y respetados, y es preciso reprimir á aquellos insolentes. Y ¡qué! hermanos, nuestro Dios cuya volun-

¹ Deut. xxxii, 26.

tad es siempre justa, santa y soberana, y que es infinitamente mas superior á vosotros que vosotros á todos los hombres, ¿no se sentirá justamente enojado de vuestros pecados, que son otras tantas desobediencias declaradas y otras tantas rebeliones contra él? Vil criatura, puñado de polvo, por cierto te está bien ser tan sensible á la menor injuria é indignarte por una mirada, una palabra, una falta de respeto ó de urbanidad, al paso que no tienes en nada el insultar al soberano Señor del universo y resistir al Todopoderoso, que con una sola palabra puede aniquilarte y perderte. Pero vuestro alentado, pecadores, etc.

Pág. 149, lín. 3 y 4: *peccatum est annihilatio Dei*. En efecto, no hay cosa mas directamente contraria á Dios que el pecado. ¿Quién es Dios? Ya lo sabeis, el sumo bien. ¿Y qué es el pecado? El sumo mal. ¿Qué es Dios? La potencia, la sabiduría. ¿Y qué es el pecado sino la debilidad opuesta á esa potencia, la locura opuesta á esa sabiduría, la malicia opuesta á esa bondad, la iniquidad opuesta á esa justicia, la corrupcion opuesta á esa santidad, la mentira opuesta á esa verdad increada? Es, pues, evidente que el pecado tiende por su naturaleza á trastornar y destruir todos los caractéres de la Divinidad. ¡Qué malicia tan atroz y execrable! exclama aquí san Bernardo, ¡querer por el pecado nada menos que el aniquilamiento y destruccion del mismo Dios! Porque ¿no es querer destruirle, etc.

Pág. 149, lín. 34 y 35: *Dixit insipiens in corde suo: Non est Deus*. Porque un Dios semejante á vosotros, pecadores, un Dios tal como le desearíais, es una cosa tan horrible de desear y tan monstruosa, que valdria mas (me horrorizo de pensarlo y me cuesta indecible dificultad expresarlo), valdria mas un millon de veces que no hubiese Dios, que el que la Divinidad hubiera de ajustarse á vuestro modelo. Pero, ó pecador transformado por el pecado en no sé qué monstruo, ¿por qué te rebelas así contra tu Dios? ¿por qué le insultas hasta en su propia naturaleza? ¡Ah! ya lo entiendo, desgraciado (dice san Agustin), para colocar en tu corazon el ídolo de tus vicios y pasiones. Hombres iracundos, esa ira de que os dejais arrebatar; ambiciosos, ese hipo de honores que os atormenta; avaros, esa codicia que os domina; sensuales y mundanos, ese ídolo de vuestro loco amor, esa carne que regalais con tan criminal complacencia, esas son, pecadores, las infames divinidades que teneis la audacia de sustituir al verdadero Dios, á quien quisiérais destruir y aniquilar. ¡Oh qué rabia! ¡qué furor! ¡qué desesperacion! Cielos, ¿cómo no lanzais vuestros rayos sobre esos rebeldes é impíos? Tierra, ¿cómo

no te tragas á todos esos mónstruos, de que se horroriza la misma naturaleza? Infierno, ¿cómo no te abres y sepultas en tu seno á esos hombres temerarios que se las apuestan al Criador de todo el universo? ¿Y cómo puede haber, etc.

Pág. 150, lin. 18: *Filium Dei*: Muerte mil veces mas sensible, mas dolorosa y cruel para nuestro divino Salvador que la que le dieron los judíos en el Calvario. Allí murió porque quiso; mas aquí la sufre como contra su voluntad y despues de habernos desviado de tan pérfido intento por una multitud de gracias. En el Calvario padeció una muerte que habia sido concertada por los decretos eternos de su Padre celestial, quien escogió este medio para nuestra reparacion y salvacion; mas aquí le dan muerte las pasiones que quieren satisfacerse á costa de la salvacion eterna y á pesar de la eterna reprobacion aparejada á ellas. En el Calvario era mortal y no habia venido á este mundo con otro ánimo que con el de padecer; mas ahora está glorioso é impasible, y no pueden alcanzarle ni el dolor ni los tiros de la muerte. En el Calvario en fin los verdugos inhumanos que le quitaron la vida no sabian lo que hacian, porque, como dice el Apóstol, si ellos hubiesen sabido que Jesucristo era el Mesías, el Hijo del Altísimo, el esplendor del Padre, la alegría de los Ángeles, la felicidad del cielo, el Autor de la gracia y de la gloria, no le hubieran clavado jamás en la cruz; pero tú, desventurado pecador, lo sabes, lo dices y lo crees como un artículo de fe y como principio de tu Religion, y no obstante tienes la crueldad de crucificarle en tí mismo no una sola vez como los judíos, sino innumerables veces en tu vida. ¡Ah! ¿qué pensaríais, pecadores, etc.

Pág. 150, lin. 35: *in quem transfixerunt*. ¡Ay! mi divino Salvador, yo habia creído siempre que era la obra de vuestras manos; pero no hubiera podido comprender jamás que pecando maquinaba vuestra muerte con mis propias manos. ¡Con qué yo bárbaro y cruel os he crucificado y he ejercitado en vuestra sacratísima persona mi insensato furor! ¿Cómo he podido lastimar ese adorable rostro, asiento de la hermosura, penetrar esa cabeza donde se encerraban todos los tesoros de la sabiduría de Dios, clavar esas manos que habian obrado tantos prodigios, y esos piés que habian corrido solícitos tras de la oveja extraviada, despedazar ese divino cuerpo que era el templo del Espíritu Santo, quitar una vida que valia infinitamente mas que mil mundos? Que no me digan ya: ¿Dónde está tu Dios? porque ¿cómo no he de derramar continuamente rios de lágrimas, cuando me preguntan qué ha sido de él, qué he hecho de él y dónde le

he puesto? ¡Ah! esa cruz expuesta á la vista de todos los fieles, la voz de aquella sangre, *vox sanguinis*, que clama venganza contra mí de día y de noche, todas las criaturas del cielo y de la tierra que no cesan de echarme en cara mi crueldad y mi perfidia, todo esto ¿no me dice bastante que mi pecado cual fiera ferocísima es el que devoró al Hijo del Altísimo y le dió muerte ignominiosa en medio de los mas crueles suplicios? *Fera pessima devoravit eum*¹. ¡Oh cuán desventurado soy por haber pecado! ¡Ojalá que no hubiese nacido si habia de ser padre de un monstruo tan horrendo! á lo menos no habria sido causa de la muerte de mi Dios. Y ¿quién podrá aborrecer y detestar bastante el pecado? No faltaba mas que este último rasgo para poner el sello á su malicia y crueldad. Ya en el cielo devoró la tercera parte de los ángeles precipitándolos en el abismo; en el paraíso terrenal devoró á todo el género humano: no faltaba mas para llevar al extremo su furor que arrebatarse la vida de un Dios de infinita majestad, la cual vale infinitamente mas que la vida de todos los Ángeles y de todos los hombres juntos. Ved, pues, hermanos míos, etc.

Pág. 151, lin. 20: ¡Con qué el pecado no es nada! Un miserable gusano, un vil átomo de tierra que insulta al Omnipotente, al Inmortal, al Criador del universo, que cuida menos de la amistad de Dios que de la de los hombres, que manifiesta menos consideracion y estima á su Criador que á la criatura mas vil y despreciable, y tiene la audacia de preferirle el demonio, todo esto ¿no es nada? ¡Cómo! un hijo que se rebela contra su padre, le insulta y le abandona, que quebranta todos sus mandatos, deshonra su santo nombre por una vida licenciosa, y aun se vale de sus propios bienes para ultrajarle mas impunemente, que le persigue y se une á sus enemigos para ir contra él, todo esto ¿no es nada? ¡Y contra qué padre! contra Vos, Dios mio, que amásteis *ab æterno* á ese pecador ingrato con el amor infinito con que os amais á Vos mismo, y que no habeis cesado en el discurso de los tiempos de colmarle de toda suerte de beneficios. Y todo esto ¿no es nada? El hombre hace armas contra su Legislador, su Rey y su Dios, y le declara una guerra encarnizada; no contento con infringir su ley, romper los vínculos de la obediencia y quebrantar su yugo, quisiera destronarle, destruirle, aniquilarle; no pudiendo llevar á cabo su detestable empresa embiste con el adorable Hijo de Dios, á quien da muerte ignominiosamente en una cruz; y como

¹ Genes. xxxvii, 20.

un insensato y un frenético quita cruelmente la vida á aquel que se la dió ; ¿y todo esto no es nada ? ¿y el pecado no es nada ? ¡ Ah ! preciso es, etc.

Pág. 152, lín. 23 : toda su infamia. Decidnos como aquellos impíos de quienes habla el Profeta : *Quis est Dominus?* ¿ Quién es el Señor ? ¿ Quién es el Señor para que yo oiga su voz ? *Quis est Dominus ut audiam vocem ejus* ¹ ? Nuestros labios son nuestros : *labia nostra à nobis sunt* ² : nuestras acciones y pensamientos dependen de nosotros y somos enteramente libres.

Eres libre, ó hombre ; pero ¿ lo eres para la iniquidad y la injusticia ? ¿ Eres libre contra el que te ha dado la libertad como uno de los privilegios mas singulares de tu naturaleza ? Ó libertad, el patrimonio mas precioso del hombre, ¿ cómo has venido á ser el mas funesto presente que podia hacer Dios al hombre pecador ? ¡ Ah ! hermano mio, si tú fueras la nada, oirías la voz de tu Dios y le obedecerías : si fueras un insecto rastrero, te guiarías por las leyes generales de la naturaleza y las obedecerías ; y porque eres un ser racional dotado de inteligencia y libertad, no quieres otro señor que á tí mismo, ni otra ley que tus pasiones, ni otras reglas que tus caprichos, y prefieres obrar mal siguiendo tu propio juicio y voluntad antes que obrar bien haciéndote dependiente de tu Criador. ¡ Oh furor del hombre ! ¿ Quién te igualará en la naturaleza ? ¿ Os atreveréis á decir, cristianos, que la ley que os prohíbe el pecado no está acomodada á la flaqueza del hombre y que es impracticable en mil circunstancias de la vida ? Esa es siempre la herejía de los mundanos : la ley de Dios es imposible en el mundo. Ó Dios mio, ¿ qué dicen de Vos que gobernais á los hombres con tanta blandura y sabiduría, con tanta consideracion á lo que son y á lo que pueden ? ¿ Qué dicen, Señor, de vuestra ley que lleva su justificacion consigo, y á falta de otra prueba seria por sí sola una demostracion de la divinidad del legislador ; de esa ley, admiracion de la filosofía pagana, y que en realidad es la misma razon reducida á preceptos y consejos ; de esa ley tan necesaria para nuestros males, tan proporcionada para nuestras necesidades, tan útil para el sosiego de nuestra vida ? ¿ Qué se dice de ella en el mundo ? Á pesar de las seguridades que hallamos en la Escritura y en el ejemplo de los Santos, de que es fácil y suave : *Pax multa diligentibus legem tuam* ³ ; dicen los mundanos que es imposible de observarse, porque no juzgan conveniente violentarse en lo mínimo para

¹ Exod. v, 2. — ² Psalm. xi, 5. — ³ Psalm. cxviii, 165.

practicarla. Pero decidme, pecadores, ¿qué ley necesitais para contentaros? Ya os entiendo : quisiérais sin duda una ley favorable á todos los deseos impuros como la de Mahoma; una ley formada segun los gustos é inclinaciones de la naturaleza como la de Epicuro; una ley que lo diese todo á la soberbia de la vida como la doctrina estoica; una ley como la del mundo que hiciese virtudes una parte de los vicios y constituyese deberes casi todos los deleites. Pero tal ley ¿no seria una abominacion, un escándalo, un horror indigno de la majestad y santidad de un Dios? ¿Qué cristiano no se avergonzaria de tener que cumplirla?

¿Y qué alegraréis aun para cohonestar y justificar vuestros pecados? ¿Diréis que son tan violentas vuestras pasiones que os arrastran contra vuestra voluntad? Pero aun cuando tuviérais mas pasiones de las que teneis, ¿no era vuestro primer deber moderarlas y sujetarlas á la ley de Dios que prohibe satisfacerlas, ya para manifestarle vuestra obediencia, ya para aumentar vuestro mérito y tener mas derecho á la gloria? ¿Qué Santo no ha tenido pasiones que vencer? Y ¿cómo hicieron con pasiones mas violentas y acaso con menores auxilios que los vuestros para vencerlas? Sin duda, como dice san Ambrosio, no eran de diferente naturaleza que nosotros; pero tenian mas fidelidad, mas ánimo y resolucion. Decís que teneis pasiones; pero ¿por ventura teneis otras pasiones que la de obedecer presurosos cuando un magnate del mundo os manda, y esperais premios y castigos? Y porque el Señor vuestro Dios os intima su ley, porque emplea las promesas y las amenazas para hacerse obedecer, porque puede perder el alma y el cuerpo por toda la eternidad si no obedecéis, ¿por eso no os sentís con deseo de agradarle?

En fin quiero escuchar, pecadores, todas vuestras justificaciones. ¿Qué razones daréis para disculpar vuestros pecados, que son unos desprecios tan horribles, unas ingratitudes tan negras, unos atentados tan enormes para con vuestro Dios? ¿Diréis que os ha sorprendido el demonio? ¡Lastimosa disculpa! Esa fue la de nuestros primeros padres y no se les admitió. Si os hubiérais armado de la vigilancia y la oracion como os estaba preceptuado, seguramente no habríais sido sorprendidos, ni habríais tenido nada que temer. ¿Diréis que la ocasion era delicada y el paso resbaladizo y que cualquiera hubiese hecho lo mismo que vosotros? Pero ¿por qué os expusísteis, temerarios? ¿No os dijo Dios mil veces que huyéscis de Babilonia y sus alrededores, y que el que se expusiera á la ocasion pereceria en ella?

ESQUELETO DEL SERMON III

DE LA GRAVEDAD DEL PECADO MORTAL.

*Omnibus diebus vitæ tuæ in mente habelo
Deum, et cave ne aliquando peccato con-
sentias. (Tob. IV, 6).*

1. Dios crió y selló todas las cosas, y en el hombre puso su casa y templo.
2. El hombre con el pecado ha profanado su corazon y su cuerpo, que es templo de Dios.
3. Ofensas que ha hecho el hombre pecando.
4. Temor al pecado que los padres deben infundir á sus hijos.
5. Qué es pecado.
6. Qué es ley : todas las cosas tienen ley, y la observan; el hombre tambien tiene ley, y es el único que no la observa.
7. Cómo se mide la gravedad del pecado mortal.
8. Grandeza del Dios ofendido.
9. Vileza del pecador que ofende á Dios.
10. Dios que da su ley al hombre.
11. El hombre pecador desprecia la ley y á su legislador.
12. El hombre, pecando, ofende la inmensidad de Dios.
13. Peca á su vista.
14. Ofende la omnipotencia : mal uso de las potencias y sentidos.
15. Se vale de los sentidos para pecar.
16. Se vale del concurso físico de Dios para pecar.
17. Ofende á Dios, Padre, Hijo y Espíritu Santo.
18. Ofende la beneficencia de Dios; ingratitud del pecador.
19. Paciencia de Dios.
20. Ofende la bondad de Dios.
21. Facilidad con que se peca.
22. Desprecio que se hace de Dios pecando.
23. Venida de Jesucristo; causa de su Pasion y muerte.
24. Vuelve á renovar la Pasion y muerte.
25. El pecador es el verdugo; en sí mismo lo hace, y ¿por qué?
26. Ofende á María santísima, que es su madre.
27. Ofende á María, porque el pecador le mata á Jesús.
28. Misericordia de María.
29. Conclusion.
30. Arrepentimiento.

SERMON III

DEL PECADO MORTAL.—SU GRAVEDAD.

Nullus est qui agat pœnitentiam super peccato suo, dicens: Quid feci? (Jerem. viii, 6).

Ninguno hay que haga penitencia de su pecado diciendo: ¡Ay! ¿qué es lo que yo he hecho?

(*Puede ponerse este tema ó el que está despues del Ave Maria*).

1. Amadísimos hermanos en Jesucristo : Dios nuestro Señor es el criador universal de cuanto existe. Él mismo selló como propias todas cuantas cosas hay en el universo, á la manera que un fabricante vemos sella sus artefactos, y que un propietario hierra ó marca á todas las reses y caballos de su hacienda. El Señor Dios es dueño del cielo, de la tierra y de cuanto hay : *Domini est terra, et plenitudo ejus*; todos los hombres ricos, que se llaman señores, delante de Dios no son mas que unos mayordomos á quienes Dios ha confiado lo que poseen para que hagan un buen uso de ello ; pero el verdadero señor es solo Dios que confia las cosas que existen, y que él mismo y por sí mismo crió y conserva, á quien quiere y cómo quiere, y las quita cuando le place, como verdadero dueño que puede disponer de todo. Sobre todas estas cosas Dios ha colocado al hombre, pues todas ellas están puestas bajo los piés del hombre ; y en el hombre ha fabricado Dios su casa y su templo, á la manera que vemos que un propietario levanta allá en su hacienda una casa de recreo y un oratorio ó capilla. Tiene, pues, en el hombre su casa de recreo, y sus delicias son habitar en esa casa : *Deliciæ meæ esse cum filiis hominum*. En el mismo hombre tiene su templo como lo asegura san Pablo en diferentes lugares de sus Cartas : *Vos enim estis templum Dei vivi. Membra vestra templum sunt Spiritus Sancti*.

2. En ese templo ha colocado Dios su misma imágen, que es nuestra alma, para que nos recordemos siempre de él; y en el alma del justo existe por gracia de un modo particular : en ese templo ha levantado su altar, para que se le queme y ofrezca el timiamma del amor, y para mayor mérito del hombre, y á fin de que le dé pruebas de su fidelidad, lo ha dejado libre, y le dice : *Ponme como un sello sobre tu corazon*; y para tantear su cariño, le dice : *Hijo, dame tu corazon*. Ya veis, amadísimos hermanos, el cariño, amor y ter-

nura de Dios para con el hombre. Pero ¿cómo se ha portado el hombre? ¿cómo ha correspondido á tanto amor y cariño? ¿Sabeis cómo? Consumando la maldad grande que preveía Jesucristo, que con lágrimas y gemidos estaba anunciando á sus amados discípulos con estas palabras : *Cuando viéreis la abominacion de la desolacion, que ha sido predicha por el profeta Daniel, establecida en el lugar santo, el que lee, entienda.* Esta abominacion de la desolacion no es otra cosa que el pecado mortal en un cristiano, que es propiamente su templo y lugar santo que él mismo ha criado para sí, que ha santificado por la gracia del Bautismo, y en el que desea hacer su mansion, como nos lo asegura el mismo Jesucristo por estas palabras : Cualquiera que me ame, observará mi doctrina, y mi Padre le amará, y vendrémos á él, y harémos mansion dentro de él. Como un amante esposo con su esposa.

3. Pero ¿qué ha hecho el cristiano pecando? ¡Ay de mí! No me atrevo á decirlo; pero tampoco puedo callarlo. ¡Cielos... tierra... oid mi voz!... Criaturas todas, estad atentas, que voy á decir la gran maldad que ha cometido el hombre!... Ha pecado!... y el pecado es el mayor de los crímenes, es el mayor de los males, es el único mal verdaderamente tal. Ha pecado, y con el pecado ha ofendido á su Dios, que es la misma bondad y hermosura infinita. Ha ofendido á su Dios, que es su Padre que le ha dado el ser que tiene, y le conserva la salud y vida que disfruta. Ha ofendido á Dios, que es su Esposo, y ha tenido el atrevimiento de cometer un adulterio espiritual, faltándole á la fidelidad que por tantos títulos le debía. Ha ofendido á Dios, que es Señor de su alma, cuerpo y corazon, y pecando ha cometido la mayor traicion, entregando las llaves de este castillo al enemigo malo, y este ha tomado posesion, echando fuera la gracia de Jesucristo, sus méritos y virtudes. Ha ofendido á Dios, y pecando ha cometido la mayor infidelidad apostatando, pasando del bando de Jesucristo al partido del enemigo. No me detendré, amadísimos hermanos, en apuntar una por una las maldades que comete el pecador. Basta que diga con Guillermo Parisiense, que un solo pecado mortal reúne espiritualmente en sí todas las deformidades y monstruosidades de maldad que se han cometido y se pueden cometer sobre la tierra. Y no seguiré explicando todas estas maldades; solo me concretaré á haceros ver que el pecador ofende á Dios, á Jesucristo y á María santísima. Hé aquí las tres reflexiones que quisierauviéseis siempre presentes. Y á buen seguro que con ellas no se pecaria tan fácilmente, ni se beberia la iniquidad como el agua.

Para poderme explicar necesito de los auxilios de la divina gracia, y por esto acudiremos á María santísima, que es madre de ella. María fue concebida sin pecado, y vivió siempre exenta de toda mancha; por lo tanto ella nos alcanzará del Señor los auxilios que necesitamos para salir del pecado, si hemos incurrido en tan gran mal, y preservarnos del pecado, si todavía no hemos caído en él. Para ambas cosas sirve muy mucho el conocer la gravedad del pecado, que será lo que os explicaré asistiéndome la gracia de que necesito y que con todo fervor pediremos por la intercesion de María santísima, saludándola con el Ángel: *Ave María.*

Omnibus diebus vitæ tuæ in mente habeto Deum, et cave ne aliquando peccato consentias. (Tob. iv, 6).

En todos los dias de tu vida acuérdate de Dios, y guárdate bien de consentir jamás en el pecado.

4. Hé aquí, amadísimos hermanos en Jesucristo, las palabras con que el buen padre de familias, llamado Tobías, adoctrinaba y enseñaba á su querido hijo. ¡Ojalá que todos los padres y madres de familias le imitasen y enseñaran esa doctrina á sus hijitos! que todos serian muy buenos. Observad bien lo que decia aquel modelo de los padres: Hijo mio, acuérdate siempre de Dios, de dia y de noche piensa que Dios te está mirando; y delante de tan gran Señor, guárdate de consentir en el pecado, porque el que peca se declara atrevidamente desobediente á Dios, y enemigo de este mismo Dios que es Rey de reyes y Señor de señores. Así lo practicaba la reina Blanca, madre de san Luis rey de Francia. Deciale: ¡Ay, hijo de mi corazon, y cuánto te quiero, solo Dios sabe cuánto te quiero, y sin embargo mas quisiera verte muerto en mis brazos, que no caído en un pecado mortal! Así fue como se conservó Luis sin cometer pecado en toda su vida; así fue como llegó á ser santo. ¡Ojalá que vosotros, padres y madres, instruyérais á vuestros hijos é hijas desde muy pequeños, y les imprimiérais estas saludables máximas, que no dudo serian ellos como san Luis! pero si vuestros padres no os enseñan, hijos mios, venid á mí, os diré con el real Profeta, que yo os enseñaré el temor del Señor. Venid, jóvenes; venid, ancianos; venid, hombres; venid, mujeres; venid todos, y os enseñaré el horror que habeis de tener al pecado, y el temor que habeis de tener á Dios, á quien se ofende con el pecado.

5. Pecado, es hacer, decir, ó pensar alguna cosa contra la ley

de Dios, dice san Agustín. Según santo Tomás, es aquel pensamiento, palabra ú obra que se aparta del debido fin, contra la regla de la naturaleza, de la razón, ó de la ley eterna. Así como se dice que el pintor ha cometido un pecado de arte, porque el retrato que ha pintado no es conforme al original, ni ha guardado las leyes del arte; así también decimos que comete pecado en lo moral aquel hombre que en sus acciones no se conforma con Jesucristo, que es su original. Por esto se le llama al hombre cristiano, que significa imitador de Cristo. Por eso también el eterno Padre nos lo dió por ejemplo y modelo que debemos copiar en nosotros mismos: por manera que en tanto nos salvaremos, en cuanto le estaremos conformes y parecidos. También tenemos leyes con que debemos regular todas nuestras acciones, leyes que se llaman ley eterna, y ley de la razón, que no es otra cosa que una partición de aquella, y solo se distinguen en que la ley de la razón natural sirve solamente para medir y regular las cosas naturales que se alcanzan con la razón; pero la ley eterna sirve para regular las acciones humanas no solo en el orden natural, sino también en el orden sobrenatural y de fe, como dice santo Tomás.

6. Es cosa generalmente sabida que todo arte tiene sus reglas ó leyes. Tampoco hay reino que no tenga su código de leyes para gobernarse, y en la observancia ó abandono de las leyes estriba el orden ó el desorden. Dios, ~~ser~~ supremo, criador universal de todas las cosas visibles é invisibles, ha dictado leyes á todas las cosas para su conservacion y orden; á los planetas les ha dictado leyes de gravedad ó atraccion con que continúan su marcha por las órbitas que les marcó, conservándose en su equilibrio por las fuerzas centripeta y centrifuga, y estas son observadas por los planetas con tal exactitud y puntualidad, que sin temor de errar podemos asegurar cuándo hará el solsticio, cuándo el eclipse, y así de lo demás. Lo propio debemos decir del globo terráqueo y de cuantas cosas vemos en él. La luz tiene sus leyes; todos los flúidos tienen las suyas; la electricidad, el calórico, en una palabra todas las cosas tienen sus leyes marcadas por el Criador, las que observan con la mayor puntualidad. El hombre tiene también su ley, y cabalmente es el único ser visible que la quebranta, el único que peca y ofende á Dios. ¡Oh! qué maldad tan grande comete!...

7. Los teólogos para medir la gravedad del pecado se valen de un compás, que digamos, poniendo una punta en el que ofende y otra punta en el ofendido, y cuanto es mas vil el que ofende y mas

noble el ofendido, se reputa mas grave la ofensa porque es mayor la distancia. Por ejemplo: si un esclavo da un bofetón á otro esclavo, mal es, pero como los dos son igualmente esclavos no se hace caso; pero si el esclavo da un igual bofetón á su amo, al capitán, á la reina ó rey, entonces va subiendo de punto la gravedad de la misma acción á proporcion que es de mayor categoría la persona ofendida. ¿Qué dirémos, pues, de la gravedad del pecado mortal, cuando con él se ofende á Dios, que es un ser infinito? Se debe decir que es de una malicia infinita, por razón del objeto infinito ofendido, que es el mismo Dios.

8. Ven acá, pecador; ¿sabes tú quién es Dios á quien has ofendido pecando?... Es de tanta majestad que los Serafines no se atreven á fijar la vista en su rostro, cubriendo sus ojos con sus alas... Es de tanta grandeza, que las naciones en su comparación son como gotas de agua..., el universo entero, como un grano de arena..., y todo el género humano, como si no existiera. (*Isai. xl*). Es tan grande su poder, que todo lo ha criado de la nada, y con tanta facilidad, que bastó para ello una sola de sus palabras. Con la misma facilidad lo conserva todo, sin depender de nada ni de nadie. Fija la vista en la vasta mar, y la verás rodeada de frágil arena. ¿Qué sucede? que apenas se presentan las agigantadas olas, hallan escrito en la misma arena por el dedo de Dios: *De aquí no se pasa*, y retrocediendo sorprendidas y espantadas, con el murmullo que hacen parecen reprenderse su atrevimiento. (*Job, xxxviii*).

Ese Dios á quien ofendiste, ó pecador, es tan imponente, que basta que dé una mirada á la tierra para hacerla estremecer de espanto. *Respicit terram, et facit eam tremere*. (*Psal. ciii*). Es tan grande su santidad, que á sus divinos ojos parecen manchados los justos y los Santos mismos. Los cielos no son bastante limpios en su presencia, y aun en los Ángeles halló pravedad. (*Job, iv*). Este Dios á quien ofendiste, ó pecador, es tan justo, que su justicia es como los montes. (*Psal. xxxv*). Es tan sábio, que su sabiduría no tiene límites. (*Psal. cxlvi*). Todo lo sabe, nada se le oculta, todas las cosas están manifiestas y evidentes delante de sus ojos. (*Hebr. iv*). Este Dios á quien ofendiste, ó pecador, es el Ser supremo, es el primer ser, es el ser que existe por sí mismo. (*Exod. iii*). Es eterno Señor, que tiene su trono en el cielo, y la tierra es la peana de sus piés. (*Isai. lxvi*). Su palacio es la luz, y sus vestidos son la bondad y la gloria. (*Psal. ciii*). Sus criados y soldados son millones de millones y centenares de millones de Ángeles, tan hermosos, tan ágiles y tan va-

lientes, que uno solo en una noche acabó con todo el ejército del blasfemo Senaquerib, que constaba de 185,000 soldados. Y ¿á este Dios has tenido tú la audacia, el atrevimiento de ofender?... *Obstupescite cæli super hoc.* (Jerem. 11). ¡Pasmaos, cielos, á la vista de tan gran maldad y atrevimiento!... ¿Qué haceis, Ángeles de Dios? ¿por qué no ahogais, por qué no quitais la vida á ese pecador atrevido? ¿por qué, amarrado de piés y manos, no le echais á las tinieblas exteriores, á los infiernos? ¡Ah! no dudo que así lo haríais, si así os lo permitiera Dios; pero este Señor es tan bueno, que en lugar de castigar al pecador, le espera para que haga penitencia y se convierta...

9. Mas, ó pecador, dime ¿quién eres tú para declararte enemigo de Dios?... para hacerle la guerra?... ¡Qué! ¿no sabes que eres carne inmunda (*Ezech. 1v*); carne flaca como el humo? (*Isai. xl*). ¿Puedes, por ventura, ignorar que tu corazon es tan inconstante y voluble como la hoja seca que sirve de juguete á los vientos? (*Job, xiii*). ¡Qué! ¿no sabes que tu vida es como un vapor, que, apenas formado, se disipa en los aires? (*Job, iv*). ¡Ah! tú y los demás hombres sois, segun el cuerpo, como aquellas ampollas que se levantan en un charco de aguas corrompidas cuando cae un chaparron. Se forman aquellas ampollas sobre la faz del agua corrompida, permanecen así no mas que un instante, y luego vuelven á confundirse en la masa corrompida. ¿Qué eres, pues, ó hombre miserable? Eres tierra, y en tierra te has de convertir... ¿Qué eres, infeliz, sino polvo y ceniza? ¿Y así te ensoberbeces? (*Eccli. x, 9*). Y sin embargo de ser tan miserable, has tenido la audacia y atrevimiento de levantarte contra el Señor de cielos y tierra, y decirle con el mayor descaro: *No te quiero servir: Adversus Dominatorem cæli elevatus, et dixisti: Non serviam!* (Dan. v, 23; Jerem. 11, 20). Vete en mal hora; no te quiero servir!!!

10. ¿Qué haces, pecador? ¿Qué dices, desgraciado? No; tú no sabes lo que dices, ni lo que haces cuando pecas!... Piensa bien que Dios, á quien tienes la desfachatez de ofender, es el gran legislador que me dice á mí, á tí, y á todos los hombres que ha habido, hay y habrá: Yo soy vuestro Dios; yo os he sacado de la nada, y os he dado la existencia que teneis. En mi mano está el reduciros á vuestra antigua nada; ó precipitaros en los infiernos. Yo puedo hacer todo lo que quiero en los cielos, en la tierra, en la mar y en todo lugar, sin que nadie pueda pedirme cuenta y razon de lo que hago. En señal de mi soberanía, y porque así lo exige mi gloria y el bien vuestro, os intimo una ley que quiero que se cumpla so pena de eterna

condenacion en los suplicios de los infiernos... Esta es la ley... No tendréis otro Dios que yo. No blasfemaréis, ni juraréis en vano. Santificaréis las fiestas. Honraréis á vuestros padres. No mataréis, ni haréis cosas torpes; no cogeréis lo ajeno, ni diréis mentiras, ni levantaréis falsos testimonios. No desearéis la mujer ajena, ni codiciaréis los bienes de vuestro prójimo. Yo os mando observar toda mi ley, que os viene declarada por medio de mi Iglesia, que es el órgano seguro de mi voluntad.

11. Así ha hablado Dios; y tú, pecador, ¿qué has hecho? ¡Ay! has levantado contra él tu temeraria frente, y si no has hablado con la lengua, has hablado con las obras, que todavía es peor, y has dicho como el arrogante y soberbio Faraon: *Quis est Deus ut audiam vocem ejus?* (Exod. v). ¿Quién es Dios para meterse en gobernarme? Yo no dependo de nadie; yo soy dueño de mí mismo, y hago lo que me da la gana. ¿Qué ley, qué preceptos son estos?... Por mas que diga Dios que el yugo de su ley es suave, y su carga ligera... Yo no estoy por yugos, ni por cargas ni ataduras ningunas; yo quiero vivir de mí mismo, según mi gusto y antojo. Que mande él lo que quiera, que yo haré lo que me dé la gana. ¡Cállate, atrevido!... escucha la queja de tu Dios que te echa en cara tu maldad y te dice: Has hecho trozos de mi yugo, has hecho añicos de mis lazos de amor, y has dicho con el mayor atrevimiento: No te quiero servir. *Confregisti jugum meum, rupisti vincula mea, et dixisti: Non serviam.* (Jerem. II, 20). ¡Oh temeridad espantosa! ¡oh atrevimiento sin igual! ¡Así respondes á Dios!... al Infinito!... al Omnipotente!... al Inmenso!... Tú, cabalmente tú, miserable criatura suya, tierra... polvo... ceniza... putrefaccion y gusanos!... ¿Tú, precisamente tú, que si andas sobre la tierra, es porque é él te aguanta?... Y ¿no es esta una suma injuria hecha á su infinita majestad? Sí, lo es, y muy grande injuria. Un padre de familias se aflige al ver que su hijo no le hace caso: un esposo se entristece al ver los caprichos que á veces tiene su esposa; y el señor se incomoda al ver que el criado no hace lo que él le ha mandado. Escucha, pecador, la voz del mismo Dios que se queja de tí: Hijo desobediente y despreciador del Padre que te ha criado y exaltado: *Filios enutri-vi, et exaltavi, ipsi autem spreverunt me.* (Isai. I). Se queja de tí, alma pecadora. Dios es tu esposo, que te ama entrañablemente y desde la eternidad; pero tú en lugar de corresponder á sus cariños, te has dejado llevar de tus caprichos y le has fallado á la fidelidad. Dios te ha corregido, pero tú ¿qué has hecho? ¿cómo te has portado? Escucha la voz de tu mismo esposo que te dice que en lugar de en-

mendarte has aumentado tus infidelidades. *Et multiplicasti fornicationes tuas.* (Ezech. xvi, 25).

12. ¡Oh pecador! si bien pensaras que en cada pecado que cometes ofendes á todos los divinos atributos, seguro estoy de que no pecarias con tanta desfachatez y atrevimiento. Á fin, pues, de contenerte en la maldad, dígo-te que pecando ofendes: 1.º la inmensidad de Dios. Por razon de la inmensidad Dios está en el cielo, en la tierra y en todo lugar. Él mismo te lo dice por Jeremías: *Cælum et terram ego impleo.* Los Reyes y Emperadores, por grandes que sean sus Estados, tienen sus límites, y fuera de allí nada pueden: pero los dominios divinos son ilimitados; de todo es dueño el Señor. El Rey ó Emperador no lo puede ver todo por sí mismo, se ha de valer de otros; pero Dios todo lo ve, todo lo oye, porque está presente en todo lugar. Díme, pues, pecador, delante de Dios ¿tendrás valor para pecar?... Cuando un hijo ó una hija quiere cometer una maldad, procura buscar una ocasion que su padre no lo vea, ni lo oiga; y tú, pecador, ¿tendrás valor para pecar delante de Dios, que es tu Padre? Cuando una esposa quiere faltar á la fidelidad, anda con cuidado que su esposo no lo vea; y tú, alma cristiana, ¿no te avergonzarás de pecar á la vista del mismo Dios que es tu esposo? Cuando un hombre malo quiere seducir á una jóven doncella, ó á una recién casada, procura que su padre ó marido no lo entienda, y si por alguna casualidad impensada queda sorprendido *in fraganti* en la maldad, queda tan confundido y avergozado que no sabe en qué se halla; pues mira, pecador, que seduces á esa alma hija y esposa de Dios, y el mismo Dios te sorprende, y te ve en el acto mismo de la maldad, ¿cómo no te avergüenzas? ¿cómo no te quedas muerto de pena y confusion?...

13. Cuando un ladron quiere robar, espera la oscuridad de la noche, se va al lugar, y antes de cometer la maldad, mira adelante y atrás, por uno y por otro lado, y cuando está seguro que nadie le ve es cuando comete la injusticia. ¡Ay, miserable! tú piensas que, con estar oculto de los hombres, ya nadie te ve... Pues sepas que todavía te ve Dios, á quien debes temer mas que á todos los hombres juntos. Él es el dueño, propiamente tal, de todas las cosas: en robar delante del mismo dueño hay un pecado mas. Si quieres pecar, busca un lugar en que no esté Dios, y entonces haz lo que quieras: *Si peccare vis, quære ubi te non videat Deus, et fac quod vis*, dice san Agustin. Jamás se ha leído en la historia que haya habido ladron tan atrevido que delante del juez, de los testigos y del verdugo se haya atrevido á cometer delitos; y esto que no se lee en la

historia, se ve todos los dias en los pecadores, que tienen la audacia de pecar. Cometen el crimen delante de Dios, que es el juez supremo que los ha de juzgar, y delante del Ángel custodio y del demonio, que serán sus testigos en el tribunal de Dios. Á mas de esto, el fuego ¡ ah ! el fuego, que en tantos lugares se halla, y aun el mismo calor del pecador, es una imágen ó figura del fuego del infierno que como instrumento y verdugo de la justicia de Dios le atormentará. Dios no puede menos que acelerar la pena y el suplicio del pecador, al ver que peca delante de sus mismos ojos, segun vemos en el ejemplo que nos trae la santa Escritura en el libro de Esther, vii. Asuero estaba incomodado contra el malvado Aman; y para distraerse se salió á un jardin, pensando qué resolucion tomara. Volvió á tiempo en que le vió postrado sobre la tarima en que la Reina estaba recostada, y creyendo que Aman queria cometer alguna maldad, exclamó: *Me præsente, in domo mea!*... *Appendite eum in illo.* ¡ Tal atrevimiento de pecar en mi palacio y estando yo presente! Colgadle en el suplicio, en el patibulo. Y ¿ no temes, pecador, diga y haga contra tí Dios nuestro Señor, al ver que realmente pecas en su misma casa, pues que es dueño del universo, y en su misma presencia, ya que está en todo lugar; no temes que diga á ese atrevido que tiene la desfachatez y desvergüenza de pecar: *Me præsente, in domo mea...*, amarradle, y llevadle al suplicio del infierno; *appendite eum in illo?*...

14. El pecador, pecando, desprecia á Dios y le ofende: 2.º en el atributo de la omnipotencia. Dios por su omnipotencia, ha criado todas las cosas: *Omnia per ipsum facta sunt.* (Joan. i). Y por lo mismo es dueño y señor de todas ellas. Él las da á quién quiere y cómo quiere, quitándoselas cuando le place: *Domini est terra, et plenitudo ejus.* (Psalm. xxiii). Pues dime, pecador, ¿ qué tienes que no lo hayas recibido de Dios? *Quid habes quod non accepisti?* (I Cor. iv, 7). No, nada tienes que no lo hayas recibido; nada has traído á este mundo, nada te llevarás en la hora de la muerte: todo, enteramente todo lo dejarás. Dios te ha dado el alma con sus potencias para que le sirvieras y amaras en este mundo, y despues fueras feliz con él por toda la eternidad allá en el cielo. Te ha dado el cuerpo con sus sentidos; te ha dado salud, honra, riquezas; te ha dado un universo entero que, dia y noche, á voces te está diciendo que le ames: *Cælum, terra, et omnia dicunt mihi ut amem te* (S. Aug.): y tú, pecador, ¿ amas y sirves á un Dios tan bueno? No; lo que haces es ofenderle, y aun te vales de las potencias, sentidos, salud, riquezas, y

de todo lo demás para ofender á Dios. ¿Qué dirías tú, pecador, si vieras á una esposa á quien su marido ama muchísimo, y tanto que le ha entregado riquísimas joyas y vestidos; pero esta esposa ha salido de tan mala cabeza, es tan ingrata y perra, que se vale de las mismas joyas y vestidos para pecar con otros, olvidándose de su bondadoso esposo y ofendiéndole con la mas fea de las maldades?... ¡Oh! sí; paréceme oír que dices que tan mala é ingrata mujer merece ser quemada viva... Pues bien; *Tu es illa mulier*: Tú, alma pecadora, eres esa malísima mujer á quien acabas de condenar. Dios te ha dado entendimiento, y tú te has valido de esa alhaja tan noble para pecar, discurriendo y pensando cómo lo harías para lograr tus pretensiones. Dios te ha dado memoria, y tú la has empleado para ofender á Dios acordándote de las cosas malas, y deleitándote en ellas. Dios te ha dado voluntad para amarle á él únicamente; te ha dado tal capacidad que solo Dios te puede llenar, pero tú has echado fuera á Dios para amar el pecado. Dios te ha dado un corazon, y quiere que con todo ese corazon le ames. El mismo Dios que lo ha criado, te lo ha confiado, y te manda que lo selles con su santísimo nombre, para que te acuerdes que es suyo: *Pone me ut signaculum super cor tuum*. Te lo pide, y te dice: Hijo, dame tu corazon; pero tú ¿qué haces? ¡Ay! apenas me atrevo á decirlo, y no obstante no puedo callarlo. Haces de tu corazon un templo de ídolos, por los vicios que albergas en él, segun la frase de san Agustin: *vitium in corde, idolum est in altare*; cada vicio en el corazon es un ídolo en el altar.

15. Lo mismo debo decirte de los sentidos corporales. Tú haces servir la vista para mirar cosas torpes y leer libros malos; tú haces servir la lengua para hablar torpezas, maldecir, jurar, blasfemar, murmurar y otras maldades; tú te vales del oído para escuchar lo que no debes, y así de los demás sentidos. De modo que puede asegurarse que te sirves de todos ellos para mas ofender á Dios, y que cometes muchos pecados que no cometerías si Dios no te hubiera dado esas joyas de las potencias y sentidos que te ha confiado. Ó sino, dime: ¿cometerías esos pecados que cometes con la vista, si fueras ciego? ¿dirías esas malas palabras que dices, si fueras mudo? ¿cometerías esas torpezas, si estuvieras siempre tullido y sepultado en el lecho del dolor?

Con lo que he dicho hasta aquí parece que no puede ya llegar mas allá tu ingratitud y atrevimiento; pero, ¡ay de mí! todavía me falta decir lo principal que hay en este punto, y es que el pecador para pecar y ofender á Dios, no solo se vale de las potencias, de los

sentidos y de todo lo demás que Dios ha criado, sino que además se vale del mismo Dios para insultar y ofender á Dios. No penseis que este sea un pensamiento ó ponderacion mia. No, es una queja muy sentida que da el mismo Dios al pecador con estas palabras : *Servire me fecisti in peccatis tuis, præbuiisti mihi laborem in iniquitatibus tuis* (Isai. XLIII, 24): Me hiciste servir en tus pecados, y me has dado pena con tus iniquidades. Y, como dicen los expositores, Dios concurre á la accion material del que peca, mas no á la malicia. Esto lo entenderéis mas claramente con esta semejanza ó comparacion de lo fisico con lo moral: Así como el hombre formado recto por Dios con las dos piernas sanas para andar bien, con majestad y gallardía, si tiene la desgracia de romperse una pierna, podrá curarse, es verdad, pero le cojeará la pierna, y ese defecto será propio no de la naturaleza del hombre y del auxilio y vida que le da Dios, sino de la desgracia del hombre; así tambien en lo moral Dios ha criado al hombre recto, y, para que sus acciones tengan bondad moral, debe este dirigirlas con esta rectitud al fin á que fue criado, esto es, á la gloria de Dios. Por la malicia del hombre, sin embargo, las acciones que hace y á las cuales concurre Dios en cuanto son acciones, no andan rectas, sino cojeando, apartándose del recto fin y dirigiéndose á la criatura, en vez del Criador, á quien ofende quebrantando su ley.

16. Pondera bien, cristiano, esta verdad: Dios nuestro Señor es la primera causa, el primer motor, el universal agente, y como tal concurre con todas las criaturas á sus obras. Por consiguiente, sin el concurso de Dios no puedes ver, oír, hablar, ni mover mano, ni pié, ni entender, ni querer, ni hacer otra cosa alguna. Esta ayuda la ofrece á todos, por su infinita bondad, con el deseo que se valgan de ella para la virtud, para el mérito, con que consigan la gloria, y esto con tanta liberalidad, que como si fueras dueño de su omnipotencia, así te deja obrar con ella como tú quieras. Pásmate ahora de ver tu descaro, tu atrevimiento y osadía!... ¡Ah! No solo no te aprovechaste de su ayuda, de su concurso para vivir bien, sino que obligaste á Dios y le hiciste que te ayudara á mover la lengua para el juramento falso, para la blasfemia y palabras torpes: hiciste que te ayudara á mover la mano para cometer el robo y el daño á tu prójimo: le obligaste á que te ayudara para cometer la torpeza contigo mismo, ó con otra persona. Seguro estoy de que no te atreverías á proponer á un hombre honrado que te observara, y te ayudara á cometer tales maldades, y te atreves á cometerlas delante de Dios

obligándole á ayudarte á ellas!... ¡Qué maldad!... *Servire me fecisti in peccatis tuis*. ¿Qué linaje de maldad é inhumanidad seria la dé un hombre, que para matar á otro, obligara al padre á que le alumbrara para asesinar á su hijo? Y si no contentándose con eso, ¿cogiera el asesino y armara la mano del padre para hacerle concurrir á las heridas del hijo hasta quitarle la vida?... Pues bien; *Tu es ille vir*. Tú, pecador, con el pecado que cometes asesinas á Jesucristo, y lo vuelves á crucificar, como dice san Pablo. Te vales de la inmensidad de Dios Padre para que te alumbre, y obligas á la omnipotencia de este mismo Dios Padre á que concorra contigo para asesinar á su Hijo Jesucristo... *Obstupescite cæli super hoc!* ¡Pasmaos, cielos, sobre una monstruosidad tan horrenda!... ¡Cómo no se abre la tierra para tragarte! ¡Cómo no sale de su seno el mar para arrebatarte! ¡Cómo no salen las llamas del infierno para devorarte vivo! ¡Pecador atrevido!...

17. Todavía hay mas que decir sobre tan horrenda maldad. ¿Qué dirias de un facineroso que no solo obligase á un padre de familias á alumbrar y ayudar á matar á su propio hijo, sino que despues asesinasen y quitasen la vida al mismo padre? ¡Pecador! ¡ah! *Tu es ille vir*, tú has hecho servir al Padre eterno con su concurso y vida que te da, á matar á su Hijo: *Servire me fecisti in peccatis tuis... Rursum crucifigentes in semetipsis Filium Dei, et ostentui habentes*. (Hebr. vi, 6). Sí: vuelves otra vez á crucificar en tí mismo, en la casa de tu corazon á Jesucristo, y le has expuesto al escarnio. Á mas de esto te has vuelto contra el mismo Padre eterno, y con tu voluntad, en tu mismo corazon has dicho, como el mas atrevido de los necios: No hay Dios. *Dixit insipiens in corde suo: Non est Deus*. Tú has querido que no hubiese Dios para que no viese, para que no supiese tu maldad; ó si venia á saberla, para que no castigase, ni pudiese castigar tu maldad. Y ¿qué es esto, sino querer que Dios no sea Dios, ó que nosea como es, inmenso, sapientísimo, justísimo y bonísimo? ¡Que muera este Dios! dices tú con tu pecado: para mi voluntad está ya muerto; ya en mi corazon no existe tal Dios: *Dixit insipiens in corde suo: Non est Deus*. Sí; en cuanto está de tu parte quitas á Dios la vida, la existencia. Dios es el principio y fin de todas las cosas; todas las crió para su mayor honra y gloria; y tú, pecador, pecando quitas á Dios la razon de último fin, y das honor y razon de último fin al vicio, al pecado que cometes. Este es tu Dios, tu ídolo, como dice san Agustín: *Vitium in corde, idolum est in altare*. Ya eres un idólatra, y peor que un idólatra, dice san Jerónimo, porque el idólatra quemara allá

á su ídolo dos granitos de incienso, y tú le quemas tus pensamientos, palabras, obras y afectos, el cuerpo y el alma, en el tiempo y en la eternidad del infierno. ¡Ay, pecador! atiende, mira bien lo que haces pecando; mira que estás resistiendo al Espíritu Santo. (Act. vii, 51). ¡Ay, pecador! ¿qué haces? ¡Ah! No quieras contristar al Espíritu Santo; te diré con el apóstol san Pablo. (Ephes. iv, 30). No extingas á este Espíritu. (I Thes. v, 19). Pero ¡ay de mí! que nadie te detiene; tú quieres pecar y vivir en tan mal estado!... Esto era lo que hacia llorar á san Agustín, y con palabras mezcladas con sollozos decir al alma en pecado: *Eras sponsa Christi, eras templum Dei, eras habitaculum Spiritus Sancti, et cum dico toties eras necesse est ut toties ingemiscam, quia non es quod fuisti*: Eras esposa de Cristo, eras templo de Dios, eras habitacion del Espíritu Santo, y cuantas veces he dicho que eras, otras tantas veces debo llorar, porque ya ahora no eres lo que fuiste. Ya no eres templo de Dios, sino una pagoda de ídolos, sino un infierno ambulante, una carrera de demonios que te llevan al abismo infernal, y ya te tienen sobre el pozo del abismo, sin esperar mas que el permiso de Dios para echarte en él: *Supra puteum abyssi!*...

18. El pecador, pecando ofende y ultraja: 3.º á la beneficencia de Dios, porque ultraja á aquel mismo Dios que le ha dado el ser y le conserva, no obstante de poder en cada momento reducirlo á la nada. En la santa Escritura se lee (Dan. xiv, 35) que un Ángel cogió por los cabellos al profeta Habacuc, y, suspendido así, lo llevó por los aires hasta Babilonia, al lago de los leones, donde estaba Daniel. Esta es la historia. Decidme, pues, ahora: ¿qué locura no habria sido la de Habacuc, si mientras estaba así suspendido, hubiese sacado un cuchillo para herir la mano del Ángel que le sostenia? Pues bien: Dios nuestro Señor sostiene al pecador sobre la boca del infierno por un cabello, esto es, por un hilo de su fragilísima vida; ¿qué locura no será, pues, el herir, como lo hace pecando, la mano del mismo Dios que le sostiene? Dos cosas, amadísimos hermanos, me llaman aquí muy particularmente la atencion y admiracion; la una es la ingratitud del pecador, y la otra es la paciencia de Dios en sufrir un mónstruo tan ingrato y cruel. Digo la primera la ingratitud del pecador, pues vemos que los animales reconocen á su dueño, le tienen amor, le sirven, le hacen fiestas. El buey respeta á su dueño y le es muy útil; el caballo sirve á su dueño y le lleva con mucho gusto sobre su lomo; el perro ama muchísimo á su amo, le hace muchísimas fiestas, le acompaña en sus viajes si quie-

re, ó se queda en casa para guardarla, segun la voluntad del amo, de la que siempre está pendiente. Cuando llega de fuera su amo, es el primero que le sale al encuentro y le hace la bienvenida; es el amigo de los amigos del amo, y el enemigo de sus enemigos; finalmente el perro fija á cada momento la vista en el rostro de su amo para conocer su voluntad, y cumplirla, como que en todo quisiera darle gusto, y en nada disgustarle. Pregunto yo ahora: ¿no estamos mas obligados nosotros á amar y servir á Dios, que los animales á amarnos y servirnos á nosotros? Sí, y mucho mas. Y ¿lo hacemos?—No.—Á un animal no le hemos dado la vida, y Dios nos ha dado y nos conserva la salud y vida que tenemos. Los animales por bien que nos sirvan, cuando mueren los echamos en un barranco ó basurero. Y si nosotros servimos á Dios, en paga y recompensa, despues de la muerte, nos llevará al cielo, donde nos hará participantes de sus felicidades eternas en la gloria. Por el contrario, nos amenaza con los suplicios eternos del infierno si no le servimos y amamos. Y no obstante de una obligacion tan sagrada y esencial, acompañada de tan halagüeñas esperanzas, y amenazada con eternos castigos, dice con las obras el pecador que no quiere servir á Dios, que quiere ser su enemigo; y, como buey bravo, le da á Dios con los cuernos de su soberbia y orgullo, como caballo desbocado le echa coces con su desprecio é irreligion, y como perro rabioso le muerde con sus blasfemias é insolencias!...

19. La ingratitude del pecador me admira mucho, pero no me admira menos la paciencia de Dios en sufrir tal mónstruo de ingratitude. Para entender mejor la paciencia de Dios, amadísimos hermanos, observad bien lo que pasa naturalmente. Si una mosca os molesta, no la sufrís, sino que luego la espantais ó la apartais; si una pulga os pica, no la sufrís, sino que al momento la cazais, y si la podeis coger la matais. Si un alacran ó escorpion os cae en el seno, ni le dais tiempo para que os pique, sino que al momento le sacudís y le quitais la vida. Y Dios nuestro Señor sufre á aquel pecador, á aquella pecadora que le molesta mas que á nosotros todas las moscas, que le pican mas que á nosotros todas las pulgas y demás viles insectos. Dios sufre á aquel pecador, á aquella pecadora que por sus pecados es mas fea y dañina que todos los alacranes ó escorpiones, sapos, lagartos, culebras y víboras, que así los llama san Juan á los pecadores, diciéndoles: Raza de víboras, ¿quién os ha dicho que podréis escapar de la ira de Dios que os espera? (*Matth.* III, 7). No penseis quedar impunes por esto; él tiene paciencia y espera que hagais fru-

tos dignos de penitencia; pero si no la haceis, ya se va á dar con el hacha al tronco de la vida infructífera, y echarla á los infiernos; ya tiene el biello en la mano para limpiar su era, y mandar á los justos como trigo bueno á los trojes de la gloria, y á los pecadores, como paja y cascabillo, al estercolero y fuego del infierno: *in gehennam ignis!*...

Todavía mas. Si un perro bueno se vuelve rabioso, le haceis quitar la vida; si un amigo os hace una felonía, una injusticia ú otra maldad, ya peleais, ya reñís, y os enemistais de tal modo, que ya no os hablais ni mirais, y si acaso volveis á hacer las paces, y os la juega por segunda vez, entonces sí que reñís de tal manera que ya no hay que contar con otra reconciliacion, considerando como una imprudencia y una temeridad el volverle vuestra amistad y fiaros mas de él. Dios, empero, és tan paciente, que si el cristiano cae en pecado y se humilla pidiéndole perdon y haciendo una buena confesion, al instante le perdona, no una falta sino á millares: si reincide le vuelve á perdonar hasta á un número sin número de veces. ¡Ah! bendita sea la paciencia de Dios en sufrir al pecador! ¡Oh! si el cristiano imitara tal paciencia y fuera agradecido á la beneficencia de Dios, sin ultrajarle como lo hace pecando!...

20. Desprecia y ofende tambien: 4.º la bondad de Dios. Escucha, pecador; lo que dice el mismo Dios á su pueblo, á tí y á todo pecador: *Popule meus, quid feci tibi? aut in quo contristavi te? responde mihi.* Dime, pecador, ¿qué te he hecho? ¿en qué te he molestado? ¿en qué te he ofendido, para que así tú me persigas y me maltrates? Cualquiera que vea el desprecio con que me miras, y los insultos que me haces, y los pecados que cometes contra mí, siendo tú criatura racional, no podrá menos de pensar que alguna razon tienes, que alguna causa te he dado, que en algo te he yo injuriado. Pues, esto es lo que yo no sé, y quisiera que me lo dijeras. *Popule meus, quid feci tibi? aut in quo contristavi te? responde mihi.* Dime, pecador, ¿qué motivo tienes? ¿en qué te he ofendido? ¿Te he ofendido, quizás, porque te he criado y dado el ser racional que tienes? Yo era bien libre de criarte ó dejarte de criar, y toda vez que determiné darte ser, podia darte el ser de bestia, de planta, de piedra, pues no tenias tú mas derecho á una cosa que á otra. De la nada te saqué á tí, como saqué las bestias, plantas, piedras y demás cosas: y, no obstante que todas estas cosas no han recibido ni de mucho en su creacion las gracias que tú, ellas me obedecen, cumplen exactamente mi ley, nunca pecan, jamás me ofenden. Y tú, tan agra-

ciado, tan distinguido por mí mismo, desprecias mi ley, pecas y me ofendes!... *Quid feci tibi? responde mihi.* Yo no solo te he ennoblecido sobre todos los animales, plantas y demás cosas, sino que te he distinguido entre los de tu misma especie, y estas distinciones parece que las tomas como motivo de insultos, y para mas ofenderme. *Responde mihi.* Dime, ¿te he ofendido porque te he dado alma con potencias desarrolladas, mas que á los otros? Te he dado entendimiento, ¿y por esto me ofendes mas que aquellos bobitos, con tus pensamientos y discursos malos? Te he dado memoria y voluntad, ¿y tú te complaces en la maldad? Yo te he dado vista á preferencia de tantos otros que son ciegos; y, como si esto fuera un agravio que yo te he hecho, te sirves de estos mismos ojos para ofenderme leyendo escritos y libros malos, mirando cosas obscenas y provocativas. Dime, ¿te he ofendido en darte habla, á preferencia de otros que son mudos? Estos con su lengua no me ofenden, y tú te vales de esta lengua que tanto te distingue para hablar palabras de maldicion, blasfemias, juramentos falsos, torpezas y otras malas expresiones. Dime, ¿te he ofendido en darte la perfeccion de los demás sentidos, cuando te vales de todos estos para pecar? Dime, ¿te he ofendido en darte salud, cuando veo que la empleas para cometer pecados que de ninguna manera cometen los que, privados de ella, se hallan sepultados en el lecho del dolor? Dime, ¿te he ofendido en darte hermosura, riquezas y honores, cuando veo que con todas estas cosas te vuelves contra mí, cometiendo pecados que no cometerias si no tuvieras hermosura, ni riquezas, ni honores, ó á lo menos no cometerias tantos? Es decir, que cuanto mas bueno y generoso ha sido Dios contigo, tanto mas malo has sido tú, ó pecador, para con él! Pero dime, hijo mio, ¿en qué corazon cabe tanta maldad é ingratitud? ¿De qué entendimiento sale tal modo de discurrir?... Tú naturalmente discurre de esta manera: Si tienes un criado muy bueno, que te sirve bien, que es laborioso, honrado, etc., dices, es necesario pagarle bien su salario, para que esté contento, para que no se me vaya; y esto porque es bueno. Si tienes un caballo bueno en la forma, en la marcha, en todo, dices: es preciso cuidarlo bien; y ¿por qué? Porque es bueno; esta es la razon. Si tienes un perro que es muy fiel, que guarda tu persona, tu casa é intereses, que te sirve mucho para cazar, dices: es preciso cuidarlo, y ¿por qué? Porque es bueno. Esta es la regla general con que se mide todo; es bueno, luego se debe amar mas, atender y apreciar mas; y como no hay regla general que no tenga su excepcion, esta cabal-

mente hace recaerla el pecador sobre Dios. Dios es bueno, el único bueno, y cabalmente es lo único que el pecador desprecia, amando todas las cosas, aun las mas viles, mas que á Dios. El pecador ha recibido de Dios muchos beneficios; por esto lo ofende tanto mas, cuanto mayores son los beneficios que de él ha recibido. Dios no quita luego la vida al pecador que tiene la audacia de ofenderle; por esto el pecador aumenta el número de sus pecados: Dios espera á penitencia al pecador perdonándole siempre que de veras se confiesa, y por esta misma facilidad del perdon comete él con mayor facilidad los pecados!... ¡Qué horror!...

21. Horrorizado el profeta David de la facilidad con que se ofende á Dios pregunta (Ps. ix, 13): *Propter quid irritavit impius Deum?* ¿Por qué cosa, por qué valor ó interés ofende el pecador á Dios? — Y contesta el profeta Ezequiel (xiii, 19): *Propter pugillum hordei et fragmen panis*: Por lo que vale un puñado de cebada, un mendrugo de pan, por un vil interés, por un vil deleite, por un desahogo de una vil pasion, por un capricho, por un punto de honra!... El demonio dice al cristiano: Todas estas cosas te daré, si cayendo me adorares; si cayendo del estado de gracia en que te hallas, si cayendo del camino de la salvacion en que te encuentras, me adorares por tu Dios, por tu Señor; si consientes en el pecado. El enemigo malo es como aquel comerciante que si puede hallar bueno y barato, nunca compra caro. El demonio desea tu alma, y para adquirirla te ofrece todo lo que hay en el mundo; pero si conoce que por menos se la darás, muy poco te ofrecerá. Dime, ¿por qué cantidad te has vendido por esclavo de Lucifer? ¿Por qué cantidad has hecho traicion á Dios? ¿Por qué cantidad has vendido la herencia de la gloria del cielo? ¿Por qué cantidad has entregado el castillo de tu corazon? ¡Ay! por un pecado!... por un pecado que en lugar de enriquecerte y sacarte de ahogos, te ha empobrecido mas, te ha hundido mas en la miseria causándote la vergüenza de haberlo cometido, y abochornándote delante de la gente que lo saben!... Sí, por un pecado lo has abandonado todo!...

22. ¡Ah! has despreciado al mismo Dios. El desprecio es la injuria mas grande que puede hacerse á un hombre, porque hiere al honor, que se aprecia mas que la misma vida, mayormente entre gente sabia y de alta categoría. Léese en la historia que Carlos VII rey de Francia amaba muchísimo á un grande de sú corte, que era muy bueno y fiel capitan; un dia el Rey por curiosidad y cariño le dijo: ¿Qué te parece, hay por ventura en el mundo cosa que

te pudiera mover á rebelarte contra mí, amándome como me amas, y queriéndote yo como te quiero? ¡Ay señor! sí que la hay, respondió el caballero; un *desprecio* que S. M. me hiciese, y le suplico que no haga conmigo la prueba. Ahora pues, si el desprecio que hiciese un rey á un vasallo seria tan fatal, ¿qué tal seria el desprecio de un vasallo al rey, qué tal será el desprecio de una vil criatura al Criador, al Rey de reyes y Señor de señores?... Con ese desprecio que hace el pecador, hace á Dios tanta injuria, que es mucho mayor el deshonor que hace á Dios con un solo pecado mortal, dice Señeri Juniore, que honor y gloria le han dado, dan y darán todos los Ángeles y Santos, hasta María santísima. La razon es, porque todo ese bien, aunque tan grande, es un bien finito y limitado; pero un solo pecado mortal es un mal infinito, por injuriar á un Dios infinito: *et ex hac parte est infinitum*, dice santo Tomás (1, 2, q. 87, a. 3; 3 p. q. 1, a. 2 ad 2). De modo, pecador, que tú solo, con un solo pecado, has injuriado y ofendido mas á Dios, que alabanza y gloria le han dado todos los Ángeles y Santos; y Dios mas ofendido se ha visto por un pecado tuyo, que glorificado por las alabanzas de todos los buenos, á la manera que un rey que se ve herido de muerte por uno solo de sus vasallos, esta herida le causa mas sensacion que el verse alabado de todos los demás. La alabanza y el honor son debidos á Dios; la injuria de ningun modo. Dios debe ser alabado, servido y obsequiado de todos, pero injuriado nunca jamás. Tú dirás que cuando pecas, no pecas para despreciar, ni jamás tuviste intencion de despreciar á Dios. Á lo que responde santo Tomás, que si no desprecias á Dios directamente, lo desprecias indirectamente, como ofende á su padre, noble, un hijo de familias que contra su voluntad se casa con una mujer de vil condicion; ó bien como una mujer casada que, habiendo faltado á la fidelidad conyugal, al reprenderla su marido le respondiese: Marido mio, no tienes por qué quejarte, porque si he andado con otros hombres, no ha sido para ofenderte, ni injuriarte, sino por un capricho mio, por mi gusto. ¿Quién de vosotros, casados honrados, quedaria satisfecho con semejante disculpa de su infiel esposa? Yo creo que ninguno; al contrario cada uno se tendria por altamente ofendido en el honor, y con razon... Ahora pues, ¿qué dirá Dios al pecador que, por excusar su pecado, anda diciendo que si ha pecado no ha sido para despreciar á Dios; que él ama mucho á Dios; que no mas lo ha hecho por aquel gusto, interés ú otra cosa así, ¿pensais que Dios aceptará la disculpa? Á buen seguro que no!...

23. Á mí me parece, amadísimos hermanos, que antes de la venida de Jesucristo los pecadores podían tener alguna excusa; pero ahora ¿qué excusa podrán dar de su pecado? dice el mismo Jesucristo. El apóstol san Pablo afirma, y quiere que se enseñe, que la gracia del Dios Salvador nuestro ha iluminado á todos los hombres, enseñándonos, que renunciando á la impiedad y á las pasiones mundanas, vivamos sóbria, justa y religiosamente en este siglo. (*Tit. II*). Y no solo con las palabras y obras enseñó Jesucristo que habíamos de abstenernos y huir de todo pecado, sino tambien con los sufrimientos y muerte. Todos sabemos que Jesucristo ha muerto para destruir el pecado; este es el fin y el fruto de todo lo que padeció: *Iste omnis fructus ut auferatur peccatum* (*Isai. xxvii, 9*), dice el profeta Isaías; y san Pablo dice expresamente que, para rescatarnos del pecado, se ha entregado Jesucristo á la muerte por nosotros: *Dedit semetipsum pro nobis ut nos redimeret ab omni iniquitate*. De ahí concluyen los santos Padres y los teólogos que, segun los decretos eternos de Dios y los derechos de su justicia, la muerte de Jesucristo su Hijo era necesaria para borrar el pecado, y reparar la injuria que el hombre habia hecho á Dios. Así todos los pecados que precedieron á la Pasion del Salvador, los que se cometen todos los dias, y los que se cometerán hasta el fin del mundo, contribuyeron á su muerte. Yo bien sé que cuando fijais la vista en la imágen de Jesús crucificado os conmoveis al contemplar las penas, los dolores y la muerte que sufrió; pero yo quisiera que pensárais y quedárais bien persuadidos de que vuestros pecados fueron la causa de todos los sufrimientos y muerte del Redentor: porque la divina sabiduría los previó, y por ellos sufrió, y por ellos preparó el remedio antes que viniera la enfermedad, segun está escrito: *Ante infirmitatem adhibe medicamentum*.

24. Otro motivo que debe haceros aborrecer y detestar el pecado es, que todas las veces que pecais mortalmente, renovais la Pasion de Jesucristo, y le haceis morir espiritualmente en vuestras almas. Así lo enseña san Pablo, que los cristianos que tienen la desgracia de caer en pecados mortales despues de su bautismo, crucifican de nuevo á Jesucristo dentro de sí mismos, y le exponen á todos los ultrajes de su Pasion: *Rursum crucifigentes sibi metipsos Filium Dei, et ostentui habentes*. (*Hebr. vi, 6*). Y como dice el angélico doctor santo Tomás: *Cum peccas, das occasionem ut iterum Christus crucifigatur*. Por manera que si Jesucristo no hubiese muerto, ó si su redencion no hubiese sido tan copiosa que no hubiese alcanzado

hasta aquí, tú le obligabas ó le dabas causa para volver á sufrir, para redimirte. Quizás dirás que Jesucristo murió y resucitó ya, que ahora es ya impasible é inmortal, y por tanto que no le puedes de ningun modo crucificar. Esto es verdad de parte de Jesucristo; no, no puedes crucificarle otra vez, pero en cuanto está de tu parte vuelves á hacerlo, como lo explica Señeri Juniore con esta comparacion. Dice: Si aquí en ese presbiterio hubiera un rey vestido con una coraza de bronce, y fueras tú con el puñal, y le dieras el golpe en el pecho, como dicho rey está preservado con la coraza no pasaría el puñal, pero de tu parte habrias puesto toda tu malicia y accion para matarlo, y merecerias el castigo de regicida. Así es como tú cuando pecas descargas el golpe contra Jesucristo; es verdad que está preservado de la coraza de la inmortalidad, pero de tu parte tú pones la accion. Con tus malos pensamientos le coronas de espinas; no haciendo caso de sus leyes, le tratas de un rey de burla; le pones una caña por cetro, siempre que desprecias las amenazas que te hace con las penas eternas del infierno; con los robos é injusticias que cometes, le taladras sus santísimas manos; con los pasos que das á la casa del juego, de la embriaguez, de la mujer mala, le pasas los piés; con los gustos brutales que das á tu cuerpo, le vuelves á azotar dejándolo de piés á cabeza todo una llaga, y sin embargo le estás dando siempre con tus pecados!... ¡Ah! ¿y ni ahora que te hago conocer toda tu malicia, te detendrás?... Oye, oye á san Agustin: *Satis est vulnerum, satis est.* Basta, pecador, basta ya; demasiadas llagas has abierto; demasiados pecados has cometido; demasiado has ofendido á Jesucristo!!!...

25. Para mayor pena y confusion tuya, y para mayor dolor de tus pecados, debo decirte que la pasion y muerte que con tus pecados haces sufrir á Jesucristo le es mas repugnante que la que sufrió de los judíos. Cuando Jesucristo murió en el Calvario, fue por efecto de su eleccion, como dice el profeta Isaías (LIII, 7): *Oblatus est quia ipse voluit.* Pero, cuando tú le haces morir pecando, Jesucristo no quisiera. Por esto te manda interiormente tantas inspiraciones y toques de la gracia. Cuando los judíos hicieron morir á Jesucristo, fueron ejecutores de un decreto del cielo que habia determinado su muerte como un medio necesario para la redencion del género humano; mas cuando tú le haces morir en tu alma, miserable pecador, ¿es este un medio de salvarte? ¿no es, al contrario, un pecado que merece tu reprobacion?... En fin, cuando los judíos hicieron morir á Jesucristo, no sabian lo que hacian; y si le hubieran conocido

como á autor de la gracia y de la gloria, nunca se hubieran atrevido á crucificarle, dice san Pablo: *Si enim cognovissent, nunquam Dominum gloriæ crucifixissent* (I Cor. II, 8); pero tú, miserable, tú lo sabes, tú lo dices, tú lo crees; es un principio de tu Religión, un artículo de tu fe, y no obstante tienes el furor de ultrajarle y de crucificarle!... *Rursus crucifigentes sibi metipsis Filium Dei.*

Notad bien, amadísimos hermanos, la expresion del Apóstol: Los pecadores, dice, crucifican en sí mismos al Hijo de Dios. Esto, y esto solo basta para hacer comprender toda la malicia del pecador, y la injuria que hace á Jesucristo!... Si se condujese á un criminal al suplicio, y al llegar allí no hubiera palo en que ajusticiarle, ¿qué diríais vosotros de un hombre que se ofreciera á servir de palo? ¡Ah! No habria maldad, ni crueldad, me diríais, semejante á esta. Pues esto mismo es lo que hace el pecador cuando consiente en la maldad. Ofrece y entrega su corazon para que sirva de palo; sí, el corazon del pecador es el Calvario, es la cruz en donde es crucificado otra y otras veces Jesucristo. El juez Pilatos que le condena á muerte, es su entendimiento: los judíos que piden la muerte, son sus apetitos desordenados. Su entendimiento se resiste, le repugna; conoce la maldad; pero sus pasiones gritan y dicen: *Tolle, tolle; crucifige, crucifige eum*; mas quiero el Barrabás del pecado que á Jesús, hasta que por último consiente y firma la sentencia! Y ahora ¿quién la ejecutará? Allá en el Calvario habia soldados, habia verdugos; pero aquí en tu corazon, no hay otro verdugo que tu misma voluntad. ¿Y tú harás de verdugo?... ¡Es posible!... ¡Ah! tú, tú que eres hijo de Dios, ¿tendrás valor para crucificar á tu Padre? Tú, que eres esposa de Jesucristo, ¿tendrás valor para crucificar á tu Esposo?... ¡Es posible que un hijo mate á su padre, y que una esposa mate á su esposo! ¡Oh! esto lo hace solamente un pecador, una pecadora seducidos por Satanás!... Todavía mas; para ejecutar la sentencia siempre dan alguna paga al verdugo. Pues bien, dime, pecador, verdugo de Jesús, ¿cuánto te han dado para cometer ese deicidio? ¿Te han dado treinta dineros como á Judas? Quizás menos; quizás aun has dado dinero tú para poder cometer la maldad materialmente... ¡Oh! cielos, pasmaos! ¡Quién no tendrá horror al pecado!!!...

26. Amadísimos hermanos, si el considerar la injuria tan grande que se hace á Dios y á Jesucristo no es bastante para contener al pecador en la carrera de sus pecados, tal vez se detendrá y aun arrepentirá de los cometidos si reflexiona bien la injuria y agravio que, pecando, hace á María santísima. Para que todos conozcaís y consi-

dereis bien esta injuria, debo deciros que así como Dios es nuestro padre y como á tal lo invocamos: *Padre nuestro que estás en los cielos*; así María por adopción y por gracia es nuestra madre, y como á tal la suplicamos: *María mater gratiæ*, etc. También es nuestra madre por encargo especial que la hizo Jesucristo antes de espirar en la cruz: *Mulier, ecce filius tuus*; y ella con muchísimo gusto aceptó este encargo y última voluntad de su Hijo. También es nuestra madre por ser nuestra corredentora, y madre del amor hermoso: *Ego Mater pulchræ dilectionis*. Si, María es nuestra madre, y nosotros, aunque indignos, somos sus hijos. Sentados estos ciertos, seguros y tan placenteros principios, pensad qué pena, qué dolor tan grande no ha de ser para esa virtuosísima y santísima Madre el ver sumido en el pecado á alguno de sus hijos! ¿Qué pena tan grande no tiene una buena madre, si sabé que su hijo ó su hija anda en malos pasos?... Dice el sábio Salomon en los Proverbios: *El hijo necio es la tristeza de su madre*. ¿Qué tristeza, qué pena no será, pues, para María (si en el cielo pena puede haber) el considerar las simplezas y locuras de los pecadores hijos suyos?... Si una madre sabe que su hijo, á quien ama entrañablemente, comete delitos que serán motivo para que la justicia lo prenda, lo lleve á la cárcel, á un presidio, al cadalso, ¡ay! qué pena para una tal madre, pues en ella sufren juntamente el amor y el honor!... ¿Cuáles serán, por consiguiente, la pena y el dolor de María, que tanto nos ama, al ver el pecador reo de pecado mortal, por el cual la divina justicia le llevará á la cárcel y suplicio del infierno?...

27. Pero hace subir muchísimo de punto el dolor y la pena que le causa el pecador, hijo suyo adoptivo, por el amor que le tiene, el ver que el objeto que el pecador desprecia y ofende es el mismo Dios, y que vuelve á crucificar á su hijo Jesús, fruto bendito de sus entrañas. ¡Ah! sí; esto es lo que acaba de colmar su pena, su dolor, su quebranto!... Esto lo que la mueve á convidar y llamar á todos los mortales y decirles: *O vos omnes, qui transitis per viam, attendite et videte si est dolor sicut dolor meus*. ¡Oh vosotros todos los que pasais por este camino, deteneos á mirar si hay dolor que pueda compararse con mi dolor! ¡Ah! Venid, vosotras mujeres, vosotras que sabeis qué cosa es amor de hijos, y decidme ¿qué os parece de ese espectáculo que acabo de proponer á vuestra consideración? ¿Hay dolor semejante al de María?...

Algunos dicen á veces: yo amo mucho á María; yo soy muy devoto de María santísima.—¿Y pecas?... ¿y vives de continuo en pecado

mortal?... No, no; tú no eres devoto de María; tú no amas á María; tú eres, al contrario, su mayor enemigo, porque ofendes á Dios, que es su padre, y crucificas á Jesús, que es su hijo. Para comprenderlo mejor, supongamos que aquí hay una señora con su padre, á quien quiere mucho, y con un hijo, á quien ama muchísimo. Preséntase á esta señora una persona, y le dice: yo á V. la quiero y aprecio en gran manera, y mientras va diciendo estas palabras ofende gravemente al padre, á puñaladas mata al hijo de la misma señora!... ¿No sería esto una horrorosa felonía, la mas refinada crueldad? Pues bien, esta es, ó pecador, la crueldad y felonía que tú cometes con respecto á María santísima, mientras llevas tan mala vida!... En tu mano está, sin embargo, el ser amigo y buen hijo suyo, aunque no lo merezcas; ella es la ofendida despues de Dios y de Jesucristo, y con todo ella misma será, si te arrepientes, tu abogada y medianera para alcanzarte el perdon, como vas á verlo en este pasaje de la sagrada Escritura (II Reg. xiv) con que concluyo :

28. Se lee allí que una mujer viuda, llamada Tecutis ó de la ciudad de Tecua, se presentó al rey David, y postrándose en el suelo, con lágrimas y suspiros le dijo : Señor, habed piedad y misericordia de mí!... Yo soy una viuda; se me murió el marido, y en prendas de su amor me ha dejado dos hijos. De estos el uno ha muerto al otro, y ahora quieren matar el único que me ha quedado, en castigo del fratricidio que ha cometido. Recaiga sobre mí ¡oh rey y señor mio! y sobre la casa de mi padre la culpa, si la hay, en otorgar el perdon de tan horrible delito!... Y le dijo el Rey que la daba palabra de que á su hijo no se le mataria, y que podia ya desde entonces volver tranquila á su casa. Esta es la letra, amadísimos hermanos; pero ¿sabeis cuál es su significado, entre otros? Lo diré: María santísima es esa mujer; tiene dos hijos, el primero es Jesús; este es hijo de María segun la naturaleza; el segundo es el hombre; este es hijo suyo adoptivo. El primero es muy bueno, humilde, obediente, caritativo, todas las virtudes tiene, y las tiene en grado heroico; el segundo, que es el hombre, es soberbio, desobediente, iracundo, envidioso, etc., y tan malo que un dia dió la muerte á Jesús, su hermano mayor, y la justicia divina le busca para condenarle y echarle al suplicio del infierno. La Virgen santísima representa al eterno Padre, y pide por tí, pecador, y te alcanza el perdon. ¡Ah! Bendita y alabada sea la misericordia de Dios; bendita y alabada sea la misericordia de María!... ¡Oh! Ven acá, pecador, no temas; no es

menester que andes errante y fugitivo, como Adán y Eva, Cain y otros pecadores, que huían y se escondían de la presencia de Dios. Ven acá, preséntate á María santísima tu dulce madre, tu poderosa abogada, que te ha alcanzado la misericordia y el perdón de tus pecados. Ven acá...

29. (*Póstrate humilde á los piés de este Señor que es su Hijo*). ¿Le conoces? Este es el mismo á quien tú has ofendido y agraviado! Míralo bien, y verás las heridas que tú le has abierto; verás chorrear la sangre de sus llagas, pero esta sangre no es como la de Abel que clama venganza contra su hermano Cain que lo mató: al contrario, la sangre de Jesús pide clemencia y misericordia... Está muerto, ya lo ves... pero *defunctus adhuc loquitur*; pero aun difunto habla y dice: Perdónalos, Padre, que no sabían lo que hacían cuando pecaban, y con los pecados me volvían á crucificar. Yo estoy cierto que no me habrían crucificado con sus pecados, como lo han hecho, si ellos lo hubiesen sabido, pensado y reflexionado bien. Sin embargo, ellos lo han hecho. Míralo bien, pecador, ¿ves esas espinas en la cabeza de Jesús? ¡Ah! tú las clavaste, pecador, pecadora, con tus pensamientos de vanidad y torpeza. ¿Ves esos clavos de las manos? Tú los has fijado con tus acciones malas. ¿Ves esos piés taladrados? Tú los taladraste con tus malos pasos. ¿Ves ese costado abierto y ese corazón traspasado de una lanza? Tú lo has traspasado con tus amores prohibidos y con tus rencores. ¿Ves ese cuerpo todo llagado de piés á cabeza como un leproso? Tú lo has llagado con los placeres que te has dado. ¡Ay Señor! yo no pensaba qué hacía cuando pecaba, ahora es cuando lo vengo á conocer; sí, ahora caigo en la cuenta. Ahora, Señor, digo con el arrepentido profeta David: *Quoniam iniquitatem meam ego cognosco, et peccatum meum contra me est semper*. Ahora, Señor, conozco mi iniquidad, ahora y siempre mas tendré delante de mis ojos el efecto y resultado de mis pecados, que es vuestra Pasión y muerte.

Mas así como los judíos luego que conocieron el mal que habían hecho de crucificar á Jesús, herían sus pechos y le pedían perdón, hagamos nosotros lo mismo, amadísimos hermanos, pidámosle perdón, y digámosle de lo íntimo de nuestro corazón: Señor mío Jesucristo, Dios y hombre verdadero; Criador, Padre y Redentor mío, en quien creo, en quien espero, y á quien amo sobre todas las cosas; me pesa de todo mi corazón de haberos ofendido, por ser Vos quien sois bondad infinita; también me pesa porque me podeis castigar en los infiernos: ¡ay Señor! si en el primer pecado que cometí me hubiéscis castiga-

do como merecia, ¿en dónde me hallaria ahora? Sin duda en los infiernos; pero ya que me habeis esperado, no quiero, Señor, abusar mas de vuestra paciencia, bondad y misericordia. Os doy mi palabra de que me confesaré de todos mis pecados. Sí, de todos, aun de aquellos que por su gravedad y fealdad no me atrevia; pero ahora estoy resuelto y determinado á confesarme, y confesarme bien, y á cumplir con la penitencia que me fuere impuesta por el Padre confesor. Os ofrezco, Señor, mi vida, obras y trabajos en satisfaccion de todos mis pecados; y así como os lo suplico, así confío que me los perdonaréis y me daréis gracia para enmendarme y perseverar en vuestro santo servicio hasta al fin de mi vida. Amen.

ALMACEN DE MATERIAS.

Gravedad del pecado mortal.

Deum qui te genuit dereliquisti, et oblitus es Domini Creatoris tui. (*Deut. xxxii*).

Væ vobis, viri impii, qui dereliquisti legem Domini; in maledictione erit pax vestra. (*Eccli. xli*).

Iniquitates vestræ diviserunt inter vos et Deum vestrum. (*Isai. c. lxx*).

Scito, et vide, quia malum, et amarum est reliquisse te Dominum Deum tuum. (*Jerem. ii, 19*).

Væ nobis quia peccavimus. (*Thren. v*).

Qui facit peccatum, ex diabolo est: quoniam ab initio diabolus peccat. (*I Joan. iii*).

Non regnet peccatum in vestro mortali corpore, ut obediatis concupiscentiis vestris. (*Rom. vi*).

Qui mortui sumus peccato, quomodo adhuc vivimus in illo? (*Rom. vi*).

De propitiato peccato noli esse sine metu, neque adjicias peccatum supra peccatum. Misericordia enim, et ira ab illo cito proximant. (*Eccli. v, 5, 7*).

Dios es el fin principal que el hombre debe proponerse en todas sus operaciones. De ahí es que, cuando peca, en cuanto está de su parte destruye á Dios, destruye el ser que tiene de último fin, y en su lugar coloca el interés, el placer, ú otra cosa por la cual peca. ¡Qué maldad!

Los vicios y pecados no son otra cosa que dioses nuevos: si te po-

nes iracundo, la ira es tu Dios : si eres deshonesto, la lujuria es tu Dios. Todo aquello que deseas y veneras, aquello es tu Dios. (*San Jerónimo*).

Si eres bueno, aunque fueses esclavo, serias libre ; pero si eres malo, aunque reinaras, serias esclavo, no de un hombre, sino de tantos demonios, cuantos serian tus vicios. (*San Agustín*).

No hay ningun mal verdaderamente tal sino el pecado, que nos separa del bien sumo que es Dios, y nos compara con el diablo. (*Casiano*).

El que peca, vende su alma al demonio recibiendo en paga un breve deleite. (*San Agustín*).

Lloras el cuerpo muerto porque de él se ha apartado el alma ; y no lloras el alma muerta, de la que se apartó Dios por el pecado. (*San Agustín*).

¡ Oh ! qué cosa tan mala y amarga es el pecado ! de fácil entrada, pero de difícil salida : antes de cometerle, ofrece mucho placer, y después de haberse cometido, amarga como la muerte. (*San Agustín*).

Omne malum (peccatum) timore, aut pudore natura profundit. (*Tertuliano*). El hombre bueno es ayudado por la naturaleza, por el placer interno, y por el placer externo de los buenos, y aun los malos á veces le pagan el tributo de alabanza ; pero al malo la misma naturaleza le impone dos castigos, el remordimiento interior y el desprecio exterior de los demás.

Voluntarius dæmon est peccatum, spontanea infamia. (*S. Joan. Chrys.*).

Peccatum est divinitatis injuria. (*Salvianus*).

Crudelis et plane execranda malitia, quæ Dei potentiam, justitiam et sapientiam perire desiderat. (*S. Bern.*).

Voces de Jesús al pecador : ¿ Por qué me clavas en la cruz mas cruel de tus delitos ?... Mas grave para mí y mas dolorosa me es la cruz de tus pecados en que me tienes crucificado contra mi voluntad, que aquella cruz á que subí para redimirte. (*Hildeberto*).

No me claves... antes bien desclávame por medio de una buena confesion... bájame...

Judæi, qui Deum crucifixerunt ambulantes in terris, minus peccaverunt, quam qui offendunt sedentem in cælis. (*S. Dionys.*).

Cur addimus afflictionem afflicto ? Magis aggravant Christum vulnera peccati nostri, quam vulnera corporis sui. (*S. Bern.*).

Peccatum est aversio à Deo, et conversio ad creaturam. El pecado es una aversion de Dios y una desordenada adhesion á las cosas crea-

das: por lo tanto dos cosas son las que constituyen la naturaleza del pecado, á saber: el apartarse de Dios, aborrecerle, despreciarle, no hacer caso de él; este es el primer mal; y el segundo es escoger, preferir la cosa criada, y amarla con preferencia al Criador. No se puede inventar ni fingir mayor perturbacion del orden, ni mayor maldad, ni mayor desórden.

Este desórden se verifica de dos maneras: 1.^a Por la oposicion de la voluntad de la criatura, que es el pecador, á la voluntad increada, que es Dios. Como si el pecador dijera á Dios: ¿Tú quieres esto? pues yo no; ¿tú no quieres esto? pues yo sí. 2.^a Oponiéndose el pecador á la voluntad del hombre que hace las veces, ó está en lugar de Dios, con la contradiccion voluntaria, y pertinaz resistencia á la santidad de los preceptos de Dios, que ya *immediate*, ya mediante alguno nos vienen de Dios á nosotros.

El odio al pecado es tan inseparable de la naturaleza de Dios y está tan íntimamente unido á la Divinidad, que Dios necesariamente ha de aborrecer al pecado; por manera que Dios dejaria de ser Dios si dejase de aborrecer al pecado. Este odio al pecado es de dos maneras: odio de abominacion, y odio de enemistad. El odio de abominacion es una aversion de la divina voluntad, por la cual Dios detesta y repugna al pecado, mas que el agua al fuego. El odio de enemistad es aquel, por el cual Dios mismo persigue al pecado, y se declara enemigo suyo, y lo castiga con severísimas penas, v. g. como vemos que hace un hombre con un alacran que le ha picado, ó con un perro que le ha mordido, ó con otro animal que le ha herido. Con la diferencia que un hombre castiga luego al insecto que le daña, y un rey castiga luego al reo; pero Dios castiga al hombre cuando le place, porque tiene lugar para castigar en el tiempo y en la eternidad, y por esto no tiene por qué apurarse, á diferencia de los hombres, que no tienen mas que el presente tiempo, y este todavía incierto, y con poca paciencia; pero Dios tiene paciencia, tiene tiempo seguro, y eternidad interminable, y justicia reclúsima que no dejará un ápice sin premio ó sin castigo.

El alma en gracia es como una grande y hermosa sala que en invierno le entra el sol de mediodía por todas las ventanas; pero si llega á entrar en ella el pecado, este le cierra de tal manera las ventanas, que ni una rendija le queda para entrar la luz, y así en medio del dia se halla en la mayor oscuridad y tinieblas. La confesion vuelve á abrir las ventanas, y permanecen abiertas mientras conserva el alma la gracia del Sacramento. ¡Dichoso el que oye la

voz del Esposo, que está llamando á la puerta y le abre luego!

Jesús es el esposo del alma; por el pecado muere el esposo Jesús, y queda el alma viuda: y así como todos se levantan contra la viuda, porque no hay quien la defienda, así se levantan los demonios, las criaturas y los remordimientos de conciencia contra el alma sin Dios, como dice David: *Qui querebant animam meam, concilium fecerunt in unum, dicentes: Deus dereliquit eum; persequimini et comprehendite eum, quia non est qui eripiat.* (Psalm. LXX, 11).

Nomen habes quod vivas, et mortuus es. (Apoc. III, 1).

Ecce defunctus efferebatur. (Luc. VII).

El pecador tiene el alma muerta: lo que es un cuerpo sin alma, esto es y mucho peor por el pecado un alma sin Dios. Á aquel jóven lo llevaban á enterrar; el alma en pecado va andando á los infiernos, y se dirá de ella lo que dice el Evangelio del epulon: *et sepultus est in inferno!*... Jesucristo por atencion á la Iglesia, á su santísima Madre, lo llama, lo resucita por medio de una buena confesion y se lo entrega otra vez.

Ite, ostendite vos sacerdotibus (Luc. XVII, 14), dijo Jesús á los diez leprosos. El pecado se compara á la lepra por varias razones:

- 1.^a La lepra inficiona al cuerpo, el pecado al alma.
- 2.^a La lepra despidie fetor del cuerpo; el pecado del alma.
- 3.^a La lepra aparta al hombre de la sociedad; el pecado aparta al alma de la sociedad del cielo.

4.^a Los leprosos eran diez; tambien son diez los mandamientos, y cualquiera que se quebrante hace un leproso.

5.^a Á aquellos leprosos Jesús les mandó presentarse á los sacerdotes; y lo mismo dice á los pecadores para que se confiesen y queden limpios de la lepra del pecado, y puedan salvarse.

S. Thomas mirabatur, posse hominem lethalis culpæ conscium, atque adeo in damnationis æternæ periculo constitutum, unquam ridere et lætari.

Decia santa Teresa de Jesús: Haga Dios que temamos aquello que verdaderamente debemos temer, y entendamos que mayor mal nos puede venir de un solo pecado venial, que de todo el infierno junto.

Melius est mori, quam facere aliquid contra bonum virtutis. (Aristot. I. III *Etic.*).

Plato aiebat: se, licet scire Deum sibi peccatum admissurum et illud homines ignoraturos, nihilominus ob solam peccati turpitudinem illud studiosissime declinaturum.

Cicero in adversis casibus hoc se sapientem solari debere dicebat, quod sciat, nullum malum esse nisi peccatum.

Nada has de temer tanto como los remordimientos de tu propia conciencia ; de los demás males te puedes apartar, pero de tí mismo no puedes. (*Séneca*).

In hoc enim consistit uniuscujusque rei bonitas, quod convenienter se habeat secundum modum suæ naturæ. (*S. Thom. 1, 2, q. 71, a. 1*).

Los teólogos consideran el pecado en cuanto es ofensa á Dios, y por lo mismo porque va contra la ley eterna ; y los filósofos en cuanto ofende á la razon. Por la ley eterna nos regulamos en muchas cosas que exceden la razon humana. Tales son las cosas de fe. (*S. Thom. 1, 2, q. 71, 7*).

Guillermo Parisiense dice que en un solo pecado mortal se hallan espiritualmente todas las deformidades del mundo. En efecto ; el pecado mortal

Es una traicion que se hace á Dios Rey, y se da por él entrada á Satanás.

Es una traicion contra Dios y Señor.

Es una rebellion contra Dios.

Es un sacrilegio, pues se profana el templo de su alma.

Es una apostasia de Dios y de las promesas del Bautismo.

Es un adulterio espiritual delante de su Esposo.

Es un robo que hace á Dios, y delante de Dios.

Es un Parricida, Deicida, Cristicida.

Es la privacion del sumo Bien, el principio de todo mal.

Es el cuchillo de la gracia.

Es el juego que se tiene con el diablo, en que el pecador perderá.

Es el juego de todos los méritos.

Es el naufragio de todas las virtudes.

Es la pérdida de la felicidad temporal y eterna.

Es la ceguedad del entendimiento.

Es la prevaricacion de la voluntad.

Es el endurecimiento del corazon.

Es semilla y veneno del infierno.

Es anzuelo, red, lazo, y ratonera con queso ó cebo.

Es una bestia monstruosa, serpiente venenosa salida del infierno.

Es una locura, un delirio, un desvarío, un frenesí de los hombres.

Es la muerte del alma y de todas las virtudes.

Es un hedor pestilencial, y un contagio mortal.

Es la llave del infierno.

Es la puerta del abismo.

Es la perdicion del mundo entero.

Es la causa universal de todos los males.

Es causa de que el alma que lo comete sea : 1.º un diablo : *unus ex vobis diabolus est*, dijo Jesús de Judas.

2.º hijo del diablo : *Vos ex patre diabolus estis*.

3.º esclavo del diablo ; él mismo se vendió.

4.º peor que el diablo, que pecó una vez, ¿y tú, cuántas?

Es peor, porque el diablo pecó antes de la redencion, ¿y tú?

Es peor, porque el diablo no ha sido perdonado, ni ha recibido Sacramento alguno, ¿y tú?

Fili, peccasti? non adicias iterum ; sed et de pristinis deprecare, ut tibi dimittantur. (*Eccli.* xxi, 1).

Vida infeliz que pasa el pecador en este mundo, y despues va á la infelicidad eterna.

Non est pax impiis, dicit Dominus. (*Isai.* xlii, 21).

Dios, la razon natural y su propia conciencia le han declarado guerra á él y á sus pecados.

Dios con la espada de dos filos, de su ley natural y eterna, le hiere alma y cuerpo, en tiempo y eternidad.

La razon natural se ve insultada y atacada por el pecador, que la iguala y aun posterga á los brutos ; y por lo mismo la razon se defiende y se venga con el puñal del raciocinio. Por manera que el mismo pecador se abochorna, se avergüenza, se confunde y se oculta para que nadie lo vea.

La conciencia lo aterra con el temor de las penas del infierno, y le intima y dice : *Tu es reus mortis*, tú eres digno de muerte y condenado á los suplicios eternos. Al fuego eterno, maldito!...

Pero el pecado se pone plegado como un erizo ; ó como una serpiente, se pone enroscado ; ó como vil sabandija ó lagarto, se pone debajo de la losa ó piedra de la incredulidad ó indiferencia. Mas, así como los cazadores para coger el conejo, que se metió en la madriguera, paran la red, meten el huron, y se les viene á las manos ; así los demonios, que son estos cazadores, se valen de la muerte que es el huron que hace salir el alma de los parientes y amigos, que son la red que el diablo tiende para que no reciba los santos Sacramentos, y así le cae en las manos.

El pecador tiene una flecha clavada en el corazón, un buitre que le roe las entrañas; es una mar tempestuosa; es un infierno ambulante. El pavor circuye á los que obran la maldad. (*Prov. x, 29*). Como Cain, que siempre temia, su vida interiormente es triste y melancólica; se hacen insoportables á los otros, y aun á si mismos son insufribles, y se suicidan como Saul, Judas!...

Su mayor infelicidad es que no conocen el remedio, que es la conversion á Dios; huyen de él, se ponen frenéticos contra los que les quieren curar.

Buscan la felicidad perdida en donde no se puede hallar, v. g. en el interés, honores, placeres, divertimientos; pero los infelices son como aquellos enfermos de calenturas, que tienen mucha sed y beben agua, y cuanta mas beben mas sed tienen y peor se ponen.

EJEMPLOS.

1. Refiere Salviano: Cain, que mató á su hermano Abel, fue el primer hombre que empezó á creer que Dios no veia lo que pasaba aquí en la tierra, ó no se cuidaba de las cosas de acá abajo. Por esto se abalanzó á cometer tal maldad. Partiendo de tan mal principio buscó la soledad, salió fuera, donde no pudiese ser visto de los hombres, creyendo que esto bastaba para cometer á mansalva la maldad. Solamente temia el bochorno y el castigo que los hombres podian darle, y no la reprension de Dios. Pero Dios se le presentó y le preguntó por su hermano, porque la sangre de su hermano clamaba y pedia venganza. Cain lo negó, pero no por esto evitó la maldicion de Dios, y el castigo del pecado que habia cometido.

Væ illis, quia in via Cain abierunt. (Judæ, 11). Cain ha sido el primero que ha tomado este camino. ¡Ay de aquellos hombres que siguen el camino de Cain!... Se olvidan de Dios; no piensan que Dios los ve; solo procuran ocultarse de los hombres. ¡Ay de ellos! que niegan la maldad á Dios y á los que están en su lugar, que son los confesores. ¡Ay de los que como Cain dañan á su prójimo! que aunque nadie lo haya visto, ya lo ha visto Dios, y este les echará en cara su maldad, los maldecirá y les dirá: ¡Marchaos de mí, malditos, al fuego eterno del infierno! (*Matth. xxv*). Parece que no cree que haya Dios aquel que en secreto, pero delante de Dios, hace lo que no se atreveria hacer delante de los hombres. (*San Juan Crisóstomo*).

2. Os referiré un ejemplo, que se lee en el libro II de los Macabeos, cap. vi, de un hombre llamado Eleazar, que los santos Pa-

dres de la Iglesia le llaman Padre de los Mártires, y Protomártir del Antiguo Testamento. Eleazar, pues, uno de los primeros doctores de la ley, varon de edad provecta, y de venerable presencia, fue estrechado á comer carne de cerdo (cosa que la ley prohibia, y por lo tanto era pecado), y se le queria obligar á ello abriéndole por fuerza la boca. Mas él prefiriendo una muerte llena de gloria á una vida aborrecible, caminaba voluntariamente por su pié al suplicio (que consistia en dar de palos al reo en las plantas de los piés hasta que muriese), y considerando como debia portarse en este lance sufriendo con paciencia, resolvió no hacer, por amor á la vida, ninguna cosa contra la ley. Pero algunos de los que se hallaban presentes, movidos de una cruel compasion, y en atencion á la antigua amistad que con él tenian, tomándole aparte, le rogaban que les permitiese traer carnes de las que era lícito comer, para poder así aparentar que habia cumplido la orden del Rey, de comer carnes sacrificadas á los ídolos, á fin de que de esta manera se librase de la muerte. De esta especie de humanidad usaban con él por efecto de la antigua amistad que le profesaban.

Pero Eleazar, dominado de otros sentimientos dignos de su edad y de sus venerables canas, como asimismo de su antigua nativa nobleza, y de la buena conducta que habia observado desde niño, respondió súbitamente, conforme á los preceptos de la ley santa establecida por Dios, y dijo: Que mas bien queria morir que consentir en lo que se le proponia. Porque no es decoroso á nuestra edad, les añadió, usar de esta ficcion; la cual seria causa que muchos jóvenes, creyendo que Eleazar en la edad de noventa años se habia pasado á la religion de los gentiles, cayesen en error á causa de esta ficcion mia, por conservar yo un pequeño resto de esta vida corruptible. Además de esto yo echaria sobre mi ancianidad la infamia y execracion, y aun cuando pudiese librarme, al presente, de los suplicios de los hombres, no podria yo, ni vivo, ni muerto, escapar de las manos del Todopoderoso. Por lo cual muriendo valerosamente, me mostraré digno de la ancianidad á que he llegado, y dejaré á los jóvenes un ejemplo de fortaleza si sufriere con ánimo pronto y constante una muerte honrosa en defensa de una ley la mas santa y venerable. Luego que acabó de decir esto, fue conducido al suplicio... Estando para morir á fuerza de los golpes que descargaban sobre él, arrojó un suspiro, y dijo: Señor, tú que tienes la ciencia santa, tú sabes bien que habiendo yo podido librarme de la muerte, sufro en mi cuerpo atroces tormentos y dolores; pero mi alma los padece de buena ga-

na por tu santo temor. De esta manera, pues, murió Eleazar, dejando no solamente á los jóvenes, sino tambien á toda su nacion en la memoria de su muerte un dechado de virtud y de fortaleza... Aplicacion á todos los individuos de todos los estados, sexo y condicion, como deben sufrir, antes que consentir en el pecado.

Respondiendo con las mismas palabras: haciendo las mismas reflexiones sobre su nobleza, y temor de Dios.

3. La casta Susana. Historia sacada del libro de Daniel, capítulo xiii. — Habia un varon que habitaba en Babilonia, llamado Joaquin; el cual casó con una mujer, llamada Susana, hija de Helcias, hermosa en extremo, y temerosa de Dios: porque sus padres, que eran virtuosos, instruyeron á su hija segun la ley de Moisés.

Era Joaquin un hombre muy rico, y tenia un jardin junto á su casa, al cual concurrían muchos judíos, por ser Joaquin el mas respetable de todos ellos. Y en aquel año fueron elegidos jueces del pueblo de los judíos dos ancianos de aquellos de quienes dijo el Señor, que la iniquidad habia salido en Babilonia de los ancianos que eran jueces, los cuales parecia que gobernaban al pueblo. Frecuentaban estos la casa de Joaquin, donde acudían á ellos todos cuantos tenían algun pleito.

Y cuando al mediodía se iba la gente, entraba Susana á pasearse en el jardin de su marido. Veíanla los viejos cada dia como entraba á pasearse, é inflamáronse en malos deseos hácia ella; y perdieron el juicio, y desviaron sus ojos para no mirar al cielo, y para no acordarse de sus justos juicios. Quedaron, pues, ambos ciegos por ella, pero no se comunicaron el uno al otro su pasion; pues se avergonzaban de descubrir su concupiscencia y deseos de pecar con ella. Y buscaban cada dia con mayor solicitud el poderla ver. Y una vez dijo el uno al otro: Vámonos á casa, que ya es hora de comer; y salieron, y se separaron el uno del otro. Mas, volviendo cada cual otra vez, se encontraron en un mismo puesto; y preguntándose mutuamente el motivo, confesaron su pasion, y entonces acordaron el tiempo en que podrian hallarla sola. Y mientras estaban aguardando una ocasion oportuna, entró ella en el jardin, como solia todos los dias, acompañada solamente de dos doncellas, y quiso bañarse en el jardin, pues hacia mucho calor. Y no habia en él nadie sino los dos viejos, que se habian escondido y la estaban acechando. Dijo, pues, ella á las doncellas: Traedme la confeccion aromática, ó jabon, y cerrad las puertas del jardin; pues quiero bañarme. Hicieron como lo mandaba, y cerraron las puertas del jardin, y salieron por una puerla

excusada para traer lo que habia pedido, sin saber ellas que los viejos estaban dentro escondidos.

Así que se hubieron ido las criadas, salieron los dos viejos, y corriendo hácia ella, le dijeron: Mira, las puertas del jardin están cerradas, nadie nos ve, y nosotros estamos enamorados de tí: condes-ciende, pues, con nosotros, y cede á nuestros deseos. Porque si te resistieres á ello, testificarémos contra tí, diciendo que estaba contigo un jóven, y que por eso despachaste á las doncellas.

Prorumpió Susana en gemidos, y dijo: Estrechada me hallo por todos lados, porque si yo hiciere eso que quereis, seria una muerte para mí; y si no lo hago, no me libraré de vuestras manos (conozco que me condenaréis á morir). Pero mejor es para mí caer en vuestras manos sin haber hecho tal cosa, que pecar en la presencia de Dios. Y dió Susana un fuerte grito: y gritaron los viejos contra ella.

Y corrió uno de ellos á las puertas del jardin y abriólas. Y así que los criados de la casa oyeron el ruido en el jardin, corrieron allá por la puerta excusada para ver lo que era. Y despues de haber oido lo que decian los jueces, quedaron sumamente avergonzados, porque nunca tal cosa se habia oido de Susana.

Llegó en esto el dia siguiente, y habiendo acudido el pueblo á la casa de Joaquin su marido, vinieron tambien los dos viejos, armados de falsedades contra Susana, para condenarla á muerte. Dijeron, pues, en presencia del pueblo: Envíese á llamar á Susana, hija de Helcias, mujer de Joaquin, y enviaron luego por ella. La cual vino acompañada de sus padres, é hijos, y de todos sus parientes. Era Susana sumamente fina y de extraordinaria belleza. Y aquellos malvados le mandaron descubrirse, pues estaba ella con su velo puesto. Entre tanto lloraban los suyos y cuantos la conocian, y levantándose los dos viejos pusieron las manos sobre la cabeza de Susana. Ella, empero, deshaciéndose en lágrimas, levantó sus ojos al cielo, porque su corazon estaba lleno de confianza en el Señor. Los jueces dijeron que la habian visto en el jardin, y que un jóven pecó con ella; toda la asamblea les dió crédito como á ancianos que eran y jueces del pueblo, y la condenaron á muerte.

Susana, empero, exclamó en alta voz, y dijo: ¡Oh Dios eterno! que conoces las cosas ocultas, que sabes todas las cosas aun antes que sucedan: tú sabes que estos han levantado contra mí un falso testimonio; y hé aquí que yo muero sin haber hecho nada de lo que han inventado maliciosamente contra mí. Y oyó el Señor su oracion.

Y quando la conducian al suplicio, el Señor manifestó el santo es-

píritu de profecía en un tierno jovencito, llamado Daniel, el cual á grandes voces comenzó á gritar: Inocente seré yo de la sangre de esta. Y volviéndose hácia él toda la gente le dijeron: ¿Qué es esto que dices?

Y Daniel dijo que Susana era inocente. Que los viejos habian sido los malos; y convictos, y juzgados por el mismo Daniel, fueron condenados á muerte. Entonces toda la asamblea ó muchedumbre exclamó en alta voz, bendiciendo á Dios que salva á los que ponen en él su confianza. Entonces Helcías y su esposa alabaron á Dios por haber salvado á su hija Susana; y lo mismo hizo Joaquin su marido con todos los parientes, porque nada se halló en ella de menos honesto.

Explicacion y aplicacion de esta historia.

1. Dichosa aquella niña que desde un principio es instruida en la ley de Dios, como Susana.

2. Dichosa la niña, mujer, hombre que piensa que Dios le mira, como pensaba Susana, que así no pecará.

3. La mujer cuando no tenga otra arma para defenderse, ya tiene la lengua; que grite como Susana.

4. ¡Ojalá que ahora se quitara la vida á las mujeres que pecan deshonestamente!

5. Providencia que tiene Dios sobre los buenos: *Multæ tribulationes justorum, et de omnibus his liberabit eos Dominus.* (Psalm. vii, 20).

Hablando el Señor del justo é inocente, dice: *Clamabit ad me, et ego exaudiam eum, cum ipso sum in tribulatione, eripiam eum, et glorificabo eum.* (Psalm. xxx). Como sucedió á la casta Susana, así sucederá á los demás, como el Señor lo ha prometido. ¡Dichosos los que están resueltos á morir antes que consentir en el pecado!

4. Dios humanado, muriendo en una cruz para expiar el pecado, nos manifiesta la gravedad y malicia del pecado, con mayor claridad y evidencia que todos los argumentos y ejemplos que se pueden traer. Como el pecado mortal es de una malicia infinita, por ser el ofendido un Dios infinito, fue necesario para su expiacion y para que se diera al eterno Padre una condigna satisfaccion, que Dios se hiciese hombre y muriese en una cruz. Jesucristo es ese Dios y hombre juntamente, el único que por nosotros podia satisfacer, por lo que exclama san Bernardo: Atiende, hombre, cuán graves y profundas son las llagas que te has abierto con el pecado, que por curarlas, segun el orden de la divina Providencia, ha sido preciso que así fuese Jesucristo llagado! Así pues, al mirar la imágen de Jesucristo clavado

en cruz, puedes decir : Señor, yo soy obra de vuestras manos, pues Vos me habeis dado el ser que tengo ; pero yo debo decir con harta confusion y pena, que Vos sois obra de mis manos, pues yo con mis pecados os he puesto en esa cruz, llagado y muerto. ¡ Ay ! *Delicta quis intelligit?* ¿ Quién puede comprender la malicia y gravedad del pecado mortal? Solo Dios con su sabiduría infinita puede conocerla. El necio pecador no la conoce : *Stultus quasi per risum operatur scelus...* Rogad, Señor, por los pecadores, que *no saben lo que hacen*, como dijisteis Vos mismo desde la cruz.

5. Se lee en la Vida de san Juan Crisóstomo, que queriendo la emperatriz Eudoxia deshacerse de este santo Obispo (quien habia hablado con todo el ardor de su celo contra los desórdenes de la corte), le envió algunos cortesanos para sondearle, y conocer lo que mas temia. Le amenazaron, primero, con privarle de sus bienes temporales. — No podréis darme mayor gusto, respondió, que quitarme una carga tan pesada. — Os desterrarán. — Será necesario, pues, enviarme á algun lugar donde no esté Dios, pues que en donde está Dios, para mí ya no es destierro. — Os condenarán á una prision, á la muerte. — Bien, y yo estoy pronto á padecer todo esto. Decid á la Emperatriz que yo le tendré todo el respeto que le debo, pero que nunca deshonoraré mi ministerio. Declaradle tambien que de todas las cosas del mundo, ninguna temo sino el pecado. Los cortesanos pasmados volvieron á Eudoxia, y le dijeron : Señora, en vano V. M. hace amenazas á Crisóstomo : este hombre no teme ni la pobreza, ni el destierro, ni la prision, ni la muerte, no teme sino el pecado. ¡ Oh, qué dichosos seriais todos, amadísimos hermanos, si solo temiéseis el pecado !... Enseñad, padres, este temor á vuestros hijos... Representadles que Dios aborrece el pecado, y que no puede sufrir á los que le cometen : *Odisti omnes qui operantur iniquitatem.* (Psalm. v, 7).

6. Refiere el historiador Herodiano : Que, muerto el emperador Severo, quedaron herederos del imperio los dos hermanos Antonino Caracalla y Geta ; y, no sabiendo reinar juntos, intentó Antonino Caracalla matar á su hermano Geta. Al efecto tiró de un puñal, y al ver esto Geta, corrió al regazo de su madre, para ver si así se defendia de su hermano. Pero no le fue posible, porque hasta allá le siguió Caracalla, y con un mismo golpe mató á su hermano é hirió á su madre. ¡ Ay, pecador ! mírate en este espejo : tú has imitado al cruel y fraticida Caracalla ; tú has muerto con el puñal del pecado mortal á Jesús, tu hermano, y has herido á tu madre María!...

Aquí se pueden hacer muchas aplicaciones y explicaciones.

7. En una de las cartas anuales de la Compañía de Jesús, se lee el caso siguiente, que á mas de referirlo aquellos Padres, sábios críticos y virtuosos, es muy posible que Dios se valga y haga hablar á una imágen para reprender á un-cristiano, cuando nos consta de la sagrada Escritura (*Num. xxii*), que Dios hizo hablar á una bestia, para corregir y advertir al profeta Balaam que andaba mal.

Un jóven cristiano tenia en su aposento una imágen de la Virgen dolorosa con una espada clavada en el pecho. Aquel jóven fue tentado de una **pasion** de impureza, y en lugar de resistir y de encomendarse á María, como debe hacer todo buen cristiano y devoto suyo, lo que hizo fue consentir en la tentacion; y se iba á salir del aposento para ejecutar la maldad, no obstante los remordimientos de su conciencia, que le recordaban la grande ofensa é injuria que con aquel pecado haria á Dios. Apenas llega cerca de la puerta donde estaba la imágen de relieve de la santísima Virgen, cuando oye una voz prodigiosa de aquella imágen que le dice: *¡Alto! ¿á dónde vas?... Toma esta espada, clávala otra vez en mi pecho, antes que herir á mi Hijo con ese pecado que vas á cometer...* Á estas palabras espantado aquel jóven, se hincó de rodillas, y con muchas lágrimas pidió perdón á Dios y á la santísima Virgen, prometiendo que luego se confesaria, y que nunca jamás volveria á pensar en cosas malas.

Muchas reflexiones se pueden hacer sobre este ejemplo, y muchísimas amonestaciones. 1.^a Que los fieles sean pronto en apartar los pensamientos malos, cual si les cayere encima una ascua, un alacran, etc. 2.^a Que se encomienden á María santísima durante la tentacion, y se ocupen en alguna cosa. 3.^a Que se acuerden que Dios los ve, que la Virgen les dice: *¡Alto!...* 4.^a Que se confiesen...

8. Boleslao I, rey de Polonia (hijo de Miecslao I, casado con Dambronea, cristiana, que convirtió su marido é hizo se bautizase en 965, y que el papa Juan XIII enviase en el año siguiente misioneros á Polonia), llevaba colgada del cuello una imágen, ó pequeño retrato de su padre, y cada vez que era tentado de cometer algun pecado (que como jóven tenia allá sus pasiones), apretaba contra su pecho la imágen, y decia: *Absit, pater... Léjos de mí, padre mio, el consentir una cosa como esta que se opone á vuestro honor, y al mio tambien!*... Muchas y muy provechosas reflexiones pueden hacerse sobre este hecho histórico; y singularmente se ha de exhortar á todos los fieles á que lleven alguna imágen de Jesús ó de María, ó el escapulario, y que cuando se sientan tentados la besen é invoquen...

ESQUELETO DEL SERMON IV

SOBRE LOS EFECTOS Ó DAÑOS DEL PECADO MORTAL.

Quasi à facie colubri fuge peccata. (Eccli. xxi, 2).

Como de la vista de la serpiente huye de los pecados.

1. ¿Por qué se peca tan fácilmente? Porque no se conoce el pecado, no se medita.
2. El conocimiento del pecado hace arrepentir.
3. Bienes de que priva el pecado; males que causa. Ave al revés.
4. Naturaleza del hombre, quiere el mal; por esto no quiere luz.
5. El mónstruo del pecado mortal.
6. Fatales efectos que el pecado causó en los ángeles...
7. Fatales efectos que el pecado causó en Adán y Eva.
8. El pecador se queja de Adán; y él hace lo mismo.
9. El pecado perjudica en las riquezas, v. g. egipcios, cananeos...
10. El pecado perjudica en la dignidad, empleo, destino, suerte.
11. El pecado trae las enfermedades y la muerte apresurándola.
12. Daños espirituales, muerte del alma sin Dios...
13. Pierde la gracia.
14. El pecador se declara enemigo de Dios; daños que se causa á sí propio.
15. Se siente el perder la gracia de un rey, y no la de Dios.
16. Por el pecado se pierde el derecho al reino del cielo.
17. Del alma en pecado se aleja Dios.
18. Pasa en el alma que peca lo que sucedió en el templo de Jerusalén.
19. El alma que peca pierde todos sus merecimientos.
20. Lo que ha hecho Dios para quitar el pecado: odio que le tiene.
21. Parábola de san Vicente Ferrer.
22. El odio que Dios tiene al pecado se conoce por los castigos del infierno.
23. Lo que dice prácticamente el pecador cuando peca.
24. Arrepentimiento.

SERMON IV

DEL PECADO MORTAL. — SUS EFECTOS Ó DAÑOS.

Quasi à facie colubri fuge peccata. (Eccli. xxi, 3).

Como de la vista de la serpiente huye de los pecados.

1. ¿Por qué causa pensais, amadísimos hermanos, que el pecador se traga la iniquidad como el agua? ¿Cuál es el motivo que induce al necio á cometer la maldad como por juguete? ¿Por qué pensais que la tierra está enteramente desolada y falta de virtudes, y toda ella ocupada y llena de culpas, vicios y pecados? Yo no tengo la menor duda en afirmar que la causa de tan grande inundacion de males, es porque no se medita ni reflexiona lo que es el pecado mortal. Es la meditacion y reflexion para el alma, lo que son los ojos para el cuerpo. El que no tiene vista ó no ve, ó no advierte, se pone á veces en inminentes peligros con la mayor frescura, y se está muy tranquilo al lado de un animal monstruoso que no ha visto; y aun sufre encima un insecto ponzoñoso que no sabe que esté ahí; pero si de antemano ve el precipicio, se precave; y si, sin advertirlo, se halla ya en algun inminente peligro, ó al lado de algun monstruo, ó ya tiene encima algun insecto ponzoñoso, apenas lo advierte, que ya no tiene reposo; al momento se aparta, huye y lo sacude, por aquel principio innato de la propia conservacion. Esto mismo es lo que á proporcion debe aplicarse al alma, haciendo por ella lo que naturalmente se hace para el cuerpo. Así podemos asegurarnos lo que hemos observado, que todos los que conocieron, meditaron ó reflexionaron la monstruosidad del pecado mortal, si fue antes de cometerlo, por ninguna cosa criada fue posible allanar su voluntad para consentirlo; y si fue despues de haber pecado, tenian por siglos los instantes para salir de tan infame esclavitud. ¿Quién pensais que hizo á José, aquel antiguo patriarca, entrar gustoso en los horrores de una cárcel, sino el conocimiento del pecado? ¿Quién obligó á la casta Susana, estando en las angustias de morir á manos de los viejos lascivos con una muerte no solo dolorosa, sino la mas bochornosa para sí y toda su familia, á elegir antes la muerte que la mancha de la deshonestidad? ¿Quién sino la fealdad de la culpa, que tan claramente conocia á la vista del mismo Dios? ¿Quién



sino este mismo conocimiento fue el que á los santos jóvenes Macabeos les hizo abrazar con alegría los tormentos; y á un san Pablo que desafiase á todas las criaturas y penalidades de esta vida? Sí, este conocimiento fue el que obró tales proezas; este el que endulzó sus penas á los Mártires, y aligeró sus penitencias á los Confesores; este conocimiento fue el que les hacia concebir, y con razon, que aun el infierno mismo era menor mal que el pecado mortal, como dice Tertuliano en nombre de todos los cristianos: *Malum damnari quam à Deo excidere*. Preferimos ser condenados á las hogueras de este mundo, y aunque fuesen las del infierno, antes que apartarnos de Dios por el pecado.

2. El conocimiento de la gravedad del pecado mortal no solo preserva de caer en él, sino que hace salir de tan mal estado á los que han tenido la desgracia de cometerlo. David tuvo la desgracia de pecar torpemente con Bethsabé; vivia como adormecido en el pecado; pero tan luego como el profeta Natan le dió conocimiento de la gravedad del pecado mortal que habia cometido, se despertó y exclamó: *Peccavi Domino*. ¡Ay Señor! ¡qué he hecho yo! ¡he pecado! Y fue tanto el dolor y pena que tenia, que dia y noche se arrepentia de haber pecado; él mismo dice que mezclaba con lágrimas su bebida, y que nunca olvidaba, y que siempre traia ante sus ojos la falta que habia cometido: *El peccatum meum contra me est semper*. El hijo pródigo tuvo la vileza de abandonar á su padre; desperdió su patrimonio, *viviendo luxuriose*, y cometió pecados sin cuento; pero al fin volvió en sí, consideró la maldad que habia cometido, los bienes de que se habia privado y las desgracias que se habia causado. *In se reversus*, se fué á su padre, y díjole: *Padre mio, yo he pecado contra el cielo y contra ti, ya no soy digno de ser llamado hijo tuyo*. Su padre le perdonó, y él siempre mas fue buen hijo. La Magdalena, pública pecadora, entregada enteramente al lujo, á la relajacion, instrumento y posesa de siete demonios, como dice el Evangelio, luego que conoció, *ut cognovit*, la gravedad de los pecados que comelia, al momento se convirtió, y despues fue gran penitente y fervorosa discípula de Jesucristo, compañera, amiga y devota de María santísima.

3. Ya veis pues, amadísimos hermanos, cuánto importa el conocer y meditar bien la gravedad del pecado mortal y los funestísimos efectos que causa; pues nos despoja y priva de lo mejor, nos llena de lo peor, y hace por último eternamente desgraciados y condenados en el infierno. Con este conocimiento bien meditado nunca

pecaréis, y si alguno tuviere la desgracia de pecar, estoy seguro que no tendrá reposo hasta que se habrá bien arrepentido como David, el hijo pródigo, la Magdalena y tantos pecadores que no hallaron consuelo hasta que por medio de una buena confesion arrojaron el veneno que les habia propinado el enemigo malo. En esto me ocuparé, pues, esto es, en haceros ver los fatales efectos del pecado mortal, para que nunca jamás lo cometais; y si entre vosotros hay alguno que se halle en tan mal estado, se arrepienta. Para esto saludaremos á la santísima Virgen con el *Ave María*, y para el pecador rezaremos tambien su *Ave María*, que es al revés de la que rezamos á María santísima, porque á María santísima le decimos: *Dios te salve, María...*, y al pecador se le dice: Dios te condena, pecador, si no te conviertes luego. Á la Virgen le decimos: *llena eres de gracia...*, y al pecador: *lleno eres de iniquidad*. Á la Virgen le decimos: *el Señor es contigo...*, y al pecador le podemos decir: *el diablo es contigo*. Á la Virgen: *bendita eres entre todas las mujeres...*, al pecador le podemos decir: *el mas infeliz y desgraciado eres entre todas las criaturas*. Á la santísima Virgen le decimos: *bendito es el fruto de tu vientre Jesús*; pero al pecador le debemos decir: *maldito es el fruto de tu corazon perverso, que es el pecado*. Despues que la Virgen fue saludada por el Ángel, dice el santo Evangelio que estaba ella pensando qué salutacion podia ser aquella: *Et cogitabat qualis esset ista salutatio*. ¡Ojalá que tú tambien, pecador, pensases detenidamente en la salutacion que se te ha hecho, que no dudo produciria en tí muy saludables efectos. Piénsalo bien, sí, mientras que nosotros vamos á saludar con el Ángel á la santísima Virgen, diciendo: *Ave María*.

4. Amadísimos hermanos en Jesucristo, si os habeis estudiado á vosotros mismos con la debida atencion, habréis hallado que el objeto de la voluntad humana es lo bueno, real ó aparente, absoluto ó respectivo: de modo que la voluntad del hombre no ama, sino atraida por el cebo y aliciente del bien; pero esta voluntad que ama, es una potencia ciega, y no puede amar lo bueno, ni aborrecer lo malo, sin que lo conozca primero como á tal. De aquí provino aquel proverbio tan cierto como comun: *Nihil volitum quin præcognitum*. La guia y monitor de la voluntad es el entendimiento, cuyo objeto es la verdad. Mas á la manera que el ojo corporal no puede ver su objeto visible sino mediante la luz, así tampoco el entendimiento no da con su objeto, no ve la verdad, si no tiene luz. Dios todo lo ha provisto y dispuesto admirablemente, tanto en el orden de la naturaleza como en el orden de la gracia, pues que de todo es señor:

para que el ojo corporal viera, crió la luz en el día primero, y á mas de esta luz general del día primero, crió cuerpos luminosos, el sol, la luna, los planetas y estrellas, en el día cuarto; por manera que el hombre siempre tiene luz de día, y aun no está privado del todo en la noche, porque tiene la luna, las estrellas, y á mas la luz artificial. Sin embargo de tanta luz, puede el hombre cerrar sus ojos, quedarse como ciego, y no ver nada. Á proporcion sucede lo mismo con el entendimiento, que es el ojo del alma. Apenas amanece el primer día de la razon, cuando Dios ya le alumbra, como dice David, preguntando : *Quis ostendit nobis bona?* ¡ Ay, Señor! ¿quién nos advertirá las cosas buenas que debemos practicar, y las malas que debemos evitar y huir? Y al momento cae en la cuenta, y él mismo contesta al Señor Dios, y le dice : *Signatum est super nos lumen vultus tui, Domine, dedisti lætitiám in corde meo* (Psalm. iv): Impresa está, Señor, sobre nosotros la luz de tu rostro, tú has infundido la alegría en mi corazon. Á mas de esta luz general, que amanece para todos en el día primero que llegan al uso de la razon, nos ha dado en medio de los años, como profetizó Habacuc : *In medio annorum notum facies* (Habac. III, 2), ó de los siglos del Viejo y Nuevo Testamento, nos ha dado, digo, á Jesús, sol de justicia, que alumbra á todo hombre que viene á este mundo, como dice san Juan (I, 9). Nos ha dado á María santísima, luna mística, llena de gracia y de virtudes : nos ha dado tantos Santos y Santas, singularmente en la ley de gracia, mas resplandecientes en el cielo de la Iglesia que los planetas y cometas en el firmamento : nos ha dado tantos millones de Ángeles que nos alumbran mas que las estrellas fijas. Sin embargo, el hombre es libre de abrir ó cerrar los ojos del entendimiento, así como lo es de cerrar los ojos del cuerpo, como desgraciadamente hacen los pecadores, porque, *qui male agit odit lucem*: el que obra mal aborrece la luz. Los pecadores prefieren las tinieblas á la luz, como dice el Evangelio, y si Dios por su divina bondad y misericordia les presenta la luz hasta importunarlos, incomodados los pecadores, le dicen : *Recede à nobis; scientiam viarum tuarum nolumus*. Quitate, apártate de nosotros, queremos cometer la maldad, queremos hacer pecados; y si tuviéramos luz, veríamos su fealdad y nos horrorizaríamos, huiríamos de ellos naturalmente. Cierran las ventanas á la luz de la razon, cierran sus ojos y oídos á los ejemplos y doctrina de Jesús, de María, de los Ángeles, de los Santos y de los predicadores. La luz les irrita é incomoda como al que tiene los ojos enfermos. Quieren dormir como el perezoso que

no quiere levantarse, y se incomoda contra el que le viene á despertar.

5. Esto, sin embargo, amadísimos hermanos, solo se verifica en los pecadores obstinados en la maldad, hermanos de Lucifer. Los pecadores, empero, que han pecado por fragilidad, gustan mucho de ver la luz y aprecian infinito al predicador que los alumbra, y dan gracias á Dios por esta merced que les ha dispensado de enviarles quien les instruya y alumbre con la santa luz de la divina palabra. Hé aquí precisamente lo que haré yo; os haré ver la hermosura de la virtud, á fin de que os enamoreis de ella y la practiqueis; tambien os manifestaré la fealdad del pecado, para que le huyais, y os aparteis de él como de la vista de la serpiente. ¡ Con qué presteza huiriais si viérais ahora mismo, aquí mismo, delante de vosotros, una gran serpiente de cascabel, que llaman, y cuyas heridas son tan horrendas y mortales! Pues todavía es mas horrendo el mónstruo del pecado mortal; peores son sus heridas; huid, pues, de él. Acompañadme, amadísimos hermanos, con la consideracion; irémos á contemplar un poco á ese mónstruo á fin de cobrarle mas horror. Es un mónstruo tan horrible, que, segun su figura y fiereza, no hubo jamás demonio que le igualase. Su forma ó aspecto es algo parecido al leon y al dragon juntamente, pero tiene lo principal de serpiente; en su boca y dientes es como un leon furioso y carnívoro, segun nos advierte el mismo Dios con estas palabras: *dentes leonis dentes ejus, interficientes animas hominum*. Su lengua es como una espada de dos filos que corta y daña á cuerpo y alma; *quasi romphæa bis acula omnis iniquitas*. Su venenoso y pestilencial aliento es la quinta esencia de todos los males; obra con una fuerza imponderable, no solo contra los hombres, sino tambien contra los Ángeles.

6. Vamos, amadísimos hermanos, á seguirle la huella; por los efectos se conoce la causa; observaremos los daños y perjuicios que ha causado, y así conoceréis mejor su fiereza, y los motivos que tenemos de huirle, y de no estar jamás quietos ni tranquilos á su lado; *quasi à facie colubri fuge peccata*. El primero de los desgraciados efectos que ha causado, fue allá en el cielo. Halló disposicion en uno de los mas principales cortesanos del empireo, llamado Lucifer, y desde este, y por medio de este, tiene la audacia de dirigirse contra Dios. Segun refiere el profeta Isaías (xix, 13) decia allá en su razon: Yo subiré á lo mas encumbrado de los cielos; colocaré mi trono sobre los astros mas altos, y seré semejante al Altísimo; pero el infeliz quedó herido con sus propias flechas; aspiraba á ser seme-

jante al Altísimo, y quedó tan desemejante cual lo es el demonio; feo, asqueroso, abominable, cual quedó por el pecado de soberbia. Luego se extendió por todos los coros de los Ángeles, y pervirtió y arrastró con la cola de su escándalo la tercera parte de los Ángeles, y los convirtió en demonios. Luego la justicia de Dios los echó fuera del cielo, tanto á Lucifer como á todos sus secuaces, cayendo como rayos, segun la expresion de Jesucristo, millares de millares de Ángeles convertidos en feísimos demonios por un solo pecado de pensamiento, y vinieron á parar al fuego eterno, criado expresamente para su tormento, como dice el Evangelio.

Por lo espantoso del efecto podeis calcular la gravedad de la causa. Y observad bien que quien los castiga es un Dios justo, que nunca se excede en la justicia, ni descarga demasiado la mano; un Dios misericordioso y mas propenso á la clemencia que al castigo; un Dios sábio, que no se puede engañar; un Dios santo, que no obra por pasion ó arrebató. Además de esto habeis de considerar que los culpables son los Ángeles, las primeras hechuras de la divina mano, espíritus nobilísimos, príncipes excelsos. Pensad tambien cuál es la culpa que cometieron... Un solo pecado, el primer pecado, un pecado no mas de pensamiento, y cometido en un instante. Y ¿cuáles es la pena que se les dió? Un infierno, criado expresamente para este fin, lugar de todos los tormentos; eterno!... Y ¿cuándo se les dió esta sentencia? ¡Ay! al instante de haber pecado, *in fraganti*, todos, sin excepcion alguna. Observad bien esto, cristianos, singularmente vosotros niños y niñas que todavía conservais limpia la cándida vestidura de la gracia bautismal, y que por lo mismo sois como los Ángeles de Dios; escarmentad en cabeza ajena; no consintais en el pecado; huid de él; no os dejeis engañar de las sugestioness de los perversos compañeros y gente mala, porque os sucederia lo que á aquellos Ángeles que se dejaron engañar de Lucifer, y con él fueron echados al infierno. Imitad mas bien á los Ángeles buenos; sed firmes y constantes en la virtud, y así el Señor os elogiará y os tendrá eternamente en su santa gloria. Pero si en este auditorio hay algún cristiano que esté en pecado, dígoles que tema á Dios, que no abuse de su paciencia, bondad y misericordia, que se convierta luego. Entiende bien, pecador, que el mismo Dios á quien tú ofendes, es el que ofendieron los Ángeles que pecaron: y el mismo Dios que les castigó á ellos, será el que te castigará á tí. Así lo asegura el mismo en su santo Evangelio con estas palabras de maldicion que echará á los malos: «Marchaos de mí, malditos, al fuego eterno, que

«está preparado para atormentar al diablo y á los ángeles que le siguieron.» Y ya que vosotros, pecadores, le habeis tambien seguido é imitado en el pecar, tambien le seguiréis en el tormento, si no os arrepentís. ¡Ah! cuántos y cuántas hay, que han pecado mas veces que los ángeles malos, que son los demonios!... Dime, pecador, ¿en cuántos pecados de pensamiento has consentido durante tu vida?... ¿Cuántas malas palabras has proferido?... ¿Cuántas malas obras has hecho?... ¿En cuántas omisiones culpables has incurrido?... Á buen seguro que, si te examinas bien, hallarás que has cometido mas pecados que no tienes pelos en la cabeza. Si un solo pecado convirtió el ángel hermoso en feísimo demonio, ¿qué tal estará tu alma con tantos y tantos pecados? ¡Oh! si te conocieras bien! ¡cómo caerías muerto de pena!...

7. Ya hemos explicado, aunque muy brevemente, los fatales efectos que causó el pecado en los ángeles del cielo; ahora pasaremos á considerar los daños que ha producido en los habitantes del paraíso terrenal. Dios habia formado con sus santísimas manos los cuerpos de Adán y Eva; les habia infundido un alma racional con tres potencias, como imágen de la santísima Trinidad. Adornado su entendimiento con una ciencia admirable, su corazón brillaba por la inocencia, tenia un dominio absoluto sobre todas sus pasiones y sentidos, y en su corazón todo era paz y felicidad. Para que nada les faltara de la dicha de este mundo, Dios les colocó en medio de un paraíso; y como en señal del dominio que Dios tenia sobre ellos, y en prueba de la fidelidad que ellos le habian de guardar, les puso un solo precepto, con la condicion que si lo guardaban serian felices por toda la eternidad allá en el cielo; pero al contrario si lo quebrantaban morirían, y serian desgraciados por toda la eternidad allá en los infiernos. Así estaban nuestros padres Adán y Eva disfrutando las delicias y placeres que Dios les habia concedido, cuando se presentó el pecado. Procuró el tentador ocultar su fealdad y monstruosidad, y con palabras seductoras y halagüeñas les dijo que serian como dioses; que se dejasen del precepto que Dios les habia intimado; que esto Dios no lo debia hacer: *Cur præcepit vobis Deus, ut non comederetis de omni ligno paradisi?* (Genes. III, 1); que no hiciesen caso de sus amenazas; que no se detuviesen por nada, ni se sujetasen á la ley de Dios, y serian como Dios. Así es como los sedujo; ellos consintieron y cometieron el pecado. ¡Ay, infelices! ya habeis pecado!... Contábais ser como Dios, y os hallais desventurados: habeis perdido la inocencia, habeis perdido el paraíso...

ya os hallais condenados á fatigas, enfermedades y muerte!...

Ahora, pues, consideremos quién los castiga. — Dios. Dios justo, Dios santo, Dios sábio, Dios misericordioso... — ¿Quiénes son los culpables? Nuestros primeros padres, tronco del género humano, criados poco antes con especial amor, señores del mundo. — Y ¿cuáles la culpa ó pecado que cometieron? Una desobediencia á la ley de Dios. ¿Oyes, pecador? Una desobediencia á la ley de Dios fue el pecado que cometieron nuestros padres. Y ¿cuál es la pena que Dios les dió? ¡Ay de mí! Escucha bien, pecador... ¡ah! casi no me atrevo á decirlo... Despojo de la gracia y justicia original; destierro del paraíso y un sinnúmero de males de cuerpo y alma. De parte del cuerpo desnudez, angustias, dolores, enfermedades, muerte, corrupcion y polvo!... De parte del alma desgracia de Dios, corrupcion de la naturaleza, ignorancia, rebelion del apetito contra la razon, guerra de la carne contra el espiritu, repugnancia á todo lo bueno, desenfrenada propension á todo lo malo!... Ni se limitó á ellos ese cúmulo de calamidades, sino que lo recibimos por herencia toda su posteridad, á semejanza de un depósito de agua súcia, que toda la que de allá sale es tambien súcia. Por manera que todos los males del mundo desde el principio al fin, todos los delitos y la perdicion de todos los condenados, todos en su origen son pena de aquella culpa. — Y ¿por qué pecaron? Por desobediencia, por ambicion, por placer, al ver que era hermoso á la vista, y que seria suave y sabroso al paladar, por ociosidad y andar sin hacer nada, por trabar conversacion con quien no debian. Lo mismo pasa en el dia. ¡Cuántos y cuántos cristianos caen miserablemente en pecado por no estar recogidos ni ocupados, sino que como Eva andan ociosos trabando conversaciones con gente que son causa de su ruina, porque hacen oficio de diablo ó son sus instrumentos, como lo fue la serpiente que hablaba con Eva! Pecaron por gusto; Eva vió que la fruta era muy linda, que parecia habia de ser sabrosa, la comió, y la dió á comer á su marido. ¡Oh! hermanos amadisimos, ¡cuántas veces se cae miserablemente en pecado por no mortificar la vista, por mirar lo que no se debería, porque por la vista empiezan muchas tentaciones! De la vista pasaron á desear y comer lo que no debian, para dar gusto á sus sentidos. La mayor parte de los pecados que se cometen aun hoy dia, es tambien por dar gusto á los sentidos; de aquí provienen las embriagueces, las comilonas, y toda especie de impurezas, que hacen condenar mas almas ellas solas, que todos los otros pecados juntos.

8. Tal vez se indignará alguno de vosotros contra Adán y Eva, y dirá que fueron muy malos y criminales en pecar, teniendo como tenían tanta instruccion en el entendimiento, tanta rectitud en el corazon, y una conciencia tan delicada. No hay duda, son muy reprehensibles, pero no son menos reprehensibles los cristianos que pecan, formados é instruidos en una Religion tan santa como la católica. Los mismos misterios y dogmas que creen les suministran gracias y diques para no dejarse llevar de la tentacion; y sin embargo, caen voluntaria y vergonzosamente. Adán y Eva no se abstuvieron de pecar, ni por la bondad de Dios, ni por los beneficios que de él habian recibido, ni por la autoridad de Dios cuyos derechos la misma razon proclamaba tan altamente, ni por su justicia que les amenazaba con castigos horrorosos y eternos; pero, y vosotros, cuando pecáis, ¿os detiene la bondad de Dios?—No. ¿Os detiene la multitud de beneficios que Dios os ha dispensado de creacion, conservacion, redencion, del Bautismo que os ha concedido, y de los demás beneficios y Sacramentos que os ha dispensado?—No. ¿Os han detenido las amenazas que os han hecho no solo de los eternos castigos del infierno, sino tambien temporales que muchos quizás habeis experimentado, y sin embargo pasais adelante, pecáis? Adán y Eva creyeron á Satanás, y no dieron crédito á Dios. Sobre la fe ó crédito que dieron á Satanás se persuadieron que aunque quebrantasen el precepto, que aunque pecasen, no morirían por esto..., que serían como dioses... *Nequaquam morte moriemini* (Genes. III, 4), *eritis sicut dii*. Así fascinados, no vieron la gravedad del pecado hasta que lo hubieron cometido ó consumado... *comedit... et aperti sunt oculi...* Entonces se les abrieron los ojos. Esta ceguera espiritual ¿no es la misma que vemos cada dia en muchos de los cristianos? Al principio de la tentacion se esfuerzan en buscar razones aparentes para engañarse á sí mismos y poder pecar mas fácilmente; ya procuran en su imaginacion disminuir la severidad de la divina justicia, ya enaltecer su divina misericordia. No, se dicen á sí mismos cuando quieren pecar, no es cosa tan grande como ponderan el pecado mortal; esto no es mas que una fragilidad; no es malicia, es un desahogo de las pasiones; ¿quién va á estar así siempre con la rienda tirada? Es necesario permitirles á las pasiones alguna libertad; ya ve Dios que no lo haces por malicia; y á lo mas si alguna falta hay, Dios es misericordioso que te perdonará... no hay que temer por esto el infierno; ¿cómo es posible que un padre tan bueno, como lo es Dios, por esta bobería te eche á los infiernos? Esto no

puede ser así; esto no son mas que meros espantajos: *Nequaquam morte moriemini*. Así hablaba y engañaba Satanás á nuestros padres; así habla y engaña en el día á muchísimos cristianos, y peor que á aquellos, porque luego que hubieron pecado, *aperti sunt oculi*, se les abrieron los ojos y vieron la monstruosidad del pecado que antes reputaban por nada, y nunca jamás tuvieron ganas de volver á pecar, antes bien hicieron larga y rigurosa penitencia. Pero los cristianos así fascinados cometen el pecado, no se les abren los ojos, quedan con mayor ceguedad todavía, y van añadiendo pecados á pecados hasta que viene la muerte, y se hallan sin pensarlo, sin creerlo, en los infiernos!... Entonces sí que se les abren los ojos, y ven lo que han perdido con los pecados, y lo que han merecido en castigo de sus iniquidades!...

9. Mas, ya que el pecador tiene cerrados los ojos de la fe, y con esta ceguedad espiritual no ve los males que trae el pecado, haré que los toque con la mano. Ven pues, pecador, y advierte lo que te dice Dios por el profeta Jeremías: *Scito, et vide quam malum et amarum est reliquisse te Dominum Deum tuum*. (Jerem. 11, 19). Reconoce y advierte ahora cuán mala y amarga cosa es el haber tú abandonado al Señor Dios tuyo, y el no haber tenido temor de Dios. Y para mayor inteligencia te digo, que todos los males que suceden en este mundo, considerados en general, puede decirse que son efecto del pecado original; pero, considerados en particular, á veces son especiales permisiones de Dios para acrisolar á los justos y darles así ocasion de mayores merecimientos, como lo dice claramente la sagrada Escritura del santo Tobías, del justo Job, y otros; pero las mas de las veces son castigo de los pecados personales. Por lo tanto, pecador, antes de cometer un pecado, piensa que es cosa mala y amarga el pecar; es cosa mala que te perjudicará en las riquezas, como perjudicó á los egipcios que por sus pecados de injusticia Dios mandó que les quitasen las joyas; como á los cananeos y jebuseos, que por los pecados torpes y otras maldades que habian cometido, perdieron sus riquezas, sus casas y sus tierras, dándolo Dios todo á los hebreos. ¿Cuántos cristianos hay á quienes Dios les habia dado suerte, que les habia dado joyas y alhajas como á los egipcios; riquezas, opulencia, haciendas como á los cananeos y jebuseos, pero han hecho como aquellos, han pecado, han quebrantado la ley de Dios, se han dado á las torpezas, á comilonas, á las diversiones peligrosas, no han socorrido á los pobres, han hecho mal uso de las riquezas en juegos y en otros desórdenes, no han cuidado que los

criados y dependientes guardasen la ley de Dios, antes bien ellos mismos la han hecho quebrantar, les han mandado trabajar en las fiestas; y así lo han perdido todo, de modo que sus hijos se ven reducidos á pedir limosna?

10. El pecar es cosa mala y amarga, y hace perder los destinos; algunos lo atribuyen á las vicisitudes de los tiempos, ó á la malicia de los hombres cuando pierden su dignidad, su empleo, su destino; pero son hombres menguados, cortos y escasos de luces los que así discurren. Los hombres pensadores y reflexivos calculan de otro modo, comparando lo presente con la historia de lo pasado; ellos recuerdan que Helí y sus dos hijos, Ofni y Finees, perdieron su gran dignidad porque no cumplian con su obligacion, porque pecaban; los hijos eran torpes, profanos, escandalosos; y el padre era un débil que toleraba sus desórdenes, y todos fueron castigados de Dios, como así se lo habia amenazado por boca de Samuel. El rey Nabucodonosor que habia llegado á tanta riqueza, grandeza y señorío, que á la manera de un grande y frondoso árbol que se levanta y extiende sobre los tomillos é hisopos, se levantó él y extendió sobre los demás hombres, la vanidad y el orgullo se apoderaron de su corazón; y Dios mandó cortar este árbol tan grande. Cayó Nabucodonosor y se vió reducido á la miseria mayor en que se puede ver un hombre, y todo fue un castigo de Dios, como dice la santa Escritura. Mira, pecador, cuán malo y amargo fue el pecado en Saul. Este hombre era un simple plebeyo, hijo de un propietario que tenia unas pollinas que habiéndose perdido fué Saul en su busca, y en esta ocasion, cuando menos lo pensaba ni esperaba, ungióle el profeta Samuel por rey de Israel. Antes era muy bueno, pero á los dos años de ser tan favorecido de Dios, pecó desobedeciendo á sus preceptos. Se le presentó el mismo profeta Samuel que le habia ungido, y le dijo: ¿Qué has hecho? has obrado como un necio; no has observado los mandamientos del Señor Dios tuyo. Si no hubieses hecho estas faltas, siempre habrias sido rey; pero ahora, no. Y el Profeta fué á ungir á David, que era un jóven pastorcito, en lugar de Saul, prometiendo Dios el reino á aquel y á toda su descendencia, con tal que guardasen los mandamientos de su santísima ley. ¡Oh! á cuántos jóvenes tenia Dios prevenidos con bendiciones, les tenia destinadas grandes riquezas, sublimes dignidades y lucidísimos empleos; pero pecaron, hicieron cosas torpes, deshonestidades, fueron indevotos en las cosas de religion y quizás impíos, fueron desobedientes á sus padres, pecaron y lo perdieron todo. Se malogró aque-

lla flor que tanto prometia, y se ve un jóven abandonado y perdido, como lo dice la Escritura del ya citado Saul, y de Absalon y Amnon, hijos del rey David. Y ¿cuántos por ese estilo conoceréis vosotros en la gran sociedad del mundo? Esto se os hará mas sensible y palpable con esta comparacion : Si vosotros teneis un vestido muy precioso para lucir en el dia de una gran fiesta, ó para asistir á una reunion ; si este vestido tiene la desgracia de quemarse un buen trozo, de mancharse, ó de ensuciarse mucho, á buen seguro que no haréis uso de él, sino que tomaréis otro aunque sea mas sencillito, con tal que esté limpio y decente. Pues, hé aquí lo que hace Dios con aquel jóven que habia prevenido con talento y buenas disposiciones, como un rico vestido para una fiesta de un destino muy lucido ; pero tiene la desgracia de quemarse con la torpeza, de mancharse con su mala conducta ; entonces es postergado á otro jóven, que si bien es verdad no tiene el talento del primero, pero es jóven casto como el casto José ; y así como el casto José, no obstante de ser un pobre prisionero, fue preferido á los ricos y sábios de Egipto y llegó á ser el mayor despues del Rey, así tambien es preferido á los demás el jóven virtuoso. Lo mismo puedo deciros de muchas jóvenes que Dios tenia destinadas para ornamentos de casas principales, para maridos buenos y virtuosos, pero las infelices han tenido amores que ocultaron á sus padres, se han enamorado de quien no debian, han permitido lo que jamás debian tolerar, y Dios las ha abandonado, y llegan á ser las mujeres mas desgraciadas del mundo, de modo que pierden el honor, la fortuna y todo lo demás. Son aborrecidas de Dios y de la gente, como la jóven Tamar que fue aborrecida aun del jóven que la perdió, fue causa que un hermano matara á otro, y su padre se vió en la mayor pena y congoja en que se puede ver un padre por causa de una hija poco recatada, y fácil en consentir á las sugeriones de su amante. ¡Oh pecado ! cuán malo y amargo eres, y cuántos males y amarguras causas!...

11. No solo daña el pecado á la fortuna, sino tambien á la salud. Dios, en efecto, castiga al pecador con muchedumbre y variedad de enfermedades, y con llagas de piés á cabeza ; porque no merece tener salud quien la emplea en ofender al que se la dió, y quien tiene su alma enferma, pudiendo sanarla, digno es de tener el cuerpo enfermo, sin que pueda sanarle ; como el tullido, que lo era, dice san Agustin, á causa de un grave pecado que habia cometido, y en treinta y ocho años no pudo sanar en la probática Piscina, donde otros sanaban. El mismo Dios dice que hará llover en-

fermedades sobre los pecadores: *Pluere faciam super eos ægritudines.* ¡Oh! si yo tuviese tiempo, amadísimos hermanos, os haria seguir todos los hospitales y casas particulares, y os diria: Mirad, este está enfermo porque ha pecado de gula excediéndose en la comida y bebida; estotro está indispuerto por haberse dejado dominar de ira; aquel está sepultado en la cama del dolor por las torpezas ó pecados deshonestos que ha cometido... y así de los demás vicios. No parece sino que la misma naturaleza se venga de aquellos que la envilecen con el pecado; ella se defiende mordiendo con enfermedades al pecador que la ofende y ultraja. Á mas de las enfermedades trae tambien la muerte, como dice san Pablo: por un hombre (esto es, por Adan) entró el pecado en este mundo, y por el pecado la muerte. (*Rom. vii*). Y el angélico doctor santo Tomás dice: que todo pecado mortal produce en el pecador, á proporcion, los mismos efectos que el pecado original causó al género humano; y así como el pecado original dañó al hombre en el cuerpo, en el alma y en la eternidad; lo mismo á proporcion causa actualmente el pecado al pecador; le daña en el cuerpo, y le causa enfermedades y la muerte misma, y unida esta causa personal con la original y comun, ha de producir mayor y mas pronto y eficaz efecto, á la manera que una hacha de cera que se va gastando desde el momento en que empieza á arder, y arderá y se gastará mas pronto si la misma hacha que arde se pone inclinada y en un lugar que arrecie el aire. San Agustín, hablando de nuestros padres Adan y Eva, dice: *Illo autem die mori cæperunt, quo mortis legem acceperunt.* Nuestros padres empezaron á morir desde el momento en que incurrieron en la ley ó pena de la muerte. Nosotros, como hijos de tales padres, desde que empezamos á vivir, empezamos á morir, y todos los dias morimos, y como el agua corremos al mar de la eternidad. San Juan (*Apoc. vi*) dice: que oyó una voz que le decia: ven y verás; y hé aquí que vió un caballo pálido y macilento, cuyo jinete tenia por nombre *Muerte*, y el infierno le iba siguiendo; y diósele poder sobre todas las partes de la tierra para matar á los hombres, á cuchillo, con hambre, con enfermedades y por medio de fieras y animales de la tierra. Así es como todos estos males que causan la muerte provienen del pecado; y el pecado personal es, como dice el Apóstol, el aguijon ó espuela que pica el caballo de la muerte para que corra mas listo, y alcance mas pronto al infeliz mortal, hijo de Eva: *Stimulum mortis, peccatum.* Así es tambien como se ve clara la razon de aquella sentencia que da Dios en el libro de los Proverbios, que: los años de los

impíos serán abreviados; y aquella otra que dice por Job, que : el impío perecerá antes que llegue á completar el número de los que habia de vivir ; porque con el pecado que cometen dan espolazo al caballo de la muerte , y esta los coge mas pronto. La santa Escritura está llena de estos ejemplos , y la experiencia nos los presenta con mucha frecuencia. Segun se lee en aquella , por los pecados de Faraon murieron en una noche todos los primogénitos de Egipto, y en otro dia se anegó todo su innumerable ejército. Por las blasfemias de Senaquerib murieron en una noche 185,000 hombres; y muchos israelitas perecieron en el desierto por sus pecados con varios géneros de muerte. Los filisteos mueren en los mismos bailes y diversiones. Holofernes fue decapitado en la misma cama por haberse enamorado de Judith. Her y Onan, casados deshonestos , quedan muertos en el mismo pecado que cometian , como se lee en el Génesis; y en el sagrado libro de los Números (xxv, 14) se lee que dos jóvenes solteros de las principales familias , llamados el varon Zambri y la mujer Cosbi , en el mismo acto del pecado deshonesto acabaron la vida. Y aun en el dia , ¿cuántos casados y casadas , cuántos solteros y solteras , cuántos hombres y aun niños pierden la salud y la vida antes de tiempo , á causa de sus pecados , singularmente de torpeza ?...

12. Muchos y muy grandes son , amadísimos hermanos , los daños y perjuicios temporales y corporales que causa el pecado al infeliz que tiene la miseria de cometerlo ; pero todos estos males son nada en comparacion de los daños espirituales. ¡Oh ! si el pecador lo pensara y meditara bien ! *Scito, et vide, quia malum et amarum est reliquisse te Dominum Deum tuum.* Pecador , tú has pecado mortalmente... ¿Sabes qué has hecho? No, no sabes lo que has hecho..., y para que lo entiendas debo decirte que hay dos muertes , la del cuerpo y la del alma : el cuerpo muere cuando de él se separa el alma , y el alma muere cuando de ella se separa Dios , ó mejor dicho , cuando el pecador se separa de Dios. Verdad es que Dios está en todo lugar ; pero tú , pecador , has separado de Dios tu voluntad , pues que nos acercamos ó apartamos de Dios , dice san Jerónimo , no por los pasos , ni espacios , sino por los afectos de la voluntad. Y ¿cómo queda el cuerpo sin alma?... Causa horror y espanto ; aunque sea el cuerpo mas hermoso y querido del mundo , se vuelve luego feo , fétido , asqueroso... ¿Cómo queda tu alma sin Dios? Fea , fétida , asquerosa , abominable y hedionda. Al cuerpo muerto le llevan á enterrar , y el alma muerta ó en pecado ya va andando al cemen-

terio del infierno, lo mismo que se dice del Epulon : *et sepultus est in inferno*. ¡ Cuánto no se hace para que no muera el cuerpo ! ¡ Cuánto debe hacerse para que no muera el alma !... Si hubiera alguna esperanza de resucitar luego al cuerpo muerto , á buen seguro que no se omitiría diligencia. Llorarian como la viuda de Naim ; pedirian como el príncipe Jairo ; dirian como Marta y María : *Domine si fuisses hic, frater meus non fuisset mortuus*, para conseguir la resurreccion , como aquellos consiguieron la resurreccion de los suyos. ¡ Oh , pecador infeliz y muerto á la gracia de Dios , y sin Dios ! ¡ Oh , si lloraras como aquella viuda ! ¡ Oh , si pidieras como Jairo ! ¡ Oh , si rogaras como Marta y María ! Entonces verias la resurreccion de tu alma muerta ; pero tú no lloras , no pides , ni ruegas , porque no conoces que estás muerto ; para mayor desgracia tuya tienes nombre de que vives ; pero en realidad de verdad estás muerto , tu alma está muerta , está sin Dios... ¡ Oh , si lo conocieras , como lo conocia David ! Entonces exclamarias como él dia y noche : *Ubi est Deus tuus ?* Alma mia , díme , ¿ en dónde está tu Dios ? Tú has pecado , y por el pecado te has separado de Dios ; te has huido y apartado de Dios ; has vuelto las espaldas á Dios. Antes eras hermosa como la luna llena bañada de luz ; pero desde que has vuelto las espaldas á Dios por el pecado , has quedado fea y oscura , envuelta en una lúgubre noche. Antes eras como aquella nubecita elevada sobre el horizonte que el sol le daba de lleno , estaba toda bañada de luz y hermosura ; pero ahora , por el pecado que has cometido , has hecho retirar el sol , y así como antes no habia en tí mancha alguna , ahora eres la misma mancha , y feísima y asquerosa , y lo peor es que con el pecado has levantado tan alto y grueso muro , que este te separa enteramente de Dios , como dice el profeta Isaías (LIX) : *Iniquitates vestre diviserunt inter vos et Deum vestrum*. Y si no echas abajo este muro , que es el pecado , por medio de una buena confesion , nunca , nunca jamás verás la luz de la gracia de Dios.

13. ¡ Ay , pecador ! por el pecado has perdido la gracia y amistad de Dios !... Y ¿ sabes tú qué es gracia de Dios ? Es un don sobrenatural que nos hace amigos de Dios , y herederos del cielo. Por la gracia participabas del Ser divino , como dice san Pedro : *Divine consortes naturæ*. (II Petr. I, 4). Eras un Dios por participacion , de modo que el mismo Señor , que no puede engañarse , te llamaba Dios é hijo del Excelso : *Ego dixi : Dii estis , et filii Excelsi omnes*. Y aun allá los filósofos decian , que el amigo era otro yo : *amicus est alter ego*. Antes , pues , tu alma era santa , justa , amada y querida de

Dios; era el paraíso del Criador del universo, el tálamo del Espíritu Santo, el tabernáculo de la santísima Trinidad, el relicario de Dios vivo, y el palacio de la divina Majestad. Vivía tu alma en gracia una vida divina, y, cuanto es en sí, perpétua y eterna, como dijo el Apóstol: *Gratia Dei vita æterna*, porque la vivificaba el mismo Espíritu Santo, que es como el alma del alma, dijeron san Agustín y santo Tomás (opúsculo *De dilectione Dei*). Cuando Moisés en el libro sagrado del Génesis refiere la creación del hombre en gracia, dice: *Et factus est homo in animam viventem*. (Genes. 11). Buscan los expositores la razón por que dice *ánima viviente*; ¿no bastaba, en efecto, que dijera *ánima*? porque el alma es lo que vive en el hombre y aun da vida al cuerpo, y le comunica todo género de vidas, motiva, sensitiva y racional. A lo que dice san Agustín, que para expresar la vida natural del hombre es cierto que bastaba decir que tenía alma; mas, para dar á entender que no solo tenía la vida natural, sino también la sobrenatural de la gracia, dijo muy oportunamente *ánima viviente*, porque vivía por el Espíritu de Dios, así como vive el cuerpo por el alma. Díme, pecador, si ahora se presentara uno y te dijera: Si dices una mala palabra, quedarás sin lengua, ¿la dirías? —No. —Si miras aquella indecencia ó lees en aquel libro malo, quedarás sin vista, ¿la mirarías ó leerías? —No. —Si haces aquella torpeza quedarás sin hermosura, muy feo, ¿la harías? —No. —Si haces aquel pecado mortal, de repente morirás, ¿lo harías? —No. —Pues dime, ¿qué locura puede haber mayor que la tuya, cuando pecas? Por un vil interés, por un vil y momentáneo deleite pierdes la hermosura de tu alma, pierdes su nobleza y su vida, quedas espiritualmente muerto, y á la manera que el muerto en el cuerpo tiene ojos y no ve, lengua y no habla, oído y no oye, y sin percibirlo es conducido al cementerio, enterrado y rodeado de otros muertos y gusanos vivos que le devoran; lo propio te pasa á tí, pecador, mil veces mas infeliz que el muerto en el cuerpo; tú tienes ojos espirituales, pero no ves los peligros de condenación en que te hallas, porque estás muerto; tú tienes lengua, pero no hablas, no te confiesas, ni comulgas, porque estás muerto; tú tienes oído espiritual, pero no oyes ni haces caso de los consejos espirituales, porque estás muerto. Y, como eres muerto en el alma, vives tranquilo con los demás pecadores del mundo, así como los muertos del campo santo están tranquilos con los demás muertos. El que está vivo y sano de cuerpo, tiene horror á los cuerpos muertos; no se atreve á pasar una noche solo con los muertos del cementerio; en-

comienda á Dios los difuntos, pero no gusta, antes bien tiene horror de los muertos aunque sean parientes suyos. En esto conocerás, cristiano, si estás muerto ó vivo en la gracia. Si tienes horror á los pecadores, si los encomiendas á Dios y te apartas de su compañía, es muy buena señal que tu alma está viva; pero si tú gustas de estar con los pecadores, si con ellos permaneces tranquilo, señal fatal, das á entender que eres muerto en el alma como ellos, y que como ellos estás en el cementerio espiritual. Si vive tu alma y quieres que viva, escucha la voz de Jesucristo que te dice las mismas palabras que dijo á aquel jóven que le pedia permiso para ir á enterrar á su padre difunto: *Deja que los muertos entierren á sus muertos*. (Matth. viii, 22). Explican esto san Juan Crisóstomo y san Agustín, diciendo: Deja que los que están en pecado, muertos en la gracia y verdaderamente muertos delante de Dios, entierren allá sus muertos. Tú sígueme. Sí, cristiano, sigue á Jesucristo que te llama y te quiere en su partido y compañía.

14. Los pecadores pierden la gracia que les hacia amigos de Dios, se vuelven enemigos suyos, y tienen el atrevimiento de declararles guerra, como dice David (Psalm. x): *Ecce peccatores intenderunt arcum, paraverunt sagittas suas in pharetra*. Hé aquí que los pecadores entesaron su arco, prepararon sus saetas en la aljaba. Y ¿para qué fin han declarado tan sacrilega y perjudicial guerra?... ¿Qué han intentado y conseguido con ella? *Quoniam quæ perfecisti destruxerunt*. (Ibid. 4). Y el cardenal Hugo observa que dice la letra que los pecadores con esa guerra consiguieron desbaratar, no lo que Dios hizo, sino lo que Dios perfeccionó, *perfecisti*. Hay en el alma un ser natural por ser hechura de la divina Omnipotencia, y hay otro ser sobrenatural cuando está ennoblecida de la divina gracia. El pecador por el pecado mortal no destruye, aunque lo lastima, el ser natural, pero el ser sobrenatural todo lo destruye, *quæ perfecisti destruxerunt*. ¡Ay, pecador! despues que has cometido el pecado, hombre quedas, pero no queda en tí la nobleza de hijo adoptivo de Dios que tenias por la gracia. Alma tienes despues que has pecado, pero alma sin gracia, fea, asquerosa, abominable, hedionda. *Egressus est à filia Sion omnis decor ejus*. (Thren. i, 6). Entendimiento te queda, despues del pecado, pero quedá en él destruida aquella luz especial con que antes le alumbraba la gracia, y has venido á ser como ciego, segun la expresion de Sofonías: *Ambulabunt ut cæci quia Domino peccaverunt* (i, 17). Voluntad ó libre albedrío tienes, des-

pues del pecado, pero ¿cómo? lo mismo que Sanson cortados los cabellos de su fuerza, y hecho el juguete de los filisteos, hasta quitarle los ojos y hacerle rodar un molino como si fuera una bestia. Díme, pecador, ¿cómo te hallas desde que has pecado? ¡Ay de mí! lo mismo que Sanson sin fuerzas espirituales, eres el juguete de los apetitos, te han quitado los ojos de tu alma, y como una bestia te hacen rodar la tahona de los vicios. ¡Oh! si pudieras ver los bienes de que te has privado, y los males que te has causado pecando, ¡cómo llorarías inconsolablemente! Dice santo Tomás que es mas una pequeña parte, ó grado de gracia, que toda la naturaleza. Si perdieras la hermosura, la salud, la libertad, la comunicacion, el honor y las riquezas de todo el mundo, todavía no habrias perdido tanto como has perdido pecando. ¡Ah! si tuvieras ojos para ver, cómo los harías servir para llorar tan gran pérdida! ¿Sabes cuándo verás? cuando te halles en el fuego del infierno; pero entonces será en vano y sin remedio tu llanto!...

15. ¡Ay! has perdido la gracia y amistad de Dios! Aquel cortesano que antes era muy amigo del rey, y por alguna falta que cometió, sabe que su señor está resentido y agraviado, ¡qué pena, qué tristeza tiene! En cierta ocasion dos palaciegos estaban en el templo con el rey D. Felipe II, y hallándose un tanto distraidos, el Rey les reprendió su poca religion, con lo que fue tanta la pena que tuvieron, que el uno se volvió loco, y el otro se murió de pena. Ahora pues, si tanto se siente el verse reprendido de un rey, que al cabo y al fin es un hombre mortal como los otros, que aunque quiera castigarte, solamente podrá, cuando mas, quitarte la vida del cuerpo, sin que le quede mas que hacer, ¿por qué no temes tú, pecador, incurrir en la desgracia de Dios, que es Rey de reyes y Señor de señores? un rey que puede echarle en cuerpo y alma á los infiernos? Un rey de la tierra no vive siempre, y quizás morirá antes que te pueda coger; pero Dios es eterno, y siempre vendrás á caer en sus manos, que es *cosa terrible*, como dice san Pablo. Un rey te cogerá en sus dominios; pero si tú te marchas á otros países, ya no puede contigo, y sin embargo temes; ¿y no temerás á Dios que es dueño de todos los países, y que en todos los lugares está y te cogerá siempre que guste? ¿y no le temerás? ¿á este Dios tan grande, á este Rey tan poderoso no temerás? ¿Es posible?... Lástima nos haria si viéramos á una hormiga que coge una paja, y armada con ella declara guerra y se dirige contra un elefante: y ¡cuánta mas

distancia no hay de tí á Dios, que no de una hormiga á un elefante! ¡Ah! qué lastima nos haces, ó miserable pecador! ¡qué mentecato eres!... ¡qué loco!...

16. Hemos explicado, amadísimos hermanos, y hemos dicho que la gracia es un don sobrenatural que nos hace amigos de Dios y herederos del cielo: pues ese título y derecho al reino de los cielos nos lo ganó Jesucristo con sus merecimientos, que son de infinito valor. Y por esto dijo él mismo á los pobres de espíritu, que: *de ellos era el reino de los cielos*; y como observa el cardenal Cayetano, no dijo Jesucristo *será* sino *es*, por tener ya derecho á este reino. Así es que san Pablo le llama *corona* no de *gracia* sino de *justicia*; porque, aunque es y fue gracia al prometerlo, ya es de justicia despues de prometido. Pues este derecho á la gloria que te ganó Jesucristo, y que tenias adquirido con la gracia, en el instante que consentiste en el pecado mortal hiciste solemne renuncia de él, por no perder aquel vil interés, aquel brutal deleite por el cual pecaste. El que voluntariamente se desposee de una cosa para adquirir otra, claro es que estima en mas la que toma que la que deja; como el que compra un mueble por un peso, mas quiere el mueble que toma que el peso que suelta. Pues dime, pecador, ¿puede darse mayor locura que la tuya, que tienes en mas una vileza que da asco y te avergüenzas de ella misma, que la herencia de la gloria, mas que el ver y gozar de Dios que es tu padre, de Maria santísima que es tu madre, del Espíritu Santo que es tu esposo, de Jesucristo que es tu hermano, de los Santos que son tus compañeros, tus compatriotas y tus condiscípulos, de los Ángeles que son tus criados? Y ¿es posible que mas quieras á ese vil deleite, cuyo placer engañoso y fascinador pasa como un relámpago, que lo prefieras á los sólidos, reales y verdaderos placeres que tienes preparados en el reino y herencia del cielo, y que por mas que discurras, nunca jamás llegarás á formarte una cabal y adecuada idea de ellos; porque, como dice el Apóstol: *Los ojos no han visto, ni las orejas han oido, ni jamás el hombre ha podido pensar el cúmulo de felicidades que Dios tiene preparadas para aquellos que le aman*, que guardan sus mandamientos, que se abstienen del pecado? Y sin embargo, ¡tú eres tan loco, que por un vil y momentáneo placer entregas la heredad del cielo que te llenaria de eternas felicidades!... ¿Á quién te compararé? ¿Á quién diré que eres semejante?... En todas las historias sagradas y profanas ¿hay sujeto, por ventura, á quien compararte? ¡Ah! solo te es un poco parecido Esaú, que por una escudilla de lentejas ven-

dió la herencia de su padre Isaac; y si bien fue muy irracional esa venta, pero la tuya lo es millares de veces mas. La herencia de Esaú era grande y rica, pero mucho mas grande y rica es la tuya; aquella de Esaú era temporal, la tuya es eterna; aquel la dió por una escudilla de lentejas, que si bien es verdad fue cosa bien poca para una herencia tan grande, pero al cabo y al fin las lentejas eran buenas para comer y conservar la vida; pero tú, pecador, entregas la herencia del cielo tan grande, tan rica y tan hermosa por una escudilla, por un puñado de ilícitos y vergonzosos placeres, perjudiciales á tu alma y á tu cuerpo, en el tiempo y en la eternidad!... Dice la santa Escritura (*Genes. xxv, 34*), que en un principio se le daba muy poco á Esaú de haber vendido sus derechos de primogenitura: *Parvipendens quod primogenita vendidisset*. Pero cuando despues se vió sin la herencia y sin la bendicion de su padre Isaac, que su hermano Jacob se lo llevaba todo, entonces conoció su yerro; entonces bramó con grande alarido: *irrugit clamore magno* (*Genes. xxvii, 34*), pero en vano. Á este infeliz te pareces algo, pecador, sobre este paso; tampoco se te da á tí nada el vender la primogenitura y herencia celestial; pero en la hora de la muerte, cuando te presentes delante de Dios tu padre y te diga que no te puede echar su bendicion, sino la maldicion eterna... entonces te acordarás, como Esaú, de la venta de tu herencia, y dirás como aquel infeliz: *Primogenita mea ante tulit*. (*Ibid. 36*). ¡Ay de mí, dirás, ahora me acuerdo que por muy poca cosa vendí mi herencia! Però entonces ya no podrás remediar tu error; pero ahora sí, puedes, la ley te favorece; si tú quieres puedes rescindir el contrato, porque ha habido engaño, no se ha dado ni la mitad, ni la tercera parte de lo que valia la herencia. Rescíndelo, pues, arrepiéntete de haber pecado, y todo se puede remediar.

17. ¡Ay pecador, *scito et vide*: atiende bien y mira lo que has hecho pecando! Por el pecado no solo has perdido la amistad de Dios y el derecho á la gloria, sino que aun en este mundo has quedado el mas infeliz y desgraciado, como quedó la ciudad de Jerusalem cuando David se ausentó de ella. Segun refiere la sagrada Historia, Absalon, hijo ingrato y atrevido, se levantó contra su buen padre David; reunió gente, y le declaró guerra. Entonces dijo el buen padre á sus demás hijos y amigos: *Surgite, fugiamus*: hijos y amigos mios, huyamos de Jerusalem. ¡Qué cuadro, amadísimos hermanos, seria ver salir al rey David de la corte, de su palacio y de su amada ciudad! Salió con todos los de su casa, no dejando en la

ciudad sino á *Sadoc* y *Abiatar*, sacerdotes del Señor, con el arca del testamento. Esta es la historia, que es al propio tiempo una figura de tu alma. Antes de cometer el pecado que tú sabes, reinaba en tu alma el Espíritu Santo, por el hábito de la caridad, y aun por sí mismo, como dice santo Tomás: pero ¿qué sucedió? que el amor propio, Absalon ingrato, se levantó contra su Dios y su Rey, y de tal manera apretó al albedrío, que le persuadió la entera rebelion contra el amor santo de Dios. Entonces, que es cuando llega á consentir en el pecado mortal, como otro David sale del corazon el amor sagrado con todo su séquito, que son los dones del Espíritu Santo y las otras virtudes celestiales que son las compañeras inseparables de la caridad, no quedando en la Jerusalem del alma otra virtud de momento, sino *Sadoc el que ve*, el don ó virtud de la fe, que puede mostrar con su ejercicio las cosas eternas, y tambien *Abiatar*, quiero decir el don de la esperanza con su accion. Ambos quedan bien tristes y afligidos, manteniendo todavía el arca de la alianza, esto es la calidad y carácter de cristiano, adquirido por el Bautismo. ¡Oh! qué lastimoso espectáculo para los Ángeles de paz, ver salir así al Espíritu Santo y su amor del alma pecadora!... ¡Ay desgraciado Absalon, pecador! ¡qué castigo tan grande se te prepara, si no te conviertes de veras! Caerás en manos de Joab, y te clavará en el corazon tres dardos en castigo de tu ingratitud, de tu rebeldía y de tu impiedad!...

18. ¡Ay pecador, qué lástima me das! cada vez que te miro, me recuerdas lo que sucedió en el templo de Jerusalem; refiere Josefo, y tambien lo dice Cornelio Tácito, que despues que los judíos cometieron el pecado de crucificar á Jesucristo, las puertas del templo se abrian por sí mismas sin que hombre alguno las tocase, y se oian allá dentro unas voces que decian: *Migremus hinc*. Vámonos de este lugar..., vámonos de aquí..., queriendo Dios manifestar con esto, que por sus pecados los Ángeles abandonaban á los judíos, y los entregaban á sus enemigos. En efecto, se presentó Tito con todo su ejército, asaltaron la ciudad, pasaron á cuchillo á sus habitantes, les robaron sus tesoros y pegaron fuego, y los pocos que quedaron vivos se los llevaron cautivos. Otro tanto te pasa á tí, pecador, luego que pecas ó que vuelves á crucificar á Jesucristo... Atiende las voces de los dones del Espíritu Santo que dicen: *Migremus hinc*. Vámonos de aquí, que no es esta alma para que habite en ella el Espíritu Santo: *Migremus hinc*. Vámonos de aquí, dicen las virtudes infusas, que no podemos permanecer en donde falta la gracia con la

cual vivimos y cuyos familiares somos: *Migremus hinc*. ¡Oh salida digna de eterno llanto! ¡Oh soledad inconsolable! ¡Oh desdichada alma! tú vas á ser presa de tus enemigos; te robarán tus tesoros, que son tus méritos hasta aquí adquiridos, y te van á llevar cautiva los demonios á los infiernos. Al prever Jesucristo la ruina de la ciudad de Jerosalen y la de tu alma, que aquella ciudad figuraba, le saltaban las lágrimas vivas de sus santísimos ojos, y decia: ¡Ah! si conocieses tú; por lo menos en este dia que se te ha dado, lo que puede atraerte la paz y felicidad! mas ahora está todo ello oculto á tus ojos. La lástima es que vendrán unos dias sobre tí, en que tus enemigos te circunvalarán, te rodearán y estrecharán por todas partes. Y te arrasarán, con los hijos tuyos, que tendrás encerrados dentro de tí, y no dejarán en tí piedra sobre piedra, por cuanto has desconocido el tiempo en que Dios te ha visitado. (*Luc. xix*). Jesús llora, y ¿tú, pecador, no llorarás? ¿No conocerás el bien que Dios te trae por esta santa mision? Mira que si no te enmiendas, todos estos castigos vendrán sobre tí; antes dejarán de ser el cielo y la tierra, que dejarse de cumplir lo que Dios ha dicho, y si no te enmiendas, Dios ha decretado ya tu ruina!...

19. ¡Ay, infeliz pecador! por el pecado no solo has perdido la gracia y amistad de Dios, el derecho al cielo, los dones del Espíritu Santo y todas las virtudes infusas, sino tambien todos tus merecimientos de las buenas obras que has hecho desde el momento en que recibiste el santo Bautismo. Dime, pecador, ¿qué se han hecho tantas misas que has oido? tantas comuniones que has recibido? tantas mortificaciones y ayunos en que te has ejercitado? tantas limosnas que has hecho á los pobrecitos? ¿Qué se han hecho los trabajos que padeciste en tu oficio, estado y enfermedades? qué las oraciones que rezaste? ¿Qué se ha hecho de todo el caudal que con la gracia habias adquirido para el cielo?... ¡Ah! Todo se perdió por causa del pecado. Así te lo dice el mismo Dios: *Si averterit se justus à justitia sua*, etc. (*Ezech. xviii, 24*). Si el justo se desviare de su justicia é hiciere maldad... no se hará memoria de ninguna de las obras justas que antes habia hecho... y por su pecado que cometió, morirá. Aunque hubieses pasado las noches enteras en continua oracion, como un san Antonio, si has tenido la desgracia de pecar y todavía estás en pecado mortal, todo lo has perdido. Aunque hubieses sido un san Agustín en inteligencia y en amor; aunque hubieses convertido tantas almas como los Apóstoles y los misioneros; aunque hubieses sufrido tanto como los Mártires; aunque hubieses hecho tanta peni-

tencia como todos los anacoretas y solitarios; aunque hubieses hecho y sufrido tanto como todos los Santos juntos, basta un solo pecado mortal para desbaratarlo todo, desconcertarlo todo y echarlo á perder todo. *Scito et vide*. Mira, pecador, lo que has hecho! Has hecho lo mismo que aquel que ha trabajado toda la vida para llenar su casa de alhajas muy preciosas, y cantidades muy crecidas; y en un frenesí que ha tenido ha pegado fuego á la casa, y todo lo ha perdido; pero cuando vuelve en sí y conoce lo que ha perdido, y que él mismo es quien se ha perjudicado, no tiene consuelo. Hé aquí lo que siente el pecador, y la pena que tiene cuando advierte que ha perdido todo lo que habia ganado y merecido, y que si lo ha perdido ha sido por su culpa: *Perditio tua ex te*. (Osee). Hace el pecado mortal en el alma, dice san Cipriano, lo que hace el granizo en la tierra, que destruye y echa á perder todos los frutos y trabajos del labrador; así el pecado mortal echa á perder todos los frutos, trabajos y méritos que habia adquirido el hombre en toda su vida. Hace el pecado mortal en el cristiano á proporcion lo que materialmente pasó á un comerciante que de muy niño fué á Indias. Con sus diligencias y economías empezó á formar un pequeño capital; se hizo socio de una gran Compañía, y fue tanta su suerte que al cabo de algunos años tenia un capital muy crecido. Entonces quiso separarse de la Compañía, y se embarcó con todo lo que habia ganado, y al pasar cerca las costas del África salieron los piratas, le cogieron el buque cargado, y á él-se le llevaron preso y lo vendieron por esclavo. El amo que le compró, le hacia trabajar mucho, y el pobre esclavo no ganaba nada sino los palos y malos tratos que le daban con abundancia! Tú, cristiano, eres ese comerciante. Antes cuando estabas en gracia, eras socio de la gran compañía de los Santos; te hacias participante de los méritos de Jesucristo, de María, y de los demás Santos, por medio de los Sacramentos que recibias, de las indulgencias que ganabas, de las obras buenas que practicabas; pero tú, por tu capricho, te has querido separar, y en efecto te has separado, y has navegado por el mar de este mundo, y has caido en pecados que son los piratas que te han despojado de cuanto habias ganado; el demonio te ha tomado por esclavo suyo, te hace sufrir y trabajar mucho, pero sin mérito para el cielo. ¡Oh! qué contento estaria aquel cautivo si viera que acaba de llegar á aquellas tierras un religioso de Nuestra Señora de la Merced y redencion de cautivos, para rescatarle! Pues aquí me tienes á mí, pecador, aquí tienes un devoto de María, á un enviado por esta Redentora de cautivos, que te dice: *Consolamini, consolamini popule meus*,

quia illuxit vobis dies redemptionis novæ. Consuélate, consuélate, pecador, porque es el día de tu redencion. Aquí vengo cargado de dinero para rescatarte; este dinero es el fruto de la pasion y muerte del Redentor Jesús, y se te aplicará, si tú quieres salir del cautiverio, haciendo una buena confesion de todos tus pecados, y no solo quedarás libre, sino tambien se te devolverá el importe de cuanto habias ganado antes de caer en el cautiverio del pecado. Ea, pues, pecador, animate, confíesate, sal de este infeliz y vergonzoso estado de esclavo del diablo en que te hallas. No dejes pasar esta oportunidad, que quizás no se te presentará otra. ¿Todavía no estás harto de sufrir y padecer, sin mérito para la gloria, bajo el yugo del pecado y del demonio?...

20. ¿Quieres tú, cristiano, conocer lo malo que es el pecado, el daño que te causa, el castigo que te merece, los daños que te acarrea, el odio que Dios le tiene y lo que hace para destruirlo? Subamos por un momento con la consideracion al trono del Altísimo. Allí, á la diestra del Padre está sentado el Hijo, un Dios con el Padre y Espíritu Santo, adorado, reverenciado y alabado de todos los coros de los Ángeles: este Hijo de Dios baja de lo mas alto del cielo, y se hace hombre en las entrañas de María Virgen, y carga con todas las miserias de la naturaleza humana. Mirale allá en Jerusalem como es llevado de juez en juez, á cual peor, y como es tratado, como si fuera el hombre mas malhechor del mundo; es abofeteado, escupido, afrentado; miralo como está sudando sangre de angustia y agonía; miralo azotado, coronado de espinas, crucificado, muerto, alanceado. ¿Qué tiene que ver, qué proporcion hay entre la diestra del Altísimo allá en la gloria, con la cruz en el Calvario? ¿ser adorado de los Ángeles, con el ser despreciado y muerto de los hombres? ¿Por qué ha sido todo esto? Para quitar el pecado. Así te lo asegura el mismo Dios por el profeta Isaías: *Ut auferatur peccatum* (xxvii, 9), y por el apóstol san Pablo: *Crucifixus est ut destruaturs corpus peccati*. (Rom. vi, 6). Jesucristo fue crucificado para destruir el cuerpo del pecado, y nosotros hemos de tener tambien siempre crucificado el hombre viejo con todos sus vicios y concupiscencias á fin de que no sirvamos mas al pecado. Si por la grandeza y valor de la medicina hemos de conjeturar la gravedad de la llaga, ¿qué diremos que es el pecado mortal, cuando vemos que el Médico divino, que no puede engañarse, para curarlo receta la vida de su Hijo tan querido, de este Dios-Hombre que para curarnos ha de morir saciado de oprobios, y con una muerte la mas ignominiosa y dolorosa? El cristiano que aten-

tamente considera la pasion y muerte del Señor, no puede menos de decir : ¡ Oh pecado ! ¡ oh mal verdaderamente mal ! ¡ oh mal sobre todo otro mal ! ¡ oh mal infinito , que para curarte se ha tenido que aplicar un remedio infinito !...

No solo la medicina costosa que se ha aplicado hace ver su gravedad , sino tambien la justicia que el eterno Padre ejerce contra el pecado hace ver el odio y aversion que le tiene , y lo malo que será el pecado , como dice san Pablo : que Dios el eterno Padre propuso á su Hijo Jesucristo para ser la víctima de propiciacion en virtud de su sangre , á fin de demostrar su justicia , *ad ostensionem justitiæ suæ*. (Rom. III , 25). Y el mismo Jesucristo subiendo al Calvario con la cruz á cuestas , al ver á unas mujeres qué lloraban , les dijo : Hijas de Jerusalem , no lloreis por mí ; llorad por vosotras mismas , y por vuestros hijos. (*Luc. XXIII , 28*). Pues si el árbol verde es tratado de esta manera , en el seco ¿ qué se hará ? Este es un proverbio hebreo con que se denota que si tales tormentos padece el Justo y el Santo por esencia , ¿ qué no deben temer los impíos y pecadores ? Los hebreos comparaban al justo á un árbol verde , frondoso y cargado de fruto por sus buenas obras , y solian comparar al hombre malo á un tronco árido y seco , dispuesto para ser echado á la candela. Acomodándose Jesucristo á su inteligencia , les habla con este proverbio , y á ellos y á nosotros nos da bien á entender cuál sea la gravedad y malicia del pecado , el odio y aversion que Dios le tiene , como lo castiga donde quiera que lo vea , y el castigo que debemos temer si no lo lloramos y nos arrepentimos. Porque , como asegura el mismo Apóstol , si el eterno Padre no perdonó á su propio Hijo : *Qui proprio Filio suo non pepercit* (Rom. VIII) , ¿ cómo dejará de castigarnos á nosotros , miserables gusanos , si nos ve en pecado ?

21. Á este propósito , san Vicente Ferrer presenta una parábola muy linda , que os voy á referir : Dice el Santo que entraron en cierta ciudad tres ladrones á fin de robar algunas cantidades de mucha consideracion que tenian bien espiadas. Al llegar á la plaza de aquella ciudad , vieron en el palo ó en la horca á un ajusticiado , cuya sentencia se acababa de ejecutar ; aquello les llamó mucho la atencion , miraron el aspecto del reo , y conocieron que era hijo de gente principal : preguntaron quién era el reo y por qué le habian ajusticiado. Y las gentes les respondieron que aquel era hijo del gobernador , que habiendo un esclavo suyo hecho un hurto considerable , para que se librara de la muerte tomó sus vestidos y se vistió con ellos : buscando la justicia al delincuente , halló el juez á su hijo con el traje y

vestido del ladrón, y por esto le ha puesto como le veis. Entonces, mirándose el uno al otro los ladrones, dijeron : Si con tanto rigor castiga este juez á su propio hijo, ¿qué hará con los extraños? Terrible es este juez; no nos está bien hurtar aquí, donde así se castigaban los hurtos. No mas robos. Cristianos, pecadores, robadores de la honra de Dios, llegad al Calvario. ¿Qué veis allí? á un Hombre-Dios puesto en una cruz; advertid que ese Dios-Hombre es Hijo de Dios Padre, y el Padre le puso así para manifestar al mundo su justicia. Es verdad que ese Dios Hijo no cometió delito, ni era capaz de cometerlo ; pero sí que habia pecado el hombre esclavo suyo, y para librarle se vistió de su vestido. *Habitu inventus ut homo.* (Philip. II). Y es tanto lo que Dios aborrece y castiga el pecado, dice al Apóstol, que solo porque á su Hijo halló con traje de pecador no le perdonó : *Proprio Filio suo non pepercit.* Á su propio Hijo le puso en una cruz como lo veis en esa imagen... Fieles, ¿es eso verdad?... Pues, ¿cómo no temblais por vuestros pecados?... ¿Qué será del esclavo, si así obra la justicia divina con el Hijo de Dios? ¿Qué será del delincuente, si hace así con él, vestido de tal? ¿Qué hará, pecador, contigo lleno de tantos pecados, si así puso á su Hijo por verle en hábito de pecador? Aprende de aquí á tener horror al pecado; huye de él, y si has tenido la desgracia de cometerlo, arrepíentete, confiéstate luego, no sea que la justicia divina te coja, y si te halla con este fraude en casa te llevará á la cárcel y suplicio del infierno!...

22. Ven, pecador, y con la consideracion baja á aquella cárcel del infierno ahora mientras vives, á fin de que no tengas que bajar despues cuando mueras, como dice san Bernardo sobre aquello del salmo : *Descendant in infernum viventes, ut non descendant morientes.* Mira en aquellos eternos calabozos un sinnúmero de ángeles y pecadores, dando espantosos bramidos, desesperados. ¡Oh! cuántos hallarás que están allí ardiendo, y arderán eternamente por un solo pecado mortal! ¡Cuántos por un juramento con mentira! ¡Cuántos por un pensamiento deshonesto! Miralos bien, hombres eran como tú, cristianos algunos eran como tú, algunos de ellos eran del mismo estado, oficio, condicion que tú : ellos se condenaron, ya ves... Y tú ¿te condenarás?... ¿Quién lo sabe? Tú mismo lo sabes, segun san Juan Crisóstomo : *Quoties peccasti, toties condemnasti te ipsum.* Cuantas veces has pecado, otras tantas veces te has condenado á tí mismo. Nadie sabe mejor si uno irá ó no al suplicio, que el juez que da la sentencia y el reo á quien se intima; pues tú eres juez y reo á la vez. Tú sabes que has pecado, y sabes tambien que cada

paso que vas dando sin arrepentirte y enmendarte, al suplicio del infierno te vas acercando. Mira, ¡ya se ve el suplicio!... ya se ve el patíbulo!... aquel es el lugar y el palo que te está preparado!... Santa Teresa refiere en su vida, que en una ocasion fue llevada en espiritu á que viese el infierno, y dice así: *Entendí que queria el Señor que viese el lugar que los demonios allá me tenían preparado, y yo merecido por mis pecados.* ¡Oh juicios altísimos de Dios! Á santa Teresa, de quien se cree que no pecó mortalmente jamás en toda su vida, le tenían lugar prevenido, solo porque esperaban los demonios derribarla, ó hacerla caer en pecado. Dime, pues, pecador, ¿qué lugar te tendrán preparado á tí, cuando ya te tienen tan seguro por la multitud de pecados que has cometido? Santa Teresa nunca fué á ocupar aquel lugar, porque nunca pecó, pero tú que ya has pecado, y ya estás condenado, no falta sino que suene la hora señalada por Dios, para ejecutar la sentencia que al momento se ejecutará.

23. Por último, pecador, quiero hacerte ver con toda claridad lo que haces prácticamente, cuando tienes la desgracia de cometer un pecado mortal. Mira á este lado toda la santísima Trinidad dándote el ser y ofreciéndote la gloria del cielo; Jesucristo ayudándote y ofreciéndote sus dolores, su muerte y sus merecimientos; María santísima ofreciéndose por Madre y Protectora tuya; los Ángeles dispuestos á tu defensa; los Santos y justos del cielo y de la tierra haciéndote participante de todas sus buenas obras; y todas las criaturas ofreciéndose á tu servicio á fin de que tú sirvas á su Criador. Mira al otro lado los demonios llamándote, ¿para qué?... ellos ocultan su intento, pero tú lo puedes muy bien entrever. Te llaman para que vayas á ser su compañero y esclavo en el infierno. Mira el infierno abierto esperando tu resolucion para tragarte. Mira delante de tí una mesa en que hay, ó dinero, ó deleites, ó vana honra. Dios te manda que no la tomes, y porque no la tomes, te promete sus tesoros y con ellos á sí mismo; el demonio te persuade que llegues á tomar algo de aquella mesa. Ea, alma mia, ¿á qué te determinas?... ¡Pecaste!!!... ¡Ay!... ¿Qué has hecho?... *Scito, et vide...* atiéndelo bien... apenas has consentido en el pecado, cuando prácticamente, ó con la obra, has dicho á toda la santísima Trinidad y á toda la corte celestial... Padre eterno y Señor omnipotente que me criasteis de la nada, bien sé y creo que sois un bien infinito y mi único bien verdadero; però yo quiero apartarme de Vos, para no dejar de gozar de este deleite pasajero y fementido. Yo renuncio el ser hijo

vuestro; y me hago por lo mismo hijo del diablo y esclavo suyo, y con él quiero ir á los infiernos á arder con él eternamente; yo renuncio el derecho á la gloria del cielo que me teniais prometido. Y Vos, Jesucristo, Hijo de Dios, no dudo que os hicisteis hombre para mi remedio, hasta dar por mí la vida, para que me salvara. Sí, bien lo creo; mas ni estimo ni quiero vuestra sangre, vuestra pasion y muerte, ni vuestros merecimientos, ni la gloria que me ganasteis; porque estimo en mas que todo eso *este gusto de mi carne!*... Espíritu Santo consolador, salid de mi alma, porque no quiero teneros en ella, ni vuestra gracia, dones y virtudes, por no perder *este rato de placer y deleite*, con que me convida y brinda el espíritu malo. Y Vos, soberana Reina de los Ángeles, Virgen sagrada María, sabed que ya no quiero que seais mi Madre, y aunque pierda el veros en la gloria, lo doy por bien empleado por conseguir *este gusto carnal*. Ángeles santos, adios, que no quiero vuestra compañía, ni estimo vuestros consejos; tenedme de hoy mas por vuestro enemigo, que por tal me declaro desde este punto. Amad en hora buena á vuestro Dios, que bien sé es digno de infinito amor, que yo me resuelvo á no amarle, ni quererle, por no dejar de hacer lo que *quiere mi apetito brutal*. Santos y justos de la tierra, borradme del libro de vuestra hermandad ó comunión, pues que quiero que me borren del libro de la vida. Adios, Criador mio, adios, criaturas todas, aborrecedme, perseguidme, castigadme cuanto os plazca, que á todo me ofrezco por satisfacer este deseo, este pecado, que bien conozco yo que es súcio y contra toda ley y razón. Sepa el cielo y sepa la tierra, que desde luego me paso al bando de los demonios; sepan todos, que elijo ser su esclavo, y hago con ellos concierto de hermandad: que quiero su compañía eternamente, y padecer con ellos para siempre en los infiernos. Bien sé que he de tener eterno pesar; bien sé que puedo morirme al acabar de consentir en este pensamiento; pero no importa, cumpla yo mi gusto, y piérdase todo; muérame, condéneme, vaya al infierno, carezca de Dios, padezca penas eternas, que primero es dar deleite á mi apetito...

24. ¿Qué es esto que oís, amadísimos hermanos? ¿Dónde caben tan insolente despecho?... En tí, y en tí solo, pecador, que pecaste mortalmente; tú fuiste el pródigo y desperdiciador, que hiciste esta solemne renuncia delante de Dios, de los Ángeles y de los demonios; y si no con la palabra, con la obra... Mira ahora, pecador, tu miserable estado. Díme, ¿quieres quedarte en él, ó salir de tal miseria? ¿Quieres recobrar lo perdido? Ea pues, remedio hay. Con arrepén-

lirte de corazon , con que te confieses bien lo recobrarás todo. Díme, si con dolerte de estar enfermo sanaras , ¿ no te dolieras ? Si con pesarte de estar tullido anduvieras , no te pesara ? Ea pues , ¿ á quién no le duele ? ¿ Quién no se arrepiente ? ¿ Á quién no le pesa de tanto como ha perdido ? ¿ á quién no le pesa de haber ofendido á un Dios tan bueno , á un Padre tan amoroso ?... Ven acá , pecador , díselo á este Señor con todo tu corazon , con toda tu alma y con todas tus fuerzas : Señor mio Jesucristo , etc.

ALMACEN DE MATERIAS.

Efectos del pecado mortal.

Perjudica á los bienes de fortuna.

Justitia elevat gentem, miseros autem facit populos peccatum. (Prov. xiv, 34).

Regnum de gente in gentem transfertur propter injustitias , et diversos dolos. (Eccli. x, 8).

Mors, sanguis, contentio, oppressiones, fames, et contritio, et flagella, super iniquos creata sunt. (Eccli. I, 9).

Si non audieris vocem Domini Dei tui, maledictus in civitate, maledictus in agro, maledictæ reliquiæ tuæ. Et venient super te omnes maledictiones istæ, et persequentes apprehendent te, donec intereas. (Deut. xxviii, 16, 17).

Promesas que hace Dios á los que guardan su ley, y amenazas que hace á los pecadores. (Levit. xxvi).

Algunas veces los pecadores tienen suerte... y al ver esto, contra lo que está escrito, hizo preguntar al profeta (Jerem. xii, 3) : *Quare via impiorum prospera ?*... Y despues responde : *Congrega eos quasi gregem ad viclimam* ; son como puercos y otros animales para engordar, destinados á la muerte. ¿ Qué sucede en una casa cuando matan el cochino que han engordado en el año ? *Ita* en el infierno. Son como la piedra puesta en la honda , que le dan vueltas para echarla mas léjos : *Impii in circuitu ambulant*. (Psalm. xi). Por esto te dice el mismo Profeta : *Noli æmulari in malignantibus*.

Ad nihilum devenient, tamquam aqua decurrens. (Psalm. xxxvii).

Melius erat illis non cognoscere viam justitiæ, quam post agnitionem retrorsum converti ab eo, quod illis traditum est, sancto mandato ; contingit enim eis illud veri proverbii : Canis reversus ad suum vomitum , et sus lota in volutabro luti. (II Petr. ii, 21).

Por nuestros pecados, dice san Jerónimo, los bárbaros son valientes, los enemigos son atrevidos: por nuestros pecados suceden las guerras civiles é intestinas. Quitemos las causas, y cesarán los efectos.

Et pugnabit pro eo orbis terrarum contra insensatos. (*Sap.* v, 21).

Toda la naturaleza es como un castillo erizado de cañones y proyectiles cargados para hacer guerra ó fuego á los pecadores... Cuando un comandante manda fuego, al momento se disparan los proyectiles, y si no lo manda están quietos. Cuando Dios manda fuego, al momento hay temblores, pestes, calamidades, tempestades...

Perjudica la salud.

Longe à peccatoribus salus. (*Psalm.* cxviii).

Per quæ peccat quis, per hæc et torquetur. (*Sap.* xi, 17).

Dominus recordabitur iniquitatum eorum, et visitabit peccata eorum. (*Jerem.* xiv).

Jam noli peccare, ne deterius tibi aliquid contingat. (*Joan.* v, 24).

Fili, peccasti? ne adjicias iterum, sed et de pristinis deprecare, et dimittantur tibi. (*Eccli.* xxi, 1). *Hijo de la viuda de Naim.*

Malorum omnium causam constat esse peccatum. Ex peccato tristitia, ex peccato tumultus, ex peccato bella, morbi, atque quotquot nos premunt passiones. (*S. Joan. Chrys.*).

Attende miseria hominis, vectigalia sunt peccati. (*Hildebert.*).

In peccatore non tam persona vivit, quam umbra præmortui. (*Eucher.*).

El corazon del pecador es la misma imágen del diablo, el diablo es el sello, y el alma en pecado su imágen, y tiene del diablo todas las facciones. (*Guillermo Parisiense*).

Aureliano murió bailando en las bodas de la hija del emperador Domiciano.

Teletó Milesio murió presenciando una comedia.

Cornelio Gallo murió haciendo una torpeza.

Tito Eterio igualmente.

Jaqueto de Seleucia murió con la mujer con quien pecaba en el mismo acto de la maldad.

Dice Ciceron (*Tusculan.* 5): Que uno estaba en banquetes, músicas y regocijos; y porque tenia una espada desnuda y colgada de un hilo sobre su cabeza, nada le daba contento. ¡Ay de aquel que está en pecado, que tiene sobre su cabeza la espada de la divina justicia colgada de un hilo muy frágil, cual es la vida.

Decia santo Tomás que una cosa jamás habia podido entender; que estando alguno en pecado mortal, pudiese reir y estar alegre!

Ha perdido todo lo bueno y se ha acarreado todo lo malo y eterno ; y es la razon porque los hombres están locos, ó dormidos, y no reflexionan lo que es el pecado.

San Anselmo, que reflexionaba bien lo que era el pecado, decia : Si yo viera de una parte la fealdad del pecado, ó que he de cometer un pecado ; y de otra parte el horror del infierno, y fuera necesario caer en una de esas dos cosas, antes me lanzaria al infierno, que no admitiera un pecado, porque mas quisiera, limpio de pecado, entrar en el infierno, que tener el reino del cielo contaminado con alguna mancha.

El pecado hace volver feo, viejo, pierde los dientes, vista, oído, fuerzas, salud y vida, v. g. naranja estrujada, caña...

Daños que causa al alma.

Qui faciunt peccatum et iniquitatem, hostes sunt animæ suæ. (Tob. XII).

Anima quæ peccaverit, ipsa morietur. (Ezech. XVIII).

Concupiscentia cum conceperit, parit peccatum ; peccatum vero cum consummatum fuerit, generat mortem. (Jacob. I).

Stipendia peccati mors. (Rom. VI).

Tolerabilius foetet hominibus canis putridus, quam anima peccatrix. (S. Bern.).

Sobre aquellas palabras : *Cooperuit nos umbra mortis* dice san Gregorio : *Umbra mortis mors carnis accipitur, quia vera mors est, quia anima separatur à Deo.*

San Agustin lloraba sobre un pecador, y decia : *Vivit, sed corpus ejus : mortua est anima ejus. Mortuum est quod melius est : vivit habitaculum, mortuus est habitator. Non sunt in te, christiane, viscera pietatis, si luges corpus à quo recessit anima, et non luges animam à qua recessit Deus.* Verte impios et non erunt. Son los pecadores como los cuadros de perspectiva ; de frente, parecen una gran cosa ; pero en volviéndolos, ya no se ve en ellos mas que listones mal pulidos y tela grosera y manchada.

Mortem carnis omnis homo timet ; mortem animæ pauci. (S. Aug.).

Interroga conscientiam peccatoris ; nonne gravius omnibus foetet sepulchris ? (S. Ambr.).

Homicida est qui admisit peccatum : quæris quem occiderit ? non extraneum, non inimicum, sed se ipsum. (Tertul.).

Foetet corpus ab anima separatum, foetet anima à Deo sejuncta. Putrefecit corpus, putrefecit anima. Vermes procreat corpus ab anima separatum ; vermes conscientiae ac morsus procreat anima. (S. Pe-

trus Chrysol.). Cadaver, caro data vermibus; anima data dæmonibus.

El pecar, es caer en un pozo; el acostumbrarse á pecar, es estrecharse la boca del pozo.

El pecar es formarse un cerco de piedras, que cada pecado hace mas alto y grueso muro.

El demonio es como una araña, y el pecador es como una mosca ó abeja; cada pecado es una vuelta que le da para que no le escape, y muera en sus manos: *Funes peccatorum circumplexi sunt me.*

El demonio es como un pescador que con la red tiene circuidos los pescados; ellos andan alegres, pero ya están presos, y los va á sacar para freir; así serán fritos los pecadores en las pailas del infierno! Entre tanto se divierten, brincan...

El pecado despoja el alma.

Lo dice el mismo Dios por Ezequiel (xviii, 24).

Translata est gloria de Israel, quia capta est arca Dei. (I Reg. iv, 21).

El profeta Abdías dice, que el pecado es como un ladrón; pero todavía es mas, porque si bien es verdad que los ladrones roban el oro, plata y alhajas, sin embargo no se pueden llevar muchos trastos, mayormente si son grandes; pero el pecado se lo lleva todo enteramente.

El profeta Ezequiel (xxvii, 26) lo compara á un gran buque cargado de lo mas precioso, y que naufraga en alta mar.

Manlio Capitolino, gran capitán romano, despues de haber hecho grandes servicios á la República, fue acusado de un crimen capital. Para defender su vida, se presentó al Senado con todas las coronas que habia ganado con su valor: la corona naval que habia adquirido en los conflictos de mar; la corona mural por haber sido el primero en saltar los muros enemigos; la corona castrense por haber sido el primero en romper las trincheras del enemigo; la corona civil por haber salvado la vida á los ciudadanos romanos; finalmente se abrió el pecho y enseñó las cicatrices de las muchísimas heridas que habia sufrido para el bien de la patria. Y dijo por último: ¿Es posible que tantas glorias hayan de quedar eclipsadas por una sola culpa? *Uno errore, tot decora abolevi?* Aplica al pecador, que antes era bueno, y que comete un solo pecado mortal.

San Agustín refiere que habia unos ladrones que cogian á los viajeros, les despojaban de todo, luego los ataban dos á dos, mataban al uno y dejaban al otro vivo, pero acomodado cuerpo á cuerpo, ca-

ra á cara, boca á boca, del vivo con el muerto, y así atados, los dejaban hasta que moria el vivo. *Aplicacion*: Los pecados son los ladrones, que despojan, matan el alma, y, así muerta, queda unida con el cuerpo vivo. Si uno de vosotros tuviese que estar siempre con un muerto, en la mesa, en la cama, en el pueblo, en el campo...

El que peca se hace hijo del diablo: *Vos ex patre diabolo estis.* (Joan. VIII, 44).

Se hace esclavo: *Unusquisque peccando animam suam vendidit diabolo, accepto prætio temporalis voluptatis.* (S. Aug.).

El pecado hace al hombre bestia: *Et factus est similis illis*: hay asnos naturales: hay asnos tontos, que son los pecadores, que no se apartan del lugar en que cayeron.

Homo peccando, ab ordine rationis recedit, et ideo à dignitate decedit humana. (S. Thom. 2, 2, q. 64, a. 2).

Peccator fit jumentum diaboli, portans indifferenter ejus onera, que son los vicios. (Hugo Car.).

Peccator plus vult esse malum, quam bonum, diaboli servum, quam Dei filium. (S. Thom.).

La fe.

Dice san Cirilo que el pecar es como matar la fe.

La fe muerta, no es fe; así como el hombre muerto, no es hombre (dice Dídimo), sino un cadáver.

Es fe de demonios, no de cristianos; da el pecador á Dios la lengua confesando la fe; y da al diablo su alma, quebrantando los preceptos divinos. (S. Ans.).

Parece que no cree que haya Dios aquel cristiano que en secreto, pero delante de Dios que está en todo lugar, hace lo que no se atrevería hacer delante de los hombres.

El que está en pecado mortal, anda rabiatado á la bestia infernal.

El demonio le tira de la jáquima.

Es una bestia muerta la mujer que está en pecado; y el hombre es un cuervo que va á comer carne. Voltea, voltea...

Es un perro que come el vómito.

Es una puerca que se revuelca.

Razon.

Por la sola falsedad que en sí tiene el pecado mortal, juzgaron los filósofos que debia ser aborrecido sobre todas las cosas.

Aristóteles dijo: Mejor es morir que hacer algo contra el bien de la virtud: *Melius est mori, quam aliquid facere contra bonum virtutis.* (3 Eticorum).

Los dos insignes filósofos Séneca y Peregrino dijeron : Aunque supiera que lo habian de ignorar los hombres y que Dios lo habia de perdonar , con todo eso no quisiera pecar , por la fealdad del pecado.

Ciceron decia que al hombre no le podia acontecer cosa peor que el pecado.

Nihil tam præter rationem est , quam peccatum , nihil tam stultum , nihil tam fatuum , nihil tam vehemens ; omnia evertit , confundit , et perdidit. (*S. J. Chrys.*).

Homo peccando ab ordine rationis recedit ; et ideo decedit à dignitate humana , prout scilicet homo est naturaliter liber , et propter seipsum existens , et incidit quodammodo in servitutem bestiarum. (*S. Thom. 2, 2, q. 64, a. 2, ad 3*)

Sirve á las pasiones ;... al demonio...

Pejor enim est malus homo quam bestia , et plus nocet. (*S. Thom. ibid.*). Homo segregatus à lege est pejus omnium animalium. (*Aristoteles*).

Lloraba san Jerónimo al ver la persecucion que habia hecho Adriano , emperador , y como habia profanado lo mas santo y sagrado de la Palestina : en el pesebre de Belen hizo colocar el ídolo Adonis , galan de Vénus : en el Calvario el ídolo Vénus : y en el lugar de la resurreccion el ídolo Júpiter.

Aplicacion : Jóven , en cuyo corazon habia nacido Jesús por la gracia , ya lo has echado , y por tus amores y torpezas tienes el ídolo Adonis.

Tú , doncella , antes en tu corazon amabas á Jesús y á María ; les acompañabas hasta el Calvario , por las misas que oías , el Via crucis que rezabas , y la Pasion que meditabas , pero ahora todo está cambiado ; con tus bailes , celebraciones , amores y torpezas has levantado el ídolo Vénus , que es la misma torpeza.

Tú , hombre , que habías resucitado de la muerte del pecado á la vida de la gracia , ya te has olvidado de tus propósitos y buenas resoluciones ; con tus lujurias , torpezas , embriaguez , juegos é injusticias eres el ídolo Júpiter , levantado en tu mismo corazon.

Invenisti gratiam. Vos , Virgen santísima , no la perdisteis ; otro la perdió , el pecador : las cosas halladas se han de volver al que las perdió.

Con el santo Cristo en la mano se puede decir : ¡ Ay Señor ! Vos llorásteis á la vista de Lázaro , muerto , atado , fétido y asqueroso. Vos llorásteis sobre aquella ciudad pecadora , que iba á caer en manos de sus enemigos : yo tambien lloraré y lloro sobre tí , pecador , ¡ ay que !...

El demonio sigue al pecador así como la sombra sigue al cuerpo ; y le espera como el gato que espera al raton que salga de los agujeros del cuerpo : así como el gato se tira sobre el infeliz raton , lo coge , lo aprieta con uñas y colmillos , y no lo suelta por mas que grite ; así hará el demonio con el alma del pecador en la hora de la muerte.

No se puede tener por verdadero cristiano el que se atreve á vivir en tal estado , en que no quisiera morir. (*San Jerónimo*).

EJEMPLOS.

1. El diluvio universal, que acaeció en el año de 1656 de la creación, y en el de 2344 antes de la venida de Jesucristo. Léese su historia en los cap. VI, VII, VIII, del sagrado libro del Génesis.

Es tan grande la utilidad del matrimonio, y tan grande el bien que las mujeres buenas pueden hacer, que san Pedro no repara en afirmar, que algunos hombres que no creen á la predicacion, son ganados y convertidos por las virtudes de sus consortes. (*I Petr. III*).

Así como es grande el bien que hacen las mujeres buenas, casadas, así tambien es grande el mal que hacen las mujeres malas y amancebadas ; aun á los hombres buenos les hacen volver muy malos, como dice la santa Escritura, segun la cual los hijos ó descendientes de Seth, que por ser tan buenos y virtuosos fueron llamados hijos de Dios, prevaricaron luego que empezaron á enamorarse y amancebarse con las mujeres descendientes de Cain, que, si bien es verdad eran hermosas de cuerpo, pero malas de costumbres y perversas como su padre. Dijo Dios (*Genes. VI, 3*): *No permanecerá mi espíritu en el hombre para siempre, porque es muy carnal*, porque se ha hecho todo carnal, como si no tuviera que pensar en otra cosa que en satisfacer los deseos de la carne.

Aquellos hombres eran de estatura agigantada, confiados en sus fuerzas, llenos de orgullo, y despreciando la piedad, la justicia y la religion, eran ambiciosos y estaban llenos de demás vicios. Dios mandó á Noé que edificase un arca para librarse de las aguas del diluvio que queria enviar, para castigarlos ; y entre tanto mandó que les predicase, pero estos eran incrédulos, y en lugar de convertirse trataban á Noé de mentecato, de simplon, fanático, etc. Y en los versos 5, 6 y 7, se lee : « Viendo, pues, Dios ser mucha la maldicia de los hombres en la tierra, y que todos los pensamientos de su corazon se dirigian al mal continuamente, pesóle de haber cria-

«do el hombre en la tierra. Y penetrado su corazon de un íntimo dolor, dijo: Yo borraré de sobre la faz de la tierra al hombre á quien «crié, desde el hombre hasta los animales, desde el reptil hasta las «aves del cielo; pues siento ya el haberlos hecho.» Y envió el diluvio, lloviendo á raudales cuarenta dias con sus noches continuamente, de modo que los rios se entumecieron y salieron de madre saltando sus márgenes; los mares salvando sus términos vinieron corriendo con agigantadas olas para auxiliar á los rios que iban inundando los campos. Las gentes espantadas, viéndose rodeadas de las aguas de rios y mares, no teniéndose por seguras en sus casas, se huian á los montes. Pero allí llegaban tambien las aguas y ahogaban á los infelices en los riscos, cuevas y escondrijos. Tal vez algunos de los mas intrépidos se encaramaban á los árboles, y se escondian entre las ramas; mas las aguas alargaban sus ondas, y arrebataban aquellos, como frutos extraños y peregrinos, y de un bocado los devoraban sepultándoles antes de morir, por manera que todos quedaron ahogados á excepcion de ocho personas, que fueron Noé con su familia. El diluvio se formó de las aguas de los mares, rios, fuentes y lagos: *se rompieron todas las fuentes del grande abismo: y á mas por las lluvias de cuarenta dias, y se abrieron las cataratas del cielo.* Las aguas subieron quince codos sobre los montes mas altos. La inundacion duró ciento cincuenta dias, ó sean cinco meses. De ahí es que fuera de las personas que estaban en el arca todas las demás se ahogaron sin remedio. Muchos de los que se habian burlado de Noé, cuando vieron el castigo que él les anunciaba, se convirtieron, y Dios les perdonó este y demás pecados del alma, pero no la pena del cuerpo y ser ahogados, en castigo de su incredulidad...

Sobre este ejemplo ó historia se pueden hacer muchas explicaciones y aplicaciones, segun la gente ó auditorio.

- 1.º El castigo de los pecados de impureza, etc.
- 2.º La providencia que Dios tiene de los justos, por mas burlados, despreciados y perseguidos que sean.
- 3.º Dios desde que empezó á amenazarles con el diluvio, les esperó por espacio de ciento veinte años; y viendo que no se convertian, los castigó; así hace tambien ahora.
- 4.º Los malos no pueden sufrir á los profetas ni predicadores que les pronostican castigos, se irritan muchísimo, los vituperan y persiguen, y se vuelven peores.
- 5.º Hay algunos pecadores que son como los nogales, que dan el fruto á palos. Así algunos pecadores se convierten cuando ven el

golpe ó el castigo encima, como sucedió á muchos de estos diluvianos, segun se desprende de lo que dice san Pedro en su epístola I, cap. III, 20, y se ve en las pestes, tempestades, terremotos, etc., etc., de hoy dia.

Hemos de considerar tres diluvios: uno de agua, cerca los dos mil años de la creacion del mundo; otro á los cuatro mil, y fue de la sangre de Jesucristo; y el otro finalmente que será de fuego, á los otros dos mil años mas. Y tambien sucederá, como dice san Mateo, XIV, 27, y san Lucas, XVII, 26: *Como tres bautismos*. El arca es figura de la Iglesia; la madera del arca era figura de la santa cruz.

2. Dios nuestro Señor no solo tiene agua para castigar á los pecadores en este mundo, como hizo con los del tiempo de Noé, sino que tambien tiene fuego para castigarlos en este mundo y en el otro por toda la eternidad, segun consta del sagrado libro del Génesis (c. XIX). Lo mismo vemos en las ciudades de Sodoma, Gomorra, Adama y Seboím. Entregados los habitantes de estas ciudades ricas y populosas á toda especie de pecados, Dios nuestro Señor mandó dos Angeles para que dijieran á Lot, á su mujer y á dos hijas doncellas, que tenia, que salieran de la ciudad, y tan pronto como hubieron salido por la mañanita, se anubló el cielo y empezaron á caer tantos rayos, que parecia una lluvia de fuego. Así es que la Escritura sagrada dice que: *El Señor llovió sobre Sodoma y Gomorra azufre y fuego*, que penetrando en las venas del betun de que estaban llenas aquellas llanuras, inflamadas todas aquellas materias combustibles lo incendiaron todo y formaron el lago *Asphaltide*.

Todos los habitantes de Sodoma, etc., tanto varones como hembras, todos eran muy impíos y deshonestos. Todos murieron impenitentes, y en consecuencia se condenaron, como dicen san Jerónimo y Cornelio. San Judas Tadeo (v. 7) dice que fueron precitas estas ciudades para escarmiento, sufriendo pena de fuego eterno.

Antes toda aquella comarca era muy fértil y hermosa, á manera de paraíso; pero desde este castigo ha quedado muy árida é infeliz, teniendo en medio un lago de setenta y dos millas de largo, con seis de ancho. Por allá mismo pasa el rio Jordan, y los peces que lleva, al llegar al lago, se mueren. Por cuya razon se le llama *mar Muerto*, porque nada puede vivir allí.

Este castigo sucedió á los 391 años del diluvio, y á los 2047 de la creacion del mundo.

Reflexiones y aplicaciones.

1. Providencia que Dios tiene de los buenos, v. g. Lot y su familia.
2. Los malos se burlan de las amenazas, como se burlaban de Lot sus yernos, pero no por esto se escapan.
3. Desgracias temporales que trae el pecado. Estos habitantes perdieron sus riquezas, sus casas, sus tierras, su vida corporal y sus almas eternamente.
4. Dios tolera, pero finalmente viene el castigo en la hora menos pensada.

3. De Jonás. El Señor habló á Jonás, y le dijo : Anda, vete luego á Nínive, ciudad grande, y predica en ella, porque son muchos y muy grandes sus pecados. Jonás, empero, tuvo miedo, y en lugar de tomar el camino de Nínive, tomó el camino de Tarsis, huyendo del servicio del Señor, y así que llegó á Joppe, puerto de mar, halló una nave que se hacia á la vela para Tarsis, pagó su flete y entró en ella.

Mas el Señor envió un viento récio sobre la mar, con lo que se movió en ella una furiosa tempestad ó borrasca, de cuyas resultas se halló la nave á riesgo de estrellarse. Todos los marineros temieron mucho, y clamando cada uno á su Dios, arrojaron al mar el cargamento de la nave á fin de aligerarla. Jonás entre tanto estaba profundamente dormido en lo mas hondo de la nave, donde se habia alojado. Llegóse á él el piloto ó capitan, y le dijo : ¿Cómo te estás así dormido? Levántate é invoca á tu Dios, por si quiere acordarse de nosotros, y nos libre de la muerte. En seguida dijéronse unos á otros: Sin duda habrá aquí en el buque alguno que está en pecado, y por esto Dios nos ha mandado esta tempestad en castigo: venid, y echaremos suertes para averiguar de dónde nos viene este infortunio. Y echaron suertes, y cayó la suerte sobre Jonás. Dijéronle : Decláranos los motivos de este desastre que nos sucede. ¿Qué oficio es el tuyo? ¿De dónde eres? ¿y á dónde vas? ¿De qué nacion eres tú? Respondióles Jonás : Yo soy hebreo, y pertenezco á la verdadera religion de Dios; pero he pecado por haber faltado á su obediencia, por no haber ido á Nínive como me tenia mandado. Entonces le dijeron : ¿Qué harémos de tí á fin de que la mar se nos aplaque? Y respondióles Jonás : Cogedme y arrojadme al mar, y la mar se os aquietará; puesto que yo sé bien que por mi causa ha sobrevenido esta gran borrasca... Inmediatamente cogieron al Profeta, y echándole al mar, cesó al punto el furor de las aguas.

Aplicaciones y explicaciones.

1. Por el pecado de uno, se perdieron los géneros que echaron al mar, y peligrosaban las vidas de todos: ¡Ay, cuántas tempestades se levantan! ¡cuántos buques se pierden por causa de los pecados!

2. Jonás dormía, mientras todos los demás temían, trabajaban y oraban. Todavía duran los Jonases causantes de los castigos. Duermen en sus pecados, rien y se divierten, y se esfuerzan para no temer, mientras que los otros...

4. En el Evangelio de san Lucas (c. x) se lee, que Jesucristo explicó á un doctor de la ley lo siguiente: Un hombre bajaba de Jerusalem á Jericó y dió en manos de unos ladrones, quienes le robaron cuanto llevaba, aun los vestidos, por manera que quedó enteramente desnudo. Hiriéronle además, y, bañado en su propia sangre, le dejaron medio muerto. Algunos habian pasado por allá, y no obstante que eran de su misma tierra y de su misma religion, pasaron de largo. Pasó tambien por allí un samaritano, y, no obstante que era desconocido, bástale ver en el herido á un hombre que lleva sobre sí la imagen de Dios, y á un desgraciado que tiene necesidad de su socorro, para que al momento ponga manos á la obra á fin de aliviarle, sin pararse en quejas, deseos, ni lamentos vanos. Acercóse y le vendó las heridas, echando en ellas aceite y vino, y poniéndole sobre su bestia, lo llevó á una venta y tuvo cuidado de él. Y otro dia sacó dos monedas y las dió al mesonero, y le dijo: Cuidamele: y cuanto gastares de mas, yo te lo daré cuando vuelva.

Explicaciones y aplicaciones.

Ese hombre eres tú, pecador, que sales de la Jerusalem de la gracia al Jericó de la tibieza, de la flojedad, del peligro de pecar, y vienes finalmente á caer miserablemente en pecados mortales. Estos son los propiamente llamados ladrones que te han robado todos tus tesoros y riquezas; te han robado la gracia, que vale mas que todo cuanto hay en el mundo; te han robado la amistad de Dios, el derecho á la herencia del cielo; te han robado los dones del Espíritu Santo, las virtudes infusas, y todos los méritos de cuantas obras buenas habias hecho, por manera que has quedado enteramente desnudo, lo mismo que aquel hombre, lo mismo que Adán que tambien quedó desnudo tan luego como pecó. Pero, todavía mas; esos ladrones, esos pecados han quitado á tu alma la vida de la gracia, y por eso dice el Evangelio que el hombre aquel quedó medio muerto.

Y á la verdad ; como el hombre consta de alma y cuerpo , si le matan una de estas dos cosas , queda medio muerto , y aun queda herida la parte que queda en vida. ¡ Qué miseria tan grande la tuya !... Yo soy el samaritano , como ministro , aunque indigno , de Jesucristo , quien tambien fue llamado samaritano. Yo me acerco á tí , pecador , y en el santo sacramento de Penitencia veo tus llagas , cuán profundas y graves son ; mis brazos , con que te abrazo , son las vendas , y yo echo sobre esas llagas aceite y vino. El aceite es la absolucion que te doy , y en la cual te aplico los méritos de Jesús , cuyo nombre es como aceite derramado. Los consejos que yo te doy son como el vino , que al paso que te confortarán , alegrarán tu corazon , porque está escrito que el vino alegra el corazon del hombre : ¡ oh , qué alegre , animado y confortado queda el pecador , luego que ha hecho su buena confesion !...

El misionero es el que hace de samaritano , y , como no siempre se puede estar en aquella parroquia donde da la mision , confia al Padre cura , como mesonero , el cuidado de aquel recién convertido , á fin de que frecuente los santos Sacramentos y demás prácticas de religion y devocion , dándole ó recordándole las dos monedas que le deben excitar á cuidar bien la moneda del amor de Dios y la moneda del amor del prójimo : asegurándole la paga , segun el trabajo que en él ponga.

5. Refiere el evangelista san Juan que en una muy rica casa de campo , cerca la ciudad de Jerusalem , habia un señor que se llamaba Lázaro , y dos hermanas suyas , llamadas Marta y María. Lázaro enfermó y se puso malo , de cuya enfermedad murió. Sus hermanas quedaron muy afligidas y desconsoladas. Cuatro dias habia que habia muerto , cuando Jesús , nuestro divino Redentor , que los habia aguardado expresamente , pasó por allá. Apenas sabe Marta , hermana mayor de Lázaro , que Jesús venia , cuando le sale al encuentro , y le dice : Señor , si hubiéseis estado aquí , mi hermano no habria muerto. Luego se presentó tambien María , la hermana menor , y dijo lo mismo con tales gemidos , lágrimas y sollozos que Jesús se enterneció y se le arrasaron los ojos en lágrimas. En vista de esto dijeron los judíos : ¡ Mirad cómo le amaba !... Finalmente prorumpiendo Jesús en nuevos sollozos , que le salian del corazon , vino al sepulcro , que era una gruta cerrada con una gran piedra. Quitad , dijo Jesús , la piedra. Marta , hermana del difunto , le respondió : Señor , mira que ya hiede , pues hace ya cuatro dias que está ahí. Quitaron , pues , la piedra ; y levantando Jesús los ojos al cielo , dijo : ¡ Oh , Pa-

dre! gracias te doy porque me has oído. Luego, con voz alta, dijo : Lázaro, sal afuera : *Lazare, veni foras*. Y al instante el que habia muerto salió fuera, ligado de piés y manos con fajas, y tapado el rostro con un sudario. Dijo Jesús : Desatadle y dejadle ir. Esta es la historia.

Explicacion y aplicaciones.

Ese Lázaro que enfermó, murió, que está envuelto, y que des- pide fetor, eres tú, pecador. La concupiscencia de la carne, la concupiscencia de los ojos y la soberbia de la vida, te han dado tal calentura que te ha quitado la vida de la gracia por el pecado, y los pecados que á pecados has añadido, han sido como vueltas de fajas que te tienen preso. El vicio de tal manera te ha cogido, que es una cueva peor que la de Lázaro, y tus escándalos dan un fetor intole- rable. Jesús ha venido expresamente por medio de esta santa mision, por medio de su ministro para resucitarte á la gracia. Cuando el hombre peca, todo lo espiritual muere con él, menos dos virtudes, la fe y la esperanza, *ut facilius resurgat*, como dicen los teólogos ; para que resucite mas fácilmente. Estas virtudes, la fe y la esperanza, son las que piden por tí, pecador ; son las que se presentan á Jesús, á oír las palabras del Salvador, que habla por el predicador. Jesús se enternece y llora... Mira, pues, cuánto te ama !... Jesús te llama por tu propio nombre, y te dice : ¡ Lázaro !... ¡ Pecador lacerado ! ¡ Peca- dor hecho toda una llaga de piés á cabeza, sin parte alguna sana por tus pecados !... Yo te llamo, y te mando : *Sal afuera ! Veni foras !* ¡ Sal de ese vicio : sal de esa casa de perdicion : sal de esa mala com- pañia : sal de esa ocasion de pecar ! ¿ Saliste ya ? Pues, ahora recibi- rás el sacramento de la Penitencia, y por medio de ese Sacramento los ministros te desatarán, como yo lo tengo mandado : *Solvite eum*. Confesores, ministros míos, soltadle, absolvedle, y dejadle ir : *et si- nite abire*. Señor, y ¿ á dónde hemos de dejarle ir ? — Á mi mesa eu- carística. ¡ Oh amor ! ¡ oh bondad y misericordia del Señor !...

6. La vida de Jesucristo, y la vida del cristiano que está en pe- cado mortal, se hallan en una evidente contradiccion... Desde el pri- mer instante de su concepcion, el alma santísima de Jesús era bien- aventurada, por razon de la union hipostática, pero, para poder padecer y satisfacer por nosotros, un continuo milagro que obró, hizo que no se comunicase al cuerpo la felicidad y hermosura que naturalmente habia de tener. Solo en la montaña del Tabor, quan- do se transfiguró, fue cuando permitió esta manifestacion exterior,

y despues en la resurreccion. Por la misma razon, pero por causas y efectos enteramente contrarios, habia de suceder lo propio en el cristiano cuando peca. Su alma queda entonces privada de la hermosura de la gracia, fea y horrorosa como el mismo demonio; esta fealdad horrorosa se comunicará al cuerpo en el dia de la resurreccion universal y durará por toda la eternidad en los infiernos. Mas, así como Cristo allá en el Tabor quiso que su cuerpo se manifestase glorioso y hermosísimo á sus mas queridos discípulos; así tambien ha querido que alguna vez se manifestara en el cuerpo la fealdad del alma en pecado mortal, como sucedió en este ejemplo que refieren varios autores: Habia un hombre casado que vivia con mucha paz y honradez con su esposa y familia. Un dia, allá al anochecer, salió de casa para cierta diligencia; y al pasar por una calle encontró una mujer. Empezaron los dos á chancear, y tanto que ambos pecaron mortalmente cayendo en un pecado de torpeza. ¡Cosa horrorosa! Apenas acabó el hombre de consumir la maldad, cuando la fealdad que siempre tiene el alma que ha pecado mortalmente, se comunicó á su cuerpo, quedando este tan feo y horroroso como se nos pinta el demonio. El pobre hombre, viéndose en tan horrorosa figura, se espantaba á sí mismo: fuese por su casa, mas tan luego como su esposa vió entrar por las puertas de su casa aquel mónstruo, se puso á gritar horrorizada: él la consolaba y la decia: Yo soy tu esposo, no temas. — No eres mi esposo, contestaba ella; tú eres el enemigo malo... ¡Jesús, María, amparadme! — Con los gritos de la madre se desvelaron los niños que estaban por allá dormidos, y se pusieron á llorar y á gritar. — El infeliz les consolaba y decia: No tengais miedo, yo soy vuestro padre. — Y ellos gritando respondian: No eres tú nuestro padre; tú eres el enemigo malo. Para no aumentar mas y mas las penas y espanto de su mujer y familia, se salió por la puerta, y se fué al despoblado. En la soledad del campo y en la oscuridad de la noche estaba discurriendo sobre su desgraciado estado, y sobre la causa que lo habia motivado, para ver cómo se podría remediar. Pénsando en esto y reflexionando, se decia entre sí: El pecado deshonesto que has cometido, es el que te ha puesto tan feo y horroroso: el remedio mejor que se puede hallar será por consiguiente la confesion, por medio de la cual Dios te perdonará el pecado. El alma recobrará entonces la gracia con la hermosura perdida, y así será como se retirará la fealdad de tu cuerpo... Al momento se fué hácia el templo; púsose arrimado á la puerta, esperando que viniera el Padre cura para pedirle que le oyera en confesion. El

cura de aquella parroquia era muy amigo de madrugar; apenas amaneció, cuando se fué á la iglesia, segun acostumbraba. Pero quedó sorprendido y espantado cuando al acercarse á la puerta de la iglesia para abrir las puertas se vió con aquel mónstruo. Sin decir una palabra, volviósse atrás bastante aprisa. Entonces aquel le llamó: ¡Padre cura! no tenga V. miedo; yo soy fulano (se declaró por su propio nombre). Anoche tuxe la desgracia de cometer un pecado mortal, y al momento me volví así feo y monstruoso. Yo he pensado que si quito la causa, que es el pecado, por medio de una buena confesion, se quitará tambien el efecto, que es esta deformidad en que me hallo y V. me ve. Tenga por lo tanto, Padre, la bondad de venir, y de oirme en penitencia. — Al oir estas palabras, el Padre cura se animó y se dirigió al templo: abrió las puertas, oyó la confesion de aquel mónstruo, y así que le echó la santa absolucion, al momento recobró su primer estado con su anterior hermosura. ¡Oh abominable pecado, qué desgracias causas! ¡Oh dichosa confesion, qué daños remedias y qué bienes traes! ¡Oh divina misericordia, cuán grande eres!!!

Explicacion y aplicaciones.

Díme tú, pecador; si tus pecados que te tienen el alma mas fea que el demonio, comunicaran á tu cuerpo esa fealdad, ¿quién estaría aquí, á tu lado? Nadie. Todos nos huiríamos espantados. Pero, no por esto eres ahora mas feliz, sino mas desgraciado, porque así no tratas de salir de tan mal estado, como sin duda lo harías y luego, si te vieras feo de cuerpo, como lo está tu alma.

Díme tú, jóven, ¿pecarías, si supieses que al primer pecado te habias de volver feo de alma y cuerpo como este hombre?

Díme tú, mujer, que tanto trabajas para ser hermosa, y la palabra que mas sientes es el que te llamen fea, ¿tendrás valor para volver á pecar? ¿No temerás el que Dios deje pasar la fealdad del alma, que peca, al cuerpo que tambien fue compañero de la maldad?

Si has pecado, confiéstate luego, para que la fealdad que tiene siempre el alma que está en pecado, no pase al cuerpo. Una naranja podrida que está pegada á otra sana, le comunicará su podredumbre, y así importa sacarla; saca, pues, luego la podredumbre del pecado de tu alma por medio de una buena confesion, para que no vuelva feo el cuerpo.

ESQUELETO DEL SERMON I

DE LA NECESIDAD DEL SACRAMENTO DE LA PENITENCIA.

Vade, ostende te sacerdoti. (Matth. VIII, 4).

Anda, manifiéstate al sacerdote.

1. La lepra es una figura del pecado.
2. Lo que hizo el leproso, y lo que debe hacer el pecador.
3. Lo que Jesucristo manda al leproso y al pecador.
4. Lo que es necesario existe, la confesion es necesaria...
5. Antigüedad de la confesion... Adan...
6. Confesion de Eva, y misericordia de Dios.
7. Misterios que se contienen en las pieles de cordero.
8. Adan y Eva enseñaron la necesidad de la confesion á sus hijos, y por tradicion... Gentiles, paganos y hebreos.
9. Jesucristo sublimó la confesion á Sacramento, como lo hizo con el matrimonio.
10. Ejemplo que da Jesucristo á los penitentes.
11. Jesucristo promete, instituye y manda este Sacramento.
12. Modo con que Jesucristo instituyó este Sacramento.
13. Qué significa el soplo que dió Jesucristo á los Apóstoles.
14. En este Sacramento figuran Jesucristo, el sacerdote y el pecador.
15. Es muy natural comunicar las penas al amigo.
16. Conveniencia del remedio, que es la confesion, con la enfermedad, que son los pecados.
17. Solicitud y precepto de la Iglesia sobre la confesion.
18. Cuán racional es practicar la confesion. Mezcolanza de buenos y malos, y por qué Dios los permite.
19. Crueldad de los enemigos de la confesion.
20. Exhortacion que sobre la confesion los apóstoles san Juan, Santiago, san Pablo hacian, y los fieles obedecian y practicaban.
21. Diferencia de la penitencia pública y privada, ó confesion auricular que se ha practicado, como lo aseguran, en el siglo I, Apóstoles, san Clemente.
22. Siglo II, san Ireneo, Tertuliano. Siglo III, Orígenes.
23. Siglo IV, san Atanasio, san Basilio.
24. Siglo V, san Juan Crisóstomo, san Jerónimo, san Agustin.

25. Siglo VI, san Juan Clímaco. Siglo VII, san Gregorio el Grande, san Ansberto. Muchos reyes y emperadores orientales tenían sus confesores. Siglo VIII, san Martín, monje, confesor de Carlos Martel. Concilio de Germania.

26. Siglo IX, Carlomagno. Siglo X, emperador Oton. Siglo XI, Constancia, san Anselmo. Siglo XII, san Bernardo.

27. Siglo XIII, concilio de Letran.

28. Esfuerzos que hace Satanás contra este Sacramento; se vale de los herejes...

29. Dios perdona con autoridad absoluta, y el sacerdote con facultad delegada.

30. Tan necesaria es la confesion á los cristianos que han pecado, para salvarse, como el bautismo á los gentiles.

31. ¿Por qué el ministro es un hombre y no un Ángel? No es invencion de los clérigos.

32. Intolerancia de los herejes: bravatas de los cristianos viciosos como gatos, y cristianos tibios criticones.

33. Sugestiones para no confesarse luego.

34. Espantajo del *Qué dirán?*

35. Los que se callan pecados por vergüenza.

36. Temor por el mucho tiempo que no ha confesado, por la multitud y gravedad de los pecados.

37. Epílogo.

SERMON I

DE LA NECESIDAD DEL SACRAMENTO DE LA PENITENCIA.

Vade, ostende te sacerdoti. (Matth. viii, 4).

Anda, manifiéstate al sacerdote.

1. Entre las enfermedades del cuerpo, es la lepra la imagen mas viva y sensible de la peor enfermedad que sufre el alma, esto es, del pecado. Á la verdad, no hay cosa que mejor nos represente la corrupcion que el pecado causa en el alma, y la aversion que Dios y los Ángeles le tienen, como la lepra; pues así como la lepra corrompe la masa de la sangre y los humores, se extiende por todo el cuerpo, le desfigura y le pone asqueroso, y para colmo de sus males el infeliz leproso se ve apartado de la sociedad y trato de los que están sanos; así tambien la lepra diabólica amortigua las obras buenas en el alma del pecador, mata la gracia, corrompe las virtudes y afectos de su corazón, la desfigura y la pone fea y espantosa como un demonio, ya que demonio no es otra cosa, segun santo Tomás, que una alma racional que está en pecado mortal. Á mas de esto se ve el pecador apartado de la amistad y sociedad de Dios y de los Ángeles buenos. ¡Qué lástima!

2. Pero como Jesucristo vino á llamar no á los justos sino á los pecadores, dispuso en su alta providencia que el primer enfermo que se le presentase, al bajar del monte en donde acababa de predicar y explicar las reglas de la moral evangélica, fuese un leproso, dice san Juan Crisóstomo, para darnos á entender, bajo la figura de la lepra, la malicia del pecado mortal; y en las diligencias que hizo el leproso, y en lo que el Señor le prescribió, entendieran los pecadores las diligencias que habian de practicar, y los medios de que se habian de valer para curar de la lepra del pecado, para salir del estado infeliz de condenacion, y conseguir la gracia y amistad de Dios y de los Ángeles. Observad, amadísimos hermanos, el amor y la voluntad de Jesucristo respectó del pecador, y la manera con que debe corresponder este á la gracia del Señor. Esto lo entenderéis claramente de la historia del santo Evangelio, pues dice el evangelista san Mateo (cap. viii, 1), que «habiendo Jesucristo bajado del «monte le siguió muchísima gente, y hé aquí que acercándose un

«leproso le adoró y dijo : Señor , si quieres me puedes limpiar ó quitar esa enfermedad tan asquerosa.» Atended bien , amadísimos hermanos , como Jesucristo se dirige á la casa ó castillo en donde estaba el pobre leproso , y apenas este lo advierte , cuando sale corriendo , lleno de fe y confianza se acerca á Jesús , se arrodilla á sus piés , le adora , y en esta postura tan humilde le pide la salud. Esto significa que el Hijo de Dios ha bajado del monte eterno de la gloria del cielo , y se ha hecho hombre para conversar con los hombres , y salvarlos. Muchos hombres le acompañan , pero de un modo particular busca y llama con su gracia al pecador , y si este no se hace sordo , si se presenta con un corazon contrito y humillado , será de Dios perdonado. El mismo Jesucristo le dice : *Volo , mundare*. Quiero y mando que seas limpio. Quiero y mando que vayas y te manifiestes al sacerdote. *Vade , ostende te sacerdoti*.

3. El Salvador extiende su mano sobre este leproso , le toca , le cura y le envia al sacerdote mandándole que se manifieste á él. Lo mismo hizo con otros diez leprosos , diciéndoles : *Ite , ostendite vos sacerdotibus*. Hé aquí lo que hace y hará Jesucristo con los leprosos del alma , que son los pecadores , extiende sobre ellos la mano de sus divinos auxilios é inspiraciones , les toca con su gracia , y los envia á los sacerdotes de la ley de gracia , mandándoles que se manifiesten bien , que se confiesen de todos sus pecados sin ocultar ninguno , y que entiendan que no recobrarán la salud si no manifiestan toda la malicia de su lepra espiritual á estos médicos de sus almas , á los cuales él ha comunicado su virtud , su poder y su gracia para curarlos y limpiarlos. Esta es mi voluntad , dice , este es mi precepto : *Vade , ostende te sacerdoti*. El enfermo que quiere curar obedece al médico ; pues , tú , pecador , debes obedecerme si quieres curar de tu lepra : *Vade , ostende te sacerdoti*. Si me quieres amar , has de guardar mi precepto ; pues este es mi precepto : *Vade , ostende te sacerdoti*. Si obedeces curarás , y si no obedeces aumentarás tu pecado , y en tu pecado morirás , y te condenarás.

¡Oh pecador! ya oyes la necesidad que tienes de acudir al sacerdote y de hacer una buena confesion ! Para convencerte mas de esta verdad , me ocuparé en hacer ver la necesidad de este santo sacramento de la Penitencia ; para el acierto pidamos la gracia al Señor , valiéndonos de la Madre de la gracia , saludándola con el Ángel : *Ave Maria*.

4. Amadísimos hermanos en Jesucristo : Dios nuestro Señor ha dispuesto de tal manera todas las cosas , tanto en el orden de la na-

turalaleza como en el de la gracia, que nada falta, ni nada hay superfluo en ellos, sino que todo está dispuesto en número, peso y medida, como dice la santa Escritura. De estos innegables principios infiere santo Tomás aquella legítima consecuencia : *Todo aquello que es necesario, existe. La confesion es necesaria al linaje humano; por lo tanto existe la confesion.* El sentido comun, la naturaleza entera á voz en grito dicen á todos los culpables: *No hay perdon sin arrepentimiento, ni hay arrepentimiento sin confesion.*

5. La confesion de los pecados es tan antigua como el mismo mundo; empieza por el primer pecador, comienza por Adan. Adan, padre de todos los hombres y figura de los pecadores, Adan peca, quebranta el precepto del Señor, y huye y se esconde. Dios le llama : *Adan, Adan, ¿dónde estás?* No pregunta el Señor el lugar, sino el estado infeliz en que ha caido Adan para que se reconozca, se arrepienta y se confiese; y Dios le oirá, le aplicará la penitencia temporal, y le perdonará de la pena eterna. Por esto le pone la confesion en la boca en el modo de preguntar, á fin de que se confiese y alcance el perdon de su pecado. Adan, aunque con mucha confusion y vergüenza, correspondiendo al llamamiento de Dios, hace la confesion que el mismo Dios le sugiere para su bien, y dice arrepentido y humillado : *Comedi.* Señor, he quebrantado vuestro divino precepto, he comido el fruto prohibido. *Comedi.* Habiendo Dios oido en particular la confesion de Adan, le impone la penitencia de trabajos y sudores, y de muerte temporal y corporal, pero con la esperanza de salvarse por los méritos de un Redentor. En esta historia que refiere el sagrado libro del Génesis, observad, amadísimos hermanos, cuatro cosas : 1.^a El hombre que peca, huye y se esconde. 2.^a La voz de Dios que le llama para que se arrepienta, se confiese y se salve. 3.^a El pecador se confiesa, confuso, contrito y arrepentido. 4.^a Dios le perdona. Así sucede y pasa con todos los pecadores, que habiendo imitado á su padre Adan en el pecado, le imitan tambien en la penitencia.

6. Eva siguió el ejemplo de su esposo, se confesó tambien, dijo : *Comedi.* Cuando el Señor le preguntó ¿por qué has hecho esto? respondió : La serpiente me engañó, y comí : *Comedi.* El Señor le impone la penitencia, le hace saber los dolores que tendrá que sufrir, y la sujecion que tendrá que guardar. Esta es la pena que señala á Eva, despues que ha oido su confesion en particular, añadiendo además que incurre tambien en la pena de muerte corporal y temporal, como acababa de imponerla á Adan su esposo, pena que su-

firémos todos sus hijos, ya que en él pecamos tambien. Pero ¡qué bondad y misericordia la de Dios! En lugar de echarles á los infiernos, como hizo con los ángeles malos, ya que como ellos consintieron en ser como dioses, faltando al precepto de Dios, inmediatamente les promete un Redentor, que se llamará Jesús, hijo de aquella mujer que aplastará la cabeza de la serpiente infernal. Este Jesús será el cordero que quitará los pecados del mundo; y, para que entendieran bien esta verdad tan interesante y absolutamente necesaria, el Señor les vistió y cubrió su desnudez con unas pieles de cordero, figura de los méritos del cordero Jesús, que se aplican al pecador que confiesa bien sus pecados. Estos méritos son, en efecto, como una piel que cubre la desnudez y fealdad del pecador, y le hermosean con el blanco vestido de la gracia.

7. Ambos á dos los cubrió el Señor con una piel de cordero, que al efecto mató, para darles á entender que Dios haria morir el Cordero divino para quitarles á ellos sus pecados y los de su posteridad, conforme á lo que dijo despues un profeta: *Propter scelus populi mei percussi eum.* (Isai. LIII, 8). Así lo comprendieron nuestros padres, y mejor que el mismo profeta que dijo: *Vere languores nostros ipse tulit, et dolores nostros ipse portavit; et nos putavimus eum quasi leprosum, et percussum à Deo et humiliatum.* (Ibid. 4). Este es el Cordero deseado y pedido por los Profetas para que dominara la tierra. Este es el Cordero que fue muerto desde el principio del mundo, segun san Juan (*Apoc. xx*); en figura, en los corderos de cuyas pieles Dios vistió á nuestros padres; en la persona de Abel y demás justos; y en la realidad en la misma persona de Jesucristo, que es el verdadero *Agnus Dei qui tollit peccata mundi*. Y ninguno sino Jesús les puede conceder la salud, ó el perdon de sus pecados: *Non est in alio aliquo salus.* (Act. IV, 12).

Otro misterio todavía se encierra aquí. Jesús es único Hijo del Padre: por lo tanto el Cordero divino debe ser único: sin embargo Dios mató dos corderos, y con la piel del uno vistió á Adán, y con la piel del otro vistió á Eva; para que entendieran que, si bien es verdad que Jesús es único, que el Cordero que quita los pecados del mundo es único, sin embargo el que se confiesa bien recibe tan de lleno los méritos de Jesús, y es vestido y adornado con su santísima gracia, como si fuera él solo el redimido; así lo entendia san Pablo cuando decia: *Dilexit me, et tradidit semetipsum pro me.* (Galat. II, 20).

8. Adán y Eva comprendieron muy bien la necesidad de la confesion de los pecados; la necesidad del arrepentimiento y la satisfac-

cion que debian dar á Dios, segun su respectiva posibilidad. Con todo, como les fuera imposible el darla cabal y adecuada, por ser el pecado de una malicia infinita á causa del objeto ofendido, que es el mismo Dios, fundaron y colocaron para aquella sus esperanzas en los méritos del Redentor ó Mesías, cuyas obras, siendo él Dios y hombre, serian de infinito valor. Así es que por la palabra de promesa que Dios les habia dado, por la fe y esperanza que ellos tenian, y haciendo además ellos de su parte lo que podian y Dios les inspiraba ó prescribia, *ex opere operantis*, como dicen los teólogos, se hacian participantes de los méritos de Jesucristo que habia de venir. La necesidad de la confesion de sus pecados, que nuestros padres Adan y Eva ejercitaron, inspirados y movidos del mismo Dios, que no les queria condenar á los infiernos, sino que les queria perdonar y salvar, la enseñaron Adan y Eva á sus hijos con gran celo como el único consuelo que les habia quedado despues de su fragilidad y desgracia. De ahí es, que esa verdad tan consoladora ha pasado por tradicion, de generacion en generacion hasta nuestros dias, infiltrándose de tal manera en la naturaleza humana el inmenso bien que por ella se alcanza, que por doquiera la vemos practicada con mas ó menos perfeccion, y quizás con vicio, lo que prueba, no obstante, su existencia. Por la historia nos consta los sacrificios y confesion que han practicado los gentiles en virtud de la tradicion que recibieron de sus antepasados. Los paganos por la misma tradicion han practicado los sacrificios y la confesion de los pecados: se acusaban y confesaban en los misterios de Orfeo, de Isis, de Cérés y de Samotracia. Se ha encontrado asimismo la confesion de los pecados en el Perú, entre los brahmas, entre los turcos, en el Tibet, en el Japon, en la Persia y en otros lugares. Los hebreos usaban la confesion de sus pecados, y á mas de la tradicion que les enseñaba esta práctica, recibieron especial precepto de Dios, como consta del libro de los Números (v, 7): *Di á los hijos de Israel: Hombre, ó mujer, cuando cometieren alguno de los pecados que suelen acaecer á los hombres... confesarán su pecado.*

9. Si de la confesion de los pecados que hicieron Adan y Eva, y de la que á su imitacion practicaron los Patriarcas, los Profetas y los hebreos todos, que componian el pueblo del Señor, y de la que hicieron aun los gentiles y paganos, nos introducimos en la ley de gracia, nos hallamos con Jesucristo, y vemos que ha hecho con la confesion de los pecados lo mismo que con el matrimonio. Dios en el principio del mundo instituyó el matrimonio para conservacion y

propagacion del linaje humano , y Jesucristo que vino no para quitar la ley de Dios su Padre , sino para perfeccionarla , vemos que enaltece ese mismo matrimonio , que le condecora con la dignidad de Sacramento ; quiere que contenga un gran misterio y signifique la union de él mismo con la Iglesia , y le marca con el sello de sus merecimientos. Otro tanto hace con la confesion. Dios inspiró y promovió la confesion tan pronto como pecaron nuestros padres , á fin de que no perecieran eternamente. Lo mismo ha solicitado de los demás pecadores , como se ve en tantos lugares de las santas Escrituras ; pero Jesucristo ha sublimado la confesion de los pecados á la gran dignidad de Sacramento de la ley de gracia , enriqueciéndolo con sus merecimientos , que son de infinito valor , á fin de que los fieles recobren la vida de la gracia , si la perdieron por el pecado , y los que ya en gracia se hallan , se perfeccionen en ella por los méritos de Jesucristo que obran por medio de este Sacramento y de las virtudes en que se ejercita el que debidamente lo recibe.

10. Jesucristo , de quien dice san Lucas que primero empezó por hacer y despues enseñar , comenzó ante todo á hacer una especie de confesion práctica , esto es , quiso aparecer cual si fuese un pecador , antes de enseñar este precepto y elevar la penitencia ó confesion á Sacramento. Y si bien él fue concebido sin pecado , ni era posible que cometiese la mas insignificante falta , porque es Dios ; sin embargo , para enseñarnos con su ejemplo la obligacion que tenemos de confesar nuestros pecados , quiso ser circuncidado cual pecador al octavo dia de haber nacido , y como tal se sujetó despues al bautismo de san Juan , y finalmente quiso morir , como si fuese pecador y criminal , en un afrentoso patibulo. El mismo nos asegura que no vino á abolir la ley , sino á perfeccionarla ; y de ahí es que no quitó esta ley de la confesion , sino que además de perfeccionarla con su buen ejemplo , la elevó al grado de Sacramento depositando sus méritos en él.

11. Viendo Jesucristo que eran tantas las almas que se perdian por no tener aquella contricion indispensable para recobrar la gracia , además de la fe en el Redentor que estaba prometido , ansiaba sin cesar por instituir este Sacramento , y antes de llegar la hora de realizarlo dijo á san Pedro : *Yo te daré las llaves del reino de los cielos , y todo lo que desatares en la tierra , será desatado en el cielo* , como se lee en el Evangelio de san Mateo (xvi, 19) , haciendo la misma promesa á los demás Apóstoles y en ellos á todos los sacerdotes. El santo concilio de Trento (sess. XVI) dice , que estas promesas del

Salvador se cumplieron, cuando despues de la resurreccion se apareció á sus amados Apóstoles, sopló sobre ellos, y les dijo: *Recibid el Espíritu Santo: á los que perdonáreis los pecados, perdonados les son; y á los que se los retuviéreis, les son retenidos.* (Joan. xx, 22 et 23). Con estas palabras constituyó á los Apóstoles y á sus sucesores los sacerdotes, hasta el fin del mundo, jueces en el tribunal de la penitencia para absolver ó desalar á los pecadores de sus pecados, y ligarlos con la obligacion de las obras satisfactorias, no á su antojo, sino conformándose á las leyes de la buena moral, oida la causa, mediante la confesion del penitente. Por el mismo hecho y con las mismas palabras mandó Jesucristo á todos los pecadores, sin distincion, que se sujeten á la potestad de juzgar que ha comunicado á los sacerdotes, si quieren alcanzar el perdon de sus pecados; de lo contrario esta facultad habria sido ilusoria y puramente nominal. San Agustin y el concilio de Trento dicen, que Jesucristo dió el nombre de llaves á esta facultad que confirió á los sacerdotes para absolver los pecados, á fin de que entiendan los pecadores, que así como sin llaves nadie puede entrar en una casa cerrada, así tampoco ellos entrarán en el cielo, que se les cerró por sus culpas y pecados, si no se valen de las llaves ó facultad que dió á los sacerdotes al efecto; y que si para entrar tuviesen otro medio que el de estas llaves, seria supérfluo el haberlas entregado á los sacerdotes.

12. No puedo menos, amadísimos hermanos, que llamar vuestra atencion sobre este pasaje tan interesante del santo Evangelio sobre la institucion del sacramento de la Penitencia. Jesucristo se presentó á sus amados Apóstoles reunidos en el cenáculo, les manifestó sus llagas, les dió la paz, y en seguida en actitud de maestro, de legislador y de Dios, con acento de majestad y de autoridad, les dijo: *Así como el Padre me ha enviado á mí, yo os envío á vosotros.* Como si dijera, así como mi Padre me envió al mundo para que le enseñase el camino de la verdad y de la virtud; así yo os envío á vosotros con los mismos poderes y facultades, para que lleveis á cabo la obra que yo comencé. Por donde se ve la dignidad grande que Jesucristo dió á sus Apóstoles, haciéndoles sus delegados en el oficio de la conversion del mundo, en cuya dignidad suceden y sucederán otros hasta al fin del mundo para que nunca falte quien atienda á su conversion y perfeccion.

13. Dichas estas palabras, refiere el Evangelista que nuestro divino Redentor sopló sobre los Apóstoles, para significar que el Espíritu Santo que les daba á ellos y á los demás sucesores los sacer-

dores, era espíritu que procedía de él, así como el soplo procede del que sopla, de suerte, que no solamente da Jesucristo sus dones y facultades, sino también el Espíritu Santo con ellos; el cual, aunque distinto en la persona, no lo era en la sustancia. Significa además que él mismo fue quien sopló en el rostro de Adán, formado del lodo, un soplo de vida con el cual quedó con alma viviente, y que este soplo en el alma de los Apóstoles y sucesores producía los mismos efectos que el otro hizo en el cuerpo, vivificándola, hermoséandola, y dándola movimientos, sentidos y obras proporcionadas á la vida sobrenatural que les comunicaba. En esta actitud de Jesucristo, en este soplo de su divino corazón, que él esparció sobre sus amados Apóstoles, y con el que les envolvió en una atmósfera divina; en las magníficas y divinas palabras con que acompañó este acto misterioso, es imposible dejar de ver al Hijo de Dios, obrando como Dios, promulgando una ley importante, instituyendo una cosa grande, sublime y divina. ¿Cuál es el sacramento de la Penitencia? La confesión de los pecados á los Apóstoles y sacerdotes, á quienes constituyó por medianeros entre Dios y los hombres, y al efecto les dió el cargo de ejercer con los hombres el oficio de maestro, de juez y de médico, como él lo había ejercido: los elevó á la comunión de su espíritu; les comunicó su autoridad, les confirió un poder divino y les hizo sus ministros y dispensadores de sus misterios: les hizo sus lugartenientes, sus representantes, sus delegados, sus apoderados para la grande obra de la reconciliación de los hombres.

14. En este sacramento de la Penitencia, amadísimos hermanos, veréis tres personas que representan: 1.^a Dios humanado, Jesucristo. 2.^a El sacerdote. 3.^a El penitente. Jesucristo, como Dios y hombre, ha venido para salvar y redimir al hombre; él ha pagado con su sangre nuestro rescate, y nos aplica sus merecimientos por medio de los Sacramentos. Así como en lo natural y corpóreo ha criado los remedios oportunos, y estos deben aplicarse, pues de otra manera no causarían, ni producirían efecto ninguno; así también en lo espiritual ha instituido los santos Sacramentos, y estos se deben aplicar y recibir para que produzcan su efecto. Se deben recibir por los hombres, y se deben aplicar por los ministros que en el sacramento de la Penitencia son los sacerdotes, y para este fin Jesucristo les comunicó su santo Espíritu y les dió facultad de perdonar á todos los hombres y mujeres, que se presenten dispuestos, sin hacer excepción de pobres y ricos, sábios ó ignorantes, jóvenes ó viejos. Tampoco hace excepción de los pecados por graves y numerosos que sean. Bas-

ta que el penitente se presente bien dispuesto, y esta es la tercera persona del sacramento de la Penitencia, y para bien de esta se instituyó el Sacramento como la medicina para el enfermo. Por esto decia sábiamente Orígenes, que la necesidad que tiene el enfermo de acudir ó llamar al médico, tambien la tiene, y mucho mas, el pecador de acudir al sacerdote. Y Tertuliano lleno de celo é indignado contra los que no hacian caso de este sacramento de la Penitencia, decia : Es tan estúpido, es tan insensato decir que no es *necesario que el pecador se confiese*, como seria decir que no es necesario que un enfermo, cubierto de llagas asquerosas, las manifieste al cirujano ó médico, y que es mejor perecer que manifestar dichas llagas y tomar los oportunos remedios, porque son algo amargos. Las operaciones y remedios corporales son algo repugnantes y dolorosos al enfermo, pero despues que ha recobrado la salud se alegra ; así el sacramento de la Penitencia es algo repugnante á la naturaleza enferma, pero despues que el pecador se ha confesado bien, ¡ qué alegría no siente ! ¡ qué placer no experimenta !

15. Es, amadísimos hermanos, el sacramento de la Penitencia el mas análogo á la naturaleza del hombre. Naturalmente cuando tenemos alguna pena, congoja, etc., la depositamos en el corazon de un amigo, que tal vez no nos consolará como esperábamos, ó si nos consuela con palabras quizás no nos remediará con obras, y tal vez descubrirá lo que le confiamos con no poca confusion nuestra : pues he aquí lo que se hace en la confesion : depositamos en el corazon de un buen amigo, cual es el confesor, todo lo que nos aflige y escrupuliza, seguros de que nos guardará el secreto que le hemos confiado, y mirará por nuestro honor ; nos consolará con sus palabras, nos animará con sus santos consejos, y con la absolucion que nos echará, nos limpiará de toda nuestra lepra, y nos perdonará todos nuestros pecados. ¡ Oh, qué alegría experimentaremos despues de la confesion ! ¡ qué placer sentiremos ! Verdaderamente solo el Criador del hombre, que es el único que conoce las necesidades íntimas del hombre, podia revelar al hombre é indicarle en la confesion de sus pecados el modo de satisfacer sus necesidades, erigir este remedio en Sacramento, hacer de él una ley, y unir á esta ley el poder de su gracia, y verla cumplida con todos sus efectos y consecuencias en el que la cumple bien, esto es, en el que se confiesa bien. ¡ Oh confesion santa ! tú eres obra de Dios ; solo Dios te podia inventar.

16. Para que todos alabeis mas y mas la sabiduría y bondad de Dios en la institucion de la confesion, os haré ver la conveniencia del

remedio con la naturaleza de la enfermedad del hombre, que es el pecado. Dos son las causas del pecado, el orgullo y el placer. El orgullo es la principal causa y el principio de todo pecado, como dice el mismo Dios : *Initium omnis peccati superbia* (Eccli. x), y como dice un profeta en boca del pecador : *Non serviam* : vete en mal hora, no te quiero servir, no quiero guardar tu ley, ni observar tus preceptos. Esto es lo que dice prácticamente el pecador, cuando comete un pecado. La segunda causa de su pecado es el placer, y por esto muy acertadamente dice santo Tomás, que pecar, *Est aversio à Deo, et conversio ad creaturas*. Es apartarse de Dios, abandonar á Dios, é inclinarse á las cosas criadas, poner en ellas su corazon, hallar en ellas su placer, y colocar en ellas la razon de su último fin, con desprecio de Dios, ya que Dios debe ser amado sobre todas las cosas; pero el pecador lo hace al revés : mas ama aquella cosa por la cual peca, que á Dios. Comienza en los goces del espíritu y termina en los goces materiales. Ahora pues, el pecador extraviado por el orgullo y por la voluptuosidad, no puede volver al estado de donde cayó, sino por la humildad y el sufrimiento. El mismo Dios no podría perdonar al pecador que rehusase humillarse y afligirse en cierta proporcion, y expiar el desórden personal y actual que le ha impulsado á exaltarse y deleitarse. Esto seria faltar á la justicia eterna. Pero si el pecador coopera, da lugar á la misericordia, sin dejar de cumplirse la justicia que recae sobre lo poco que hace el pecador, y sobre lo mucho que se merece por los méritos de Jesucristo que se los hace propios con esta cooperacion y con la recepcion del Sacramento instituido por el mismo Jesucristo á este objeto. De modo es que, si bien se mira, la confesion sacramental es un acto solemne por el cual el pecador inmola su orgullo en lo que tiene de mas íntimo, que es la supremacía del *yo* humano, que hace que se humille ante el *yo* de otro hombre, que es el sacerdote, y santifique la voluptuosidad del corazon y la voluptuosidad de los sentidos por la violencia que se hace á sí mismo, y por las expiaciones á que se somete, recibiendo y cumpliendo la penitencia que le imponga el Padre-confesor. Por lo que la confesion sacramental es el acto mas conveniente, el mas conforme á las condiciones del hombre que ha caído en los desórdenes del pecado, y quiere salir de tan mal estado : es el acto supremo que tiene su razon en las relaciones en que el pecado ha colocado al hombre con Dios. Y como estas relaciones, ocultas en las profundidades de la naturaleza humana, no son conocidas mas que de Dios, que es su autor, es claro y evidente que la confesion

sacramental es un acto que la sola sabiduría infinita de Dios podía imaginar y disponer, convirtiéndolo en un gran Sacramento é imponiéndolo como una obligacion; pero al mismo tiempo es un acto sumamente razonable y esencialmente natural.

17. Y al propio tiempo que admirais cuán racional y natural es la confesion, no quisiera que os pasaran desapercibidas la bondad y misericordia de Dios, que no exige del pecador la confesion de sus culpas, como hacen los jueces del siglo, para condenarle, sino como un médico caritativo solicita al enfermo que le manifieste sus llagas para curárselas. Animada la Iglesia de este mismo espíritu, y respirando el mismo deseo, como buena madre á todos nos exhorta á la recepcion de este sacramento de la Penitencia. Nos halaga con promesas de gracias é indulgencias; nos amenaza con censuras y penas si no le recibimos. Ella es madre; y la madre, despues de haber agotado los medios de la persuasion y de la dulzura, echa mano de los remedios fuertes, bruscos y violentos; ella grita, ella amenaza, ella castiga, ella abre por fuerza la boca de su hijo enfermo para que trague el remedio que debe darle la salud y la vida; y estos gritos, estas amenazas, estos golpes son efectos de amor. ¡Oh Iglesia santa! ¡Oh madre mia! cuán buena eres!...

18. Amadísimos hermanos, os diré con el célebre Belarmino, el sacramento de la Penitencia, ó la confesion de los pecados es de institucion divina, es de precepto divino, y de promesa divina. El sacramento de la Penitencia es el pensamiento de Dios, la revelacion de Dios, y la obra de Dios. La fe práctica de este Sacramento es un obsequio razonable. *Rationabile obsequium vestrum*. Siguiendo esta fe, se sigue el buen sentido, la buena lógica, la razon y la verdad, mientras que separándose de ella, se sigue la sinrazon, se sigue lo falso, se sigue la contradiccion, se abraza el absurdo, y finalmente se viene á caer en la condenacion eterna.

Bueno es que sepais, amadísimos hermanos, que en este mundo los malos siempre se mezclan con los buenos y les persiguen de continuo; así sabemos que Cain, hombre malo, persiguió y mató á su hermano Abel, hombre muy bueno y devoto: y así Dios lo permite para mas acrisolar á los buenos, y darles ocasion de mayores merecimientos. Esta lucha de los malos contra los buenos que se empezó allá en el principio del mundo, ha continuado hasta ahora, y seguirá hasta la fin de los siglos, y entonces será cuando Jesucristo mandará á sus Ángeles separar los malos de en medio de los justos, para echarlos, como paja inútil y mala, al fuego y estercolero de los in-

fiernos, pero entre tanto les podemos decir : *Hæc est hora vestra, et potestas tenebrarum.* ¡ Oh hombres malos, esta es vuestra hora, esta es la ocasion de perseguir á los buenos con toda especie de errores segun os vaya dirigiendo vuestro caudillo y capitan el demonio, príncipe de las tinieblas.

19. No hay duda, amadísimos hermanos; todos los errores son malos, todos los enemigos son crueles; pero los errores mas malos, y los enemigos mas crueles al linaje humano son los que van contra el sacramento de la Penitencia, contra la confesion de los pecados. El pecador cayó en el pozo del pecado, y en lugar de alargarle una mano benéfica, como prójimo y hermano, lo que hacen es echarle escombros de errores, sátiras, burlas, sarcasmos, apodos y rechiflas hasta arrasar el pozo y ahogar al infeliz. El pecador por el pecado ha sufrido un desmayo, y en vez de animarle y confortarle para que vuelva en su buen sentido, procuran luego enterrarlo con sus errores en el infierno, como inhumanos sepultureros. ¡ Qué inhumanidad! ¡ qué crueldad! Porque mientras estamos en este mundo, la muerte espiritual del alma, que causa el pecado grave, es como condicional y temporal, porque puede resucitar por el sacramento de la Penitencia: á la manera que dice el padre del hijo pródigo : *Hic filius meus mortuus erat, et revixit.* Á este fin instituyó Jesucristo este sacramento de la Penitencia, y con la parábola del hijo pródigo nos da á conocer la misericordia con que perdona al pecador que se confiesa contrito y se humilla, el amor con que lo abraza, la ternura con que le besa, y la alegría tan grande que hay en el cielo.

20. De este espíritu de Jesucristo estaban animados los Apóstoles y santos Padres, y por esto todos con tanto encarecimiento exhortan á la confesion de los pecados, y animan á los fieles á fin de que no se dejen preocupar de los enemigos de su alma, y se aleje de este necesario Sacramento á los que han pecado despues del bautismo. El apóstol san Juan en su carta I (1, 9) decia : Si confesamos nuestros pecados (con aquella confesion que Dios exigió á Adán, Eva, Cain, etc., y que Jesucristo instituyó en Sacramento), fiel y justo es Dios que perdonará nuestros pecados si así nos arrepentimos de ellos y nos confesamos. Como si dijera el apóstol san Juan, explican los expositores : Vosotros sabeis que el Señor ha prometido que los pecados que sus ministros nos perdonen nos serán verdaderamente perdonados : por consiguiente, si nosotros vamos á sus piés á confesarles nuestras faltas, es Dios justo y fiel á su palabra, y nos perdonará ciertamente, segun la promesa que nos ha hecho. Santia-

go en su canónica (v, 16) decia y exhortaba á los fieles con estas palabras: *Confitemini ergo alterutrum peccata vestra*. Confesad los unos á los otros vuestros pecados. No solo á Dios habeis de confesar vuestros pecados, como han pretendido algunos herejes, sino tambien á los sacerdotes ministros de Dios, porque si bien es verdad son hombres como vosotros, son además ministros autorizados por Jesucristo para absolver de pecados, segun lo que dijo san Pedro (I, iv, 10): Cada uno que ejercite en los demás aquella gracia que ha recibido del Señor. Y el apóstol san Pablo (II Cor. v, 17) decia: Debe saber el cristiano que *las cosas viejas* (cuales son las afecciones carnales, los juicios mundanos) *pasaron ya*. No deben, pues, dominar jamás en el ánimo ó corazon del cristiano, sino que todo debe ser nuevo en él. Y si bien es verdad que esto no lo podemos hacer con nuestras propias fuerzas, sino por la gracia, beneficio y donacion de Dios, por esto nos ha dado á nosotros apóstoles, sacerdotes, el ministerio de la reconciliacion de los hombres con Dios, primero por medio de la predicacion de la divina palabra, y despues por medio de la administracion de los santos Sacramentos, y singularmente por el Bautismo y la Penitencia. Quedaban tan convencidos los primitivos fieles de las palabras y doctrina que les enseñaban los Apóstoles tocante á la institucion del sacramento de la Penitencia y á la consiguiente obligacion que tenian de confesar todos sus pecados al sacerdote, que así lo practicaban puntualmente, como se lee en los Hechos apostólicos (xix, 18): *Multique credentium veniebant confitentes, et annuntiantes actus suos* (en griego, *peccata sua*; en siríaco, *offensas suas*). Y muchos de los fieles venian, y los que habian tenido la fragilidad de cometer algun pecado se confesaban con los Apóstoles ó sacerdotes, haciendo su confesion auricular, la que se ha seguido hasta aquí, y continuará hasta al fin del mundo por mas que rabie el infierno, y á pesar de todos los esfuerzos que hagan los enemigos de la Religión y de la salvacion de las almas.

21. Debo advertiros, amadísimos hermanos, que hay dos especies de penitencia, una oculta y otra pública. Esta penitencia pública fue introducida para quitar y reparar algunos escándalos públicos, como consta de los cánones penitenciales; pero siempre era menester hacer la penitencia oculta, ó sea la confesion auricular de todos sus pecados públicos y ocultos, y el confesor se regia segun los cánones, segun la malicia que habia tenido el penitente, el escándalo que habia dado y la disposicion que mostraba. Esta penitencia pública se fué moderando, y aun quitando, segun las circunstancias de los tiempos,

visto que el fervor de los fieles iba entibiándose, y que tal vez algunos no se habrían convertido de sus extravíos, si no se les hubiera allanado el camino cuanto es posible. Sin embargo, la penitencia oculta, ó la confesion auricular de todos los pecados mortales, siempre ha estado en uso, siempre se ha considerado necesaria á los que han pecado mortalmente despues del bautismo, y por esto los Apóstoles, santos Padres, Concilios, Pontífices y Doctores, exhortaron siempre é inculcaron á los fieles la práctica de la confesion. En prueba de esta verdad tradicional, no hay mas que leer la historia de todos los siglos. En el siglo I, hallaréis la institucion de este sacramento de la Penitencia en los santos Evangelios; en las Cartas de los apóstoles Santiago, san Juan y san Pablo hallaréis cómo exhortaban á la confesion; y en los Hechos apostólicos veréis su práctica. En el mismo siglo I, el glorioso san Clemente, discípulo de san Pedro, decia á los Cristianos: «Cualquiera que ame á su alma, no se avergüence de confesar sus pecados al sacerdote, para recibir su curacion, que conseguirá por medio de las palabras de Dios que oirá cuando le echará la absolucion, y por los consejos saludables que le dará.»

22. En el siglo II, hallamos las palabras claras y terminantes del grande Tertuliano que dice: «Muchos dejan de declarar sus pecados en la confesion, porque estiman mas su honor que su salvacion. En esto son semejantes á aquellos que adoleciendo de una enfermedad secreta, ocultan su enfermedad al médico que podria curársela, y así se mueren. ¿Por ventura es mas ventajoso condenaros callando los pecados, que salvaros confesándolos? Grande ventaja por cierto, añade, es la que nos promete la vergüenza guardando los pecados en secreto, como si ocultándolos á los hombres, á los sacerdotes, fuesen ocultos á Dios.» En el siglo III, se nos presenta aquella grande lumbrera de la Iglesia oriental el célebre Orígenes, hablando con todos los Cristianos en estos términos: «Oid, dice, lo que nos enseña la santa Iglesia, es preciso no ocultar el pecado cometido. Porque así como los que se sienten incomodados ó molestados por algun acopio de humores, experimentan grande alivio luego de haberlos arrojado; así el pecador confesando su iniquidad corta de raíz la causa de su mal.» (Murió en 253).

23. En el siglo IV, san Atanasio dice: «Así como el hombre bautizado por el sacerdote queda ilustrado por el Espíritu Santo; así tambien aquel que confiesa sus pecados en el sacramento de la Penitencia, obtiene su remision por medio de la absolucion del sa-

«cerdote. » (373). — San Basilio (murió en 378) dice : « Es absolutamente necesario descubrir los pecados á los sacerdotes, á aquellos hombres que han recibido la dispensacion de los misterios de Dios. » — San Ambrosio (murió en 397) dice : « No hay cosa tan oculta que un dia no deba revelarse. Lo que ahora no se quiere revelar á los hombres, sentados sobre la cátedra de Moisés, será hecho patente á la faz del universo. Allí parecerán esos comercios infames... Ahora pues, ¿quereis sepultar en eterno olvido esta cadena de prevaricaciones? Apresuraos á hacer una humilde confesion á los sacerdotes. Este es el grande arte de ponerlas en secreto para siempre. »

24. En el siglo V, san Juan Crisóstomo (murió en 407) dice : « El deshonesto, el adúltero, el hombre, sea cual fuere, que se haya hecho reo de un grave pecado, no podrá extinguir el remordimiento en el fondo de su conciencia, aun cuando su crimen fuese ignorado de los demás hombres, porque él lo sabe, y esto basta para vivir entregado á continuas inquietudes. ¿Qué medio habrá, pues, para aprovecharse de estos remordimientos de una conciencia acusadora, para calmar esta llaga devoradora, é imponer silencio á este verdugo interior que le castiga noche y dia? No hay otro, sino hacer una humilde confesion, deponerla en el seno de un hombre, que léjos de reprenderos os ofrecerá un remedio, confiar á él solo, sin testigos, y explicárselo todo con una generosa exactitud. Id, mostrad vuestra llaga al médico espiritual, y él os dará los medios de curarla. Confesar los pecados, es borrarlos. » — San Jerónimo (murió en 420) dice : « Si la serpiente infernal hubiese abierto en alguno una herida oculta, si á escondidas y sin testigos le hubiese introducido el veneno del pecado, y el infeliz se obstinase en no querer descubrir la herida á su hermano y maestro, no le será mas útil este, que posee las palabras de curacion, que lo es el médico al enfermo que se avergüenza de declarársele, pues la medicina no cura lo que ignora. Los obispos y los sacerdotes son los que ejercen el ministerio de la penitencia. Ellos son los que tienen las llaves del reino de los cielos, y los que juzgan en cierto modo antes del dia del juicio, pues ellos son á quienes Jesucristo dijo en la persona de Pedro : Yo os daré las llaves del reino de los cielos : todo lo que atáreis acá en la tierra, será atado en el cielo ; y todo lo que desatáreis, será desatado. » — San Agustin (murió en 430) decia á los fieles de su tiempo : « Nadie diga : Yo hago penitencia en secreto á los ojos de Dios ; basta que aquel que debe perdonarme conozca la penitencia que hago en el fondo de mi corazon. Si así fue-

«se, en vano habria dicho Jesucristo : Lo que desatáreis en la tierra, «será desatado en el cielo : en vano hubiera confiado las llaves á la Iglesia. No basta, no, confesarse á Dios : es necesario confesarse á aquellos que recibieron de él la facultad y el poder de atar y desatar.»

25. En el siglo VI, san Juan Clímaco se explica en estos términos : «No se ha oído jamás que los pecados confesados en el tribunal de la penitencia hayan sido divulgados. Así lo ha dispuesto el Señor para impedir que los pecadores se alejen de la confesion, y «queden privados de la única esperanza de salud.»

En el siglo VII, san Gregorio el Grande (murió en 604), explicando aquellas palabras del Evangelio con que Jesús llamó á Lázaro : *Lazare, veni foras*, dice así á los pecadores : «¿Por qué conservais vuestros pecados en el fondo de vuestras conciencias? Sacadlos «del abismo por medio de una buena confesion, y seréis desatados «por el ministerio de los sacerdotes, así como Lázaro lo fue por manos de los discípulos del Salvador.» — San Ansberto, arzobispo de Ruan, era confesor del rey Thierry I. Muchos Reyes y Emperadores orientales y occidentales y grandes personajes se lee que tenían su confesor como el rey Thierry I. En el siglo VIII, san Martin, monje de Corbia, era el confesor de Carlos Martel. — El primer concilio de Germania, celebrado en el mismo siglo VIII, manda que cada batallon tenga un sacerdote para oír las confesiones de los soldados.

26. En el siglo IX, Carlomagno tuvo por confesor á Hildebrando, arzobispo de Colonia.

En el siglo X, san Uldario, obispo de Augsburgo, fue confesor del emperador Oton.

En el siglo XI, un sacerdote, llamado Estéban, de la diócesis de Orleans, fue confesor de Constancia, esposa del piadoso rey Roberto. — San Anselmo, arzobispo de Cantorbery (murió en 1100), en la homilia sobre los diez leprosos, dice : «Descubrid fielmente á los sacerdotes por una humilde confesion todas las manchas de vuestra «lepra interior para que podais ser limpiados.» Y en otro lugar dice : «Así como el pecado original es perdonado por el Bautismo, así «los pecados actuales son perdonados en la confesion : en el último «día tendrá lugar otro juicio en que Dios será el juez, el demonio el «acusador, el hombre el acusado. Mas en el juicio de la confesion «el sacerdote, ocupando el lugar de Jesucristo, es el juez, el hombre es á la vez el acusador y el reo, y la penitencia que se impone

«la sentencia.» En el siglo XII, se nos presenta san Bernardo, el hombre grande en todo sentido, y que (murió en 1154) decía : «¿De qué sirve decir una parte de los pecados y suprimir la otra? De purificarse á medias, y quedar aun manchado. ¡Qué! ¿os atreveis á callar alguna culpa á aquel que ocupa el lugar de Dios en la administración de tan gran Sacramento?»

27. Ya hemos llegado de siglo en siglo hasta el XIII. Todo cuanto he dicho hasta aquí ignoran ó afectan ignorarlo los Protestantes y herejes de nuestros dias, y con tono magistral dicen, que la confesion de los pecados fue instituida por el concilio IV de Letran, celebrado en Roma en el año de 1215 por el sumo pontífice Inocencio III. Esto es una solemne mentira, y no es de admirar, porque como legítimos hijos del diablo deben aquellos imitar á su padre, que se llama padre de la mentira. En prueba de lo que estoy diciendo, y para desengaño vuestro, no hay mas que leer las actas del mencionado Concilio, y en la sesion IV, cánón 21, se hallan estas palabras : «Todo fiel de uno y otro sexo, que haya llegado á la edad de discrecion, confiese solo y fielmente todos sus pecados á su propio confesor á lo menos una vez al año, teniendo cuidado de cumplir, en cuanto pueda, la penitencia que se le habrá impuesto. Y si alguno, por justo motivo, desea confesarse con un sacerdote forastero, pida antes el permiso á su propio pastor : porque del contrario el sacerdote forastero no puede ni desatarle, ni atarle.» Es mas claro que la luz del mediodía que este cánón no indica que se instituya la confesion, pues que instituida ya divinamente, y practicada, solo dió este cánón para quitar dos abusos que se habian introducido : el primero era que muchos cristianos dejaban pasar años sin confesarse, como hacen en el dia los cristianos malos y que quieren continuar en su maldad, y el segundo de confesarse con confesores forasteros, como lo hacian los escandalosos, para así arrebatár indignamente la absolucion de un sacerdote que no les conocia, siguiéndose de aquí sacrilegios y otros desórdenes; y para quitar estos dos grandes males, y hacer al propio tiempo que los fieles recibiesen este divino Sacramento, puso ese precepto segun sus facultades.

28. Bien conoceis, amadísimos hermanos, que el sacramento de la Penitencia es de institucion divina y de absoluta necesidad para conseguir el perdon de los pecados cometidos despues del bautismo, y que no hay otro medio, ó confesion *in re vel in voto*, ó condenacion. Sí, es necesario recibirlo ó realmente, ó á lo menos desear recibirlo, en un caso apurado que no da lugar á ello. Bien conoce el demo-

nio, enemigo capital de los hombres, que el único portillo por donde le escapan las almas que por el pecado ya contaba suyas, es el sacramento de la Penitencia. Por esto con tanto empeño procura impedirlo, sin perdonar medio ni diligencia; ya se vale de los herejes, ya de los mundanos, ya de las dificultades y obstáculos insuperables que él sabe sugerir para que la difieran, ya finalmente les aprieta la garganta para que no digan la verdad, y no se le escape la presa que tiene entre manos, esperando la hora de la muerte para llevarlas al suplicio del infierno.

He dicho, amadísimos hermanos, que Satanás para estorbar la confesion se vale de los herejes que con mucha maña y diligencia va suscitando entre los Cristianos. En el siglo II envió á los Montanistas : en el III los Novacianos : en el IV los Eutiquianos : en el VIII los Albanenses : en el XII los Valdenses : en el XIV Wiclef y sus secuaces : en el XVI los Luteranos, Calvinistas, y demás Protestantes, diciendo los unos que la confesion es cosa que data de poco tiempo, y asegurando los otros que es una invencion de los eclesiásticos. Os recuerdo, amadísimos hermanos, los errores y los heresiarcas que los han propalado, á fin de que no os dejeis engañar con detrimento de vuestra alma, que vosotros y yo debemos todos procurar salvar. Si oís decir que la confesion es cosa puesta de poco tiempo, echadles en cara un solemne mentís : despreciadles como ignorantes, soberbios y maliciosos; pues que si ellos tuvieran la mas módica instruccion, sabrian que la confesion es tan antigua como el mundo; que practicaron la confesion los que vivian en la ley natural y en la ley escrita; que aun los gentiles y paganos hacian la confesion de sus pecados. Si no fueran tan rudos é ignoantes, sabrian del santo Evangelio como Jesucristo elevó á Sacramento de la ley de gracia esta confesion de los pecados que ya antes se practicaba; sabrian de las Cartas de san Pedro, san Pablo, san Juan, Santiago, de los Hechos apostólicos, y de la historia eclesiástica y tradicion constante, que siempre se ha practicado la confesion por los cristianos de todos los siglos hasta nuestros dias, y se continuará hasta la fin del mundo, por mas que digan y hagan los herejes enemigos de la confesion, pues que Jesucristo ha dicho que las puertas del infierno (que son los herejes) no prevalecerán contra la Iglesia, ni contra sus Sacramentos, uno de los cuales es la confesion de los pecados. Para conclusion suya y preservativo vuestro, gritad, pues, bien alto, amadísimos hermanos, *ó confesion, ó condenacion*, por mas que rabien y que les pese.

29. Tal vez oiréis, amadísimos hermanos, á algunos malos cristianos, corrompidos por sus vicios y seducidos por los herejes, que dirán : Yo ya me confesaré, pero solo me quiero confesar con Dios, que es el único que puede perdonar los pecados. Á estos infelices les podréis responder, que no hay duda que solo Dios puede perdonar los pecados con autoridad absoluta, pero con su autoridad delegada los perdonan tambien los sacerdotes; pues que la autoridad delegada es como un instrumento de la absoluta, que es Dios, y por esto el sacerdote se llama y es ministro de Dios. Los herejes é impíos dicen ahora de los sacerdotes lo mismo que de Jesús decian antes los judíos, porque no creian en su divinidad : los herejes é impíos no creen en la facultad que los sacerdotes tienen del mismo Dios, y por esto blasfeman. Son el eco de los judíos, son sus descendientes que judaizan tambien, es decir, que se rebelan contra los hechos mas solemnes, con la misma insolencia y con la misma estupidez que ellos. Dirán y dicen, el sacerdote es un hombre como los demás. Es verdad que es hombre como los demás, pero por su ministerio es algo mas, es instrumento de Dios, y hace las veces de Dios en virtud de las facultades que ha recibido de Dios : á la manera que un juez, un general, ú otro sujeto constituido en autoridad, sin dejar de ser súbdito como otro cualquiera, en virtud de las facultades de su ministerio ejerce autoridad sobre los demás. ¿ Cuántas veces se lee en la historia que un rey, enviando á una provincia revolucionada de sus Estados á un comisario extraordinario, revestido de los poderes de *alter ego*, le dice : Todos los que castigáreis los tendré por bien castigados, y todos los que perdonáreis estarán tambien para mí bien perdonados; yo ratifico anticipadamente todo cuanto hagais en virtud de la autoridad que os confío? ¿ Y hace otra cosa el rey en este caso que constituirle en dicha provincia juez supremo, pero delegado, de todos los crímenes de lesa majestad humana? Pues bien, Jesucristo, al enviar por todo el mundo, rebelado contra Dios, á sus discípulos, investidos con los mismos poderes que él habia recibido de su Padre, les hizo precisamente el mismo discurso, diciéndoles: Todo cuanto vosotros atáreis ó desatáreis en la tierra será atado ó desatado en el cielo : todos los pecados que retuviéreis ó perdonáreis serán retenidos ó bien perdonados. Luego indudablemente los constituyó en el mundo jueces supremos de todos los crímenes de lesa Majestad divina, que son los pecados; y por consiguiente instituyó el sacramento de la Penitencia en forma de juicio.

30. Á fin de que todos quedeis bien convencidos de la necesidad

que tienen los pecadores de hacer una buena confesion con el sacerdote si quieren salvarse, os recordaré las palabras de Jesucristo que refiere el santo Evangelista. Dice Jesucristo á los Apóstoles, y en ellos á los sacerdotes : *Andad por todo el mundo; enseñad á todas las gentes, y bautizadlas.* Y en otro lugar dice : *Todo lo que soltáreis, ó absolviéreis sobre la tierra, lo será tambien en el cielo.* En estas palabras de Jesucristo veis claramente los dos sacramentos Bautismo y Penitencia que Jesucristo instituyó, haciendo ministros de ellos á los Apóstoles y sacerdotes. Y habeis de saber que es tan necesario el sacramento de la Penitencia á los cristianos pecadores, esto es, á los que han pecado mortalmente despues del Bautismo, como lo es el Bautismo á los infieles para salvarse. Á estos les es necesario el Bautismo de necesidad de medio para la salvacion, como enseñan los teólogos segun las palabras del santo Evangelio : *Nisi quis renatus fuerit ex aqua, et Spiritu Sancto, non potest introire in regnum Dei.* Igualmente les es necesario de necesidad de medio el sacramento de la Penitencia á los cristianos que han pecado mortalmente, segun las palabras de Jesucristo : *Nisi pœnitentiam habueritis, omnes similiter peribitis.* Nadie se puede bautizar á sí mismo; necesita quien le bautice. Lo mismo digo de la Penitencia; necesita el pecador ministro que le oiga en penitencia. El ministro único de este sacramento de la Penitencia es el sacerdote, pues solo este tiene facultad de absolteros, y así repito, *ó confesion, ó condenacion.*

31. Tal vez oiréis algun mal cristiano cargado de pecados y lleno de soberbia que dice : Yo no me confieso con un sacerdote, que es hombre como yo, y pecador como yo mismo. ¡Ay infeliz, lástima me das! ¡Oh! si reflexionaras en esto mismo que dices, de otro modo hablarías. Admira, cristiano, la bondad y misericordia de Dios... Al Ángel le entrega Dios la llave del abismo, ó del infierno, como dice san Juan (*Apoc. xx, 1*), y á san Pedro y á los demás sacerdotes les entrega las llaves del reino de los cielos. ¿Quién tendria valor para confesar á un Ángel, que es espíritu puro y limpio, los pecados terrenos, mundanos y carnales? ¡Qué asco no le causarían al Ángel tales inmundicias!... ¿Quién de nosotros no temeria que no hiciese con el pecador lo que hizo con Lucifer y sus secuaces, que les persiguió y les declaró la mas cruda guerra embrazando el escudo del *Quis ut Deus?* Pero siendo el sacerdote hombre de carne y huesos como el penitente, sujeto á las mismas miserias, viviendo en el mismo mundo, y siendo hermano del mismo penitente, será mas indulgente y sabrá compadecerse de aquellos que ignoran y yerran,

pues por propia experiencia conoce cuán grande es la fragilidad humana. Y en esto mismo, ¿quién no ve brillar la gran bondad y misericordia de Dios? Pero, ¡qué miseria, amadísimos hermanos, es la del pecador! En lugar de ver la bondad de Dios en esta institución, no ve mas que malicia, y tiene la audacia y atrevimiento de decir que el sacramento de la Penitencia es una invención de los curas y frailes. ¡Qué maldad! ¡qué calumnia!... ¡qué absurdo! Solo Satanás le podia sugerir semejante impostura! Á fin de que no inficione á ninguno de vosotros el pestífero aliento de semejantes palabras, os haré esas sencillas, pero evidentes, reflexiones: Si la confesion fuese una obligacion puesta por los eclesiásticos, ellos no tendrían obligacion de confesarse, porque ya se sabe que el legislador no está sujeto á la ley. Luego si todos los hombres, incluso el mismo Sumo Pontífice, han de sujetarse á la confesion por necesidad si quieren alcanzar el perdon de sus pecados, es lo mas ridiculo suponer que esta obligacion de la confesion fue una invención de los eclesiásticos. Para que se vea mas clara la locura de los herejes é impostores, pregunto yo: ¿Qué fin, qué mira podían tener en esto los eclesiásticos? ¿Interés?... no, porque ya sabéis que nada se paga, ni hay derechos que satisfacer, ni limosnas que dar. ¿Reportará el sacerdote algun lucimiento y aura popular? no, porque es cosa oculta y reservada, y nadie sino el penitente oye sus explicaciones. En los sermones puede tener lugar la vanidad, porque son muchos que le oyen; pero en el confesonario, uno solo es quien le puede escuchar. ¿Será algun gusto? no por cierto, sino mucha molestia. Cuando vosotros venís á confesaros, si teneis que esperar algunas horas que os dé el turno, os molestaís, y quizás alguno no tendrá paciencia de esperar tanto, y se irá y dirá: ya me confesaré otro dia; hoy hay demasiada gente; no tengo paciencia para esperar tanto. Ahora pues, si vosotros no teneis paciencia para esperar, ¿qué paciencia no tendrá que ejercitar el Padre confesor, en oír en penitencia tanta gente, tantas horas seguidas, tal vez mañana y tarde, y quizás muchos dias seguidos, como sucede en las Cuaresmas y misiones? ¿Qué gusto podrá tener en recibir y en oír á toda clase de personas, pobres y ricos, á sábios y á ignorantes, que á veces dan mucho que sufrir con sus rusticidades? ¿Qué gusto podrá tener en sufrir ciertos pestíferos alientos y malos vahos, que le inflacionen y le peguen enfermedades y otras cosas? ¿Qué gusto podrá tener en oír confesiones tantas horas, gastar el tiempo mas precioso de la madrugada, privándose del estudio que tanto ama? ¡Ay, ama-

dísimos hermanos, el único gusto que tiene el Padre confesor, es el saber que aquella es la voluntad de Dios, y por Dios lo hace: el gusto que tiene, es el sacar á las almas de las fauces del demonio y ponerlas en estado de salvacion: este es su gusto, este es su único gusto, que le da fuerzas y paciencia para gastar tantos dias y tantas horas cada dia en el confesonario. En prueba de esta verdad, haced una observacion, y hallaréis que los sacerdotes mas buenos y ejemplares, que no tienen otro norte en todas sus obras que la mayor gloria de Dios y la salvacion de las almas, son los únicos que gastan tantas horas en el confesonario; pues que los sacerdotes que no tienen este espíritu de celo y de caridad, muy poco se sientan en el confesonario, y si alguna vez se sientan, se cansan luego y se levantan. Si les pedís que os oigan en penitencia, se excusan diciendo que no pueden, que tienen otros quehaceres; os mandarán á otro sacerdote: y ¿por qué esto? Porque el confesar no da interés, no da gusto, y solo lo puede hacer y lo hace el sacerdote que desea la salvacion de las almas, y que está bien convencido de la necesidad de este Sacramento, y de la verdad de estas palabras: *ó confesion, ó condenacion.*

32. No me detendré, amadísimos hermanos, en refutar uno por uno los errores que se han forjado contra el sacramento de la Penitencia. Mejor será recordaros lo que os tengo dicho, á saber, que estos errores provienen de Satanás, y que él se vale de los herejes y en primer lugar de aquellos que no tienen religion ninguna, antes bien profesan un odio diabólico á la religion católica y singularmente á la confesion, ora por un extravío de ideas, ora por mirarla como un obstáculo á sus pasiones ó á sus particulares designios. Esta clase de herejes son en extremo intolerantes. Los infelices tienen que sostener dos guerras á la vez: la una consigo mismos porque tienen que sofocar los gritos y remordimientos de su propia conciencia, y la otra guerra es contra el linaje humano, que protesta contra la doctrina insensata empeñada en desterrar de la tierra el culto de Dios, y de un modo particular la confesion. Por esta causa se encuentra en los hombres de esta clase un fondo excesivo de rencor y despecho; por esto sus palabras destilan hiel; por esto echan mano de la burla, sátira, insulto, calumnia, y demás contra la Religion, contra la confesion, contra confesores y penitentes. Estos que acabamos de mencionar son los granaderos del ejército de Lucifer. Luego envía otros que son los mundanos; estos, si bien es verdad que creen todas las verdades de nuestra Religion, pero como son viciosos y no quieren enmendarse, les sabe mal que los otros se confiesen, porque

así pierden el pábulo de sus pasiones, los cómplices, y esta es la causa principal por que se ponen bravísimos contra el sacramento de la Penitencia, diciendo mil disparates no solo contra la confesion, sino tambien contra los confesores. Hacen como aquel gato que ha cogido una tajada, y porque se la hacen soltar, se pone bravo, da fuertes bufidos, amenaza con sus colmillos, y con su zarpa araña. Lo mismo hacen los cristianos viciosos, singularmente los deshonestos. Otros cristianos hay que, si bien es verdad no son así viciosos y escandalosos, pero son tibios, flojos, negligentes y abandonados, y les sabe mal que los demás cristianos sean fervorosos, obedientes y solícitos en recibir el sacramento de la Penitencia no solo una vez en el año, sino tambien con alguna frecuencia, porque la solicitud y fervor de estos es su mas elocuente y convincente reprehension; contra ellos, pues, dirigen sus sátiras, sarcasmos, burlas, y quizás sin pensarlo sirven así en el grande ejército de Satanás, que con tanto calor hace guerra á la confesion sacramental.

33. Amadísimos hermanos, cuando el enemigo malo ve que los herejes, mundanos y cristianos flojos con sus persecuciones, burlas, sátiras y demás armas de que se han valido, no han podido hacer perder la fe de la confesion, ni las ganas de confesaros, entonces el mismo enemigo malo toma por su cuenta la tentacion y se vale de las sugestiones, diciéndoos interiormente : Yo bien creo en la confesion, estoy convencido de su necesidad ; ó confesion, ó condenacion; pero cabalmente ahora no puede ser, porque tengo que hacer un viaje ; tengo un negocio entre manos que no lo debo abandonar ; despues me confesaré : todavía, dice otro, la mision ó novenario durará algunos dias; aun hay tiempo; dentro tantos dias me confesaré: ya llegó el dia, pero no puede ser todavía; me hallo con dolor de cabeza; me siento indispuerto; no me hallo bastante examinado y preparado : va, ya no hay tiempo, á mí me gusta confesarme bien, no me agrada andar á la carrera y como á destajo; aunque ahora no me confiese, ya me confesaré por la Cuaresma, ó en la primera festividad que se presente... ¡Qué engaño tan diabólico! ¡qué sugestion tan satánica para que no os confeseis! Ánimo, amadísimos hermanos, no os dejeis engañar de semejantes sugestiones; mirad que yo sé que algunos de vosotros se hallan en esa tentacion, para que no hagan su confesion; el demonio les da todas estas falsas razones, yo lo sé, no os dejeis engañar! venid á confesar!... Decidme, amadísimos hermanos; si os cae una bestia en un mal camino, ¿no la levantaís luego? Y vuestra alma que se cayó en pecado, ¿no la

levantaréis al momento? ¿Tendréis mas solicitud y cuidado de vuestra bestia que de vuestra alma? Si os ataca una récia enfermedad, si os dan un veneno, si en una caida os rompeis una pierna, al momento llamaréis al médico, sin haceros ilusiones y proyectos de viajes, ni otras excusas, esto para el cuerpo que al cabo y al fin ha de morir; ¿y para vuestra alma no procuraréis el confesar á fin de que, por medio de una buena confesion, se os cure la enfermedad espiritual, se os quite el veneno que el demonio os ha propinado, disimulado con el deleite; y se os componga vuestra alma que ha quedado trastornada de resultas de la caida en el pecado? ¡Oh, si tuviérais un poquito de fe viva, no seríais tan negligentes, flojos ni perezosos para hacer la confesion, y apartaros luego de los pecados! Un hombre muerto ó dormido está quieto, aunque tenga alacranes y víboras en el seno; él descansa al lado de los caimanes y tiburones; no ve, por eso no teme; ¡ay, si su fe resucitara! ¡ay, si despertara del letargo! ¡veria en su seno los pecados peores que los alacranes y víboras! ¡veria que está al lado de los pecados mas dañinos que todos los caimanes y tiburones!...

34. He reparado, amadísimos hermanos, que hay algunos cristianos que son sencillos como las palomas, pero no tienen la prudencia de la serpiente, como exhorta Jesucristo. Á estos el enemigo malo los trata como aves y pájaros espantadizos, que al ver algun espantajo se huyen. Les presenta el espantajo del *¿qué dirán?* y así les ahuyenta de la confesion. ¿Qué cosa es el espantajo, que da miedo y ahuyenta á los pájaros? Es un simulacro de persona, pero no es persona ninguna, es un trapo viejo, feo y rasgado. ¿Qué es el espantajo que tanto miedo da á algunos cristianos? Es el *qué dirán*. ¿Qué es el *qué dirán*? Á veces es nada, que ni hay quien diga: á veces alguno dice algo contra los que se confiesan; pero ¿quién es este que dice? Es una cosa que parece persona, y no lo es; el *qué dirán* no es otra cosa que un andrajo viejo, feo y rasgado de la sociedad, del cual ningun cristiano debe hacer caso. Algunos hay que se rien y divierten con aquellos niños espantadizos que tienen miedo de algun fantasmon: y ¿cómo se reirán los diablos de aquellos cristianos que, como niños espantadizos, cogen miedo al espantajo y fantasmon del *qué dirán* y se huyen de la confesion? Ea pues, amadísimos hermanos, no seais pájaros espantadizos, ni niños miedosos; no desistais de la confesion, no deis ese gusto que quiere el diablo, con tristeza de los Angeles del cielo, pues que Jesucristo tanto pon-

dera la grande alegría que hay en el cielo cuando se recibe el sacramento de la Penitencia.

35. Amadísimos hermanos : cuando el enemigo ve que han sido en vano todos los esfuerzos que ha hecho por medio de los herejes, de los mundanos, y de las sugestioness que él mismo ha sugerido al cristiano para que no se confiese ; cuando ve que el cristiano se hace superior á todas estas cosas, y se va á la iglesia para hacer su buena confesion, entonces está trinando el infeliz tirano, y echa mano del medio mas poderoso que tiene, que es sugerir al cristiano mucho miedo, bochorno y vergüenza para que no diga todos sus pecados graves, para que calle alguno ó algunos por miedo ó vergüenza. Así es como consigue que no haga buena confesion, que no se le perdone ningun pecado de los que ha confesado, que se vuelva á su casa con los mismos pecados aumentando su número con el pecado de sacrilegio por la mala confesion ; y si de este modo mal confesado recibe la sagrada Comunión, comete otro horrible sacrilegio, por comulgar como Judas. ¡Qué maldad ! de todo esto es causa la maldita vergüenza. ¡Qué maña la de Satanás ! quita á los cristianos la vergüenza para que pequen, y despues se la inspira y sugiere para que no tengan valor para confesarse !... No hay remedio, ó confesion buena, ó condenacion eterna.

Tal vez dirá alguno : á mí me da vergüenza el confesar mis pecados. Yo le responderé : *Aut vincendum, aut moriendum* : ó vencer esa vergüenza, ó morir en pecado y condenarse eternamente. No hay remedio, la mujer que concibió, ha de parir : no hay remedio, el alma que concibió el pecado, lo ha de vomitar, lo ha de confesarso pena de morir y condenarse. — Dirás : Padre, me da vergüenza. — Lo creo, pero mayor será tu vergüenza, si callando ahora en la confesion, tienes que confesarlo despues en el dia del juicio final delante de todo el mundo. Ahora basta que lo digas al oido de un confesor, y nadie mas lo sabrá, pues él á nadie lo dirá, ni lo puede decir. Tu pecado quedará oculto y borrado ; será como una piedra echada en el profundo del mar ; pero si no lo confiesas, tendrás siempre aquella espina clavada en tu corazon, y cuando llegará el dia de la cuenta, Dios lo revelará á tus padres, á tus amigos, á tus conocidos y no conocidos, á todo el mundo. ¡Qué vergüenza ! ¡qué bochorno !... Gritarás entonces á los montes que te caigan encima, que te oculten, por no poder sobrellevar tanta confusion ; pero en vano te exclamarás y llorarás, porque se habrá acabado ya el tiempo.

Ahora dura todavía el tiempo aceptable : ahora son dias de salud... Confíesate pues, ó pecador, y confíesate bien. — Ó Padre, que es mucha mi vergüenza, y no puedo con ello. — Ya te daré un medio, y verás como puedes con esa maña. Ven á confesar : confíesate de lo que tienes valor, y al llegar á lo que tanto te empacha, dirás : *Padre, tengo algo que no me atrevo á confesar*. Con esta diligencia verás, como el confesor tendrá habilidad para hacerte confesar. ¿Has visto lo que pasa en una tienda de géneros? Se da un golpecito con la tijera á la orilla de la tela, y luego se rasga hasta la otra parte. Lo propio sucede en la confesion del que se da vergüenza ; basta que dé el golpecito con la tijera de su boca á la tela de su mala vida ; basta que diga : *Padre, tengo un escrúpulo*, y lo demás dejarlo á cuenta del confesor, que ya sabrá su obligacion, y le ayudará para que haga una buena confesion.

36. Ó Padre, dirá otro, si yo no me confieso no es porque me dé vergüenza, sino porque hay muchos años que no me confieso, y he cometido muchos y muy grandes pecados, y tengo miedo que el confesor me regañará, y me despedirá sin absolucion. — Ánimo, pecador, no tengas miedo, no has de desmayar por esto ; aunque no te hubieses confesado nunca, aunque tuvieses mas pecados que no hay gotas de agua y arenas en la mar, puedes hacer una buena confesion, y conseguir la absolucion y el perdon de todos tus pecados por muchos y enormes que sean. No, no temas que el confesor te despida sin absolucion ; este es un engaño del enemigo malo. Tú bien sabes que la Iglesia tiene poder para perdonar toda especie de pecados ; nunca se pierde el pecador por falta de poder en la Iglesia ; lo que hay es, que á veces el pecador se presenta indispuerto, quiere decir, que á veces no quiere enmendarse, no quiere abstenerse de pecar en lo sucesivo, no quiere apartarse de la ocasion próxima voluntaria, ó hay alguna otra cosa así que el pecador debe hacer y no quiere practicar. En este caso claro está que si el confesor no le echa la absolucion (que tampoco le serviría), no se pierde por el confesor, sino porque el penitente no está dispuesto, ni quiere estarlo ; no quiere hacer lo que se le manda, y entonces así como es señal que no quiere curar el enfermo que no quiere tomar la medicina, lo propio se puede decir del penitente que no quiere hacer lo que el confesor le manda. Ni digas : el confesor me regañará. — En cuanto á mí, yo ni sabría cómo regañar á un pobre pecador que se presentase con un corazon contrito y humillado. Así como un cirujano, al ver las muchas y profundas llagas del enfermo, le tiene lástima y com-

pasion ; así el confesor tiene lástima y compasion del miserable y llagado pecador , y á imitacion del caritativo samaritano procura echar sobre las llagas de los pecados aceite de caridad y vino de correccion , y le ata las heridas con las vendas de la penitencia medicinal y satisfactoria , echándole la absolucion de todos sus pecados , y el pobrecito queda sano. Ó Padre , que yo soy un gran pecador , y me temo que el confesor al oir mi mala vida se pondrá triste , incómodo , y me despedirá. — ¡ Ay hijo mio ! no digas tal ; y para que lo sepas , debo decirte que los confesores son llamados en la santa Escritura cazadores y pescadores , y así como los cazadores se alegran si pueden coger caza grande , y los pescadores tambien se complacen en coger muchos y grandes peces , así los confesores se congratulan en coger grandes pecadores. Ven , pues , pecador , no temas ; todos esos temores , y cuantos te pueda sugerir el enemigo , verás que se disiparán como una niebla ; verás que son un puro nada.

37. Ya habeis visto , amadísimos hermanos , que el sacramento de Penitencia es de absoluta necesidad á todos los cristianos que han pecado despues del Bautismo. Ya habeis observado que la penitencia se ha tomado como virtud y como Sacramento de la ley de gracia ; que como virtud se ha practicado en la ley natural y en la ley escrita , y aun entonces pertenecia á aquellos Sacramentos que causan gracia *ex opere operantis*. Á su modo han hecho penitencia los paganos y los gentiles ; por manera que desde Adan empezó la penitencia , y mas ó menos siempre se practicó esta virtud , hasta que Jesucristo nuestro divino Redentor elevó á Sacramento de la ley de gracia esta penitencia tan necesaria , depositando en ella sus merecimientos que son de infinito valor. Esta es la penitencia y Sacramento al cual tanto han exhortado los Apóstoles y santos Padres ; esta confesion es la que han practicado los cristianos que se han querido salvar ; esta confesion de los pecados es la que con tanto empeño ha procurado estorbar é impedir Sátanás valiéndose de herejes , de mundanos , y de sugestiones de toda especie ; y cuando ha visto y ve que no les puede detener , procura que la hagan mal , que callen los pecados por vergüenza ó miedo.

¡ Ánimo , pues , pecador ! Mira , aquí tienes el Señor que te busca como oveja perdida ; escucha las voces que te da por esas sus cinco heridas , diciéndote : *Quæ utilitas in sanguine meo , dum descendo in corruptionem ?* ¿ Qué utilidad he sacado yo de derramar la sangre de mis venas para formarte esa piscina de la confesion , si no te acercas á ella , si no te curas , y estás lleno de corrupcion ? — ¡ Ay , Señor ,

teneis razon ! conozco claramente mi flojedad y abandono. Mas ahora, contrito ya y humillado, os pido perdon de todos mis pecados, y os doy palabra de que me confesaré, sin escuchar los embustes de los herejes y mundanos. Sí, Jesús mio, sí. Convencido estoy de vuestra gran bondad y misericordia, y me aprovecharé de ella : me confesaré, y me confesaré luego y bien. ¡ Cuán ciego estaba yo, Señor ! no veia mi mal estado, no atinaba al único remedio de mi alma, que es la confesion de todos mis pecados. Ahora conozco ese remedio, y me arrepiento de haber pecado, diciendo y exclamando con todo mi corazon y alma : Señor mio Jesucristo, etc.

APUNTES Y EJEMPLOS DEL SERMON I.

La penitencia fue inaugurada y puesta en práctica por nuestros padres Adan y Eva ; y es imposible creer que estos primeros padres del linaje humano no enseñasen á sus hijos, que solo en la fe del Mesías, manifestada esta fe por la confesion, y unida al arrepentimiento, á la satisfaccion y al sacrificio, podrian hallar el medio de alcanzar de Dios el perdon de sus pecados actuales.

¡ Oh ! cómo referirian nuestros padres la felicidad en que Dios les habia criado, su hermosura, belleza y gracia ! ¡ cómo ponderarian la desgracia en que incurrieron por su falta ! ¡ cómo quedaron desnudos !... cómo se les presentó Dios, y exigió la confesion de la falta de cada uno en particular ! Segun leemos, primero confesó Adan que habia comido del fruto prohibido, y despues confesó Eva lo mismo. ¡ Oh ! cómo referirian la bondad y misericordia con que Dios les habia escuchado, y oido su confesion ; la penitencia que impuso á Adan, que fue el trabajo en primer lugar, y á Eva los dolores ; y á los dos la muerte del cuerpo, y que en vez de echarles á los infiernos, como á los ángeles malos, ya que como ellos pretendian ser dioses, les perdonó y absolvió de esta pena espiritual y eterna, conmutándola en pena corporal y temporal, con la esperanza de la gloria eterna por los méritos de Jesucristo que habia de venir, y cuya Madre debia quebrantar la cabeza á la serpiente infernal, pues así como Satanás se valió de la mujer para hacer perder el linaje humano, Dios quiso valerse de la mujer Maria, madre de Jesús, para salvarle. Este Jesús será el Cordero sin mancha que quitará los pecados del mundo. Esta verdad tan importante y absolutamente necesaria, para que la entendieran bien nuestros primeros padres, los vistió y cubrió su desnudez con unas pieles de cordero, por cuyo medio co-

nocieron que los méritos del cordero Jesús (que se aplican al pecador que confiesa bien sus pecados) son como una piel que cubre la desnudez y fealdad del pecador reparando en él la imagen de la Divinidad. A cada uno le cubrió Dios con la piel de un cordero, que al efecto mató, para que entendieran que Dios haría morir el cordero divino por sus pecados, segun lo dijo despues un profeta de parte de Dios : *Propter scelus populi mei percussi eum.* (Isai. LIII, 8). Y nuestros padres lo comprendieron tan bien y mejor que el mismo profeta que dijo despues : *Vere languores nostros ipse tulit, et dolores nostros ipse portavit; et nos reputavimus eum quasi leprosum, et percussum à Deo et humiliatum.* (Id. ibid. 4).

Este es el Cordero que desde el principio del mundo fue inmolado, segun el evangelista san Juan; en figura en los corderos de cuyas pieles Dios vistió á nuestros padres; fuelo tambien en la persona de Abel y demás justos; y, por fin, en realidad en la misma persona de Jesucristo, que es el verdadero *Agnus Dei qui tollit peccata mundi*, y darles á ellos como darnos á nosotros la salud.

Otro misterio todavía : Jesús es único; el Cordero uno : Dios mató dos corderos, y con la piel del uno vistió á Adán, y con la piel del otro vistió á Eva, para que entendieran, que si bien es verdad que Jesús es único, esto es, que el Cordero que quita los pecados del mundo es único, sin embargo el que se confiesa bien recibe tan de lleno los méritos de Jesucristo, y es vestido y adornado con su santísima gracia cual si fuera solo él el redimido. Así lo entendia san Pablo cuando decia : *Dilexit me, et tradidit semetipsum pro me.* (Galat. II, 20). Adán y Eva comprendieron muy bien la necesidad de la confesion de los pecados, la necesidad del arrepentimiento y la satisfaccion que habian de procurar dar á Dios, cada uno por sí; pero como era imposible dársela cabal y adecuada, por tener el pecado una malicia infinita á causa de la ofensa hecha á un Dios infinito, conocieron que haciendo ellos de su parte todo lo posible, á donde no alcanzarían ellos, alcanzarían los méritos de Jesús, que son de infinito valor. En virtud de la promesa que Dios les habia hecho, y por la fe y confianza que ellos tenian en el futuro Redentor, ya entonces se hacian suyos sus dichos méritos. Dios se les anticipaba, como se anticipa el mercader al que le toma algo al fiado, con la palabra que á su tiempo pagará; así es como Dios les concedia el perdon de los pecados y demás gracias, con la palabra y promesa que á su tiempo pagarían con los méritos infinitos de Jesucristo.

Esta necesidad de la confesion quedó tan infiltrada en la misma

naturaleza humana, que por tradicion se ha seguido siempre hasta nuestros dias : los vicios y errores de la gente, singularmente de los filósofos y herejes, han levantado numerosos y densos vapores que se han interpuesto al sol de la razon ; pero tan pronto como estos se disipan se ve brillar este consuelo que la bondad y misericordia de Dios ha concedido al hombre que ha pecado. El hombre naturalmente conoce que existe Dios. El hombre conoce que cuando peca ofende á Dios, y que para reconciliarse con Dios ha de confesar su pecado.

Necesidad de la confesion, ejemplo de un perrito.

Es tan natural la confesion de la falta, y tan necesaria la penitencia de ella, que casi los mismos animales domésticos nos dan leccion de esta importantísima verdad. Si teneis, por ejemplo, un perro muy bueno en vuestra casa, y el animal comete una falta, un descuido, divertido por algun objeto os deja, etc. ; mirad allá como vuelve á vuestra casa confundido y humillado, con la cabeza inclinada, las orejas caidas, y el rabo entre piernas. Apenas abre los ojos, solo disimuladamente mira á vuestro rostro para leer en él el resentimiento que abrigais en vuestro corazon por la ofensa que os ha hecho ; lleno de miedo y de confusion viene, y se acerca como arrastrando su mismo cuerpo para que le apliqueis la pena y penitencia que os plazca, y el pobrecito la aceptará y sufrirá sin queja, mientras que le perdoneis, y echeis en olvido su falta admitiéndole á vuestro servicio, bien seguro que andará con mucho cuidado en no reincidir en la misma falta ni en otra semejante.

Así como el Espíritu Santo dice al perezoso que aprenda de la hormiga la prudencia de atesorar para el cielo, así se podria decir al pecador que aprenda el arrepentimiento y confesion de su pecado, como hace el perrito que ha faltado á su dueño.

Efecto de la confesion.

El perrito luego que se ha humillado á vuestros piés, y paciente ha recibido y sufrido el castigo, se levanta alegre y os hace fiestas. Otro tanto experimenta el pecador que, humillado, ha confesado su pecado y ha cumplido la penitencia. ¡ Oh qué alegría tan grande siente entonces allá en su corazon !

Otra comparacion : El que tiene el estómago cargado con alguna indigestion, toma la purga, le revuelve, le da molestia, pero despues que se ha descargado de aquella indigestion, ¡ qué placer no siente ! Así el pecador.

Otra : Tiene uno una espina clavada. ¡Qué dolor le causa! ¡qué pena, cuando se la arranca! pero despues ¡qué alegría, cuando es quitada! Lo mismo el pecador.

Otra : Tiene uno un tumor lleno de postema. ¡Qué dolor, cuando se revienta! pero despues ¡qué descanso! Igualmente el pecador.

Tertuliano, san Ambrosio, san Agustin y san Jerónimo dicen en iguales términos que la Penitencia *est quasi secunda post naufragium miseris tabula*. (In cap. III Isaiæ).

Tal vez alguno dirá : Pecando, conozco que he ofendido á Dios, y por lo tanto á Dios debo confesar mis pecados y no á un hombre, cual es el confesor. Á lo que te responderé con santo Tomás de Villanueva : Cuando Dios no era hombre, no era tan necesario que el hombre se confesara con un hombre ; pero desde que el Hijo de Dios se ha hecho hombre, ya Dios Padre no juzga á nadie, sino que ha dado todo el poder de juzgar al Hijo que se ha hecho hombre, y desde entonces el pecador ha sido entregado por Dios al foro del Hijo hecho hombre que es Cristo. Pero como Cristo subió á los cielos, y no está en este mundo por presencia corporal visible (aunque está sacramentalmente), para que el hombre le pudiera dar cuenta de sus pecados y juzgarle, antes de subir al cielo, antes de ausentarse, instituyó y nombró ministros que juzgasen en su nombre, y en fuerza de sus merecimientos tuviese su juicio el mismo valor, la misma virtud, y produjese los mismos efectos que si él lo pronunciara. Á mí se me ha dado, díjoles el Salvador, todo poder en el cielo y en la tierra ; y este mismo poder que á mí se me ha dado, os lo doy yo á vosotros, y con el mismo objeto que me ha enviado á mí mi Padre, os envío yo á vosotros, que es para salvar á los hombres perdonándoles los pecados, y así os digo, que aquellos á quienes vosotros perdonáreis los pecados, perdonados les serán ; y aquellos á quienes vosotros dejáreis sin perdonar, así retenidos quedarán. Esta doctrina quedó tan grabada en el corazon de los Apóstoles, que continuamente la enseñaban y practicaban, como se lee en los Hechos apostólicos, singularmente en el capítulo x. Acabando de llegar el apóstol san Pedro de Joppe á la ciudad de Cesarea, y hallándose en la casa del centurion Cornelio delante de una porcion de gente que se habia allí reunido, les dijo : Jesucristo nos mandó que predicásemos y testificásemos al pueblo que él es el que está por Dios constituido juez de vivos y muertos. Y cualquiera que crea en él con una fe viva, esto es, creyendo todos sus misterios, observando todos sus mandamientos, y recibiendo sus Sacramentos, consiga en virtud de su

nombre la remision de los pecados. Esta virtud ó facultad de juzgar y de perdonar pecados la recibió Jesucristo en el primer instante de su concepcion, ó union hipostática; pero cuando la manifestó con toda la extension, grandeza y majestad, fue en la resurreccion. Entonces tomó la gloria de reinante y el estado de dominar, y por lo mismo de crear y mandar ministros en su nombre y con sus poderes y facultades; mientras que cuando vivia tenia el estado de humillarse, de padecer, de merecer y de morir. Jesús es el juez de los vivos, que viven en el cuerpo, y tienen el alma en pecado. Á estos los juzga Jesús por medio de sus ministros en el tribunal de la penitencia; y si los pecadores se confiesan bien, serán tan bien perdonados sus pecados, como si los hubieran confesado con el mismo Jesucristo. Jesucristo es tambien juez de muertos, de los muertos de cuerpo, y serán juzgados de Jesús en la hora de la muerte en el juicio particular, y despues tambien en el juicio universal en que se presentará sentado en el solio de su grandeza y majestad. Entonces se presentarán y sentarán al lado de Jesús, y formarán con él un solo tribunal los apóstoles y ministros suyos; lo mismo que en la confesion ó tribunal de la penitencia, con la diferencia que el tribunal de la penitencia es un tribunal de misericordia, y el del juicio universal es un tribunal de justicia. El tribunal de la penitencia es oculto, solo saben lo que en él se trata el confesor y el penitente: en el tribunal del juicio final la publicidad será tanta, que lo sabrán el Creador y todas las criaturas angélicas y corpóreas. En el tribunal de la penitencia los pecados bien confesados son olvidados de Dios, y ocultos por el ministro con el sigilo; en el tribunal del juicio universal todos los pecados, ocultos, olvidados é ignorados, todos quedarán publicados á la presencia de todo el mundo. En el tribunal de la penitencia el ministro es el que habla, y Jesús el que aprueba desde el cielo; en el juicio universal Jesús hablará solo, y los ministros aprobarán la sentencia de Jesús. ¡Dichoso, pues, el que se confesará bien! que así conseguirá el perdon de sus pecados, y se librará del bochorno del juicio final, y de la condenacion eterna. Ó *confesion*, ó *condenacion*; no hay otro remedio para los que han pecado despues del Bautismo. Es la segunda tabla que queda despues del naufragio de la gracia bautismal.

Herejes que han perseguido la confesion sacramental.

Siglo II, los Montanistas negaban absolutamente que la Iglesia pudiese absolver algun penitente.

Siglo III, los Novacianos no quisieron admitir la remision de los pecados, mas que en el Bautismo.

Siglo VI, algunos Eutiquianos enseñaban que los pecados se habian de confesar á Dios, y no á los sacerdotes.

Siglo VIII, los Albanenses enseñaban lo mismo, esto es, que á Dios y no á los sacerdotes se habian de confesar.

Siglo XII, los Valdenses pretendieron que un lego bueno era mas á propósito que un sacerdote malo para oir las confesiones de los fieles.

Siglo XIV, Wiclef enseñó que la confesion es supérflua, que no sirve de nada.

Siglo XVI, Calvino ni sus discípulos admiten la confesion. Los Luteranos en la confesion de Augsburgo declararon que conservaban el sacramento de Penitencia; mas la mayor parte han suprimido su uso.

El protestante Kemnitz.

El protestante Dr. Dailler.

El padre de todos los herejes es el diablo, de quien dice el célebre Tertuliano hablando de la confesion : *Pervicacissimus hostis (Diabolus) numquam malitiæ suæ otium facit; tunc maxime sævit, cum hominem plene sentit liberatum : itaque observat, oppugnat, obsidet, si qua possit aut oculos concupiscentia carnali ferire, aut animum illecebris sæcularibus irretire, aut fidem terrenæ potestatis formidine avertere, aut à via certa perversis traditionibus detorquere, non scandalis, non tentationibus deficit : hæc igitur venena ejus prævidens Deus, clausa licet innocentiae janua, et intinctionis sera obstructa, aliquid adhuc permissit patere : collocavit in vestibulo pœnitentiam secundam, quæ pulsantibus patefaciat.* (*Tert. lib. de Pœnit. c. 7*).

Igitur cum scias, adversus gehennam post prima illa intinctionis Dominicæ monimenta, esse adhuc in exomologesi secunda subsidia, cur salutem tuam deseris? Cur cessas aggredi, quod scias mederi tibi? (*Idem, c. 12*).

¿Por qué no se confiesan los hombres?

1. Por sugestion del demonio : él les hace pecar como á Eva y á Adán, y despues les hace esconder, excusar ó negar el pecado como á Cain. Él procura que no se reciba este Sacramento, ó que se reciba tarde, ó que se reciba mal.

2. El orgullo y soberbia del hombre; porque le repugna un ac-

to tan humillante. Esta soberbia ha inventado tantos errores y herejías contra la confesion, á fin de quitarla, abolirla, no recibirla, y criticar á los que la reciban; *sed portæ inferi non prævalebunt*. Esta expresion quiere decir la reunion de la gente mala y sus juicios; porque en las puertas se reunian las gentes y allí se juzgaba.

3. El hombre quiere el pecado, los vicios; no quiere enmendarse. *El corazon del hombre está inclinado al mal desde su adolescencia*. Dios le crió recto, pero él se ha inclinado al mal; la confesion le tira por la parte opuesta, que es la humildad y mortificacion, ya que la soberbia y el placer le hicieron inclinar y pecar.

Dice san Gregorio de Nazianzo : Vé á manifestar al sacerdote tus pecados, los secretos que se ocultan en el seno de tu alma, con la misma franqueza con que el enfermo descubre al médico sus llagas. No temas, el sacerdote tendrá cuidado de tu curacion, y tambien de tu honor (p. 320).

Dice san Gregorio de Nisa : Dad parte al sacerdote, como á vuestro padre, de todas vuestras penas, y él se compadecerá de vuestra miseria. Manifestad lo que está oculto, sin rubor; reveladle el secreto de vuestra alma, de la manera que manifestaríais á un médico vuestras llagas las mas profundas (p. 320).

San Paciente : Yo me dirijo principalmente á vosotros, hermanos míos, que despues de haber pecado tanto, rehusais la penitencia; sois muy dignos de compasion por haberos hecho tan tímidos para el bien, despues de haber sido tan imprudentes para el mal; de no avergonzaros sino despues de haber cometido el pecado, y de tener vergüenza de confesar los excesos que no os habeis avergonzado de cometer... Cesad de ocultar vuestra conciencia llagada. El enfermo sábio no tiene repugnancia en descubrir á su médico los lugares mas ocultos de su cuerpo, aun cuando sepa que el médico debe aplicarle el hierro ó el fuego (p. 321).

Lactancio : Dios no concederá el perdon á los contumaces, ni á los que se obstinan en ocultar sus pecados.

En todo el mundo y en todos tiempos siempre se han visto estas creencias y prácticas religiosas, mas ó menos practicadas, mas ó menos limpias de errores, segun los tiempos que han atravesado :

1.^a Que en este universo que vemos existe un Ser que no vemos, que ha criado y lo gobierna todo; que existe en todo lugar; que todo lo puede; que todo lo ve; que todo lo oye; que todo lo sabe aun los pensamientos mas ocultos; que este Ser es el autor de la ley moral, que castiga á los prevaricadores con tormentos eternos.

2.^a Que el hombre que ha tenido la desgracia de infringir esta ley, no puede librarse del castigo que le espera despues de su muerte, sino haciendo penitencia de sus culpas durante la vida. Que esta penitencia consiste en el arrepentimiento de lo pasado, acompañado de la resolucion de corregirse para lo futuro, de la confesion espontánea del crimen, de la práctica de las obras satisfactorias, de ceremonias y de expiaciones ennoblecidas por el sacrificio. Ha creído siempre el linaje humano que los signos y ceremonias sensibles y corporales pueden producir y producen, cuando se hacen bien, efectos insensibles, espirituales y aun divinos en las relaciones que hay entre lo natural y sobrenatural, entre la tierra y el cielo, entre el cuerpo y el alma, entre Dios y el hombre.

No hay mas que un Dios; no hay mas que una humanidad; luego no puede haber mas que una Religion verdadera, única que reveló Dios. El dogma es su base; la moral es su reflejo; el culto es su expresion.

Decia Voltaire : La confesion se remonta hasta al principio del mundo. La confesion es una institucion divina, que tuvo su principio en la misericordia infinita de su autor. La obligacion de arrepentirse se remonta hasta el día en que el hombre se hizo culpable; solo el arrepentimiento de sus culpas puede ocupar el lugar de su inocencia. Para aparecer arrepentido de sus culpas, es necesario comenzar por confesarlas (p. 254).

Fuera de la Iglesia católica no se encuentra otra cosa que, ó la revelacion de Dios mas ó menos desfigurada (paganismo), ó la revelacion de Jesucristo mas ó menos mutilada (herejía). Y por consiguiente en la Iglesia católica es donde únicamente se encuentra la Religion que se llama de la naturaleza, tan pura como salió, al principio del mundo, de la boca del mismo Criador, y la Religion del Evangelio, tan completa como salió, en medio de los tiempos, de la boca del mismo Redentor.

El católico que admite y practica los Sacramentos y los ritos de la Iglesia, admite y practica unos Sacramentos y unos ritos tan verdaderos como Dios, que es su autor; tan antiguos como el mundo, que los ha visto nacer, y tan puros como la Iglesia que los conserva; él sigue la única Religion revelada, y por consiguiente la única Religion natural, la única verdadera Religion de la humanidad (p. 290).

Todo lo que el hombre ha añadido á la revelacion de Dios no es otra cosa que la negacion de un misterio incomprensible, ó la vio-

lacion sistemática de un gran deber, á fin de librarse de toda creencia que pudiera humillar su orgullo, y de toda ley que pudiera molestar su corrupcion. Tal es el sacramento de la Penitencia, que por el ministerio de un hombre promete al hombre el perdón de Dios en virtud de su arrepentimiento, acompañado de la confesion espontánea de todas sus culpas; es á un tiempo *un misterio sublime, que la razon no puede comprender; y una ley severa, que las pasiones no pueden aceptar sin conmovirse*; es exigir de un hombre lo que los Libros santos llaman sacrificio de los labios : *vítulos labiorum*. (Osee, xiv).

Dice Belarmino que el sacramento de la Penitencia es de institucion divina, de precepto divino y de promesa divina.

El sacramento de la Confesion es el pensamiento de Dios, la revelacion de Dios y la obra de Dios. Esta fe es mil veces mas razonable que su negacion : *rationabile obsequium*. Siguiendo esta fe sigo el buen sentido, sigo la lógica, sigo la razon y creo la verdad; mientras que separándome de ella, creo lo falso, sigo la contradiccion, abrazo el absurdo, y caigo en la condenacion eterna.

El ministro de la confesion es el verdadero amigo.

El sacerdote ó confesor es constituido por Jesucristo amigo del mismo Jesucristo y amigo del hombre.

De Jesucristo : *Vos autem dixi amicos, quia omnia quaecumque audivi à Patre meo nota feci vobis*. (Joan. xv, 15).

Non vos me elegistis, sed ego elegi vos, et posui vos ut eatis et fructum afferatis. (Ibid. 16).

Así lo declara el mismo Jesucristo por estas palabras : Á vosotros os he llamado amigos; porque os he hecho y haré saber cuantas cosas oí de mi Padre. No me elegisteis vosotros á mí, sino que yo soy el que os he elegido á vosotros, y destinado para que vayais por todo el mundo, y hagais fruto, y vuestro fruto sea duradero.

Despues de la resurreccion se apareció á sus Apóstoles, y les dijo : *Data est mihi omnis potestas in cælo et in terra. Euntes ergo docete omnes gentes, baptizantes eos...* (Matth. xxviii, 18, 19). De ahí la necesidad del Bautismo y de la enseñanza. Díjoles tambien : La paz sea con vosotros : como mi Padre me envió, así os envio tambien yo á vosotros. Dichas estas palabras alentó ó dirigió el aliento hácia ellos, y les dijo : Recibid el Espíritu Santo : quedan perdonados los pecados á aquellos á quienes los perdonáreis, y quedan retenidos á los que se los retuviéreis. (Joan. xx, 23). Así como á Adan lo alen-

tó, le dió vida, así al sacerdote le da una especial vida, le hace otro yo, su amigo, *amicus est alter ego*.

Es el confesor amigo del hombre, porque es tambien hombre.

Dice el mismo Dios: Trata tu causa con tu amigo (*Prov. xxv, 8*); y añade, no hay cosa que pueda compararse al amigo fiel. (*Ibid. 15*).

Dichoso el que ha hallado un verdadero amigo. (*Eccli. xxv, 19*).

El sacerdote es el solo verdadero amigo; porque lo es de Dios y del hombre. Los no sacerdotes solo pueden ser medio amigos.

Naturalmente el hombre desea depositar sus alegrías ó penas en el corazon del amigo.

Las alegrías y prosperidades fácilmente las escuchará este: las penas ó no las escuchará, ó si las escucha, le aconsejará, pero no le remediará; y en el momento mas apurado le abandonará. Pero el sacerdote, que es amigo verdadero, le escuchará en sus penas, le consolará y le dará remedio singularmente en el tribunal de la penitencia. Hallándose el hombre, por el pecado, peor que el enfermo, peor que el adeudado, peor que el sentenciado al suplicio vil, con la absolucion el sacerdote le libra de todo. Como verdadero amigo ama en todo tiempo. (*Prov. xvii, 17*). Como amigo, fiel es el medicamento de la vida de su prójimo (*Eccli. vi, 16*); y el alma se endulza con los buenos consejos del amigo. (*Prov. xxvii, 9*).

El demonio le hace perder esta confianza que debia tener en el sacerdote (y así no le comunica sus penas ó sus pecados, no se confiesa), y le hace morir desesperado (ó se suicida ó muere impenitente): por esto hay tanto empeño en desprestigiar al sacerdote y al Sacramento... ¡Oh, cuántos pecados se impiden por la confesion! ¡Oh qué de males se evitan! ¡Oh qué de sugestiones diabólicas se ahogan!...

Pruebas del amigo que es el sacerdote: lo que hace... lo que sufre en el confesonario... no por dinero, no por honores ni placeres.

Malicia y mala fe de los enemigos de la confesion.

Inocencio III, que murió en 16 de julio de 1216, convocó en el año anterior el concilio IV de Letran, XII ecuménico. Presidió en él el mismo Papa, con asistencia de los Patriarcas de Constantinopla, de Jerusalem, del Primado de los Maronitas, de 71 Arzobispos, de 416 Obispos y de mas de 800 Abades y santo Domingo de Guzman.

Dicen los herejes que este concilio fue el primero que imaginó ó impuso á los Cristianos la obligacion de confesar, en la sesion IV, cán. 21. Lo que es falsísimo segun lo evidencia el mismo cán. Dice

este : « Todo fiel de uno y otro sexo , desde que llega á la edad de discrecion , confiese sin testigos y exactamente todos sus pecados á su propio sacerdote (que es el párroco , ó el que este facultare si ya tiene aprobacion de su Prelado para algun punto , ó bien si el mismo Prelado le facultare para aquella parroquia) , *al menos una vez en el año* ; que procure , segun sus fuerzas , cumplir la penitencia que le fuere impuesta , y que reciba con reverencia el sacramento de la Eucaristía , al menos en la fiesta de Pascua , y si no lo hiciere así , mientras viviere se le impida entrar en la iglesia , y despues de su muerte se le prive de la sepultura cristiana. Este estatuto debe publicarse frecuentemente en las iglesias , á fin de que nadie pueda alegar ignorancia que le excuse de haberlo quebrantado. » (Concil. Lateran. sess. IV , cán. 21 : *Omnis utriusque sexus fidelium*)...

Se ve clara y evidentemente que en este cánón no se trata de la confesion sacramental como de una institucion nueva establecida por primera vez , sino como de una institucion conocida y practicada , bien que con negligencia , por todo el mundo. Lo que hay de nuevo en este cánón no es la invencion del precepto de la confesion , sino la obligacion de acercarse á él *á lo menos una vez en el año* , so pena de excomunion. Esta no es una decision dogmática relativa á este Sacramento , sino un precepto moral , tal como la Iglesia tiene derecho á imponerlo á todos los fieles , como *todo poder supremo en el Estado tiene derecho* á imponer preceptos civiles á sus súbditos. Este cánón tomó motivo de la negligencia y descuido de muchos cristianos que apenas se confesaban mientras vivian , pasando toda su vida en el pecado , y solo recurrían á la confesion en el artículo de la muerte. Queda , pues , fuera de duda que por este cánón no instituyó la Iglesia la confesion auricular como una condicion necesaria para obtener el perdon de los pecados , porque esto se encontraba ya establecido por la institucion divina de este Sacramento. Lo único que hizo la Iglesia fue mandar que no se dejara pasar un año sin confesarse *al menos una vez*.

En el siglo XVI el concilio de Trento confirma lo mismo en las ses. XIII , cán. 1 , 3 , 8.

Por las tradiciones consta que la confesion estuvo siempre en práctica.

Adan y Eva hacen su confesion. (*Genes. III , 12 , 13*).

Abel sacrifica , ofrece al Señor los primogénitos de su rebaño. (*Genes. IV*). El sacrificio fue uno de los ritos religiosos mas segui-

dos y practicados en el mundo. El sacrificio era la confesion, verificada por un acto exterior de la creencia de la mancha original, y de las culpas actuales del hombre, que no podian ser borradas sino por el mérito de la inmolation de una víctima divina, que en un tiempo mas ó menos lejano debia ser inmolada por la salvacion del mundo, y cuya figura y profecía eran las víctimas inmoladas por el hombre.

Estos sacrificios y confesion los practicaron tambien los gentiles, que por tradicion los recibieron de Adan, Abel...

Por la misma tradicion los paganos han practicado los sacrificios y la confesion. Se acusaban y confesaban en los misterios de Orfeo, de Isis, de Céres y de Samotracia.

Entre los persas (esta costumbre de la confesion de los persas se halla consignada en el Zend-Avesta, tom. 2, pág. 28, obra cuya antigüedad, segun el juicio de los sábios, se remonta á mas de cuatro siglos antes de la era cristiana), entre los persas habia los *Patehs*, que son ciertas confesiones que especifican todos los pecados que el hombre puede cometer. Estas confesiones se hacian de esta manera : 1.º El penitente se presentaba al sacerdote. 2.º Luego hacia una oracion á Dios (á Ormuzd) y á su ministro en la tierra, que es el sacerdote. 3.º Acompañaba esta oracion con el propósito de hacer todo el bien posible, y con el ofrecimiento de su ser á Dios. Ved aquí la confesion de los persas: «Yo me arrepiento de todos mis pecados, yo los renuncio. ¡Oh Dios! tened piedad de mi cuerpo y alma, en este mundo y en el otro; yo detesto todo mal de pensamiento, palabra y obra. ¡Oh justo Juez! Yo espero ser superior al autor del mal, Ahriman (Satanás); yo espero que en la resurreccion todo lo que sucederá relativamente á mí será dulce y favorable. Así es como yo me arrepiento de mis pecados y los renuncio, etc.» Luego hacian la acusacion particular de los pecados personales.

Patriarcas.

Adan, Seth... Culto y sacerdocio privado.

1.º Enós... Culto y sacerdocio público.

2.º Cainan.

3.º Malaleel.

4.º Jared.

5.º Henoch.

6.º Mathusalén.

7.º Lamech.

8.º Noé... El octavo pregonero de la justicia. (II *Petr.* II, 5).

Noé condenó al mundo incrédulo, y fue constituido heredero de la justicia que existe por la fe. (*Hebr.* XI, 7).

Noé fue el octavo de los depositarios fieles, de los intérpretes infalibles, de los Apóstoles, de los Doctores, de los grandes sacerdotes, de los Pontífices, de los sacerdotes que precedieron al diluvio.

Noé profetizó sobre sus hijos Sem, Cam y Jafet.

Sem—Arfaxad—Cainan—Salé—Heber—Faleg—Reu—Sarug—Nachor—Tharé—Abrahan—Isaac—Jacob, y profetizó sobre todos sus hijos.

Respecto á los demás tiempos es indudable que los pontífices de la Sinagoga (segun el Evangelio de san Mateo, I; Joan. XI, 51) tenían el don de *profecía*, ó sea el don de interpretar infaliblemente la Ley y los Profetas.

Una vez hecha al hombre la revelacion primitiva, no permitió Dios que desapareciese de todo punto de entre los hombres por la malicia de los hombres. Tenia ciertos hombres que eran como el faro que alumbra en medio de la noche para entrar al puerto de la verdad. Estos animaban y conservaban la tradicion al través de los errores y vicios de los hombres; y por medio de esta luz y tradicion se ha conservado la penitencia y la confesion de las faltas en los verdaderamente arrepentidos.

Entre los hebreos, á mas de la tradicion, hubo precepto positivo con que Dios mandaba la confesion: v. g., *Num.* V, 6, præcipitur: Vir sive mulier cum fecerint ex omnibus peccatis quæ solent hominibus accidere, confitebuntur peccatum suum.—II *Esdr.* IX, 1: Convenerunt in jejunio, et in sacris, et confitebantur peccata sua.—*Matth.* III, 6: Baptizabantur à Joanne in Jordane confitentes peccata sua.—*Luc.* XVIII, 13: Deus propitius esto mihi peccatori.—*Luc.* XV, 18: Pater peccavi in cælum et coram te.—*Act.* XIX, 18: Multique credentium veniebant confitentes, et annuntiantes actus suos. La naturaleza misma de la cosa pide esto de parte del penitente, que desea alcanzar la paz con el ofendido. (*Tirino*).

Idem præstat pœnitentia lapsis post Baptismum, quod intinctio iis, qui primo convertuntur ad Christum: atqui intinctio aquæ cui-libet homini necessaria est necessitate medii ad salutem, ut constat ex verbis Christi (*Joan.* III, 5): Nisi quis renatus fuerit ex aqua et Spiritu Sancto, non potest introire in regnum Dei. Así arguye Ter-
tuliano.

EJEMPLOS.

1. Una de las causas mas comunes por que algunos cristianos no se confiesan, es la corrupcion de sus costumbres y perversidad de su corazon. Son como aquellos enfermos frenéticos y delirantes que tienen necesidad de remedio para curar, pero desgraciadamente rechazan el remedio, é insultan al caritativo médico que les recela y presenta el eficaz remedio, como lo veréis claramente en este ejemplo que se lee en los anales de la Archicofradía del Inmaculado Corazon de María. Habia en París un jóven llamado Désiré, que por la lectura de malos libros, y con el roce de malos compañeros (que son los dos elementos mas poderosos de destruccion para los jóvenes), habia llegado á ser el jóven mas corrompido de su tiempo, de modo que era la misma corrupcion personificada. Treinta años de edad contaba, cuando un ataque de pulmonía ó afeccion del pecho le puso al borde del sepulcro sin esperanzas de vida. Esta enfermedad fue un resultado de sus mismos desórdenes; tanta verdad es que la naturaleza se venga del pecador que la envilece con sus torpezas. Cuando se ve ultrajada de los vicios del hombre vil, le retira el honor, no le quiere conceder salud, y con un golpe de enfermedad le tumba en la cama del dolor; y una muerte prematura acaba con él, y en castido de sus pecados Dios le echa finalmente á los infiernos. En el mayor estado de postracion se hallaba Désiré, cuando su hermana, señora muy piadosa, le aconsejaba que se confesase, pero en vano: igual consejo le daba el médico, que era hombre muy piadoso, en cumplimiento de su deber; mas el enfermo le contestó con enojo: *Tenga V. la bondad de no hablarme mas de confesion.* Pero finalmente por las oraciones de los cofrades y por los consejos de su hermana, Désiré se cambia, y se resuelve á confesarse. Van por el confesor, llega, se confiesa el enfermo, recibe arrepentido y anegado en lágrimas de compuncion la absolucion... ¡Oh efectos admirables de la gracia! Désiré ya es otro hombre;... en aquella misma mañana no creia en Dios, ni en su Religion, ni Sacramentos; mas ahora que ha limpiado su corazon por medio de una buena confesion, ya cree en Dios, ya conoce la dulzura que trae en el corazon una verdadera confesion y arrepentimiento de sus pecados; ahora da gracias á su hermana, al médico y á cuantos le han procurado tanto bien sin merecerlo, y del cual era mas bien indigno, por los insultos con que correspondia á las caritativas amonestaciones que

le hacian para que se confesara. ¡Ay Padre mio y Jesús mio, perdóname, que no sabia lo que decia cuando despreciaba los santos Sacramentos! ¡Oh confesion! ¡oh hermosura antigua, cuán tarde te conocí!...

Aquí se hacen las reflexiones y aplicaciones oportunas, segun las clases de gentes que forman el auditorio.

2. Ejemplo. La corrupcion del corazon es causa de que muchos no se confiesan.

Servirá de prueba el caso siguiente :

Mr. Bouguer, profundo geómetra y miembro de la Real Academia de las Ciencias, á la muerte del cual no pudo menos que decir Mr. d'Alembert : *Acabamos de perder la mejor cabeza de la Academia*; este señor habia ido por curiosidad á oir los sermones que el P. Laberthonie, religioso dominico, predicaba con grande aplauso contra los incrédulos en los principales púlpitos de la capital, y de esta curiosidad se valió Dios para poner fin y remedio á sus errores. Se convirtió... se confesó, pero antes manifestó en presencia de muchas personas el secreto motivo que le habia arrastrado al partido de la incredulidad. *No he sido incrédulo, sino por haber sido corrompido*, exclamó con la mayor amargura de su corazon : *Padre, vamos á lo mas urgente ; mas necesidad tiene de ser curado mi corazon que mi entendimiento*. Su conversion fue tan sincera como sólida, y una muerte cristiana y edificante coronó un cambio tan feliz.

Reflexiones y aplicaciones.

3. Ejemplo. Los intereses y honores, negocios y ocupaciones del mundo, no pocas veces son causa que se difiera y quizás se olvide el cumplimiento de la obligacion de recibir el sacramento de la Penitencia, v. g.

Napoleon, que en los dias de sus proezas y aplausos hacia consistir toda su religion en asistir á una misa con música en los domingos y dias de fiesta, hallándose cautivo en Santa Elena empezó á pensar en sus deberes religiosos. Su alma, como si despertara de un largo y profundo sueño, dejó de alimentar las esperanzas de una gloria y de una grandeza mundana, ya desvanecidas para siempre. Habiendo leído algunas obras sobre la Religion, y singularmente *Los ensayos sobre la divina autoridad del Nuevo Testamento*, trató de arreglar sus cuentas espirituales. Al efecto hizo venir de Italia un sacerdote católico, llamado Bonaviso. Y el sábio doctor Automarchi, que se hallaba entonces en Santa Elena, da por cierto

que el ex-emperador en sus últimos momentos pidió y recibió los auxilios espirituales. El general Montholon asegura lo mismo en una de sus cartas : « *Yo soy feliz , despues de haber recibido el Sacramento,* » me dijo Napoleon. *Yo soy feliz , por haber cumplido con mi deber.* « General , á la hora de vuestra muerte os deseo la misma dicha. Lo « necesitaba... En el trono cuidé poco de cumplir con los deberes religiosos, porque el poder desvanece á los hombres ; *pero siempre he « tenido la fe :* el tañido de las campanas me da gusto y la vista de un « sacerdote me conmueve. Yo quiero dar gloria á Dios. General , dad « las órdenes para qué se levante un altar en el aposento vecino, « donde se exponga el santísimo Sacramento. Disponed se hagan las « rogativas de las Cuarenta horas. » Luego entrando más en sí el Emperador , dijo : « ¿ Y por qué cargar sobre vos esta responsabilidad ? « No : tal vez se diria que vos , ó noble gentil hombre , lo habeis dispuesto de propio movimiento. Yo mismo quiero dar las órdenes « convenientes. » (*Muerte cristiana de Napoleon*, por el caballero de Beautorne).

ESQUELETO DEL SERMON II

DE LA UTILIDAD DE LA CONFESION.

*Ego sum, ego sum ipse, qui deleo iniquitates
tuas propter me, et peccatorum tuorum non
recordabor. (Isai. XLIII, 23).*

Yo soy, yo mismo soy el que borro tus iniquidades por amor de mí mismo, ó gratuitamente, y no me acordaré mas de tus pecados.

1. Historia de la resurreccion de Lázaro, figura del sacramento de la Penitencia.
2. Aplicacion de la historia.
3. Utilidades en general del sacramento de la Penitencia.
4. Los tres muertos resucitados figuran las tres clases de pecadores...
5. Institucion del Sacramento, y facultad que da á los sacerdotes.
6. Bondad y omnipotencia de Dios en perdonar al pecador.
7. Omnipotencia en la creacion, consagracion y absolucion.
8. Se confiesa con Dios omnipotente, con el Padre confesor: *pecavi*, tres silabas.
9. El pecador que se confiesa bien, da gloria á Dios y á Jesucristo.
10. El que se confiesa bien, da gozo á María santísima, á los Ángeles y Santos.
11. Diferencia entre el tribunal civil y el de la Penitencia. Perdon.
12. La confesion y el perdon hacen revivir las obras buenas amortiguadas.
13. La absolucion da la gracia al alma, la hace revivir.
14. Valor de la gracia; hermosura del vestido de la gracia.
15. La gracia nos hace amigos de Dios; ¡ay del enemigo de Dios!
16. La gracia nos hace hijos de Dios, herederos del cielo; reinarémos y juzgarémos.
17. El que se confiesa es mas que hombre, y tiene fe, esperanza y caridad.

18. Ejercita las virtudes : prudencia, justicia, fortaleza y templanza; la humildad, la obediencia, etc.
 19. La confesion trae bienes al individuo.
 20. La confesion trae bienes á la familia.
 21. La confesion trae bienes á la sociedad.
 22. Los médicos han procurado la confesion para las curaciones.
 23. Facilidad del Sacramento, está aquí... boca y corazon. Motivos de dolor.
 24. Penas del infierno; efusion de sangre.
 25. Lo que siente el pecador cuando recibe la absolucion.
 26. Resolucion y arrepentimiento, con propósito de confesarse luego.
-

SERMON II

DE LAS UTILIDADES DEL SACRAMENTO DE LA PENITENCIA.

*Ego sum, ego sum ipse, qui deleo iniquitates
tuas propter me, et peccatorum tuorum non
recordabor. (Isai. XLIII, 25).*

Yo soy, yo mismo soy el que borro tus iniquidades por amor de mí mismo, ó gratuitamente, y no me acordaré mas de tus pecados.

1. Amadísimos hermanos en Jesucristo: el evangelista san Juan en el capítulo XI nos refiere la historia de la resurreccion de Lázaro, que es una de las figuras mas claras y expresivas de los efectos del sacramento de la Penitencia ó confesion sacramental. Dice así: Un hombre, llamado Lázaro, vecino de Bethania, se puso enfermo. Este hombre tenia dos hermanas, Marta y María. Viendo estas dos hermanas que la enfermedad de su hermano Lázaro era de cuidado, y sabiendo que Jesucristo se habia ido á la otra parte del Jordan, le mandaron un expreso con una carta en que le decian: *Señor, mira que aquel á quien amas, está enfermo.* Sin embargo Jesús no fué luego, sino que demoró dos dias mas. Y despues dijo á sus discípulos: Vamos otra vez á Judea, que nuestro amigo Lázaro duerme; mas yo voy á despertarle del sueño. — Á lo que dijeron los discípulos: Señor, si duerme sanará. — Mas Jesús habia hablado del sueño de la muerte, y ellos pensaban que hablaba del sueño natural; entonces les habló claramente: Lázaro ha muerto; y de no haberme llamado allí me alegro por vosotros á fin de que creais. Vamos á él.

Llegó, pues, Jesús á Bethania, y halló que hacia ya cuatro dias que Lázaro estaba sepultado, y como Bethania estaba cerquita de Jerusalem, habian venido de la ciudad muchos para consolar á las dos hermanas, que estaban muy afligidas. Luego que Marta entendió que Jesús venia, le salió á recibir, y postrada á sus piés, con los ojos arrasados en lágrimas le dijo: Señor, si hubieses estado aquí, mi hermano no hubiera muerto. — Diclele Jesús: Tu hermano resucitará. — Respóndele Marta: Bien sé que resucitará en la resurreccion universal, que será en el último dia. — Díjole Jesús: Yo soy la resurreccion y la vida: quien cree en mí, aunque hubiere muerto,

vivirá; y todo aquel que vive y cree en mí, no morirá para siempre. ¿Crees tú esto? — Respondióle: ¡ Oh, Señor! Sí que lo creo, y que tú eres el Cristo, el Hijo de Dios vivo, que has venido á este mundo. — Luego vino María, y habiendo llegado á donde estaba Jesús, viéndole postróse á sus piés y díjole: Señor, si hubieses estado aquí, no hubiera muerto mi hermano. — Jesús, al verla llorar, y llorar tambien los judíos que habian venido con ella, estremeciósse en su alma, y conturbóse á sí mismo, y dijo: ¿ Dónde le pusisteis? — Ven, Señor, le dijeron, y lo verás. — Entonces á Jesús se le arrasaron los ojos en lágrimas. En vista de lo cual dijeron los judíos: Mirad cómo lo amaba. — Finalmente prorumpiendo Jesús en nuevos sollozos, que le salian del corazon, vino al sepulcro, que era una gruta cerrada con una gran piedra. — Dijo Jesús: Quitad la piedra. — Marta, hermana del difunto, le respondió: Señor, mira que ya hiede, pues hace ya cuatro dias que está ahí. — Díjole Jesús: ¿ No te he dicho que si creyeres, verás la gloria de Dios? Esto es una obra digna de Dios, un efecto del poder que tengo como Dios. — Quitaron, pues, la piedra, y Jesús levantando los ojos al cielo, dijo: ¡ Oh Padre! gracias te doy porque me has oido: bien es verdad que yo ya sabia que siempre me oyes, mas lo he dicho por razon de este pueblo que está al rededor de mí, con el fin de que crean que tú eres el que me has enviado. Dicho esto, gritó con voz muy alta y sonora: *Lázaro, sal afuera*. Y al instante el que habia muerto salió fuera, ligado de piés y manos con fajas, y tapado el rostro con un sudario. Dijoles Jesús: Desatadle, y dejarle ir. — Con eso muchos de los judíos que habian venido á visitar y consolar á María y á Marta, y vieron lo que Jesús hizo, creyeron en él.

2. En esta historia del santo Evangelio veis, amadísimos hermanos, una figura la mas clara del sacramento de la Penitencia. Lázaro es figura del pecador, fétido por sus vicios, y atado con las vendas de los pecados: *Funes peccatorum circumplexi sunt me*. Las hermanas son figura de la fe y de la esperanza, que quedan vivas en el pecador muerto por la culpa, *ut facilius resurgat*, como dicen los teólogos. Jesús llamó á Lázaro; y él mismo llama tambien ahora al pecador por medio de la voz de la predicacion de sus ministros, y le dice: ¡ Pecador, sal afuera del sepulcro de la iniquidad, y de la fetidez de tus escándalos! El pecador obedece, el pecador sale; pero, como todavía está atado, manda Jesús á sus ministros, á los sacerdotes, que le desaten por medio de la absolucion sacramental. Entonces cuando el pecador acaba de hacer su confesion y recibe la

absolucion del ministro, se siente resucitado á la vida de la gracia ; se ve desatado de las cadenas de los pecados ; y se halla , para colmo de su felicidad , conducido á la mesa eucarística , y el mismo Jesús le hace su plato. Antes de confesarse el pecador , las virtudes de la fe y de la esperanza lloraban ; ahora que se ha confesado , están llenas de placer , contento y satisfaccion. La fe , cual otra Marta solícita , cree que el Señor ha perdonado y resucitado al alma pecadora , y se ofrece á su perpétuo servicio , renunciando el servicio del mundo , del demonio y de la carne. La esperanza , cual otra María fervorosa , toma su corazon con una libra de ungüentos , ó perfumes de nardo puro y de gran precio , y los derrama sobre los piés de Jesús , y los enjuga con sus cabellos , empleando en el servicio y amor de Jesús lo que antes destinaba para la maldad. De ahí resulta que toda la casa , toda la iglesia y toda la sociedad quedan llenas de la fragancia de aquellos aromas.

3. Con la historia que acabo de proponer como figura del sacramento de la Penitencia , comprenderéis desde luego que el sacramento de la Penitencia , bien recibido , es de grande honor y gloria para Dios , de consuelo para María santísima , de alegría para los santos Ángeles del cielo y de los bienaventurados de la gloria : es para bien del pecador , es para bien del individuo , para bien de la familia , para bien de la sociedad , para bien de la Religion. No puede darse objeto mas interesante. ¡Ojalá acierte yo en explicarlo como conviene ! Pidamos al Señor las gracias necesarias , y para conseguirlas mas fácilmente , nos hemos de valer de la intercesion de María , madre y abogada de los pecadores , que tanto se interesa á su favor. Saludémosla , pues , con el Ángel diciendo : *Ave Maria*.

4. Amadísimos hermanos : se lee en el santo Evangelio , que Jesucristo nuestro divino Redentor durante su predicacion resucitó tres muertos , á una jóven de doce años (*Marc. v, 42*) , hija del príncipe de la Sinagoga ; á un jóven hijo de la viuda de Naim (*Luc. vii, 14*) , y á Lázaro , hombre de edad. (*Joan. xi*). Y como Jesús todas las cosas hizo bien y perfectas , á estos muertos que resucitó , no solo les dió la vida del cuerpo , sino tambien la vida del alma , perdonándoles todas sus faltas , y absolviéndoles de todos sus pecados. La muerte del alma llamaba mas su atencion que la del cuerpo , que apellidaba sueño ; y mientras que las gentes lloraban la muerte corporal , él lloraba la muerte espiritual , y practicaba todas las diligencias á fin de sacarles de tan infeliz estado. De aquí es que los expositores y santos Padres han considerado en estos tres muertos resucitados por

Jesús tres clases de pecadores, que se convierten y se confiesan bien, y por medio del sacramento de la Penitencia resucitan de la muerte del pecado recobrando la vida de la gracia. En aquella jóven que Jesucristo resucitó en la cama, están figuradas las niñas y mujeres que se confiesan bien de todas sus torpezas y liviandades, y por medio de la confesion resucitan de la muerte del pecado, y por la frecuencia de los santos Sacramentos perseveran en la virtud. Por esto dijo Jesucristo que le dieran de comer, *et dixit dari illi manducare*. En el jóven que resucitó en la calle, están figurados aquellos jóvenes pecadores que en las calles y corrillos se alaban y jactan de sus maldades, y que tal vez se atribuyen pecados que no cometieron, diciéndolo únicamente para darse importancia entre sus compañeros, que como en andas les conducen á la sepultura del infierno. Entre tanto tienen la suerte de oír la voz de Dios, que dice á cada uno de ellos: *Adolescens, tibi dico: Surge*; jóven, levántate, confiéstate bien; *tibi dico*, yo te lo digo, yo te lo mando. *Et cepit loqui*, y el jóven empezó á hablar, empezó á confesarse bien, y, bien convertido y confesado, es entregado á su madre, que es María santísima. Con su devocion es como persevera en gracia, adelantándose cada dia mas en la virtud: *Et dedit illum matri suæ*. En Lázaro vienen comprendidos y representados todos los hombres y mujeres de alguna edad, pecadores habitados y reincidentes, cuyos hábitos viciosos y reincidencias están figurando el sepulcro, la losa, las ataduras y sudario; y la fetidez que exhalan denota los escándalos con que inficionan la sociedad. Á todos y á cada uno en particular dirige Jesucristo su voz, y les llama: *Lazare, veni foras*. Lázaro, sal afuera. Pecador, pecadora, sal fuera de ese vicio, de esa ocasion próxima de pecar; sal fuera de esos pecados, confiéstate luego y bien... Salen, en efecto, se confiesan, y así recobran la vida de la gracia siendo la admiracion de las gentes, y la alegría de sus parientes y amigos.

5. En esos pasajes tan interesantes del santo Evangelio no solo se ven figurados todos los pecadores que tienen la suerte de oír la voz de Dios y confesarse bien, sino que se ven brillar en los mismos la bondad y misericordia de Nuestro Señor Jesucristo, quien sabiendo que no estaria siempre aquí en la tierra de un modo visible como estaba; iba instruyendo á sus amados Apóstoles y discípulos para que, como ministros suyos y en su nombre, hicieran lo que él hacia. Hé aquí por qué en cada una de estas resurrecciones se hace especial mencion de sus discípulos que le acompañaban, presenciando siempre lo que obraba. En la resurreccion del primer muerto, dice

el Evangelista que no permitió Jesús que entraran en el aposento, donde estaba, sino el padre y la madre de la difunta, con los apóstoles san Pedro, san Juan y Santiago. Dando á entender con esto la vigilancia que deben poner los padres para que no se cometan torpezas, y el cuidado que deben tener de que sus hijos se confiesen bien, para resucitar á la vida de la gracia y ser buenos. Aprendan tambien aqui los sacerdotes ó Padres confesores para practicarlas, las virtudes en que tanto se distinguieron aquellos tres Apóstoles; imitando de san Pedro la fe, de san Juan el amor ó caridad, y de Santiago el celo. Con estas virtudes serán buenos confesores; y Jesús los admitirá en su compañía, les hará presenciar este prodigio, este portentoso, y les facultará para que ellos hagan lo mismo. En efecto, carísimos, Jesucristo facultó á sus Apóstoles y discípulos, y en ellos á todos los sacerdotes que les habian de suceder, para obrar iguales resurrecciones mediante la divina gracia. En la noche de la Cena, antes de ir á morir, instituyó el santísimo sacramento de la Eucaristía, convirtiendo la sustancia del pan y vino en la sustancia de su cuerpo y sangre, y mandándoles que ellos despues lo hiciesen en memoria de él, en nombre de él, y en virtud de la autoridad y poder que él les daba. Así es como Jesús está y estará con nosotros sacramentalmente hasta la fin del mundo. Lo mismo hizo con el sacramento de la Penitencia, despues de su resurreccion y antes de subirse á los cielos: primeramente él como Dios perdonaba los pecados, y como Dios-Hombre no solo perdonaba los pecados, sino que daba además una condigna satisfaccion á la divina Justicia, ofreciéndole sus merecimientos que, por razon de la union hipostática, son de infinito valor. No solo lo hizo por sí, sino que pudiendo y queriendo delegar las facultades que habia recibido de su Padre, dijo á sus discípulos: Así como me ha enviado á mí mi Padre, así os envío yo á vosotros. Yo soy enviado para quitar los pecados, para salvar las almas; á esto mismo os envío yo á vosotros. Y á la verdad, carísimos, así se ha cumplido, se cumple y se cumplirá la disposicion y mandato de Cristo Señor nuestro hasta la fin de los siglos. Y á la manera que el sacerdote, cuando en virtud de la institucion y en la persona de Jesucristo, profiere las palabras de la consagracion, diciendo: *Hoc est enim corpus meum*, y lo que antes era pan, ya no es pan, sino el cuerpo y sangre de Jesucristo, así tambien en el sacramento de la Penitencia, en virtud de la institucion y por los méritos de Jesucristo, dice el sacerdote la forma de la absolucion sacramental: *Ego te absolvo à peccatis tuis*, y el que antes era un in-

justo, un malvado, un esclavo de Satanás, destinado al infierno, si el mismo pecador no pone óbice, al instante queda absuelto, justificado y perdonado de sus pecados por muchos y grandes que sean; en una palabra, queda hecho hijo de Dios y destinado para el cielo.

6. Amadísimos hermanos, en este sacramento de la Penitencia no solo se ven brillar la bondad y misericordia de Dios, sino tambien su omnipotencia. Para que conozcais mas y mas esta verdad, referiré lo que dice santo Tomás (en la 1.^a de la 2.^a p., cuestion 113, a. 9), quien inquirendo si la justificacion del impío, ó el perdonar á un pecador, sea la obra mas grande de Dios, la obra máxima, responde que sí, diciendo: «que si se mira la magnitud de lo que se «hace, el justificar ó perdonar al pecador, que termina á un bien «eterno, cual es la divina participacion, es mas que la creacion de la «tierra y del firmamento entero, que termina á un bien de la naturaleza mutable. Que es mayor todavía que la glorificacion del justo, por la cantidad de la proporcion.» Para que se vea mas clara la doctrina del Santo, me valdré de una comparacion. Supongamos que en esta parroquia hay un gran señor que quiere gastar cien mil pesos. Si los gasta en plantar un hermoso jardin, diréis que es un gusto que ha tenido en esto. Si esta cantidad la regala á un amigo suyo, diréis que es una generosidad; pero si la regala á un enemigo que hasta entonces le ha perseguido, robado y herido grave y alevosamente muchas veces, á un enemigo cuyo puñal solo se le cayó de las manos cuando las alargó para coger la cantidad que generoso y magnánimo él le regala; ¿qué os parece, no será este acto mayor que los dos antes mencionados? Á buen seguro que si entre nosotros hubiera un cristiano que hiciera un acto tan heroico, seria celebrado por todo el mundo; se hablaria de él en las reuniones, tertulias y corrillos; se ocuparian de él los periódicos, y lo enaltecerian hasta las estrellas. Tan clara es esta comparacion, que su aplicacion se hace por sí misma. Bien conoceis que el criar Dios el universo está indicado en el señor que plantó el jardin. No fue mas que un acto de la voluntad omnipotente de Dios; nada le costó, como tampoco el dar la gloria al justo amigo suyo. Pero el perdonar al pecador ingrato é indigno, y concederle su gracia que vale mas que toda la naturaleza junta; esto sí que es grande, esto sí que manifiesta la omnipotencia de Dios, como dice la Iglesia santa en una de sus colectas: *Deus qui omnipotentiam tuam parcendo maxime, et miserando manifestas. Ó Dios, que manifestas tu omnipotentia principalmente perdonando y teniendo misericordia.*

7. En tres cosas principalmente veo brillar la omnipotencia de Dios. En la creacion del universo, en la institucion de la Eucaristía, y en la institucion del sacramento de la Penitencia. En la creacion obra la omnipotencia de Dios sacando de la nada todas las cosas, y con tanta facilidad, que hasta que hable y todas las cosas quedan hechas; basta que mande y todas las cosas quedan criadas. *Ipsé dixit*, dice el Profeta, *et facta sunt;—ipse mandavit, et creata sunt.* (Psalm. CXLVIII, 5). El Dios omnipotente dice : *Fiat lux*, haya luz; y al instante la luz ya existe. Manda que lo que antes no existia exista, y al momento empieza á existir lo que antes era nada. Y añade el Profeta : *Statuit ea in æternum, et in sæculum sæculi; præceptum posuit, et non præteribit.* (Ibid. 6). Estableció que siempre permaneciesen, y no á la manera de los cuerpos inferiores que nacen y desaparecen ó mueren, sino que siempre continuasen.

La segunda cosa en que brilla la omnipotencia de Dios es la institucion de la Eucaristía, ó la consagracion. En la creacion, de la nada sacó todo lo que existe; y en la consagracion, lo que antes era pan y vino pasa á tener ser eucarístico, ó ser el mismo cuerpo y sangre de Jesucristo bajo las apariencias ó accidentes de pan y vino. En la creacion *dijo*, y las cosas quedaron hechas, y duran siempre mas; en la consagracion Jesucristo *dijo* en la noche de la cena, *dice* actualmente por boca de los sacerdotes, y *dirá* por boca de los que vendrán y se sucederán estas palabras : *Hoc est enim corpus meum*, y Jesucristo perseverará, estará continuamente entre los hombres en este mundo hasta la consumacion de los siglos.

La tercera cosa en que brilla todavía mas la omnipotencia de Dios es en la absolucion del pecador. En la creacion, de la nada saca las cosas : en la consagracion, la sustancia del pan y vino la convierte en la sustancia de su cuerpo y sangre; pero en la absolucion, *de un impío hace un justo*. Un impío ó pecador en algun modo es menos que nada, porque menos mal es no ser que pecar, y mejor seria no haber nacido que ser condenado, como dijo Jesucristo mismo hablando de Judas. Pues este pecador, en virtud de las palabras que dice el sacerdote autorizado por Jesucristo Dios y hombre verdadero : *Ego te absolvo à peccatis tuis*, pasa á ser justo, pasa á ser participante de la gracia de Dios, de la naturaleza de Dios, de la gloria de Dios, y será eternamente feliz con Dios si persevera. Así pues, Dios *habló* en la creacion; *habla* en la consagracion, y *habla* tambien en la absolucion del pecador. En la creacion, habla Dios y las cosas toman ser. En la consagracion habla el sacerdote en

nombre de Jesucristo, Dios y hombre verdadero, y ahí está el cuerpo y sangre del mismo Jesucristo. En la absolucion habla el sacerdote en virtud de las facultades que recibió de Jesucristo, y al momento el mismo Dios borra al pecador sus iniquidades, como lo asegura el mismo por el profeta Isaias: Yo soy, yo mismo soy quien borra tus iniquidades, cuando tú te confiesas bien con el sacerdote, á quien yo he facultado y hace mis veces.

8. Esta omnipotencia de Dios la reconoce el pecador cuando se presenta con un corazon contrito y humillado delante del Padre confesor, lo mismo que el hijo pródigo, de quien dice san Lucas (xv, 18) que exclamó entre sollozos y lágrimas: *Pater, peccavi in cœlum et coram te.* ¡Ay Padre mio! yo, ingrato, he pecado en tu presencia, contra tí y contra el cielo. Entonces reza el *Confiteor Deo*: «Yo «pecador me confieso á Dios todopoderoso... Reparad bien, dice «Dios todopoderoso, y luego añade: y á la bienaventurada siempre «Virgen María, al bienaventurado san Miguel arcángel, á san Juan «Bautista, á los santos apóstoles san Pedro y san Pablo, á todos los «Santos y á vos padre (este es el Padre confesor), que pequé gravemente con el pensamiento, palabra y obra, por mi culpa, por «mi culpa, por mi gravísima culpa...» Notad, amadísimos hermanos, esta palabra «pequé» *peccavi*, que como dice san Ambrosio: *Tres enim syllabæ sunt PECCAVI, sed in his tribus syllabis flamma sacrificii cordis ejus in cœlum ascendit.* En estas tres sílabas están contenidos los tres actos del penitente que se arrepiente bien, que son: *oris confessio*, *cordis contritio*, *et operis satisfactio*, la confesion de boca, la contricion del corazon y la satisfaccion de la obra. De estas tres sílabas «*peccavi*» arranca la llama en que se consume la víctima del corazon contrito y humillado, que Dios nunca desprecia; llama cuya luz llega hasta el cielo, y cuya víctima levantada hasta al trono del Altísimo es aceptada en olor de suavidad, porque Dios no quiere la muerte eterna del pecador, sino que se convierta, que viva ahora en gracia, y despues en gloria allá en el cielo. ¡Qué alegría y contento tiene el mismo Dios cuando ve á un pecador que se confiesa bien! ¡Ah! su alegría es mayor que la que tuvo la mujer cuando halló la dracma perdida; su gozo mayor que el que tuvo el pastor que halló y cargó con la oveja perdida, y su placer mayor que el que tuvo el buen padre de familias cuando, vuelto á su casa aquel hijo pródigo que ya contaba perdido y muerto, lo apretaba entre sus brazos y le besaba los labios que acababan de pronunciar la confesion de sus pecados: *Pater, peccavi!*...

9. Con esto entenderéis claramente la doctrina del sagrado concilio de Trento que dice (*ses. 6, c. 7*) que la causa final de la justificación del pecador, es la gloria de Dios y de Jesucristo nuestro divino Redentor. Todas las cosas ha criado Dios para su honra y gloria, y por esto todas le alaban y sirven, menos el hombre cuando peca que vuelve las espaldas á Dios, se aparta de Dios, desprecia á Dios por una cosa caduca, por una cosa criada. En esta aversion, dice santo Tomás, consiste la infinita malicia que encierra el pecado ó la accion del pecador (*Sup. 3 p., q. 6, a. 2 ad 2*); y por esto cuando se convierte tiene necesidad de otro, porque de su parte la satisfaccion es finita, y necesita un remedio infinito para curar la infinita malicia del pecado. Por eso dijo san Lucas (xxiv, 46): Era necesario que el Cristo padeciese y que resucitase de entre los muertos al tercer dia, y en nombre suyo se predicase la penitencia y el perdón de los pecados á todas las naciones. — Y como explican los expositores, por los méritos infinitos de la vida, pasion, muerte y resurreccion de Jesucristo se da á los pecadores el espíritu de arrepentimiento y de penitencia, y á los sacerdotes el espíritu de remision de los pecados que oyeren en confesion. No hay, pues, duda que es de grande honor y gloria para Dios y Jesucristo el que las gentes se aprovechen de este remedio de tanto valor, que tanto costó á Jesucristo, y consigan así la libertad y la salud. Grande honor fue para el patriarca Abraham arrancar de las manos de los cuatro reyes enemigos á su primo Lot, á toda su gente y á todo el pueblo con todas sus riquezas, cuando se los llevaban presos y cautivos; pero mas honor es para Jesucristo el librar de las garras de los leones y enemigos infernales á las gentes que son imágenes suyas, criaturas suyas destinadas para el cielo, cuando los demonjos las arrastran hácia los infiernos amarradas con las cadenas de los vicios. Por medio de la absolucion sacramental que pronuncia Jesucristo por boca del sacerdote quedan hechas pedazos las cadenas esas, y el cristiano, libre y lleno de reconocimiento, exclama: *Dirupisti vincula mea, tibi sacrificabo hostiam laudis*. ¡Ay Señor! habeis roto las cadenas de mis pecados con que los enemigos tenian amarrada mi alma; ya estoy libre; yo os sacrificaré una hostia perenne de alabanza; yo eternamente cantaré vuestras misericordias.

Honor es, sin duda, para el médico la muchedumbre de los enfermos curados; y sube de punto su honor cuando los enfermos curados adolecian de enfermedades de sí incurables é inveteradas, y estaban desahuciados ya de los médicos. Así son las enfermedades es-

pirituales, nadie las cura sino Jesucristo, nadie puede curarlas sino por Jesucristo, de cuya sangre se formó la mística piscina del sacramento de la Penitencia en que se cura toda especie de enfermedades. Los médicos corporales exigen paga, pero Jesucristo cura gratuitamente, y aun pregunta á cada pecador si quiere curar: *Vis sanus fieri?* Y para que no se excusase diciendo; *hominem non habeo*, el mismo Dios se hizo hombre, y en su ausencia puso el sacerdote que es hombre, para que le ayude á entrar en la piscina de la Penitencia y consiga la salud, aunque su enfermedad fuere naturalmente incurable y envejecida de veinte y ocho años. Todos estos curados y resucitados serán de grandísima gloria para Dios y para Jesucristo. Por esto dice el cardenal Hugo que la confesion del pecador pertenece á la gloria del que perdona: *Confessio peccatoris pertinet ad gloriam peccata dimittentis*. ¡Ah! si entre vosotros hubiera alguno que no se quisiese confesar por orgullo, por vergüenza, por pereza ó por cualquier otra causa, le diria las mismas palabras que Josué dijo á Achan (VII, 19): *Fili mi, da gloriam Domino Deo Israel, et confitere*. Hijo mio, confiéstate, confiéstate, hijo mio, da esta gloria al Señor Dios de Israel. Dale esta gloria, no aumentes con un nuevo desprecio el desprecio que pecando has hecho de Dios. Si hubiera en esta parroquia un enfermo de gravedad sin esperanza de vida, y se presentara un médico caritativo y sábio, que con el remedio eficaz en la mano le ofreciese *gratis* la salud, y el enfermo no le quisiera tomar ni escuchar la voz del celoso médico, ¿no seria el mayor desprecio que del médico podria recibir, no seria el mayor bochorno que el médico podria reportar del ingrato enfermo? Tal es, pues, la ingratitud del pecador que no se confiesa luego; tal es el desprecio que hace de Dios y de Nuestro Señor Jesucristo. Pero si se confiesa, le da honor y gloria, como se la da al médico el enfermo curado.

10. El que se confiesa bien, no solo da gloria á Dios y honra á Jesucristo, sino tambien gozo á María santísima, á los Ángeles del cielo y Santos de la gloria. El mismo Jesucristo dice que habrá mas gozo y alegría en el cielo el dia en que se convertirá de veras un pecador, el dia en que hará una buena confesion, que la que resulta de la perseverancia de los justos. Esta alegría que tendrán los cortesanos del cielo por la conversion del pecador, la están indicando con mucha claridad las parábolas que Jesucristo puso en su santo Evangelio. ¡Qué alegría no hubo en toda la casa del padre de familias el dia en que volvió á ella el hijo pródigo! ¡Qué go-

zo en la casa y vecindario en donde vivian las amigas de la mujer que halló la dracma perdida! ¡Cuán presto desapareció el llanto y vino la alegría á la casa del príncipe de la Sinagoga al ver la hija muerta resucitada! ¡Cómo se alegraría la viuda de Naim al ver á su hijo resucitado! ¡Qué placer no seria para Marta y María el ver á su hermano vuelto á la vida! Ya, pues, que María santísima es nuestra madre, los Ángeles y Santos del cielo nuestros hermanos y hermanas, ¡qué alegría no será la suya, qué placer, qué gozo no tendrán cuando verán que por medio del sacramento de la Penitencia resucitamos de la muerte á la vida, que del infierno nos dirigimos al cielo donde con ellos alabaremos á Dios por toda la eternidad! ¿Y si no nos hubiéramos confesado? ¡Ah! entonces les contristaríamos condenándonos, y maldeciríamos á Dios entre las llamas de aquel fuego que nunca se extinguirá, ruidos del gusano de la propia conciencia, que nunca morirá, y nos recordará que si somos condenados lo somos por nuestra culpa; que en nuestra mano estaba el remedio; que nada nos costaba sino el quererlo recibir, y que por nuestra culpa, por nuestro orgullo, por nuestra pereza y flojedad le abandonamos.

11. La confesion libra del suplicio del infierno, y para que se vea mas clara la eficacia de la confesion sacramental, me valdré de la comparacion de la confesion civil. El juez sabe, ó tiene sospechas bien fundadas de que fulano cometió un crimen de lesa Majestad, de que asesinó á un personaje Real. Al momento le manda prender, sin consideracion ninguna, y aunque se halle en medio de una plaza y á las doce del dia le manda amarrar, y con la mayor seguridad y bochorno es conducido á la cárcel y colocado en un calabozo enteramente incomunicado. Á su tiempo, el juez le toma las declaraciones con mil preguntas, á veces bien cavilosas, y algunas quizás indebidas cuando no injustas. Con ellas consigue el juez que el reo confiese finalmente su delito. ¿Pensais, por ventura, que con esta confesion el pobre reo conseguirá el que le suelten las cadenas, que le saquen de la cárcel y que le dejen ir libre y sin costas á su casa? Esto no lo hace el tribunal de justicia de los hombres; esto es propio y exclusivo del tribunal de la misericordia de Dios, que es el tribunal de la Penitencia ó la confesion sacramental. En el tribunal de la justicia de la tierra el pobre reo que confesó su delito se ve condenado á la muerte, es conducido al suplicio, y el verdugo públicamente ejecuta la sentencia. Hagamos la aplicacion: el pecador que pecó mortalmente cometió un crimen de lesa Majestad.



divina, ha vuelto á crucificar al Hijo de Dios, como dice san Pablo; el eterno Padre lo sabe, y en lugar de echarle á las cárceles del infierno, como tiene bien merecido, le aconseja, le manda que acuda al tribunal de la misericordia que tiene levantado sobre la tierra; en el sacramento de la Confesion, cuyo juez competente es el sacerdote ó confesor ministro suyo, hombre prudente y caritativo, le manda que le diga todos sus pecados y faltas, por muchos y grandes que sean; que no oculte nada, que no tema ni se confunda en decir la verdad, porque el momento de alcanzar el perdon es la confesion de los pecados, y el callarlos ó no confesarlos es acarrear la condenacion. Dios le ofrece el tribunal de la misericordia, que es la confesion sacramental, y el pecador la desprecia, no hace caso, no la recibe, ó por flojedad ó por incredulidad; entonces Dios le condena: *Qui non crediderit, jam judicatus est*, como dice Jesucristo.

Cada paso que va dando, al suplicio del infierno se va acercando. ¡Oh! si al que va al suplicio corporal le dijeran: oye, infeliz y desgraciado reo, si confiesas bien tus delitos, te soltarán y dejarán libre... ¡Ah! con qué prontitud y exactitud se confesaria! Pues este es nuestro caso. Pecador de fe muerta, ya estás condenado al suplicio del infierno; cada paso que vas dando, á este suplicio te vas acercando; oye la voz de Dios que te dice: ó confesion, ó condenacion!... si no te confiesas, te condenas por momentos; pero si te confiesas bien, perdonados quedarán todos tus pecados, te librarás de los eternos tormentos del infierno, y conseguirás la eterna gloria del cielo. ¡Oh bondad y misericordia de Dios!... ¿Quién será el que no se confesará? El cristiano que no se confiesa, preciso es decir que está loco.

12. Por medio de la confesion sacramental no solo el pecador consigue el perdon de todos sus pecados, y se libra de los suplicios del infierno, sino que como Dios es tan bondadoso, generoso y misericordioso, hace revivir en él todas las obras buenas que antes de pecar habia hecho, y por el pecado habian quedado amortiguadas, como dicen los teólogos. Entenderéis mejor esta doctrina tan interesante con lo que se lee en la historia de la antigua Roma. Cuando una vírgen Vestal habia cometido alguna falta contra la castidad, era sepultada viva con todos sus vestidos, con todas sus joyas y con toda la variedad de sus galas. Cuando un cristiano peca mortalmente, falta á la fidelidad que por tantos títulos debia guardar á Dios, nobilísimo Esposo de su alma, mereceria tambien ser sepultado en los

infiernos con todas las galas, joyas y adornos de las obras buenas que tenia, y de todas las virtudes en que se habia ejercitado. Pero Dios es tan bueno y misericordioso con el alma que se confiesa bien, que, no obstante de ser Esposo ofendido y ultrajado, se olvida de sus horrendas injurias, y vuelve á poner al alma adúltera en el mismo punto y aprecio en que antes la tenia, devolviéndole todos los despojos pasados, esto es, todos los hábitos buenos, todas las joyas de las virtudes, y todas las galas de las santas obras perdidas por la culpa, y por el pecado amortiguadas.

13. La confesion sacramental bien hecha hace revivir ó resucitar el alma que estaba muerta por el pecado; pues que así como el alma vivifica el cuerpo, así Dios vivifica el alma. Por esto dijo Moisés (*Deuter. xxx*): *Ipse est vita tua*; y Jesucristo dijo: *Ego sum via, veritas et vita*. Y el angélico doctor santo Tomás dice: Dios es la vida del alma por modo de causa eficiente; y el alma es vida del cuerpo por modo de causa formal. Entre la materia y la forma no hay medio, porque la forma por sí misma informa la materia; mas la causa eficiente, ó el agente, informa al sujeto no por su sustancia, sino por la forma que causa en la materia. Y hé aquí por qué decia san Agustín que Dios es mas vida del alma, que el alma lo es del cuerpo. Quisiera, amadísimos hermanos, que entendiérais bien esta verdad para apreciar, como se merece, el sacramento de la Penitencia que causa un efecto tan prodigioso como es el resucitar las almas muertas. Para mayor inteligencia observad qué es lo que pasa en un cuerpo que acaba de morir ó espirar. Tiene ojos, y no ve; tiene lengua, y no habla; tiene orejas, y no oye; tiene manos, y no obra; tiene piés, y no anda; es un cadáver, que quiere decir *caro data vermibus*, carne dada á los gusanos. El alma de un cristiano en pecado es tambien un alma muerta; es un cristiano medio vivo y medio muerto, vivo de cuerpo y muerto de alma; tiene ojos para ver las cosas corporales, pero no ve las espirituales, ni lee en los libros buenos; tiene lengua para hablar de mundo, pero no habla de Dios, de su alma, ni de su salvacion, ni tiene lengua para recibir la sagrada Comunión; tiene oído para escuchar chocarrerías y simplezas, pero no para oír la divina palabra, ni otras cosas buenas; tiene manos para los negocios temporales, pero no tiene manos ni obra los negocios espirituales, no hace limosnas ni otras obras de misericordia; tiene piés para andar á las diversiones, á las casas de juego, á las casas de perdicion; pero no va á la casa de Dios, ni anda por los caminos de la ley santa del Señor; vive vida de bruto, pero no

de cristiano ni de hombre. Mas apenas recibe, como debe, el santo sacramento de la Penitencia, cuando puede decirse de él lo que la santa Escritura dice del primer hombre, que queda hecho hombre con alma viviente. ¡ Oh santo y prodigioso Sacramento, que das vida á los muertos ! ¿ quién no te recibirá ? ¿ quién no procurará exhortar á los demás á que te reciban ? ¡ Ojalá abundaran mas y mas los verdaderos samaritanos que se compadecieran de tantos medio muertos pecadores robados, heridos y abandonados por los caminos de este destierro y valle de lágrimas !...

14. El sacramento de la Penitencia no solo nos libra de todos estos males y miserias, sino que nos proporciona muchísimos y grandes bienes. Causa en nosotros la gracia, que vale mas que todo el universo, como dice el evangélico doctor santo Tomás : *Bonum gratiæ unius est melius quam bonum naturæ totius universi.* (1, 2, q. 113, a. 9 ad 2). Y la razon es, porque la gracia termina al bien eterno de la divina participacion, y por este lado es infinito el bien ; mientras que cuanto hay en la naturaleza es un bien mudable, finido y limitado. Dice el cardenal Cayetano en este mismo artículo : Dia y noche y continuamente tendrás delante de los ojos esta doctrina de santo Tomás, para que veas el inminente peligro de condenacion en que se halla aquel cristiano que no hace caso de un bien tan grande que el Señor le ofrece, cual es la gracia santificante. Al efecto Jesucristo instituyó los sacramentos de Bautismo y Penitencia para limpiar nuestra alma del pecado original y de los pecados personales, y vestirla con la estola de la gracia. Al momento que se presenta el catecúmeno para el Bautismo, ó el cristiano que pecó, pero ya contrito y humillado cual otro hijo pródigo al tribunal de la Penitencia, el Dios de las misericordias, Padre de toda consolacion, manda á sus ministros y dice : *Traed presto aquí el vestido mas precioso que hay en casa, y ponédsele ; ponédle un anillo en el dedo, y calzadle las sandalias.* Esta gracia es el vestido preparado que entrega á todos los convidados á las bodas que Dios, Rey de reyes, celebra para su Hijo. ¡ Dichoso el que anda vestido y adornado con él ! ¡ desgraciado, empero, el que lo desprecia ó no hace caso, y se presenta sin tal vestido ! Dios mandará amarrarle de manos y piés, y así atado, echarlo á las penas eternas del infierno, donde habrá tormentos y llanto y crujir de dientes !...

Con este vestido Dios habia adornado á nuestros padres Adán y Eva ; mas por el pecado que cometieron se vieron desnudos. ¡ Oh qué confusion la suya al verse en tal estado !... Se escondieron... se

taparon como pudieron con hojas de higuera; pero inútiles fueron todas estas diligencias, hasta que confesaron su pecado y Dios les vistió su cuerpo con la piel de cordero y su alma con la gracia santificante. ¡Oh pecador, si te vieras como estás!... Delante de Dios, de la Virgen, de los Ángeles y de los Santos andas desnudo, ¿y no te avergüenzas? ¿no te escondes? ¿no te cubres?... Haz una buena confesion como Adan y Eva, como el hijo pródigo, y verás como se te vestirá el vestido riquísimo de la gracia; se te pondrá el anillo de las obras buenas, el calzado de los buenos caminos en que andarás. Esto lo conseguirás por medio de la confesion verdadera de todos tus pecados, y sin ella serán inútiles todas tus diligencias y cuidados, como sucedió á Adan y á Eva. Solo la confesion es la que trae tanto bien.

15. Esta gracia que causa el sacramento de la Penitencia nos hace amigos de Dios. Entre los hombres se aprecia mucho el ser amigo de un gran rey ó emperador, ya por lo mucho que hay que esperar y que temer de un tal personaje; ya tambien por el honor que resulta de tal amistad; pues bien, el sacramento de la Penitencia nos proporciona una amistad fina y verdadera con Dios, que es Rey de reyes y Señor de señores, de quien hay tanto que esperar por ser bonísimo y riquísimo, y de quien hay tanto que temer porque es poderosísimo y justísimo. Un rey terreno si no nos ama, si nos persigue, podremos tal vez marcharnos á otro reino, donde él no tenga poder ninguno; pero del poder de Dios no podemos escapar, porque su inmensidad lo llena todo. Un rey terreno, aunque nos coja y atormente, lo mas que podrá hacer será quitarnos la vida del cuerpo, con esto acabó ya todo su poder; pero Dios es tan poderoso que puede quitar la vida del cuerpo, y despues echar alma y cuerpo á los infiernos, y mandar atormentarlos por toda la eternidad. Ahora pues, si tanto se teme incurrir en la indignacion de un rey, porque puede castigar, ¿por qué no temerémos la indignacion de Dios, Rey de reyes? Cuando un vasallo ve que el rey, á quien ha ofendido, irritado le busca, y que ya le tiene cerrados todos los caminos, que ya no puede escapar, no le queda otro remedio que humillarse y pedirle perdon. Hé aquí, cristiano, la conducta que debes tú seguir, humillarte, arrepentirte y confesarte bien, porque Dios tiene cerrados todos tus caminos; no le escaparás; tú caerás en sus poderosas manos, cosa que es terrible, segun dice san Pablo. Él no tiene por qué apurarse para cogerte y castigarte, como hace un rey de la tierra, que tiene poco tiempo para mandar y gobernar, y

debe aprovechar los momentos ; pero á Dios ninguna cosa le precisa ; siempre será Rey , y como dice Tertuliano , tiene una eternidad de tiempo para castigarte. ¿Y á este Dios no temerás? ¿y no te procurarás su amistad ó gracia , por medio de una buena confesion?

Lo que hace subir de punto la bondad y misericordia del Señor, es el modo con que perdona. Si el marido perdona á su esposa infiel; si el rey perdona á su vasallo desleal , quizás no habrá mas amor entre uno y otro : tal vez dirá el ofendido : harlo he hecho con perdonar el agravio ; ¿amar?... eso es ya demasiado... que se vaya... que se quite de mis ojos... una me ha hecho, no me hará segunda... no me fio mas de él; conozco su mala inclinacion. Así es como esmezquina la misericordia de los hombres. Pero Dios, que es la misma bondad, que es riquísimo en misericordia : *Miserationes ejus super omnia opera ejus* (Psalm. CXLIV), no obstante que conoce nuestra malicia, la inclinacion que tenemos al mal, el peligro de una nueva traicion, nada le detiene ; nos busca , nos convida con su amistad y gracia, llama á la puerta de nuestro corazon para entrar en él luego que se lo abramos , á la manera que el sol que da á una casa cuya puerta está cerrada y que entra tan pronto se la abren. Nunca se pierde el hombre por faltarle Dios. Al convidado sin vestido nupcial, le llama amigo : *Amice* ; á Judas, en el huerto , le llama amigo : *Amice, ad quid venisti?* Es verdad que uno y otro no eran amigos, sino enemigos, pero para que entendieran que si no eran amigos no era de Dios la culpa sino de ellos mismos, como dice el Señor por el profeta Oseas (XIII, 9) : *Tu perdition, ó pecador, viene de tí mismo ; y solo de mí tu socorro.* Mas el pecador que es fiel á la voz de Dios, que cual otro Zaqueo al oír que Jesucristo le dice : Zaqueo, baja, es conveniente á tu felicidad que yo venga á tu casa ; verá como él la salud que le ha entrado por las puertas de su casa á él y á toda su familia. No obstante de ser este un gran pecador , se ve convertido en un fervoroso discípulo y amigo del Señor ; hace limosnas con la mayor generosidad , y Jesús le da pruebas de la mas distinguida predileccion. Lo mismo vemos en el hijo pródigo , en la Magdalena , en san Pedro, quienes si bien tuvieron la fragilidad y miseria de pecar, acudieron pronto al arrepentimiento, y Jesucristo no solo les perdonó, sino que les concedió gracia tan grande, que manifiesta claramente el mayor amor que les tiene. Hé aquí, pecador, el modo de conseguir la gracia y amistad del Señor : un buen arrepentimiento , una buena confesion.

16. Por medio del santo sacramento de la Penitencia Dios nuestro Señor nos da la *gracia* y la *caridad*. Y segun santo Tomás y el cardenal Cayetano, estas dos cosas se distinguen en esto, que la *gracia* es el principio de *ser* en la naturaleza divina participada; y la *caridad* es el principio de *obrar* segun la naturaleza divina participada tambien. De lo que se sigue claramente que, por medio de una confesion bien hecha, venimos á ser hijos de Dios los que ántes por el pecado éramos hijos del diablo, por habernos procurado una existencia sin esta gracia, sin esta caridad, como es la que tiene el mismo diablo que es llamado ángel ó alma racional sin gracia, sin caridad. Cuando Jesucristo se despedia de sus amados discípulos, que estaban limpios de pecado, les decia: Yo subo á los cielos; yo voy *ad Patrem meum, et Patrem vestrum*, á mi Padre, y á vuestro Padre. Voy á prepararos el lugar que habeis de tener allá en la gloria del cielo, y reinaréis conmigo por toda la eternidad. En el dia del juicio vosotros juzgaréis y condenaréis conmigo á los cristianos orgullosos que no habrán querido humillarse á confesar sus pecados á uno de vosotros, y entonces todo el mundo presenciara sus miserias, sus debilidades, sus malicias, sus delitos y pecados, y su condenacion á los suplicios eternos. Á la verdad nos admirariamos muchísimo de que un gran rey, á quien uno de sus vasallos ha ofendido y agraviado mucho y gravemente, solo porque este vasallo se humilla y le pide perdon, faese él tan bondadoso y misericordioso, que no solo le perdonase el delito, sino tambien la pena que merecia, y adoptándole además por hijo suyo, é hijo muy querido, le hiciese heredero de sus dominios y propiedades, con la voluntad expresa de que juzgara y reinara con él y como él. Esta generosidad que se nos hace inconcebible en un rey terreno, es cabalmente lo que hace el Rey del cielo en el instante mismo en que el pecador hace una buena confesion. ¡Oh bondad y misericordia de Dios! ¡quién no te admirará! ¡quién no te alabará! Ya conozco ahora la razon por que el Profeta dice que allá en el cielo el pecador cantará eternamente las misericordias del Señor: *Misericordias Domini in æternum cantabo*. ¡Oh penitencia! ¡oh confesion! ¡oh llaves con que se abren las puertas del cielo!...

17. Á mas de estos bienes tan grandes que alcanza el pecador por medio de una buena confesion, se enriquece de méritos por las muchas virtudes en que se ejercita cuando recibe el sacramento de la Penitencia. El cristiano cuando peca, obra como hombre miserable, y despues de haber pecado, esconde su delito, lo calla, lo excusa por su innata soberbia é interna hipocresía, como hombre é

hijo del hombre pecador Adan, que así lo hizo; mas el que confiesa su pecado, si bien lo habia cometido como hombre flaco, da ahora á entender que es mas que hombre, que es un héroe; y el mayor elogio que de sí mismo puede hacerse, es el haberse humillado, como el santo Apóstol se gloriaba en la humildad de la cruz, y como el santo Job se gloriaba en la humildad de la confesion, diciendo: *¿Si, por ventura, he hecho yo como suelen hacer los hombres, si encubrí mi pecado, y oclulté en mi pecho mi maldad?* (Job, xxxi, 33).

El cristiano de veras arrepentido se confiesa bien, nada oculta, nada encubre, nada excusa, todo lo dice con franqueza y fortaleza, y á veces, dice san Gregorio, no se necesita menos fortaleza para confesar el pecado cometido, que la que habia menester para rechazar la tentacion y no cometerle. Muchas son las virtudes que practica el cristiano cuando se confiesa: referirémos algunas. Ejercita la virtud de la *fe*, creyendo firmemente que la facultad de perdonar pecados es un poder de solo Dios, pero que Dios, deseoso de nuestra salvacion, ha comunicado esta facultad á los sacerdotes, poniendo en sus manos las llaves del reino de los cielos, con las cuales abran sus puertas, para que de allá bajen las gracias y dones celestiales que justifican á los pecadores, y así justificados puedan entrar dentro á gozar del reino que se promete á los justos. — Ejercita la virtud de la *esperanza*; pues que espera que confesando bien sus pecados al Padre confesor, este le echará la absolucion, y Dios le concederá el perdon, le comunicará luego su gracia, y despues le dará la gloria del cielo. — Ejercita la *caridad*, doliéndose de haber ofendido á un Dios tan bueno, y desea amarle y servirle en lo sucesivo con todo su corazon y alma. — Ejercita la misma virtud para consigo mismo, librándose del pecado, que es el mayor mal del mundo, y de su castigo temporal y eterno; procurándose la gracia, que vale mas que el universo entero, y abriéndose paso para la eternidad feliz del cielo.

18. No solo el que se confiesa bien ejercita las virtudes teologales, *fe, esperanza y caridad*; sino tambien las morales cardinales que son *prudencia, justicia, fortaleza y templanza*. Ejercita la *prudencia*, tomando el camino de la penitencia para asegurar su salvacion, pues que es la mayor imprudencia y la mas grande temeridad querer vivir en pecado mortal y pretender salvarse; no aprovecharse de un remedio tan fácil, como es la confesion, para la cual no ha de pagar dinero, que puede hacer sano ó enfermo, de mañana ó de tarde, en ayunas ó despues de haber comido, en su parroquia ó fuera de ella. Jesucristo nos encarga que seamos prudentes como las

serpientes, y será prudente el pecador si á lo menos una vez en el año confiesa bien todos sus pecados, pues que por medio de la confesion dejará el pellejo viejo de los pecados que ha cometido en aquel año, y así imitará á la serpiente que cada año se desnuda del pellejo viejo. — Ejercita la virtud de la *justicia* para con Dios, para consigo mismo, y para con el prójimo. Para con Dios, porque le vuelve la gloria y la razon de último fin, que le habia quitado, pecando; para consigo mismo, reponiéndose en su lugar y estado, de que se habia apartado por el pecado; y para con el prójimo, restituyendo lo que le hubiese quitado, reparando los escándalos que habia dado, y edificando con su buen comportamiento, como es debido. — Ejercita la *fortaleza*, venciéndose á sí mismo, abatiendo su orgullo, y venciendo al demonio, que tanto trabaja para que los cristianos no se confiesen; venciendo á los aliados del demonio, que son los mundanos y malos cristianos que critican y persiguen á los que se confiesan. Notad aquí una cosa, amadísimos hermanos, y es que al paso que los que se confiesan dan pruebas de su fortaleza y valor, los que no se confiesan dan claramente á entender cuán viles y cobardes son, pues que se dejan vencer de sus pasiones viles, y se amedrentan de los espantajos del diablo y de sus secuaces. — Ejercitan la *templanza*, que es una virtud que refrena las pasiones. En efecto, la confesion es el específico mas á propósito para refrenar las pasiones, ya por la gracia que causa el Sacramento, ya por los consejos que da el confesor, ya por los remedios que le prescribe, ya tambien por las penitencias que le impone. — Ejercita la *humildad*, humillándose no solo delante de Dios, sino tambien delante de los hombres, descubriendo á sus ministros las cosas secretas que precisamente le han de causar confusion y vergüenza, abrazando esta humillacion por amor de Dios, y gustando de que los prójimos le tengan en el concepto, en que él se tiene, de pecador. — Ejercita la virtud de la *obediencia*, pues que la Iglesia nuestra madre nos manda confesar á lo menos una vez en el año; cuando se halla en peligro de muerte, y cuando se ha de recibir algun Sacramento de vivos. Por esto decia san Agustin que el sacramento de la Penitencia era la madre de todas las virtudes. *Pœnitentia, mater est omnium virtutum*. San Juan Crisóstomo asegura que la Penitencia es la madre de la misericordia y la maestra de las virtudes : *O Pœnitentia, misericordiæ mater, et magistra virtutum!* Y san Buenaventura afirma que el sacramento de la Penitencia alegra á los Ángeles, justifica al impío, recupera los bienes perdidos, da la vida eterna, y libra de las penas eternas :

Pœnitentiam angelos lætificat, impium justificat, amissa bona revocat, vitam æternam donat, et pœnam æternam vitat.

19. ¡Ay amadísimos hermanos! Cuanto mas considero el sacramento de la Penitencia, tanto mas admirado quedo, y tanto mas obligado me siento á dar gracias á Dios Nuestro Señor Jesucristo que lo ha instituido y conservado. Este Sacramento preserva de todos los males y trae todos los bienes al individuo, á la familia y á la sociedad entera. Si consideramos el individuo, debo deciros que el bruto lo tiene todo en la naturaleza, pero el hombre no; el hombre necesita fe y gracia: el hombre que es verdaderamente hombre, el hombre que es todo el hombre, esto es, que teme á Dios, guarda todos sus mandamientos, pues que si esto le falta, ya no es todo el hombre, le falta lo principal, que es la vida del alma. El hombre justo vive por la fe, y se alimenta de la gracia del Señor; necesita las lecciones de Dios, los movimientos de Dios, las gracias exteriores de Dios, como dijo el mismo Jesucristo: *Non in solo pane vivit homo; sed in omni verbo, quod procedit ex ore Dei.* (Matth. iv, 4). De lo que Dios dispone, v. g. pan, maná, etc., en cuanto al cuerpo, mas en cuanto al alma, Escrituras, Sacramentos y oracion. (*Cornelio Alápide*). Es claro y evidente que el hombre necesita el sacramento de la Penitencia ó confesion, pues que en la confesion de los pecados hay cierta cosa que sirve en gran manera para restablecer en el hombre la rectitud de corazon y la sinceridad de su conducta. Así como todo crimen es por su naturaleza una razon para cometer otro, así tambien toda confesion espontánea y buena es una razon para corregirse, tanto en el órden de la naturaleza, como en el órden de la gracia. La confesion, pues, salva igualmente al culpable de la desesperacion y de la obstinacion, supuesto que el crimen no puede reinar en el hombre sin conducirle á uno de estos dos extremos. El corazon del hombre es como una mina, y la confesion es la boca. Entre los Católicos la confesion es una abertura secreta que evita la explosion; ¡oh, cuántos suicidios se evitan por medio de la confesion! ¡Cuántas maldades se ahogan, apenas se conciben, si al momento se acude á este santo Sacramento, que tiene la gracia de perdonar los pecados pasados, preservar de los venideros, y hacer adquirir todas las virtudes! Así pues, la confesion sacramental es la muerte de todos los vicios, y la vida de todas las virtudes: es la mortificacion del egoismo, y el trabajo que produce el sacrificio. Es el remedio contra todas las malas inclinaciones, contra todas las miserias, todas las flaquezas, todas las debilidades del alma, y la garantía de

las intenciones puras, de los santos deseos y de los sentimientos generosos. Es la guarda de la fe, el apoyo de la esperanza, el estímulo incesante del amor divino, la maestra de la oracion, y el alimento de la verdadera piedad. Es la ablucion que poco á poco va borrando el hombre del hombre mismo, para no dejar en él mas que el cristiano que detesta toda injusticia, que cumple sus deberes, que huye el mal, que practica el bien, que se separa insensiblemente de la tierra y aspira al cielo. Todo esto constituye la perfeccion, constituye la santidad, el estado verdadero, el estado propio del hombre y el mas conforme á su naturaleza y á su destino, aun cuando no puede llegar á él por medios puramente humanos. Y, supuesto que esto no se realiza sino á proporcion que se acerca con mas ó menos frecuencia y con disposiciones mas ó menos perfectas á la confesion y á la comunión, clara es que la confesion sacramental es el medio poderoso de restablecer al hombre en las condiciones perfectas, que son las condiciones naturales de su ser. En prueba de esta verdad no alegaré la experiencia cotidiana, ni la razon, ni la autoridad de grandes hombres; solo me complaceré en referir lo que decia *Voltaire* cuando trataba de las Órdenes religiosas, y singularmente de las Hermanas de la Caridad: «Tal vez, dice, no hay nada mas grande sobre la tierra que el sacrificio que hace un sexo delicado de la belleza y de la juventud, y muchas veces del elevado nacimiento, para aliviar en los hospitales ese conjunto de todas las miserias humanas, cuya vista es tan humillante para el espíritu humano, y tan repugnante á nuestra delicadeza.» Pero ¿qué es lo que hace el prodigio de tanta fuerza de alma en esos frágiles cuerpos? ¿Qué es lo que sostiene á esas almas heroicas en esa altura de espíritu de sacrificio, que las hace objeto de la admiracion del mundo, y les merece los homenajes de la herejía y de la incredulidad mismas? Esto consiste en que esas admirables jóvenes confiesan y comulgan casi todos los dias. Quitadles la confesion, y su heroismo desaparecerá. Sin la fe y la práctica de estos grandes é inefables Sacramentos, de los que el uno purifica el alma, y el otro la fortalece con un alimento celestial, es imposible formar una *virgen cristiana* y elevarla á esa abnegacion tan sublime por sí misma, á esa perfeccion con que se consagra de dia y de noche, y en todo tiempo, al alivio y á la ventura de los demás sin otra paga ni recompensa, que la que se espera de Dios en el otro mundo. Es preciso decirlo, y decirlo muy alto, sin la recepcion frecuente de los sacramentos de Confesion y Eucaristía es imposible formar una sola hermana de la Caridad; es imposible formar la perfeccion

individual en todos estados, sexos y condiciones. Ó confesion, ó condenacion. Ó confesion frecuente, ó corrupcion individual.

20. Los efectos que la frecuente confesion produce en el individuo, estos mismos produce en la familia, y con mas ventajosas consecuencias, como es evidente. Cuando el padre de familias frecuenta los Sacramentos, es fiel á su consorte, es justo en sus contratos, es celoso en sus hijos y dependientes, es un hombre benéfico, caritativo, amigo de la paz, y la tiene en su casa y la procura en la de los vecinos; en una palabra, es un hombre sin vicios, y un modelo de virtudes; es un espejo en que se miran los hijos y los demás prójimos. Cuando la madre de familias frecuenta los Sacramentos, nunca falta á su esposo, ni le da la mas pequeña sospecha de infidelidad; le ama, le respeta y obedece como Dios manda. Cuida bien de sus hijos y de sus criados, y como la mujer fuerte de que habla Salomón, es vigilante, solícita y cuidadosa, y merece ser elogiada de sus hijos, de su esposo y de todos. Ella instruye á sus hijos y criados en la religion, en la piedad y en el deber; les acompaña á la iglesia para que se confiesen, dándoles ella misma ejemplo. ¡Oh, qué diferencia va de una familia en que el padre, la madre, los hijos y criados frecuentan los Sacramentos, á otra familia descuidada!... Mas de lo que va del dia á la noche; se distinguen como el cielo y el infierno. La familia que frecuenta los Sacramentos es, en efecto, como un cielo anticipado, y los individuos que la componen, son otros tantos santos y ángeles, mientras que la familia descuidada puede llamarse un infierno, y sus individuos demonios, ya que como los espíritus malos se hallan en pecado, y con ellos tendrán que estar en los infiernos á quemar por toda la eternidad.

21. No solamente el individuo y la familia, sino la sociedad ó Estado mismo, dice Belarmino, recibe ventajas inmensas de la práctica de la confesion auricular. En este tribunal secreto de la conciencia, por medio de ciertas palabras que el sacerdote pronuncia destruye una infinidad de desórdenes que los magistrados en el fuero externo no pueden corregir de modo alguno. Por este medio, sin ruido ni violencia los bienes usurpados son restituidos, los contratos injustos anulados, las ofensas graves son perdonadas, los enemigos irreconciliables se abrazan, los vínculos peligrosos se rompen, un número prodigioso de agravios se perdonan, se evitan grandes escándalos, y el orden y la paz pública se conservan. El mismo *Rousseau*, aunque protestante é incrédulo, dijo de la confesion católica: « ¡Qué de res-tituciones, qué de reparaciones no se hacen por medio de la con-

«fesion entre los Católicos!...» En efecto, dadme un país donde todos se confiesen bien, y se confiesen con frecuencia, y yo os prometo que veréis renovado en él el prodigio de la integridad de costumbres de los primeros siglos del Cristianismo, el prodigio que en estos últimos tiempos ha ofrecido el Paraguay al principio de su conversion al Cristianismo, y las nuevas iglesias de la Oceania antes de relajarse con el contacto de los europeos; el prodigio de un pueblo santo, en el que el crimen y aun la mas pequeña mentira era desconocida, y todas las disputas que se originaban se transigian al momento en presencia y por la autoridad del sacerdote. En un país de esta especie no se necesitaria aumentar el número de salvaguardias, ni el de mozos de la escuadra; tampoco habria necesidad de ensanchar las cárceles, ni de emplear la mitad de la poblacion en gobernar y contener en su deber á la otra mitad... y (lo que es peor todavía) sin poder conseguirlo, como nos consta por una bien triste experiencia. Desengañarse, decia el protestante lord Fitz, es imposible establecer entre los hombres de una manera sólida la justicia y la moral sin la confesion. Y para que veais mas claramente los daños que se siguen á la sociedad entera de quitar ó no usar la confesion, os referiré las mismas palabras del heresiarca *Lutero*. Dice así: «Apenas hemos comenzado á predicar nuestra secta, cuando se ve en todo el país una terrible revolucion de cismas y de sectas, y la ruina mas completa de la moralidad y del órden. La licencia y toda clase de vicios y de torpezas se ven hoy en mas alto grado que se vieron jamás. El pueblo, contenido otras veces en el deber, no conoce ahora freno, y vive como el caballo indómito, sin reserva ni pudor, á merced de sus mas groseros placeres.» Y en otro lugar dice: «El mundo se hace cada vez mas malo, mas impio y mas descarado. Los rústicos, los plebeyos y los nobles, la gente de todos estados, desde el mas grande al mas pequeño, están entregados todos á la avaricia, á la intemperancia, á la crápula, á la deshonestidad, á los desórdenes mas vergonzosos, á las pasiones mas abominables.» Así es como el jefe de la *Reforma* deploraba los funestos efectos de su obra en un sermon que predicaba en el año de 1553, en su *iglesia patriarcal* de Wittemberg.

Permitidme que os refiera ahora lo que decia Andrés Muskulus, el mas fogoso campeón de Lutero: «Nosotros los Protestantes hemos cambiado hasta nuestras disposiciones naturales, hasta nuestra propia naturaleza; así es que somos humanos, benéficos y caritativos los unos con los otros, poco mas ó menos como las bestias feroces

«en los bosques; nadie se interesa ya por su prójimo, nadie ama mas que á sí mismo; ni cuenta mas que consigo mismo, y hay motivo para dudar si ha quedado todavía en nosotros una sola gota de sangre verdaderamente humana.» Otro se exclama en estos términos: «Echad una ojeada sobre los negocios y tratos ordinarios... y no veréis mas que avaricia, egoismo y rapacidad. Hoy no reina mas que la plata. Se disputa, se destruye y se arruina por adquirirla. Se ha estudiado tanto sobre los modos de adquirir y gozar, que se ha perdido hasta el sentimiento de la vergüenza y del oprobio.» Todos estos males y desgracias provinieron del desprecio que hicieron de la confesion sacramental. De ahí es que los luteranos de Nuremberga quedaron tan espantados de la multitud de crímenes que se cometieron tan luego como se abolió la confesion auricular, que enviaron una embajada al emperador Cárlos V, para suplicarle que se dignase restablecer por medio de un edicto el uso de la confesion sacramental. Y los ministros de Strasburgo emitieron el mismo voto en un memorial que en el año de 1670 presentaron al magistrado.

22. Y no solo los gobernantes han conocido la utilidad y necesidad de la confesion para la buena gobernacion solicitándola y pidiéndola en consecuencia; sino tambien los médicos para la salud de los enfermos. Hé aquí las palabras que dicen cuando hablan de la utilidad de este santo Sacramento: ¡Cuántas afecciones nerviosas no se experimentan por razon de que los enfermos, faltos de confidentes íntimos que les consuelen, buscan en vano sufocar los remordimientos que martirizan su conciencia! Atormentados de continuo por la memoria de sus faltas, se consumen bajo el peso de alguna de estas afecciones, por poco que su organizacion se halle dispuesta. ¡Cuántas personas, tal vez sin que lo advierta el médico, solo sufren por hallarse privadas de la facultad de deponer en el seno de un ministro de paz la declaracion de algunas faltas, á veces muy leves, pero que no obstante su corazon virtuoso les recuerda con amargura! No hay enfermedades mas obstinadas, y que mas resistan á los remedios del arte, que aquellas que provienen de una moral afectada. La confesion, pues, seria en estos casos bastante frecuentes un remedio auxiliar, mas útil de lo que se cree, como lo enseña la experiencia... Es tambien la confesion utilísima á la salud de los jóvenes, porque ella les obliga á llevar una vida mas arreglada. De este modo evitan mas fácilmente los desórdenes y los excesos que destruyen las fuentes de la vida, y de donde nacen la mayor parte de las enfermedades, y

no pocas muertes prematuras. Si desde la entrada en el libertinaje confesase francamente el joven sus desvíos, con la firme resolución de no volver á ellos, tendria un medio poderoso para corregir sus malos hábitos y practicar la virtud. De aquí se seguiria que su vida dejaria de ser licenciosa, y por consiguiente los desarreglos infames, los deleites mortíferos dejarian de minar su salud, causándole enfermedades que en breve tiempo se hallan fuera de los alcances del arte. El médico tendria la satisfaccion de curar mas á menudo, y la sociedad la de adquirir mas frecuentemente hombres útiles. De lo mismo infiere el doctor Ami, médico protestante, que la confesion es importante aun á los mismos médicos.

23. Acabais de oir, amadisimos hermanos, de qué males tan grandes nos preserva y libra el sacramento de la Penitencia, y qué bienes y utilidades tan prodigiosas nos trae, y la facilidad con que se puede recibir este Sacramento. Si alguno de vosotros pretende alcanzar del rey ó reina el perdon de algun delito que ha cometido, ó alguna gracia que necesita, se verá precisado á hacer gastos, á emprender viajes, y quizás en vano; pero para recibir este Sacramento, en que siempre se alcanza lo que se pretende, si se dispone bien, no es menester hacer gasto ninguno, ni tampoco se han de emprender viajes. Si Dios hubiese dispuesto que solo el Sumo Pontífice pudiese absolver y perdonar los pecados, no hay duda que nos veríamos precisados á ir á Roma para conseguir el perdon; pero el Señor es tan bueno y tan misericordioso, y desca tanto que el cristiano se convierta y confiese luego, que en su misma poblacion le ha puesto sacerdotes y confesores para que le oigan en penitencia.

¿Qué cosa mas á mano puedes, pues, tener, ó pecador? Mas pronto hallarás un sacerdote para confesarte, que una botica de remedios para curarte; para la medicina has de pagar, y para la confesion no. Fácil te es la confesion, dice el Señeri Juniore, pues que para confesarte bien bastan dos cosas, *boca* y *corazon*. *Boca* con que digas todos tus pecados, examinándoles de antemano para que no te quede ninguno sin confesar; y *corazon*, quiere decir que tengas dolor y pena de haber pecado, con un propósito de no pecar mas, tomando aquellos remedios, consejos y preceptos que te dará el Padre confesor para destruir enteramente el pecado pasado, y precaverte de él en lo venidero. ¿Puede darse cosa mas sencilla y mas fácil que esto, *boca* y *corazon*? Pues para que no tengas excusas, Dios quiere concurrir con su gracia, te quiere llevar á hombros como la oveja perdida; solo espera, de tí el que te oiga balar. Como oveja perdida,

díle, pues, con corazón contrito y humillado : *Erravi sicut ovis quæ perii*, he errado, Señor, como una oveja descarriada he andado errante. Ven, Señor, á buscar á tu siervo; sácame, Señor, de este precipicio. Puedes valerte también de la intercesión de María santísima, que, como buena Pastora, sacará tu alma de las fauces del lobo infernal, y, para más obligarla, rézale siete *Padre nuestros* y siete *Ave Marias* en memoria de sus siete dolores á fin de que te alcance dolor de haber pecado. Tú, de tu parte, coopera á la gracia que Dios te dará, y que María te alcanzará de la bondad y misericordia del Señor, valiéndote de esta sencilla reflexión y comparación : Si un hijo, preocupado de la ira, ó de otra pasión, diera un golpe, ó disparara una pistola y matara á su padre... ¡qué sorpresa!... ¡qué pena!... cuando, vuelto en sí, ve que ha muerto á su padre,... á un padre tan bueno, y que tanto le amaba!... ¡Ah! el infeliz ve que no solo ha ofendido, muerto y perdido á su querido padre, sino que conoce además que, por ley, debe ser privado de la herencia y condenado al patíbulo!... ¡Qué motivos tan poderosos de dolor para este desgraciado hijo! ¡Ay, pecador que me escuchas! *tu es ille vir*. Tú eres ese hijo desgraciado; tú, preocupado de la pasión de la lujuria, de la codicia, de la soberbia,... has pecado, has muerto á tu Padre, en cuanto ha sido de tu parte; has vuelto á crucificar á Jesucristo. Ahí está muerto en esa cruz, míralo bien!... Con tus malos pensamientos le has clavado esas espinas; con tus palabras de maldición, de juramentos falsos, de blasfemia, de torpeza y murmuración, has abrevado los labios de Jesús con hiel y vinagre; con tus robos, acciones torpes y malos pasos en la casa del juego, de la mujer mala, has traspasado las manos y pies del Señor; con tus odios y rencores le has pasado el corazón, y con tus placeres corporales le has puesto de pies á cabeza como un leproso. Míralo aquí bañado en sangre, que ni tiene figura de hombre!... Pues bien, ese es tu Padre, y Padre tan bueno...

24. ¡Ay de tí! pecador, ¡ay de tí! que la justicia divina te busca para aplicarte la pena correspondiente. Te quitará la herencia del cielo, y la dará á otro... Á tí te condenará al suplicio del infierno... ¡ay de tí!... ¿Y por qué has cometido tan gran maldad?... por una nonada... ¡Oh, qué motivos de arrepentimiento!... Piensa, pecador, en las penas del infierno que has merecido, de que te has hecho reo por tus pecados. Esta verdad de fe ha sido común en todas las naciones y tiempos. Dios ha querido que esta aterradora verdad, que existe un infierno eterno para los pecadores, anduviera siempre, co-

mo la sombra del cuerpo, al lado del hombre inclinado al mal continuamente desde muy joven. Dios ha opuesto á las pasiones y á la temeridad del crimen esa barrera verdaderamente horrorosa y espantosa, cual es la pena eterna del infierno preparada para los demonios y para los hombres que les siguen ó imitan. Todas las naciones, por una constante y nunca interrumpida tradicion, creyeron siempre que las ofensas que se hacen á Dios, quebrantando sus leyes, nunca quedan impunes; que, tarde ó temprano, siempre Dios las castiga. De ahí es que los que habian pecado, siempre andaban con miedo... siempre estaban discurriendo qué podrian hacer para aplacar la justa indignacion de Dios. No solo los hebreos, sino los mismos gentiles creyeron lo que despues enseñó el apóstol san Pablo, que sin la efusion de sangre no habia remision de los pecados; por eso sacrificaban tantos animales, y los gentiles aun víctimas humanas. Los católicos, empero, ofrecemos á Dios Padre la Víctima inmaculada, su Hijo preciosísimo, cuya sangre no pide venganza, como la de Abel, sino piedad, clemencia y misericordia, obteniéndola á favor de los mismos que se la hicieron derramar con sus crímenes y pecados. Este mismo Hijo de Dios es el cordero sin mancha que quita los pecados del mundo, y al efecto instituyó los santos Sacramentos, que son como canales por donde corre su sangre y se nos aplican sus merecimientos, que son de infinito valor, tan pronto como los recibimos bien dispuestos.

25. ¿Quién es capaz de explicar lo que siente el pecador que se confiesa, en el momento en que el Padre confesor le echa la absolucion? ¡Ay!... le parece que le quitan de encima un monte que le estaba oprimiendo y ahogando. Ahora ya respira con franqueza;... le parece que siente circular una nueva sangre por sus venas;... ya no siente los remordimientos de sus pecados, que como buitres devoradores le roian las entrañas;... ya han desaparecido los temores del infierno que le despedazaban el corazon;... ya de en medio de tantas espinas que le punzaban dia y noche, han salido hermosas y fragantes rosas que le embalsaman su alma, y es tan grande el placer que interiormente siente, que no puede contenerse en el breve recinto de su seno... ¡es necesario que salga fuera, que se derrame y destile por sus ojos!... ¡Qué lágrimas tan dulces! ¡Ah! lo son mas que todos los placeres de los teatros, bailes y deleites carnales!... Así lo experimentaba y decia san Agustin: *Dulciores mihi sunt lacrymæ penitentiae quam gaudia theatrorum*. Cual otro hijo pródigo que vuelve á la casa de su padre, y ve y oye la música y la fiesta que su

buen padre hace, así el pecador que se confiesa bien, al recibir la absolucion del Padre confesor, le parece que está viendo la fiesta grande que están celebrando los Ángeles del cielo; le parece que oye como los Ángeles le dicen: *Mortuus in peccatis descendisti; ascendisti vivificatus in justitia*, como asegura san Ambrosio: has venido al Sacramento, muerto por tus pecados, y te has levantado vivificado en la justicia. ¡Ay, pecador, qué dicha es la tuya cuando recibes bien dispuesto la absolucion!... Como si nacieras en aquel momento, así te miran los Ángeles; así se alegran ellos, y se felicitan mutuamente por tu nacimiento, y se dicen: *puer natus est nobis*. Te sucede en algun modo lo que pasó en la transfiguracion del Señor en el Tabor; cuando te acercabas al sacramento de la Penitencia con un corazon contrito y humillado decias: *Lavabis me, et super nivem dealbabor*; me lavaréis, Señor, y quedaré mas blanco que la nieve. En efecto, así ha sucedido; apenas el Padre confesor te ha echado la absolucion, cuando tu alma ha quedado vestida con el vestido nupcial de la gracia, mas blanco que la nieve; el semblante de tu alma ha llegado á ser mas resplandeciente que el sol: *Fulgebunt iusti sicut sol*. El Espirita Santo en forma de nube llueve y derrama gracias en abundancia sobre tu corazon. Jesucristo te comunica sus merecimientos, gracias y virtudes, tomándote por hermano y coheredero del reino del cielo. El eterno Padre hace sentir su voz, que con el acento mas tierno de un padre te dice: este es un hijo mio querido en quien tengo mis complacencias; *oide*... porque tan pronto como un penitente se convierte de veras, todo se convierte en lenguas para alabar á Dios, y desea que todos conozcan y amen á Dios, como lo vemos en la Samaritana que, luego de convertida, de mujer mala pasó á ser apóstol fervoroso de Jesucristo. Y así como en el Tabor quiso este que asistieran los tres apóstoles mas amados, en quienes estaban personificadas las tres virtudes teologales, así tambien en la absolucion Jesucristo te comunica y te hace participante de la fe de san Pedro, de la esperanza de Santiago, y de la caridad de san Juan. ¡Oh, qué dicha es la tuya, pecador, cuando te confiesas! ¡Ah! feliz y mil veces feliz si sabes sobreponerte á tí mismo y á todos los obstáculos que te impiden ó entorpecen el confesarte! ¡Dichoso tú si sabes aprovecharte, y aprovecharte luego de este santo sacramento de la Penitencia, por medio del cual te preservarás de males gravísimos é irremediables; por su medio te librarás de las penas del infierno; por su medio te vendrán las mas grandes riquezas, te vendrá la gracia, que vale mas que todo el universo; conseguirás la gloria, que te

hará feliz por toda la eternidad ; practicarás las virtudes , que serán para tí de mucho honor allá en el cielo!...

26. « Ya ves , pues , pecador , cuán reprehensible has sido hasta aquí de no haber hecho caso de este santo Sacramento. Dí , pues , con toda la efusion de tu corazon : ¡ Oh Sacramento antiguo y siempre nuevo , cuán tarde te conocí ! Mas ya que ahora te conozco , yo te recibiré , y te recibiré luego y con frecuencia. ¡ Ay , Señor ! perdonad mi negligencia , excusad mi ignorancia ; ya os doy palabra , Señor , que me confesaré ; ya empiezo á pedir os perdon de todos mis pecados ; ya os digo de todo mi corazon... Señor mío Jesucristo , etc.

APUNTES Y EJEMPLOS DEL SERMON II.

Elogios del sacramento de la Penitencia.

Uno de los medios mas legítimos , mas poderosos y mas suaves , para dar á la vida del hombre una direccion conforme á los principios de la sana moral , es sin duda el sacramento de la Penitencia. Accion legítima , porque legítima es la comunicacion directa , íntima de la conciencia del hombre , de la conciencia que debe ser juzgada por Dios , con la conciencia de aquel que hace las veces de Dios. Accion poderosa , porque establecida la íntima comunicacion de hombre con hombre , de alma con alma , se identifican por decirlo así los pensamientos y los afectos , y ausente todo testigo que no sea el mismo Dios , las amonestaciones tienen mas fuerza , los mandatos mas autoridad , y los mismos consejos penetran mejor hasta al fondo del alma , con mas uncion y mas dulzura. Accion suave , porque supone la espontánea manifestacion de la conciencia que se trata de dirigir , manifestacion que trae su origen de un precepto , pero que no puede ser arrancada por la violencia , supuesto que solo Dios puede ser el juez competente de su sinceridad. Suave , repito , porque obligado el ministro al mas estricto secreto , y tomadas por la Iglesia todas las precauciones imaginables para precaver la revelacion , puede el hombre descansar tranquilo con la seguridad de que serán fielmente guardados los arcanos de su conciencia. (*D. Thom. 2* , pág. 166).

Ministro de la Penitencia.

No tiene el ministro ninguna garantía ó estímulo temporal.

1. No tiene limosna , estipendio , ni otro donativo , como en la misa , predicacion , canto ú otras funciones del ministerio.

2. Su ocupacion es oculta y humilde, y así no le puede estimular el deseo ó gusto de brillar y lucir su erudicion, y de ser aplaudido y alabado.

3. No es de ningun gusto temporal ó corporal, al contrario de mucho disgusto y molestia. Un hombre aficionado al estudio tendrá que privarse de las horas mas á propósito, cuales son las de la mañana, y en lugar de poder estar en el aposento, tendrá que estar en el confesonario largas horas, sufriendo á veces frio, calor, sed, y otras mil molestias físicas.

Sin contar las molestias que á menudo hay que sufrir de parte de muchos penitentes ignorantes, rústicos, pobres, enfermos, moribundos, quizás con peligro de contagiarse y de mil otras molestias. Los fieles que están esperando su turno, quizás se cansarán de estar allí una hora, el dia en que van á confesar: y el Padre confesor ha de estar en el confesonario muchas horas y cada dia. Ya veis, pues, que en lugar de ser algun gusto para el ministro, es únicamente ocasion de cotidianos sacrificios. Por esto observaréis que solamente los mas fervorosos sacerdotes, animados de una verdadera caridad, son los que se dedican á oir confesiones, y los menos fervorosos ó no se sientan en el confesonario, ó si se sientan es pocas veces, poco rato, y cuando no pueden excusarse, porque naturalmente esto no gusta á nadie, ni tienen todos valor para hacer este costoso sacrificio.

El sacerdote que recibe la confesion sacramental, mientras recibe esta confesion no es hombre como los demás, sino que es un ministro de Jesucristo, y el dispensador de los misterios de Dios segun san Pablo. (*San Juan Crisóstomo*, pág. 108).

Naturalidad de la Confesion.

El sacramento de la Penitencia es un Sacramento divino, instituido por Jesucristo, y que no podia ser imaginado ni instituido sino por Dios.

Es Sacramento sobrenatural, pero no es contra la naturaleza del hombre, sino lo mas conforme á ella.

Nada es, en efecto, mas conforme á la naturaleza del hombre moral que el desembarazarse por la confesion del crimen que pesa sobre su alma; así como nada es mas conforme á la naturaleza del hombre físico que vomitar la ponzoña que corroe sus entrañas.

Nada es mas conforme á la naturaleza de Dios, infinitamente bueno y misericordioso, que conceder el perdon al pecador en recom-

pensa de la confesion voluntaria que hace de todos sus pecados en presencia de otro hombre que hace las veces de Dios, como es el sacerdote su ministro. Aun vemos entre los hombres que cuando uno ofendió á otro, si el ofendido es hombre bueno, fácilmente perdona al ofensor que reconoce la falta, se humilla y le pide perdon.

Por manera que la confesion es el remedio mas propio, el mas homogéneo para el hombre que ha pecado, es la institucion mas natural. (*Orígenes*).

Es el mas conforme á la naturaleza del hombre pecador. El hombre peca por orgullo y por placer. La confesion le da el remedio mas oportuno por la humildad y confusion que trae, y por el dolor y pesar que debe tener de haber ofendido á Dios.

Prior est auctoritas imperantis, quam utilitas servientis. Bonum est pœnitere, an non? quid revolvis? Deus præcipit. (*Tertul.*).

Oportunidad del remedio con la enfermedad.

Dios ha criado de la tierra los medicamentos, y el varon prudente no los desprecia.

Los necios son quienes los desprecian, porque los hallan ingratos al paladar y les revuelven el estómago; pero los miserables ignoran que una breve pena y mal gusto que experimentan en el corto tiempo de tomar la medicina, les quitará una pena aguda y duradera de la enfermedad librándoles quizás de la muerte.

El Altísimo para curar las enfermedades del cuerpo, que es de tierra, de la tierra formó la medicina; el varon prudente la toma y el necio no: le tiene horror.

El mismo Altísimo para curar al hombre, que es cuerpo y alma, ha formado la medicina de los méritos de Jesucristo, que es Dios y hombre, y ha confeccionado y colocado las dosis en los Sacramentos, que curan de las enfermedades del alma, remordimientos de conciencia y de la muerte eterna, preservándonos de ser sepultados en el infierno como el rico Epulon.

El varon prudente recibe luego los Sacramentos, singularmente la Penitencia, aunque el amor propio y orgullo lo hallen algun tanto repugnante; pero el hombre imprudente no lo recibe, ó muy tarde, y en esto manifiesta su imprudencia, porque no escoge el medio para conseguir el fin de su creacion.

Efectos de la confesion.

¿Sabeis por qué nadie quiere confesar sus vicios? Porque quiere continuar en ellos, supuesto que confesar los vicios es curarse de ellos.

El hombre que ha cometido un pecado, cuanto mas lo confiesa verdadera y voluntariamente, tanto mas se desembaraza de este pecado, como una serpiente de su vieja piel. (*Mr. De Maistre*). *Estote prudentes sicut serpentes.* (Matth. x, 16).

El pecado es un veneno, y por la confesion se arroja.

El corazon del hombre es como una mina, y la confesion es la boca.

Entre los Católicos la confesion es una abertura secreta que evita la explosion. ¡Oh, cuántos suicidios se evitan por la confesion!... ¡Cuántas maldades se ahogan, apenas se conciben, si al momento se acude á este santo Sacramento, que tiene la gracia de perdonar los pecados pasados, preservar de los venideros, y de adquirir todas las virtudes!

Si se quita la confesion, desaparecerá la fortaleza de los mártires, la constancia en las vírgenes, y la perseverancia de los justos.

La confesion sacramental es la muerte de todos los vicios, y la vida de todas las virtudes.

La confesion sacramental es la ablucion ó laboratorio que poco á poco va borrando el hombre viejo y le hace nuevo, un verdadero cristiano que detesta la injusticia, que cumple con sus deberes, que huye del mal, practica el bien, que se separa de la tierra y aspira al cielo.

La confesion sacramental es la transformacion del *yo humano* en el *yo divino*, como dice san Pablo: *vivo ego, jam non ego*.

Dice Jacob Andrés, doctor protestante: En vez de ayunar, nuestros Luteranos comen y beben dia y noche: en vez de aliviar á los pobres, acaban de despojarles: en vez de orar, blasfeman, y mas que los turcos (p. 212). Quitada la confesion, ó no practicada, empieza la calentura, y luego una sed insaciable de oro, plata y de destinos, y nadie está contento con su suerte: un furor de lujo, de espectáculos y placeres, la intolerancia del orden, la relajacion de todos los vínculos sociales, la deshonestidad de vida, la idolatría de la carne, y la corrupcion general de las costumbres (p. 245).

Los católicos que no se confiesan, son como aquellos enfermos de

tercianas, que tienen la quina á su disposicion y no la toman, y por esto no se les quitan las calenturas (p. 247); y así vienen á tener y conservar las calenturas de los Protestantes.

Dice Tertuliano : Yo creo que muchos pecadores cuidan mas de su pudor que de su salvacion ; procuran sustraerse á esta manifestacion de sí mismos, ó diferirla de dia en dia. Estos son como aquellos enfermos que no quieren manifestar á los médicos sus enfermedades secretas y que perecen antes que sufrir un poco de vergüenza. Pero, ¿qué es una pequeña confusion, cuando se trata de satisfacer al Señor á quien se ha ofendido, y asegurar la obra de salvacion que se halla comprometida? Bello pudor por cierto el que lleva la frente erguida cuando se trata de cometer el mal, y no es tímido sino cuando se trata de repararlo (p. 330).

Idem. Por otra parte, ninguna ventaja promete al pudor la ocultacion del pecado ; porque con este silencio solo podemos ocultarlo al hombre, mas no á Dios... ¿No vale mas descubrir nuestra conciencia y recibir la absolucion, que callar y ser condenados?

Un enfermo se deja cortar, quemar y atormentar, y aun para esto da dinero ; y para el alma ¿qué se debe hacer? ¿qué se debe sufrir?

Tertuliano : Si os sentís tentados de sustraeros á la confesion, pensad en el infierno, cuyo fuego apaga la confesion, y os sentiréis con valor para sufrir este remedio en razon á la grandeza de la pena de que os libra. Muchos animales, á pesar de ser irracionales, recurren cuando tienen necesidad á los remedios que la Providencia divina les ha proporcionado. Y ¿por qué el pecador, siendo racional, ha de despreciar la confesion que el Señor ha establecido, y que es la única que puede restituirle la gracia, como en otro tiempo restituyó su reino al rey de Babilonia Nabucodonosor? (p. 333).

EJEMPLOS.

1. Un gran pecador, habiéndose hecho suma violencia para hacer á san Francisco de Sales una confesion general, detallándole todos sus pecados é innumerables extravíos de su juventud, halló el Santo muy bien hecha la confesion y declaracion del pecador, y le manifestó quedar muy contento y satisfecho. Entonces el penitente le dijo : ¡ Ab! V. me habla de este modo para consolarme, pero en el fondo de su corazon ¿es posible que ame á tan gran pecador?— El Santo le respondió : Despues que habeis recibido la absolucion

yo seria un verdadero fariseo si mirase á V. como á un pecador. Me parece V. mas blanco que la nieve, y semejante á Naaman saliendo del Jordan. Á mas de esto yo me hallo obligado á amarle á V. muy particularmente, viendo la dileccion y confianza que Dios le ha dado para conmigo. Yo le considero como un hijo que acabo de engendrar en Jesucristo.

En cuanto á la estimacion, esta es igual al amor que le tengo. De vaso de ignominia, le veo cambiado en vaso de honor y de santificacion, por obra de la mano del Altísimo. Nuestro Señor, despues del pecado de san Pedro, no cambió por esto el designio que tenia de establecerle sobre toda su Iglesia, porque mas atendió á sus lágrimas que á su caída; mas á su arrepentimiento que á su pecado; por último, yo seria muy insensible si no tomase parte en la alegría que ahora reina entre los Ángeles por la purificacion y mudanza del corazon de V. Créame V.: las lágrimas que he visto brotar de sus ojos han hecho sobre mi alma lo que hace el agua de los herreros que en vez de extinguir el fuego de sus hornos, lo enciende aun mas. ¡Oh! cómo no he de amar á un corazon que al presente ama á este Dios de infinita bondad!

Este penitente se fué tan satisfecho, que despues no tenia mayor delicia que el confesarse con frecuencia. (*Esp. de san Francisco de Sales*, part. 10).

Reflexiones y aplicaciones sobre este ejemplo.

2. Ejemplo de la Reina de Francia en la cárcel. María Antonieta, despues de guillotinado el rey su esposo, Luis XVI, fue metida en una fria y húmeda cárcel. Una alma mundana, una alma sin fe ni religion hubiera hallado allí la desesperacion; pero esta señora verdaderamente cristiana halló la paz, la resignacion y la conformidad á la voluntad de Dios por medio de la confesion sacramental. La esposa del carcelero, por el amor que tenia á la infeliz Reina, se dió maña, é intrépida entró en el profundo calabozo, le propuso el confesarse, y la buena señora le contestó que sí, y que seria el mayor obsequio que le podia hacer el traerle allí un sacerdote para confesarse; le trae el Sr. Magnien, cura de San German, quien oyó la confesion de la augusta prisionera.

El dia siguiente la cárcel se convirtió en oratorio, y el sacerdote celebró allí la santa misa. Al llegar á la comunion, la Reina se acercó hasta el altar, y en el momento en que iba á recibir á su divino

Salvador, sus ojos derramaron copiosas lágrimas de ternura, amor y confianza... Los dos guardias testigos de este espectáculo tan tierno de tal manera se sintieron conmovidos, que se postraron á los piés del santo sacerdote, é hicieron confesion de todos sus pecados.

3. Ejemplo. Alegría que causa la confesion. Un oficial de caballería, habiendo en uno de sus viajes pasado por un lugar donde el P. Brydaine hacia mision, tuvo la curiosidad de ir á oír un predicador de tanta fama. Entró cabalmente en la iglesia en el momento en que el misionero despues de los ejercicios de la noche explicaba la utilidad y método de hacer una buena confesion. El militar, conmovido, forma al instante la resolucion de confesarse : habla con el Padre y se confiesa. Habiendo hecho su confesion con sentimientos de un verdadero penitente, dijo que le parecia que le habian quitado de encima un peso insoportable. El dia que tuvo la dicha de recibir la absolucion, salió del tribunal de la Penitencia derramando copiosas lágrimas. Nada le era tan dulce, decia, como estas lágrimas que brotaban de sus ojos sin esfuerzo, por amor y por reconocimiento. Al dirigirse aquel santo sacerdote á la sacristía, el militar le siguió, y allí en presencia de varios sacerdotes explicó del modo siguiente los sentimientos de que se hallaba animado. «Señores, y particularmente V. P. Brydaine, óiganme, les suplico : en mi vida jamás he gustado placeres tan puros y tan dulces como los que experimento desde que me hallo en gracia del Señor por medio de la confesion. Verdaderamente no creo que Luis XV, á quien he servido por espacio de treinta y seis años, sea mas feliz que yo. «No, este Príncipe ni con todo el brillo que circuye su trono, ni con la multitud de placeres que le rodean, no está tan contento ni tan alegre como yo lo estoy desde que he depuesto la horrible carga «de mis pecados.»

4. La confesion es remedio para la salud corporal.

El célebre médico Tissot administraba en Lausana los auxilios de su arte á una señorita extranjera, cuya enfermedad llegó luego á un punto muy alarmante. Instruida de su peligroso estado, y atormentada por el pesar de perder tan pronto la vida, se abandonó la señorita á violentas agitaciones y á arrebatos de desesperacion. El médico opinó que estos nuevos sacudimientos abreviarían todavía mas pronto el término de su vida, y segun costumbre avisó que era preciso administrarle los auxilios de la Religion. Llamaron, pues, á un sacerdote ; la enferma escuchó y recibió, como á único bien que le quedaba, las palabras de consuelo que le dirige. Al momento se

tranquiliza, se ocupa de Dios y de sus intereses eternos, recibe los Sacramentos con grande edificacion, y el dia siguiente por la mañana el médico la encuentra en un estado de paz y de calma que le admira; halla disminucion en la calentura, los síntomas presentan un aspecto de mejoría, y presto cesó la enfermedad, y la señorita se puso buena, sana y robusta luego. Tissot, que era protestante, se complacia en referir este hecho, y exclamaba con admiracion: *¡Cuán poderosa es la fuerza de la confesion entre los Católicos!...*

En la parroquia del Cobre de la isla de Cuba, en que por razon de las minas hay muchos ingleses, hay un médico protestante para los mismos ingleses. A veces los católicos le llaman en sus enfermedades, y este médico (cosa extraña) es mas solícito de que sus enfermos reciban luego los Sacramentos, que los médicos católicos, porque le consta por experiencia la mejoría que luego experimentan los enfermos despues que han recibido los Sacramentos.

Ejemplos de malas confesiones.

Cain puede servir de ejemplo de aquellos que preguntados por el Padre confesor, callan sus pecados. (*Genes. iv, 9*).

Ananias y Safira pueden servir de escarmiento para aquellos que, preguntados por el Padre confesor, confiesan algunos y esconden otros. (*Act. v, 2*).

Ejemplos del Camino recto sobre lo mismo.

Esau puede servir para aquellos que van á confesar, y guardan en su corazon el odio ó rencor á alguna persona: así como Esau tenia odio á su hermano Jacob, y no consiguió la bendicion ni la herencia de su padre Isaac. (*Genes. xxvii, 37*).

Antíoco puede servir para aquellos que no tienen sino dolor natural de sus pecados, con el cual no alcanzan el perdon.

El que desee mas ejemplos los hallará en el libro de la Divinidad de la confesion, escrito por D. Mario Aubert, — (en el Pastor en su visita).

ESQUELETO DEL SERMON I

DE LA MUERTE.

*In omnibus operibus tuis memorare novissima tua,
et in aeternum non peccabis. (Eccli. vii, 40).*

En todas tus obras acuérdate de tus postrimerías, y
jamás pecarás.

1. El pensar en los novísimos es la mejor guía.
2. Porque no se piensa... ¡Cuánto importa pensar en ellos!
3. Los frutos que produciría en nosotros el pensar en la muerte.
4. La muerte es la salida del mundo y la entrada en la eternidad.

Primera parte : La muerte termina todo lo transitorio.

5. Empezamos á vivir, y ya empezamos también á morir. Rapidez de la vida.
6. Vendrá la muerte... última enfermedad... aviso...
7. ¡Sorpresa!... Descripción de la última enfermedad y de la muerte.
8. Reflexion y aplicacion... Colocacion del cadáver en el sepulcro.
9. Sepulcro abierto... Se llama aquí á los viciosos para que vean.

Segunda parte : La muerte da principio á la eternidad.

10. Entrada en la eternidad... feliz ó infeliz!!!...
 11. Se llama á los pecadores... respuesta... ¡infelices!...
 12. Un pequé!... un momento!... ¿y cuándo?... ¿y para qué?
 13. Á veces ni hay tal momento... Supongo que sí... ¿y un momento para disponerse?... ¿y quién?... no un inocente, sino un rico, un juez, un comerciante, un soldado, una mujer, un pecador?...
 14. ¿Qué pretendes?... la gracia, la gloria... ¡ay de ellos que no les queda sino el infierno eterno!
 15. Imprimid, Señor, en sus entendimientos...
- Acto de contricion.

SERMON I

SOBRE LA MUERTE.

*In omnibus operibus tuis memorare novissima tua,
et in æternum non peccabis. (Eccli. vii, 40).*

En todas tus obras acuérdate de tus postrimerias, y
jamás pecarás.

1. Pluguiese al cielo, católicos, que grabadas profundamente estas palabras en nuestra alma, permaneciesen presentes siempre en nuestra memoria. No tendríamos necesidad de otra guía para dirigir constantemente nuestros pasos por el camino de la virtud. Nuestras mas rebeldes é indómitas pasiones se sujetarian y amansarian á la vista de aquel momento terrible que, dando fin al curso de nuestra vida mortal, nos ha de arrojar en la eternidad.

2. Así seria sin duda, mis amados oyentes; pero nos sucede por nuestra desgracia que, como vivimos habituados y como pegados á esta vida terrena, no pensamos sino con dificultad y con pena en aquel momento espantoso que la ha de concluir; y como por otra parte no sabemos la suerte que nos ha de caber en la eternidad, miramos con horror aquel terrible momento que la ha de comenzar; pero no, mis amados, no nos dejemos llevar de una delicadeza mal entendida. Entreguémonos al pensamiento de la muerte por nuestro propio interés. Procuremos llenarnos del temor santo que naturalmente inspira. No recelemos temer demasiado. Recelemos no temer lo bastante. Cuanto mas temamos al presente, menos tendremos que temer en adelante. Lo que verdaderamente debe estremecernos no es el pensar en la muerte, sino el morir sin haber sido guiados por este saludable pensamiento. ¡Ah! si él fijase su residencia cotidiana en nuestra memoria, otra seria nuestra conducta. Se humillaria nuestra soberbia, se sujetarian á la razon nuestras pasiones, se acibararian nuestros apetitos, á los vicios sucederian las virtudes, y nuestra reforma vendria á ser general y completa.

3. Tales serian sin duda los frutos que produciria en nosotros el pensamiento cotidiano de la muerte; porque ¿cómo podria fijar el hombre su atencion en aquel terrible momento que le ha de separar del

mundo y sus encantos, sin mirar con cierto tédio á este mismo mundo que ni le ha de acompañar al sepulcro, ni ha de dejar en su co-razon otra cosa que la pena y el desconsuelo de haberle amado y servido? ¡Qué! ¿se representará la podre y los gusanos en que se ha de convertir su carne, sin mirarla con el desprecio que merece, sin tratarla con el rigor que piden sus atrevimientos y sin arrepentirse de sus criminales condescendencias? ¿Echará una sola ojeada hácia la eternidad que le espera sin estremecerse, sin formar mil propósitos de mudar de vida, de hacer penitencia y de prepararse por todos los medios posibles para entrar en ella? No por cierto, esto no es posible; y ved aquí en lo que se fundaba el gran Padre de la Iglesia san Ambrosio para desear tanto que nos hiciéramos familiar y cotidiano el pensamiento de la muerte. Acostumbrémonos, decia el Santo, á morir todos los dias, y no tendrá cabida en nosotros el pecado. *Sit nobis quotidianus quidam usus moriendi.*

4. Llevado tambien yo de este mismo deseo, vengo preparado y determinado á hablaros en este dia de tan saludable recuerdo. Os haré una relacion cicunstanciada de la muerte y de sus terribles consecuencias. Digo terribles consecuencias, *porque la muerte ha de acabar con lo que somos temporalmente y principiar lo que hemos de ser eternamente.* Y ved aquí ya mi discurso dividido naturalmente en dos partes. *En la primera haré una viva pintura de nuestra salida de esta vida temporal, y en la segunda de nuestra entrada en la eternidad.* Vos, Dios mio, habeis dicho que nos acordemos de nuestras postrimerías, y que jamás pecarémos. Imprimid, Señor, en lo mas íntimo de nuestra alma esta verdad para que nunca pequemos; y Vos, Virgen sin pecado, alcanzadnos esta gracia de vuestro querido Hijo. Así os lo suplicamos, saludándoos con las palabras del Ángel: *Ave María.*

Primera parte.

5. Con razon se ha dicho que cuando principiamos á vivir, principiamos tambien á morir. Apenas nos dejamos ver sobre la tierra, cuando la debilidad de nuestra naturaleza nos deja caer en el sepulcro. Este mundo, en el que tanto procuramos fijarnos, no es para nosotros sino un país extranjero, por donde pasamos aceleradamente á la eternidad. Cuando dormimos, nos vamos acercando á ella con igual velocidad que cuando corremos, y la vida del octogenario apenas se distingue de la del niño, que es trasladado de la cuna al sepulcro. Tanta es la brevedad de nuestra vida. Por esto los

Libros santos la comparán ya á una flor que nace en la mañana y á la tarde cae marchita y se seca; ya á un correo que va en posla; ya á un humo que se disipa; y ya, en fin, á una sombra fugitiva que aparece y desaparece cási al mismo tiempo. *Et fugit sicut umbra.*

6. En vista de esta brevedad de nuestra vida, bien podemos decir que siempre estamos á las puertas de la muerte, y que de uno á otro momento vamos á entrar y sepultarnos en sus pavorosas sombras. ¡Momento terrible! pero momento inevitable. Llegará, cristianos, y no tardará en llegar para cada uno de nosotros, un día, una hora, un momento, que será el último de nuestros momentos, y al que solo sucederá nuestra eternidad. Por mas salud que disfrutemos, por mas robustos que seamos, cuando estemos acaso mas descuidados, nos asaltará la muerte, y, á no ser que nos sorprenda, como tantas veces sucede, fuera de nuestra casa, entraremos por última vez en ella para no volver á salir sino arrastrados por manos ajenas. Entonces nuestra postrera enfermedad, si no es de aquellas que arrojan en un momento al hombre en el sepulcro, comenzará nuestra destruccion para acabarla por nuestra total ruina. Se agravará de dia en dia, y acaso de hora en hora: se hará cada vez mas peligrosa y temible; y nuestros asistentes, al ver sus mortales aparatos, llegarán á desconfiar de nuestra vida. Entonces afligidos, temblando y quizás llorando, se acercarán á nuestra cabecera, y con un tono compasivo y cariñoso al mismo tiempo nos advertirán que es preciso que nos dispongamos para morir y dar cuenta á Jesucristo.

7. ¡Oh Dios mio! ¡Qué nueva esta para un corazon enamorado del mundo! ¡qué noticia para quien contaba todavía con muchos años de vida! mas sobre todo, ¡qué anuncio tan espantoso para el alma pecadora! pero no hay arbitrio. Llegó el tiempo de la partida, y es preciso caminar. Nuestra enfermedad se agravará cada vez mas hasta llegar al extremo, y entonces el pulso se retira, el color se pierde y un sudor frio va cubriendo nuestro semblante. Comienzan los parasismos y se van menudeando. Entorpecense los sentidos, y la respiracion se apaga por momentos. Se nos eclipsarán y pondrán vidriados los ojos. Se nos afilarán las narices y se abrirán por sí mismas. Se encogerán y pondrán cárdenos los labios, y se descubrirán los dientes con horror. Dejará de palpar nuestro corazon, se nos anudará la garganta, y con una congoja mortal cesará nuestro ronquido. Aquí ya llegó la muerte. Erízanse los cabellos. Encógense todos los miembros, estremécese y retiembla todo el cuerpo y comienza la agonía. Ábrese la boca desmedida y espantosamente y vuelve

á cerrarse. Pasan algunos momentos y vuelve á abrirse y cerrarse, causando mayor espanto. Al fin se abre para no volver á cerrarse. Rómpense todas las ataduras, y rechina todo el cuerpo, como edificio que va á desplomarse, y con esto se desprende de él su alma, dejándole tendido en la cama de la muerte, descuadrado, convertido en un cadáver y hecho el espanto de los vivos y el compañero de los muertos.

8. ¡Amados de mi alma! ¡Qué escena tan temerosa! ¿Y no es esto lo que inevitable y prontamente ha de suceder á cada uno de nosotros? ¿Y será posible que á su vista aun no nos desengañemos? ¿Seguiremos todavía engolfados en un mundo que estamos para perder todos los días? ¿Condescenderemos aun con una carne que va á morir y podrirse? ¿Continuaremos por mas tiempo en el funesto olvido de nuestra salvacion? Esta catástrofe tan terrible y espantosa, como cierta y cercana, ¿no nos despertará de nuestro letargo? ¿no refrenará nuestras pasiones? ¿no sujetará á la razon nuestros apetitos? Esta catástrofe que acaba con todos los gustos, con todos los deleites y tambien con todos los delitos del pecador ¿no estremece rá su corazon? ¿no le reducirá á penitencia? Esta catástrofe... pero no cortemos el hilo de nuestra última y temerosa historia. Preparan luego nuestro sepulcro. Aquel sepulcro que nos está esperando desde que nacimos, le abrirán; nos arrojarán en él; nos cubrirán, como á porfia, con tierra, huesos, calaveras y restos de otros muertos para impedir el hedor que arrojamós. Tal será nuestro sepulcro, á no ser que nos encierren en una cueva pavorosa, donde sobre los horrores que acabamos de referir, se añada el peligro de que sean deramados por los campos nuestros huesos, si ya no lo son nuestros cuerpos. Pero sea que nos sepulten en la tierra ó en las cavernas, ellos se retirarán, y nosotros quedaremos entregados al olvido sempiterno de los muertos. *Tamquam mortui sempiterni*. ¡Espantoso paradero del hombre! mas paradero inevitable.

9. ¡Oh sepulcro! ¡Oh pavoroso sepulcro! Tú, sí, tú serás la horrenda sima donde todos nos hundiremos, y con nosotros todas nuestras locuras y quiméricos proyectos. ¡Hombres altaneros! ¿á qué viene esa soberbia, cuando os espera un sepulcro? Sí, hasta el sepulcro se abatirá vuestro orgullo. ¡Avarientos! esos bienes que tanto codiciais, y que os ocasionan tantas culpas, no os acompañarán al sepulcro. En él solo encontrareis las sombras del sepulcro. ¡Sensuales! en el sepulcro vendrán á sepultarse vuestras delicadezas, vuestros regalos, vuestros banquetes y vuestras comilonas. Allí

reventará ese vientre por cuya causa cometisteis tantos delitos. ¡Lujuriosos! en el sepulcro tendrán fin vuestros deleites. Allí se podrirá esa carne que os arrastró á la torpeza. ¡Vanas hermosuras! venid al sepulcro. En él veréis convertida en asquerosos gusanos esa carne tan mimada, ó en un pavoroso esqueleto vuestra gentileza. ¡Pecadores todos y de todas clases! venid á ver al sepulcro ese cuerpo que tanto amais, del que vivís tan enamorados, al que cuidais con tanto esmero y procurais tantas comodidades y satisfacciones, y por el que cometeis tantas culpas. Venid y le veréis, como san Agustin al de un César : deshecho el vientre é hirviendo en gusanos, separado el pelo y la piel de la cabeza, convertidos los ojos en dos agujeros pavorosos, comidas las narices y presentando el espanto en sus roturas, consumidos los labios y enseñando los dientes con horror... Veréis todo ese cuerpo de pecado convertido en podredumbre. ¡Qué estado tan asqueroso y pavoroso al mismo tiempo! Pues no hay remedio, mis amados. En esto ha de venir á parar nuestro cuerpo y todo cuerpo, sea el que fuere : aunque sea mas agigantado que el de Goliath, aunque haya sido mas incensado que el de Alejandro, aunque sea mas hermoso que el de Absalon, aunque haya sido mas regalado que el de Heliogábalo ó mas torpemente deleitado que el de Sardanápalo. Este paradero le espera, porque, como dice Job, el sepulcro es el fin de toda carne; el sepulcro y nada mas que el sepulcro. *Solum superest sepulchrum*. Así acaba la muerte con todo lo que somos temporalmente, y esta es su primera y terrible consecuencia; pero no es la mas terrible. Aquella eternidad á que da principio es su segunda consecuencia sin comparacion mas terrible. Continuada vuestra atencion.

Segunda parte.

10. Separada nuestra alma de nuestro miserable cuerpo por la guadaña inexorable de la muerte, verá que se abre delante de sí un espacio inmenso y una nueva region por donde jamás anduvieron los mortales. Verá una eternidad donde va á entrar y fijarse para siempre. Verá que la están esperando un cielo ó un infierno, sin saber á cuál de los dos pertenece. ¡Paso terrible! ¡Pobre alma mia! ¿qué harás entonces? ¡Sola, extranjera, desamparada, é incierta de lo que va á ser de tí en la eternidad! ¡Cristianos! ¡la vida humana es un soplo! ¡un sueño! ¡es como un juego de niños! ¡Aquí principia lo sério, lo grande y lo verdadero! En este momento se

señalará á cada uno de nosotros una morada eterna, ¿mas á dónde? Yo me estremezco al pensarlo, mas es preciso decirlo. En el cielo ó en el infierno. ¡Alternativa espantosa! pero no hay medio. ¡Cuál, pues, será aquí nuestro temblor al ver que no nos falta mas que un paso para emprender el camino de la gloria ó para ser precipitados en los fuegos del infierno! ¡Qué será de mí, dirémos aquí asombrados cada uno de nosotros! ¡qué será de mí en el momento siguiente! ¡Si me recibirá Dios en su agrado, ó apartará de mí su divino semblante! ¡Si usará conmigo de su misericordia, ó me entregará al rigor de su justicia! ¡Si será para siempre mi buen Padre, ó se convertirá para siempre en mi riguroso Juez! ¿Qué va á ser de mí? ¡Dios-mío! ¡Seré al menos trasladado al purgatorio para volar despues al cielo, ó seré arrojado en este instante al infierno! ¡Amados de mi alma! aquí el entendimiento se confunde y abisma, y el corazon palpitante apenas cabe en el pecho. ¡Dios de las misericordias! ¡Dios de las virtudes! concedednos ahora un corazon penitente y una vida virtuosa, que sean en aquel terrible momento los fiadores de nuestra pobrecita alma. De otra suerte ¡cómo podrémos sostenerle!

11. ¡Hombres temerarios! ¡insensatos pecadores! Á vosotros convierto yo ahora mi discurso. ¡Hombres temerarios! ¡locos pecadores! si estais determinados á perderos, si habeis tomado el empeño de condenaros, asomaos á esos estanques de fuego donde están sumergidos y dando vuelcos los réprobos. Contemplad á esos pecadores como vosotros, y acaso menos pecadores que vosotros, anegados en ese mar de tormentos. ¿Podréis vosotros sufrirlos? ¿No os estremeceis solo al contemplarlos? Pero ya sé que á vosotros no os estremecen, porque vivís funestamente engañados y lastimosamente persuadidos de que, despues de haberlos seguido por el camino de los vicios, no iréis á parar como ellos al lugar de los castigos. Ya sé vuestra funesta y temeraria cantinela. Nosotros, decís con un tono de seguridad, que á vosotros os tranquiliza y que á mí me estremece; nosotros no pensamos en condenarnos. Es verdad que llevamos una vida pecadora, y que con la repeticion de nuestros delitos estamos provocando la ira del Señor y probando su paciencia; ¡pero es tan bueno! es tan piadoso, que en cualquier tiempo que nos volvamos á él nos recibirá. Es tan misericordioso que un solo *peque* bastará para que se olvide de todos nuestros delitos. ¡Infelices! Solo un engaño como este podria sosteneros en vuestros desórdenes á la vista de la consideracion de una muerte terrible y de unos tormentos eternos.

12. Pero yo os suplico que me sufraís un momento y aviveis vuestra atencion, y veréis lo que vale ese *pequé*, ese momento con que contaís y con que cuentan los perdidos. ¡Con qué ello es, pecadores temerarios que me oís, ello es que contaís con un *pequé* para salvaros! ¡Con qué un momento es todo el caudal con que contaís para hacer una obra eterna! ¡Con un *pequé*! ¡Con un momento contaís! ¿Y para qué? ¡Oh Dios mio! para mudar el entendimiento, para refundir el corazon, para olvidar cuanto malo habeis sabido, para saber cuanto bueno habeis ignorado... en suma, para formar un justo de un pecador, obra mayor que la creacion del mundo, dicen los santos Padres!... ¡Un *pequé*, un momento! ¿y cuándo? Cuando ofuscado el entendimiento no conocerá sino palpando sombras, cuando moribunda la razon no despedirá sino desmayadas vislumbres, cuando toda la naturaleza estará luchando con las agonías y terrores de la muerte... ¡Un momento! repito, ¿y para qué? para que se convierta y se salve un pecador empedernido con la repeticion de sus delitos. ¡Un momento! ¡Oh Dios mio! ¡un rápido momento para un negocio eterno! ¡Santos cielos! ¡hasta dónde habrá de llegar la temeridad y ceguera del pecador!

13. Pero ¿y cuántas veces no llega ese rápido momento? ¿Cuántas veces la flor de la juventud se marchita de repente? ¿Cuántas veces la naturaleza mas robusta no hace mas que mudar de color y caer mortal ó muerta? ¿Cuántos que aun contaban con muchos años de vida, recibieron el golpe mortal sin advertir el brazo que le descargaba? Mas concedamos de gracia ese momento que decís. ¡Válgame el cielo! un momento para disponerse á comparecer en la presencia de Dios y dar allí una estrecha cuenta de toda su vida! ¿Y quiénes son los que cuentan con este momento? ¡Ah! esto es lo mas lastimoso. ¿Son acaso esas almas inocentes, cuya virtud arraigada profundamente en su corazon apenas las deja que temer? ¿Son siquiera esas almas penitentes que se ocupan en lavar con sus lágrimas unas manchas tal vez pasajeras, y obra mas bien de la sorpresa que de la malicia? Nada menos. Es un rico expuesto por sus riquezas á todos los crímenes, y reo acaso de todos los crímenes que pueden proporcionarle sus riquezas. Es un juez cargado de negocios arduos y peligrosos, reo de todas las injusticias y de todos los atrasos de su tribunal; responsable de todo el mal que pudo impedir y no impidió, y de todo el bien que debió hacer y no hizo. Es un comerciante que abraza todos los medios de acaudalar; que se entra en las compañías del monopolio, en los empréstitos de la usura, en

los contratos del fraude, que todo lo juzga lícito, y que decide con la mayor facilidad casos que el mas profundo teólogo resolveria con timidez. Es un soldado, acostumbrado á despreciar la muerte,preciado de filósofo, y abandonado á una vida podrida. Es una mujer mundana, distraida, superficial, poseida del frenesí de figurar, y por consiguiente entregada á las modas, asistente perenne á los teatros y á las concurrencias del gran mundo; rendida al deseo de agradar con conciencia ó sin ella, y tal vez mas criminal por las pasiones que inspira que por sus pasiones mismas. Es un pecador de costumbre, un pecador de por vida, que ha sofocado la voz de la gracia y la conciencia. Es un alma sacrílega que con la repetición de este horrible crimen ha formado la ceguera del entendimiento, la obstinacion de la voluntad y la dureza del corazon. Es un alma escandalosa, á quien no bastarian años de penitencia pública para reparar los daños que ha causado con su depravada conducta.

14. Estas y otras semejantes son las almas que cuentan con momentos para presentarse en el juicio de Dios y entrar en la eternidad. En aquella espantosa eternidad en la que nunca se muda de condicion. Tales son los pecadores que cuentan con un momento para conseguir... ¿Y qué es lo que quieren conseguir en este momento? ¡Santo Dios! nada menos que la gracia de la perseverancia final, á la que aun no han dado principio; es decir, la gracia de salvarse, aquella gracia que es la gracia de todas las gracias y sin la que son infructuosas todas las gracias. Aquella gracia que echa el sello á la predestinacion eterna, que forma los bienaventurados y los pone en la posesion del reino de los cielos. ¿Y pensarán y se prometerán conseguir en un momento esta gracia que apenas siempre es el fruto de los rigores de una vida penitente ó de la constancia de una vida virtuosa? ¿Y querrán que el Señor les conceda en aquel momento esta gracia inestimable, de la que se han hecho tan indignos con su vida criminal y temeraria? Pero, y si no se la concede, ¿á dónde van á parar? ¿Qué suerte es la que les espera por toda la eternidad? ¿Tendrán bastante atrevimiento; digámoslo mejor: tendrán bastante ferocidad para presentarse á las puertas del infierno cargados con sus delitos, y para precipitarse y sepultarse con ellos para siempre en sus encendidos abismos? Porque no hay medio. La segunda consecuencia de la muerte es cielo ó infierno, y cielo ó infierno eterno. Así se verifica que la muerte, despues de acabar con lo que somos temporalmente, da tambien principio á lo que hemos de ser eterna-

mente. Y estas son las dos terribles consecuencias de la muerte que anuncié en el principio de mi sermón, y que según el pensamiento de san Ambrosio deben ocupar diariamente, como ya dije, nuestra memoria para dirigir diariamente con acierto nuestra vida. *Sit nobis quotidianus quidam usus moriendi* ¹.

15. ¡Gran Dios! imprimid estas verdades en las almas de esos pecadores de quienes acabo de hablar. Imprimidlas de modo que no las puedan apartar de su memoria. Imprimidlas con tan vivos y terribles caracteres que no les permitan sosiego hasta salir de su lastimoso estado. Haced, Señor, que afligido y ahogado su corazón no pueda desahogarse sino vertiendo un torrente de lágrimas de compunción y penitencia. Este es, Dios mío, el fruto que yo deseo conseguir con mis débiles esfuerzos; fruto glorioso para Vos y precioso para mi sagrado ministerio. Imprimidlas también, Señor, en mi pobre corazón y en el de todos mis oyentes, para que caminando todos con temor y con temblor por la senda de la virtud, lleguemos á veros y gozaros en el reino de los cielos por los siglos de los siglos. Acto de contrición: Señor mío, etc.

APUNTES.

Era muy justo que el hombre muriese si pecase, dice san Bernardo, para que conociese algún tanto lo que hace el pecado. La muerte separa el alma del cuerpo. El pecado separa el alma de Dios. El cuerpo por el alma vive, y el alma por la gracia de Dios. El cuerpo sin alma ¡cómo queda! Peor queda el alma sin la gracia de Dios!...

Jesucristo quita los pecados del mundo por medio de los Sacramentos, pero no quiso quitar la muerte, á fin de que fuese instrumento de la virtud lo que habia sido castigo del pecado, dice san Agustín.

El hombre peca por soberbia, y la muerte es lo mas humillante que puede darse. ¡Qué fetidez, asquerosidad, polvo, ceniza, estiércol, viene á ser aquel cuerpo tan idolatrado!!!

El hombre peca por el amor á los honores, gustos é intereses; de todo esto le despoja la muerte...

De ninguna cosa se habla tanto como de la muerte, y en ningun-

¹ Aquí puede hacerse una vehemente exhortación, antes de la invocación, según sea el auditorio.

na se piensa menos. Lo primero lo promueve Dios, y lo segundo el diablo. ¿Por qué?

La diferencia entre la muerte del cerdo y la de la oveja, me dice lo que va de la muerte del justo á la del pecador.

Ósímil. Un viajero entra en un meson, come y bebe mucho regaladamente, y no paga; *quid?* El viajero es el pecador; el meson es el mundo; y al querer salir, le intiman que pague: le quitan los bienes y le meten á la cárcel.

Ósímil del mercader.

Ósímil del comerciante que echa las mercancías al mar, para que el buque no se vaya á pique.

Ósímil del lobo que le hacen dejar la presa.

Ósímil del cocodrilo que se comió el hombre, y llora teniendo la cabeza entre manos.

Ósímil del que va al suplicio, cuando pasa por delante del café, teatro y de malas mujeres.

Algunas veces cuando llueve vemos que las gotas de la lluvia hacen formar unas ampollas en una balsa y luego desaparecen. Así en algun modo son los hombres. Tambien pueden compararse á aquellos montones ó grupos de mosquitos, que se alimentan de vapores acuosos, que están danzando; pasa una golondrina, coge una porcion, vuelve á pasar, y coge otra porcion-hasta que acaba con ellos; pero ellos viven tan distraidos y divertidos que siempre están bailando, como si no hubiera golondrinas. Los hombres son los mosquitos, y la muerte es la golondrina que se los traga; pero ellos bailan, se divierten y viven así tan distraidos como si hubieran de vivir siempre de estos vahos de la tierra.

EJEMPLOS.

San Agustin refiere que él mismo con algunos compañeros fué á ver el cadáver del César en el sepulcro, y dice: Ví que estaba fétido y asqueroso, rodeado de podre, la barriga reventada, y una multitud de gusanos que comian ó revoloteaban en aquellas entrañas podridas. Ví tambien en los hoyos de los ojos como los gusanos estaban comiendo: todo el pelo de la cabeza ya se le habia separado del cráneo, los dientes no le habian caído todavía, pero sí que ya habian desaparecido los labios; y mirando á la cristianísima madre, dije: ¿En dónde está aquel cuerpo del César tan hermoso? ¿dónde la grandeza de las riquezas? ¿dónde aquel aparato de deli-

cias? ¿dónde la multitud de señores? ¿dónde aquella caterva de barones? ¿dónde los ejércitos de soldados? ¿dónde está la cama de marfil? ¿dónde el trono real? ¿dónde el trono imperial? Á tí te reverenciaban los hombres, te temían los príncipes, te festejaban las ciudades, y todos te temían. ¿Á dónde se ha ido tu magnificencia? Respondió la piadosa madre: Hijo, todas las cosas han desaparecido tan pronto como espiró, y le han dejado solo y cautivo en el sepulcro en bien poco terreno lleno de fetidez y asquerosidad.

Ejemplo de san Francisco de Borja al ver el cuerpo ó cadáver de la Emperatriz. (Vide su vida, dia 10 de octubre).

Idem de santa Margarita de Cortona al ver el cadáver de su querido con quien habia vivido amancebada. (Vide su vida, dia 23 de febrero).

Achior, al ver la cabeza de Holofernes que traia Judith, se convirtió á la verdadera religion de Israel.

El hijo de la viuda de Naim se murió tan jóven, porque era malo. 1. Era hijo único, y por tanto muy mimado. 2. Hijo de viuda, y por tanto voluntarioso. 3. Libertino, disoluto, inmodesto, lascivo, jactancioso; se alababa de cosas que no habia podido lograr de su querida, María Magdalena.

Muchos mueren jóvenes:

1.º Para bien suyo, para que se salven; v. g. niños inocentes.

2.º En castigo de sus pecados, como los ángeles malos. La muerte viene montada, y el pecado es la espuela: *Stimulus mortis peccatum*. Vela que arde de cabeza abajo. Viento que hace caer las frutas carcomidas. Los vicios estrujan la naturaleza.

3.º Para castigar á los padres; v. g. David á quien se le quitó el hijo primero que tuvo de Betsábé. Los hijos son pedazos de los padres.

4.º Para que todos estemos siempre preparados. Todos formamos como una vihuela de diez cuerdas, y estas se tocan no segun están en la escala, sino segun la composicion del que la toca. Los hombres formamos esta cítara de diez edades, y la muerte la toca no segun la escala, sino segun la composicion que Dios le da.

ESQUELETO DEL SERMON II

DE LA MUERTE.

*Memento homo, quia pulvis es, et in pul-
verem reverteris. (Genes. III, 19).*

Acuérdate, hombre, que eres polvo, y en pol-
vo te convertirás.

1. Asunto que comprende al mismo predicador y á los oyentes, á reyes y á vasallos, á sábios é ignorantes, á todos.

2. Súplica.

Primera parte : La muerte es cierta é inevitable.

3. Todo está evidenciando la necesidad de la muerte.

4. Historia sagrada, eclesiástica, profana. Sentidos.

5. Testimonio de los mismos sentidos.

6. Potencias del alma, buen efecto en los justos...

Segunda parte : La muerte es oculta, é incierta su hora.

7. Debemos velar, porque la muerte vendrá como ladrón.

8. No hay edad, ni tiempo seguro.

9. No hay género de muerte seguro.

10. Incertitud del lugar y del estado, si en gracia ó en pecado.

11. Temieron los Santos la muerte ; ¿y vosotros no?

Tercera parte : La muerte es irreparable.

12. Una sola vez se muere.

13. No habrá tiempo para enmendar lo pasado.

14. Aprovechad el presente.

15. Lo que vendrá y seguirá á la muerte es inmutable.

16. Caso práctico de la muerte del pecador.

17. Exhortacion.

18. Conclusion y acto de contricion.

SERMON II

DE LA MUERTE.

Memento homo, quia pulvis es, et in pulverem reverteris. (Genes. III, 19).

Acuérdate, hombre, que eres polvo, y en polvo te convertirás.

1. Aunque siempre el predicador, al subir á la cátedra del Espíritu Santo, debe llevar un justo pavor, considerándose encargado de manifestar al pueblo la voluntad del Omnipotente; aunque siempre la palabra divina sea un grave peso, que abruma á los que conocen la estrecha obligacion de anunciarla debidamente; hoy se aumenta en mí este santo temor, por razon de aumentarse tambien la terribilidad del asunto de que vengo á hablaros, en cumplimiento del ministerio apostólico que pesa sobre mis débiles hombros. Hoy vengo á hablaros del espantoso fin de nuestra vida, de aquel principio horrible de la eternidad; del término de todas las felicidades humanas, y formidabile consumacion de las vanidades terrenas. Muchas veces habla el predicador contra los hurtos, muchas contra la lascivia; muchas contra la soberbia, embriaguez, y otros pecados que no comprenden á todos los oyentes. Hállanse muchos justos, hállanse muchos castos, humildes, caritativos; pero hoy hablo de un asunto que igualmente comprende á todos: hablo de una materia en que el predicador está no menos comprendido que sus oyentes, y al intimar el decreto de muerte á todos los circunstantes, yo debo contarme por uno de los condenados á esta pena irrevocable. Sí, señores: hablaré lleno de temor y espanto, y repetiré como ministro del Omnipotente la sentencia que el mismo Dios fulminó contra Adán despues del pecado, y contra todos sus míseros descendientes: *Memento homo quia pulvis es, et in pulverem reverteris*. Monarcas poderosos, que hacéis temblar la tierra en vuestra presencia con el poder de vuestros ejércitos, de vuestras escuadras y tesoros, entended que sois formados del polvo, y que á pesar del esplendor de vuestro trono, de la brillantez de vuestras galas, del valor de vuestros soldados, de la ligereza de vuestras naves, de la riqueza de vuestros

tesoros, polvo sois, y os convertiréis en polvo : *Pulvis es, et in pulverem reverteris*. Ricos y poderosos del mundo, que disfrutais las delicias de la vida, no penseis que sois hombres de otra especie, por mas que os mireis en magníficos palacios, en deliciosos jardines, en mesas abundantes, rodeados de criados, y respetados de todos : sabed que sois formados del polvo, y muy en breve os reduciréis á polvo : *Pulvis es, et in pulverem reverteris*. Sábios y literatos del mundo, que poseyendo las ciencias os imaginais inmortales, comprended vuestra necedad entendiendo que sois polvo, y que vuestras exquisitas librerías, vuestros preciosos libros, y toda vuestra sabiduría no pueden eximiros de convertirlos en polvo : *Pulvis es, et in pulverem reverteris*. Pobres é infelices de la tierra, que apenas conseguís un corto y grosero alimento para sustentaros, una estrecha habitacion para recogeros, y un mal formado vestido para cubriros, la misma sentencia está dada contra vosotros : polvo sois, y os convertiréis en polvo : *Pulvis es, et in pulverem reverteris*. Mujeres, que entregadas á todos los adornos de vuestro cuerpo, vivís olvidadas de su mortalidad, y engreidas con vuestra vana hermosura desconocéis las verdades eternas, tened entendido que sois un poco de polvo organizado, y dentro de pocos dias, descuadrada la máquina de vuestro cuerpo, seréis pasto de gusanos entre los horrores lóbregos de un sepulcro, donde os convertiréis en polvo : *Pulvis es, et in pulverem reverteris*. Digámoslo en breve : todos vosotros que me oís, y yo que os predico, desapareceremos muy presto de sobre la tierra, ocuparán otros nuestro lugar, y nosotros quedaremos hechos polvo, hasta la resurreccion universal en los sepulcros : *Omnes morimur, et quasi aquæ dilabimur in terram* ¹. Este es aquel provechoso pensamiento, decia san Ambrosio, que ha consagrado la vida de innumerables ². Este es aquel asunto, decia san Agustin, que mas que otro alguno vence la soberbia, triunfa de la malicia, apaga la concupiscencia, y pisa la vanidad del mundo ³. Este es aquel santo pensamiento que aumenta las virtudes, destierra los vicios, comprime las pasiones, y regla la vida. Quiera el cielo logremos tantos bienes con esta santa memoria de la muerte. Y para que mas profundamente quede grabada en nuestro espíritu, considerémosla como inevitable, como ocul-

¹ II Reg. xiv, 14.

² *Quam multi vitam stimulo mortis, consecrarunt. (S. Ambr. in orat de fide resurrect.).*

³ *Nulla doctrina sic imperat superbiam, nec sic vincit malitiam, nec sic extinguit. (S. Aug. de spe peccat.).*

ta, y como irreparable. Esta es la division de este sermón. Entendedla bien. Una sola vez se muere, no sabemos cuándo, necesariamente hemos de morir. Digo que hemos de morir necesariamente: por eso es la muerte inevitable. Lo veréis en la primera parte. No sabemos cuándo hemos de morir: por eso es la muerte oculta. Lo escuchareis en la segunda parte. Una vez sola se muere: por eso es la muerte irreparable. Lo entenderéis en la tercera parte.

2. Ó Dios y Señor terribleísimo, en cuyos ocultos é invariables decretos están determinados los dias de nuestra vida, haced, Señor, que tengamos siempre presente el último de todos ellos, para que obremos nuestra salud con temor y temblor, y consigamos despues de una buena vida una dichosa muerte: esta gracia os pedimos por la intercesion de María santísima, con cuyo patrocinio voy á dar principio á mi oracion: *Ave María*.

Primera parte.

3. ¡Quién podrá creer, amados oyentes míos, que yo me viese en este dia en la precision de demostrar la necesidad en que todos estamos de morir, cuando todo lo que se presenta á los sentidos de nuestro cuerpo y las potencias de nuestra alma nos evidencia esta verdad! Las plantas, los árboles, los brutos, nuestros mismos ojos, la experiencia de cada dia, las divinas Escrituras, las historias eclesiásticas y profanas, los imperios, los reinos; en una palabra, todas las cosas son unos testigos irrefragables de la inevitable necesidad de morir. Sin embargo, os veo vivir de suerte que parece no creéis esta verdad. Tan amantes os miro de las cosas de la tierra, tan dados á los deleites del sentido, tan entregados á los desarreglos de las pasiones, y tan olvidados del formidable momento que os aguarda, que, ó pensais no habeis de morir, ó imaginais es fácil morir bien, ó que nada perderéis en morir mal. Vosotros, jóvenes y doncellas, cuya única ocupacion es la gala, la música, la diversion, la visita, el paseo, ¿creeis que habeis de morir, cuando se os ve con una vida disipada, ociosa, inútil? Vosotros, hombres y mujeres de edad perfecta, ¿creeis que habeis de morir, cuando os advertimos entregados con una insaciable codicia á la adquisicion de nuevos caudales, ó divertidos con una criminal concupiscencia en objetos indebidos y pecaminosos? Ancianos entretenidos con la mas ridícula fatuidad en los juegos y diversiones indecentes de la juventud, no obstante que la pesadez de vuestro cuerpo va formando en cada huella de vuestro

pié vuestra misma sepultura, ¿creeis que forzosamente habeis de morir? Yo pienso que no. Pienso que el diablo os tiene engañados como á nuestra madre Eva cuando la dijo : *Nequaquam morte moriemini* ¹. Divertíos, vivid alegres, gozad de las criaturas de este mundo, y entregaos á toda suerte de entretenimientos, que el morir no es para vosotros. El decreto de muerte está dado contra los demás hombres; pero vosotros sois excepcion de esta ley universal : *Noli metuere. Non morieris, non enim pro te, sed pro omnibus hæc lex constituta est* ². Engaños del demonio, amados oyentes; falacias del enemigo comun de nuestras almas, que pretende perderlas, arruinarlas, y condenarlas para siempre á los infiernos. La ley de muerte fue intimada á Adan y á todos sus descendientes, si comia del árbol de la ciencia del bien y del mal ³. Comió Adan traspasando el mandamiento de Dios, y por su pecado, en que incurrimos todos, entró la muerte en el mundo, y pasó á cuchillo con su formidable guadaña á cuantos hombres ha habido, hay y habrá en el mundo hasta que se acabe. *Sicut per unum hominem*, decia el grande apóstol san Pablo, *peccatum in hunc mundum intravit, et per peccatum mors, et ita in omnes homines mors pertransiit* ⁴.

4. Pero aun cuando la divina Escritura no repitiese en innumerables partes esta verdad; aunque ella no dijese: ¿quién es el hombre que vive, y que no ha de ver la muerte? aunque ella no asegurase que hay tiempo para nacer, y tiempo para morir ⁵; aunque no viésemos en ella aquella admirable cronología de los primeros hombres del mundo, en que señalando los años que vivieron, acaba siempre diciendo : *Vixit, et mortuus est*: vivió Adan novecientos años y treinta mas, *et mortuus est* ⁶: vivió Seth novecientos doce años, *et mortuus est*: vivió Enós novecientos y cinco años, *et mortuus est*: vivió Matusalen novecientos sesenta años y nueve mas, *et mortuus est*; aunque la santa Escritura, vuelvo á decir, no manifestase esta verdad tan repetidas veces; aunque la historia eclesiástica no nos describiese la muerte de todos los pontífices, patriarcas, arzobispos, obispos, y hombres eminentes que ha tenido la Iglesia de

¹ Genes. III, 4.

² Esther, xv, 12, 13.

³ In quocumque enim die comederis ex eo, morte morieris. (Genes. II, 17).

⁴ Rom. v, 12.

⁵ Quis est homo, qui vivet, et non videbit mortem? (Psalm. LXXXVIII, 49).

⁶ Eccles. III, 2.

⁷ Genes. v, 5.

Dios desde la venida de Jesucristo al mundo; y aunque las historias profanas nada nos hablasen de la muerte de aquellos grandes héroes que llenaron el mundo con su fama, ni señalasen el término de la vida de los Alejandro, los Daríos, los Césares, los Pompeyos, los Trajanos, y los demás reyes y emperadores; aunque el mundo mismo no nos manifestase los sitios y lugares en que estuvieron aquellas grandes ciudades, aquellas florecientes provincias, aquellos poderosos reinos, cuyos habitantes dejaron de existir sobre la tierra, y pasaron por el estrecho de la muerte al interminable espacio de la eternidad, nuestros mismos ojos, nuestros oídos, nuestras manos, nuestros sentidos y potencias nos convencerían de la indispensable necesidad de morir: nuestros ojos viendo morir á los padres, madres, hermanos y conocidos: viendo morir á unos repentinamente, á otros lenta y paulatinamente: á unos á hierro, á otros en agua: á unos en el fuego, á otros en la tierra: á unos en la cama, á otros en el campo: á unos acompañados, á otros solos: nuestros ojos, digo, nos convencerían, viendo como la muerte importuna arrebatada cada día de mil maneras á los hombres, como dice san Agustín: *Importuna mors mille modis quotidie miseros homines rapit*¹.

5. Nuestros oídos escuchando las muertes de los ausentes, de los pontífices, de los reyes, de los doctos, de los ignorantes: nuestros oídos percibiendo el clamor de las campanas que incesantemente nos avisan el término fatal de los vivientes, nos convencerían con las voces de los difuntos, que nos dicen: *Mihi heri, tibi hodie*²: ayer llegó el fin de nuestros días; hoy llegará para vosotros. El tacto y el olfato nos convencerían abriendo los sepulcros, revolviendo los fétidos cadáveres; y preguntando entre los gusanos, la corrupción y el polvo, ¿de quién son estos huesos áridos y descarnados que percibimos? De una dama hermosa, que era el embeleso de su siglo: de un hombre grande, que fue el terror de su tiempo. ¿Es posible que en este horrible y descuadernado esqueleto se ha transformado aquel cuerpo delicado y lindo que arrebatava las atenciones y los afectos? ¡Oh qué horror! ¿Es posible que en esta espantosa calavera se abrigaron aquellos vastos proyectos, aquellos grandes pensamientos, hijos de la vanidad y soberbia de los hombres? Sí, señores: la

¹ S. Aug. Lib. II Soliloq. c. 2. *Importuna mors mille modis quotidie miseros homines rapit. Hunc necat febribus, illum opprimit doloribus. Hunc consumit fame, illum siti extinguit. Hunc suffocat aquis, illum interimit gladio. Illum perimit flammis; alium dentibus bestiarum ferocium vorat...*

² Eccli. xxxviii, 23.

muerte á nadie respeta; ni al rey ni al vasallo: *Rex hodie est, et cras morietur*, dice la divina Escritura ¹. Ni al docto ni al ignorante: *Moritur doctus, similiter ut indoctus* ². Ni al rico ni al pobre; ni al robusto ni al débil; á todos iguala en la sepultura, y entrega por presa á los gusanos: *Iste moritur robustus et sanus, dives et felix... Alius vero moritur in amaritudine animæ absque ullis opibus: et tamen simul in pulvere dormient, et vermes operient eos* ³. El gusto, finalmente, nos convenceria de que el mismo alimento con que mantenemos la vida es una demostracion evidente de la muerte, pues comemos para no morir de hambre; y comiendo, nos consumimos, y venimos á morir, aunque no nos falte la comida.

6. Despues de tantos convencimientos de la dura necesidad en que todos estamos de morir, ¿qué esperais que yo añada para evidenciaros mas esta verdad? La memoria os acuerda la muerte de vuestros semejantes: el entendimiento reflexiona sobre la constitucion defectible de vuestro cuerpo, que en breve se ha de resolver en polvo: la voluntad pretende una felicidad eterna, que no podeis hallar sino despues de esta vida. Vuestros ojos miran la muerte, la oyen vuestros oidos, la percibe vuestro olfato, la toca vuestro tacto, la demuestra vuestro gusto. Los sentidos de vuestro cuerpo, las potencias de vuestra alma, las historias de los reinos, la perpetuidad de la Iglesia en la sucesion nunca interrumpida de sus hijos: las invariables verdades de la fe, firmes en todos los siglos: todo este invencible escuadron de evidencias os arguyen, os convencen, os demuestran la indispensable necesidad de morir. ¿Resistiréis á tanta golpe de luz? ¿Daréis crédito á los sentidos y la fe? Vosotros, justos, que llevais una vida cristiana, que atendéis al cumplimiento de vuestro cargo y ministerio, que perseverais en oracion noches y dias, que regís vuestra familia con prudencia y vigilancia cristiana, que frecuentais devota y fructuosamente los Sacramentos, que teneis dispuesto vuestro testamento, y vuestras cuentas y negocios con la debida exactitud y claridad; ya sé que estais persuadidos de esta verdad: ella os hace traer una vida verdaderamente buena, para conseguir despues una muerte preciosísima: no quedaréis defraudados de vuestra bien fundada esperanza. Pero vosotros, pecadores, que llevais una vida enteramente contraria á las obligaciones del Bautismo, á las leyes del Evangelio, y á la imitacion de Jesucristo, proseguid con tranquilidad en vuestros desarreglos: no

¹ Eccli. x, 12. — ² Eccles. ii, 16. — ³ Job, xxi, 23 et seq.

queráis temer que á vosotros comprenda el decreto de muerte, que Dios ha fulminado contra todos los pecadores: *Noli metuere. Non morieris*. Hombres ociosos, que á pesar de las amonestaciones de vuestros confesores, de las reprensiones de vuestros jueces, y los decretos de vuestro monarca, permanecéis con una vida vaga y perdida, sin aplicaros al trabajo, á que estamos condenados todos los hijos de Adán; vivid seguros de que á vosotros no acometerá la muerte: no temáis que ensangrienté su irresistible guadaña en vuestra vergonzosa ociosidad: *Noli metuere. Non morieris*. Mujeres vanas é impuras, que lleváis hasta el templo santo la abominación y el desórden, y buscáis entre los sagrados altares la causa ó el fomento de vuestras detestables torpezas; mantened en vuestras infelices almas esa funestísima paz, de que engañadas gozáis, sin que lleguen á perturbaros los recuerdos tristes de la muerte, porque esta no tiene poder sobre vosotras: *Noli metuere. Non morieris*. Pero ¡ay! ¡ay de vosotros, pecadores, que pasáis la vida alegremente divertidos! *Vae vobis, qui ridetis nunc: quia lugebitis, et flebitis* ¹. Vosotros lloraréis y gemiréis con suspiros inconsolables, cuando os veáis asaltados de la muerte sin haber hecho penitencia, sin haberos preparado para morir, y sin pensar en la muerte oculta, que vino á acometeros repentinamente cuando menos la esperábais; pero esta es cabalmente la materia de la

Segunda parte.

7. No solo es una verdad de fe que hemos de morir, sino que también nos enseña la misma fe que morirémos cuando menos lo pensemos. Las santas Escrituras, estas cartas divinas enviadas de Dios á los hombres para instruirlos en las verdades eternas que deben creer, y en las obras santas que deben practicar, no solo nos dicen que morirémos, sino también añaden que vivamos preparados y vigilantes; porque el Hijo del Hombre, esto es; Jesucristo, rey inmortal de los siglos, vendrá á residenciarnos en la hora que no esperábamos: *Et vos estote parati: quia qua hora non putatis Filius hominis veniet* ². El mismo Señor afirma que vendrá como ladrón nocturno, que asalta las habitaciones y sus moradores cuando mas entregados se hallaban al sueño, y mas desprevenidos para el peligro ³.

¹ Luc. vi, 25. — ² Id. xii, 40. — ³ Veniam ad te tamquam fur, et nescies qua hora veniam ad te. (*Apo. iii, 3*).

El mismo Señor asegura, que así como los peces caen en el anzuelo, y las aves en el lazo, cuando aquellos giraban veloces por las aguas, y estas volaban alegres por los aires; así el hombre, que ignora el fin de sus días, se hallará repentinamente en la muerte cuando menos la aguardaba. Cuando considero estas verdades eternas, y miro el descuido de los hombres en prepararse para la muerte, que va ya en su alcance con el mayor silencio; no puedo menos de prorumpir en lágrimas, y manifestar con gemidos delante de Dios mi pena y sentimiento. Hombres que me oís, mujeres que me escucháis, ya sabéis que Dios es la misma verdad, ya sabéis que sus palabras son verdades infalibles. Dios dice: El tiempo se pasa, y la muerte se acerca ¹. Ella no se deliene: acabará de llegar cuando vosotros pensábais estar muy lejos. No os fieis en vuestra salud, no fieis en vuestra juventud, no en vuestras fuerzas, porque la muerte en todos tiempos viene, y no respeta edad, fuerzas ni estados. ¡Oh qué palabras, amados oyentes! ¡oh qué verdades tan terribles, y tan dignas de nuestra consideración! Cierta es la muerte, dice Dios; pero incierto el cuándo habéis de morir, incierto el cómo moriréis, incierto el estado en que la muerte os asaltará. Pensémoslo bien.

8. Incierto es el cuándo moriremos; sí, señores. No nos aseguramos con la distancia de la muerte. Las mas bellas apariencias engañan, porque ella no hace pacto con la niñez, con la juventud ni con la robustez: igualmente acomete á los ancianos que á los jóvenes y niños. Á unos hace pasar á la eternidad desde las mesas mas abundantes y sazonadas: á otros desde los bailes y teatros mas divertidos: á unos desde la cuna encierra en el ataúd; y á otros desde la cama trasladada á la sepultura, sin otro intervalo que el último suspiro. Las precauciones y medicinas que se toman para prolongar la vida no pueden retardar un solo paso á la muerte: tal vez las mismas medicinas y precauciones son espuelas que aceleran su veloz carrera. Decidme, hermanos míos, ¿sobre qué tiempo podeis contar con seguridad? ¿Estais ciertos que viviréis hasta el año que viene? ¿hasta el mes que viene? ¿hasta la semana que viene? ¿hasta mañana? ¿hasta esta noche misma? ¿hasta que yo acabe de predicar? Nada sabéis: todo tiempo es incierto. Solamente estais ciertos de que distais un solo paso de la muerte: *Uno tantum gradu... ego morsque dividimur* ². Pues, hombres, si teneis entendimiento,

¹ Tempus præteriet, et mors appropinquet. (Ecclesi. xi, 20).

² 1 Reg. xx, 3.

¿cómo estais un momento en pecado mortal, cuando confesais puede la muerte acabar con vuestra vida en cada momento? ¿cómo os abalanzais al pecado, sabiendo que apenas acabeis de cometerle os puede asaltar la muerte?

9. Pero si es incierta en cuanto al tiempo, no es menos incierta en cuanto al género de muerte. Mil desastres están siempre amenazando nuestra vida. Cada edad tiene sus riesgos, y cada día sus azares: sin detenernos á particularizar los infinitos peligros que en todas partes nos rodean, nada hay dentro ó fuera de nosotros que no pueda causarnos la muerte. Dentro de nosotros una revolucion de los humores, un golpe de sangre, una sufocacion del corazon, una inflamacion, una apostema, ó un otro cualquiera desarreglo del cuerpo, basta para destruirnos. La intemperie de las estaciones, un excesivo calor, un frio destemplado, una grave pesadumbre, una repentina alegría, ó un otro accidente exterior, es mas que suficiente para sacarnos del mundo. En medio de tan continuos y universales peligros como nos rodean, ¿cómo presentirémos el género de muerte que nos aguarda? ¿Será natural ó violenta? ¿pausada ó repentina? ¿Acabaremos de una puñalada, de un veneno, en un naufragio, en un incendio, entre las ruinas de un edificio, ó en otro accidente funesto; ó moriremos con los santos Sacramentos, con el uso de la razon, con la asistencia de los sacerdotes y la compañía de los domésticos? ¡Oh amados míos! Estas son unas espesas sombras, unas profundas tinieblas, que no podemos penetrar sin horror y espanto. ¡Y ojalá que este santo temor se apoderara de nuestros corazones! ¡Ojalá fuera tan activo, que os arrancara del amor del mundo y todas sus locuras y vanidades! Mas vosotros no queréis creerlo, hasta que llegueis á experimentarlo. Os entregais á los excesos de la gula, hasta que os acomete una irremediable apoplejía: os enardeceis en el fuego de la soberbia, hasta que una repentina inflamacion interna os arrebatá: os abalanzais á los excesos de la lujuria, hasta que una fétida corrupcion os acaba: os dejais arrastrar de la envidia, hasta que una lenta calentura os aniquila, y os entregais á todas las delicias de la vida, hasta que tropezais con los accidentes inciertos de una muerte cierta; y entonces ¿en qué estado moriréis? ¡Ay Dios! Esta es la tercera incertidumbre que hace terribilísima la muerte.

10. Ya lo he dicho, y lo repito, ni la incertidumbre del tiempo en que hemos de morir, ni el género de muerte que nos sucederá, es cosa tan formidable y espantosa como el estado en que nos halla-

rémolos cuando la muerte nos asalte. Porque, á la verdad, que se muera en la cama rodeado de criados, asistido cuidadosamente de la familia, con todas las disposiciones que acostumbran los cristianos, con las señales de una sincera penitencia, y despues de recibidos los Sacramentos: si, no obstante esto, se muere en pecado, se muere como el infeliz Antíoco, víctima de las venganzas del Omnipotente. Que la muerte nos asalte hallándonos solos en un desierto, que nos mate un rayo, ó nos ahogemos en un rio, y que acabemos la vida sin mas asistencia que una fiera que nos devore, poco importa, si morimos en gracia; nuestra muerte será preciosa en los ojos de Dios, será como la del santo Moisés en el ósculo suavísimo del Señor. Pero lo que debe causar horror y espanto es el estado en que la muerte nos asaltará. ¿Morirémos en gracia de Dios ó en pecado mortal? ¡Oh quién puede saberlo! Nosotros ignoramos ahora si somos dignos de odio ó de amor. El mismo Espíritu Santo lo dice: *Nescit homo utrum amore, an odio dignus sit*¹. Y aun cuando supiéramos que efectivamente nos hallábamos en gracia de Dios, ¿quién sabe si en ella perseveraríamos siempre? Con una inclinacion tan mala hácia el pecado, entre tantos peligros de condenarnos, despues de tantos ejemplos de fragilidad é inconstancia en un Saul, en un David, en un Salomon, en un Judas y en otros innumerables que caminaron muchos dias por las sendas de la santidad y justicia, ¿quién será tan necio que no tiemble, que se asegure y no tema caer? *Qui se existimat stare, videat ne cadat*, decia el apóstol san Pablo².

11. Y aun cuando viviérais muchos años en gracia, ¿quién sabe si acabaréis felizmente la navegacion de vuestra vida, y llegaréis con ella al puerto de la muerte? Este es un puerto borrascoso, y lleno de bajios, en que han naufragado innumerables. Nosotros no tenemos experiencia de sus escollos; los enemigos que en él nos esperan son muy diestros y valerosos: nuestra naturaleza muy enferma: sus fuerzas débiles: los Santos mas acostumbrados á vencer en las batallas del espíritu están temblando y llenos de horror en aquel momento crítico, y en aquel paso forzoso en que no se aventura menos que una eternidad. ¡Ay Dios, qué incertidumbre tan terrible! Los Antonios, los Arsenios, los Hilariones, estos soldados aguerridos en la milicia espiritual tiemblan en este combate decisivo; ¿y vosotros, cristianos, siendo unos soldados cobardes que mil

¹ Eccles. ix, 1. — ² I Cor. x, 12.

veces habeis sido vencidos del demonio, el mundo y las pasiones; estaréis sin temor, horror ni espanto? Vosotros que pasais la vida en un continuo pecado mortal, cayendo y recayendo centenares de veces en torpezas, embriagueces, soberbias, murmuraciones, discordias y enemistades, ¿en qué estado moriréis? Vosotros que abusais con la mayor impiedad de los santos Sacramentos, por no dejar las ocasiones del pecado, por no restituir los bienes mal habidos, por callar con una criminal vergüenza vuestras culpas al ministro de Jesucristo, ¿moriréis en gracia de Dios? Vosotros que ignorais lo que es mortificacion de las pasiones, vencimiento de los viciosos apetitos, oracion, silencio, humildad, modestia y mansedumbre, ¿cómo moriréis? Vosotros que desestimais las inspiraciones de Dios, los consejos de los confesores, las amenazas de los predicadores, ¿en qué estado moriréis? Ello se está diciendo, amados mios. En pecado vivisteis, en pecado moriréis: como es la vida, es la muerte, dicen los Santos: *qualis vita, finis ita*. Una muerte preciosa es término de una vida irrepreensible; pero una vida pésima no puede tener por fin sino una muerte horrible y formidable en la presencia de Dios. ¡Oh qué letargo tan funesto, decia san Agustin! Quien no despierta al trueno de estas palabras, mas está muerto que dormido: *Ad tam magnum tonitruum qui non expurgiscitur, non dormit, sed mortuus est*. ¿Pensais acaso que podréis remediar con una segunda muerte el daño de la primera? ¡Oh qué error! Una sola vez se muere, y las resultas de esta primera muerte son irremediables por toda la eternidad. Pero esto fue lo que propuse para la

Tercera parte.

12. Yo convengo, cristianos mios, en que seria menor nuestra temeridad en exponernos á una mala muerte con una mala vida, si pudiéramos morir dos ó tres veces, y remediar con el acierto de la muerte segunda el yerro de la primera; pero hay un decreto de Dios, dice san Pablo, para que todos los hombres mueran una sola vez: *Statutum est hominibus semel mori*¹, y no puedo comprender como no nos llena de espanto el considerar las resultas irreparables de esta muerte. Si nuestra alma se acabase con nuestro cuerpo: si nuestro espíritu se encerrase en el sepulcro con nuestra carne: si ambos se convirtiesen en corrupcion, en polvo, en nada, seria mu-

¹ Hebr. ix, 27.

chas veces la muerte un motivo de consuelo á las miserias y calamidades de la vida. Pero como es una verdad de fe que hizo Dios al hombre inextinguible, como dice el Sábio : *Deus creavit hominem inextinguibilem* ¹... *et secundum imaginem ejus creavit illum* ²; es necesario confesar que nuestra alma es una criatura inmortal é indestructible, y que en la muerte no hace mas que separarse de nuestro cuerpo, pasar al tribunal del Omnipotente, y recibir en él una sentencia que la coloca para siempre entre los bienaventurados del cielo, ó entre los condenados del infierno. De aquí se sigue forzosamente, que esta única separacion del alma y el cuerpo, ó esta sola muerte tiene tres consecuencias ó resultas irreparables y eternas, por lo pasado, por lo presente y por lo porvenir, que nos llenan de susto y estremecimiento.

13. Sí, amados míos : consecuencias eternas por lo pasado. La vida del hombre, por corta que ella sea, se compone de algunos años, algunos meses ó algunos dias, en que tiene millares de pensamientos, pronuncia millares de palabras, ejecuta millares de obras, ya buenas, ya malas, ya indiferentes. Mientras el hombre vive no descubre muchas veces la malicia de innumerables acciones, otras omite que pudiera y debiera hacer, y otras hace que debiera omitir. Hállase como sumergido en el mar tempestuoso de este mundo, en que se van á fondo mil circunstancias que aumentan ó disminuyen la bondad ó malicia de sus acciones. Las falsas opiniones, las engañosas máximas del mundo, el mal ejemplo y otros accidentes cubren con el velo de una perniciosa seguridad las transgresiones y quebrantamientos de la divina ley. Así pasa la vida el hombre entre sus diversiones, sus haciendas y sus ocupaciones, hasta que le asalta la muerte, que corriendo el velo á todas estas oscuridades y tinieblas, le descubre todas las cosas como son en sí, y como aparecen en la presencia de Dios. ¡Oh qué horror! ¡Cuántas culpas cometidas, cuántas virtudes desfiguradas, cuántas gracias perdidas, cuántos defectos tolerados, cuántos Sacramentos mal recibidos, mal administrados, mal agradecidos! ¡Válgame Dios! Allí se presentarán tantos pensamientos malos consentidos, tantas palabras indecentes pronunciadas, tantas obras viciosas ejecutadas. Allí los escándalos, las usuras, las simonías, las soberbias, las adulaciones, las murmuraciones, las envidias. Allí, en fin, tantos años de vida lastimosamente perdidos, cuyo único fruto fue

¹ Sap. II, 23. — ² Colos. III, 10.

el pecado; y allí lo mas terrible : que ninguno de estos males tendrá remedio, porque se acabó el tiempo de enmendar la vida, se acabó el tiempo de llorar los pecados, y hacer frutos dignos de penitencia por ellos : *Tempus non erit amplius* ¹.

14. Consecuencias eternas por lo presente. No hay en la vida estado tan funesto que no pueda mudarse, y que efectivamente no se mude en ella muchas veces. El que se halla esclavo del demonio por el pecado, puede por la santa penitencia salir de su esclavitud: el que abusa de los Sacramentos, y aumenta los sacrilegios, al paso que multiplica las confesiones y comuniones, puede y debe reparar todos estos males, por un uso muy santo de estas celestiales medicinas. El que vive sumergido en el lodazal de la lascivia, puede y debe arrojar de sí sus malas costumbres, abandonar los cómplices de la maldad, y hacer que los miembros que sirvieron á la iniquidad y la injusticia sirvan á la justicia y santificacion. No hay duda, cristianos mios : la voluntad del hombre es mudable, la misericordia de Dios no está abreviada, el dia de la salud no se ha pasado, y todo pecador mientras vive puede y debe detestar el pecado, y llegar á ser muy justo y santo. Pero la muerte, así como acaba con todas las cosas exteriores, haciendas, amistades, parentescos, así acaba tambien con aquella libertad que tiene el alma, mientras está en el cuerpo, de cometer el pecado ó practicar la virtud. En el estado que le halle al pecador la muerte permanecerá siempre. Desde aquel momento su voluntad será inflexible, la misericordia divina inexorable, la salud eterna imposible. Hasta entonces, como un árbol batido de los vientos, podia inclinarse á una parte ó á otra : podia estar recto mirando al cielo, ó podia hallarse inclinado hácia el infierno. Pero desde el momento de la muerte el árbol perseverará inmóvil, dice la Escritura, en el lugar que cayese : *In quocumque loco ceciderit (lignum), ibi erit* ². ¿Lo habeis oido, pecadores? Mudad la vida, reconciliaos con Dios, pues podeis y debeis hacerlo mientras vivís : no esperéis á la muerte, que entonces no podréis ni queréis; porque ella no solo hace eternas las resultas pasadas y presentes, sino tambien las futuras.

15. ¡Qué estremecimiento ! La muerte imprime en todos los que arrebatada un carácter de inmutabilidad espantosísimo. Ella los coloca en una felicidad eterna, ó en una desgracia sin fin : en el cielo para siempre, ó para siempre en el infierno. La recompensa ó castigo

¹ Apoc. x, 6. — ² Eccles. xi, 3.

que merezcan sus obras serán tan interminables como el mismo Dios. Cesarán todas las vicisitudes, se acabarán todas las mutabilidades: *In quocumque loco ceciderit (lignum), ibi erit*. Mas de seis mil años há que murieron el justo Abel y el fratricida Cain; ¿cuál es ahora su suerte? La misma precisamente que ellos hallaron en el momento de salir de esta vida, y en la misma perseverarán por los siglos de los siglos. Siempre el uno estará entre los bienaventurados, y el otro entre los demonios. Siempre Abel reinará con Dios en el cielo. Siempre Cain padecerá con Lucifer en el infierno: *In quocumque loco ceciderit (lignum), ibi erit*. Id, insipientes, en seguimiento de vuestros apetitos: proseguid en esta vida insensibles á las verdades eternas que acabais de oír, proseguid la vida envueltos en esa funestísima paz de que engañados gozais; pero entendid, que presto moriréis: entendid, que moriréis cuando menos preparados os halleis para la muerte: entendid, que una eternidad de tormentos irreparables os aguarda despues de la muerte: id, pecadores, á vuestras casas, seguid la tela de vuestras pésimas acciones; pero entendid esta verdad de fe, que cuando mas ocupados os halleis en tejér-la, cuando mas atentos os apliqueis á urdir-la, para usar del término de la Escritura, entonces las tijeras de la muerte la cortarán, y quedaréis irremediamente perdidos: *Dum adhuc ordire, succidit me* ¹. Entonces os veréis en los brazos de una muerte cierta, de una muerte oculta, de una muerte irreparable en sus consecuencias. Id, pecadores...

16. Pero ¡ay! ¿Qué alboroto, qué priesas se advierten en esa casa? ¿Qué es eso? Una práctica confirmacion de cuanto acabamos de decir. Una fuerte calentura que le ha dado á un caballero: un repentino accidente, una enfermedad grave con que ha caido en la cama una persona de distincion, y ocupada en muchas dependencias. Lllaman al médico, aplicanle medicinas, vuelve en sí, y hallase preso entre los desarreglos de su vida, y entregado en los brazos de la muerte: *In operibus manuum suarum comprehensus est peccator* ². Mírase sin haber hecho testamento, sin poner las cuentas y dependencias con claridad y arreglo, embrollados muchos negocios, usurpados muchos bienes, cometidos muchos escándalos, envejecido en mil trampas y mil pecados, y llénase de temores, agonías y sobresaltos al verse rodeado de males, de vicios y penas: *Iniquitates sue capiunt impium, et funibus peccatorum suorum constringitur* ³.

¹ Isai. xxxviii, 12. — ² Psalm. ix, 17. — ³ Prov. v, 22.

Mira con una vista turbada la revolucion de la casa, el desamparo de la familia, las lágrimas de su mujer, el llanto de sus hijos, y quiere atender al remedio de su dolor. Mira con una imaginacion horrorosamente inquieta que se ha pasado su vida como una sombra, y revuelve entre sí mil pensamientos que le conturban y espantan. *Dies mei transierunt*, dice el miserable: pasáronse mis dias, aquellos dias de mis diversiones, mis galas y mis deleites: pasáronse mis dias, y con ellos se desvanecieron mis pensamientos: *Cogitationes meae dissipatae sunt, torquentes cor meum* ¹. Las casas que edificué, los mayorazgos que fundé, las tierras que compré, los empleos que poseí, todo de un golpe voy á dejarlo con la vida: mujer, hijos, hacienda y vida, todo va de una vez á arrebatármelo la muerte: *Et solum mihi superest sepulchrum*. En breve arrojarán mi cuerpo medio desnudo en el sepulcro, me comerán los gusanos, y me convertiré en hediondez y corrupcion: *Sicine separat amara mors* ²? ¿Para qué habré yo puesto tanto cuidado en las cosas de la tierra, de que ahora me aparta una muerte amarga; ¿y por qué no he atendido á conseguir el cielo que ahora miro tan distante? Pero ¡ay! ¿De qué me sirve el conocer que la oracion, la humildad, la caridad, la castidad, la modestia, la justicia darian ahora á mi corazon descanso y alegría, si no las he practicado? ¿Y qué me importa saber que la ociosidad, la omision de mis obligaciones, el quebrantamiento de la divina ley, son ahora mi tormento, si no puedo abandonarlas, deterrarlas y aborrecerlas, porque mi tiempo se acabó? Acudiré á los Santos para que me alarguen la vida, y para que yo haga penitencia. Virgen santísima, abogada de pecadores, pedid por mí. Pero ¡ay! la Virgen reprende mi mala conducta, y representa las innumerables veces que crucifiqué á su hijo con los pecados y vicios de mi vida. Santos Ángeles protectores de los hombres, rogad por mí. Pero ¡ay! ellos corren presurosos á presentarme al divino Juez, y pues yo desestimé sus inspiraciones, ellos desatienden ahora mis suspiros. Santos Patriarcas, Profetas, Apóstoles y Mártires del Señor, pedid por mí. Pero ¡oh dolor! unos me muestran su fe acompañada de santas obras, otros su esperanza llena de inocencia, y otros su caridad adornada del martirio con que confunden mi caridad muerta, mi esperanza quimérica, mi fe inútil. Santos Confesores y Vírgenes de Dios, rogad por mí. Pero ¡qué desconsuelo! ellos me muestran sus penitencias, su silencio, su retiro, el vencimiento

¹ Job, xvii, 11. — ² I Reg. xv, 32.

de las tentaciones del mundo, del demonio y de su carne, y en vez de socorrerme, son fiscales severos para confundirme: *In quantum tribulationem deveni* ¹! ¡Ay de mí! cuánta y cuán grande es mi tribulación! Afligese el cuerpo, aumentanse sus males, llaman al confesor, danle atropelladamente los Sacramentos, y acaba la vida. ¡Oh santo Dios! ¡Oh terribleísimo Dios! ¿Qué se ha hecho la hermosura, el poder, las riquezas, los empleos, los grandes proyectos, los vastos designios de este hombre? *Cecidit, cecidit Babylon magna, et facta est habitatio demoniorum* ². Acabóse aquella soberbia, aquella ambicion, aquella locura: el cuerpo se volvió al polvo de que habia sido formado, y el espíritu marchó al tribunal de Dios á oír una sentencia que durará por los siglos sempiternos.

17. Cristianos, cristianos míos muy amados: *Dum tempus habemus, operemur bonum* ³. Ahora que Dios nos da tiempo, ahora que Dios nos llama, oigámosle, escuchémosle, enmendemos las ignorancias, las flaquezas, las malicias de nuestra vida. Demos principio por una confesion general de todos nuestros pecados, pongamos en arreglo las cosas de nuestra casa, las dependencias de nuestro oficio, las determinaciones de nuestro testamento, dediquémonos despues á la oracion, á la frecuencia fructuosa de los santos Sacramentos, á la leccion de buenos libros, al vencimiento de nuestras pasiones, á la mortificacion de nuestros vicios: *Dum tempus habemus, operemur bonum*. Abandonemos desde ahora los bailes, los teatros, las modas y todos los excesos y desarreglos de la vida: *Contendite intrare per angustam portam* (dice Dios nuestro Señor), *quia multi, dico vobis, quærent intrare, et non poterunt* ⁴. Esforzaos á entrar por la puerta estrecha de la salvacion; porque de verdad os digo: muchos querrán entrar al tiempo del morir, y no podrán. Esto clama Dios por las santas Escrituras, esto clama por sus Profetas y ministros, para no verse precisado á perderos en la muerte, y condenaros al infierno. Esto clama vuestro mismo Padre clavado en esta cruz, convidándoos con su misericordia, para que no experimenteis en la muerte inexorable su justicia: *Ecce Agnus Dei*.

18. Levanta, alma perdida, esos tus ojos y mira á Jesús, manso como un cordero que quita los pecados del mundo: mira que dulcemente te convida con su amor, los brazos abiertos, la cabeza inclinada y el corazon patente. Óyele, que con una bondad infinita te llama y convida con su misericordia: *Venite ad me omnes*. Venid á

¹ I Mach. vi, 11. — ² Apoc. xviii, 2. — ³ Galat. vi, 10. — ⁴ Luc. xiii, 24.

mi todos los que estais cargados , afligidos y atribulados, que en mi encontraréis vuestro alivio y refrigerio. Venid , enfermos de alma y cuerpo , á buscar la salud ; venid , cautivos del pecado y de Satanás, á recobrar la libertad ; venid , ciegos del alma , á recobrar la vista ; venid , muertos á la gracia , á recobrar la vida. Pecadores, venid ; justos , llegad. Yo os aliviare , yo os recreare , yo os salvaré. Venid , no aguardeis á la muerte , que entonces es tiempo de justicia y no de misericordia. Vamos , pues , todos á sus piés con un corazon contrito y humillado , y digamos todos con fervor : Señor mio Jesucristo , etc.

ESQUELETO DEL SERMON III

DE LA MUERTE.

Venient dies in te... et inimici tui... coangustabunt te undique, et ad terram prosternent te. (Luc. XIX, 43, 44).

Vendrán unos días sobre tí, en que tus enemigos te circunvalarán, y te rodearán, y te estrecharán por todas partes, y te echarán por tierra, ó te arrasarán.

1. Los enemigos del pecador moribundo son los pecados, los bienes y Dios.

Punto primero : Los pecados que cometió.

2. El pecador mientras vive, no piensa en sus pecados: la acción pasó, pero el pecado queda: ellos se presentan, v. g. Antíoco: aplicación á los pecadores.

3. Se verá la gravedad: en la hora de la muerte se quitan las nubes de las pasiones: los injustos pretextos: se retira el cebo del placer: el afeite... todo, todo es fealdad y horror... peso y medida en vida; peso y medida en la muerte.

4. Exclamación de David á la vista de sus pecados: aplicación á los pecadores: desprecio de las gracias; auxilios, Sacramentos, amonestaciones, ejemplos.

Punto segundo : Los bienes que ha de dejar.

5. ¡Qué pena para un hombre que tiene el corazón en las cosas de la tierra!... v. g. Baltasar: aplicación al pecador: perderán el oro y todas las riquezas, dignidades y empleos, personas.

6. Cambio de la naturaleza para el pecador. Sol, luna... ya no hay objetos agradables, ya la naturaleza le va á dejar solo.

7. ¡Qué tristes reflexiones entonces!... yo que poseía tantos bienes, tanta gloria, tanto poder, todos los goces! ¿y ahora? ¡todo ha desaparecido! ¿de qué me ha servido?... solo una mortaja: me veo abandonado de todos; me quedo solo: exclamación de Agag.

Punto tercero: La justicia de Dios.

8. Antes no pensaba, y ahora ve juicio, infierno, eternidad, demonios. Y si alguna vez le remordia, se decia: Dios es bueno y misericordioso; pero ahora ve que es justiciero. ¡Ay! ahora todo lo cree, no duda. Va á ser juzgado ¡y por Dios! Juez que lo sabe todo, que lo ha visto todo, Juez irritado, poderoso, inflexible, ¿qué haré?...

9. ¿Qué hará el moribundo pecador á la vista de aquel aparato? todo contribuye á la muerte malísima del pecador.

10. La vista de los demonios... enemigos que le asedian en la cama del dolor, levantan sus baterías, tentaciones, desesperacion, blasfemias, v. g. Faraon en el mar Rojo: el hombre de que habla Amós: exclamaciones del pecador.

11. Es llegada ya la hora de morir... ¡ay!... ¡ay!... yà no hay mas tiempo! Se ha de cortar el árbol. ¡Ay que tengo desarreglados mis... llamad corriendo á un confesor, á un notario. ¿No se alargarà un poco el tiempo? ¡No!... Ha llegado la hora!...

12. Descripcion de las agonías de la muerte. Llegada del sacerdote.

13. Muerte: ya murió como el Epulon: ya murió ese hombre voluptuoso, blasfemo, vengativo, avaro, gloton: ya ha muerto esa mujer mundana, idólatra de su cuerpo, ya...

14. Domésticos, vosotros llorais al ver al cuerpo muerto, ¡ah si viérais su alma condenada! Ahí está; nunca jamás saldrá del...

15. ¡Oh muerte de los pecadores!... Conclusion... Enmendad. la vida, porque: *Forma vivendi est modus moriendi*.

16. No esperéis hacer la penitencia en la hora de la muerte. Ahora... Acto de contricion: Señor mio Jesucristo, etc.

SERMON III

SOBRE LA MUERTE DE LOS PECADORES.

Venient dies in te... et inimici tui... coangustabunt te undique, et ad terram prosternent te. (Luc. XIX, 43, 44).

Vendrán días desgraciados para ti, y tus enemigos te estrecharán de todas partes, y te postrarán en tierra.

1. ¿Qué días tan aciagos para vosotros, amados hermanos, son esos, en que deben cercaros multitud de formidables enemigos, embestiros de todas partes para derribaros en tierra y perderos irremisiblemente para siempre? Cristianos, ése es el tiempo de la muerte, si no os prevenís con la penitencia. Pero ¿qué formidables enemigos son esos que deben entonces embestiros de todas partes y haceros una guerra cruel? *Et inimici tui coangustabunt te undique, et ad terram prosternent te.* Temblad, pecadores, y sobrecogeos de un terror saludable: son todos los innumerables pecados que hayais cometido durante vuestra vida y que no podréis reparar ya por una sincera penitencia: son todos esos falsos bienes á que tan perdidamente os aficionais y de que os sentiréis privados á la fuerza y despues de muchos combates. Es la justicia de un Dios vengador, de un Dios omnipotente que habeis provocado é irritado, y que ya no podréis aplacar, porque habrá llegado á su colmo. Tales son, pecadores, los crueles enemigos que os cercarán á la hora de la muerte, os embestirán por todas partes, y os harán perecer desgraciadamente sin que os podais defender: *Et inimici tui coangustabunt te undique, et ad terram prosternent te.* En lo pasado (conservad esto en la memoria, porque si en estas tres palabras no encontrais motivos eficaces de penitencia, no veo á la verdad nada en la Religion que sea capaz de moveros y convertirlos), en lo pasado, digo, veréis enormes pecados que ya no podréis reparar; primera causa de vuestra desesperacion. En lo presente descubriréis falsos bienes amados con exceso que ya no podréis retener; segunda causa de vuestra desesperacion. Por último en lo venidero columbraréis males infinitos que no habeis temido lo bastante y que ya no podréis evitar; tercera y

última causa de vuestra desesperacion. Este es todo el asunto de mi discurso.

Señor, á Vos os toca mover los corazones. Quebrantad los nuestros y penetradlos de un saludable temor que nos obligue á precaver la desgracia espantosa y la terrible desesperacion de una mala muerte. Os pedimos, Dios mio, esta gracia por la intercesion de la Virgen : *Ave María*.

Punto primero.

2. El primer origen de la desesperacion del pecador es que ve á la hora de la muerte todos los pecados cometidos en vida y que ya no está en su mano reparar. Es constante, cristianos oyentes, que el pecador mientras vive no piensa casi en sus pecados, ya porque absorban su atencion otros objetos, ya porque le obcequen y endurezcan las pasiones; y aun cuando se llega á los piés del confesor para declararlos en confesion, por lo comun se le olvidan los mas de sus pecados, de suerte que á no hacer un exámen formal y una investigacion muy sincera casi le es imposible recordarlos. Desgraciado efecto de nuestros pecados, exclama san Pedro Crisólogo, que huyen de nosotros cuando los buscamos para matarlos con la espada de la penitencia : *interfectrix peccatorum, pœnitentia*; pero que nos buscan en los últimos instantes de la vida para causarnos un terror mortal con sola su vista. La comision del pecado pasa; pero queda el haberle cometido. No os engañeis, pecadores: vuestros pecados, aunque ocultos, olvidados y desconocidos á la hora presente, no están extinguidos, expiados ni reparados. Existen como los cometisteis; subsisten en la presencia de Dios con toda su gravedad y malicia: están como alelargados en vuestra memoria, dice san Bernardo, que como fiel depositaria debe un dia ponéroslos todos á la vista para acusaros. En una palabra, yacen sepultados en el fondo de vuestra conciencia para aparecer en la hora fatal de la muerte cuando Dios os llame á juicio y os los ponga delante á fin de confundiros y perderos. Tal fue, hermanos, la aciaga suerte del desventurado Antíoco postrado en el lecho de la muerte. No sabemos que durante su vida se acordase de sus pecados y sacrilegios, sin embargo de ser un principe perversísimo que cometió espantosos crímenes, hizo horrible matanza en toda la Judea, llevó sus execrables atentados hasta el santuario, y sin respetar la majestad de Dios manchó el templo con sacrilegas profanaciones. Á pesar de esto repito que no sabemos

que durante su vida hiciese la menor reflexion sobre todos sus delitos; á lo menos no nos lo dicen los Libros sagrados. Pero en cuanto ve acercarse la hora de la muerte, el impío se turba, se confunde, y reconoce amargamente la espantosa catástrofe á que está expuesto. Múdasele el color y queda conmovido y aterrado. ¡Ay de mí! dice á todos sus amigos reunidos al rededor de su lecho: ¡á qué tribulacion, á qué cruel situacion me veo reducido yo que estaba tan contento y era tan querido en mi poderío y dominacion! *In quantam tribulationem deveni qui jucundus eram et dilectus in potestate mea* ¹. ¡Ahora me acuerdo de todos los horrendos escándalos que he cometido en Jerusalem, y conozco que por eso me acontecen estas desgracias: *nunc vero reminiscor malorum quæ feci. Cognovi ergo quia propterea invenerunt me mala ista* ². Y ve aquí que perezco: *et ecce pereó*. ¡Oh furor! ¡Oh desesperacion! Aquí teneis, mis amados oyentes, una imágen tan fiel como terrible de lo que debe acontecer al pecador moribundo. Los pecadores, semejantes á aquel Rey sacrilego, para pecar mas libre é impunemente en vida cierran los ojos á fin de no ver el horror de sus prevaricaciones y el número de sus desórdenes: para evitar la vergüenza de conocerse y la pena de sentir todos los remordimientos de la conciencia rien, se divierten y se disipan, y no hay pasiones, entretenimientos, delicias ni deleites á que no se entreguen dia y noche para poder eludir así hasta la mas leve memoria de sus extravíos. Pero en la hora terrible de la muerte abrirán los ojos mal que les pese, y Dios les hará ver distintamente y como de una ojeada en el fondo de su corazon todas las infamias y crímenes de su vida entera: *cum dormierit, aperiet oculos suos* ³. ¡Oh cielos, qué espantoso abismo de pecados, de perversidad y de malicia se abrirá de repente á vuestra vista! Entonces veréis en toda la amargura de vuestra alma esa muchedumbre innumerable de pecados que renacen de lo íntimo de vuestra conciencia, aunque sepultados de tan antiguo en el mas profundo olvido. ¡Ah! exclamará el pecador todo turbado y lleno de terror, ahora me acuerdo á mi pesar de lo que tanto empeño puse en olvidar durante mi vida culpable y sensual. Entre la multitud casi infinita de pensamientos, palabras y obras que debian ser todas para Dios solo, apenas encuentro una que no sea un pecado contra él, un desprecio de su misericordia y una transgresion de su ley: *nunc vero reminiscor malorum quæ feci*. Sí, ahora me acuerdo de tantas abominables impu-

¹ I Mach. vi, 11. — ² Ibid. 12, 13. — ³ Job, xxvii, 19.

rezas á que me he entregado sin temor ni vergüenza, sin querer hacer nunca la menor reflexion sobre mi errada conducta. Consentimientos secretos, deseos criminales, esperanzas concebidas, ocasiones buscadas, tratos escandalosos, pláticas lascivas, libertades torpes, palabras obscenas, canciones deshonestas, miradas atrevidas, liviandades y deleites, todo, todo está tan presente á mi memoria como si acabara de cometerlo: *nunc vero reminiscor malorum quæ feci*. ¡Y de cuántas otras pasiones criminales he sido tambien esclavo á pesar de la turbacion y de los remordimientos que me desgarraban y que yo me esforzaba á sofocar! ¡Qué série de delitos descubro en los años que he vivido! ¡Qué de pecados, qué de desórdenes, qué de escándalos! En todas las edades de mi vida no veo mas que odio, ira, venganza, injusticia, traicion, maledicencia, calumnia, intemperancia, vanidad ridícula, planes ambiciosos, desprecio declarado de Dios, profanacion de las cosas santas. ¡Cuán terrible espectáculo es para mí la desventurada historia de mi vida que se me representa en esta última hora! ¡Qué mortales dolores me causan los pecados cometidos con tanta complacencia! ¡Qué sobresaltos y qué terror me producen los agudos remordimientos de mi conciencia que siempre he despreciado! ¡Qué profundo arrepentimiento, qué horrible desesperacion excitan en mi corazon las gracias despreciadas, los Sacramentos profanados, las instrucciones desaprovechadas, el tiempo mal empleado, los auxilios y medios de salvacion desperdiciados! Pero, cristianos, no es esto bastante.

3. No solo se le representarán al pecador la innumerable muchedumbre de sus pecados á la hora de la muerte, sino que penetrará y comprenderá toda la enormidad, toda la malicia y toda la deformidad de ellos; nuevo aumento de turbacion y desesperacion para él. Hasta que me cercaron los dolores de la muerte, decia el Real Profeta, yo no oia mas que confusamente el estruendo que hacia á mi redor el torrente de mis iniquidades; pero ahora que se presenta delante de mí la muerte y veo cada cosa con claridad y sobre todo el pecado tal como es, la consideracion de todos los que he cometido me turba, me aterra y me causa un espanto que no puedo disipar: *Circumdede runt me dolores mortis, et torrentes iniquitatis conturbaverunt me*¹. En efecto, no imagineis que en la hora de la muerte os cieguen é infatúen las mismas preocupaciones, los mismos pretextos, las mismas pasiones que ahora os ciegan é infatúan.

¹ Psalm. xvii, 3.

No, en aquella hora se ven y consideran los pecados de otra manera que en vida. Entonces se tienen otras ideas y se juzga diversamente de las cosas; en fin se empieza á conocer á Dios y conocerse á sí mismo. Entonces se disipan las nieblas que no nos dejan ver aquí las cosas con claridad, desaparecen todas las falsas preocupaciones, los injustos pretextos con que cohonestamos nuestros desórdenes; se extinguen las pasiones mas vehementes y cae el encanto del pecado. Despojado del cebo del placer bajo del cual se nos oculta toda su malicia, se nos presenta en aquella última hora sin afeite ni artificio, enteramente desnudo y con toda su fealdad y perversidad. ¿Lo entendeis, hermanos míos? Á la hora de la muerte descubriréis toda la deformidad de vuestros pecados, sin que nada pueda disminuirlos ni atenuarlos. Veréis todas las extravagancias de vuestra vanidad, toda la sordidez de vuestra avaricia, toda la infamia de vuestras calumnias, toda la impiedad de vuestras blasfemias, toda la crueldad de vuestras venganzas, todo el horror de vuestras concupiscencias. En una palabra, todo lo pesareis en el peso del santuario, porque como dice san Juan Crisóstomo, hay peso y peso, medida y medida, *pondus et pondus, mensura et mensura*, un peso para el tiempo de la vida, y otro peso para el tiempo de la muerte. Durante la vida la impureza pasa entre los hombres voluptuosos por entretenimiento y galantería, y la miran como una fragilidad perdonable que Dios excusará; pero á la hora de la muerte ¡cómo mudarán de parecer y de lenguaje! Entonces la considerarán como una torpeza escandalosa, como una profunda corrupcion del corazon, como una licencia horrible y como voraz llama que se asemeja á las del infierno: *pondus et pondus, mensura et mensura*. Durante la vida la usurpacion, el hurto, los pleitos injustos, los contratos usurarios, el sobreprecio de las mercaderías en venta no parecen á los injustos detentores de lo ajeno mas que habilidad y destreza en la negociacion, y como otros tantos medios seguros y lícitos de allegar riquezas; pero á la hora de la muerte juzgarán de diversa manera, y todos esos modos de enriquecerse tenidos por inocentes les parecerán, como son en efecto, fraudes, rapiñas, picardías, injusticias, latrocinios: *pondus et pondus, mensura et mensura*. Durante la vida el murmurar del prójimo, el contar sus flaquezas y defectos, el infamarle y quitarle la honra en todas las concurrencias y tertulias, todo esto parece inocente y aun necesario á la mujer mundana para hacer festiva la conversacion, con tal que se observe cierto miramiento y artificio; pero á la hora de la muerte ¡qué diferentes

ideas tendrá, cuando todas esas detracciones y murmuraciones se le presenten como indignas vilezas, infames perfidias y crueles homicidios, porque la honra, hermanos, no es menos estimada de los hombres que la vida! *Pondus et pondus, mensura et mensura*. En fin, para concluir, todos los pecadores, quienquiera que sean, miran en vida el pecado como un pasatiempo, un acto de cortesanía, una distraccion razonable, una prudente contemporizacion, una agudeza, un juego inocente, una friolera, un placer permitido; pero ¿cuál será su sorpresa á la hora de la muerte, cuál será su sobresalto y su secreta desesperacion cuando reconozcan que aquellos pecados de que tan poco caso hacian, y que cometian riéndose, son en realidad transgresiones mortales, infracciones esenciales de la ley, violaciones de la caridad, rebeldías y atentados contra la santidad, la majestad y la soberanía de Dios, dignas mil veces del último suplicio? *Pondus et pondus, mensura et mensura*. Sí, pecadores, os dice el Profeta, esos pecados que en vida os parecen tan pequeños y tan leves, que disculpa el mundo ciego y réprobo, que no os dignais de examinar siquiera y que en cierto modo conculcais con vuestro olvido y desprecio, *iniquitas calcanei mei*¹; esos pecados, repito, se acrecentarán á la hora de la muerte, subirán por cima de vuestra cabeza y os cercarán por todas partes: *iniquitas calcanei mei circumdabit me*. ¡Singular expresion del Profeta! Esos pecados serán como otros tantos mónstruos horribles, otros tantos toros furiosos y leones embravecidos que os asediarán y oprimirán de todas partes, causándoos su sola vista las mas terribles zozobras. Tú, desventurado pecador (así dice san Bernardo que hablarán en aquella última hora), tú nos creaste, nos produjiste, nos engendraste en tu corrompido corazon; tú nos diste á luz: *Tu nos egisti; opera tua sumus*. Nosotros somos tus hijos y obra tuya: nosotros hicimos tu alegría, tus placeres y tus delicias. *Tecum semper erimus; tecum pergemus ad judicium*; la escena se ha cambiado para tí, porque de aquí adelante serémos unos horribles mónstruos que te aterrarán, unas serpientes feroces que te despedazarán, unos verdugos implacables que te atormentarán, unos hijos crueles que te seguirán á todas partes, te conducirán al tribunal de Dios y bajarán contigo hasta el infierno para darte continuo tormento y muerte eterna: *Tecum semper erimus: tecum pergemus ad judicium*.

4. ¡Ah! concebid, si es posible, cuál será vuestra turbacion,

¹ Psalm. LXVIII, 6.

vuestro espanto y vuestra desesperacion á la vista de todos vuestros pecados, que como encarnizados enemigos os harán una guerra cruel sin poder vosotros defenderos. Señor, exclamaba el santo rey David en el fervor de su penitencia, no puedo vivir mas : la turbacion, el pesar y la inquietud me matan por decirlo así, y estoy fuera de mí cuando considero la magnitud de mis iniquidades y las veo multiplicadas al infinito. Estoy conmovido y penetrado hasta la medula de mis huesos, y no tengo quietud de dia ni de noche : *non est pax ossibus meis à facie peccatorum meorum* ¹. Hermanos míos, así hablaba un rey, y un rey penitente y seguro del perdon de sus delitos ; sin embargo estaba turbado, sobrecogido, consternado y como muerto á vista de la horrenda escena que le representaban sus extravíos y desórdenes. Inferid, pues, cuál será el estado terrible y desesperado en que os encontraréis á la hora de la muerte, cuando absorba enteramente vuestra atencion la multitud de los pecados que no podréis ya destruir ni reparar por una penitencia sincera. Pero ¡ cuál será el colmo de vuestra afliccion y desconsuelo, cuando traigais á la memoria otros muchos enormes pecados en que tal vez no habeis pensado jamás y que entonces harán violentísima sensacion en vuestras almas ! Hablo de todos esos indignos desprecios, de esos criminales abusos que haceis diariamente de las gracias de Dios, las cuales se os dieron solo para evitar el pecado ó ayudaros á reparar los cometidos. ¡ Qué amargo desconsuelo para vosotros cuando recordeis cuántos auxilios y medios de salvacion habeis desaprovechado y aun convertido en perdicion vuestra, cuántas luces habeis sofocado, cuántas inspiraciones habeis desechado, cuántos Sacramentos habeis despreciado ó profanado, á cuántas instrucciones y amonestaciones os habeis mostrado empedernidos, á cuántos santos ejemplos habeis sido insensibles, en fin, cuántos dias, meses y años habeis empleado en acumular y multiplicar desórdenes, debiendo haberlos empleado en vuestra salvacion ! ¡ Ah ! direis entonces, si hubiéramos sido fieles siquiera á una parte de las gracias con que Dios nos previno continuamente en el discurso de nuestra vida ; si por seguir la voz esforzada que nos llamaba á la penitencia, hubiéramos abandonado la dura esclavitud del mundo, del demonio y de la carne de quienes nos hemos dejado dominar siempre ; ¡ ay de nosotros ! nos hubiéramos santificado, ahora moriríamos en paz y en el ósculo del Señor, y despues de la muerte mas tranquila y feliz

¹ Psalm. xxxvii, 4.

tendríamos sin duda parte en la herencia celestial. Pero por haber recibido en vano esas gracias preciosas, por haberlas despreciado y aun combatido, y porque á virtud de nuestra obstinacion no nos han atraído ni convertido á Dios, se levantan contra nosotros para perseguirnos y vengar al Señor, para condenarnos y ser justo motivo de nuestra reprobacion. En vez de aquella santa tristeza, de aquella contricion saludable y vivificante que debian excitar en nuestro corazon, no nos causan ahora mas que remordimientos, pero remordimientos que nos desgarran; tristezas, pero tristezas que nos abaten; arrepentimientos, pero arrepentimientos que nos devoran; terrores, pero terrores que nos traspasan, nos enajenan y llegan al extremo del furor y de la rabia. Tales son, cristianos, las crueles y terribles reflexiones que hace el pecador á la hora de la muerte considerando lo pasado, porque ve los pecados cometidos é imposibles ya de reparar, y las gracias que ha despreciado y de que ya no se puede aprovechar. Pero no le consterna menos la consideracion de lo presente, porque le pone á la vista unos bienes demasadamente amados y que ya no puede retener: segundo motivo de su desesperacion.

Punto segundo.

5. Ni la herida de un rayo es comparable con el golpe que experimenta un pecador locamente aficionado al mundo, deslumbrado por la gloria perecedera, reducido al estado de los brutos por los placeres sensuales y mas apegado á los bienes terrenos que los paganos á sus ídolos, cuando á resultas de la última enfermedad se ve obligado á dejar para siempre lo que hacia el embeleso de su vida y el objeto de sus deseos, cuando algun amigo fiel, cansado de las complacencias y lisonjas, viene á decirle como el Profeta á aquel antiguo Rey de Judá: *Dispone domui tuæ*, piensa en tí. Juzgad de su situacion por el asombro y espanto del impío Baltasar, cuando en medio de un espléndido banquete columbró una mano misteriosa que escribia enigmáticas palabras en la pared, palabras terribles que no significaban otra cosa sino que era llegado el tiempo de la ira divina; que le quedaban pocos instantes de vida; que su reinado habia concluido, y que todos sus Estados iban á ser invadidos, divididos y repartidos pasando á manos extrañas. ¡Qué espectáculo tan terrible para aquel Príncipe infeliz! Al instante, dice la Escritura, su pálido rostro se cubre de sudor, se le erizan los cabellos,

se le hiela toda la sangre en las venas ; sus tristes pensamientos , sus crueles reflexiones le turban , le confunden y agitan con tanta violencia , que no parece sino que sus huesos se desencajan , sus rodillas tambalean , sus entrañas se parten y va á exhalar el último suspiro . ¡ Cómo ! exclama abatido de dolor , perder yo la vida y con ella todos mis deleites , todo mi esplendor , toda mi gloria , mi corona , mis Estados , mi reino ! Pero en vano clama y suspira : es llegada su última hora , y no la suspenderán todos sus clamores y suspiros . Vanos son los esfuerzos de sus cortesanos , sus compañeros de liviandades , sus concubinas y sus falsos intérpretes para consolarle y tranquilizarle dando una significacion favorable ó menos fatal á aquellas palabras tan misteriosas como terribles . Nada , nada puede calmar su cruel sobresalto : al fin muere , y muere desesperado . Tal será , hermanos míos , el asombro y la desolacion del impío moribundo á vista de las riquezas , de los honores , de los placeres y de la misma vida que tan locamente habia amado y que vendrá á arrebatarse de repente la muerte . Porque si la sola idea de la muerte es tan amarga para el hombre que vive tranquilo en medio de las comodidades y delicias , como dice la Escritura : *O mors , quam amara est memoria tua homini pacem habenti in substantiis suis* ¹ ! ¡ qué consternacion y qué espanto no le causará la presencia de la muerte misma cuando le arrebate efectivamente todo lo que halagaba sus pasiones , cuando Dios le haga vomitar las riquezas que devoró ! *Divitias quas devoravit , evomet , et de ventre illius extrahet eas Deus* ² . Si , pecadores , esas riquezas , esas heredades y posesiones en que hallais toda vuestra alegría , vuestra felicidad y vuestra paz , y en que descansais como en vuestra propia sustancia ; *homini pacem habenti in substantiis suis* ; ese oro que atesorais con tantos afanes y conservais con tanta ansia adorándole como á un ídolo ; esos bienes superfluos que quitais injustamente á los pobres ; ese salario de que privais á vuestros criados y sirvientes ; esa sangre de la viuda y del huérfano con que engordais ; todo lo vomitaréis á la hora de la muerte para que no lo poseais á costa de tantos infelices : *divitias quas devoravit evomet* . Esas dignidades y empleos , todos esos frívolos honores y vanas distinciones de que os alimentais ; esos placeres sensuales que dominan y corrompen vuestro corazon ; todos esos objetos peligrosos , esas indignas criaturas que se han convertido en cierto modo en vuestra sustancia por el amor violento y desordenado

¹ Eccl. xli , 1. — ² Job , xi , 13.

que les teneis, os los arrebatará la muerte, y os despojará de ellos para siempre. Aun mas, las sacará Dios de vuestro vientre: *et de ventre ejus extrahet eas Deus*. Y ¡cuál será vuestro dolor y desesperacion en aquella hora terrible, cuando oigais á un Dios justamente enojado y cansado de vuestra obstinacion decir á la muerte: corta ese árbol, *succidite arborem!* ¡Cómo os quedaréis cuando diga: Sacude sus hojas y flores: *excutite folia ejus*; desparrama su fruto: *dispergite fructum ejus!* Sentencia espantosa, hermanos mios, que se ejecuta en el mismo instante en la persona del pecador moribundo: porque apenas la ha pronunciado el soberano Señor de la vida y de la muerte, el desdichado pecador ve con el mas amargo pesar que todo le abandona y huye de él: que pierde irremisiblemente y para siempre todo lo que mas amaba, todo lo que le hacia la vida tan dulce y agradable. Mujer, hijos, parientes, deudos, amigos, criados, todas las personas tan tiernamente amadas de él en otro tiempo le dicen adios para siempre. Se acabó el mundo para él en aquella hora cruel. ¡Qué suplicio perder á un mismo tiempo la vista, el trato y la posesion de él, y todo lo que hacia tan grata y deliciosa su mansion en él!

6. Ya empiezan á verificarse respecto de él la oscuridad del sol, la palidez de la luna, la caida de las estrellas, la confusion de los elementos y todos los prodigios que han de acontecer cuando venga el Hijo de Dios al fin del mundo. Ya no hay para él luz en el sol, ni firmeza en la tierra, ni lazos entre los elementos, ni union y comunicacion con los hombres, ni apoyo y amparo en su desgracia. Ya no hay objetos agradables que halaguen sus sentidos, ni esperanzas falsas que seduzcan su imaginacion, ni sensualidades que satisfagan su carne corrompida: sus pasiones no tienen ya objetos en que cebarse. Los bienes temporales, las diversiones y pasatiempos, los saraos y concurrencias, los banquetes y comilonas, los placeres y delicias, las dignidades y empleos, los honores y distinciones, la aprobacion del mundo y hasta la vida que era el fundamento de todos estos bienes, todo se disipa y desaparece á sus ojos, todo se anonada y huye de él para siempre como si el mundo no existiera: *fugit terra et cælum*. Toda la naturaleza le abandona y va á dejarle solo dentro de un instante ante el tribunal formidable de su Dios. ¡Ah! cristianos, ¿se puede concebir una desgracia mas horrible, una situacion mas singular y desesperada? Tal será la vuestra, pecadores, en la hora terrible de la muerte.

7. Pero ¡qué tristes reflexiones no haréis entonces! Sumergidos

en la amargura de vuestro corazon y penetrados de la mas honda desesperacion exclamaréis: ¡Cuál es mi abandono y desnudez! Yo que poseia tantos bienes, tanta gloria y tanto poder, que no negaba ningun goce á mis sentidos, que gustaba todas las delicias de la mesa y no carecia de nada de cuanto podia satisfacerme, y ahora estoy privado de todo, separado y despojado de todo, desnudo como salí del vientre de mi madre, sin riquezas, sin honores, sin autoridad, sin valimiento: *nudus egressus sum de utero matris meæ, et nudus revertar illuc* ¹. ¿De qué me sirve ahora haber amado tan locamente mi cuerpo, haberle hecho mi ídolo, haberme convertido en su esclavo, haber puesto todo mi conato en halagarle y contentarle, haber preferido sus comodidades á mis intereses eternos, y cifrado mi dicha en captarle el afecto y consideracion del mundo? Pronto estará desnudo y despojado de todos los adornos que mantenian mi vanidad, despreciado de todos los que se afanaban por servirle, entregado á la podredumbre y los gusanos, mientras que mi pobre alma va á caer en las manos de un Dios vengador para ser precipitada en las voraces llamas del infierno. ¿De qué me sirve ahora haber allegado riquezas y tesoros, haber poseido haciendas, comprado ó edificado soberbias casas, tenido magníficos muebles, ocupado los primeros cargos y dignidades, y trabajado tanto por dejar rica y próspera á mi familia? ¿De qué me sirve haber gozado de todas las diversiones, placeres y delicias de la vida, y haber sido tan dichoso que mi voluntad parecia el solo árbitro de mi fortuna? ¡Ah! en un instante me van á ser arrebatadas todas esas frívolas ventajas. La muerte como un ladron astuto está á punto de quitármelas: mis herederos son ya dueños de ellas, y solo me queda á mí el sepulcro: *solum mihi superest sepulchrum* ². De tantas riquezas y galas, de tantas habitaciones y muebles no me queda mas que una pobre mortaja, un reducido ataúd y cuatro piés de tierra para ser sepultado y servir de pasto á los gusanos. De tantas distinciones, honores y gloria que me ensalzaban sobre el comun de los hombres y me hacian una especie de divinidad del mundo, nada me queda mas que el verme confundido en el polvo del sepulcro con los hombres mas oscuros y despreciados. Me veo abandonado de tantos parientes y amigos, de tantas personas queridas, de las cuales unas se afanaban por servirme y otras por complacerme, formando el embeleso y delicias de mi vida, y ahora tengo que pasarme solo, sin proteccion ni compañía,

¹ Job, 1, 21.— ² Job, xvii, 1.

en una region ténebrosa y desconocida, como un infeliz que fuese expuesto en una isla desierta ó en un país inculto y horroroso. ¡Cuán desgraciado soy! Apenas he gustado de prisa y corriendo la falsa felicidad de este mundo, viene la muerte á arrebatármela. Creía á lo menos poseerla todavía algun tiempo y gozarla unos cuantos años; y vé aquí que muero: *et ecce morior*. ¡Oh muerte desapiadada y cruel! diréis entonces con Agag enajenado de la mas violenta desesperacion, ¿así me separas de todo cuanto mas amo en esta vida? *Siccine separat amara mors*¹? ¿Por qué cortar tan en breve el hilo de una vida la mas tranquila y dichosa? Si á lo menos pudieras detener por algun tiempo tu brazo, suspender el golpe y no descargarlo hasta que poseyese y gozase mas todos estos bienes. Pero vanos é inútiles deseos, que no harán mas que aumentar el sentimiento, la amargura y la desesperacion del pecador. ¡Ah! ¡y si fuera solo esto! Pero despues de haber considerado los pecados ya irreparables y los bienes presentes que tanto ama y ya no puede conservar, no descubrirá en lo porvenir mas que males horribles, antes no bien temidos y entonces ya inevitables: tercero y último motivo de su desesperacion que será el colmo de todas sus desgracias.

Punto tercero.

8. En efecto lo que colma la medida de la desesperacion del pecador moribundo, es que ve en lo porvenir males antes no bien temidos y entonces ya inevitables. ¿Y qué males son esos? Un juicio irrevocable, un infierno que se va á abrir bajo de sus piés, una eternidad de fuego que va á ser su herencia, los demonios que se preparan á atormentarle sin compasion y sin tregua: eso es lo que le abate, le desconsuela y le hace morir anticipadamente de espanto. Ese pecador en vida no pensaba en estas tremendas verdades, y las oía predicar como vosotros con la mayor serenidad y sin alterarse. Para vivir mas tranquilo en medio de sus desórdenes las olvidaba y se hacia insensible á ellas; y si á veces se sobresaltaba su conciencia, lenia cuidado de calmar los remordimientos representándose un Dios bueno y misericordioso: muchas veces satisfecho de la sutileza de sus argumentos y de la fuerza de su ingenio dudaba de ellas, no las creía, se reía y burlaba claramente de la excesiva credulidad de

¹ I Reg. xv, 21.

la gente sencilla. Pero ahora ¡cómo ha mudado de sentir y de lenguaje! Todo lo cree; ya no duda de nada; ya no pregunta con espíritu de irreligiosa é impía mofa si hay ó no infierno, si es un cuento ó una verdad constante lo que le han enseñado de la eternidad y de los demonios. Ahora está bien convencido para su desgracia. Todo lo que ha oído decir de los juicios de Dios, del estado de los condenados y de los tormentos que padecen, se presenta á su memoria con imágenes tan vivas y sorprendentes, que se halla consternado y abatido. Y ¿cómo no ha de estarlo cuando sabe, conoce y ve que va á ser juzgado? Y ¡por qué juez! Por un juez infinitamente ilustrado que ha sido el testigo ocular de todos sus desórdenes, sin que hayan podido escapársele ni las mas leves faltas, ni los mas secretos deseos; por un juez sumamente equitativo que juzgará las mismas virtudes y justicias y castigará sin distinción á todos los culpables; por un juez omnipotente que puede perder el cuerpo y el alma á un tiempo, y tiene en sus manos el rayo para confundirlos y aniquilarlos; por un juez irritadísimo, de quien él ha sido siempre cruel enemigo, á quien ha ultrajado, despreciado, abandonado por unas viles criaturas y crucificado mil y mil veces en su corazón, no debiendo por consiguiente esperar ahora mas que un juicio severo y rigurosísimo; por un juez inflexible que por nada se ablandará ni aplacará y cuyas sentencias son eternas é irrecusables. Ya le parece ser citado ante el temible tribunal de este supremo juez, y oír la terrible sentencia que le condena al fuego eterno. ¡Ah! exclama lleno de terror, ¿qué haré cuando se levante Dios de su trono para juzgarme? Y ¿qué le responderé cuando me preguntare? *Quid enim faciam cum surrexerit ad judicandum Deus? Et cum quæsierit quid respondebo illi* ¹? Nunca le he visto, y ahora por la primera vez voy á verle como un juez terrible. Yo salí de las manos de este Dios todopoderoso sin conocerle; jamás le he conocido sino bajo imágenes proporcionadas á la debilidad de mis sentidos. La razón me ha dicho que era mi autor, y la fe me ha enseñado que era mi salvador y mi padre; pero nunca he tenido la dicha de verle bajo estas formas benéficas: he creído sin ver todos los extremos de su misericordia para conmigo. Y por colmo de mi desgracia y de mi desesperación, ¿habrá de ser el primer atributo que yo vea, su dignidad de juez, y de juez supremo, indeclinable, omnipotente, enojado é inflexible? ¿Á dónde iré para huir de él? ¿Á dónde me refugiaré para

¹ Job, xxx, 14.

sustraerme de su vista ? ¿ En dónde me esconderé para evitar su tremenda ira ? ¿ En los cielos ? Pero un pecador como yo no debe aspirar á esa dichosa mansion. ¿ En la tierra ? Pero ya no hay mundo para mí. ¿ En el infierno ? ¡ Ah ! desventurado, bien merecido le tengo ; esa debe ser mi morada si el Señor hace justicia.

9. Ahora concebid, si podeis, mis amados oyentes, el nuevo espanto y horror que causará en un pobre pecador moribundo la vista anticipada de aquellas hogueras inextinguibles, de aquellas tinieblas horrendas, de aquellos lagos de fuego y azufre, de aquellos calabozos abrasados, de aquellos terribles abismos, de aquellos tormentos y suplicios, de aquellas lóbregas cárceles donde no se escuchan mas que gritos de rabia y desesperacion y rechino de dientes, de aquella eternidad desdichada que ha merecido, de aquel infierno que habia mirado siempre como una ilusion y un sueño ó á lo menos como una cosa muy remota, y ahora solo dista de él un instante ; de esa eternidad espantosa que con ser inmensa é infinita está ya reunida en su espíritu y empieza á oprimirle con todo su peso. Juntad todos estos horrores, y pesadlos y meditadlos, y sin dificultad confesaréis que no hay cosa mas temible y horrorosa que la desgracia de un pecador que muere en pecado.

10. En fin ¿ quién podria expresar jamás el justo terror que le causa en la última hora la vista de los feroces demonios á quienes preve que va á ser entregado por toda la eternidad ? ¡ Ah ! esos verdugos inhumanos, esos ángeles de tinieblas, esos demonios bárbaros y crueles, impacientes por gozar de su presa, no aguardan que baje al infierno para apoderarse de ella y atormentarla. Vienen á embestir y asediar al pobre pecador agonizante hasta en el lecho de muerte, y empiezan á ejercitar en él todo su furor y su rabia. Asáltanle con mil tentaciones horribles : los unos le inducen á movimientos de desesperacion ; los otros le infunden pensamientos de blasfemia ; otros le proponen todavía los objetos de su pasion bestial ; todos en fin le estrechan y le fuerzan á rendirse para precipitarle con ellos en el abismo. ¡ Oh Dios ! ¡ qué terrible desgracia ! ¡ qué espantosa situacion ! Para tener una idea aun mas exacta de ella representaos la consternacion y turbacion del impío y empedernido Faraon, cuando repentinamente se vió sepultado en las olas del mar Rojo con todo su ejército. Bien hubiera querido él volver piés atrás ; pero el mar le habia cerrado el paso : bien hubiera querido tomar tierra y salvarse, aunque le hubiese costado todo su reino ; pero la falta estaba cometida, y habia necesariamente que perecer. Vedle se-

pultado en las aguas vengadoras; ya no tiene retirada, ni auxilio, ni esperanza: no veía, ni tocaba, ni respiraba mas que agua; por delante, por detrás, á los lados se levantaban montañas de agua para hundirle y sumergirle. Triste imágen de la situacion del pecador á la hora de la muerte, cuando las olas de la justicia de Dios caen sobre él y le cubren por todas partes, sin dejarle la vuelta á la vida ni la menor vislumbre de esperanza. Parécese tambien á aquel hombre infortunado de quien habla el profeta Amós, que encontró en el camino un leon furioso; vuélvese y toma otro rumbo; pero tropieza con un oso rabioso que le persigue; tuerce el camino segunda vez y se dirige á su casa; pero al entrar en ella le asalta una serpiente y le despedaza: *Quomodo si fugiat vir à facie leonis, et occurrat ei ursus, et ingrediatur domum, et mordeat eum coluber* ¹. Ved, hermanos, lo que sucede precisamente al pecador moribundo. Por un lado la muerte como un leon hambriento se encarniza con él y le devora todos los bienes corporales y de fortuna; por otro la justicia divina, como una osa enfurecida á quien roban sus cachorros, le busca y le persigue para perderle y hacerle presa eterna de su furor; por otro en fin su propia conciencia culpable le muerde y despedaza como una serpiente poniéndole delante la multitud de pecados cometidos. En una palabra, como dice un santo Padre, á cualquier lado que se vuelva y fije sus miradas, júzguese de su apuro y de su espanto; sobre su cabeza ve á un Dios armado del rayo para sepultarle en los abismos y perderle, bajo los piés el infierno abierto para tragarle, delante de él una eternidad espantosa, á su redor demonios horribles cuya presa va á ser y que le preparan los suplicios mas horrorosos. ¿Qué hará, pues, en este extremo de desgracias? Bien quisiera el pobre infeliz volverse atrás y comenzar nueva vida en la tierra para poder evitar todas las espantosas calamidades que le amenazan. ¡Que no pueda yo, exclama en su desesperacion, resucitar tantos años preciosos que he gastado en la ociosidad, en la diversion y en el crimen! ¡Que no pueda yo hacer volver tantos dias preciosos empleados en correr tras la licencia, la vanidad y la mentira! Dios mio, Dios mio, ¿qué no haria yo por librarme de todos los males que van á caer sobre mí?

11. Pero no, esos años pasaron para no volver, entonces se debieron aprovechar. *Venit hora*, ya es llegada la hora, está dada la sentencia; es preciso morir. El ángel exterminador, tan famoso en

¹ Amos, v, 19.

el Apocalipsis, ha pronunciado ya contra este pecador lo que en el juicio final debe pronunciar contra todos los hombres: que ya no habrá mas tiempo: *quia tempus non erit amplius*¹. Le habrá para los demás; pero no para él. Pasarán instantes, días, años, siglos enteros: habrá tiempo para los que nazcan y para los que viven aun; estos tendrán tiempo de levantarse, de recaer y de arrepentirse de sus caídas: se corregirán, se convertirán, y podrán prevenir por medio de la penitencia todos los males que están preparados al pecador; ese es el tiempo marcado para su carrera, á cuyo fin no han llegado aun. Pero la muerte ha puesto término á la tuya, pecador, y vas á dar el último paso. El árbol va á caer ó del lado del Oriente, ó del lado del Occidente. ¡Ay! ¡cuán de temer es que caiga del lado del infierno! Piensa, pues, en tí; ya es tiempo; al fin ha llegado tu última hora. *Venit hora*. Pero ¡qué! exclama el infeliz moribundo, ¿ha llegado mi última hora? ¿He de morir en este mismo instante? ¿He de dejar ahora sin tardanza este mundo? Si me parece que no hace mas que un momento que vine á él: mi vida me parece un relámpago y un sueño. *Venit hora*: hermano mio, ha llegado la hora; no hay dilacion; es menester sufrir ahora mismo la sentencia de muerte pronunciada contra tí. Pero, gran Dios, ¡en qué singular desorden se halla ahora mi pobre conciencia! ¡Qué desarreglados tengo todos los asuntos de mi familia! Aun no he pensado en nada. Pronto, á toda prisa que llamen un confesor y un escribano para ponerlo todo en orden. Pero ¿cómo he de atender á todo esto del modo conveniente en el poco tiempo que me queda y en la turbacion en que me encuentro? ¡Ah! Señor, en los días antiguos alargásteis quince años la vida del rey Ezequías á su ruego: ¿no me concederéis á mí á lo menos un año ó unos cuantos meses en la triste situacion en que me hallo? No, hermano mio, ha llegado tu hora. Santos y bienaventurados del cielo, y Vos en especial, santísima Madre de Jesucristo, de cuya piedad y clemencia he oido hablar tanto, dignaos de interesaros con vuestro Hijo en favor de un desdichado que implora vuestra asistencia y os conjura le alcanceis algun tiempo para poder prevenir con la penitencia las horribles desgracias que le amenazan. No, pecador, *venit hora*: todos tus deseos son inútiles; tus ruegos, tus lágrimas, tus suspiros, tus clamores son ineficaces é impotentes: ha llegado la hora y no puedes retrasarla un instante: es preciso morir. *Venit hora*; sí, ha llegado la hora terrible; *et nunc est*, y ya está ahí.

¹ Apoc. x, 6.

12. ¿Qué veo, hermanos míos? ¡Ah! ¡qué triste espectáculo se presenta delante de mis ojos! Ya veo al pecador luchando con la muerte: él se agita, se turba, se estremece, tiembla; sus fuerzas flaquean, su razón se extravía, pierde el sentido y entra en una cruel agonía. Sus ojos se oscurecen, caen las mejillas, se contraen los labios, el rostro pálido y desfigurado se cubre de un sudor frío y mortal; todos sus miembros quedan tiesos y helados. De los circunstantes unos le exhortan en alta voz á aprovechar aquellos últimos instantes; otros prorumpen en sollozos y suspiros arrancados por el dolor; pero él ya no ve ni á sus buenos amigos, ni á sus desconsolados parientes: ya no oye ni las caritativas amonestaciones de aquellos, ni los tristes acentos de estos. De todas partes se levanta un rumor confuso: se muere, sí, se muere: ya se acabó. Acudid, sacerdote de Jesucristo, acudid cerca de ese infeliz moribundo: venid, ministro del Señor, que la justicia divina no ha permitido que fuérais hallado mas pronto. Orad, llorad, pronunciad el sagrado nombre de Jesús junto á sus oídos entorpecidos; ponedle el Crucifijo á la vista y cerca de los labios; redoblad vuestras aspiraciones y clamores al cielo. Pero ¿qué digo yo? quitad el Crucifijo de su vista, porque si aun ve, no puede leer otra cosa en esa adorable efigie que la fatal sentencia de su condenación. No penseis tampoco en rezar sobre él las últimas oraciones de la Iglesia, ni en exhortarle á salir de este mundo. Ya salió, acaba de espirar, está muerto.

13. Murió, amados oyentes, murió ese pecador y ya está ante el terrible tribunal de Jesucristo. Es cosa hecha: ha sido examinado, juzgado y condenado para siempre al fuego eterno: *Mortuus est et sepultus est in inferno*¹. Ya está en el estado en que Satanás cuando cayó del cielo como un relámpago: *Videbam Satanam sicut fulgur de cælo cadentem*². Así ese pecador ha caído como él en las horribles hogueras del infierno: *et sepultus est in inferno*. Ese pecador ha muerto; ha muerto ese hombre voluptuoso, ese deshonesto, y del seno de sus torpes deleites y sus infames disoluciones ha caído en los abismos del infierno para sufrir allí eternamente los suplicios mas espantosos. Ha muerto ese blasfemo del santo nombre de Dios, y en aquellas mansiones horribles continúa vomitando las mas execrables blasfemias. Ha muerto ese vengativo que no respiraba mas que odio y venganza, y en los profundos abismos experimenta ya los terribles efec-

¹ Luc. xvi, 22. — ² Ibid. x, 18.

tos de la venganza del Señor y del furor de los demonios. Ha muerto ese avaro, ese injusto detentor de los bienes ajenos, y despojado de todo se ve condenado á una eternidad de penas y miserias. Ha muerto ese intemperante y ebrio, y precipitado en un lago de fuego y azufre beberá eternamente el cáliz amargo de la ira del Todopoderoso. Ha muerto esa mujer mundana, idólatra de su cuerpo é infatuada con sus galas y vanidades, esa jóven dada á liviandades y amoríos, que corria de sarao en sarao y de una en otra tertulia sin querer comprender el peligro de tales concurrencias: vedla ahora precipitada con los piés y manos atadas en el infierno, en esa mansion de tinieblas y de horror donde rechina los dientes y se desgarraba de rabia.

14. Mujer desolada, hijos desconsolados, parientes afligidos, amigos y criados apesarados, vosotros llorais amargamente la muerte del esposo, del padre, del pariente, del amigo, del amo, á quien tanto amábais y con quien habeis vivido en la mas íntima union; pero ¡cuánto subirian de punto vuestras lágrimas y suspiros si supiéseis cuál ha sido el lamentable destino de su alma en el instante de la muerte! ¡Cuáles serian vuestros lamentos, gemidos y sollozos si pudiérais ver con los ojos de la fe los horribles tormentos que sufre! ¡Cuál seria vuestra afliccion, vuestros alaridos y gritos lastimeros si hubiérais podido ver que su alma cayó desde el lecho en los mas profundos abismos del infierno!

Pero llorad, gemid, afligíos sin consuelo, morid si quereis á impulso de vuestro dolor; ese pecador ha muerto, su sepulcro es el infierno, y Dios acaba de ponerle el sello de su eternidad. Jamás, no, jamás saldrá de aquel abismo: *Non est reversio finis, quoniam consignata est*¹. Está condenado, y su desgracia es irremediable.

15. Ó muerte de los pecadores, ¡qué espantosa y terrible eres! Eres la mas espantosa y terrible de todas las muertes. Morir para ser juzgado severamente y herido de la eterna maldicion de Jesucristo, morir para ser precipitado por siempre en un abismo de fuego y de azufre, morir para no ver nunca á su Dios y ser forzado á blasfemar eternamente de él, morir para no gozar jamás de la gloria de los bienaventurados y ser perpétuamente pábulo de las llamas del infierno, ¡oh muerte tristísima, fatalísima y cruelísima! Pecadores, ¿có-

¹ Sep. II, 8.

mo no temblais ? ¿Cómo no os horrorizais á vista de una muerte tan funesta y terrible , pues debe de ser algun día la vuestra si vivís mas tiempo encenagados en el vicio ? Porque no podeis ignorar que moriréis como hayais vivido : *forma vivendi est modus moriendi* : que habiendo vivido en el pecado moriréis en el pecado : que muriendo en este moriréis en la desesperacion : que muriendo desesperados moriréis como réprobos , y seréis precipitados en el infierno por toda la eternidad. Temed , pues , os repito , una catástrofe tan espantosa. Pero ¡ah ! que esos temores y sobresaltos serán vanos si no tomáis la resolucion de mejorar de vida : porque como dice san Agustin , es una locura temer morir mal , y no temer vivir mal : *Mori male times , et male vivere non times* ? Si quereis temer útilmente una mala muerte , trabajad por reformar vuestra mala vida , porque una muerte santa no depende menos de una vida santa que una eternidad feliz de una buena muerte : *desine male vivere , ne timeas male mori*. Pero ¿ cómo habeis de trabajar en la reforma de vuestra vida ? Vedlo aquí , y lo saco del fundamento mismo de este discurso.

16. Á la hora de la muerte os aterrará la idea de lo pasado , porque veréis los pecados cometidos imposibles ya de expiar ; pues abandonad desde ahora todos esos fatales pecados que os dominan , confesadlos humildemente con un sacerdote , lloradlos con lágrimas amargas , y procurad borrarlos para siempre con una sincera penitencia. Á la hora de la muerte la idea de lo presente os causará un pesar mortal , porque veréis unos bienes amados con exceso que ya no podeis conservar ; pues empezad desde hoy á desprenderos de espíritu y corazon de los bienes , de los placeres , de los honores y de todo cuanto poseeis con tanta aficion ; morid al mundo , morid á vuestros parientes y amigos , á las criaturas , á las pasiones y á vosotros mismos , no ameis nada de lo que será preciso que dejeis , y gozad solamente de esta vida en cuanto puede seros útil para prepararos á bien morir.

Por último , á la hora de la muerte la consideracion de lo futuro os causará la mas terrible desesperacion , porque veréis unos males antes no bien temidos y entonces ya inevitables . ¡ Ah ! pecadores , aun los podeis evitar. Temed en vida á un Dios vengador , un Dios santo y terrible que debe juzgaros : trasladaos en espíritu al infierno y medidad aquella espantosa eternidad inseparable de él y que constituye todo su rigor. Juntad á estas saludables reflexiones el ejercicio de las obras de piedad , ayunos rigurosos , limosnas abundantes , fervientes

oraciones, en una palabra, la práctica exacta de todas las virtudes cristianas. Así evitaréis la espantosa desgracia de una mala muerte, y os haréis dignos de tener la de los justos: *moriatur anima mea morte justorum* ¹. Dios nos conceda esta gracia. Amén. Acto de contrición: Señor mio Jesucristo, etc.

FRAGMENTOS SOBRE EL MISMO ASUNTO.

Pág. 359, lín. 22 y 23: y que ya no podréis aplacar. Es un juicio terrible é irrevocable que habeis merecido y que os será forzoso sufrir. Es un infierno, una eternidad espantosa, que se presentará delante de vuestra vista y se abrirá bajo de vuestros piés para perderos sin recurso y tragaros en su abismo. Es una espantable legion de demonios que os saldrán al encuentro para ejercitar toda su rabia en vosotros. ¿Qué haréis, desventurados, en una tan aflictiva y apurada situacion? Por todas partes tenderéis miradas inciertas para buscar algun asilo donde podais tranquilizaros y calmar vuestros justos temores. Pero, ¡oh fatalidad! á cualquier lado que tendais la vista, ya la fijeis en lo pasado, ya en lo presente, ya la dirijais á lo porvenir, no columbraréis mas que justos motivos de turbacion y sobresalto. No lo dudeis, pecadores impenitentes, si no mudais de vida moriréis un dia en la mas horrible desesperacion. En lo pasado, etc.

Pág. 370, lín. 2: y horroroso. ¡Cuán desdichado soy! No bien haya exhalado el último suspiro, nadie pensará mas en mí, lo mismo que si no hubiera existido. Todo seguirá como cuando yo vivia, diversiones, espectáculos, contrataciones, negocios. Aun mas, mis herederos se regalarán con mis riquezas, vestirán magníficamente con mis galas, habitarán en los edificios que yo he construido, gastarán en banquetes y saraos el oro y la plata que he allegado con tantos afanes y sudores, mientras que yo me pudriré en un cementerio, comeré tierra y seré devorado de gusanos, y lo que es peor, mi pobre alma será cruelmente atormentada en el infierno. ¿Quién me habia cegado, insensato de mí? ¿Quién me habia hechizado en términos que hallaba tantos atractivos en ese honor quimérico que debia desvanecerse como un sueño, en ese placer sensual que habia de durar tan poco, en ese oro que habia de dejar dentro de breves dias, en esa vida que habia de ser de tan corta duracion? *Gustans gustavi paululum mellis, et ecce morior* ². Apenas he gustado un poco de miel, excluiréis con el desdichado Jonatás, cuando vé aquí que muero, etc.

¹ Num. xxxi, 10. — ² I Reg. xiv, 43.

Pág. 375, lín. 21 : de su condenacion. Esa corona de espinas, esa hiel y vinagre, esos clavos de piés y manos, esa carne despedazada, todas esas llagas de Jesucristo chorreando sangre ¿no le reprenden todos sus desórdenes y vicios? En vano os arrodillais al pié de su cama para recomendarle el alma y prestarle los últimos deberes de caridad que exige vuestro ministerio, porque cada palabra de estas santas oraciones es un rayo para él.

Parte, alma cristiana, de este mundo, le dice el sacerdote con voz enternecida y lamentable; sal de este mundo en nombre del Padre que te crió, del Hijo que te redimió, y del Espíritu Santo que te santificó: *Proficiscere, anima christiana, de hoc mundo.* ¡Alma cristiana! y ¿dónde están las señales de su cristianismo? ¿No ha deshonrado siempre el carácter del Bautismo y quebrantado mil veces el juramento solemne que habia hecho á Dios de amarle y servirle á él solo? Ese pecador ¿no se ha rendido siempre á las tentaciones del demonio, no ha seguido las pasiones de la carne é idolatrado al mundo con todos sus falsos bienes? ¡Alma cristiana! ¿Merece este dictado el que ha vivido como un impío, el que ha hablado siempre como un ateo, el que se ha burlado de nuestros santos misterios, el que no ha conocido á Dios mas que para blasfemar de él, el que no ha aprendido su santa ley mas que para traspasarla, ni ha sabido las máximas del Evangelio mas que para despreciarlas? Decidle, pues: Sal, alma profana y todo pagana, sal, alma carnal y sensual, que como los brutos te has revolcado siempre en la lujuria y en los placeres de los sentidos, y como un lobo rápaz te has alimentado de rapiñas é injusticias; sal de este mundo, teatro de tus iniquidades, donde hubieras querido fijar tu eterna mansion; sal de tu cuerpo, cuyo infeliz esclavo has sido siempre; sal de esta vida cuyas criminales delicias has amado siempre locamente; sal, infeliz, sal en nombre de Dios Padre cuyo enemigo delarado has sido siempre, en nombre de Dios Hijo á quien has crucificado mil veces, en nombre de Dios Espíritu Santo á quien te has resistido tanto tiempo: sal en nombre del Criador, á quien debes dar tan severa cuenta de todos los pecados de tu vida, en nombre del divino Redentor, que te debe pedir su sangre conculcada por tí, en nombre del Espíritu santificador que se queja amargamente del indigno desprecio de sus gracias.

Señor, prosigue el ministro de Jesucristo, padre de misericordias, apiadaos de los gemidos y lágrimas de este pobre pecador; recibid su penitencia para que pueda entrar en la mansion de vuestra paz: *Miserere gemitum et lacrymarum ejus... Hodie sit in pace locus ejus.*

Pero, ó bonísimo y crédulo en demasía sacerdote del Señor, la vida impía y desordenada que ha hecho siempre este pecador ¿no nos declara abiertamente lo contrario? ¿Pueden ignorarse sus criminales afectos al pecado, los hábitos pecaminosos en que ha estado encenagado, los horribles escándalos que ha dado al pueblo? Pues ¿qué probabilidad hay de que pase ante Dios como penitente el que no vivió nunca sino como un réprobo? Alegais su arrepentimiento, sus lágrimas, sus suspiros; pero nunca ha sido mas que un hombre dando al placer y á la alegría, nunca ha suspirado mas que por el fatal objeto de su pasión; y si ha llorado alguna vez ha sido de rabia y despecho, ó cuando no podia vengarse de sus enemigos, ó cuando no le era posible satisfacer sus infames pasiones. Decís que pueda entrar en la mansion de la paz: *hodie sit in pace locus ejus*; pero ¿es justa y razonable vuestra petición? El que hizo siempre guerra abierta é implacable al Dios vivo, al Dios fuerte, al Dios omnipotente, al supremo vengador de los delitos y se declaró siempre su mortal enemigo, ¿habia de gozar de repente de la paz y de la dicha de los Santos, que son los amigos y los escogidos del Señor? No, no, solo en torrentes de fuego puede castigarse con justicia una rebeldía tan atroz.

¿Qué hará, pues, el caritativo ministro de Jesucristo en una situación tan embarazosa? Empezando á desconfiar igualmente de su piedad y de su celo, ¿conjurará á los Ángeles que cuiden de aquella alma en agonía? Pero responden que cuidaron de Babilonia, y no supo aprovecharse de sus solícitos cuidados, y que por fin la abandonan. ¿Implorará el auxilio de los Apóstoles? Pero cada uno de ellos la ha juzgado y condenado ya. ¿El de los Mártires? Pero ¿qué tiene que ver la santidad de estos generosos atletas con la vida floja y sensual de este pecador? ¿El de las Vírgenes? Pero ¿qué puede esperar de estas almas tan puras un voluptuoso, un deshonesto que jamás siguió otro norte que el rumbo fatal de sus pasiones? ¿Mandarà á los demonios que se aparten? Pero estos espíritus infernales que rodean el lecho del moribundo, ¿no declaran con espantosos alaridos que aquel pecador les pertenece, que es presa suya y que debe acompañarlos al infierno? *Meus est mecumque damnandus*. El ministro de Jesucristo le recomienda por última vez al Dios omnipotente y le entrega en manos del Criador, para que despues de pagar con la muerte la deuda comun de la naturaleza pueda entrar... Deteneos aquí, sacerdote del Señor; cesad de pedir por ese pecador moribundo, ya no existe; acaba de entregar su espíritu en manos del demonio: ha muerto, está condenado. Ese pecador ha muerto, etc.

ESQUELETO DEL SERMON IV

DE LA MUERTE.

Statutum est hominibus semel mori. (Hebræor. ix, 27).

Está decretado á los hombres que han de morir una sola vez.

1. *Exordio.* La divina misericordia toca á la puerta con el golpe de la muerte.

2. ¡Oh si se pensara en la muerte! ¡Oh Jerusalem! yo lloro.

3. No vuelvas á pecar, dice al paralítico, á la adúltera; y no á Lázaro, al jóven de Naim, ni á la hija de Jairo, ¿y por qué?

4. El que no piensa en la muerte se ensucia en malos pasos.

5. Símil del polvo y de los mosquitos.

Qué es muerte.

6. Decreto, ley, estatuto, yugo, pena, sentencia sin excepcion.

7. ¿Qué es morir? el apartamiento, privacion, desatarse, divorciarse, caerse y desbaratarse; es pasarse, despedirse, desertarse, despojo, olvido, la última cuestion.

8. ¿Qué es el hombre? mundo abreviado, armonía del universo, cifra, centro, vínculo, árbol, sol con alma, imágen de Dios, gobernador, contemplador de Dios, polvo, muerte.

9. Como el agua; símil de los rios, piedra que derribó...

Certeza de la muerte.

10. Es decreto irrevocable: no admite *quizás*; se pasaron...

11. Ejemplo de Guerrico.

12. ¿Has de morir?... Con la lengua dices sí... pero no con... Estatua que vió Nabuco y estatua que edificó...

13. Los hombres imitan á Nabuco. Símil de un mortal que...

Las cosas sensibles nos recuerdan la muerte.

14. Todo lo visible predica la muerte.

15. Todos los cinco sentidos le advierten. La vista, sol, árboles, plantas, edificios, festines, ¿qué hueles?...

16. ¿Qué oyes?... Río, reloj, campanas, música, voces.

¿Qué gustas? Carne, pescado, yerbas.

17. Tacto, ¿qué tocas? el vestido si es de lana, seda, lino, calzado, escaño, silla, es de madera de árbol muerto. La hacienda que tiene fue de otro, el oficio, los libros.

18. Fórmula de los testamentos.

19. Manto de Rebeca.

Interiormente tiene quien le avisa la muerte.

20. Mientras se vive, se muere; nacer y morir; al suplicio.

21. Al espirar acabó lo que empezó. Símil del reloj, golpes al árbol, así la vida del hombre, cada momento un golpe.

22. Edades de la vida; la una edad es la muerte de la otra.

23. Jesús sol, semejanza del sol que entra en un aposento.

No viene la muerte segun las edades, sino...

24. Todos hemos de morir, ¿y cuándo? ¿quién primero?

25. El arpa tiene veinte y ocho cuerdas, ¿y cuáles tocan mas? la primera.

26. El auditorio es el arpa, Dios el músico, que toca segun su sapiencia y providencia: *Manus Domini tetigit me.*

27. Un padre contra un hijo religioso. — Costumbre de morir.

28. Tiene Dios espada de muerte para el viejo, y arco armado de flechas para herir de léjos al jóven.

Es cierto el morir, — incierto el lugar y el modo.

29. Se muere una sola vez. ¡Ay si se yerra!...

30. Símil del erizo, cuatro animales prudentes.

31. La muerte, ladron, pirata. — Diálogo del marinero y del ciudadano.

32. Muerte natural, prematura, súbita, violenta.

33. ¿Cuándo? De noche vino el Ángel exterminador, anochecer sano y amanecer muerto! ¡ay pecador! ¿no temes?

Es incierto el cuándo.

34. Moriré: ¿cuándo? ¿de aquí á un año? ¿un mes? ¿un día? ¿una hora?

35. Una es la entrada y la salida para todos.

36. ¿Á uno que muere se le convida al juego, al baile, al?... ¿al que va al suplicio, y se le ve que?... es loco... y tú, cristiano, que vas al suplicio, que estás muriendo... La medicina y la justicia le dan una hora; y la fe ni te da una: *in qua hora non putatis*.

37. La hora es cierta... la que menos piensas. Estatua de Nabuco es el pecador. Cabeza de oro, plata el pecho, la barriga de bronce, los muslos de hierro, y barro los piés. Una piedra se desprende, le toca los piés, y la desbarata.

38. Muere un amancebado. Nadie quiere morir en pecado. Epílogo: has de morir una sola vez, esto es certísimo; y es incierto el lugar, el modo y el cuándo.

Arrepentimiento y acto de contrición.

SERMON IV

DE LA CERTEZA DE LA MUERTE É INCERTIDUMBRE DEL CUÁNDO, LUGAR Y MODO DE ELLA.

Statutum est hominibus semel mori. (Hebræor. ix, 27).

Está decretado á los hombres que han de morir una sola vez.

Salutacion.

1. Hoy llega la divina misericordia, llamando á las puertas del corazon humano con la memoria saludable de aquel inevitable golpe de la muerte. Hoy, alma adúltera, que negándole á tu Esposo verdadero Jesucristo el tálamo de tu voluntad, admitiste en él al demonio, su enemigo y tuyo: hoy llega su paciencia á llamarte, no (como pudiera) con la espada desnuda de su indignacion para castigar tus traiciones, sino con los brazos abiertos para perdonarte, avisándote del peligro y ruina que amenaza esa pared de tu mortalidad en que vives. Hoy, pecador, que olvidado de aquel forzoso trance de tu muerte, así vives como si no la esperaras, envuelto en el cieno asqueroso de tus culpas; hoy viene, por medio mio, á acordarte la divina piedad para tu bien lo que crees y sabes, aunque injustamente lo olvides.

2. Bien creo, católicos, que si atentamente consideráseis la brevedad con que os habeis de ver en una sepultura; que no fuera menester otro medio para despegar el corazon de todo lo transitorio, y aborrecer y llorar vuestros pecados, para dar principio á una vida nueva y reformada. ¡Ah Jerusalem, Jerusalem! decia Jesucristo Señor nuestro con lágrimas en los ojos: *Si cognovisses et tu* ¹. Ó si tú conocieras lo que yo conozco, como es cierto, que dejadas tus vanas alegrías, lloraras como lloro yo: *Si cognovisses*. ¿Qué es lo que habia de conqcer aquella ciudad? Teofilacto con san Agustin dice, que la ocasion tan buena de la misericordia de Dios, que los venia bus-

¹ Luc. xix; Mald. ibi.

cando para su eterno bien ¹. Pero san Gregorio quiere que sea la ruina que muy en breve le amenazaba ². ¡ Oh Jerusalem! y si supieras que por esto Vespasiano y Tito han de moler esos tus soberbios edificios; si conocieras que en breve todos tus gustos se han de trocar en dolores, cómo lloraras de la suerte que yo lloro: *Si cognovisses*. Pero yo lloro porque te alegras tú olvidando tu peligro: *Quia nescis quod imminet, exultas*. ¡ Oh Jerusalem, alma! Y si advirtieras que presto este edificio de tierra de tu cuerpo ha de hundirse hasta una sepultura, cómo te alegraras menos y lloraras mas: *Si cognovisses*. ¡ Oh! si conocieras que cerca de tí está la muerte, como es cierto que dieras de mano á los vanos gustos del siglo: *Si cognovisses*. ¡ Oh! si consideraras que en breve esa carne mortal que hoy cuidas con tanto extremo ha de ser comida de gusanos, cómo lloraras las culpas que para cuidarla cometes: *Si cognovisses*.

3. Esta es, fieles, aquella eficacísima consideracion, de quien dijo san Jerónimo, que engendra facilidad para despreciar todo lo transitorio: *Facile contemnit omnia, qui se semper cogitat esse moriturum* ³. Esta es la que sola basta para la regla de bien vivir. No sé si habréis reparado en los varios modos con que se portó Jesucristo Señor nuestro en la curacion de los enfermos, á quienes sanó con su divina virtud. Entra en la piscina donde estaba aquel paralítico de treinta y ocho años, y despues de haberle sanado, encontrándole en una calle le dice: *Ecce sanus factus es, noli amplius peccare* ⁴. Hombre, ya estás sano de tus males: mira que no peques mas, que puede sucederte peor. Libra en otra ocasion de la acusacion de los fariseos á una mujer adúltera, y despidiéndola sin condenarla le dice: *Vade, et jam amplius noli peccare* ⁵. Anda en paz, y mira que de aqui adelante te enmiendes. Notad ahora: Resucitó Su Majestad á la hija del arquisinagogo Jairo; al mancebo hijo de la viuda de Naim, y á Lázaro hermano de María y Marta ⁶; y no leemos que les dijera palabra para lo restante de su vida. Que á la muchacha, por serlo, no la amonestara, ni á Lázaro por ser justo, bien está; pero siquiera al mozo de Naim, á quien volvía á la vida entre los peligros de la mocedad, ¿ por qué no le dirá que viva bien? ¿ Ni á ese ni á los otros dos resucitados da consejos? No, dice Eutimio, que vió Su Majestad que no era necesario. Sujetos que volviendo á la vida tienen tan presente la muerte, no han menester mas aviso para vivir

¹ Theophil. ibi.; Aug. ep. LXXIX. — ² Greg. hom. IX in Luc. — ³ Hier. epist. ad Paulin. c. 8. — ⁴ Joan. v. — ⁵ Joan. viii. — ⁶ Math. ix; Luc. vii; Joan. xi.

ajustados. El paralítico y otros que no tenían presente esa consideración, esos sí que necesitan de consejo y amonestación que los dirija; pero los que traen á la vista la memoria de la muerte, eso les basta para componer sus acciones. Diga Eutimio: *Quos à mortis revocabat, nullo æternæ salutis imbuebat præcepto, morte namque eximio doctore consulto admoniti erant* ¹.

4. *O si cognovisses!* ¡Oh cristiano! y si usaras mucho esta consideración! No fuera menester mas freno para tus apetitos. ¿De qué piensas que nace el estrago de tus costumbres? ¿De qué sino de olvidar la muerte? Jeremías lo lloraba: *Sordes ejus in pedibus ejus* ². Tiene el pecador los piés manchados. Eso es, dice san Jerónimo, sus obras, sus pasos, sus afectos están llenos del lodo de las culpas: *Sordes gestat in pedibus qui gressum conversationis sævæ malis polluit operibus* ³. ¿Sabeis la causa? ya la dice el Profeta: *Nec recordata est finis sui*. No se acordó de su fin; olvidó, no se acordó de su muerte, y este olvido le ocasionó tantos pecados y manchas como tiene: *Sordes ejus in pedibus ejus*. Por esto, pues, para que el pecador entre en acuerdo y vea el miserable estado y peligro de su alma; hoy le he de acordar este fin, esta muerte que le haga abrir los ojos á lo eterno, despertando de este embelesamiento con que vive.

5. Entre las diligencias con que pretendió Dios nuestro Señor sacar á su pueblo de la esclavitud penosa de Faraon, una fue, que Aaron, uno de aquellos hermanos que envió misericordioso para ministros de su libertad, tocara con una vara la tierra. Veis aquí al sacerdote Aaron con la milagrosa vara en la mano. Toca el polvo, y al punto, dice el sagrado Texto, se convirtió la polvareda en mosquitos que les taladraban á los egipcios las carnes: *Percussitque pulverem terræ, et facti sunt sciniphes* ⁴. Mosquitos para que Faraon deje al pueblo libre. Sí, dice san Agustin. ¿No veis que estos animalillos con su molestia no dejan descansar, no dejan dormir ni sosegar? Ellos se entran por los ojos; aunque los espanten vuelven ⁵. Pues ¿cómo ha de sufrir Faraon esta molestia? Notad ahora el misterio: ¿de tocar el polvo de la tierra se levantaron los mosquitos? Sí: son estos simbolo de los remordimientos de la conciencia, dice el Barbastrense, que no dejan dormir á quien atormentan ⁶. Pues para que estos se levanten y no dejen dormir al pecador, ¿qué remedio? Tocar el polvo de la muerte: *Percussit pulverem, et facti sunt sciniphes. Anxia sci-*

¹ Euth. ap. Calam. disc. die Ciner. — ² Thren. I. — ³ Hier. I. I in Thren. I. —

⁴ Exod. VIII. — ⁵ Aug. lib. III de Trin. c. 7, et serm. LXXXVII de Temp. —

⁶ Lanuz. tr. I, p. 2, num. 119.

licet cogitationes, grandes timores, vehementes curæ. ¡Oh si alevocar yo hoy con la vara de la palabra de Dios ese polvo de vuestras sepulturas, se engendrasen muchos remordimientos, que no os dejaran dormir en las ofensas de Dios! Quiéralo Su Majestad; y para que así sea, y que yo lo toque con el espíritu que el asunto pide, solicitemos la gracia por medio de María santísima: *Ave María.*

Statutum est hominibus semel mori.

§ I. *Qué sea muerte.*

6. Infalible decreto: irrefragable ley: inviolable estatuto del altísimo y omnipotente Dios: grave yugo sobre los hijos de Adán, por aquel pecado primero, es, dice el apóstol san Pablo, que todos han de morir una vez: *Statutum est hominibus semel mori*¹. Fue, es y será la muerte pena de la culpa: *Per peccatum mors*²: ó, como decia san Bernardo, una muerte fue causa de otra muerte: *Mors enim operata est mortem*³. La muerte espiritual del alma fue causa de la corporal: *Spiritualis, corporalem*. Aquella muerte culpable fue causa de esta penosa: *Culpabilis, pœnalem*. Y aquella muerte voluntaria del pecado fue causa de esta necesaria muerte: *Voluntaria, necessariam*. Es esta sentencia tan sin apelacion, dice san Cipriano, que ninguno de cuantos han nacido y nacerán dejará de experimentar su ejecucion forzosa⁴. Preguntemos con David: *Quis est homo qui vivet et non videbit mortem*⁵. ¿Quién es el hombre que vivirá sin pasar por este tremendo lance de la muerte? ¿hay alguno? El Sábio nos responde: *Nemo est qui semper vivat*⁶. Ninguno, dice, vivirá eterno en este mundo, porque todos los que nacieren han de morir. Otras leyes admiten, aunque sean divinas, ó que las muden, como la de la circuncision; ó que las anticuen, como la ley del divorcio; ó que las rediman, como la del primogénito del jumento; ó que las dispensen, como la de los dias de fiesta; pero la ley del morir es indispensable, no puede redimirse, no puede anticuarse, es inmutable, es irrevocable ley⁷. Esta fuerza tiene aquel *semel* que dice el Apóstol: *Statutum est hominibus semel mori*. No solo significa, dice el docto

¹ Eccli. xl; Lant. i, pág. 2, núm. 162. — ² Rom. v. — ³ Bern. ad milit. Templ. c. 11. — ⁴ Cypr. tract. contr. Demetr. — ⁵ Psalm. lxxxviii. — ⁶ Eccles. c. ix. — ⁷ Bosq. serm. III de mont.

expositor de Job, que han de morir los hombres una vez, sino que una vez determinó Dios que murieran : *Statutum est semel*¹. Esto es irrevocable, firme y constantemente, porque así es palabra suya : *Semel, id est, irrevocabiliter, firmiter, constanter, nam semel loquitur Deus*.

7. Esto supuesto, fieles, ¿qué es morir? ¿qué es muerte? No es otra cosa, dice Lactancio, que el apartamiento del cuerpo y alma². Es, dice el Filósofo³, la privacion de la vida. Es, dice Platon⁴, un desatarse aquel estrecho lazo de alma y cuerpo; es un divorcio en que se deshace aquella union que habia entre los dos, con que cesan todas las operaciones que ejercitaba el cuerpo con el alma, quedando como se ve, tronco feo, asqueroso, hediondo y formidable. Esto es la muerte: esto, fieles, es morir. Pero oid mas: Morir es desbaratarse y caer en tierra este edificio del hombre⁵. Morir es un pasar de la estrecha region del tiempo al reino dilatadísimo de la eternidad. Morir es un despedirse para siempre de los padres, hermanos, parientes, domésticos, amigos, ciudadanos, y de todos los que quedan acá. Morir es un destierro perpétuo de este mundo; despojo universal de todos los bienes que en él se estiman, riquezas, honras, dignidades, oficios, regalos, deleites y pasatiempos. Morir es, dice Plinio, un general olvido de todas las cosas⁶. Es la muerte, dice el antiguo Tertuliano: *Ultima omnium quæstionum*⁷. La última de todas las cuestiones. Paremos aquí.

8. Pregúntanse varias cosas del hombre mientras vive. Lo primero ¿qué es el hombre? Aquí veréis desvelarse los sábios en responder. Dirá el Griego, que es un pequeño mundo. Aristóteles, que es la armonía del universo. Plinio, que es cifra de todo lo criado. Séneca, que es centro del saber. Ciceron, que es vínculo del mundo. Sócrates, que es Dios para otro hombre. Pitágoras, que es árbol plantado hácia el cielo. Plutarco, que es rey de la tierra. Diógenes, que es sol con alma. Sagrados escritores, ¿qué es el hombre? Moisés dice que es imagen y semejanza de Dios. Animal político, dice san Basilio. Gobernador de las criaturas, dice el Nazianceno. Juez de todo, dice san Ambrosio. Ciudadano del paraíso, dice san Bernardo. Contemplador de Dios, dice san Gregorio. Fin y blanco de las demás criaturas, dice san Agustin. ¿Qué es el

¹ Pined. in Job, xxiv; Psalm. xci, 12. — ² Lact. Inst. lib. 2, c. 13. —

³ Arist. lib. de mort. — ⁴ Plat. in Pædone; Cic. I Tuscul. — ⁵ Izq. de mort. punct. 1. — ⁶ Plin. lib. XXIV, c. 22. — ⁷ Tert. ap. Lobet. lib. I de pec., prop. 17, § I.

hombre? ¿Qué títulos tiene? ¿qué letras? ¿qué nobleza? ¿qué riqueza? ¿qué conveniencias? Todas estas cuestiones se tratan en esta grande universidad del mundo; pero en llegando la muerte, y respondiendo que el hombre es tierra, que es polvo, ceniza, corrupcion y manjar de los gusanos, cesan las demás, porque es esta la última de todas las cuestiones: *Ultima questionum omnium*. Oídsele decir al Rey profeta.

9. *Ad nihilum devenient tanquam aqua decurrens*¹. Vendrán, dice, á parar en nada como los rios que corren. Habla á la letra, dice el Incógnito, de los hebreos, cuya república se habia de aniquilar por el pecado de crucificar al Hijo de Dios²; pero entendiéndolo con Hugo cardenal de cualquiera hombre, y en especial del pecador, ¿qué nada es esta á que vendrá como los rios? *Ad nihilum devenient*³? El hombre aunque muera no se aniquila: apártase el alma del cuerpo. Eso sí; pero esta misma alma y cuerpo se han de reunir al fin del mundo para ser eternamente dichosos ó desdichados. ¡Ni los rios se aniquilan! David, ¿qué dices? Hugo cardenal responde por el Profeta: *Quando intrat in mare, ad nihilum devenit, quia nomen amittit*. Dicese que el rio se aniquila porque pierde el nombre cuando llega á entrar al mar. Reparad, fieles, que los rios mientras corren, unos con mas caudal y otros con menos de agua, tienen nombre: uno se llama Duero, otro Tajo, otro Guadalquivir; este Dauro, Genil el otro; pero en llegando al mar, decidme, ¿cuál es Tajo? ¿cuál es Guadalquivir? No parece; toda es una agua amarga y salada. ¡Ya perdieron los rios el nombre que tenian! *Ad nihilum devenit, quia nomen amittit*. Pues ahora, dice David, mientras los hombres viven tienen nombre: el rey, el obispo, el duque, el marqués, el conde, el caballero, el hidalgo; pero ¿en la muerte? *Ad nihilum devenient tanquam aqua decurrens*. En entrando en el amargo mar de la muerte todos son un polvo, una ceniza, una corrupcion sin nombre: *Nomen quod sibi fecerunt in terra amittent*⁴. Esta es, fieles, la muerte; un general despojo de todas las cosas temporales con que los iguala á todos en una sepultura. Es un fuego que reduce á iguales cenizas al cedro y á la caña, al cinamomo y á la cambrónera: es la piedra de la estatua de Nabuco; volvió pavesas iguales al oro con el cobre, á la plata con el hierro: *Contrita sunt pariter*. Mas, puesto que olvida el hombre, como Nabuco, esta verdad que toca y experimenta:

¹ Psalm. LVII. — ² Incogn. ibi. — ³ Hug. Card. ibi. — ⁴ Idiot. de contemp. mort. 13; Hug. ubi supra.

*Vidi somnium, et mente confusus, ignoro quid viderim*¹; entremos á acordarle este desengaño por partes. Y lo primero sea la infalible certeza de la muerte : *Statutum est hominibus semel mori*.

§ II. *Práctica, certeza infalible de la muerte olvidada del pecador.*

10. Es tan cierto que el hombre ha de morir, que es decreto irrevocable de Dios, dice el Apóstol : *Statutum est*. En todas las demás cosas, dice san Agustin, tiene lugar el quizá. Concíbese un niño en el vientre de su madre; cabe decir : quizá nacerá, quizá no. Despues que nace, cabe decir : quizá crecerá; quizá llegará á viejo; quizá será rico: pero quizá no morirá, no puede decirse de él ni de otro alguno : *Ubique est*, dice el grande Agustino, *forte erit, forte non erit. Numquid potest dicere : forte non moritur*²? Vamos á la experiencia. Sube, católico, con la consideracion de generaciones en generaciones hasta el principio del mundo. Hallarás pontífices, emperadores, reyes, hombres grandes en letras, en armas, en dignidades y oficios. Hallarás de todas esferas, unos ricos, otros pobres. ¿Qué se hicieron? ¿Dónde están los Césares, los Alejandros, los Pompeyos? ¿Qué se hicieron los Catones, los Solones, los Licurgos? ¿qué los Aquiles, los Hectores, los Escipiones? Acércate mas : ¿Qué se hicieron tus bisabuelos? y quizá tambien tus abuelos y tus padres? ¿Dónde están muchos que conociste de tus amigos, parientes y ciudadanos? Ya murieron, ya murieron; sí, cristiano, ya murieron.³

11. Esta sola consideracion obligó al gran Guerrico á dejar el mundo con sus aplausos y estimaciones, y entrarse á morir bien en la sagrada Religion de santo Domingo⁴. Fue el caso, que leyendo el capítulo v del Génesis, en que refiere Moisés las vidas de aquellos primeros hombres del mundo, reparó en una palabra con que acaba cada relacion. Dice Moisés : vivió Adan novecientos y treinta años, y luego: *Et mortuus est*⁵, y murió. Vivió Seth novecientos y doce años : *Et mortuus est*, y murió. Vivió Enós novecientos y cinco años : *Et mortuus est*, y murió; y así de los demás. Así decia Guerrico : ¿Que todo viene á parar en la muerte? ¿que todo se ha de acabar, cuanto se estima en el mundo? ¿que ha de venir por mí esta muerte? *Mortuus est*? Pues ¿para qué gasto el tiempo en ganar vanas estimaciones con mis letras? ¿Qué hago divertido en este mun-

¹ Den. II. — ² Aug. serm. XXI de Verb. Dom. — ³ Vit. Pat. Præd. p. 4, c. 11; Humbert. l. de don. timor. c. 15. — ⁴ Genes. v.

do? ¿Que es cierto que tengo de morir? ¿que ha de venir dia en que digan de mí como de los otros: ya murió Guerrico? *Mortuus est?* Pues voyme á aprender á bien morir. Se retiró, vivió y murió santamente. ¡Oh! cómo ahora se alegraria del acierto de su resolucion!

12. Católicos, ¿es cierto que hemos de morir como nuestros pasados murieron? Dirá vuestra fe que sí; pero vuestras obras ¿qué dicen? Tú que estás en pecado mortal; tú que idolatras en el dinero, en la mujer y en tu vana reputacion, ¿tienes por cierto que has de morir? No pregunto á tu fe sino á tus obras. ¿Vives como quien espera su muerte por instantes, ó vives como si fueras inmortal? No sé en qué consiste esta ceguedad de los hombres. Todos creen que han de morir, y en llegando al particular de cada uno no se persuade que ha de llegar la muerte para él. En una estatua, á quien componian varios metales, mostró Dios á Nabuco los cuatro imperios de caldeos, persas, griegos y romanos¹. Y en esta misma, dice Teodoreto², le mostró tambien su acabamiento y destruccion, porque el oro de los caldeos, la plata de los persas, el cobre de los griegos y el hierro de los romanos se fundaba sobre el cimiento frágil del barro de los piés, que al toque de una piedra que se desprendió de un monte flaqueó, y dió en tierra con toda aquella fábrica, reduciéndola á pavesas: *Contrita sunt pariter testa, æs, argentum et aurum, et redacta quasi in favillam*. Esto pasó en el misterioso sueño; pero ya despierto Nabuco, reparad, fieles, en lo que hace. Manda labrar una estatua toda de oro de sesenta codos en alto para que le rindan adoraciones³. ¿De oro? Sí: *Fecit statuam auream*. Teodoreto: *Non ipsam ex auro, argento, ære, ferro, ædificat; sed ex una auri materia conficiendam curat*⁴. No acaba de admirarse san Jerónimo de la velocidad con que se olvidó de la verdad de quién era: *Velox oblivio veritatis*, etc.⁵. ¡Qué haces, soberbio Rey! Si quieres formar estatua por la que viste, sea la copia como el original: ponle oro en la cabeza, pero ponle barro en los piés. El oro es así que te representa; mas bien viste que el oro se redujo tambien á pavesas como los demás metales. Conoce que eres mortal como los otros. Ea, cesa de la obra. ¿Cómo ha de cesar, dice Teodoreto, que lo tiene ciego su ambicion soberbia? Hay mucha diferencia de verse Nabuco con los otros reyes en la primera estatua, á mirarse solo despues. Viéndose

¹ Dan. — ² Theod. ibi, or. III. — ³ Dan. III. — ⁴ Theod. or. III. — ⁵ Hier. in Dan. III; Perer. ibi. lib. III.

con los otros ya conoce que es mortal, y que se funda en barro su imperio; pero llegando despues á verse solo está tan léjos de considerarse mortal, que como Dios inmortal quiere que le tributen adoraciones. Con los otros metales, aunque era oro, ya dió crédito al desengaño que le puso Dios delante en las pavesas: *Contrita sunt pariter*; pero al verse solo despues, levanta una estatua de inmortalidad, como si pudiera hacer falso el desengaño: *Ex una auri materia conficiendam curat*, dijo Teodoreto, *ratus infelix iste, falsas ostensurum se Dei prævisiones*¹.

13. ¿Quién no ve en Nabuco lo que pasa aun entre católicos? Dios á mostrar con voces y con ejemplos la ceniza de la muerte, y el hombre á levantar con sus obras estatuas de inmortalidad. Al oir al predicador, y al ver morir á los otros, el mas divertido conoce que ha de morir; pero al mirarse solo despues, afecta inmortalidad en las obras. ¿No es verdad, cristiano? Oyes que murió el vecino, y dices: Dios sabe la delantera que nos lleva. Vamos luego á las obras, ¿vives como quien espera la muerte cada instante? Dígalo tu conciencia misma. Oyes al predicador que te llama mortal, tierra, ceniza; ¿lo crees? Sí: ¿y obras conforme lo crees? ¿Tratas al punto de dejar la torpe comunicacion? ¿Partes al instante á restituir lo ajeno? ¿Te resuelves á dejar desde luego los malos tratos, los juramentos y las maldiciones? ¿Te previenes desde luego á morir bien, ó levantas nuevas estatuas de codicias, soberbias y torpezas como si no hubiera muerte ó como si no la creyeras? Díme, si uno solo entre todos los hombres fuera el que habia de morir (imagina que está en esta república, que es uno de este auditorio), y vieras á este todo ocupado en amontonar riquezas, en edificar casas, en pretender cargos y oficios, y en buscar todas las conveniencias posibles, ¿qué dijeras? Este hombre está sin juicio. ¿Qué mas hiciera si fuera inmortal como los demás? Y si lo vieras votando y jurando todo el dia, con la manceba en casa, en la comedia todas las tardes, y en el concurso, y aun aquí en el templo de Dios, enamorando á unas y otras, hombre (no le dijeras), ¿pues sabes de cierto que has de morir y vives de esa suerte? ¿estás loco? Hombre, te digo yo: No eres tú este uno solo que ha de morir, pues, ¿no te toca la muerte de los demás? Pues ¿qué haces? ¿cómo vives? Sin juicio estás, cuando creyendo que hay muerte, vives como si creyeras ó supieras que no habias de morir.

¹ Ubi supra.

§ III. *Todas las cosas que perciben los sentidos son recuerdos de la muerte.*

14. Oye, oye, que todo lo visible te predica, si bien lo atiendes, este importantísimo desengaño. Cinco sentidos tienes: déjalos un rato correr por los términos de sus esferas, que aunque mas huyas de la memoria de tu muerte divirtiéndolos tus sentidos, por todos ellos dispuso la sabia providencia de nuestro Dios que te entrarán recuerdos del morir, en lo mismo que los adviertes para olvidarla. Hasta ahora no habia yo entendido bien aquel lugar de Jeremías en que dice que se entró la muerte por las ventanas: *Ascendit mors per fenestras vestras*¹. Sabed, les dice á las mujeres hebreas, que será tal el imperio y furia de los caldeos, que sin esperar á abrir ó romper las puertas, se entrarán por las ventanas de vuestras casas á saquearlas y matar á vuestros tiernos infantes². Esta es la letra, sobre que se funda la comun alegoría de que el pecado, que es la muerte del alma, entra á ella por las ventanas mas cerradas de los sentidos: *Ascendit mors per fenestras vestras*³. Vamos hoy por otra parte.

15. Son los sentidos las ventanas de esta casa terrena de nuestro cuerpo. Pues decir que entra la muerte por las ventanas, es darnos á entender que por todos los sentidos entra, avisándonos con las especies de todo lo que perciben⁴. Y sino entremos á la experiencia. Abre los ojos, católico, despierta el oído, excita el gusto, aviva el olfato, aplica el tacto, dime ¿qué ves? Ese sol, esa luna, esas estrellas. Pues el sol, dice Salomón, nace y muere todos los días. *Oritur sol et occidit*⁵. La luna y las estrellas corren, pasan y acaban su carrera. ¿Qué ves? Los árboles, las plantas, las mieses. Mira cómo se agostan y secan, que es su muerte. ¿Qué ves? ¿Los edificios? Mira cómo se arruinan. ¿Los concursos? Mira cómo desaparecen. ¿Los festines, las comedias? Mira cómo acaban. ¿Qué es esto? Que entra la muerte por los ojos, avisándote que tú tambien te mueres. *Ascendit mors per fenestras vestras*. Prosigue: ¿Qué hueles? Las flores que te recrean en el ramillete. Pues advierte que las cortaste de tu vegetal vida. ¿Qué hueles? El lodo, el cieno y horrruras de estas calles. Es entrar la muerte por el olfato, avisándote que hay tambien corrupcion para tu cuerpo: *Ascendit mors per fenestras vestras*.

¹ Jerem. ix. — ² Hug. ibi. — ³ Hug. ibi. — ⁴ Ambr. l. IV de Cain; Orig. hom. XXI in Cant.; Hier. in Joel, ii. — ⁵ Eccles. i; Cyr. Tract. contr. Demetr.

16. Pasa adelante. ¿Qué oyes? La corriente de los ríos. Así corre tu vida al amargo mar de la muerte. ¿Qué oyes? El reloj que da la hora. Mejor dirás que la quita. No digas que señala la hora que es, sino que te avisa de la hora de tu vida que dejó de ser. Ese toque fue un doble de campana por una hora, media ó cuarto de hora de tu vida que murió. ¿Qué oyes? La música. Las cuerdas del instrumento son de animales muertos. ¿Las voces? Apenas se pronuncian las palabras cuando espiran. Repara en que ya pasaron, ya murieron estas palabras con que yo lo dije. Como lo ponderaba san Jerónimo: *Ipsum quoque quod loquimur, de vitæ nostræ parte prætervolat*¹. Lo mismo san Agustín y san Doroteo. Vescómo entra la muerte avisándote por el oído: *Ascendit mors per fenestras vestras*². No te canses. Dime, ¿qué gustas? Los mantenimientos para sustentar la vida. Pues todos son ó carnes de animales muertos, ó peces y yerbas que ya no viven. El pan que comes fue yerba con vida vegetal, y ya murió como lo demás que comes para venir á tu mesa. Te avisa a muerte por el gusto, que presto serás tú mantenimiento de gusanos: *Ascendit mors per fenestras vestras*.

17. Pasa á la ventana del tacto que reside en todo el cuerpo. ¿Qué tocas? El vestido para tu abrigo ó tu adorno. Pues si es de lana, es de animales que algun día perecieron en el mundo; si es de seda, que tanto te engrie con su lustre, advierte que es de babas de gusanos que ya murieron. El calzado que tanto cuidas, ¿qué es sino piel de animales ya sin vida? ¿Qué tocas? Ese escaño en que sentado me oyes. Pues su madera fue árbol con vida y ya está muerto. La hacienda que posees, el oficio que ocupas, los libros que lees, todo te avisa que lo poseyó otro, y que tú lo has de dejar³. Ves, católico, cómo entra la muerte por las ventanas de los sentidos, avisándote que eres mortal y que presto has de morir: *Ascendit mors per fenestras vestras*. Tanto como esto cuidó Dios que tuvieras esta memoria presente de su decreto: *Statutum est*.

18. Pero aun mas: en las mismas acciones de tu vida política y civil ordenó Dios que tuvieras el recuerdo de la muerte. Lee el testamento de tus pasados; pero no, lee los tratados y capitulaciones de tu casamiento, que quiero ponerte el ejemplo en el día de tu mayor gusto; ¿quién no advierte la relacion que se hace allí de los que aun no han nacido y que quizá no nacerán? Esta hacienda, di-

¹ Hieron. ep. III ad Heliodor.; in Isai. XL. — ² Aug. serm. XLI de Verb. Dom.; Dorot. doctr. 11. — ³ Chrys. hom. LV ad pop.

cen, vendrá al primogénito, y por muerte de este al hijo segundo, y faltando estos vendrá á los de tal y tal línea. ¿Qué es esto, dice san Juan Crisóstomo? Aun no han nacido, ¿y ya les leen la sentencia de su muerte? Así pasa, dice el Santo: *Non solum qui vivunt, mortis sententia feruntur, sed et illi qui nati non sunt*¹. Y así conviene que pase para que en todo tenga el hombre quien le predique que ha de morir. ¡Qué bien aquella matrona antigua Rebeca!

19. Llegó cerca del lugar en que asistía el patriarca Abraham, padre de Isaac, con quien iba á desposarse, á tiempo que salía Isaac al campo. ¿Quién es aquel hombre? preguntó á su mayordomo: *Quis est ille homo qui venit per agrum* *? Y respondiéndole que era Isaac su esposo, al punto, dice el sagrado Texto, se cubrió su rostro con el manto: *At illa tollens cito pallium operuit se*. Aquí pondera, y con razon, san Ambrosio el recato y modestia de aquellos tiempos. Ni aun de su esposo se quiso dejar ver hasta el día de las bodas: *Accipit velamen, ne prius videretur quam jungeretur*². Fiscal será este ejemplo de las doncellas cristianas. Pero oid una cosa bien particular que dijo san Adelmo, Padre antiguo. Dice que además de ser modestia aquella accion de Rebeca, fue ponerse en traje de viuda: *Theristrum viduitatis assumpsit*³. ¿No os admira, fieles? Mujer ilustre, pues vas á desposarte, tienes á Isaac presente, y muestras en el traje la tristeza de la viudez: ¿para cuándo es la alegría? Mira que de este matrimonio ha de nacer Jacob el padre de todas las doce tribus: ¿triste ahora? No está triste Rebeca, sino está desengañada. Bien conoce que va á celebrar las bodas con Isaac: bien espera la numerosa sucesion de tantos hijos; pero mirando que esas bodas, que ese Isaac y que esos hijos han de ser presto despojo de la muerte, para reprimir su gusto se pone en traje triste de viuda: *Theristrum viduitatis assumpsit*. ¡Oh desengaño admirable! ¡Oh freno el mas fuerte para sujetar apetitos! ¡Fieles, que hemos de morir! ¡que todo se ha de acabar! Abre los ojos, despierta todos tus sentidos, cristiano; que todo lo visible te predica con su experiencia que has de morir: *Statutum est hominibus semel mori*.

§ IV. Dentro de sí mismo tiene el cristiano quien le avise de su muerte.

20. Pero sin salir de tí mismo verás esta verdad manifiesta. ¿Cuánto ha que vives? No dije bien, que no vives. Oye al mas sábio de los

¹ Chrys. t. III, hom. de fid. et Spir. S. — ² Genes. xxiv. — ³ Amb. lib. III de virg. — ⁴ Adelmo. lib. de virg. c. 28.

hombres. Señalaba tiempo Salomon para todas las cosas en aquel su libro de desengaños: *Omnia tempus habent* ¹, y gobernándole la pluma el Espíritu Santo, escribe así: *Tempus nascendi, tempus moriendi*: hay tiempo de nacer y hay tiempo de morir. Sábio rey, que se te olvida un tiempo. Entre el nacer y el morir mediá la vida. Dí que hay tres tiempos: tiempo de nacer, tiempo de vivir y tiempo de morir ². ¡Oh! que le lleva la pluma mano superior: *Tempus nascendi, tempus moriendi*. No hay, dice, mas tiempo que de nacer y morir; porque empieza á morir el hombre desde que nace. San Bernardo: *Quod agimus ex quo primum incipimus vivere, nisi morti appropinquare et incipere mori?* Lo mismo dijo san Agustín: *Ex quo incipit esse in hoc corpore est* ³. Lo mismo es nacer, dice san Cipriano, que salir el hombre de la cárcel del vientre de su madre con la soga al cuello por las calles públicas del mundo, sentenciado por la justicia de Dios al cadalso de la muerte ⁴. Que fue lo que decia Tertuliano: *Ingressus infans pannis, velut sepulturæ involucris initiatus* ⁵. Aquel fajar al infante tierno luego que nace, aquel envolverlo es empezar á vestirle la mortaja. Pero mas es lo que dice Salomon.

21. *Tempus nascendi, tempus moriendi*. Despues de nacer, no hay mas tiempo que de morir. No dice hay tiempo de vida, no de estar muerto, sino *tempus moriendi*, tiempo de estar muriendo. San Agustín: *Cum mors venerit, mortuus erit non moriens* ⁶. En espirando el hombre no está muriendo porque ya murió; luego está muriendo todo el tiempo de la vida. Tú mismo, católico, lo confiesas así si bien lo adviertes. Te preguntan cómo está un enfermo moribundo, y respondes: está acabando. Dices bien que está acabando de morir, porque empezó á morir desde que nació. En espirando dices: ya acabó. Es así, porque acabó en aquel punto la muerte que dió principio al nacer. Aun sin luz de se lo conocia Séneca. Mira, dice, en un reloj de agua ó de arena cómo va saliendo del un vidrio al otro, un grano, otro y otro hasta que sale el último. Pregunto: ¿este último grano de arena es quien compone la hora? No, sino el que con su salida declara que ya es la hora, porque han salido con él todos los demás granos que la componen: *Sic*, dice el gran Filósofo ⁷, *ultima hora qua desinimus esse, non sola mortem facit, sed sola consummat*. Así la última hora en que el hombre espira no es sola

¹ Eccles. III. — ² Bern. serm. ult. in Psalm. xc; Ambr. I. II de voc. gent., c. 8. — ³ Aug. I. XIII de Civ. c. 10. — ⁴ Cyp. tract. contr. Demet. — ⁵ Tertul. lib. IV contr. Marc. c. 21. — ⁶ Aug. I. XIII de Civ. c. 10. — ⁷ Senec. lib. III, epist. XXXIV.

la hora de la muerte, sino es la que consumó la muerte, que empezó desde el día primero de la vida. Cuando ves que al recibir el árbol un golpe de la hacha da en el suelo, ¿atribuyes su caída á ese solo golpe que recibió? No, dice san Juan Crisóstomo, sino á este y á los demás que habia recibido: *Non uni illi tantum, sed cæteris pariter imputatur*¹. Luego empezó á caer desde el primer golpe, y acabó de caer en este último. Luego empezaste á morir cuando naciste, y acabarás de morir cuando espirares. Si, cristiano, acaba de entenderlo ahora.

22. Cuenta las edades de tu vida que han pasado. ¿Eres anciano ya? Plutarco te responde: *Interiit vir ubi senescit*². Pues ya en tí murió la edad varonil. ¿Estás en esta edad? *Periit juvenis, quando vir evasit*. Ya murió en tí la juventud. ¿Estás en la juventud? Pues ya en tí murió la niñez: *Puer quando juvenis*. ¿Estás en la niñez? Pues ya murió en tí la infancia: *Quando puer infans*. De suerte que desde que naciste han ido en tí muriendo las edades, los años, los meses, los días, las horas y los instantes, é irán muriendo hasta el último instante en que acabarás de morir: *Quid enim aliud*, decia el grande Agustino, *diebus, horis, momentisque singulis agitur, donec ea consumpta mors, quæ agebatur impleatur*³? ¡Oh si advirtieras, cristiano, que ahí donde estás te estás muriendo!

23. Sol de justicia llamó el profeta Malaquías á Jesucristo nuestro Señor. *Orietur vobis timentibus nomen meum Sol justitiæ*⁴. No hay duda que es Su Majestad la verdadera luz que alumbra á los hombres, para que acierten en el camino de la gloria, y que si lo yerran es porque cierran las puertas y ventanas á su luz⁵. En otra ocasion verémos, si Dios quiere, otras propiedades del sol para simbolizar á Jesucristo Señor nuestro: oid ahora esta. Cuando entra el sol en una sala, aunque sea por un resquicio breve, luego se ven por donde pasa el rayo unos átomos que no se ven en lo demás de la sala. ¿No habeis reparado? Pregunto: ¿Hay átomos tambien en lo restante de la pieza? Es constante que sí, porque si entra otro rayo por otra parte ó aquel mismo se repite con un espejo, siempre causa efecto semejante; pero no se ven sino en lo que ilustra ó por donde pasa el rayo del sol. Bien: ¿y sabeis de qué son estos átomos? Yo os lo diré; que es la casa de tierra, y se está continuamente desmoronando. ¡Oh casas de tierra de nuestras cuerpos! Abrid,

¹ Chrys. hom. III in II Tim. — ² Plutarc. Opusc. de dict. ei ap. Delph.; Seneca, epist. XXIV. — ³ Aug. lib. XI de Civit. c. 10. — ⁴ Malach. iv. — ⁵ Joan. I.

mortales, ya resquicio á este divino Sol. Dejad entrar el rayo de la fe ; entre aunque sea solo el de la luz natural , y veréis como esa fábrica de barro se está continuamente deshaciendo. Veréis como cada dia y cada hora os estais muriendo. San Pablo sí que dejaba entrar la luz: *Quotidie morior* ¹, dice, cada dia me muero, y así vivia como esperando la muerte por instantes: *Omnes morimur* ², decia la Tecuites á David: *Todos morimos*. No dice todos moriremos, sino nos estamos muriendo de presente: *Omnes morimur*. ¿Qué decís á esto los que os juzgais eternos en el mundo? Pecadores, ¿qué decís? Cierto es que hemos de morir, y que nos estamos muriendo. Esto lo dice la fe. Lo acuerda la experiencia, lo vocea todo lo visible. Dentro de nosotros nos lo avisa la continua corrupcion de nuestros cuerpos: ¿y hay quien esté en pecado una hora? Ya os lo digo, ya os prevengo: *Statutum est*. Ya está dada la sentencia de la muerte: *Statutum est hominibus semel mori*.

§ V. No viene la muerte segun las edades, sino segun el orden de Dios.

24. Pero veamos: ¿á quién comprende esta sentencia? Á los hombres, dice el Apóstol: *Statutum est hominibus*. ¿Qué hombres? *Hominibus*, á los hombres. ¿Á los grandes? ¿á los reyes? ¿á los ricos? ¿á los pobres? *Hominibus*, á los hombres todos sin distincion. Todos mueren. Muere el docto como el indocto, muere el rey como el vasallo, muere el rico como el pobre. *Æquo pulsat pede*. Eso es cuanto á la sentencia; pero ¿cuánto á la ejecucion? ¿Se ejecutará primero en los viejos ó en los mozos? *Hominibus*, dice el Apóstol. No distingue cuál es la sentencia. Persuade el demonio á los mozos (y lo peor es, que se dejan persuadir)-que están lejos de la muerte, que primero morirá el anciano. Ven acá, engañado mozo: ¿en qué lugar de la sagrada Escritura, en qué sentencia de los Padres de la Iglesia, ó en qué experiencia has hallado, que viene la muerte á los hombres por el orden de las edades? Voces son del demonio que te quiere asegurar, para que te condenes como él. Desengañaos, arrojad de vosotros esa errada aprehension, que no viene la muerte por el orden de las edades de los hombres, sino por el orden de los divinos decretos.

25. Padecia el rey Saul la molestia del demonio, y al tocar David su instrumento, descansaba Saul y le dejaba el espíritu: *David*

¹ I Cor. xv. — ² II Reg. xiv.

*tallebat cytarum, et percutiebat manu sua, et refocillabatur Saul, recedebat enim ab eo spiritus malus*¹. Debemos á los literales el averiguar la virtud de la música contra el demonio, de que tratan el doctísimo Sanchez y Serario², y pasemos á la moralidad. Al herir las cuerdas del instrumento ¿se retiraba el demonio? Sí, diréis, que como las cuerdas de una arpa son de animales muertos, que aquel traer en las manos la memoria de la muerte era quien lo ahuyentaba. Bien decís; pero busco mas misterio. Mira, fiel, á un músico herir las cuerdas de una arpa; tiene esta veinte y ocho cuerdas, supongamos, unas delgadas y otras gruesas; unas altas, bajas otras, puestas así por su orden. Repara y dime: ¿cómo las hiere? ¿Por el orden que están puestas en el arpa? No, que eso lo hiciera aun el que no sabe. Pues ¿cómo? Por el orden de la ciencia ó arte de la música y como mejor hacen consonancia, de suerte, que si para la acorde armonía conviene herir la última, se deja en medio otras muchas sin tocarlas. Si conviene dejar la última, y venirse á herir la primera, así lo hace, porque no se gobierna por el orden de las cuerdas, sino por el de su ciencia para herirlas.

26. Pues ahora, católicos, ¿qué es esta república, este auditorio, qué es sino una arpa que consta de tantas cuerdas como personas? Unos hay niños, otros grandes; unos viejos, otros mozos; unos con mas, otros con menos salud. ¿Quién es el músico que hiere aquestas cuerdas? Es Dios, que con la mano de su sapientísima providencia las va hiriendo en la muerte de cada uno. Ea: ¿cuál os parece que herirá primero? ¿Cuál de los presentes será el primero que muera? ¿Aquel anciano que pasa de los setenta años, ó aquel mancebo que no ha llegado á los veinte? ¿Morirá primero el anciano? Eso fuera gobernarse Dios por el orden de las cuerdas. No, católicos. Aquel morirá primero, sea viejo ó sea mozo, que es el primero en el orden de la providencia divina. Si el morir el mozo hace mejor consonancia, segun la ciencia y decretos de Su Majestad, ese será el primero que muera. Veis aquí lo que hace huir al demonio que os molesta con sus engaños: el traer entre las manos esta verdad, es lo que no puede sufrir el padre de la mentira: *Recedebat ab eo spiritus malus*. Motivóme san Gregorio, y aunque sigue otro asunto, no excuso el decir sus palabras, que son divinas: *Quid sunt intentæ mentes auditorum, nisi quasi quædam in cythara tensiones stralæ chordarum? Quas tangendi artifex ut non sibimetipsis dissimile canticum faciant, dissi-*

¹ I Reg. vi.—² D. Bas. de leg. l. gent.; Gasp. Sanch. et Serar. in I Reg. xvi.

*militar pulsat. Ahora: Et idcirco chordæ consonam modulationem reddunt, quia uno quidem plectro, sed non uno impulsu feriuntur*¹. Si, católicos, no hay edad reservada del golpe de la muerte: *Hominibus*.

27. Oid cómo se aprovechó de esta verdad un mancebo para con su mismo padre, que hacia con él oficio de demonio. Tocóle Dios, dice Raulino, y se entró á asegurar una buena muerte en una religion². Súpolo el padre, y le viérais perder el juicio de furioso. Se arrojó á sacarlo con grandes amenazas de que pegaría fuego al convento, sin que bastase razon alguna para aplacarlo. Retirábanlo los religiosos, pero él pidió licencia para hablar á su padre una palabra. Señor, le dijo: veo vuestra resolucion de sacarme, por fundar en mí las esperanzas de su casa. Sea así, yo saldré, como hagais que se quite una costumbre que hay introducida en nuestra tierra. La quitaré al instante, dijo el padre. Para eso tengo poder, amigos y dinero: ¿qué costumbre? Señor, yo ví allí que era costumbre morir los mozos como los viejos; quitad esa costumbre, y yo saldré. Verdad fue esta que le hirió al padre de suerte, que yéndose confuso, le dejó perseverar en la religion. Esto sí, católicos; pero soy mozo, ¿y por eso no trato de servir á Dios? Mozo soy, ¿y no moriré tan presto? Mozo soy, ¿y tendré tiempo para enmenderme? ¿Qué desatinado tal dice? Oye tú, que lo dices, á David.

28. *Nisi conversi fueritis, gladium suum vibrabit: arcum suum tendit et paravit illum*. Vosotros, dice, los que no quereis convertirlos á mejor vida, advertid que tiene Dios espada y arco con saetas para mataros. ¿Tantas armas contra sujetos tan flacos como los hombres? ¿No bastara espada para eso? Entended la metáfora, dice Raulino. Tiene Dios espada y tiene arco. Notad la diferencia de esas armas. La espada sirve para herir al que está cerca; pero la saeta despedida del arco alcanza tambien á herir al que está lejos; al ave que va volando, al gamo en medio de su carrera. Pues decir David que tiene Dios saeta y tiene espada, es darnos á entender que hierre con el golpe de la muerte, como con espada, al viejo que está cerca de morir; pero tambien hiere al mozo, que parece que está lejos, como con arco y saetas: *Arcum suum tendit*. Raulino: *Senes quasi gladio, juvenes quasi sagittis occidit*. ¿Dilatas por ser mozo tu conversion, cristiano? Pues: *Nisi conversi fueritis, arcum suum tendit*³, arco y saetas tiene Dios para quitarte la vida, aunque seas mozo. Ya

¹ Greg. lib. XXX Mor. c. 6. — ² Raulin. Tract. de mort. c. 1; Spec. exempl. vers. Mors, ex. 3. — ³ Raul. tract. de Mort. c. 10.

está la saeta fuera del arco: *Statutum est*. Volando viene á herirte; ¿que sabes lo que tardará en llegar? ¿Cómo no te dispones para recibir este inevitable golpe?

§ VI. *Es cierto el morir una vez; pero incierto el lugar y el modo de morir.*

29. Mas: esta sentencia y decreto es de morir. ¿Cuántas veces? ¿En dónde? ¿Cómo? ¿Cuándo? Prevenidme respuestas á estas preguntas. ¿Cuántas veces has de morir, católico? *Semel*, dice el Apóstol: una vez no mas, segun la ley ordinaria. ¡Fuerte caso! ¿Una vez sola? Párate á considerar esto: ¿una vez sola? ¡Y que el yerro de esta vez (si se yerra) no puede enmendarse por toda una eternidad! ¿Todo el resto va en una mano? ¿De un salto sólo pende, ó vivir eternamente con Dios en el cielo, ó arder eternamente con el demonio en el infierno? ¡Que en llegando la muerte, no le queda mas término al litigante! ¿Creeis esta verdad, cristianos? ¿Y hay quien la crea y no se prevenga para no errar? ¿Y hay quien arriesgue el negocio de los negocios, que es su salvacion? Toda la vida perdiendo, ¿hay quien se persuada que ganará aquella última mano en que va todo? ¿Y hay quien no tome la carrera desde atrás para no errar tan gran salto? ¿Que no haya mas de un término, y se esté mano sobre mano el litigante, yéndole el vivir para siempre en la sentencia? Aquellas acciones que pueden repetirse, no es mucho que se descuiden en ellas, porque si una vez se yerra, se acierta otra; si en un empleo perdió el mercader, en otro recupera lo que perdió. Si se muriera dos veces, pudiera enmendarse la segunda el yerro de la primera; pero: *Semel* ¹. Una vez no mas. ¿Con cuánto cuidado debe tener este acierto ó yerro al cristiano? En los lugares en que hay mas de una misa, aunque oigan la campana, prosiguen los hombres en la conversacion y aun en el juego, con decir: otra misa queda; pero en donde no hay mas de una, ¿qué es ver cómo lo dejan todo al oír la última señal, el juego, la conversacion, y aun las haciendas de la casa? ¡Que no hay mas de una muerte! ¡Que no hay recurso á otra! ¿Y hay quien viva descuidado?

30. Entre aquellos cuatro animalillos, á quienes llama sábios y prudentes Salomon, pone en segundo lugar al erizo despues de la hormiga, á quien concede el primero: *Quatuor sunt minima terræ, et*

¹ Prov. xxx.



ipsa sunt sapientiora sapientibus. Formicæ, lepisculus ¹: otros leen *hericinus*, y cita por esta leccion á san Jerónimo, Hugo cardenal ². ¿Y en qué está la prudencia del erizo? ¿Es en aquel recogerse dentro de sí para defenderse sin acometer? Leamos el texto: *Collocat in petra cubile suum*. En la disposicion de su cuevezuela está su prudencia. Oid á Pierio: *Duas cubilibus fenestras facit, altera Notum versus, Boream versus alteram: quaque parte ventum futurum præcognoscit, fenestram obturat, alteram recludit* ³. Es el erizo grande observador de los vientos, y para asegurarse de su ímpetu, dispone en su cuevezuela dos puertas encontradas: una al Norte y otra al Mediodía. En reconociendo que viene el viento por esta parte, cierra esta puerta y se vale de la otra. Si viene el viento por la otra, cierra aquella y abre la primera. De esta suerte se libra de la molestia y peligro de los vientos, porque le queda siempre recurso. Esta es la prudencia del erizo, y esta misma acusa la imprudencia del pecador. Que el erizo cierre la una puerta, ¿qué hay que admirarse si le queda otra? pero que el pecador cierre con tantas culpas la puerta de una buena muerte, cuando sabe que no hay otra á que recurrir, ¿á quién no asombra? Sopla el viento de un juicio de Dios, de un infierno para siempre en la puerta de la muerte del pecador. ¿Cómo te librarás de su furia? ¿Hay otra puerta? ¿Hay otra muerte, cristiano? *Semel*, no es mas de una, ni hay mas recurso por toda la eternidad: *Statutum est hominibus semel mori*.

31. Responde á la otra pregunta. Esta muerte cierta y una á que caminaas, ¿dónde ha de ser? ¿Será en tu casa? ¿será en la calle? ¿en el campo? ¿en el mar? ¿en dónde? *Mori*, dice el Apóstol. Lo que hay cierto es, que has de morir una vez: *Mori*, pero en dónde no se sabe. No hay sitio ni lugar seguro de la muerte. Por esto se compara en las divinas Letras ya al ladron: *Veniam ante te tanquam fur* ⁴; ya al pirata: *Sicut naves poma portantes*. El Hebreo tiene: *Sicut naves piratæ* ⁵. El ladron roba en la tierra: el pirata en el mar. Pues compárase á los dos la muerte, porque ni en el mar ni en la tierra está el hombre seguro de sus asaltos. En todas partes hay peligros de morir. Es excelente aquel diálogo del Petrarca ⁶ entre un marinero y un ciudadano. Preguntábale este, que dónde murió su padre. Respondió el marinero, que en el mar. Volvióle á preguntar: ¿y tu abuelo? En el mar tambien. ¿Y tu bisabuelo? En el mar. Entonces le

¹ Prov. xxx. — ² Hug. C. ibi. — ³ Pier. Val. lib. VIII; Bereh. lib. X, c. 53; Arist. lib. IX de anim. c. 6.; A. S. Gemin. lib. V, c. 10. — ⁴ Apoc. iii. — ⁵ Job, ix. — ⁶ Petrarc. lib. II, dialog. 121.

dijo: *Et tu mari ingredi non times?* Y sabiendo eso, ¿te atreves á embarcarte? Disimuló el marinero, y despues de un poco le preguntó al ciudadano: ¿Ha muerto tu padre? Si. ¿Y en dónde murió? En su cama, respondió el ciudadano. ¿Y tu abuelo? En su cama tambien. ¿Y tu bisabuelo? En su casa, y en su cama. Entonces le dijo: *Et tu non times in lectum ascendere?* Y sabiendo eso ¿te atreves á acostarte? Por cierto, sentencia digna de un Padre de la Iglesia. ¿Quién sabe en dónde le asaltará la muerte? ¿Quién sabe si llegará á su casa? ¿Quién sabe si saldrá de esta iglesia? El sentenciado á muerte sabe que hasta llegar á tal plaza no ha de llegar ni la cuerda ni el cuchillo á ahogarlo, ó derribarle la cabeza; esto es el sentenciado por la justicia de los hombres; pero el sentenciado á muerte por la justicia de Dios, ¿qué sabe dónde está su horca ó su cadalso? Vamos al modo de la muerte.

32. ¿Cómo has de morir? Cuatro modos de muerte han descubierto los sábios ¹. Muerte natural, muerte inmadura, muerte súbita y muerte violenta. La natural se llama, cuando por defecto del calor y húmido radical falta el sujeto, como la luz que se apagó por falta de la cera. La inmadura es la que viene antes de la edad mayor, como la fruta que cae del árbol antes de estar madura. La muerte súbita es la que sucede pasando en un instante desde la salud al acabamiento, como la de Heli, Oza y otros semejantes. La violenta es la que con alguna fuerza exterior obliga á salir el alma de repente. Como la muerte de Saul con su lanza, la de Jezabel despeñada, y la de Judas ahorcado. Pues ahora ¿sabes, católico, cómo has de morir? *Mori*, repite san Pablo. El morir es cierto; pero es incierto el modo de esa muerte. No sabes si llegarás á la vejez, no sabes si te cogerá en lo mejor de tu edad; no sabes si te arrebatará un accidente repentino, ó si te quitará la vida una violencia. ¿Puede sucederte? ¿Puede ser que te acuestes sano esta noche, y que no amanezcas? ¿Quién duda que puede ser? Y aun puedes y debes temer que te suceda.

33. Á media noche, cuando estaban los egipcios en lo mejor del sueño entró un Ángel quitando la vida á todos los primogénitos de Egipto: *In noctis medio percussit Dominus omne primogenitum in terra Egypti* ². ¿Se esconde en las tinieblas, porque no le vean hacer justicia? Entre el Ángel en mitad del día, teman los egipcios al ver su vengadora espada. Mas temerán, dice Ruperto, siendo á la media noche.

¹ Bosq. conc. 9 de mort. — ² Exod. xii.

¡Qué gustosos cenarian pocas horas antes! ¡Qué alegres irían al descanso de la cama! Ya amanece. Ea, egipcios: despertad á vuestros primogénitos. No responden. Llegad á moverlos. No despiertan. Aplicad ligaduras. No se mueven. Muertos están. ¡Qué pavor en todo Egipto! Temblad, egipcios, que puede sucederos otro tanto. Temblad, pecadores, dice Ruperto, que os avisa Dios en estas muertes la que debéis temer por vuestras culpas: *Scientes quia quisquis exemplo Ægyptiorum thesaurizaverit sibi iram, nihilominus exemplo illorum, improvisam accipiet vindictam*¹. ¿Supiste del otro que anocheció y no amaneció, y que quizá le cogió la muerte en pecado, y se condenó? Dime, ¿qué mas tuviste tú que el otro, para que no le sucediera, teniendo quizá mayores culpas? Un solo pecado mortal es merecedor de que castigue Dios al que lo hace con una muerte súbita ó violenta: ¿cómo no tiemblas de estar una hora en pecado? ¿Qué muerte ha venido por cualquiera de los hombres, que no pueda venir tambien por tí? Ninguna. Pues anda por esas calles, por esos caminos. Lee esos rótulos de las cruces: *Aquí mataron á un hombre, ruequen á Dios por él*. Añade una palabra: *Aquí mataron á un hombre, y pueden matarte á tí*. Luego pueden matarte. ¡Y si te mataran estando en pecado mortal, sin poder apretar la mano siquiera! ¿Qué es esto, católico? ¿Has perdido el juicio? En pecado estás, sin saber cómo has de morir.

§ VII. *Es incierto el cuándo de la muerte.*

34. Últimamente: ¿sabes el *cuándo* de tu muerte? ¿Será de aquí á diez años? ¿de aquí á uno? ¿el mes que viene? ¿de aquí á ocho dias? ¿será mañana? ¿será de aquí á una hora? ¿de aquí á media? ¿será antes que acabe el sermón? *Mori*. Vuelve á repetir san Pablo: el decreto es de morir una vez¹. Esto es cierto; esto se dice; esto se sabe: *Mori*, pero el *cuándo* no se dice ni se sabe, porque es incierto, y reservado solo á la sabiduría de Dios. Párate aquí, cristiano. Pesa esto: sé que he de morir una vez: sé que ha de ser en una hora, y que puede ser esta: ¿y como? ¿y bebo? ¿y rio? Eso vaya. Dí mas: ¿Y peco? ¿y juro? ¿y maldigo? ¿y estoy en pecado? Dí que te lleven á la casa de los locos. Pero oye antes á Salomon.

¹ Rupert. lib. II in Exod. xvii. — ² Matth. xxv, 13; Luc. xii, 40; Matth. xxiv, 50; I Thes. v, 3.

35. *Unus introitus est omnibus ad vitam, et similis exitus*¹. Una misma entrada á la vida y una salida de ella tienen todos. Comunmente se entiende aquí, que el nacer y el morir es uno, y que no se distingue en los reyes y en los pobres. Pero de otra suerte: *Unus introitus*. Una entrada y una salida. Imagina que es el mundo una casa comun, en donde se entra y sale por una puerta misma. ¿Quién? El tiempo: *Unus introitus, similis exitus*. Entra el día, sale el día; entra la noche, sale la noche. Oye ahora: Si supieras de cierto que uno de los que entran ó salen por la puerta de este templo te ha de matar, ¿te acostaras á dormir en medio de la puerta? ¿No fuera locura? Claro está. Pues si sabes que un día que entra ó sale, que una noche que entra ó sale, te ha de quitar la vida, y ves con la prisa que entran y salen, ¿qué locura es acostarse á dormir en pecado mortal? Si sabes que ha de venir día en que no anochezcas, ó noche en que no amanezcas, y no sabes si será este día ó esta noche, ¿qué ánimo es el tuyo de estar una hora en pecado?

36. Llega al que está con la vela en la mano para espirar, llega á convidarlo para la comedia, para el paseo. Dile que se vaya contigo á la casa de juego ó á la de tu amiga. ¡Oh Señor! te dirá: pues estoy esperando mi muerte dentro de una hora, ¿y he de hacer eso? Quitad allá, Dios mio, Jesús mio. Y si dijera que sí, ¿no lo tuvieras por desesperado? Mas, si vieras al que llevan á la horca, que iba jurando y blasfemando por las calles: si ya subiendo por la escalera, en lugar de decir el Credo, vieras que hacia señas lascivas á las ventanas; que decia palabras deshonestas á las mujeres; que amenazaba al otro que habia de matarlo, ¿qué sintieras? ¿qué dijeras? Ya se ve que no hay términos para explicar tal monstruosidad. Dirás que uno y otro saben que han de morir presto, y que por eso fuera desatino. Y tú, cristiano, ¿qué esperas? La muerte. ¿Á dónde caminas? Á morir. Con la vela en la mano estás toda la vida. Cada día que vives, subes una grada de la escala de la muerte. ¿Y vas pecando? Mas: dices que aquellos, el enfermo y ajusticiado, saben que han de morir presto. Pues yo te digo, que aquellos les aseguran la justicia y la medicina alguna hora de vida; pero á tí ¿qué te asegura la fe? Oye á Jesucristo eterna verdad: *Vigilate, quia nescitis diem neque horam*². Velad, porque no sabeis el día de vuestra muerte. No solo el día, pero ni la hora: *Neque horam*. Ni una hora te asegura Jesucristo, para que veles á todas horas. Pues si fuera

¹ Sap. vii. — ² Matth. xxv.

locura que aquellos fueran pecando, el estar tú en pecado ¿qué será? Empeñarte en que te has de condenar: no puede ser otra cosa, porque es mas que locura lo que haces.

37. Pero ¿quieres que por último te diga cuándo será el día y hora de tu muerte? ¡Oh qué cosa grande! Y si fuere de boca de Jesucristo Señor nuestro, ¿no será segura la revelacion? Ya se ve. Pues oye, pecador, una revelacion cierta de la hora de tu muerte. Jesucristo habla: *Qua hora non putatis, Filius hominis veniet*¹. Aquella será la hora de tu muerte, en la que menos pienses que lo es. Cuando estés mas olvidado de morir, entonces, dice Jesucristo, será el cuándo de tu muerte: *qua hora non putatis*. Vuelvo á acordarte de aquella estatua que mostró Dios á Nabuco. ¿Quién la destruyó? *Lapis abscessus de monte sine manibus*². ¿Una piedra que bajó de un monte sin manos? ¿Qué es piedra sin manos? Hay piedra con manos y piedra sin ellas. Cuando el albañil está en su obra, y para echar una piedra á la calle avisa á los que pasan, y la tiene en las manos hasta que se quiten, esta es piedra con manos. Mas cuando por mal asida, ó por otro accidente cae una teja ó una piedra sin quien avise, esta es piedra sin manos. Ea: piedra sin manos y sin aviso destruyó la estatua de repente. ¿Por qué? Mira su composicion. Oro, plata, cobre, hierro y barro la componen. ¿Dónde está el barro? En los piés. ¿De suerte que lo que mas lejos de su cabeza tiene la estatua, es el barro fragil en que se funda? Pues nunca estuvo mas cierta su ruina. Entonces es cuando experimenta repentino su fatalidad. Entonces es cuando una piedra sin manos y sin aviso la destruye: *Lapis sine manibus*. ¡Oh cristiano! Nunca mas cerca te amenaza el golpe de la muerte, que cuando te hallas mas divertido en tus culpas, olvidado de aquella hora. San Pablo: *Cum dixerint pax, et securitas; tunc repentinus eis superveniet interitus*³. San Jerónimo: *Dom nesciunt homines, et instar piscium, nihil cogitant de fine, repentinus eis supervenit interitus*⁴. La experiencia. Mira cuántos han muerto en medio de sus pretensiones y gustos, cuando, á su parecer, empezaban á vivir, y cuántos en medio de sus culpas. Acabo con este ejemplo.

38. Un príncipe de Salernia (refiérela el cardenal Damiano) viendo un día que salian del Vesubio unas llamas desusadas, dijo (por cuanto solia servir de pronóstico aquel fuego): Presto morirá algun

¹ Luc. xii. — ² Dan. ii; Lan. trac. I, n. 150. — ³ I Thes. v. — ⁴ Hier. in Eccl. ix.

poderoso. Él estaba á la sazón amancebado. Fuese á dormir, y aquella noche, estando con su manceba, repentinamente se quedó muerto. ¡Oh profundidad de los juicios de Dios! Cuando entendió que á otro y no á él venia el aviso, entonces fue cuando le asaltó la muerte. Mirad, fieles, en qué estado y en qué lance. ¿Quién le dijera cuando se fué á acostar que no habia de levantarse? ¿Quién le dijera que habia de pasar en un punto desde la cama al infierno? ¿Quién sabe si le sucederá á alguno de los presentes? Ya te aviso, católico: ¿estás en pecado mortal? ¡Ojalá no hubiera quien respondiera que sí! ¿Quieres morir en él? Ya se ve que no. Pues ¿por qué has de querer vivir en el estado en que no quisieras morir? No, cristiano mio; no mas fiar la salvacion de una tan peligrosa contingencia. Ciertó es que has de morir una vez: es incierto el lugar, el modo y el cuándo de esta muerte. Puesto, pues, que no tienes hora segura, en esta, que sin que la merezcas te ofrece la piedad de Dios, logra lo que quizá no podrás por toda la eternidad. Posible es que no salgas vivo de este templo. Ea pues: antes de salir disponte para recibir la gracia de Dios. Mira que es forzoso que te pese de haber ofendido á tan soberana Majestad. ¿No te pesa? Quisiera haber muerto mil veces antes que haber disgustado á un Dios tan bueno. ¿Y por qué te pesa? Por ser Dios quien es, porque lo amo y quiero sobre todas las cosas. Eso sí. De esa suerte alcanzarás el perdon. Dícelo á este Señor benigñísimo: *Señor mio Jesucristo*, etc.

FIN DEL TOMO PRIMERO.



ÍNDICE

DE LOS ESQUELETOS Y SERMONES CONTENIDOS EN ESTE PRIMER TOMO.

| | <u>Pág.</u> |
|--|-------------|
| CARTA DEDICATORIA Á TEÓFILO. — Capítulo I. Excelencia de las Misiones. | 5 |
| Cap. II. Avisos importantes al misionero. | 10 |
| Cap. III. Qué es el hombre, ó sea el conocimiento que el misionero debe tener de la naturaleza humana. | 14 |
| Cap. IV. Cómo se deben proponer las materias, y qué máximas deben inculcarse. | 21 |
| Primera introduccion á la Mision. | 27 |
| Segunda introduccion á la Mision. | 31 |
| Esqueleto del Sermon I de la importancia de la salvacion. | 38 |
| Sermon. | 39 |
| Esqueleto del Sermon II de lo mismo. | 47 |
| Sermon. | 48 |
| Esqueleto del Sermon III de lo mismo. | 64 |
| Sermon. | 66 |
| Esqueleto del Sermon IV de lo mismo. | 83 |
| Sermon. | 86 |
| Almacen de materias y ejemplos escogidos. | 110 |
| Esqueleto del Sermon I del pecado mortal. | 122 |
| Sermon. | 123 |
| Esqueleto del Sermon II de lo mismo. | 133 |
| Sermon. | 135 |
| Esqueleto del Sermon III de lo mismo. | 162 |
| Sermon. | 163 |
| Almacen de materias y ejemplos. | 187 |
| Esqueleto del Sermon IV de lo mismo. | 200 |
| Sermon de sus efectos ó daños. | 201 |

| | |
|--|-----|
| Almacen de materias y ejemplos. | 229 |
| Esqueleto del Sermon I de la Confesion. | 244 |
| Sermon sobre la necesidad de la Confesion. | 246 |
| Apuntes y ejemplos. | 273 |
| Esqueleto del Sermon II de la Confesion. | 289 |
| Sermon sobre la utilidad de la Confesion. | 291 |
| Apuntes y ejemplos. | 319 |
| Esqueleto del Sermon I de la Muerte. | 327 |
| Sermon. | 328 |
| Esqueleto del Sermon II de la Muerte. | 339 |
| Sermon. | 340 |
| Esqueleto del Sermon III de la Muerte. | 357 |
| Sermon. | 359 |
| Esqueleto del Sermon IV de la Muerte. | 381 |
| Sermon. | 384 |

FIN DEL ÍNDICE DEL TOMO PRIMERO.

